UN ESPÍA PRIVADO

LAS CARTAS DE JOHN LE CARRÉ

EDICIÓN DE TIM CORNWELL

Planeta

Índice

SINOPSIS

John le Carré fue uno de los más grandes novelistas de su generación. También tuvo una vida extraordinaria. Esta obra es la historia de esa vida contada a través de la voz de este magistral escritor.

Esta obra abarca siete décadas y narra no solo la propia vida de le Carré, sino también los tiempos turbulentos de los que fue testigo. Comenzando con su infancia en la década de 1940, incluye relatos de su paso por Oxford y Eton. Describe su entrada en el Servicio de Inteligencia Británico, el nacimiento del Telón de Acero y el arranque de su carrera como novelista, a la vez que se construye el Muro de Berlín. A través de sus cartas recorreremos la Segunda Guerra Mundial hasta llegar al momento actual. Lo que emerge es un retrato no solo del escritor, o del intelectual global, sino, en sus propias palabras, del hombre muy privado, muy apasionado y muy real detrás del nombre.

JOHN LE CARRÉ

UN ESPÍA PRIVADO

LAS CARTAS DE JOHN LE CARRÉ

Edición de Tim Cornwell

Traducción de Ramón Buenaventura



Para Noah

Perdona este largo escrito, pero es que a veces las cartas son más divertidas.

—le Carré a su madrastra, Jean Cornwell,
4 de junio de 2009

Lo cierto es que en estos tiempos todos escribimos muy pocas cartas.

—a Al Alvarez, 16 de septiembre de 2016

INTRODUCCIÓN

«Odio el teléfono. No sé escribir a máquina. Como el sastre de mi nueva novela, ejerzo mi oficio a mano. Vivo en un acantilado de Cornualles y odio las ciudades. Tres días con sus noches en una ciudad son mi máximo. No veo a mucha gente. Escribo y camino y nado y bebo.» Eso escribió mi padre, en un artículo-carta de 1996, enviado a su editor de muchos años, Bob Gottlieb, y a otras personas, titulado «Hablándoles a mis editores norteamericanos».

Escribo estas pocas palabras de introducción en el mismo acantilado de Cornualles. Ayer, el viento azotaba las paredes de piedra, sacudiendo y balanceando los fuertes arbustos de esquimia y de verónica del jardín de mi padre, con un mar que pocas veces he visto tan feroz, un mar que retuerce sus rizos en crestas blancas. Ahora, sin embargo, baña el panorama un brillante sol de invierno, que rebota en las pequeñas ondas del océano, con una urraca dando saltos por el césped.

En 1969, mi padre se hizo cargo de una hilera de tres casas de campo abandonadas, con granero adyacente, y dedicó los cincuenta años siguientes a transformarlas y ampliarlas, añadiendo su biblioteca y su estudio de escritor, y creando su propio jardín de artista, con céspedes interiores y esculturas y densos setos de gigantesca piedra tallada.

«He hibernado mucho por aquí abajo, sin ver a casi nadie», le escribió a Jeannie, su madrastra, en 1972, tras haber comprado las casas y un kilómetro y medio de acantilado indómito a un granjero local. «Y trabajo siete u ocho horas al día en un nuevo libro, un mero *thriller* para señalar el tiempo... Me levanto a las siete todas las mañanas, con un vendaval de ciento cincuenta kilómetros

por hora que no ha cesado en cuatro días, y sin más compañía que los malditos cortes de electricidad, pero me gusta mucho y disfruto de mi trabajo, y de los campos y del mar, y del huerto de patatas que forma parte del terreno.» Ese «mero *thriller*» era *El topo*.

Mi padre, que murió de neumonía tras una caída, en diciembre de 2020, fue valiente en la forma de expresar sus convencimientos, valiente en los lugares y temas que abordó en sus escritos, y valiente en su modo de hacer frente a la enfermedad. Inventó un lenguaje para el cáncer, que combatió durante mucho tiempo, aunque no fue el cáncer lo que acabó con él. Elaboró un lenguaje médico a lo Wodehouse, igual de codificado que su lenguaje para espías: el urólogo especialista en próstata era el Contralmirante; los agotadores chequeos eran «el lavado de las ovejas», y las dosis de un medicamento radiactivo letal eran «bombardeo nuclear». Fue valiente en su forma de cuidar de mi madrastra, Jane, ya devastada por el cáncer cuando él murió, y que lo siguió dos meses más tarde.

«Aquí hace un tiempo horrible: un nordeste asesino, aguanieve y lluvia, mucho frío», me contó por email una semana antes de morir. Solía ser nuestra mejor manera de comunicarnos; un par de emails, siempre con alguna observación aguda, con una sonrisa, un párrafo que atesorar. «Esto, tras una larga temporada de sol y otoño. Estamos OK, pero Jane lo pasa muy mal con la quimioterapia... Me caí en el baño como un idiota y me rompí una costilla, lo cual me pone de muy mal humor.»

Este libro de cartas, y algún email, de John le Carré pretende dar a conocer la voz más privada de un hombre a quien casi todo el mundo incluye entre los mejores novelistas de posguerra. Él elevó el espionaje al reino de la literatura, atrayendo lectores a los personajes, el lenguaje y las laberínticas conspiraciones de su mundo secreto. Hay una omisión evidente en la recopilación: solo se incluye un puñado de las cartas a sus amantes, que no escasearon en su vida. Parece que la mayoría de las veces se sintió atraído —románticamente y de otra manera— por personas

importantes y capacitadas, y también, de modo inevitable, por aquellas cuya angustia se parecía en algo a la suya. Hijo de un padre maltratador y de una madre que, por válidos y suficientes motivos, los abandonó a él y a su hermano cuando tenía cinco años, no cabe sorprenderse de que fuera caprichoso en sus relaciones: inconstante, necesitado, desesperado por gustar, pero también desesperado por conservar la soberanía de su corazón, no fuera a ser que algo de lo que él dependía se evaporara de pronto. Es tentador afirmar que el genio es complejo, pero quizá sea más cierto que el trauma es simple. No parece posible que no infligiera heridas emocionales a otras personas, pero una parte de su ser permanecía perpetua y ferozmente en guardia contra la eventualidad de que su padre se reflejara en sus propias acciones. En todo caso, lo cierto es que fue tan escrupuloso a la hora de mantener oculta su correspondencia romántica como en la conservación de todo lo demás, de ahí que nuestro archivo no contenga gran cosa que nos esclarezca al respecto.

No hubo década en que le Carré —así lo llamo en este libro— no produjera alguna novela aclamada internacionalmente, desde *El espía que surgió del frío* en 1963 a *Un hombre decente*, así como la novela póstuma *Proyecto Silverview*, en 2021. Su obra definió la época de la Guerra Fría y dijo la verdad al poder en las décadas siguientes, aunque nunca —o casi nunca— puso la polémica por encima de una buena historia. Graham Greene afirmó que el joven le Carré había escrito la mejor novela de espías que él había leído nunca; Philip Roth e Ian McEwan situaron sus obras entre las más importantes del siglo XX.

Mi padre pasó sesenta años a la vista del público, a partir del momento en que *El espía que surgió del frío* lo catapultó de agente del MI6 disfrazado de diplomático júnior a autor de éxito mundial por uno de los libros más sensacionales de la Guerra Fría. Estudioso de la literatura francesa y, sobre todo, alemana, supo desde el principio que sus cartas serían atesoradas, archivadas, publicadas seguramente, mal utilizadas, mal citadas o comercializadas.

En una de las cartas incluidas en estas páginas, mi padre afirma que F. Scott Fitzgerald es «el escritor de escritores por excelencia», un prestidigitador verbal que puede mantener «la luz encendida en la oscuridad», hacer «un arcoíris en blanco y negro». Pero a su antigua amante, Susan Kennaway, le dijo por escrito que tres cuartas partes de las cartas de Fitzgerald «son una mierda consciente de sí misma, un insulto a sí mismo y a su arte, y quiera Dios que si alguien, alguna vez, escarba en mi escritorio buscando cosas así, me haya dado tiempo de quemarlas antes».

Hay cartas en este libro en las que David Cornwell escribe de un modo íntimo y libre; pero en otras es John le Carré quien, con la mirada puesta en lo que tiene detrás, deja su legado para la posteridad, además de divertirse un poco en lo literario. No cohibido, quizá, pero sí muy pendiente de lo que hace. «He decidido cultivar esa mirada intensa y preocupada y ponerme a escribir cartas brillantes y descuidadas, para futuros biógrafos. Esta es una muestra», le escribió a Miranda Margetson, cuando aún trabajaba en la embajada británica de Bonn, adjuntando una caricatura de sí mismo haciendo precisamente eso (véase imagen después de «Esta es una muestra»).

Autor de veinticinco novelas, mi padre era un prolífico y concienzudo escritor de cartas, tanto de dar las gracias como de acusar recibo a los admiradores. Los antecedentes de las personas con las que mantuvo correspondencia abarcan la política, la literatura, el mundo editorial, las artes y su antigua profesión de espía. El actor y escritor Stephen Fry y el dramaturgo sir Tom Stoppard están representados en estas páginas; también lo están el antiguo jefe de la oficina londinense del KGB y el antiguo director del MI6. Y los miembros de su familia más próxima, sobre todo en sus primeros años de vida adulta.

Mi padre era un ilustrador talentoso: de joven, llegó a plantearse la posibilidad de hacer carrera como artista. Este libro incluye ejemplos de sus primeros dibujos, caricaturas e ilustraciones para libros y revistas. Son de calidad variable y podrían considerarse juveniles, pero cuando mi

padre visitó Rusia en 1993 le encantó descubrir que los manuscritos de Pushkin, como algunos de los suyos, estaban a veces repletos de garabatos subidos de tono (que, en el caso de Pushkin, eran ninfas jugando al billar). En cierta ocasión se quedó solo en Londres con varios miles de folios que debía firmar para su editor estadounidense, y al principio optó por ilustrarlos con espías y perros, pero, a medida que aumentaba su aburrimiento, las figuras se hicieron resueltamente atrevidas. Siempre ilustró sus cartas, y durante toda su vida compuso sus manuscritos, sus cartas y su firma con una mano característica y fluida. La última carta de este libro, escrita dos semanas antes de morir, a su viejo amigo el periodista David Greenway, comprende cuatro páginas manuscritas.

Stephen Fry le escribió por primera vez a mi padre en 1993, como admirador suyo que era, y ese fue el comienzo de una correspondencia intermitente. «Esas cartas, sin embargo, son tan cuidadosas y tan atentas», escribió Fry después del funeral de mi padre. «Amables, penetrantes, detalladas —es como si oyera uno el ligero crujido de sus cejas al fruncirse—, cuánta cortesía hay en tanta observación y tanta perspicacia dedicadas a alguien que apenas conoces.»

De chico, a principios de los años setenta, recorrí en compañía de mi padre nuestro tramo del nuevo sendero costero de Cornualles, que discurre justo debajo de la casa. El paisaje de Cornualles y el clima que origina el Atlántico son personajes que permanecen entre bastidores en las cartas de mi padre, motivos wagnerianos. Cornualles era un lugar que utilizaba para concentrarse en la escritura, y en el que se instalaba después de la publicación, aunque también lo utilizaba para recibir gente y como telón de fondo para entrevistas y reportajes fotográficos.

«Llegué ayer: cielos enormes y movidos, nubes negras, sol brillante, y luego chubascos tontos y al sesgo, que te pegan en la oreja justo cuando piensas que quizá pudieras construir otra ala», le escribió a sir Alec Guinness en 1981. «Llevamos todo el invierno atrapados aquí abajo, en casi

todos los sentidos: enormes tormentas, una tras otra, lluvia, niebla por todas partes, y otra vez enormes tormentas», le escribió a su amigo de toda la vida, John Margetson, en abril de 1994. «El resultado es que he escrito tres cuartos de un libro muy turbio, cargado de niebla, muy introvertido y extraño, pero que me tiene bastante satisfecho, al menos hasta ahora.» La novela era *Nuestro juego*.

Aquí se alojó Guinness; también lo hicieron muchos de los destinatarios de las cartas de este libro, desde el escritor Nicholas Shakespeare hasta el actor Ralph Fiennes (a quien caló hasta los huesos una tormenta, en compañía de le Carré), pasando por el jefe del servicio secreto alemán, August Hanning. George Smiley y Ann caminaron por el sendero del litoral de Cornualles, «el peor momento de que Smiley tenía memoria en su largo y desconcertado matrimonio», con una sombra de traición sin nombre. En uno de los primeros borradores de *El topo*, era aquí adonde se retiraba Bill Haydon.

Mi padre escribió a mano la mayoría de sus cartas, que normalmente firmaba *«As ever, David»* («Como siempre, David»). Hay algunas dictadas, o mecanografiadas a partir de sus borradores: cartas comerciales a agentes, a editores o a periódicos. A veces parecía tratar las cartas como ejercicios de escritura; otras eran de apaga y vámonos, una especie de Snapchat personal, con la sensación de que las cartas manuscritas eran más seguras, más privadas, menos susceptibles de verse pirateadas o reproducidas.

Mi padre se escribió durante varios años con Willard J. Morse, un obstetra de Maine: no cabe discernir por qué lo escogió como corresponsal ni por qué compartió con él una serie de opiniones muy hirientes y muy citables sobre la princesa Diana, Tony Blair y Gordon Brown. Estas cartas empezaron a aparecer en las subastas de internet, y eran lo suficientemente descaradas como para generar titulares del *Guardian* y del *Daily Mail*. «Por favor, no te preocupes por la publicación de mis cartas», escribió le Carré a su amigo Anthony Barnett, fundador de openDemocracy, en diciembre de 2018. «Fueron escritas en la intimidad a un

hombre a quien nunca llegué a conocer, un médico retirado del ejército estadounidense que se desencantó de su país bajo la presidencia de Bush hijo, se instaló en las Bahamas y me vertió su alma en un flujo constante de cartas durante varios años. Yo le escribí a él con la misma sinceridad. No conservo la correspondencia, ni copias de mis propias cartas, de modo que ya no tengo ni idea de lo que intercambiamos exactamente entre nosotros. Sus herederos decidieron hacer dinero con ellas, y parece que lo han conseguido. Mi agente y mi abogado quieren, ambos, que proceda contra los herederos. Para qué tanta molestia. Escribí lo que escribí. *Finis*.»

Mi padre, no obstante, era plenamente consciente de cómo podían utilizarse sus palabras, y nunca proporcionaba a la ligera frases que citar. En una carta que le escribió en 2009, Michael Hall, profesor jubilado, señala que mi padre había evitado cuidadosamente incluir en su correspondencia cualquier cosa que pudiera servir de promoción a sus dos libros. Hall lo comparaba con un pez, un lucio de los estanques de Hampstead Heath, «un viejo y astuto veterano que no se deja atrapar, sea cual sea el cebo que le pongan delante de la nariz». «Este viejo y astuto lucio le agradece su carta, que le resultó muy divertida», le contestó mi padre.

Este libro se nutre en gran medida del archivo principal de la correspondencia de mi padre, ahora destinado, casi todo él, a la Biblioteca Bodleiana de Oxford; se fue acumulando durante varias décadas, lo conservaron sus secretarias y su esposa Jane y se puso en orden por primera vez a finales de la década de 2000. Le Carré no solía conservar copias de las cartas salientes no relacionadas con asuntos empresariales, pero de algunos de los primeros intercambios, por ejemplo con sir Alec Guinness, sí se hizo copia, y se conservaron cuidadosamente. El archivo se gestionó solo; mi padre decidía qué cartas archivar y cuáles quemar. Se ha completado con la devolución de colecciones de cartas tempranas, en particular a su primera esposa, mi madre,

Ann, y al reverendo Vivian Green, profesor suyo y mentor en Oxford, que los casó. La correspondencia con la madrastra de mi padre, Jeannie, segunda esposa de su padre, Ronnie, prestada por su nieta Nancy, resultó especialmente reveladora: ella fue temprana confidente del famoso huérfano de madre, le Carré, cuya madre, Olive, lo abandonó cuando tenía cinco años.[1]

Mi trabajo de investigación para este volumen me ha llevado a recopilar copias de las cartas de le Carré lo mejor que pude, recurriendo a bibliotecas, archivos, editores, agentes, familia y, sobre todo, amigos. Mi difunto padrino, sir John Margetson, uno de los seis hombres del curso de formación de mi padre en el MI6, se carteó con él durante más de sesenta años.

El matrimonio de mis padres terminó dolorosamente, pero mi madre conservó todas las cartas de mi padre durante veinte años, de 1950 a 1970, aproximadamente; son una notable fuente de información sobre su vida temprana. No se puede decir lo mismo de la tristísima destrucción de determinados grupos de cartas (en particular, las de mi padre a su primer editor estadounidense, Jack Geoghegan, un hombre muy importante en la promoción de *El espía que surgió del frío*). Su hijastro le envió a mi padre estas cartas tras la muerte de Geoghegan en 1999, y más tarde mi padre sorprendió a Adam Sisman, su biógrafo, al comunicarle que las había destruido. Ambos hombres mantuvieron una relación estrecha y compleja, pero no ha quedado registrada.

Uno de los amigos más antiguos y cercanos de mi padre —su mejor amigo, según él— era John Miller, el pintor de Cornualles, antiguo arquitecto y agente de mi padre en el MI5 en cierta época. Los cuadros de Miller cubren toda una pared de la casa familiar de Cornualles (él fue quien primero llevó allí a le Carré). Tras su muerte en 2002, mi padre escribió al director de cine John Boorman: «No sabía que se pudiera echar tanto de menos a un amigo». John Miller atesoraba las cartas de mi padre: «Algún día tendrán mucho valor», bromeaba, señalándolas

con la cabeza; pero en algún momento posterior a su muerte fueron destruidas, al parecer, por su socio, Michael Truscott, ya también fallecido.

La hija de Yvette Pierpaoli —trabajadora voluntaria que mantuvo una larga relación con mi padre y a quien está dedicado *El jardinero fiel*— quemó en el fregadero de su cocina, tras la muerte de su madre, casi todas las cartas que él le envió. Yvette las había conservado con todo cariño; su hija, en cambio, pensó que mi padre había sido muy importante en su vida y que todo lo que hubiera ocurrido entre ellos «debería seguir como estaba».

Rainer Heumann, a quien el *Independent*, en su necrológica de 1996, considera «el agente literario más poderoso de Europa», tuvo una larga y estrecha relación con mi padre, pero parece ser que las cartas que le enviaba también fueron destruidas tras la muerte de Heumann. Según los colaboradores de la agencia literaria Mohrbooks, propiedad de Heumann, este guardaba en su casa las cartas de le Carré. Dado que el agente literario y su esposa fallecieron sin herederos legales, sus objetos sin valor aparente fueron a parar a la basura.

Quizá haya otra cuestión por aclarar en lo relativo a las cartas de mi padre: los papeles de su padre, Ronnie Cornwell, extraordinario timador, que aparece de vez en cuando en algunos relatos de le Carré, como *El amante ingenuo y sentimental*, *Single & Single* y, sobre todo, *Un espía perfecto*.

Según Glenda Moakes, la última secretaria que tuvo Ronnie, mi padre le dijo que había destruido muchos de los papeles de Ronnie tras su muerte en 1975. En un artículo que publicó en el *New Yorker*, en 2002, titulado «In Ronnie’s Court» («En la Corte de Ronnie»), le Carré menciona «un montón de cajas de color marrón que mi padre siempre llevaba consigo en sus fugas». En *Un espía perfecto*, Rick Pym, el personaje del estafador inspirado en Ronnie, tiene un archivador verde. Moakes recuerda que Ronnie también tenía archivadores; puede que allí estuvieran las cartas de mi padre, pero el caso es que ya no

están.[2] La que al parecer es la única carta de mi padre a Ronnie que no ha desaparecido está incluida en esta recopilación, al igual que un grupo de cartas posteriores a su madre.

John le Carré, como era de esperar, recibió sus buenas dosis de correo desagradable. Para cada letra del alfabeto en el archivo de correspondencia de le Carré hay una carpeta independiente marcada como «gente difícil». «¿Qué diablos hago con este individuo?», escribe mi padre refiriéndose a un admirador que le había dirigido una extraña y farragosa carta contándole que se había vuelto loco en un autobús y afirmando que *La chica del tambor* era la mejor novela de amor desde *Orgullo y prejuicio*.

Un admirador le hizo llegar lo que parecía ser una tesis sobre una de las primeras listas de discusión de internet. Refiriéndose a este libro, le Carré le escribió a Jane, mi madrastra: «¿Qué diablos es esto, Oy?» (a él le gustaba llamarla Oysters, «Ostras» en inglés). En una nota a otra carta, dirigida en 1994 «Al gran escritor David Cornwell», a su domicilio de Cornualles, indica: «Archívalo en nuestra carpeta de trastornados: escribe una y otra vez, y yo nunca le contesto».

La mayor parte de las veces sí que contestaba. «Me cuesta trabajo describir el placer que me proporciona contestar de vez en cuando la carta de un lector fiel que, superando la pereza o la timidez, me hace el favor de poner sus ideas por escrito», le escribió el 29 de enero a Ronojoy Sen, desde Assam, India, para agradecerle dos decenios y medio de «estar infundiéndole una maravillosa vida a la lengua inglesa», y las «exquisitas sutilezas nuevas contenidas en cada gozosa lectura», sobre todo de *El honorable colegial*.

En 1986, cuando una pareja británica le comunicó por carta su intención de crear un club de fans de le Carré, fue Jane quien respondió. «A veces tiene que aislarse del resto del mundo y soy yo quien contesta las cartas por él», escribió. «El caso es que a veces recibimos muchas cartas, que suelen ser algo más que peticiones de firmas. En

muchas ocasiones hemos pensado preparar una carta patrón en la que se pueda marcar la respuesta deseada, pero nunca nos hemos atrevido a hacerlo. Es muy impersonal y poco amistoso. Así que al final uno de nosotros acaba respondiendo con una carta normal.»

La rutina de trabajo característica de mi padre consistía en escribir por la mañana temprano, caminar por la tarde y ocuparse más adelante de la correspondencia y otros asuntos. Las cartas se contestaban en dos o tres días, rara vez se demoraban más de una semana.

En 2011, Jonathan Turner escribió a mi padre en un esfuerzo por averiguar algo sobre su propio padre, Edward, que había muerto misteriosamente joven y de quien se rumoreaba que tenía antecedentes en los servicios de información. Turner quedó sorprendido al recibir a vuelta de correo una afectuosa respuesta, en la que no había nada que permitiera suponer una infracción de la Ley de Secretos Oficiales. «No conocí a ningún Turner durante mi estancia allí, pero eso no significa nada. Hoy en día, lo más sencillo es preguntarles», le escribió mi padre, muy comprensivo, «sobre tu papá», sugiriendo a Turner que probara en el Departamento de Personal del Servicio Secreto de Inteligencia (SIS) en Vauxhall. (Yo mismo he recibido consultas similares de personas que esperaban que John le Carré pudiera resolver algún misterio de su familia.) Esa era su respuesta habitual, pero a veces, poniendo mucho cuidado, llegaba a ofrecer algo más. En *El peregrino secreto*, George Smiley se encuentra con unos afligidos padres que le hacen una pregunta similar, y lo que al final decide comunicarles nos dice mucho sobre el hombre que lo creó. En *El legado de los espías*, son los hijos de los espías los que se presentan exigiendo respuestas sobre las bajas de la Guerra Fría.

El patrimonio literario de le Carré tomó la decisión de publicar las cartas de mi padre en un volumen que aparecería poco después de su muerte. La publicación de *Proyecto Silverview* en 2021 y un documental dirigido por

Errol Morris sugirieron que era el momento adecuado. Mi hermano mayor, Simon, como albacea literario, tuvo la bondad de embarcarme en algo que resultó ser un viaje en compañía de mi padre, y a él y al lector les agradezco que me hayan permitido disfrutarlo, con independencia de cuál sea el resultado. Fue un privilegio asumirlo, y un reto, ya que mi propia y modesta carrera venía siendo la de periodista, y no la de académico o biógrafo. Pero llegué a conocerlo mucho mejor, sobre todo de joven, y lamento no haber dedicado más tiempo a hacerle las más sencillas preguntas sobre su vida.

No me planteé la selección y revisión de las cartas con ninguna idea previa, ni con intención de convertirlas en un relato. Las cartas se escogen ellas solas. Hay una observación al dorso de un libro de Norman Lewis, *Nápoles 44*, mi preferido entre todos los libros que me regaló mi padre: «Va uno leyéndolo una página detrás de otra, como quien come cerezas». Es un símil que se me ha quedado en la cabeza. Me gustaría que todas y cada una de las cartas aquí contenidas se leyesen por separado: frescas, vigorizantes, vívidas, mordaces; o suaves, jugosas, ricas, con su punto de maldad. En la medida de lo posible, las cartas se publican íntegras; hay alguna que otra corrección por mor de la brevedad, la relevancia y, en algunas ocasiones, para proteger la identidad o la sensibilidad de alguien: son casi todas ellas cartas personales, publicadas poco después de la muerte de mi padre.

Durante los últimos meses me he limitado a disfrutarlas, casi en todo momento, olvidándome de que tenía que revisarlas, dedicándome más bien a explorarlas. La selección empezó mediante el sencillo procedimiento de escoger las mejores, las más legibles. Así, las cartas comenzaron a adquirir una estructura narrativa, que fue en aumento. No he vivido un solo día de aburrimiento entre las palabras de mi padre.

Ser hijo de John le Carré ha sido parte de mi identidad desde el internado, cuando su Rolls-Royce de color granate llegaba por un camino rural muy parecido al de la escuela

de Jim Prideaux en *El topo*. A los doce años, leí el libro en una edición en letra grande, y más tarde me pregunté cuál de nosotros, sus hijos, era Roach. Mi padre vino un día a dar una charla en un club del colegio, y yo le pregunté si alguna vez había visto a un muerto en el Muro de Berlín.

Siempre se dio por sentado que este libro quedaría incompleto: no podría aventurarme a calcular el número de cartas que escribió mi padre. En los archivos de Cornualles, las cartas entrantes que se conservan —de las tres últimas décadas, en su mayoría— suelen llevar la anotación «contestadas a mano». Hay corresponsales que se han pasado por alto, y hay cartas significativas que uno espera que se descubran en los próximos años, como las que podrían existir dirigidas a los contactos palestinos de mi padre en Oriente Medio, escritas cuando estaba investigando para *La chica del tambor* (por el momento, mis búsquedas en los archivos no han dado ningún resultado), o a los periodistas que conoció en el sudeste asiático.

Los registros de cartas salientes son escasos, por lo general, hasta los años noventa, cuando mi padre empezó a recurrir al fax para las cartas más importantes, lo que dio lugar a que los originales quedaran en casa, mientras las fotocopiadoras se iban haciendo cada vez más accesibles. «Aborrezco el teléfono y he tomado la decisión, un tanto insólita, de vivir del fax y del correo, que respetan la dignidad de la palabra escrita», le escribe a Gerald Peacocke, antiguo compañero de la Sherborne School, el 3 de agosto de 1994.

Mi padre siguió enviando por fax sus cartas manuscritas hasta mediados de la década de 2000; aprendió a teclear con dos dedos para enviar correos electrónicos desde su portátil y su iPad. «Me ha llegado el día de convertirme en *emaileador*», le comunicó a su hermanastra Charlotte el 17 de mayo de 2006. Pero siguió escribiendo cartas a mano. El periodista Luke Harding, que enmarcó inmediatamente la nota que mi padre le envió elogiando su libro *Collusion*, sugiere que le Carré fue «el último gran escritor de cartas del siglo XXI». Fue un corresponsal

ordenado desde el principio: tan raro era que las cartas no tuvieran fecha como que resultaran ilegibles. Su letra envejeció: aún recuerdo la de los años setenta, su fluidez, su alegría, incluso, en el anverso de los sobres; en los años posteriores de su vida, la escritura se le iba haciendo más rasguñada, más descendente hacia el lado derecho de la página.

Mi padre vivió una vida muy ajetreada, y sus relaciones rara vez siguieron una tónica uniforme; a las cartas a corresponsales importantes —un par de ellas podrían aparecer aquí, de un grupo de treinta— suele faltarles poco para ser novelas. Componen diálogos a lo largo del tiempo, o conversaciones interrumpidas.

En la industria editorial, mi padre exigía —*exigir* es la palabra— un alto nivel de profesionalidad a los editores y agentes, y los cambió más de una vez. Tenía el don de entablar relaciones de alta intensidad muy rápidamente, tanto con hombres como con mujeres. Quienes se consideraban amigos íntimos parecían caer en gracia o en desgracia cuando se topaban con un autor que venía del sudeste asiático, o de Oriente Medio, o de Panamá, un hombre muy solicitado.

«No puedo prometer que estaré disponible para ti», le escribe con toda frialdad a Vladímir Stabnikov —que había contribuido a facilitar el primer viaje de le Carré a Moscú —, cuando el ruso se sintió ofendido porque lo había despachado Jane. «Actualmente estoy inmerso en un nuevo libro, y la escritura no es nada si no es obsesiva. Ninguno de mis amigos espera intimidad de mí cuando estoy en esta situación.» Esto, dirigiéndose a alguien a quien dos años más adelante describiría como un hombre cuyo «conocimiento de la cultura, erudición y humanidad me vienen impresionando desde el día en que lo conocí».

El personaje de Ronnie Cornwell aparece mucho en estas cartas, igual que en las novelas. Hasta el final de sus días mi padre siguió asombrándose de las cosas que hacía Ronnie, incluyendo, por ejemplo, los nuevos detalles de sus primeros crímenes y castigos, puestos al descubierto por el

biógrafo de le Carré, Adam Sisman. Aún seguía luchando con la sombra de su padre en sus últimas cartas a su hermano Tony. Lo que uno encuentra en las primeras cartas es un Ronnie en tiempo real, sin adornos de recuerdos posteriores, interactuando con el joven le Carré. Entra y sale de los primeros veinticinco años de la vida adulta de mi padre, de su vida epistolar. Las historias, el drama, el dolor, que a veces parecían demasiado raros para ser ciertos, no eran exageraciones ni fabulaciones.

Parece ser que Ronnie Cornwell alardeaba de no haber leído nunca un libro, pero estaba convencido de haberle enseñado a mi padre el arte de la escritura. C. B. Wilson, que conoció a Ronnie en Singapur, le escribió lo siguiente a mi padre: «Tenía muy buen control de la lengua inglesa y escribía unas cartas muy pulidas. Creía haberte pasado este talento a ti». Entre las cartas a Jeannie Cornwell hay una de Ronnie escrita en octubre de 1974, un año antes de su muerte. «No hará falta que te diga, estoy seguro, cuánto me conmovió tu llamada telefónica de ayer por la mañana, y el motivo por el que se hizo», comenzaba. «Dejando aparte cuál pueda ser el resultado final, lo que decidamos hacer, es bueno saber que existe esa preocupación por el bienestar mutuo, y espero que des por cierto que la mía por ti será tan grande como la tuya por mí, y esa es la forma más bonita de decirlo.»

La carta se refería a un misterioso cuadro que Jeannie había encontrado en la casa y que él les instaba a tasar en Sotheby's o Christie's. «Podríamos averiguar o que estáis sentados sobre una mina de oro o que debéis aceptar el hecho de que, después de todo, era una porquería», escribe Ronnie, muy sensato. Enseguida opta por el optimismo y se pone a repartir los beneficios de la obra maestra aún por descubrir: el cincuenta por ciento en fideicomiso para sus hijos, con Jeannie como administradora. «En cuanto al cincuenta por ciento restante, me gustaría utilizarlo para cubrir mis necesidades, que son acuciantes en este momento», escribe, aunque, por supuesto, dando su palabra de que se comprometería ante notario a devolverlo cuando

concluyera una operación inmobiliaria de un millón de libras esterlinas que tenía prometida. «Si me permitís que insista por un momento en el motivo de las dificultades que estoy atravesando, estas no surgen por falta de realidades, sino por pura liquidez, es decir, por falta de dinero real.»

La carta es un ejercicio de autoparodia a lo Micawber, el personaje de *David Copperfield*. Con los bancos muy reacios a ampliar la tolerancia de descubiertos, explicaba Ronnie, no le había quedado más remedio que desprenderse de sus caballos, quizá de sus oficinas, y de su apartamento en Chelsea. Entretanto, había quedado a comer con el jefe de la Rank Organisation, para intentar venderle los derechos del último libro de le Carré, a pesar de que su autor no quisiera ni oír hablar de él. No es de extrañar que a mi padre le gustara tanto Charles Dickens, que ambos adoráramos *David Copperfield*; me compró dos ediciones antiguas.

Los personajes destacan por sí mismos en este volumen. El último libro que me regaló mi padre fue la biografía de Graham Greene escrita por Richard Greene. Más que amigo, Greene fue una presencia fugaz en la vida de mi padre —«Nos tratamos en París y Viena y, muy brevemente, en Londres», le escribe a Alan Judd—, pero constituye un tema propio dentro de la correspondencia. Es Greene quien aporta la frase clave en apoyo de *El espía que surgió del frío*. Teniendo en mente la creación de una novela de espías en tono satírico, *El sastre de Panamá*, mi padre escribe en los agradecimientos que «sin Graham Greene, este libro nunca habría salido adelante. Tras *Nuestro hombre en La Habana* de Greene, la noción de un fabricante de inteligencia no me dejaba tranquilo».

Ambos hombres se enfrentaron públicamente por Kim Philby en la década de 1960. Le Carré escribió una introducción a un libro del equipo Insight del *Sunday Times*, *Philby: The Spy Who Betrayed a Generation* («Philby, el espía que traicionó a una generación»), en la que calificaba al topo del MI6 de «vanidoso, rencoroso y asesino». Greene, que había trabajado a las órdenes de Philby en el SIS y lo

consideraba un amigo, escribió una réplica en el *Observer* contra esa calificación tan «vulgar y falsa». Comparó a le Carré con E. Phillips Oppenheim, el autor de ficción ligera más vendido antes de la guerra. (Irónicamente, le Carré también había comparado sus aventuras con las de E. Phillips Oppenheim, en una carta ilustrada que le escribió a mi madre y en la que narraba sus días en el campo de entrenamiento para espías.)

Hicieron las paces. En 1974, le Carré escribió a Greene después de sus visitas de investigación al sudeste asiático para elogiar la asombrosa precisión de humor y observación de *El americano impasible*, publicado veinte años antes. No obstante, aunque se cuidaba de criticar a Greene, en privado se mostraba cada vez más despectivo con su catolicismo, su postura política, con «ese que estuvo en Antibes y se enamoró de los dictadores centroamericanos».

Kim Philby también es presencia ineludible en las cartas. Mi padre no veía con buenos ojos a ciertos periodistas literarios, pero, que yo recuerde, Philby era el único hombre a quien odiaba de veras. En 1989 descartó cualquier contacto con Philby en un viaje a Moscú; pero sí que le comentó a su guía, John Roberts, que un día «me gustaría conocerlo, por motivos zoológicos», como si Philby fuera un reptil venenoso.

También se explora la incómoda relación con Inglaterra y sus políticos. Mi padre aceptó importantes premios de Francia, Alemania y Suecia, pero rechazó cualquier distinción del Estado británico. Se negó a que su obra se presentara a premios literarios y rechazó honores políticos y reales. En sus cartas, el primer ministro Tony Blair es un «archisofista» y un «mentiroso intuitivo»; Boris Johnson es un «*oik* de Eton».* Solo Margaret Thatcher le resultaba de algún modo admirable.

En una carta que le escribió desde Austria, en 1950, mi padre le hablaba a Ann, mi madre, de la «gris indiferencia» de Inglaterra. «Estoy harto de Inglaterra y de las instituciones inglesas, estoy harto de nuestras neurosis y del canibalismo y del infantilismo», le dijo en 1966 (aunque su

enfermedad tenía tanto que ver con el matrimonio como con el país). Acababa de publicar *El espejo de los espías*, uno de sus relatos más sombríos sobre las operaciones de la inteligencia británica, una novela que él deliberadamente envolvió en el fracaso. «El carácter inglés y el encasillamiento —bueno, todos nacemos dentro de una casilla, pero los británicos quizá más que la mayoría—, lo que los hace (para mí) tan interesantes y tan pintorescamente universales para escribir sobre ellos», le escribe a su hermano Tony en 1999.

Inevitablemente, en este libro sigo los pasos de un maestro, Adam Sisman, el biógrafo de mi padre. A veces he seguido específicamente el rastro suyo que conducía a las cartas. En otras ocasiones, me encontraba con un pasaje especialmente esclarecedor de una carta y me descubría tomando las mismas decisiones al respecto que él, lo cual en parte me frustraba y en parte me tranquilizaba, ya que Sisman había escogido esa misma carta para incluirla en su libro.

Mi padre se puso en contra de la biografía; sus comentarios sobre el libro y su autor, supuestamente privados, pero difundidos profusamente por aquí y por allá, equivalían a una campaña en toda regla. Yo no fui capaz de leer su biografía desapasionadamente mientras mi padre estuvo vivo. Al releerla ahora, percibo toda la fuerza de la erudición de Sisman, su minuciosa investigación. He leído lo que otros han dicho sobre sus deficiencias, pero el caso es que el libro ha gozado del favor de los críticos, y es una referencia sobre mi padre en la que no he podido dejar de confiar, sobre todo para los primeros periodos de su vida. En este libro he intentado utilizar las cartas y los propios escritos de mi padre como fuente principal, pero la obra de Sisman siempre ha estado ahí como hoja de ruta y respaldo.

En una de las primeras cartas, mi padre afirmaba su convencimiento de que ya estaría muerto cuando se publicara la biografía; en correspondencia posterior con Sisman le pidió que se retrasara hasta ese momento; luego llegaron a un acuerdo y el libro se modificó, haciéndose

aceptable para ser publicado en vida de le Carré. A fin de cuentas, había negociado un acuerdo con un biógrafo putativo, el escritor Robert Harris, para que el relato de su vida después de 1972 se publicara solo tras su muerte. «Creo que fue un auténtico error», me dijo un viejo amigo sobre la biografía de Sisman. «Tu padre tenía muchísimos secretos.»

Muchos de esos secretos se referían a lo que él llamaba su «desarreglada vida amorosa». Pero el caso es que yo, por mi parte, le había instado a que pusiera en marcha una biografía, que me sirviera al menos para ir entrevistando a los protagonistas, incluido él, mientras estuvieran vivos.

Mi padre casi siempre ocultó las huellas de su desarreglo. Hace unos años fui a visitar a una mujer a la que recordaba de mi primera infancia con vivo y cálido afecto, que me había hecho saltar en sus rodillas llamándome «pequeño Timbo». «Era único», fue todo lo que me dijo. «Era único.» Cuando le pregunté a mi padre por esa mujer, un par de años antes de su muerte, me dijo con toda frialdad que no era asunto mío. En plan seductor, le había firmado primeras ediciones que hoy valen cientos, si no miles, de libras.

He incluido aquí las cartas a James y Susie Kennaway —a pesar de que mi padre se opuso a que las utilizara Sisman— porque creo que marcan un punto de inflexión en su vida: una liberación de su matrimonio con mi madre y un yo (posiblemente) más ingenuo. Y vemos el pleno apogeo de sus cartas de amor.

Sería tentador hacer de este libro un conjunto de dimes y diretes entre famosos. Pero mi interés personal se remonta a los años cincuenta y sesenta, a la creación de le Carré, a pesar de que mi padre nunca hablara ni escribiera directamente sobre su carrera en el servicio de información, alegando su lealtad a sus fuentes y a sus hijos.

La única recopilación de cartas que me regaló mi padre fue *Yours, Plum*, de P. G. Wodehouse, publicada en 1990. Dos ejemplares de un libro más extenso, *P. G. Wodehouse: A Life in Letters*, de 2011, estaban en una balda del armario en

su despacho de Cornualles. Había un surtido de Wodehouse delante de cada uno de los dos dormitorios principales de la casa. Fue una delicia tropezar con las referencias a Wodehouse que salpicaban las cartas, más o menos evidentes. (Mi padre escribió sobre el espía del MI6 Nicholas Elliott que «parecía un personaje de P. G. Wodehouse y hablaba como tal».) Cuando hizo la maleta para ir al hospital, el único volumen que metió en ella fue *Wodehouse: The World of Jeeves*, la primera edición integral de los relatos cortos de Jeeves y Wooster. «Todavía no experimento ninguna pérdida de energía», le escribió al productor Eric Abraham, sobre la escritura, en 2006, «pero está acechando, estoy seguro, como el Hado de P. G. Wodehouse, a la vuelta de la esquina, armada de una piel de anguila disecada». O al director Sydney Pollack en 1994: «Como diría Wodehouse, me escupo a mí mismo la edad».

Además de caricaturista, mi padre tenía fama de imitador, como bien recuerdan sus amigos del colegio; su padre le solicitaba que actuase. Alec Guinness era un número fijo en las fiestas, y alguien con quien almorcé una vez recordaba haberse quedado boquiabierto con sus imitaciones de un antiguo director del MI5. Uno de mis recuerdos es el de una cena en la residencia del embajador británico en Berna, después de que mi padre me hubiera llevado a hacer un recorrido por sus antiguos territorios de estudiante pobre. Estuvo sentado junto a una dama europea con título, y cuando ella se fue ya había captado no solo su voz, sino su actitud, sus gestos, un poco de su alma.

De niños era una gozada que mi padre nos leyera poniendo voces. Nuestras favoritas eran las historias de piratas caribeños de sir Arthur Conan Doyle, o los relatos napoleónicos, y por supuesto Sherlock Holmes (nos estremecíamos de horror con el grito de «La banda de lunares», o con los pasos de un sabueso gigante). Y dibujaba: el techo de la habitación de mi infancia era una procesión de criaturas fluviales, serpientes de agua sonrisueñas, una rana y peces; un gallardo pirata custodiaba mi puerta.

Recopilar las cartas de mi padre ha sido una tarea fácil; él dejó una enorme reserva de amor, admiración y buena voluntad. Una de las cualidades omnipresentes en sus cartas es su generosidad de espíritu, ya sea dedicada a un autor principiante, ya a un niño de cinco años que le preguntaba cómo hacerse espía. Los destinatarios han sido igual de generosos al compartirlas.

Mi padre jugaba en sus libros con los nombres de sus personajes, repartiendo saludos a sus amigos. Convirtió Sarratt, donde vivía su viejo amigo Dick Edmonds, en escuela de formación del MI6. Zelide, una marca de diseño de la ropa de *La chica del tambor*, se llamó así por la esposa de su amigo Rex Cowan. Le adjudicó el nombre de mi novia de la universidad, y tal vez un poco de su carácter, a la esposa de Magnus Pym en *Un espía perfecto*. El nombre de mi madre, Ann, para la esposa de Smiley, glamurosa e infiel, una maliciosa broma.

Mi padre empezó a aprender alemán a los trece años, de la mano de su maestro de Sherborne, Frank King, que les ponía a sus chicos viejos discos de gramófono con poesía romántica alemana. Tras abandonar Sherborne para acudir a la Universidad de Berna —que era el lugar más cercano a Alemania donde podía estudiar—, la lengua y la cultura alemanas se convirtieron en compañeros constantes de su viaje literario, su segunda alma, a la que he intentado rendir homenaje en la elección de las cartas. El alemán, declaró a *Der Spiegel* en 1989, tenía «la fascinación de lo prohibido. En aquella época me negaba en redondo a hablar inglés y a identificarme como inglés».

El periodista alemán Yassin Musharbash, que ha colaborado generosamente en las traducciones para este volumen, sugiere que el alemán, para el le Carré adolescente —que huía tanto de su padre como de los rigores de su colegio público—, representaba algo propio, algo que nadie podía quitarle, una fuente de confianza y orgullo. «Cambiarse al alemán es como ponerse un frac», le dijo le Carré a su amigo suizo Kaspar von Almen en 1955. Tras la publicación en 1968 de *Una pequeña ciudad en*

Alemania, en que se postulaba la gestación de un nuevo nacionalismo, mi padre se convirtió en una figura pública del discurso alemán.

El último lugar donde busqué cartas debería haber sido el primero. Llevaba ocho meses buscando cartas de mi padre, y aún no había revisado su estudio o su escritorio. Permanecían casi como el día de su muerte: sin atender, en espera quizá de convertirse en un museo le Carré. Emprendimos una búsqueda cautelosa. Llamaba la atención que, en su mayor parte, los cajones y las estanterías estuvieran poco llenos, incluso vacíos; a mi padre no le iban nada los escritorios desordenados. Pero en el cajón inferior izquierdo había un fajo de hojas de manuscrito atadas con un cordel.

Eran el relato de mi padre sobre su curso de formación en el MI6, fechado en diciembre de 2006: un manuscrito transcrito, imprimido y reelaborado a mano, una y otra vez. El título era *«Postcards from the Secret Edge»* («Postales desde la orilla secreta»). Era una versión preliminar, aunque con más detalles, de lo que luego sería el capítulo primero de *Volar en círculos*, publicado en 2016. «Éramos seis en la clase, todos hombres, de diferentes edades, preparaciones y experiencia... la mayoría de nosotros había pasado por otras ramas de la inteligencia antes de ser seleccionados. Uno había sido soldado especial en Omán, otro era un experto chino; yo, por mi parte, era un desertor de nuestro propio y odiado servicio rival, más conocido como MI5.»

Mi padre no me contó más de su labor en los servicios de inteligencia de lo que contó a la gente que le escribía —con sorprendente frecuencia— pidiéndole información sobre personas, en su mayoría padres, de las que los interesados creían que quizá hubieran trabajado para el MI5 o el MI6. Pero el curso de formación me resultaba especialmente fascinante. Entre sus compañeros de formación estaba mi padrino, que posteriormente dejó el SIS para seguir una distinguida carrera diplomática. Otro fue Rod Wells.

Sabía que mi padre admiraba y hasta reverenciaba a Rod Wells, casi tanto como odiaba a Kim Philby. El coraje de Wells bajo la tortura de los japoneses, que lo habían sorprendido fabricando una radio secreta, lo hacía sentirse inferior. No hay registro de cartas a Wells, pero, cuando mi padre lo visitó en Australia muchos años después, escribió, en el libro de visitas de la familia: «El corazón del viejo león late como siempre». Era una admiración que quizá tuviera un eco posterior en la fascinación de mi padre por el caso de Murat Kurnaz, el superviviente de Guantánamo que inspiró el personaje de Issa en *El hombre más buscado*.

Así como la publicación de *El espía que surgió del frío* fue un punto de inflexión en la vida de mi padre, también lo fue su curso en el MI6. Terminó —así lo cuenta en *Volar en círculos*— con la lastimera comunicación a los nuevos reclutas que hizo el director de su curso de formación: George Blake había quedado al descubierto como espía soviético. Vino a continuación una serie de traiciones británicas: Burgess y Maclean, Philby. «Hasta hace poco no me había dado cuenta de que mi breve carrera en la inteligencia británica coincidió con los años más convulsos de su historia», dejó anotado en ese manuscrito. «Con cada revelación que llegaba a los quioscos, con cada agente británico, real o imaginario... iba creciendo mi percepción de lo mucho que había presenciado, sin ser consciente de ello. Pero eso tampoco es del todo cierto. Sí fui consciente.» El sensacional escándalo de la deserción de Philby a Moscú se estaba produciendo en los periódicos antes de la publicación de *El espía que surgió del frío*.

A partir de ese momento, la experiencia de mi padre en el MI6 quedó teñida de traición e inutilidad. Y fue también como nuevo recluta del MI6 cuando recibió la noticia de que *Llamada para el muerto* había sido aceptada por la editorial e iba a publicarse. El espía privado estaba en camino de convertirse en escritor público.

Tim Cornwell
Mayo de 2022

NOTA SOBRE TIM CORNWELL

1 de junio de 2022

Nuestro hermano Tim fue el comisario de este libro; es su formidable integridad periodística la que rige su recorrido y su tono. Planteó un enfoque estrictamente objetivo, en gran medida sin comentarios editoriales, pero creemos que habría sabido perdonarnos esta única intervención personal.

Tim se desplomó y murió de una embolia pulmonar poco antes de las nueve de la noche de ayer. No tenemos ni idea de lo que pudo ocurrir. Es incomprensible. Era un tipo divertido, cariñoso y amable que sufrió de depresión y otros achaques durante años, pero que hizo todo lo posible para afrontar sus problemas con lo que había a su alcance. El libro que el lector tiene ahora en sus manos es su legado y el de nuestro padre. Tim se sumergió en el archivo incluso cuando le hacía daño, ensambló el relato partiendo del caos, y es responsable de todo lo que hay de excelente en esta recopilación. Estamos muy orgullosos de él por ello.

Hasta pronto, Tim. Te echaremos mucho de menos.

Simon, Stephen y Nick Cornwell

NOTA SOBRE EL TEXTO

A lo largo de este libro se hace referencia a mi padre como John le Carré. No hará falta decir que en sus primeros años no existía John le Carré, sino David Cornwell, que casi siempre firmaba David en sus cartas. Sin embargo, teniendo en cuenta que el público lo conoció durante sesenta años como John le Carré, tomé la decisión de mantener ese nombre en las notas e introducciones a las cartas.

He elegido y revisado esta selección tanto en mi calidad de hijo del autor como en la de editor. Mis elecciones están seguramente más basadas en la familia de le Carré de lo que podrían haberlo estado las de otro editor. En ese contexto, sin embargo, he tratado de revisar los textos de la manera más objetiva y discreta posible, y en tercera persona, salvo en el caso de una sola carta que me fue enviada cuando estaba en el colegio, y en el de un momento que viví en torno a la mesa del comedor.

Le Carré fue un prolífico escritor de cartas. Hubo que excluir muchas de ellas para que el libro no se hiciera inmanejable. La selección, claro está, es siempre un asunto subjetivo, pero, en general, las decisiones vinieron dictadas por si la carta arrojaba luz sobre un periodo, sobre un tema o sobre el propio escritor, ya fuera su labor o las relaciones más llenas de significado para él. Inevitablemente, habrá corresponsales que no estén de acuerdo con las decisiones editoriales tomadas, pero eso es algo inevitable en un libro de esta naturaleza, tratándose además de John le Carré.

Al transcribir las cartas, hemos tratado los manuscritos con veneración y hemos incluido los errores y peculiaridades de le Carré. Este planteamiento dará lugar a algunas incoherencias, pero pretende ofrecer la interpretación más auténtica y fluida de su voz. Le Carré

era imprevisible en el uso de los acentos, añadiéndolos a menudo a palabras como *suede*, *role* y *elite*, que normalmente no los llevan en inglés (*suède*, *rôle*, *élite*);* hemos conservado esa floritura europea. Hemos corregido sin señalarlo cinco topónimos mal escritos: Siena, Lots Road, Albemarle Street, Pailin y Caneel Bay.

Los días de estudiante

Odiaba los internados ingleses. Me parecían monstruosos y siguen pareciéndomelo, probablemente porque empecé mi carrera de interno a los cinco años, en un lugar llamado Saint Martin's Northwood, y no la terminé hasta los dieciséis, cuando me negué rotundamente a volver a la Westcott House, Sherborne, apoyándome en el sólido argumento de que no aceptaría más instituciones de ese tipo.

—en la nueva introducción de 1991
a *Asesinato de calidad*

Le escribí a Stalin durante la guerra, estando en el colegio. Le prometí que haría todo lo posible para propiciar la apertura de un segundo frente, aunque no estaba seguro de lo que tal cosa significaba. Volví a escribirle contándole lo horrible que era el régimen del colegio y cómo me habían pegado injustamente.

—en el *Sunday Times*, 10 de noviembre de 1985

En 1939, faltándole poco para cumplir los ocho años, le Carré pasó de su primer colegio, el de St. Martin, al internado de Pangbourne, el St. Andrew's. A los trece años le envió una carta a su futuro profesor de la Sherborne School, Reginald Stanley Thompson, descrito en su obituario para la Old Shirburnian Society como un hombre de «convicciones insólitamente fuertes» y de «profunda fe cristiana».

A R. S. THOMPSON

St. Andrew's School · Cerca de Pangbourne · Berks
24 de junio de 1945

Estimado señor Thompson:

Muchas gracias por su carta; estoy deseando acudir a la Westcott House el próximo curso. ¡Me creo lo que me cuenta sobre la comida!

Ya hemos jugado varios partidos y nos quedan unos cuantos por disputar. Nuestro primer partido fue contra la Elstree School, y debido a la lluvia y a un mal bateo nos resultó sencillamente imposible anular su ventaja y forzar un empate. El segundo fue contra Bradfield B House Junior Colts, y lo ganamos fácilmente. El siguiente, ayer, fue contra la Ludgrove School, y otra vez lo ganamos fácilmente, aunque después de un *fielding** absolutamente espantoso.

¿Ve mucho a Philip Simons?[1] Supongo que no.

Comprendo perfectamente lo que dice sobre el «nacimiento» de una nueva institución, y haré todo lo posible por contribuir a su buena reputación.

Mi hermano Anthony, a quien vio usted, no sé si lo recuerda, hace bastante tiempo, ganó una beca para Radley hace unos dos años, y ahora está destacando en el once titular.

¿Podría contarme algo de la vida cotidiana y las costumbres de

su institución, para estar aceptablemente preparado cuando empiece el próximo curso?

Atentamente,

David Cornwell



La madrastra de le Carré, Jean Cornwell —a quien siempre llamaron Jeannie—, fue a Sherborne con le Carré, cuando este tenía trece años. El 22 de noviembre de 1945, le escribió al señor Thompson: «Nos dice en sus cartas, más bien entrecortadas, que nunca en su vida había visto tanto trabajo por hacer, como él dice, "a toda costa". En mi papel de madrastra malvada, me encanta que ahora tenga que dar el callo, y también que tenga que resolver las cosas por sí mismo, sin la guía de su hermano mayor.

»Me alegra que usted lo considere una persona simpática y agradable, porque estoy convencida de que su influencia en David será inestimable. No hace falta decir que me tiene totalmente engatusada y he de vigilarme constantemente para no malcriarlo».

Las cartas de le Carré, ya adulto, a Jeannie evidencian una intimidad y un cariño notables. La suerte de su padre, Ronnie Cornwell, se puede rastrear en sus cartas a ella, al igual que la suerte de su propio matrimonio.

Nacida en noviembre de 1916, Jeannie asistió a un colegio femenino de categoría y fue locutora y directora del Servicio Europeo de la BBC durante la Segunda Guerra Mundial, tarea que incluía la lectura de extraños mensajes codificados a través de las ondas para la Resistencia de Europa. El resultado de una agitada vida privada en tiempos de guerra, vivida bajo la amenaza existencial de las bombas alemanas, fue su matrimonio con Ronnie Cornwell en diciembre de 1944. Vivió la Gran Depresión, y vivió las depresiones de Ronnie.[2]

En una entrevista de 1986 con motivo de la publicación de *Un espía perfecto*, le Carré afirma que en su casa no recibió «ningún estímulo para leer» hasta que sufrió

una operación de estómago a los siete años y «una señora que luego se casó con mi padre me leyó *El viento en los sauces*». Jeannie tendría veintidós años. «Le pedí que me lo volviera a leer, y debió de hacerlo dos o tres veces», prosigue. «Después leí yo mismo el libro, y todo dio la impresión de ponerse en marcha a partir de entonces... Un año más tarde, la misma señora me llevó a ver el *Hamlet* de John Gielgud, y esa fue mi introducción al teatro en vivo.»

Ronnie, por el contrario, alardeaba de no leer libros —les decía a sus hijos que él se había formado en la «universidad de la vida»— y exhortaba a sus vástagos a no leerlos ellos tampoco.

Le Carré dejó Sherborne a los dieciséis años, con el apoyo de su padre y la feroz oposición de R. S. Thompson. Hubo un airado enfrentamiento cuando fue a recoger sus pertenencias al colegio.

A R. S. THOMPSON

Tunmers · Chalfont St. Peter · Bucks
Jueves por la mañana [s. f., pero verano de 1948]

Estimado señor Thompson:

Lamento mucho haber malinterpretado su actitud del martes por la tarde, pero teniendo en cuenta lo ocurrido antes debe usted admitir que era ciertamente comprensible. El hecho de no haberle notificado mi llegada fue una falta de educación que lamento profundamente, pero la verdad es que, también teniendo en cuenta lo ocurrido, me pareció muy difícil decir simplemente «Iré en tal fecha a recoger mis pertenencias; haga el favor de disponer lo necesario».

Si se me permite, me gustaría pasarme por allí una vez más para decirle un «adiós» un poco más convencional, en el estilo que tenía previsto el martes por la tarde. ¿Le parece bien el próximo sábado? Me gustaría salir en el tren de las 5.20 o en el de las 6.45 (si es que funciona el sábado), ya que tengo un amigo que va a pasar allí el fin de semana.

Atentamente,

David



El 21 de septiembre de 1948 Ronnie le escribió a Thompson comunicándole que había «considerado muy a fondo la posibilidad de retirar a David de Sherborne». En los archivos de Sherborne escasean las cartas de Ronnie, quien más tarde afirmó que su hijo había aprendido el arte de las cartas de su estilo epistolar.

«No le oculto que los términos de la carta que me hizo llegar usted me generaron la mayor ansiedad, hasta el punto de preguntarme si, al fin y al cabo, estaba haciendo lo correcto enviando a David a Suiza para el curso universitario de doce meses, apartándolo de Sherborne», escribe Ronnie Cornwell.

«Habla usted de su inmadurez mental y espiritual, y estoy sinceramente de acuerdo con usted en que se encuentra en una etapa especialmente delicada de su vida. Por otra parte, no me entienda mal cuando le digo que lo primero que he de tener en cuenta en este asunto debe ser siempre David, y lo que usted ha tenido la bondad de decirme en su carta equivale prácticamente a lo mismo. Estoy convencido, por lo que me ha dicho, de que por mucho que esté en su mano darle al colegio durante los próximos doce meses, y por mucho que el colegio pueda darle a él, será un año desesperadamente infeliz para él. Conociéndolo como lo conozco, debo absolverlo por completo de la acusación de cobardía, y más bien me inclino por adoptar lo que sugiere una expresión conocida y afirmar que "le queda mucho por aprender". Usted dice que es impulsivo y yo también sé que eso es cierto, y creo, para ser justos en este aspecto del asunto, que gran parte de esa impulsividad podría atribuirse al deseo de adquirir conocimientos y, con esos conocimientos, cierto grado de poder. Estoy totalmente de acuerdo con usted en que tiene infinitas posibilidades y admito que pueden ser para bien o

para mal. Lo mismo ocurre con otros muchachos, y, habiendo considerado este asunto muy seriamente y con pleno sentido de la pesada responsabilidad que inevitablemente me atañe, al final he decidido, en todo lo que respecta a la visita a Suiza, darle la razón al muchacho, ya que creo completamente en él. Me solidarizo con él en muchas de las cosas que le han molestado durante su permanencia en Sherborne. Pero, para ser justos con él, estará usted de acuerdo conmigo, a juzgar por los resultados, en que no ha perdido del todo su tiempo desde el punto de vista escolar. Así pues, habida cuenta de todas estas circunstancias, se trasladará a Suiza alrededor del 15 o 16 del próximo mes, y no irá como un completo extraño. Tengo varios amigos allí, y no me cabe duda de que ya encontrará él otros amigos por su cuenta.»

Le Carré ha contado por extenso su «fuga» de Sherborne a Berna, pero está claro que Ronnie tuvo una participación mayor de la que él nos cuenta. Aunque su padre no pudiera pagar las tasas escolares y universitarias.

El reverendo Vivian Green era capellán y profesor de Historia de Sherborne. Aunque no le dio clase a le Carré, que ya se estaba especializando en lengua moderna, recuerda claramente haber estrechado la mano del muchacho cuando se marchaba.

Le Carré partió con destino a Berna en octubre de 1948.

La forma en que le Carré se marchó de Sherborne y el desencuentro con el señor Thompson siguieron preocupando tanto al colegial como al director de la escuela, y ambos lo describirían como resultado de la tensión entre la vida hogareña de le Carré, la existencia en la cuerda floja de la «Corte de Ronnie» y la ortodoxia anglicana de Sherborne de R. S. Thompson.

El 2 de mayo de 1952, Thompson expuso su valoración de le Carré en una larga carta de referencias para el rector del Lincoln College de Oxford: «Lamenté mucho su marcha e hice todo lo posible por evitarla, pero sin éxito. Todo ha

sido resultado de un ambiente insatisfactorio en el hogar, que operaba desafortunadamente en una mente muy sensible. Era como el relato de Fausto en miniatura. El niño hallaba un contraste inquietante entre su entorno familiar, muy material, y lo que experimentaba en la escuela. Tenía miedo de "perder" a su familia, algo que no quería. Así que llegó a la conclusión de que lo único que podía hacer era abandonar el lugar que le generaba el conflicto. Eso fue lo que me dijo, con bastante angustia, y no tengo motivos para dudar de su veracidad, porque coincidía con mis propias observaciones. Al final de las vacaciones, bajó a recoger sus cosas y me molestó muchísimo que entrara "sigilosamente" en casa e intentara marcharse sin verme. Lo descubrí y lo vi y tuvimos una entrevista muy ácida, que terminó de forma insatisfactoria, en gran parte por mi culpa. Sin embargo, más adelante le escribí para decirle, entre otras cosas, que siempre haría todo lo que pudiera por él.

»Es un chico extremadamente sensible, artista y poeta —ganó el concurso escolar de poesía a los dieciséis años—, y tiene una buena cabeza. Tal vez ahora se haya estabilizado, o al menos eso espero, porque puede hacer muy bien cualquier cosa a la que se dedique con convicción. Me parece el tipo de persona que lo mismo podría ser arzobispo de Canterbury que un delincuente de primera fila».

Le Carré hablaría en el documental *The Secret Centre* («El centro secreto»)[3] de una «educación temprana salvajemente ortodoxa y brutal». Decía: «El abismo real entre Sherborne y su muy elevada ortodoxia eclesiástica, tal como era entonces, y el caos de la vida doméstica y las escenas terriblemente divertidas de racismo en las que vivíamos, ese abismo se hizo insalvable y absurdo y me encontré tendiendo a ambos extremos, de modo que me fui y permanecí con los franciscanos anglicanos en Cerne Abbas durante una pequeña parte de las vacaciones, porque realmente quería sumergirme en los significados del cristianismo, quería comprometerme con los extremos de las enseñanzas del colegio en que estaba. Por otro lado,

entonces experimenté una completa repulsión por el cristianismo y la ortodoxia y empecé a pensar que era un juguete de fuerzas ridículas: por un lado esta criminalidad raquítica, por otro este estilo engreído de alta escuela, y realmente escapé de todo ello».

Cuatro años después, cuando le Carré se disponía a acudir al Lincoln College, en Oxford, hubo otro intercambio de cartas con Thompson. Ambos permanecerían en contacto hasta 1968.

A R. S. THOMPSON

Tunmers · Chalfont St. Peter · Bucks · Jordans 3152
5 de mayo de 1952

Estimado señor Thompson:

Muchas gracias por su carta, que, como podrá usted suponer, me dio mucho que pensar. No hará falta decir que siempre he sabido que en cualquier momento estaría usted dispuesto a ayudarme todo lo que pudiera. Además, muchas veces he pensado en ir a verlo, no porque lamente haberme marchado tan pronto, sino porque la idea de regresar al escenario de ese conflicto moral tan insoportable siempre ha ejercido sobre mí una fascinación magnética.

Ahora, más que nunca, creo que lo que hice fue correcto, aun lamentando que haya causado tanto dolor. No he elegido —como usted alguna vez apuntó— a Mamón en lugar de a Dios. Elegí lo natural en lugar de lo antinatural; lo libre en lugar de lo reprimido, porque la elección fue mía, como creo que usted siempre supo. En los años transcurridos desde que dejé Sherborne, he experimentado muchas cosas, agradables y desagradables, buenas y malas, alegres y deprimentes. Si he permanecido más tiempo en las «Cortes del Diablo» —como usted las llamaría— que en otras fue porque me horrorizaban, no porque me atrajeran. Encontré lo que siempre había buscado: una base de comparación, un fundamento más amplio sobre el que formar mis opiniones.

Recuerdo que el director del colegio dedicó un curso entero al estudio del budismo. Quizá, a la luz de este hecho, ¿no resulta algo más defendible mi razonamiento?

Tampoco salí perdiendo en lo académico: estudié en Berna la mayoría de las cosas que podría haber estudiado en Sherborne. Así que no soy «ni blanco ni negro», pero puedo afirmar que he empezado a estudiar la necesidad de algo, crea o no crea en ello. Porque, en conciencia, la necesidad está ahí. Quizá tengamos tiempo para ver las cosas con objetividad. ¿O debemos, como niños inmaduros perdidos en la fantasía, aceptar por la fuerza una creencia de tan fabulosas consecuencias? Me gustaría empezar desde el principio. Pero me contento con llegar a creer en mi propio momento, como resultado de mis experiencias, es decir, quiero pensar por mí mismo.

Si me acepta sobre esta base, estaré encantado de volver a verlo. Pero no podría volver a soportar lo que pasé antes, porque estuvo a punto de volverme loco.

Perdóneme si le parece que estoy poniendo condiciones de difícil cumplimiento, pero creo que entenderá un poco lo que estoy tratando de decirle.

Atentamente,

David

Esquiador

Participé en la carrera de Lauberhorn cuando era un inglés de los más tontos, y casi me mato.

—a Bernhard Docke, por email,
20 de diciembre de 2007

Más adelante, le Carré explicó que sus nueve meses en la Universidad de Berna fueron su trampolín hacia la cultura alemana, en el lugar más cercano a Alemania donde podía estudiar; pero que también estableció una relación duradera con la Suiza alemana. Por mediación de su compañero de estudios suizo Kaspar von Almen, efectuó su primera visita a Wengen, el pueblo de montaña que acoge las famosas carreras de esquí del Lauberhorn; fue allí donde captaron a le Carré para el Downhill Only Club, que entrenaba a corredores de esquí británicos. Allí se construyó un chalet en los años sesenta.

Berna fue también un peldaño en el acceso de le Carré al mundo secreto: allí lo reclutó la inteligencia británica para realizar tareas menores como estudiante, para asistir a reuniones de la izquierda y «para hacer de mula en alguna operación de la que no sabía nada».[1]

A pesar de todos sus amargos recuerdos de la Sherborne School, fue el profesor alemán de le Carré, Frank King —oficial del servicio de inteligencia durante la guerra —, quien le contagió el virus alemán. «Hablaba un alemán excelente y siempre nos recordaba, en la clase de alemán, cuando todo el mundo demonizaba a Alemania, con justicia, que había otra Alemania, una perdurable y mucho más antigua, una Alemania sensata y encantadora», recuerda le Carré. «Y todo esto se me metió en la cabeza y cuando hui de mi colegio público me empeñé en ir a Suiza. Alemania seguía ocupada y no era un proyecto factible.»[2]

De la Universidad de Berna quedaron en su memoria los tutores judío-alemanes y la compañía de niños alemanes exiliados que formaban una especie de grupo aparte alemán. «Asumí la identidad alemana y su cultura en sustitución de la mía. Ahí es donde empezó todo.»

Le Carré nunca hizo publicidad de su pasado de esquiador o ilustrador. En sus últimos años, esquiaba

suavemente, muy erguido, con un estilo elegante y anticuado, y nunca intentó igualar la velocidad de sus hijos. En una época en la que los corredores de esquí alcanzaban una velocidad media de ochenta kilómetros por hora en las bajadas, con esquís de madera y anclajes de cable, participó en la carrera del Lauberhorn; se estrelló contra el borde de un puente ferroviario y lo tuvieron tendido en el hotel Eiger de Wengen mientras recuperaba el conocimiento.

Desde esas pistas, a los diecinueve años, le escribió le Carré a su futura esposa, Ann Sharp, hija de un oficial de alto rango de la Royal Air Force. Se habían conocido en St. Moritz en enero de 1950, cuando él tenía dieciocho años y ella diecisiete, y Ronnie —según recuerda ella— «estaba utilizando a David como cebo para captar a la hija de un posible cliente». Diez meses más tarde se volvieron a encontrar, en un baile de fin de semana en casa de un capitán de grupo de la RAF. Le Carré estaba entonces en el ejército e iba camino de Austria con el Intelligence Corps. «Después de eso, pues sí, David me escribió cartas», dice Ann en unas memorias.

Le Carré y Ann, cada uno por su parte, buscaban dónde refugiarse de sus atormentadas vidas hogareñas: Ann, por culpa de su padre, Bobby, que era aviador, veterano del Bomber Command, un hombre irascible, mujeriego y de una valentía incontrolable.[3] De niña contaba en un aeródromo las llegadas y salidas de los bombardeos en misiones contra Alemania.

Le Carré esquiaba con su amigo Dick Edmonds en el Downhill Only Club de Wengen. Y fue para Edmonds, que era redactor jefe del *Downhill Only Journal*, para quien realizó muchas de sus ilustraciones, así como para los grandes almacenes que dirigía el padre de Edmonds.

Julie Kentish-Barnes conoció al equipo de Downhill Only en Wengen y entabló con le Carré una cálida amistad que continuaría hasta Oxford. Era «sin duda lo más guapo que se ha visto nunca. Todos ellos llevaban jerséis blancos de punto, [con ese] cielo azul, con sus ojos azules... era arrasador. Me faltaba poco para desmayarme cada vez que

los veía», recuerda en una entrevista.[4]

Los padres de Julie Kentish-Barnes adoraban a le Carré, y él les correspondía. Años más adelante les escribiría: «Los días más felices de mi infancia tardía (primera juventud) los pasé en vuestra casa, y en vuestra pista de tenis y en vuestra piscina». Diseñó un logotipo para las cajas de manzanas del huerto familiar, Waterers, que vendían a veinticinco libras; era una manzana de la que emergía un gusano, con la leyenda «Británico hasta el corazón». La empresa lo utilizó durante años. Kentish-Barnes conducía un Ford 8 de 1936, que tenía un deflector de insectos, y él le «pintó en la parte de delante un tremendo bicho con alas», recuerda Julie.

Según Kentish-Barnes, le Carré era feliz esquiando en Wengen, lejos de las peroratas de su padre sobre «mi Rolls y mi plata». Pero también hacía dibujos más oscuros, además de sus bocetos de esquí. Decenios más adelante, le Carré convertiría sus días de esquí en un guion cinematográfico, «Schüss», pensado para su hijo Stephen, esquiador de talento, guionista y cineasta. Pero el deporte había cambiado. «El esquí», le escribió a Kentish-Barnes en 2016, «me parece horrible ahora: demasiado rápido, demasiado fácil, demasiado lleno de gente y con un comportamiento demasiado malo. Me alegro de que nosotros viviéramos su mejor época».[5]

Los dibujos para Dick Edmonds se utilizarían en una exposición de homenaje a le Carré del Micklefield Hall, la casa familiar de los Edmonds, el 19 de octubre de 2021.



Ilustración de le Carré para el *Downhill Only Journal* de Wengen.*
Dibujo de David para el Downhill Only Journal de Wengen

A ANN SHARP

Hotel Palace · Wengen · Oberland · Suiza
18 de diciembre de 1950

Apunta la nueva dirección, por favor

Cariño mío:

«Après-ski»: esa maravillosa sensación de cansancio tras un día de esquí, con todos los músculos doloridos y temblorosos. Cansancio, mental y físico, combinado con la satisfacción de haber conseguido algo. Y hoy lo hemos conseguido, ya que con una temperatura de entre 17 y 20 grados bajo cero, hemos hecho cuatro descensos de ocho kilómetros cada uno, y la nieve soplaba con un viento duro y frío que nos mordía la ropa y el cuerpo. Las gafas se empañan, y las cejas se te ponen tiesas, heladas, y al final

los pantalones también se te ponen rígidos, de modo que cada vez que doblas la rodilla te rozas con la tela congelada, como de lona. No ves más allá de unos pocos metros y no sabes dónde estás, pero sigues al que va delante de ti, procurando no meterte en su surco, y pobre de ti si te caes. Hoy, en una curva cerrada, a un miembro del equipo se le soltó un esquí y este siguió en línea recta unos ciento cincuenta metros, cuesta abajo, y no lo hemos vuelto a encontrar.

Y luego regresar al hotel, sentarse en torno a la chimenea y hablarlo todo, contarnos historias de la jornada de esquí, de cómo está esa esquina con la nieve nueva, o esa hondonada, o ese montículo. Resultado neto del día: un amigo con un tobillo torcido y otro con un solo esquí... Y todos contentos de nosotros mismos y con miedo a mañana. Pero mañana puede esperar.

Y, sin embargo, la sensación de soledad, una especie de sensación de vacío en el estómago, saber que algo falta, y que ese algo eres tú... es lo único que estropea —pero solo hasta cierto punto— un día perfecto. Y sin embargo lo más estúpido es que ¡me alegro de que así sea!

Nos veremos pronto, cariño. Lo necesito. Te llamaré esta Nochebuena, a las ocho y media, hora de Gran Bretaña, y te diré cómo va todo.

Es concebible que tus cartas dirigidas a la atención del equipo de Downhill Only tarden en llegarme, ya que la oficina del club no está abierta aún. Pero al hotel Palace de Wengen me llegarán directamente a partir de ahora.

Que Dios te bendiga, cariño; te quiero con todo mi corazón,

David



A ANN SHARP

Hotel Palace · Wengen
20 de diciembre de 1950

Mi querida Ann:

Hoy hemos empezado a saltar en serio, pero solo unos quince o

veinte metros. A partir de ahora haremos cuatro o cinco saltos diarios como parte de nuestro entrenamiento. Lo creas o no, es la sensación más maravillosa del mundo, porque al alcanzar cierta altura sientes que el aire te lleva, flotas con la suavidad de un pájaro. Estéticamente, es quizá el aspecto más satisfactorio del esquí. Esta mañana ha salido el sol por primera vez, y hemos pasado la primera mitad del día esquiando bajo un sol radiante, con nieve nueva hasta más arriba de las rodillas. Fue algo maravilloso, cariño, como cabalgar en la cresta de una ola alta, con el cielo azul por encima y la espuma del mar por debajo. Eso es esquiar de verdad, ahí es donde la mente, por así decirlo, se desborda, impulsando al cuerpo a conseguir sus logros, todo lo cual suena bastante estúpido, sí, pero una vez que lo has hecho nunca puedes olvidarlo. Por eso, quizá, te quiero aquí, conmigo, más que en ningún otro sitio. A mediodía volvimos a correr, es decir que nos cronometraron en algunos tramos de ocho a diez kilómetros, y todos lo hicimos bastante bien. No hay lesionados. Nuestro equipo ya se ha reducido de diez a seis, así que ahora estamos «al mínimo de fuerzas».

Recibí un telegrama de Tony,[6] y llega mañana (será muy agradable tenerlo aquí, aunque no sé muy bien qué es lo que va a hacer). Después de Navidad se va a Grindelwald, aquí cerca, a pasar dos semanas en un chalet, y eso debería disfrutarlo.

De nuevo, como al final de cada día, todos los músculos me duelen y se hacen nudos, y hoy hemos hecho más esquí verdadero que previamente. Por la tarde, eslalon (entre varas) y saltos. A última hora nos han dado masajes, haciéndome cosquillas, como siempre.

Mi querida Ann, voy a intentar desesperadamente no romperme nada, porque quiero verte cuanto antes. Pero si hiciera falta me recorrería Europa cojeando, con ambos pies escayolados, solo por verte un rato. Te quiero, cariño: es como si te hubieras convertido en la sangre de mi vida, en la base de todas mis esperanzas y ambiciones.

David x

Oh, cariño, no quiero dejar de escribirte, porque parece que es el único momento en que puedo decirte que te quiero, y lo hago

desesperada y sinceramente. ¿Resulta estúpido que te lo diga en cada carta y con cada aliento? Mi querida Ann, te quiero, te quiero.



A ANN SHARP

Hotel Palace & National Wengen
10 de enero de 1951

Cariño mío:

He estado varios días en Zúrich por motivos de trabajo. Esta mañana he vuelto a entrenar con el equipo para el primer gran encuentro internacional que se celebra el sábado, y he sufrido una caída espantosa, cuyo resultado es que estoy de nuevo en la cama, por haberme torcido unos músculos del muslo izquierdo. Tenía que suceder tarde o temprano. Puede que solo esté en cama uno o dos días; en tal caso, el médico dice que me vendará el muslo y que, después de todo, podré participar el sábado.

Ay, cariño, mi querida Ann, te necesito desesperadamente, como nunca he necesitado a nadie. Por favor, por favor, dime cuándo vienes. Escríbele de nuevo a Rosemary, si fuera necesario, pero, por favor, entérate, cariño, y dímelo. Ya no falta mucho.

Gracias por tus cartas. Me hacen muy feliz.

El recorrido de la carrera del sábado es poco menos que sorprendente. Hoy se rompió una pierna un miembro del equipo italiano y perdió el sentido. El equipo noruego está aquí, ¡y están *telemarkando* el recorrido del eslalon!

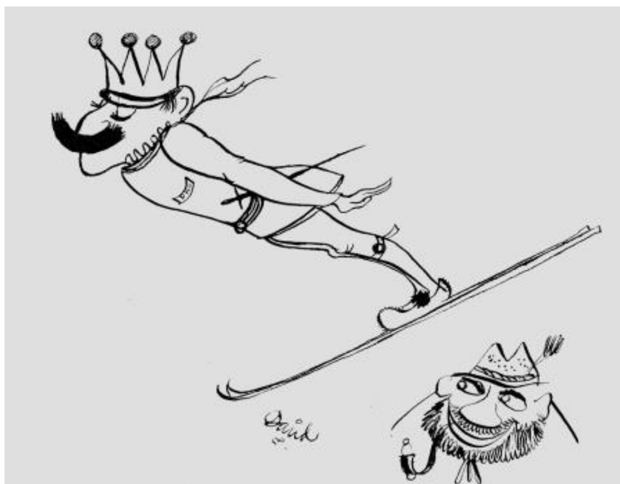
Los del equipo alemán también están entrenando, y parecen muy buenos. Los norteamericanos ponen mucho empeño, y los franceses son brillantes. El equipo suizo es imperturbable, y lo más probable es que ganen: se conocen el recorrido como la palma de sus manos. El recorrido se supone que es más rápido que nunca. Lleva diez días sin nevar, así que imagínate la cantidad de hielo.

Lamento estar escribiendo como atontado, pero es que me acaban de dar unas pastillas para dormir. Sin embargo, tengo tantas ganas de hablar contigo, de pensar en ti e imaginar que te

tengo en los brazos, y que te ciñes contra mí como si en realidad fueras parte de mí mismo. Quiero soñar con tus profundos ojos suaves y con tu voz. Pensar por un segundo que estás aquí, hablando conmigo. Figurarme que estás sentada aquí, a mi lado.

Ya no falta mucho, cariño. Perdona esta carta tan rara. La termino ahora mismo y te la envío. Me levanto el viernes. Cariño, te amo enormemente

David





[En alemán imitado: «Sí, sí, nieve buena el año que viene». *(N. del t.)*]
Dos dibujos de David sobre el esquí.



De regreso en Gran Bretaña para el servicio militar, le Carré hizo su periodo de instrucción básica en el ejército regular, y lo seleccionaron para el Intelligence Corps.



A ANN SHARP

The Intelligence Corps Depot · Maresfield Camp

[s. f.][7]

Ma chère Véronique:

Una cartita de divertimento, porque no te amo menos que de costumbre, quizá incluso más, pero esta noche de un modo calmado y satisfecho.

Hoy, D. jugó a los espías y lo pillaron y lo metieron en la cárcel. Escapó como un auténtico E. Phillips Oppenheim[8] dejando fuera de combate a un guardia de Otro Rango y quitándole los tirantes y atándolo, y robándole el revólver. Me hice pasar por un tabernero de Doncaster. Todo bastante divertido, pero me corté un poco la mano en la pelea.

Pero cuando estaba atando al soldado con sus tirantes, y poniéndole la rodilla entre las piernas para sujetarlo, él se quedó mirándome y me dijo: «Disculpe, señor, pero ¿todo esto forma parte del ejercicio?». Todo bastante triste.

Total, que me volvieron a pillar y me sometieron a interrogatorio, que fue bastante duro, porque

1. Me desnudaron
2. Me golpearon
3. Me dejaron arrestado en los barracones

Pero nunca me devolvieron la ropa, así que te estoy escribiendo *in puribus*.

Comme toujours,

David



En 1951, le Carré prestó servicio en Austria como oficial de inteligencia militar.[9] *Estuvo destinado en el Palais Meran de Graz, y se basó en esa experiencia para* Un espía perfecto. *Llegó al país menos de dos años después del estreno cinematográfico de* El tercer hombre, *de Graham Greene, ambientada y filmada en Viena.*

A ANN SHARP

[Matasellos] 30 de marzo de 1951

Cariño:

Recibí tu carta esta mañana. Muchas gracias. Nueva dirección: POSTLAGERND (i. e., lista de correos) GRAZ (HAUPTPOST) STYRIA AUSTRIA. Por favor, pon «D. Cornwell». Pronto me iré a Venecia por unos días: saldré de Viena mañana por la mañana y cruzaré la zona rusa en coche. Hoy voy a darme otro paseo por Viena. Esta noche asistiré a una reunión comunista. Son muy interesantes.



The Intelligence Corps Depot
Maresfield Camp

Ma chère Véronique,

a little letter to amuse, because although I love you no less than usual, but perhaps a little more, it's in a quiet contented way this evening.

Today D. played Spies. and was caught and put in prison. Escaped in true E. Phillips Oppenheim by laying out an Other Rank guard and removing his braces + tying him up, and stealing his revolver.

Masqueraded as a publican from Doncaster. Felt rather fun, but cut my hand a little in the fight.

But as I was tying up the soldier with his braces _ and keeping him still by putting my knee between his legs, he looked up at

Carta desde Maresfield Camp

La comida aquí es excelente y barata. La ginebra cuesta tres peniques la copa, la cerveza seis peniques la pinta y el brandy, cuatro peniques la copa. Por si te interesa. No estoy aprovechándome de las circunstancias más que de costumbre.

La vida es muy buena: ópera e intriga. ¿Puede haber algo más divertido?

¿Quieres un puesto de secretaria en Viena? Siempre hay posibilidad de que te lo consiga. Quizá no sea eso precisamente lo

que tiene en mente la familia.

Abrazos para todos, o al menos para ti, cariño. Tengo que salir disparado, me creas o no. A veces no queda más remedio que trabajar.

David



A ANN SHARP

[Austria, presumiblemente Graz]
[Matasellos] 2 de abril de 1951

Lo siento: solo papel. D.

Ha sido un cálido día de primavera y una fresca tarde de verano; los sauces llorones están ya frondosos y verdes, y los abedules plateados rebrillan al sol. Hace tres días viajé hasta aquí en el mismo compartimento que treinta soldados rusos: vagones largos, sin separaciones. Fumamos juntos, pero se negaron a hablarme, o incluso a decirme «adiós» cuando bajaron del tren. Esta tarde he subido a una colina de las afueras de Graz —que es una ciudad muy bonita— y he visto extendidos a mis pies campos enteros de tejados de pizarra roja, y los meandros del río, y el humo de las chimeneas. No había personas, solo edificios. Parecía imposible que este fuera el hogar de prácticamente todos los movimientos políticos clandestinos de Austria, que fuera la sede del nazismo en 1939, que ahora sea un semillero del comunismo y que sea el caldo de cultivo de intrigas internacionales de todo tipo. Lo único que se veía era el humo, los tejados y el río. El sol era cálido y brillante y todo estaba tranquilo. Es curioso. Espero poder recoger mañana las cartas que me hayas escrito, pero no estoy seguro de cuándo podré escribirte de nuevo. Aunque probablemente sea pronto. Cariño, te quiero. No te puedes hacer idea de cuánto te quiero. Me siento solo, y por la noche no hay palabras para expresar lo que te anhelo. Y durante el día, de repente me detengo y pienso en ti y me imagino tu cara cerca de la mía, y tus ojos mirándome, y deseo más que nada en el mundo que

estuvieras aquí. Te quiero, cariño, te quiero.

Tengo que parar.

D.

P. D. ¿Te han llegado ya las fotos?



A ANN SHARP

Corinthia[10]

Mediodía, lunes [23 de mayo de 1951]

Cariño:

Hoy, sol y nueva nevada en los Dolomitas, viento frío y cortante. Huele a primavera y a sifón para el vermú. A última hora de la tarde cojo el tren nocturno a Viena y, con suerte, mañana por la mañana tendré más noticias sobre mi próximo destino, porque sigo *«en route»*.

Ojalá estuvieses aquí, es muy bonito. Un pueblo pequeño y sin tocar, con un pub, un par de tiendas y un grupo de casas con las paredes de madera y unas chimeneas grises muy empinadas. Calles empedradas, y el vigor y la alegría de un auténtico día de primavera. El río y el lago y las montañas. Los campos parecen jóvenes y verdes, como si respiraran el cálido sol y dejaran que el viento los recorriera como el agua y la espuma sobre el costado de un barco. No se te pasa por la cabeza que esta tierra haya sido alguna vez un campo de batalla, que estas cabañas han sido fortines, y los ríos trampas para tanques. Este no es un país para soldados y guerra. Más bien, para música y pintura, para poesía y felicidad.

Me pregunto qué aspecto tendrá ahora Viena: ¿habrán echado brotes ya los árboles que bordean las anchas calles, irá el río crecido por la nieve derretida?

Ay, querida, ¡así es la vida! Solo espero seguir pensando de ese modo. Solo desearía que estuvieras aquí para verlo conmigo.[11] Para ver cómo ocurre: esta gran transformación de la indiferencia gris de Inglaterra a los colores encantadores y el esplendoroso renacimiento de la primavera en Austria. Podrías entrecerrar los ojos y mirar al sol, y quizá verías, como yo, la miríada de colores,

como un arcoíris viviente, o el sol en una sombrilla pintada, frente a un café francés de los Campos Elíseos. Podrías beber el aire de estas ciudades limpias y sin humo, y reír sin motivo, como hago yo. Pero un día lo veremos, los dos, juntos. Podemos esperar hasta entonces.

Oh, sé que esto es una tontería, que no todo puede ser cierto. Pero a veces me siento como si hubiera despertado de la hibernación en Inglaterra y hubiera limpiado mis pulmones del hollín de los «oscuros molinos satánicos», para respirar de nuevo la belleza y la paz del mundo exterior. Y cuanto más lo disfruto y lo amo, más te echo de menos a ti, cariño mío, que eres la única persona que podría disfrutarlo y amarlo conmigo, que podría nadar en este gran lago de simulaciones. Todo debe de ser una ilusión, pero reclamo para ambos el derecho a soñar, hasta que despertemos. Porque no tenemos más remedio que despertar —y es algo que temo más que la muerte—, y créeme, yo también tengo miedo de morir.

Dios te bendiga,

David

Oxford y matrimonio

Y en Oxford, mientras estudiaba alemán —entiéndase, por supuesto, la traducción de la Biblia al gótico que hizo el obispo Wufila en el siglo IV—, me hice pasar por criptocomunista y me ofrecí desinteresadamente a un agregado cultural visitante de la embajada soviética en Londres: es decir, el típico joven idealista, burgués y de izquierdas al que se habría lanzado cualquier buen cazador de talentos del KGB.

—*An Evening with George Smiley* («Una noche con George Smiley»), Southbank Centre, 7 de septiembre de 2017

No solo estaba en la ruina, sino que —a mitad de mi segundo año— era un insolvente de gravedad, ya que mi padre había caído recientemente en una de sus espectaculares quiebras, y el banco había devuelto su cheque para las tasas de mi curso. Y aunque mi colegio se comportaba con una indulgencia ejemplar, yo la verdad es que no veía forma de permanecer en Oxford durante el resto del año académico.

Pero eso era olvidarse de Reggie,[1] que un día entró en mi habitación, probablemente con resaca, me entregó un sobre y se fue. Era un cheque a mi nombre firmado por sus administradores, lo suficientemente grande como para pagar mis deudas y mantenerme en la universidad durante los seis meses siguientes.

—«Para Reggie, con mi agradecimiento», capítulo 34, *Volar en círculos*

En 1952, quien entrevistó a le Carré para ser admitido en Oxford fue el reverendo Vivian Green, su antiguo profesor de Sherborne, que entonces era tutor principal en el Lincoln College. Green se convirtió en el mentor y el amigo de toda la vida de le Carré, el don de Oxford que inspiró la «vida interior» de un amante de los libros llamado George Smiley.

Los años de le Carré en Oxford vieron su matrimonio con Ann Sharp, en medio de las continuas desventuras de su padre, Ronnie, futuro modelo del Rick Pym de *Un espía perfecto*. En su casa de Tunmers, en Chalfont St. Peter, Ronnie «recibía a la selección de críquet de Australia, patrocinaba al Arsenal, compraba caballos de carreras, se vestía a la última moda y vivía fastuosamente —escribe Vivian Green—, instalado en el país de nunca jamás de las compañías flotantes y las aventuras en la especulación».[2]

En futuras cartas a su madrastra Jeannie, le Carré menciona en dos ocasiones una «novela de Oxford» que estaba escribiendo, tras *El espía que surgió del frío*. No hemos podido localizarla.



A ANN SHARP

40 St. John Street · Oxford
6 de octubre de 1952

Cariño...

He llegado esta tarde y he encontrado tu carta esperándome, pero desgraciadamente no dispongo de papel para contestarte. Haciendo una concesión a mi indecorosa prisa, recurro a este prosaico y estrictamente práctico folio suelto, y ruego que me perdones por ello.

Me he pasado tres días llamando por teléfono a Suiza y a París

sin éxito; tres días tontos y desperdiciados, sin pies ni cabeza, sin ambición ni logro.[3] Pero eso se acabó del todo, porque de ahora en adelante voy a ser una bestia estrictamente intelectual, con el pelo creciéndome rápidamente y una exótica afición a los cigarrillos saudíes con boquilla de oro.[4] Un factor que me inhibe bastante es que tengo que llevar —según los estatutos del colegio y de la universidad— «terno oscuro, camisa blanca, corbata blanca, zapatos negros, toga y birrete» para la ceremonia de principio de curso que se celebrará en breve en mi honor, y en el de otros estudiantes. Oxford está repleta de todos los colores del arcoíris en este momento, una época enloquecida, con hojas doradas y oxidadas en los árboles y remolinos de viento que bajan por las calles como si huyeran unos de otros. También está haciendo frío, con una mordedura en el aire de la tarde no muy diferente de la de St. Moritz al atardecer, tras un día de sol. Toda la naturaleza parece haber tomado la decisión de espabilar a la gente, una vez concluido el verano. Creo que hay un aroma de Navidad en el aire.* Me gustaría que por las calles vendieran castañas asadas, como en Berna. Si así fuera, no me quedaría nada que desear.

Ayer por la tarde jugué al golf con Tony. ¡Estupendo! Creo que Tony se ha vuelto mucho más humano y parece haber superado en gran medida la influencia norteamericana.[5] Los extranjeros son una amenaza, ¿verdad?

Y sí, claro que pienso en ti, cariño, de doce maneras distintas, por doce motivos distintos. A veces me pregunto cómo es posible que yo esté sin ti (a veces, en agradecimiento por tu amor). A veces me preocupo, porque no puede no haber sombras donde hay luz, y a veces incluso me asusta lo mucho que sabes de mí. Pero sí sabes que te quiero.

Da la impresión de que he escrito muchísimo, pero, si te gusta, a ti te lo deberé, porque llevaba bastante tiempo sin escribir.

Tengo aquí conmigo los dibujos, pero no puedo hacer ninguna plancha de moda por el momento. Trataré de enviártelos* para que te sirvan de muestrario. Espero que funcione, tu plan.

Y ahora... Dios te bendiga, cariño,

David

[al final de la carta] * Esto ya lo he dicho antes
* Los dibujos



A ANN SHARP

Lincoln College · Oxford
26 de mayo de 1953

Cariño:

Mil veces gracias por tu carta. Me siento libre de nuevo. He renunciado a la producción de una obra alemana que estaba produciendo. Los actores eran espantosos, y yo lo mismo. Como siempre, parece que me asalta un ataque de culpabilidad cuando te escribo: todavía no te he enviado ningún dibujo,[6] y la frecuencia con que te escribo es vaga y desesperadamente insegura.

Estamos padeciendo una repentina y feroz ola de calor que nos ha pillado a todos a contrapié. Pero de alguna manera me ha vuelto loquísimo. No puedo trabajar, de lo único que tengo ganas es de beber cerveza helada. Me gustaría que [estuvieras] aquí, porque resulta que me siento terriblemente amoroso, fenómeno biológico resultante del clima tropical que ha descendido sobre nosotros.

¿Qué está pasando por aquí? Ah, sí: las regatas de las ocho semanas y fiestas en los jardines junto al río, los bailes de mayo y los bailes de la coronación, Oxford cubierto de rojo, blanco y azul, y horribles fotografías recortadas de la reina. Hay cerveza de la coronación, pasta de dientes de la coronación y leyes de licencia de la coronación. Sin embargo, no creo que vaya a Londres para la coronación. Londres es un enjambre de gente pequeña vestida con cintas, hace un calor terrible y huele a *fish and chips*. El vicio florece también durante la coronación: más chicas que nunca por las calles, más timadores vendiendo souvenirs carentes de sentido y entradas falsas, más tenderos hipócritas explotando el patriotismo. Y por encima de los gritos y las risas de las multitudes, los micrófonos de los cantos patrióticos alzan sus pomposas voces: en los periódicos, en la radio, en los

cines y en la televisión. Detrás de ellos vienen los hombres que han de trabajar más duro: hombrecillos calvos que se pasan veinte horas al día inclinados sobre libros de contabilidad y presupuestos, garrapateando algo con sus alargadas plumas. Ellos se encargan de que no se olvide la *raison d'être*, de que no se sacrifique el dinero, sino que se gane. Es mucho mejor inversión no vender las joyas de la Corona, sino engastarlas en la cabeza de la reina para que se vean bien, a cambio de dólares, francos, pesetas, rupias, marcos, óbolos o lo que se te ocurra.

Qué pena que el talento nacional para la tradición se haya convertido en una oportunidad nacional para la falta de honradez.

El 5 de junio una agencia desconocida me ha invitado a un baile de la Girl's School. Muy gracioso. Me muero de ganas de ir. Montaré el caos a nada que me den oportunidad. Voy a ir con Robin Cooke.[7]

Anoche salí a beber algo al Trout. Esta noche voy a un cóctel de la embajada soviética en Londres.[8]

Te quiero, cariño...

David



A VIVIAN GREEN

Oxford Canning Club[9]

14 de octubre de 1953

Estimado señor Green:

Me pregunto si le apetecería a usted dar la réplica a una ponencia que voy a presentar este trimestre en el Canning Club. La ponencia es un intento de rastrear el reflejo de la literatura alemana de sus principios en la nación alemana en sus más recientes manifestaciones. Gran parte de ella será de carácter ligero, y no hay posibilidad de que represente un esfuerzo exhaustivo, ya que solo dura unos treinta y cinco o cuarenta minutos. Si usted da la réplica, dispondrá de veinte o veinticinco minutos.

La fecha sería el miércoles de la sexta semana de curso. ¿Podría

comunicarme lo antes posible su posición al respecto, para que pueda imprimir los programas?

Atentamente,

David Cornwell



El joven le Carré vio a su madre a los veintiún años,[10] *por primera vez en dieciséis años. Fue cuando ella le reveló una serie de angustiosos detalles sobre el pasado delictivo de su exmarido, retratándolo como un estafador peligrosamente lleno de encanto. Le Carré se enfrentó a su padre y, poco después, huyó de Tunmers, la casa de Ronnie Cornwell en Buckinghamshire, para alojarse con su amigo Nigel Althaus en la rectoría del siglo* XVI *que tenía la familia de este. El 7 de abril de 1954 escribió dos cartas: una a Ann, con ilustraciones, y otra, en un tono muy distinto, a Vivian Green.*

A ANN SHARP

Yew Place · Farnham Royal · Bucks
[Matasellos] 7 de abril de 1954

Cariño [dibujo de un ratón]:

Estoy con Nigel Althaus[11] en una [casa] muy grande y muy bonita, con árboles y una granja de cerdos soñolientos. Jugamos [al tenis] con [lluvia y nubarrones], y también ha estado lloviendo a cántaros.

Una larga carta de Tony diciendo que le va mucho mejor, que gana ochenta dólares a la semana y que está muy contento. Espera tener [dibujo de un coche] o más bien [ilustración de un coche rápido] muy pronto.

O sea que lo mismo nos da un paseo algún día [cuatro personas en un descapotable: véase página siguiente].

O sea que mucho cariño de parte de

Maggot

Cuidado con los bandoleros

[Dibujo de un bandolero y una chica; véase imagen siguiente]



A VIVIAN GREEN

Yew Place · Farnham Royal · Bucks
Desde: 11 Lincoln Road · Oxford
7 de abril de 1954

Estimado señor Green:

Fui a ver a mi padre y le dije todo lo que venía a cuento de lo que mi madre me había dicho (casi todo, en concreto, menos las circunstancias reales que rodearon su primer matrimonio). Tras una considerable cantidad de evasivas y de intentos emocionales de distracción, me dijo: «¿Y qué?». Yo le dije que quería independizarme de él, al menos durante unos años, y que, a mi entender, eso implicaba independencia económica. Se enfadó muchísimo y dijo que la ironía de su vida era que todo lo que había hecho por nosotros (mi hermano y yo) nos había alejado aún más de él, que justo en el momento de su vida en que más necesitaba mi compañía, iba a negársela, etcétera, etcétera.

No obstante, si yo decidía marcharme de casa, él vendería la propiedad y se divorciaría de mi madrastra. La segunda de estas amenazas se deducía de esta frase: «Y Jean tiene que irse también, David, tiene que irse».

YEW PLACE
FARNHAM ROYAL, BUCKS.
FARNHAM COMMON 192

Darling 

Staying with Nigel Altham in a big and beautiful [house] with trees, and a farm with [pig] sleepy pigs. We play



O in the [cloud] and it has been raining jolly hard, too.



A long letter from Tom saying that he is doing much much better, earns 80 $ a week and is very happy – hopes to have a



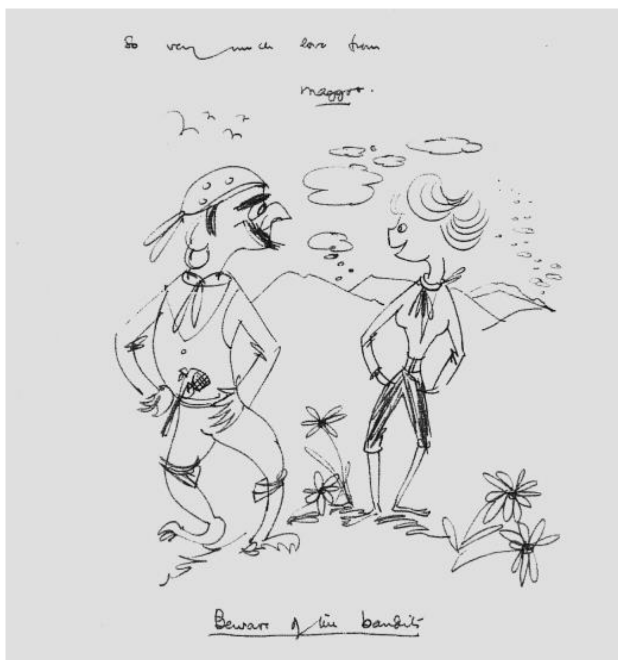
or rather a



very soon.

So perhaps will all go out in it one day





Carta a Ann

Yo le dije lo que pensaba, que sus matrimonios se habían roto como resultado de sus propios actos, y que no podía esperar que yo le salvase el segundo.

La situación actual es que voy a aceptar el dinero que me dé para quedarme en Oxford, sin ninguna obligación. No creo que esta posición se prolongue mucho, pero tampoco creo que intente nada arriesgado para que vuelva a la casa. Lo que realmente le asombró fue mi aparente desinterés por su última promesa de abundancia, el hecho de que yo hubiera negociado con los de Kemsley[12] y estuviera dispuesto a bajar inmediatamente si no había forma de permanecer en Oxford, antes que estar pendiente de un hilo.

Por tanto, en este momento las cosas siguen en el aire, pero es un aire mucho más claro y mejor que antes, y, no sin tristeza, contemplo la posibilidad de vivir fuera de casa con un subsidio, hasta que termine en Oxford.

Atentamente,

David

P. D. Creo que debo reiterarle a usted mi agradecimiento por toda su ayuda y sus consejos. Realmente no sé qué habría hecho sin su asistencia y la de sir James Barnes.[13] Creo que los árboles ya dejan pasar la luz, y que dentro de poco se arreglarán las cosas, al menos transitoriamente. Así que muchas gracias por todo. D.



En julio de 1954 se produjo la espectacular y muy pública quiebra de Ronnie. «Ganó 15.000 libras en un día, y ahora debe 1.359.000», rezaba el titular del London Evening News. *«Un gestor inmobiliario londinense de cuarenta y ocho años, que creó sesenta empresas y compró unas cuatro mil propiedades, admitió hoy en el Tribunal de Quiebras que tenía un pasivo contingente de 1.359.000 libras.»*

A VIVIAN GREEN

Intelligence Corps Centre · Maresfield Camp ·
Cerca de Uckfield · Sussex
[s. f., pero probablemente octubre de 1954][14]

Querido Vivian:

Muchas gracias por tu tarjeta, y por consentir en casarnos a Ann y a mí.

Acabo de pasar en casa dos semanas terribles; tanto que me siento indudablemente aliviado al encontrarme de nuevo en el ejército para otras dos semanas. No te aburriré con los detalles, pero estas son las conclusiones a que he llegado:

Que si me quedo en Oxford otro año, tendré que depender de mi padre hasta cierto punto, al menos durante las vacaciones. Que cada vez que acepto dinero de él, o incluso una comida, estoy cohonestando su forma de vida y debilitando mi propia posición. Que mientras permanezca en Inglaterra no podré

alejarme de él. Nadie que sea algo, comunista, cristiano o lo que sea, puede vivir con él, porque su propia existencia es una completa burla de cualquier consideración moral. Esto es innegable. Ambos somos también conscientes de la dudosa moralidad de posponer esta cuestión.



OXFORD LEFT

SPECIAL PEACE ISSUE

TRINITY 1954 — 1,000 PRINT — SIXPENCE

1,500 SIGNATURES TO OXFORD APPEAL

THE Oxford Appeal for disarmament and the abolition of the Hydrogen Bomb is now gaining momentum. As we go to press about fifteen hundred signatures have been collected. So far the best response has come from St. Hilda's, Exeter, St. Cath's, Ruskin, Somerville, Jesus, Lincoln—and Balliol.

Since the beginning of term there has been widespread support in the University for an Oxford contribution to the world-wide efforts to preserve world peace. The very broadness of the movement in Oxford is an indication that new sections of opinion have become aware of the great danger to peace and the necessity for unified action —the only way by which peace can be preserved. And unity of action has been achieved. A mere catalogue of the O.U. Hydrogen Bomb Campaign Committee will demonstrate this: Charles Taylor (Chairman, Oxford Secretary, World University Service); Michael Pike (Ex-Editor of "Cherwell"); Anthony Thwaite (Editor of "Isis"); Nicholas Waterhouse (Ex-Editor of "Oxford Tory"); Jeremy Isaacs (Chairman, O.U. Labour Club); Ralph Samuel (Ex-Secretary, O.U. Communist Club); Donald Matthew (Chairman, O.U. Student Christian Movement); Raghavan Iyer (President of the Union); Gordon Snell ("Isis" Editorial Staff); Adrian Mitchell (Secretary, O.U. Poetry Society); Stella Aldwinckle (Chairman, O.U. Socratic Club). Further, the actual text of the petition was proposed by Mr. Michael Heseltine, a prominent member of OUCA. The desire from all sides for a common point of action was shown by the compromise reached which resulted in the present text. Indeed the only real opposition has come from New College's extreme Right-Wing clique (Bingham, MacBeth, Hall) and their satellites.

The most hopeful effect of the campaign has been the sudden realisation among undergraduates that politics is not another (and a nastier) game, but must be the concern of every human being, if we are to escape universal catastrophe. The petition and the meeting, the articles and the editorials upon the issue, the discussions in J.C.Rs and bars, have welded the campaign firmly into Oxford's consciousness. Cynicism, that greatest threat to the intellectual integrity and the future of Oxford, is on the retreat. Anthony Thwaite wrote in "Isis": ". . . no longer is it true that 'the best lack all conviction,

"the natural but unreasoning fear" (the counter-petition leaflet).

1

Le Carré solía hacer ilustraciones para el *Oxford Left* cuando intentaba infiltrarse entre los simpatizantes comunistas de Oxford e informar sobre ellos, incluido Stanley Mitchell, el redactor jefe, con quien intentó reconciliarse más de cuarenta años después. Ilustración de David para el magacín Oxford Left.

Lo que me preocupa, sin embargo, no es tanto este último punto, sino el hecho de que si vivo con él o bajo su tutela durante otro año, seré totalmente incapaz de tomar ninguna decisión moral. Fuiste tú —cuya sabiduría respeto más que la de nadie—

quien mencionaste en tu última carta que Ann y yo podríamos dar a nuestros hijos lo que se nos había negado a ambos. Después de haber adoptado una postura, y de haber intentado quitarme de encima el estado de indiferencia, me encuentro con que he vuelto a caer en ese horrible estado en el que ya no opongo resistencia a sus exigencias ni a su forma de vida. ¿Qué hago si me ofrece cinco libras, sabiendo yo no solo que se las ha pedido prestadas a otra persona, y que se las debe miles de veces a personas mucho más merecedoras que yo, sino que además ha negado la misma suma a mi madrastra para el mantenimiento de la casa?

Puede que esté metiéndome en cosas sobre las que no tengo ningún control, pero, la verdad, si hay algún momento en que debe uno comportarse según sus sentimientos y creencias, ¿por qué no ahora? No hay nada, francamente, que valga la pena, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? No exagero, las cosas están muy mal en casa: a una de las tías de mi madrastra le devolvieron un cheque de mil libras, «cuenta cerrada», en concepto de devolución de un préstamo sin garantía de todos sus ahorros. Le quedan veintiocho libras. El préstamo se hizo en primavera y tenía que devolverse en su totalidad a finales de septiembre. A los Ansorges, que viven enfrente, les debe dos mil quinientas libras. Él está jubilado del ICS;[15] lo que cobra constituye la mayor parte de su capital. Ha hipotecado la lavandería de la familia de mi madrastra sin el conocimiento de la familia de los gestores, que lo firmó todo. Mi madrastra lo descubrió por casualidad hace tres o cuatro semanas, y así sigue y sigue y sigue la cosa. De modo que, tras pensármelo mucho y apostar por el futuro, he escrito a Kaspar[16] y a Lothar Schreuers[17] pidiéndoles que me busquen un trabajo de profesor en Suiza. Si me encuentran algo que ofrezca alguna perspectiva, bajaré de Oxford, enseñaré, dibujaré y acabaré doctorándome en Berna.

Soy muy consciente de las grandes desventajas que supone carecer de un título, pero Oxford no es todo: para mí, todo es el estado actual de las cosas en casa. Tengo que hacer algo al respecto, o hundirme. Siempre he querido hacerme cristiano y tratar de vivir como tal. Ann es una chica muy religiosa y creo que juntos podríamos arreglárnoslas. Sé que todo esto es muy impulsivo y muy tonto, y probablemente también inmaduro, pero,

verdaderamente, ¿qué otra cosa puedo hacer? Ahí está también la tentación adicional de esta oferta de «Kemsleys», pero otra vez estoy comprometiéndome a algo que realmente no quiero hacer. Al final, si no hago ahora lo que creo que debo hacer, nunca lo haré.

Así que Vivian, por favor, perdóname, después de todo lo que has hecho, y trata de entender. Siempre pensé que te hallabas en una posición falsa, se mire como se mire: aconsejándome como tutor y ayudándome como cristiano, no sé si me entiendes. Suena grosero, pero no pretende serlo, sino todo lo contrario.

The Bears[18] no saldrá perjudicado, de todos modos. He hecho un montón y, esté donde esté, completaré sin duda alguna los dibujos en el tiempo más corto posible; les leí el relato a dos niños y a ambos (de cinco y ocho años) les encantó. A mí también. Charlotte dijo que mis osos parecen canguros de perfil, lo cual es cierto, de modo que los he cambiado un poco.

En cuanto tenga noticias de Kaspar o de Lothar te lo haré saber. Hasta ese momento, no veo la necesidad de decirlo en el College; sin duda que perderé la fianza del curso y causaré muchos inconvenientes, si es que encuentro un trabajo, pero me temo que no puedo evitarlo. Pero hasta que no esté cien por cien seguro de que voy a bajar a Suiza este trimestre, no veo la ventaja. Asimismo, nuestros arreglos para casarnos también están en el crisol, y alguna vez tendremos que vernos para hablarlo.

Estoy aquí hasta el sábado por la mañana, que me iré a Oxford.

Cordialmente,

David



La familia de Von Almen tenía hoteles en los alrededores de Wengen.

A KASPAR VON ALMEN

Intelligence Corps Centre · Maresfield Camp ·
Cerca de Uckfield · Sussex

3 de octubre de 1954

Mi querido Kaspar:

Cuando estuve en Suiza, el verano pasado, hablamos de la posibilidad de que yo consiguiera un trabajo de profesor en algún lugar de Suiza. La situación en casa se ha hecho tan insoportable que he estado pensando seriamente en mudarme a Suiza con mi amada (me comprometí hace dos semanas, me temo que a ella no la conoces). A pesar de que mi padre ha hecho bancarrota por un millón y cuarto de libras, los dos —Ann y yo— disponemos de medios suficientes para estar en Suiza un mínimo de tres meses, o incluso más, si hiciera falta. Viviríamos en Berna, creo, porque se supone que es donde resulta más fácil encontrar trabajo.

Me dijiste que podrías presentarme a alguien que necesitara un profesor de Inglés (la literatura europea también es una posibilidad, en especial la alemana). Si esa posibilidad sigue existiendo, te estaría muy agradecido si pudiera hacer algo.

No se trata de una huida tonta, sin ton ni son, por todo y por nada, sino de un plan seriamente estudiado para alejarme de una vez para siempre de las cosas de aquí y comenzar una nueva vida. Para empezar, aceptaré cualquier trabajo académico que se me ofrezca. Ya sabes que también puedo hacer otras cosas: puedo enseñar dibujo, producir obras de teatro en inglés, participar en el deporte universitario o cualquier cosa por el estilo. Mi prometida también puede dar clases si es necesario, y podemos hacer que las cosas funcionen, lo sé.

Hay que sopesar el precio que estoy pagando por esta opción: no tendré mi título universitario, pero, tras mis dos años en Oxford, creo que podré sacarme el título en Berna; tengo los conocimientos previos y dispongo de tiempo para hacerlo.

Kaspar: si tú me ayudas a encontrar un trabajo de tres años, creo que seré capaz de conseguir que las cosas vayan bien. El dinero no es el problema. El problema es vivir felizmente con mi esposa lejos de la degradante publicidad del caso judicial en marcha, vivir una vida inteligente. Estoy más que harto de intentar vivir para el futuro indefinidamente. Quiero vivir el presente.

No voy a lanzar ningún alarido teutónico clamando por la

amistad. Si puedes ayudarme a encontrar trabajo, sabes que tendrás nuestra gratitud.

Y cuando hayáis conocido a Ann quizá tengamos oportunidad de recibiros a Erica y a ti en Suiza, una idea muy agradable.

Sin embargo, si no puedes ayudarme, no te preocupes; ya me las apañaré para encontrar algo. Creo que Vivian Green también podrá aconsejarme al respecto.

Ahora estoy haciendo dos semanas de campamento, una cruz anual que llevar con resignación, porque esto ya no tiene el atractivo de antaño.

Escríbeme en cuanto puedas a

Lincoln College
Oxford
Inglaterra

Inglaterra Como siempre,

David



Tras la bancarrota de Ronnie, le Carré buscaba la seguridad del matrimonio con Ann, cuyo padre era un mujeriego que había provocado la ruptura de su matrimonio. «No creo que haya nadie tan bien preparado como tú para combinar la tarea de amante y esposa de D», le escribió desde Maresfield. «Te adoro, ratón angelical, y qué bella eres.» Con la ayuda de Green, tomó la decisión de dejar Oxford durante un año y dar clases en Edgarley Hall, cerca de Glastonbury, que era desde 1945 el colegio menor de la Millfield School.

A VIVIAN GREEN

9 St. John Street · Oxford
29 de octubre de 1954

Querido Vivian:

Me parece que debo escribirte para que sepas que, si no hubiera sido por tu ayuda y tu amistad, no creo que hubiera encontrado

una respuesta tan satisfactoria al presente problema, ni de lejos. No voy a incurrir en uno de esos horribles panegíricos teutónicos, pero soy profundamente consciente de lo mucho que les debo a tu ayuda y comprensión, y quiero agradecértelo también mucho.

Sé que Ann y yo encontraremos la paz que buscamos, y quizá sea una mala manera de hacerme cristiano, es decir, esperar a que las cosas se solucionen y luego repasar tranquilamente todo el problema, pero tal vez tenga un efecto más permanente que una conversión teatral mientras vive uno los problemas.

No obstante, «siento» mejor de lo que «pienso», y cuando la paz y la libertad que, según creo, ha de traernos el año próximo hayan dejado su huella, estoy convencido de que la fe también habrá renacido. Todo esto está pésimamente expresado, y deja una impresión bastante errónea al releerlo.

Total, que me alegro mucho de que seas tú quien oficie en la boda. Por cierto, también será una oportunidad de que conozcas a papá. Es exasperante: la madre de Ann está empeñada en una «boda completa», y la única esperanza es que no pueda pagarla, porque ni Ann ni yo queremos otra cosa que no sea casarnos. Tal y como está el asunto, veo un acusado peligro de salir de la boda dejando atrás a cien personas arrojándonos confeti, y un montón de borrachos gritando «ahí viene la novia», etcétera. No lo permita el cielo. Pero las bodas espantosas son una «deformación profesional» de todas las suegras, incluidas las más simpáticas. El secretario privado del maharajá de Baroda ha estado con mi padre varios días, según he oído, y mi padre va a cenar con el maharajá mañana. Algo tendrá que ver con las joyas de su mujer, supongo.[19] ¿Pero qué? No dejes de leer la próxima entrega de *The Rake's Progress*: «La extraña misión ante la maharaní». Mis cariños para los osos. Y otra vez muchas gracias.

Siempre tuyo,

David



Le Carré y Ann se casaron el sábado 27 de noviembre de 1954, en la iglesia de St. Luke de Redcliffe Gardens, Londres.

A VIVIAN GREEN

Cumhill Farm · Pilton · Cerca de Shepton Mallet · Somerset
13 de diciembre de 1954

Querido Vivian:

Ya han pasado dos semanas desde que nos casaste a Ann y a mí y aún no te he dado las gracias. Es difícil encontrar las palabras adecuadas para expresar nuestro agradecimiento por la forma en que llevaste la ceremonia, convirtiéndola en un día realmente memorable para nosotros; Ann y yo sentimos con mucha fuerza que habíamos pasado a formar parte de una unión triple, no doble. Ya desde el principio, daba la impresión de que en la iglesia solo estábamos nosotros tres: Ann, yo y tú, como ministro de Dios, y lo que nos temíamos que fuera un asunto penoso y aterrador adquirió un carácter muy diferente.

Va todo tan bien que casi da miedo. Esa noche estuvimos en Bristol, y el domingo por la tarde fuimos a Pilton, para encontrarnos con la amarga decepción de que allí no había ni la pata de un mueble, porque la furgoneta —que tenía que haber llegado el miércoles anterior, y que luego nos prometieron para el viernes— no había llegado. No obstante, nuestro casero nos proporcionó los elementos básicos, y el miércoles por la mañana (estando yo en la escuela) la furgoneta llegó desde Londres vía Exeter, un desvío que hasta a mí me parece sorprendente. Si no tenemos en cuenta que se dejaron olvidada la parte central de la cama extra (somier, colchón y base), unas mesas anidadas y una lámpara normal, ni el hecho de que no pudieron subir la cama de matrimonio por las escaleras (para acabar dejándola, en avanzado estado de descomposición, en el Salón del Agricultor), hicieron un trabajo rápido y eficiente. Ann había estado cocinando en un hornillo eléctrico dado la vuelta, pero luego conseguimos que el granjero nos prestara un fogón de petróleo y nos modernizamos. Sopa, estofado y huevos cocidos fueron nuestra dieta básica. Una combinación que puedo recomendar.

Pero al final de la semana llegó la cocina y quedó instalada: los pies de los obreros chapotearon en la pintura semilíquida del suelo de la cocina, colocada diez días antes y recomendada por el

ferretero por sus cualidades de secado rápido en superficies de piedra.

Pero ahora se ha hecho de repente la calma, y en un tiempo sorprendentemente corto resulta que tenemos un hogar encantador a un coste mínimo, y un hermoso pueblo donde vivir, con una iglesia de pueblo tan buena como cualquier otra de Inglaterra, al menos vista desde fuera.

¡Ayer vi a Robin! Estaba de lo más Cooke. ¿Te has fijado en lo que se parecen Robin y Clovis Sangrail?[20] Vive con su hermana Rosemary y con Percy, su cuñado psiquiatra, en Wells (en el Hospital Mental de Mendip). Era la segunda vez que lo veía por aquí, pero la primera desde la boda.

Aquí tenemos a tu disposición una cama, para cuando quieras —dos camas, de hecho, ambas completas—, y la cocina de Ann aún no puede compararse, desde luego, con la de madame de La Gouille, pero es ciertamente aceptable. El campo es precioso aquí, y hay un gran número de sitios por donde pasear. Pero en cualquier caso, espero verte en algún momento de las vacaciones de Navidad; como te dije, en Nochebuena, antes de la comida, celebraremos una pequeña fiesta con vino, y tu familia y tú seríais más que bienvenidos. Espero que ofrezcamos algo parecido a una comida ligera, así que no habrá ninguna dificultad. Pero, por otro lado, recuerdo que tienes una agenda muy apretada durante las Navidades, así que tal vez te convenga más otro momento; nosotros estaremos fuera en Año Nuevo, pero por lo demás pasamos aquí la mayor parte del tiempo.

Te alegrará saber que estoy planeando volver a Oxford, si es posible; no veo qué podría impedírmelo, a no ser una inesperada llegada de familia, o algo por el estilo.

Ann se une a mis saludos, y al agradecimiento más profundo por ese maravilloso comienzo de la vida matrimonial. Insiste en que deberíais venir a vernos cuanto antes.

Debo confesar que somos muy felices, y no veo razón alguna para que la situación no se prolongue.

Como siempre,

David



Le Carré le escribe a Von Almen en inglés y en alemán, cambiando de idioma según los párrafos. Escribe Kaspar con «K» en alemán y con «C» en inglés.

A KASPAR VON ALMEN

Bread Street, Pilton, Shepton Mallet · Somerset
[s. f., probablemente principios de 1955]

Mi querido Kaspar:

Fue una gran alegría recibir tu carta esta mañana, y he decidido contestarte de inmediato, y en alemán, aunque esta lengua, que se me ha hecho extranjera, ya no brota de mi pluma con la fluidez de antes.

Mi respuesta será larga e irá a lo hondo. Intentaré contarte por primera vez y con toda seriedad los acontecimientos de los dos últimos años, y si hay algo que ya me hayas oído antes, haz el favor de soportarlo, porque todo forma parte del conjunto.

Lo cual suena absurdamente pretencioso, y es una manera muy egoísta de llevar una correspondencia, pero ya que has sido lo suficientemente bueno en el pasado como para secar mis poco británicas lágrimas y escuchar mis historias de mala suerte, y sobre todo proporcionarme el más inestimable apoyo y consejo, te debo esto al menos. Sobre todo porque la historia tiene un final feliz.

Debo empezar agradeciéndote tu carta [en inglés] (pasar al alemán es como ponerse un frac) [vuelve al alemán] y asegurarte que el largo tiempo que llevaba esperándola solo ha servido para aumentar mi alegría por su llegada. No puedo creer, sin embargo, que tu sentimiento de culpa te haya llevado a escribir esta carta: al perro apaleado ya no le quedan fuerzas para semejante obra. [en inglés] (Como tema fijo para nuestra correspondencia, no alcanzo a concebir nada más monótono; ¿no te das cuenta de que tú y yo somos los dos temas más interesantes del mundo?) Ahora voy a optar por uno de estos dos temas —no el más interesante,

me temo—, y, para responder a tus preguntas, tengo que hablar de él durante todo lo que queda de esta muy larga carta.

Ahora escúchame bien, Caspar, porque estoy a punto de hacer una cosa no solo poco británica, sino única y muy íntima. Esas cartas enloquecidas de una pluma enloquecida que te cayeron encima como las grandes chovas negras de Scheidegg, apelando sin reparos a tu buen corazón (más que a tu ayuda), representan una «crisis» —una «crisis» emocional— provocada por circunstancias de las que no tienes ni idea. [vuelve al alemán] Baste con decir que mi padre se ha revelado, tanto en sus asuntos policiales como en los privados, como un infinito y tenebroso estafador. [en inglés] La ropa que yo llevaba, la comida que comía y los libros que leía estaban comprados con el dinero que él me había proporcionado. Unas ancianitas de los Midlands aportaron hasta el último centavo de sus ahorros a un plan lunático que nunca existió; los buenos y honrados Bürgers [ciudadanos] fueron legalmente robados y arruinados, mientras yo engordaba, pastoreando por sus praderas. Sé que este es un punto de vista emocional, pero hay momentos en que lo más sensato es llorar, y lloré (en el hombro de Ann, gracias a Dios). Me sentí no tanto humillado como socialmente en deuda con quienes quedaron maltrechos en la temible estela de mi padre. Hay que intentar comprender la realidad esencial de este sentimiento, y darse cuenta de la magnitud de la maldad de mi padre. Añade a esto el hecho de que yo carecía de maquinaria moral para hacer frente a semejante conmoción, que soy, como diría Grillparzer,21 demasiado pequeño para amar u odiar y demasiado grande para no sentir. Y así anduve, a la deriva, de catre en catre, de amigo en amigo, durante las «largas vacaciones» (junio-octubre) de 1954. (Roland Reinäcker acudió entonces y lo vi durante un tiempo en Londres.)22 «Una palabra de trueno me arrastró», como dijo Fausto,23 y como él, «me siento enano» en el mundo. Vivian Green, el capellán y tutor principal de mi colegio, fue de inmensa ayuda y, gracias a Dios, se mantuvo en contacto conmigo a nuestro regreso de Suiza (fue mientras estábamos allí cuando se hizo público el asunto de la quiebra). Ann y yo, que habíamos tenido la intención de esperar a que yo terminara en Oxford, decidimos finalmente que en cuanto concluyera la

incertidumbre del momento nos casaríamos de inmediato y al diablo todo mientras tanto. Conseguí un préstamo de trescientas libras para sanear mis deudas en Oxford, nos casamos el 26 de noviembre, tuvimos una luna de miel de una noche, y el lunes estaba de vuelta en el colegio donde daba clases, nuestro problema resuelto en un aspecto, y nuestras fortunas, para bien o para mal, atadas. Desde entonces somos muy felices.

Ahora, las noticias. Una subvención (beca del condado) nos proporciona lo suficiente para un último año en Oxford en octubre, siempre que Ann haga una cierta cantidad de trabajo.

Tenemos en Somerset una pequeña casa de campo que alquilamos por una suma pequeñísima, es una zona muy bonita y hay espacio para vosotros dos cuando vengáis. También tenemos habitaciones en Oxford para cuando vengáis, por si os sirve.

Apreciamos en mucho tu ofrecimiento de que vayamos a tu casa en la primavera o el otoño, y te sugerimos que primero pases tú unos días con nosotros, para volver luego todos juntos a tu casa, quizá en el otoño del 56. He empezado a pintar comercialmente y he ganado algo de dinero, lo que nos ayuda a seguir adelante. Quiero encontrar un puesto de profesor después de Oxford y enseñar pintura e idiomas.

Te enviaremos una foto de boda. Está encargada, y espero que la tengan lista en unos quince días. Pensé que, a pesar de tus protestas, lo que realmente te gustaría era una bonita fotografía con mucho brillo, a lo *Tatler*.

Nuestros mejores deseos para los dos (y tú, Caspar, pórtate bien).

Como siempre,

David

P. D. Llama a esta carta «confesión de un alma sin pretensiones», de los Wilhelm Mesters Wandeljahre.[24]



Cooke y le Carré fueron compañeros de colegio en Sherborne, donde se llamaban mutuamente «Tig», por insistencia de David.

A ROBIN COOKE

52 Beechcroft Road · Oxford
7 de octubre de 1955

1 Malta Cottages
Bread Street
Pilton
Cerca de Shepton Mallet

Mi querido amigo, ¿cómo estás?

Habiendo recibido por fin, dirigida a Bread Cottage (tontaina),[25] una carta tuya que ha requerido de toda la fuerza postal de Somerset para llegarme, te escribo para decirte que estamos en Oxford luchando, querido mío, por completar mi lamentablemente desatendido curso académico, antes de sumergirme en el mundo del arte comercial en julio. He estado viendo a editores y otras personas, y ciertos pájaros desprejuiciados me han asegurado que mis ilustraciones para libros están muy por encima de la media y que podré ganarme la vida con ellas. Me estoy consiguiendo un agente de prestigio gracias a una afortunada intermediación, y voy a enseñar un poco a tiempo parcial, en caso de que las cosas vayan mal, pero soy moderadamente optimista en cuanto al resultado. La Mujercita (o mi Señora Esposa, como prefieras) está floreciente, y disponemos de un par de habitaciones (y una cama extra en una de ellas para ti, querido), y nos las arreglamos de algún modo, como dijo el obispo. Querido, ven y quédate con nosotros un fin de semana, te saldrán gratis la comida y el alojamiento, y nos encantará verte. ¿Qué te parece?

Si quieres utilizar nuestra casa de campo de Somerset, ya sea por una noche, un fin de semana, una semana o un mes, está completa y equipada con todo lo que quieras, pero avísame con uno o dos días de antelación para que pueda airearla antes de que bajes. Puedes llevar a los invitados que quieras. Absoluta privacidad garantizada…

Por favor, ven a vernos, o lo que sea, ya va siendo hora de que nos encontremos de nuevo. Ven a vernos aquí, o lo que sea.

Ann te envía sus mejores sentimientos y espera verte pronto.

Escribe, escribe, escribe.

Afectuosamente,

Tiggy wig



A KASPAR VON ALMEN

13a Polstead Road · Oxford
Después del 20 de agosto: Wheatbutts · Eton Wick · Eton · Windsor
[s. f., pero probablemente junio de 1956]

Querido Kaspar:

[en alemán] Gracias de todo corazón por tu carta, o más bien por tu tarjeta decorada. Por fin he terminado con mis exámenes finales, pero esta vez no necesito tu siempre bienvenida ayuda, ya que he conseguido —sabe Dios cómo— un trabajo en Eton, y como profesor de alemán. El curso comienza el 20 de septiembre, pero tendremos que mudarnos mucho antes, claro, porque hemos de amueblar y equipar nuestra nueva casa.

No conoceré los resultados de mis exámenes finales hasta el 28 de julio, después de mi examen oral.

Si puedes dejar de lado tu anglofobia durante un par de semanas y estás pensando en hacer un viaje de vacaciones con tu Erika, deberías venir a ver cómo se educan los lores británicos de nariz puntiaguda, sin barbilla y con ojos de grosella.26 Ya sabes que Eton y Windsor están cerca una de otra y que tienen muchas cosas indeciblemente bellas. Muchas otras, claro, son pésimas.

Las fotos en que salíamos juntos han desaparecido. Pero algún día...

Es curioso, he estado cuatro años estudiando vuestra literatura, pero a fin de cuentas son solo tres los escritores que conectan conmigo: Goethe, Kleist y Büchner. También Keller y Storm, pero en pequeñas dosis. ¿Será por mi incompleta comprensión del idioma, mi falta de sentimiento? ¿Puedes, por ejemplo, contarme maravillas de Hebbel, Grillparzer, Hauptmann y Fontane? Ateniéndome a mi arrogancia nativa, he de admitir que hay poco

en la poesía alemana que me conmueva, salvo su propia alma, que exhala del romántico puro (Novalis, Heinrich von Ofterdingen) y del clasicismo más riguroso (Tasso o Ifigenia),[27] una seriedad tenebrosa, inconfundible, demoniaca, básicamente peligrosa y suicida en su efecto; una enfermedad que probablemente alcanza su fiebre más alta con Nietzsche.

[en inglés] Y basta de teutones. Parece que estoy cayendo en su hábito de tediosa crítica introspectiva. También he decidido que el único papel que le corresponde a un germanista británico es el de redimir a los alemanes de sus propias críticas.

Tenemos la vaga idea de viajar a Suiza a principios de septiembre, en tal caso sin duda que te llamaríamos (¿es aún temporada alta para vosotros?).

Saludos a Erika y a tus guapos hijos, cuya estoica buena salud tanto admira Ann. Estoy seguro de que Ann te parecerá,
con mucho, demasiado buena para mí.

Soy cada vez más antipático.

Saludos,

Como siempre,

David

Eton

Y después de Oxford, en un intento de ir por el buen camino, estuve un par de años enseñando alemán en Eton.

—*An Evening with George Smiley*
(«Una noche con George Smiley»),
Southbank Centre, 7 de septiembre de 2017

El contacto más extraño que tuve con un antiguo alumno fue encontrarme a uno con una borrachera letal, en la esquina de una calle de Pimlico, donde había desplegado la cubertería de plata de su familia en una mesa plegable y trataba de vendérsela a los viandantes.

—al doctor Hugh Cecil, antiguo alumno
suyo de alemán, 12 de marzo de 2009

«Su padre lo tenía destinado al Foreign Office»,* escribe Vivian Green, pero, cuando se disponía a abandonar Oxford, le Carré «se vio atraído por la posibilidad de enseñar, más concretamente si ello incluía lo artístico».[1] Después de que el rector de Lincoln, sir Walter Oakeshott, escribiera a varios centros de enseñanza en su nombre, Eton le ofreció un trabajo como profesor de la clase superior de alemán y de la inferior de francés. Cuatro meses de vacaciones al año, según le dijo su esposa Ann a un pariente, le permitirían «pintar lo que le gusta y no necesariamente por dinero».[2] Entre los pocos cuadros de le Carré que se conocen hay un retrato de Ann en colores chillones.

La condición claustrofóbica y clasista del ficticio colegio Carne fue escenario posterior de *Asesinato de calidad*, en la que George Smiley investiga el brutal asesinato de la esposa de un director de escuela. «Había comenzado una novela ambientada en un colegio público», escribe le Carré en *Volar en círculos*. «Como telón de fondo utilizaba Sherborne, donde fui alumno, y Eton, donde fui profesor.» No cabe duda de que algunos miembros del claustro de Eton estaban convencidos de que le Carré había modelado los personajes más desagradables del libro a partir de personas que le disgustaron especialmente durante su época allí.[3]



A VIVIAN GREEN

13a Polstead Road · Oxford
26 de junio de 1956

Querido Vivian:

Muchas gracias por tu carta y por el recorte de prensa, al que

responderé. Ann y yo fuimos a ver nuestra «casa de campo» de Eton. Es algo increíble, encantador: cinco dormitorios, dos baños y tres salones (dos pequeños y uno muy grande). Cabaña 17 C, independiente, con su buen jardín propio, con garaje para dos coches. Reacondicionado de arriba abajo —acaban de marcharse los decoradores—, cocina grande, con dos fregaderos, caldera nueva y fuegos de gas. El alquiler es de noventa libras al año, impuestos deducidos en origen. Así que, aparte de amueblar y ponernos con las malas hierbas del jardín, no hay nada que hacer. La casa da a un prado, y podría estar en el medio del campo: estanque y patos, y las vacas pastoreando.

O sea que tenemos mucha suerte: el administrador me aseguró que algunos profesores casados viven en casas adosadas,
de ladrillo visto, la mayoría con poco o ningún jardín.

Nuestro dinero ha llegado y quedó ingresado en nuestras cuentas, pero aparte de tomarme medidas para un traje en Hall's y de que Ann se haya permitido un par de «locuras», no hemos incurrido en ninguna precipitación. De hecho, estamos un poco nerviosos. Parece algo irreal esto de tener dos mil libras en lugar de veinte en nuestra cuenta.

[...]

¡Qué bendición, haber vuelto a Oxford! Espero verte el primer fin de semana de agosto. Vi a los Marsland[4] en Eton; Geoffrey parece un hombre nuevo. Menos mal que su mujer odia el críquet.

Como siempre,

David



A VIVIAN GREEN

Wheatbutts · Eton Wick · Windsor
24 de octubre de 1956

Querido Vivian:

Muchas gracias por tu carta, y lamento no haberte contestado antes, pero es que la vida aquí es terriblemente movida y muy desconcertante; ¡no estoy nada seguro de poder aguantar el ritmo de Eton! Creo que nunca me he encontrado por delante con tanta

arrogancia. Pero está bien, mientras no te falten las fuerzas para resistir. En otros aspectos, en lo social, y desde el punto de vista del alojamiento, somos extremadamente afortunados. Hay gente muy pegajosa, pero también un montón de gente tremendamente agradable, y siempre puedes elegir compañía, claro. Pero los chicos son bastante espantosos, en conjunto, y bastante molestos, uno por uno.

[…]

Geoffrey y Fiona [Marsland] se han portado muy bien con nosotros, y creo que él ha mejorado mucho. Aquí es tremendamente «entusiasta» y juega a todos los juegos y los chicos lo admiran mucho. Creo que la vida les parece carísima —como nos lo parece a nosotros— y que están siempre en «números rojos».

Tengo buenos alumnos y tengo pésimos alumnos. Pero cincuenta por ciento de francés y cincuenta por ciento de alemán (la clase de alemán es bastante buena). Lo que más me gusta es la división de principiantes totales, que son elegidos y clasificados según talento; a mí me tocan los más dotados, y son muy buenos, y parecen aprender ellos solos. También tengo a los seis mejores chicos de alemán una vez a la semana, para corregirles las redacciones, que son muy inteligentes; inteligentes y repletas de errores idiotas por falta de atención. Son brillantes en la literatura y llevan un desesperante retraso en el idioma, con alguna excepción.

Ann te manda todo su cariño: está muy bien y muy contenta. Tenemos un perro nuevo estupendo, tenéis que conoceros, tú y él.

Te volveré a escribir pronto, pero tengo que echar esta al correo antes del colegio.

Como siempre,

David



En esta carta parece haber un intento por parte de David de escribir a mano en letra cursiva.

A VIVIAN GREEN

Wheatbutts · Eton Wick · Windsor
[s. f., pero febrero de 1957, cuatro semanas antes de que Ann saliera de cuentas de Simon]

Mi querido Vivian:

Tienes que perdonarme el prolongado retraso en escribir: nuestro tiempo ha estado muy ocupado recientemente con la visita de mi hermano Tony y los preparativos para la llegada del bebé, y mi correspondencia se ha retrasado, lamentablemente. El bebé de Ann nacerá dentro de cuatro semanas y hemos estado preparando la habitación para recibirlo. ¿Serás tú el padrino (junto con Robin)[5] además de bautizarlo? Ambos esperamos que puedas hacerlo. Me temo, dicho sea de paso, que nuestras tarjetas de Navidad tampoco han sido enviadas, debido a la llegada prematura de Tony, dos días antes de lo esperado, ¡y hemos estado mandando cartas poco a poco, para disculparnos con todo el mundo!

El semestre de Pascua comenzó el 22 de enero, y en lo que a mí respecta se ha distinguido por la adquisición de «alumnos», de los que también soy mentor, etcétera, y como solo tengo tres, ¡tengo mucho tiempo para escuchar sus lamentaciones! Pero de los tres chicos que tengo, dos, al preguntarles por sus futuras carreras, me respondieron que iban a «administrar la finca». El otro se va a dedicar al negocio de su padre. (¡Su padre, no el mío!) Birley[6] también ha resucitado una reunión «reheboamita» para los profesores júnior y para sí mismo, la primera de las cuales celebró a principios de este semestre. Muchos profesores júnior —especialmente los de seis o siete años de antigüedad— parecen tener quejas que exponer (¿es siempre así?), y Birley (a quien admiro mucho *malgré tout*) fue extraordinariamente paciente y tolerante, aunque, como seguramente sabes, su gran defecto, quizá su único defecto, es el de hablar y no parar, inútilmente, en cuanto se le presenta ocasión. Naturalmente, siendo, como es, el director, las ocasiones no le faltan, sobre todo en las Chambers.

En muchos aspectos, ya sin los nervios de empezar de cero, ha sido muy agradable comenzar este semestre. Sin embargo, lo que

se me atasca cada vez más es la doctrina de la «Herrenvolk» (la raza maestra) que se fomenta en los chicos por parte del cuerpo dirigente de profesores, el uso libre de la comparación con las clases *«oik»*,[7] etcétera, y el convencimiento decimonónico de que la «doctrina de la cañonera» (la exhibición de poderío naval) es eficaz en todos los sentidos. Por ejemplo, lord C. Spencer Churchill (a sus dieciséis años) me dice que pasa las tardes con su padre pegado al televisor viendo juegos de salón, y un contemporáneo mío que le dio clases en Blenheim durante las vacaciones me cuenta que en las cenas familiares los lacayos sirven la comida en un extremo de la mesa y la «Tele» se coloca en el otro extremo para que el duque la «vea».[8] (Supongo que, inevitablemente, también habrá a la vista una cantidad muy considerable de perversión, ¡e incluso he oído a un profesor mencionarlo con jocosidad refiriéndose a su propio colegio! Nigel Althaus, viejo etoniano de mi edad, me dice que existe una verdadera «tradición» de que, en este aspecto, son los chicos más pequeños quienes han de satisfacer las necesidades de los «acalorados».)[9] Por otro lado, hay un liberalismo sorprendente en muchos aspectos, entre los que destaca el número de chicos que son tan terriblemente malos en los juegos que a Sherborne le habría dado un ataque, y cuyas vidas no se ven afectadas por esta discapacidad.

Hay una muy enojosa tradición de no enfadarse ni sorprenderse por nada. De ahí, por ejemplo, que las conversaciones sobre pintura queden en cierto modo limitadas por el punto hasta el que se confiese impresionado el muchacho. Y dejarse impresionar por algo que impresione a un *«beak»*[10] siempre resulta «pringoso». Sé por los profesores que los viejos progenitores de E. animan a los chicos a «acosar» a los profesores cuando llegan aquí, pero para enseñarles perspectiva y para que aprendan cuál es su sitio.

[...]

La inminente paternidad me tiene intrigado, aprensivo y nerviosísimo. Esperamos que puedas ocuparte del bautizo: trataré de pasarme por Oxford mientras Ann está en casa cuidando del bebé, y así podremos acordar una fecha. Y también esperamos que seas el padrino.

Ann te manda su cariño.

Atentamente,

David



Le Carré ya había visitado el convento de San Francisco de Cerne Abbas estando en la Sherborne School. Más adelante, su querido amigo y antiguo agente del MI5, el artista John Miller, dirigió allí un curso anual titulado «Mirar, ver y dibujar». En esta carta, las palabras de le Carré contrastan de modo notable con sus posteriores puntos de vista sobre la fe, entre ellos la carta de instrucciones para la celebración de su funeral, en que descarta explícitamente cualquier «palabrería».

Ronnie acababa de provocar otra crisis emocional en le Carré. «De hecho, mi reacción en contra de él (con ayuda de Ann) fue tan fuerte que me llevó, durante el tercer año de nuestro matrimonio, a buscar consejo y absolución en un monasterio anglicano, donde no obtuve más que consejos estúpidos», escribe le Carré al doctor Bockner, un psiquiatra a quien consultó en 1968. «En aquel momento intentaba, como a ratos sueltos he intentado a lo largo de toda mi vida, abrazar la religión. El modelo, una vez más, era Ann. El monje que me aconsejó se volvió loco más adelante.»



Ilustración temprana, aunque sin fecha, del archivo le Carré.*
Dibujo de David: jóvenes etonianos.

A ANN CORNWELL

The Friary · Cerne Abbas · Lunes noche
*[s. f., pero probablemente principios de 1957]*11

Cariño:

Está acabando mi primer día aquí, y vuelvo a escribir tan pronto porque ya he alcanzado un estado de ánimo difícil de expresar; una especie de predisposición espiritual, no necesariamente entusiasta, ni siquiera necesariamente cristiana, aunque más que nada es eso. Así que te estoy utilizando, querida, como si fueras mi diario; es muy egoísta por mi parte, pero al menos puedes leerlo. Y si el texto se extravía y carece de forma, perdóname. Deseo urgentemente que compartas lo que siento —aunque todavía nos quede hablarlo.

Los oficios —hasta ahora he asistido a tres— son de una belleza

extraordinaria; muy sencillos pero de alta iglesia, con tonos medievales —o lo que yo imagino que es medieval— en los salmos e himnos. El padre Gregory se puso a hablarme después de vísperas, y dimos un paseo por todo el convento en medio de la niebla. Empezó explicando la naturaleza de la fe —«Padre, yo creo, ayúdame en mi incredulidad»—* y la relación entre oración y fe. Hizo que pareciera lógico rezar por la fe cuando no se tiene. El propio sentimiento de carencia y desperdicio (que he experimentado con tanta intensidad) es una ayuda para este tipo de oración y frecuentemente precede a la vocación apostólica. «Hay cristianos que mueren sin fe a los noventa años.»

El padre Gregory es extremadamente inteligente y agradable, y (en su calidad de licenciado en Matemáticas por Cambridge) posee una mente muy ordenada, que no tolera generalizaciones tontas. Es judío, creo, tendrá unos veintiocho años, muy humilde y tremendamente agradable. Estará de vacaciones durante dos semanas (es lo que les dan al año) a partir de mañana, pero lo destinan a Cambridge, y desde allí vendrá a pasar unos días con nosotros. Afirma, por cierto, que tenemos derecho a elegir una iglesia que nos guste (porque las hay «muertas» espiritualmente) para visitar, aunque más adelante pudiéramos considerar el regreso a una iglesia «muerta», con una misión consciente. Según él, a menudo hay que pasarse mucho tiempo buscando. También piensa que si es así como me siento en Eton, debería permanecer allí e intentar cambiarlo, o al menos tener en cuenta la posibilidad. También cree que podría tener una oportunidad con los chicos de Borstal, luego hablaremos de ello.

Hemos tenido un montón de niños por aquí, pero mañana se marchan. Al padre Denis Marsh lo veré mañana.

Tenemos que efectuar una tarea de mañana o tarde completas. Espero que me toque impresión, pero me temo que sea jardinería...

Cariño, no es que vaya a entrar en religión y meterme a monje, dejándoos tirados a los dos. Lo único es que siento, quizá por primera vez, que me hallo cerca de alcanzar un modo de vida y una fe verdadera. Pase lo que pase, lo compartiré todo contigo, y ello constituirá uno de mis mayores placeres.

Dios te bendiga...

David

[En la última página, le Carré ilustra la carta.]



David: bocetos de monjes de la Cerne Abbas Friary

Caray, está diluviando. Tendría que haber elegido linograbado como hobby. Siempre podría hacerlo en casa y pedirle al Hermano Impresor que me los haga.

Olvidé traerme las tijeras de uñas y hasta ayer no encontré quién me prestara unas, y ahora que me las he cortado me noto muy raros los dedos.

Jo, jo, po.

Mucho cariño siempre para ti y para Flea,12

David



David: bocetos de monjes de la Cerne Abbas Friary



Acaba de morir Bessie, la madre de Ronnie.

A VIVIAN GREEN

Wheatbutts · Eton Wick · Windsor
29 de noviembre de 1957

Querido Vivian:

Siento mucho haberte arrancado anoche de los placeres del SCR.[13] Después de hablar contigo me llamó Jean y más bien me aumentó la presión, pero de una manera tan tortuosa que no entendí nada. «¿Qué hago con mi padre? ¿Le escribo, por ejemplo?» A lo cual respondí: «Sí, yo le escribiría una carta de consuelo», y así lo hice. Dije que me gustaría asistir al funeral del lunes, pero dudo que pueda ir, lo cual es cierto, ya que están en marcha los exámenes y el certificado. De hecho, no creo que vaya, ni me siento incentivado. Le tenía mucho cariño a la anciana, etcétera, pero creo que puedo honrarla a distancia.[14] Mucha falta de sensibilidad la mía, sin duda. Así que, de hecho, hasta la próxima crisis, no supongo que haya ningún problema, ni peligro de verlo a él.

[...]

La crisis anterior a esto fue casi el colmo. Se fue en barco a Estados Unidos para ver a Tony (todavía está en quiebra no liquidada), y dos días antes de irse, un amigo suyo le entregó un flamante Ford Popular, de unas quinientas libras, que quedó en el garaje. Cuando recibí los papeles y demás, con una carta de introducción, descubrí que todo estaba a mi nombre, excepto la compra, que estaba a nombre de su secretaria, ¡y que lo había comprado en la H. P. de Gales!

La matrícula era R.C.4 (el nuevo Hillman de Jean es R.C.3 y sus dos Ford Zephyrs son 1 y 2).

A la tarde siguiente llevé directamente el coche a un garaje de Henley y le envié una nota diciéndole dónde estaba. Me contestó desde el Queen Mary, absolutamente disgustado, etcétera, por mi negativa a aceptar ese regalo «sin esperar nada a cambio; era algo que siempre había querido hacer y nunca había podido, etcétera, etcétera».

No sé qué será lo siguiente. Una enfermedad, supongo, o una crisis nerviosa, y el padre doliente enviará a buscar al hijo descarriado.

Me siento como el protagonista de *La suerte de Jim*,[15] con tantas caras diferentes, y ya no soy capaz de sentir nada por él, ningún entusiasmo, ningún remordimiento, ningún afecto.

Espero veros pronto: Simon crece a buen ritmo y Ann está en plena forma y feliz.

Con cariño de todos nosotros, a toda prisa.

Con la amistad de siempre,

David

P. D. Eton está a punto de acabar con nosotros, sigue siendo tremendamente caro y disparatadamente etoniano. Estamos demasiado arruinados, demasiado cómodos, presumimos demasiado. ¡Bah!

Londres

Y de un modo u otro, en vez de leer esos periódicos de gran formato en el tren que va y viene a Londres, lo que hice fue ponerme a escribir en un pequeño cuaderno.

—en un Q&A («preguntas y respuestas») con Scribner,
su editorial estadounidense, el 6 de enero de 1999,
con motivo de la publicación de *Single & Single*

El registro contemporáneo de cartas de le Carré sobre sus años en los servicios de inteligencia es, por evidentes razones, escaso. Hay referencias veladas en las cartas a Ann, y poco más. En una carta dirigida a Jeannie Cornwell, que durante la guerra había leído mensajes codificados por la BBC, le Carré menciona la posibilidad de servicios secretariales con personas que él conocía.

Le Carré prestó sus servicios en una época de tenebrosas traiciones, con la exposición al público de dos espías del Foreign Office, Guy Burgess y Donald Maclean, y de los agentes dobles soviéticos George Blake y Kim Philby, todo ello durante sus años en los servicios de inteligencia, entre 1948 y 1963. Recuerdo perfectamente a mi madre en la mesa del comedor, insistiendo repentina y furiosamente en que fue Donald Maclean quien dejó al descubierto la tapadera de mi padre, y no Kim Philby, como se suele afirmar. Quizá lo hiciera más por discutir que por ser exacta: su posición en el Foreign Office no hacía posible que Maclean conociera al personal del MI6; Philby, en cambio, sí estaba en el servicio. Le Carré, en una entrevista de 2010, dijo que la traición de Philby fue una de las razones por las que evitó verse con él en 1987, durante una visita a la Unión Soviética.[1]

Exteriormente mantuvo la ficción —hasta mediados de los años setenta, e incluso más adelante— de ser profesor de colegio y diplomático. Solo muchos años más tarde escribiría a Tom Bower, por ejemplo, que «viví las grandes traiciones mientras aún estaba debajo de la carpa, y la propia carpa estaba ya en decadencia».[2] Según dijo un colega suyo del MI6, lo malo de le Carré era que nunca había vivido una operación exitosa dentro del servicio.

Cuando no eran traiciones, eran sospechas, apuntadas al jefe de le Carré en el MI5, sir Roger Hollis, y a su controlador y colega del MI5, George Legget; ambos fueron

sometidos a interrogatorio durante las pesquisas por localizar a un topo soviético en el interior del MI5. Legget fue exonerado, pero la experiencia le produjo tal trauma que no tardó en abandonar el servicio, y le Carré, más adelante, lo contrató como verificador de información.[3]

Tras algo parecido a un interludio en Eton bastante poco creíble, le Carré regresó al mundo secreto para incorporarse al MI5 en la primavera de 1958, y dos años después al MI6. La familia Cornwell residió en Great Missenden, Buckinghamshire, durante un año antes de mudarse a Londres. Le Carré comenzó a escribir durante sus idas y vueltas a Londres en tren.

«El pequeño cuarto trasero contenía seis mesas y se llamaba F4. La cifra 4 indicaba que nos ocupábamos de espías», así describió le Carré su despacho del MI5, en la tercera planta de Leconfield House, en Curzon Street, en el West End londinense. «La letra F indicaba que nuestro objetivo eran todas las variantes de la subversión comunista. La misión del F4 consistía en reclutar espías de ambos sexos, motivarlos, entablar amistad con ellos, informarlos, aconsejarles, interrogarlos, pagarles y proporcionarles bienestar.»[4]

Traiciones aparte, su estancia allí le trajo recuerdos y amistades duraderas. Estuvo años afirmando que fue la disciplina de los informes del «Foreign Office» la que le enseñó a escribir. «Echo de menos el Office, siempre lo he echado de menos, ambos Offices, cada uno a su manera. En cierto sentido, son mis únicos sitios, aparte de la escritura», escribió, sesenta años después.[5]

En el MI5, le Carré trabajó durante dos años con John Bingham, lord Clanmorris, que también tenía algún *thriller* publicado. «Suponiendo que Smiley tenga un origen físico, ha de ser un hombre con quien trabajé como gestor de agente dentro del MI5, llamado John Bingham», recuerda. «John era verdaderamente mi controlador, era un espía veterano, con mucha experiencia, y agradecí mucho su guía.»[6] La editorial de Bingham era Victor Gollancz, donde le Carré sacó su primera novela, *Llamada para el muerto*.

Bingham aportó una frase al libro: «El señor le Carré es un nuevo y talentoso escritor de novelas policiacas con una rara habilidad para despertar la emoción, el interés y la compasión».

En el año 2000, le Carré escribió la introducción a la primera novela de Bingham, *My Name is Michael Sibley* («Me llamo Michael Sibley»), publicada en 1952. Allí dice que Bingham había llegado a la conclusión de que la obra de le Carré era un acto de traición en que los miembros de los servicios de inteligencia de Gran Bretaña quedaban retratados ora como «cínicos asesinos, engreídos de poder y falsos», ora como unos «holgazanes torpes y echados a perder».

La familia Clanmorris conserva un boceto de Bingham realizado por le Carré cuando ambos trabajaban juntos. «Cuando di en escribir Smiley, intenté conferirle el mismo aire de pérdida que John llevaba consigo a todas partes», escribió. «En él había algo de soñador y también de astuto. Era buenísimo escuchando.» Bingham, escribe le Carré, «entendía bien y amaba la labor policial»: en *Llamada para el muerto*, Smiley encuentra en el inspector Mendel «las mismas reservas de paciencia, amargura e ira» que ha observado en policías de todo el mundo.





Boceto de su colega del MI5 John Bingham por le Carré.
David: Boceto de John Bingham
Créditos: Simon Bingham

En un grupo de cartas escritas apresuradamente, en el interior de un sobre marcado «6 de mayo de 1959», le Carré, ahora funcionario del MI5 en Londres, le dice a Ann, que está en Buckinghamshire, que se encuentra «absurdamente desarraigado». Estaba muy ocupado «intentando cerrar un caso muy importante», y añadía: «A veces me gustaría que vieras algo de mi trabajo. Hoy he terminado un inmenso informe del que estoy bastante satisfecho. Querida mía, ¡qué vanidoso soy!». En otra carta escribe: «Ay, corazón mío, ¿dónde te has metido? Tengo una gran herida muy honda, y la siento todo el tiempo».

A ANN CORNWELL

[Matasellos] 6 de mayo de 1959

Pequeñita mía queridísima:

Esta es la carta larga de que hablabas. Sentado a solas en el cuarto de estar de Peter,[7] que es bastante lúgubre, contemplando el anillo de gas que calienta el agua para hacerme un poco de Nescafé. Acabo de hablar contigo por teléfono y me siento BAJO. He zampado en un cafetucho cercano, con poca alegría pero con cierto efecto, y he pensado profundamente en To [Tony] y en lo solo que debe de haberse sentido: todas esas comidas a solas, tan poco con quién hablar o de qué hablar, excepto de la necesidad de amor. Me pregunto cuántas personas son realmente independientes y autónomas..., al mejor estilo de *thriller* extrovertido.

Me pregunto cómo va la obra...[8] Ha sido muy divertido verte alternar entre el placer espontáneo y la rabia espontánea por causa de mis sugerencias. Me siento un poco como Dorian Gray entre todas estas antigüedades y cosas finas. Pausa para el café. La tetera está hirviendo.

Fui a Sotheby's con Peter esta mañana y fue como visitar el Louvre: hay una asombrosa venta de Utrillos, Picassos e impresionistas del siglo XIX (Degas, Monet y Vlaminck principalmente). Peter olfateaba como un sabueso: ambos odiamos los Rouault y Dufy, gracias al cielo, y Peter, por supuesto, tuvo que contarle a todo el mundo lo disparatados que eran. El catálogo solo costaba tres peniques —entrada gratuita— y había una gran cantidad de cosas finas (muebles, plata y bibelots también).

Después de comer volví al despacho y me encontré con un caos galopante y tuve que encerrarme con F, en ausencia de Philip.[9] Conferencia esta mañana para seis.

Anoche, cuando llegué, Peter me dijo que tenía un aspecto lamentable y me llevó directamente a cenar a la Bicyclette, y luego a casa de TM, antiguo miembro de la oficina, ahora retirado,[10] y un pintor amateur muy tipo Oliver[11] que ahora es profesional, pero rico. Su hermano Guy fue jefe de la sección de Operaciones en la guerra y murió recientemente, ¿te acuerdas? Tiene un Poussin colgado en la pared de su salón con una

sencillez asombrosa: primero lo miras como si fuese una reproducción hecha en casa, y luego te das cuenta de que no es una reproducción. Su amante (una anciana austriaca) hace bordados para altares. Y así, entre los dos, lamen el plato hasta dejarlo limpio…

Cuando hago todas estas cosas y veo cuántos lugares y personas fascinantes, vivos y excitantes hay que ver, anhelo traerte a Londres para que vivas aquí, para que cojas un piso pequeñito y sin amueblar y un nuevo impulso de energía juvenil. Pienso que me has cuidado durante un periodo mío de estancamiento, desesperanza y moribundez, y que, en compensación por haber sido un viejo oso recalentado durante tanto tiempo, debería traerte aquí y que vuelvas a ser joven y estés alegre. Querida, esto no es solo porque estemos en primavera, ¿qué te parece? Quiero ir contigo a todos los teatros más nuevos y más chiflados, ir a pequeños clubes nocturnos muy bestiales, escuchar a los mariposones en Hyde Park. Por primera vez desde que sucedió lo de papá, siento que tenemos el mundo a nuestros pies y que deberíamos alimentar los cánceres de la mente y la imaginación con toda la locura y la sabiduría de Londres (esto no es una tontería Tonyesca,[12] querida, es lo que llevo mucho tiempo queriendo decirte). En resumen, hagamos reducciones en el negocio de la vida y busquemos ayuda. Somos demasiado jóvenes y demasiado (digámoslo así) inteligentes para estar enterrados y enmohecidos y, cariño, ¿estás de acuerdo?

Me encantaría que Flea estuviera en todo esto, y tener más osos alrededor. Dime qué te parece. No tenemos que mudarnos mañana, quizá la primavera próxima, si estás de acuerdo. Hablemos del asunto sin perder los nervios, hasta que lo pensemos más a fondo.

Te quiero, cariño,

Napiolion[13]

D



A ANN CORNWELL

[Matasellos] 20 de julio de 1959

Corazoncito mío:

Te preguntarás por qué no te he escrito este fin de semana. Estaba de OG y de hecho permanecí de guardia sin parar desde las diez de la mañana del sábado hasta las doce del domingo, con uno de los mayores fiascos a que la oficina ha tenido que enfrentarse desde la gran deserción.[14] Conseguimos levantar al DG a la una de la madrugada del domingo y abrimos la oficina con todas las florituras hacia las cuatro de la madrugada. ¡Nos faltó poco para tener que ir a Chequers[*] para encontrar al representante de la Col. Ofi![15] No dormimos nada, fuimos a casa de Christopher[16] a comer cuando todo había terminado y dormimos un poco por la tarde y luego fuimos a ver el piso, que era enorme y estupendo, y hemos pujado por él; con impuestos, ahora son siete libras esterlinas por semana, pero podemos tener un inquilino, siempre que no lo hagamos público que lo estamos buscando, y estoy seguro de que puedo convencer a una chica de la oficina. Las habitaciones son grandísimas y hay siete. Una casa enorme y encantadora. Más cuando nos veamos.

¿Recuerdas la chifladura que tenía prevista Reggie?[17] Se ha venido abajo porque la última vez que bajaron a la orilla del agua ¡se les rompieron las cámaras!

Ayer nos estábamos asando aquí y hoy también. Espero que a ti te haga buen tiempo. Os echo mucho de menos, a los dos.

[…]

Voy a estar muy agotado después de esta semana; aquí está pasando de todo… […]

D.



En 1960, le Carré abandonó el MI5 y, como él mismo dijo, se «pasó a la competencia», al MI6. Oficialmente se incorporó al Foreign Office.

A JEAN CORNWELL

62 Overstrand Mansions · Prince of Wales Drive · Londres, SW11
21 de mayo de 1960

Queridísima Jeannie:

Muchas gracias por tu tarjeta, espero que hayas pasado unas buenas vacaciones. Ann y los niños[18] se van a quedar con una tía de ella en Weston Super Mare en agosto, y creo que eso va a ser lo más cerca que estaremos de unas vacaciones este año, ya que me acaban de destinar al Foreign Office a partir de finales del mes que viene. Tendré que ir a una escuela de encanto[19] y aprender a mover papeles, y luego esperamos un puesto de embajada, más o menos en abril del 61. Todo muy emocionante, pero nada de vacaciones.

Mi padre dijo en una carta reciente que se iba a Estados Unidos el jueves pasado (¿?). No sé cuánto tiempo estará fuera, pero nos gustaría saber si te apetecería pasar unos días aquí, si no tienes nada mejor que hacer. Nos encantaría recibirte, y el próximo martes Michael Scott[20] hablará en el ayuntamiento de Battersea y hemos pensado que podríamos ir todos a escucharlo. A-Ratón se está convirtiendo en militante antibombas, ¡para vergüenza mía![21] Stephen Mark está prosperando y Flea también. Además acabo de recibir un encargo de Bell para ilustrar un libro sobre pájaros habladores (no de Esos)[22] y en cuanto Simon deje de pisotearme la caja de pinturas quizá pueda ponerme a ello.

¿Podrías llamar a Ann el lunes para comunicarle si hay alguna posibilidad de que vengas? Y, por favor, escribe y felicítame por lo del Foreign Office.

No tengo ni idea de qué está haciendo To; su última carta (recibida la semana pasada) no decía nada de no volver a la universidad y aceptar en cambio un empleo, pero parecía bastante contento con la *vie maritale*.

Con mucho afecto de todos nosotros,

Napoleón D



Hilary Rubinstein, director editorial de Victor Gollancz, había alertado de posibles problemas legales en la primera novela de le Carré, Llamada para el muerto*, incluso con cualquiera que denunciara su similitud con su superior, Maston, una «obra desagradable». En la parte de arriba de la carta de respuesta de le Carré, en caracteres rojos, se anota: «Wolf cambiado a Mundt». El villano de la Alemania Oriental que crea le Carré, el asesino de* Llamada para el muerto *y* El espía que surgió del frío*, llevaba inicialmente el apellido del jefe del servicio de espionaje de Alemania Oriental, Markus Wolf, una persona con quien le Carré se negó en redondo a tener contacto. Más tarde, el autor dijo que había sacado el nombre de su cortadora de césped.*[23]

A HILARY RUBINSTEIN

62 Overstrand Mansions · Prince of Wales Drive ·
Londres, SW11
21 de enero de 1961

Estimado señor Rubinstein:

Gracias por su carta del 13 de enero a la que adjuntaba copia del informe de su abogado. ¿Puedo empezar pidiéndole perdón por el error de mi mujer al llamarlo señorita Rubinstein?

¿Puedo ir respondiendo a las preguntas de su abogado una por una? Los personajes son totalmente ficticios, al igual que el entorno del servicio secreto; hasta donde yo puedo juzgar, no conozco ninguna oficina del gobierno en Cambridge Circus ni en sus proximidades, pero supongo que el servicio secreto no hace pública la ubicación de sus oficinas. Mis lecturas sobre el tema siempre me han llevado a creer que las tareas de inteligencia se reparten entre servicios separados, y notará usted que en mi libro solo hay un servicio, lo que supongo que reduce el riesgo de una similitud fortuita. No conozco a nadie que se llame Maston ni nada parecido —pero de nuevo supongo que no hay forma alguna

de protegernos—, ninguna lista que podamos consultar, etcétera. Podría valer la pena buscar «Maston» en las plantillas de la Administración Pública, pero lo dudo.



Ilustración de le Carré para el *Talking Birds* de Maxwell Knight.*
Ilustración de David para Talking Birds

Parece ser que existe una Delegación Comercial de Alemania Oriental en Londres (Kammer für Aussenhandel) cuya dirección está en Albemarle Street, y cuyo director se llama, por desgracia, Wolf. Personalmente, creo que lo corriente del apellido y lo distante de la relación excluyen cualquier demanda por este motivo.

El Fountain Café y su propietario son, que yo sepa, totalmente ficticios.

Se me ocurren un par de aspectos que su abogado no menciona: el Teatro de Repertorio Weybridge; no sé si existe algún teatro con ese nombre, pero, si hace falta, supongo que podemos cambiarlo a Weystock. Hay un pub llamado The Balloon en Lots Road, y hay un pub llamado The Prodigal's Return en Battersea.[24]

Pido disculpas por la confusión de fechas en el texto. Debería haberlas examinado más detenidamente antes de enviar el manuscrito. Devolveré las pruebas el lunes y, por lo que sé, nada de lo que he hecho obliga a modificar el texto de una página a la siguiente. Muchas gracias por enviarme una segunda copia de las pruebas.

Atentamente,

David J. M. Cornwell

P. D. ¿Quiere que le devuelva el texto mecanografiado?

Alemania

Escribí el libro a toda prisa durante un periodo de unas cinco semanas. Lo escribí a altas horas de la madrugada, en mi local alquilado para la embajada británica en Königswinter, a ratos sueltos en mi escritorio de la embajada, e incluso al volante de mi coche mientras cruzaba el Rin, yendo o viniendo en ferry, aparcado a veces junto al enorme Mercedes blindado del canciller Adenauer, mientras él recorría su majestuoso camino hacia el trabajo.

—en el prólogo de la edición inglesa de Hodder Lamplighter de *El espía que surgió del frío*, 1989

La influencia alemana está presente en todas las novelas de le Carré, de la primera a la última. En *Llamada para el muerto*, George Smiley se bate en duelo con su antiguo alumno alemán de la universidad alemana donde Smiley alternaba el trabajo con el espionaje. *El espía que surgió del frío* empieza y termina en el Muro de Berlín. George Smiley es devoto de la obra del poeta alemán del siglo XVII Hans Jakob Christoffel von Grimmelshausen; en *Un espía perfecto*, el Simplicius Simplicissimus de Grimmelshausen es la clave del corazón secreto de Magnus Pym. En la última novela de le Carré, *Un hombre decente*, el protagonista, Ed, considera que su corazón es alemán.



Le Carré se trasladó por delante de su familia a su nuevo destino en Alemania. Ann y los niños permanecieron en Londres.

A ANN CORNWELL

Embajada británica · Bonn · Alemania
[Matasellos] 7 de junio de 1961

Cariño:

Salí de Bruselas a las cinco de la madrugada, tras una noche muy incómoda en un hotelito exactamente igual que el de *Genoveva*,[1] ¿te acuerdas? El reloj hacía ruido, las cañerías funcionaban mal y, sobre todo, hacía tanto calor que, desesperado, me metí en el coche y me marché.

Pero ya desde el principio, en Ostende, me encontré metido en una enorme autopista que te lleva rápidamente —es eso o nada— en dirección a Bruselas. Me desvié en Gante (me pasé Brujas sin

haber tenido tiempo de empezar a buscarla) y, al tomar la curva, noté un comportamiento muy extraño de la dirección: un pinchazo. Conseguí cambiar la rueda con ayuda de un amabilísimo motorista belga que me desenroscó las tuercas, y empezaba a buscar un hotel pequeño cuando me abordó un sacerdote católico que acababa de tener una *panne** y necesitaba desesperadamente estar en Bruselas a las 7.30 para una reunión. No hará falta decir que lo llevé a Bruselas y se pasó el camino reclamándome que fuera «más rápido, más rápido», hasta que me harté y le dije que se callara. Nos separamos de golpe en medio de Bruselas, en lo que era evidentemente la hora punta: él se metió en un taxi y yo empecé a buscar sitio donde aparcar. Ni te imaginas la confusión, tanto en Bruselas como en mi cabeza, a esas alturas.

Acabé encontrando un hueco para el coche en la rue Neuve y le pregunté a un policía si podía dejarlo allí toda la noche. Me dijo que no habría problema, siempre que lo trasladara a la otra acera a medianoche. Luego empecé a buscar un hotel cerca del coche y descubrí el Oxford, que es de los que conviene evitar. Me comí un maravilloso rosbif con patatas, y mucha cerveza, y me sentí mejor, y con ello a la cama (¡no sin haber cambiado de acera el automóvil a medianoche!), y cinco horas de insomnio hasta esta mañana. Niebla espesa a ambos lados de Lieja, y luego una lluvia tibia hasta el propio Aquisgrán. La carretera de Bruselas a Aquisgrán es pésima: con baches y con muchos tramos de empedrado (ni que decir tiene que mi rueda de repuesto sigue sin reparar) y un montón de vehículos pesados compitiendo por situarse. Pero NaP. D. siguió peleando.[2] Pasado Aquisgrán (donde mi visado diplomático me otorgó una cómica muestra de deferencia), tomé por la autopista a Colonia, que fue una maravilla, nunca había visto nada igual. De veras puedes hacerte ochenta kilómetros en una hora por el sencillo procedimiento de ir a ochenta durante una hora, sin obstáculos, luces, nada; pero terriblemente aburrido.

Llegué a la embajada antes de comer (tras haber desayunado cuando me faltaba poco para llegar a Aquisgrán) y estuve con el jefe de la cancillería (Tim Marten), que es un Wykehamist* suave, tipo Reggie, y con unas cincuenta personas más. En lugar de

enviarme directamente a mi hotel, se empeñó en presentarme a media embajada, todavía entumecido y sucio. Luego me fui a mi hotel de Bad Godesberg, que es bastante bueno, con baño adjunto, etcétera. Habitación pequeña pero muy buena. Regresé con mi traje marrón, bañado y fresco, esta tarde. Tengo un bonito despacho con vistas al campo.

Se han puesto todos de veras a buscarme alojamiento (es la primera vez que no han encontrado ningún sitio a tiempo). Esta tarde voy a ver lo que llaman media casa (*maisonette*, creo), con jardín y garaje, en la colina de Bad Godesberg. Puede que esté disponible, no lo saben. Si es así, me enfrentaré a la difícil decisión de aceptarla o esperar algo más grande y mejor: la mayoría de las casas de la zona son más grandes que esta, y me piden perdón por ello, etcétera, y me dejan la opción de aceptarla o apostar por otra cosa. *On verra*. Esta, si está O. K., quedará libre a finales de julio. Tendré que buscarnos una casa pequeña, mientras tanto, para julio.

Mañana por la noche cenaré con Marten, y el jueves hay una fiesta en el jardín de la embajada, a la que me han invitado mediante un pedazo de cartón tamaño pared. Tengo que terminar esta carta ahora y llevarla al correo.

Con mucho amor,

D



Le Carré llegó a Alemania cuando su segunda novela, Asesinato de calidad*, se hallaba a punto de publicarse.*

A MIRANDA MARGETSON[3]

Embajada británica · Bonn · Alemania
[s. f.]

Querida Miranda:

Qué amable de tu parte. Me alegro de que lo hayas disfrutado. Haz el favor de venir a vernos. Nuestra casa es pequeña pero muy

agradable. Lo más importante es el garaje, por supuesto, y me complace decir que el coche estará totalmente protegido de las vicisitudes atmosféricas, la caída de ramas y otros fenómenos de la intemperie que podrían dañar la pintura. Ann sale el sábado. Qué felicidad.

Gracias de nuevo, y, por favor, vente: tenemos sitio de sobra para un invitado.

Afectuosamente,

El Autor

He decidido cultivar una mirada intensa y preocupada y ponerme a escribir cartas brillantes y descuidadas, para futuros biógrafos. Esta es una muestra.



Autorretrato por le Carré, 1961.



A ANN CORNWELL

Embajada británica · Bonn

9 de junio de 1961

Cariño:

Diez minutos para escribirte una carta mejor que la de antes, hoy mismo. He terminado ese libro sobre Evans/ Christie de L. Kennedy y es verdaderamente un tema angustioso (aunque histérico y mal escrito).[4] No lo leas. Roland[5] me ha llamado hoy desde Essen: hemos quedado a cenar mañana por la noche, ¡y tendré que dar unas cuantas explicaciones!

Voy a intentar que te hagas una mejor idea de la casa. Es muy práctica para los NAAFI,[6] que están en Godesberg, y donde se pueden comprar muchas cosas a un precio bastante más reducido que en las tiendas alemanas, pero sé que eso no te impedirá rebuscar en el mercado alemán, ¡o espero que no! La leche alemana, por ejemplo, es pésima y se estropea muy rápido, pero los NAAFI consiguen leche sueca que, al parecer, es excelente. La casa tiene un jardín delantero diminuto y un jardín trasero cerrado; los dos juntos equivalen en tamaño a nuestro jardín trasero de Missenden. Iré a verla otra vez dentro de un par de días y haré un plano. Cyril Whitworth, el consejero (administrador) es una persona muy amable y eficaz. Los suelos de la planta baja son de plancha de madera y los van a reparar, como también las paredes.

Por cierto, en la embajada hay un «depósito» de vasos y vajilla, por lo que no es indispensable tener ninguna de las dos cosas. Me gusta mucho la vajilla de Rosenthal[7] —la que no tiene dibujos, que suelen ser flores de buen gusto—, pero supongo que no es mejor que la de Wedgewood, que tiene unos esmaltes mate bastante bonitos. He conocido al médico del equipo, que es un alemán muy agradable a quien no parece que vaya a molestarle mucho hacer visitas por la noche (otro motivo para estar a este lado del río) y que también goza de muy buena reputación. En la embajada también hay un capellán, joven y bastante agradable. La fiesta de HE[8] de ayer fue muy complicada; te contaré más cuando nos veamos.

El 12 o el 13 tengo que llamar por teléfono a Andrews y Salmon, para que me confirmen las fechas de sus visitas, y también a Pall Mall.[9] Si tienes algún tipo de problema con Jones,

de la sección de viajes, no olvides que puedes ir a verlo, algo que suele dar buen resultado. Pero yo tengo que mantenerme en estrecho contacto con [ilegible] y cía.

Te quiero,

D



A ANN CORNWELL

Embajada británica · Bonn
[Matasellos] 16 de junio de 1961

Cariño...

Me preguntas qué cobertura informativa da la prensa alemana a Eichmann. La televisión alemana emitió un programa de cinco capítulos sobre los crímenes del III Reich, y los buenos periódicos —el *Welt*, el *Frankfurter Allgemeine*, etcétera— le dieron tanta cobertura, y siguen dándosela, como el *Telegraph* o el *M. Guardian*.10 Se dice que entre la joven *intelligentsia* la lección ha quedado bien aprendida y demostrada, y esa es ciertamente la impresión que obtiene uno de los jóvenes funcionarios alemanes del Ministerio de Exteriores y demás. En general, sin embargo, el *Volk* es tan increíblemente próspero que lo deslumbran sus propias joyas, y tiene una disposición pacífica: la guerra significa no tener dinero, muchos impuestos y mala comida, y para el hombre alemán de la calle, si es que existe, estas cosas son más reales, y más aborrecibles, que para su homólogo británico. No hallo mucho de que preocuparme desde ese punto de vista. En otros aspectos son preocupantes, pero no del modo que tú temes. ¡Esa es al menos mi inmadura opinión tras diez días aquí!

Sin carta tuya hoy. Tristeza. Tiempo maravilloso aquí hoy. El portaequipajes está montado y salió vilmente caro pero está hecho.

Amor amor amor,

el marido D.



John Margetson, uno de los seis compañeros del curso de formación de le Carré en el MI6, trabajaba de incógnito en el SIS de La Haya. Antes sirvió con los Life Guards en Palestina y con el Servicio Colonial en Tanganica. Los dos hombres estaban juntos cuando le Carré se enteró de que Llamada para el muerto *había encontrado editor; siguieron siendo amigos toda la vida.*

A JOHN MARGETSON

Embajada británica · Bonn · Alemania
5 de julio de 1961

Mi querido John:

Llevo queriendo escribirte desde que llegué, pero no lo he hecho. Por fin, la llegada de Ann y el relato de tu hospitalidad me han obligado a hacerlo. Llegaron sanos y salvos el sábado, con una fantástica ola de calor que, en el clima húmedo y pegajoso de Bonn, resultaba casi intolerable. Los niños vinieron sobreexcitados y estuvieron insoportables durante dos o tres días, pero ahora ya se han tranquilizado. A Simon lo hemos metido en un colegio para señoritas de la colonia británica hasta el final de este trimestre (está sembrando el caos), y la previsión es verdaderamente bastante buena. Mi ronda social es un frenesí, y Ann, por supuesto, no puede salir mucho mientras no llegue la chica.

Hay cosas buenas y malas que contar: el trabajo es interesante y en ningún caso es estar atado a una silla. Por otro lado, los colegas de la cancillería son muy siniestros y poco hospitalarios: nadie se ha acercado a Ann para llevarla a dar una vuelta por ahí, ni nada por el estilo. Ya te imaginas el panorama, supongo.

Parece que el libro produce su buena cantidad de dinero, lo cual no es de despreciar, pero de todos modos nuestras remuneraciones parecen adecuadas y se rumorea que van a subir, dado que los inspectores acaban de marcharse y la marca se ha revalorizado o como se diga. En lo cultural, el lugar es un desastre, a menos que te puedas desplazar a Colonia, Düsseldorf o

Múnich. Desde el punto de vista paisajístico, está bastante bien: muchas colinas de Renania con pequeños castillos puntiagudos y matices de Wolfram von Eschenbach.

Ann te escribe por su cuenta. Lo único que quiero decirte es, una vez más, «gracias», muy sinceramente, no sin instarte a que vengas y estés con nosotros tan pronto y tanto como puedas.

Como siempre,

David



A RONNIE Y JEAN CORNWELL

Embajada británica · Bonn
8 de agosto de 1961

Queridísimos Jeannie y Padre:

Ann y los niños llegaron a principios de julio, pero seguimos esperando a que los albañiles terminen nuestra casa. La mudanza está prevista ahora para el 16 de agosto, pero somos escépticos. Estuvimos en un hotel, pero los niños (sobre todo Stephen) se portaron tan mal que nos echaron. Los hoteles alemanes no tienen salones para uso general, según tenemos entendido, así que estábamos bastante estrechos.

Aquí es terriblemente difícil encontrar alojamiento; la embajada nos encontró una casa muy pequeña pero bastante moderna, con garaje y jardín, y decidimos quedarnos con ella en lugar de esperar en vano algo más grande. Pero siempre tendremos sitio para algún que otro invitado.

La crisis de Berlín[11] domina bastante mi vida y tiende a interferir en el ocio, pero los alrededores de Renania son muy bonitos, y ayer hicimos un exitoso viaje a un monasterio del siglo XI y a un espectacular *schloss*,* y bebimos una buena cantidad de vino del Rin de barrica, sin alejarnos más allá de treinta kilómetros de Bad Godesberg, que es el característico balneario de Bonn con habitaciones. Tenemos aquí, haciendo de niñera, a una prima de Ann de diecisiete años, y hasta ahora parece una chica bastante razonable. Simon tiene un scooter alemán nuevo con

neumáticos hinchables, lo que encarece un poco las cuotas del seguro. Hablando de cuotas, las carreteras son muy peligrosas: mueren mil personas al mes. Mi compañía de seguros del Reino Unido cobra 62 libras al año por una póliza mundial con base en Alemania.

Aquí, en general, la vida es muy cara, y nos resulta muy fácil gastar la mayor parte de nuestro salario y dietas solo en atender y mantener a la familia, pero hemos creado una hucha para los deportes de invierno. Por otro lado, el whisky cuesta 10/- la botella, y los cigarrillos comprados a granel salen a seis peniques los veinte, así que siempre podemos recuperar las cosas sencillas de la vida.

Tengo entendido que Tony irá primero a Inglaterra y luego aquí. Ha habido unas cuantas idas y venidas, ya que Anna no quiere venir a Alemania porque le da escalofríos. Francamente, hay veces en que también a nosotros nos da escalofríos.[12]

Simon ya se cree un experto en alemán y, cuando juega con los niños alemanes, les hace unos ruidos guturales terribles, y luego nos dice muy orgulloso: «y me han entendido». Sus principales fuentes de placer son los pasos a nivel alemanes, con sus grandes barreras rojas y blancas, y los tranvías con «vagones». A veces me gustaría que esas fueran también mis fuentes de placer.

Con cariño,

David



Ese mismo día, le Carré le escribió a Dick Edmonds pidiéndole perdón por la lenta entrega del último conjunto de dibujos para el Downhill Only Journal.

A DICK EDMONDS

[Papel con membrete HM]
8 de agosto de 1961

Querido Dick:

Gracias por tu carta. Comprendo la situación y haré lo posible

para que tengas material a finales de agosto, como muy tarde. En este momento no tenemos casa, hacemos vida de gitanos en los hoteles, lo cual me hace muy difícil desenrollar mi tapete de trabajo. Puede que también te hayas dado cuenta de que hay una cuestión preocupante en Berlín, y ello tiende a interferir en el ocio de uno. No obstante, si lo permiten los rusos y el alojamiento, mándame los artículos, o copias, ponme una fecha y veremos.

Afectuosamente,

David



A HILARY RUBINSTEIN

Hasta el viernes: A la atención de J. W. Margetson · Embajada británica ·
La Haya · Holanda 28 de abril de 1962

Estimado señor Rubinstein:

Acabo de mandarle por correo las pruebas revisadas. Las he enviado sin certificar y como material impreso para evitar cualquier posible retraso, y espero que le lleguen el martes por la mañana. No hay modificaciones sustanciales, salvo que he reescrito ocho líneas a dos páginas del final, he recortado el segundo párrafo del prólogo y he añadido una dedicatoria «Para Ann». Por lo demás, ha sido cosa de corregir errores de imprenta y normalizar la puntuación.

Anticipándome a posibles preocupaciones de su asesor jurídico, quizá pueda hacer algunos comentarios. No sé si existe una organización como el Comité de Escuelas Públicas para la Ayuda a los Refugiados. Creo que es muy poco probable, pero ¿podría usted mirarlo en la guía telefónica de Londres, por si acaso? Si hay algo parecido, por favor, cambie el nombre como considere conveniente. He cambiado *«Vivat Rex Eduardus Sextus»* por *«Ave Rex Eduardus Sextus»* (la cimera bajo el delfín, creo, cap. III), porque tengo entendido que la canción de la Sherborne School todavía dice *«Vivat Rex Eduardus Sextus»*, y que lo tiene como uno

de sus lemas escolares. Si *«Ave...»* sigue estando demasiado cerca de donde duele, sugiero *«Regem defendere diem videre»*.13

Todavía no he conseguido que el Foreign Office apruebe el libro, pero es una pura formalidad. Si pudiera prestarme o darme unas pruebas de repuesto para este fin, le estaría muy agradecido.

Atentamente,

David Cornwell



A JEAN CORNWELL

Embajada británica · Bonn
16 de mayo de 1962

Queridísima Jeannie:

Muchas gracias por tu carta: estamos tan avergonzados de todas nuestras omisiones; Ann está escribiéndote en este mismo momento, murmurando «ascuas de fuego»* por lo bajini. No es excusa alegar que estamos muy ocupados, aunque sea verdad, ni que acabamos de regresar de Holanda, ni que A-Ratón vuelve a estar preñada (así es). Tendríamos que haberte escrito.

Nos acordamos del cumpleaños de Charlotte cuando volvimos de Holanda. Adjunto una notita para ella y la pequeña nota contiene una humilde disculpa y un no tan humilde cheque, con la esperanza de que ello redima nuestra aparente indiferencia.

Mi nuevo libro sale el 16 de julio y se titula *Asesinato de calidad*. Ya nos ha ido muy bien con el primero, y acabo de recibir una carta (que probablemente se quede en nada) del agente de Alfred Hitchcock diciendo que a este le gustaría hacer una película para la televisión. Y, por cierto, ¿has visto que *Llamada para el muerto* obtuvo el segundo premio en los galardones anuales de la Crime Writers' Association? Un panel de críticos (Symonds, Gielgud y cía.) otorgaron una daga con baño de oro a J le Carré. Jua, jua.

Ann probablemente vaya a Inglaterra en junio/julio para hacer algunas compras y se alojará en la casa de campo de su madre en Somerset. Creo que se llevará a los niños. Si tiene tiempo, probablemente tomará clases de conducir, ya que esperamos

comprar un coche pequeño para ella cuando nos mudemos a una casa más grande al otro lado del Rin a finales de julio. También va a buscar una niñera, porque Wendy se vuelve a casa en junio y queremos una bruja de más edad para el nuevo bebé.

Tony escribió hace solo una semana —por primera vez desde hace unos seis meses, creo— para anunciar que viene a Europa en septiembre tal vez, con Anna y Alex.

Espero que la próxima vez que vengas a vernos estemos en una casa de seis habitaciones con agua caliente y fría, y que podamos alojarte cómodamente.

Alison[14] está aquí en este momento, y ella y Ann bajan mañana a Luxemburgo. Mañana a última hora de la tarde doy una conferencia sobre política exterior británica a una multitud de setecientas personas, en Oberhausen (adolescentes en edad escolar. Tengo que mantener a raya al viejo Adam).

Simon se recupera de un molesto ataque de gripe gástrica y un ataque de mal genio todavía peor, la conciencia social de Ann Ratón es exactamente como tiene que ser y Stephen está increíble. Te enviaremos fotos.

Con mucho, mucho cariño,

D



A JEAN CORNWELL

[enero de 1963 ¿?]

Mi queridísima Jeannie:

Muchas gracias por tus maravillosos regalos; el mío fue especialmente bienvenido porque últimamente me he vuelto bastante fruta y estudio estas cosas. He terminado de escribir mi tercer (y último) *thriller*,[15] que Gollancz ha aceptado con gran alegría, pero todavía estoy esperando la aprobación del Foreign Office, que tarda bastante en llegar. En este momento estoy escribiendo una cosita sobre Oxford, una viñeta, querida mía.

El nuevo bebé[16] está en plena forma, comiendo sin protestar y prosperando en cuerpo y mente. Me he embarcado en la peligrosa aventura de abrir en la embajada una escuela para jovencitos,

trayéndome un profesor y todo eso, y me arriesgo a perder un dineral, pero tiene buena pinta. No hay nada que yo pueda sacar de ahí, salvo que me den la Orden del Imperio Británico o me despidan. También he estado viajando mucho por Alemania, dando conferencias sobre el Mercado Común, etcétera, muy divertido. Boches hambrientos de conocimiento, D con el retrato oficial cargado influyendo y perdiendo amigos. Jua, jua.

A-Ratón pasa mucho tiempo merodeando por las alfombras del Ministerio de Obras Públicas, cada vez más delgada.

Si el ministro pudiera verla en casi nada por sus alfombras, martilleando con el trasero al ricitos Wilton.

Regálale una bicicleta a Flea por Navidad, se está poniendo enorme. Ann le hace de maestra y está aprendiendo a leer y escribir a buena marcha. Muy juicioso y enternecedor. Stevie es lo contrario... Le damos un teléfono que funciona («¡NO tú hablas! ¡YO hablo, TÚ escuchas!»). Lleva un pequeño Napoleón dentro, nuestro Stevie.

Nos encantaría volver a veros a todos. Cabe la posibilidad de que lleve a una delegación de diputados alemanes en febrero. Si es así, te pondré unas líneas, a ver si puedes acercarte y comemos juntos.

Gracias de nuevo, mucho cariño para todos,

D



A JEAN CORNWELL

[s. f., pero probablemente primavera de 1963]

Mi queridísima Jeannie:

Muchas gracias por tu carta. Después he recibido una carta estupenda de Rupert; siento mucho que los niños hayan estado mal. El sábado vamos a Rheinbach, donde fabrican vidrio, a comprar algo para el cumpleaños de Elizabeth,[17] con un poco de retraso, probablemente, ¿le pedirás que tenga paciencia? Stevie y Simon van al circo con su madre mañana por la tarde.

Rupert menciona en su carta que estabas barajando la idea de

que Charlotte pase un tiempo fuera este verano: ¿por qué no ambos niños?[18] Estaríamos encantados de tenerlos. Ratón y yo nos escaparemos solos a Normandía y Bretaña en mayo, mientras la madre de Ann cuida de los niños y de la niñera (la semana pasada aprobé el examen de alemán avanzado del ministerio, que equivale más o menos al nivel intérprete y me da derecho a una paga, lo cual es una gran alegría, perdona la divagación), pero por lo que sé, junio, julio y agosto quedan libres. Avísame pronto si te las apañas, para que yo pueda pedir un pequeño permiso. No lejos de casa hay una buena piscina climatizada donde podrían pasárselo bien. También hay chicas para Rupert.

Sigo con la nueva novela sobre Oxford —sin cadáveres, esta—, creo que por fin puedo arriesgarme a una aventura no comercial.[19] Gollancz parece creer de verdad en el éxito de la que publicará en agosto.[20] Espero que así sea; creo que es muy buena, desde luego, pero sigo pensando que mis dos primeras son de las de pasar páginas sin parar. Las prefiero a Dickens, por ejemplo, y a otros que escribieron las suyas en lugar de leer (comprar) las mías.

¿Por qué no coges el coche un fin de semana y te vienes a vernos? ¿Me permites concretar? ¿Qué tal el 19, 20 y 21 de abril? ¿Te queda dinero? ¿Quieres?

Con cariño, con cariño,

D



A VIVIAN GREEN

Embajada británica · Bonn
7 de julio de 1963

Mi querido Vivian:

Te alegrará saber que la Paramount ha comprado mi nuevo libro (saldrá en septiembre) por (dicho sea con falsa modestia) una cantidad de cinco cifras y que la Book Soc.[21] lo ha presentado como su elección de septiembre. Se titula *El espía que surgió del frío* y es una especie de *El americano impasible* ambientada en Berlín. Coward McCann, el editor

estadounidense,[22] también ha pagado una pequeña fortuna por los derechos y pretende publicarla simultáneamente. De modo que si tenéis oportunidad de hacernos una visita, daos prisa, porque es muy posible que abandonemos el Foreign Office por los pastos más verdes de la Perfecto-Zizzbaum Corporation (la de P. G. Wodehouse).[23] Por tal razón, nada de lo anterior debe hacerse público.

En segundo lugar, estaré en Londres del 21 de julio al 1 de agosto, y parte de ese tiempo lo dedicaré a visitar Oxford con 4 periodistas estrella alemanes. ¿Hay alguna posibilidad de que estés por allí? El COI,[24] sin duda, estará encantado de atenderte —en caso contrario, se ocupará el P-Zizzb'm—. La confusión, la deshonra y la indiferencia de la Corona por el interés nacional parecen caracterizar el escenario nacional en la actualidad. ¿O estoy leyendo el periódico equivocado?

Haz el favor de escribir para comunicarnos tus planes vacacionales. Y ven a vernos lo antes posible.

Con el afecto de ambos

David



A JEAN CORNWELL

Hamburgo

[s. f., pero probablemente 15 de octubre de 1963]

Querida Penco Viejo:[25]

Por fin, ¡por fin!, he recibido noticias de To, que tiene una nueva dirección (que no me había comunicado y en la que, al parecer, no recibe correo dirigido a su domicilio anterior). Dice que Padre recorre grandes distancias en avión, que aparece poco, que da la impresión de estar acabado, que no tiene dinero, etcétera. Lo que siempre cuenta To, cargado de tonos catastrofistas. Solo temo que To se despache del todo con alguna obsesión ibseniana. Dice que Padre «está pobre y da pena verlo». ¿Se te ocurre una frase mejor? Piensa que no puede mantener la cabeza alta porque no tiene dinero, etcétera, D el Desalmado. To el Piadoso.[26]

[…]

Imagino que te gustará saber cómo va el libro. Recibió muy buenas críticas (menos la de un simio imberbe que lo puso a parir en el *Lit. Sup*., y M. Richardson, que ni fu ni fa). Está echándose a perder. Pobre Richardson. En el *Observer* estuvo bien.27 Pero el *Times*, el *S. Times*, el *Mail*, el *Standard* y compañía me hicieron sentirme orgulloso y ya hemos vendido unos veinte mil ejemplares en Inglaterra, lo que no es poco. Dell's, la editorial de bolsillo de Estados Unidos, me ha pagado un adelanto de veinticinco mil dólares, récord histórico para un *thriller*; se está publicando por entregas en Estados Unidos, Canadá, Australia, Noruega… Se ha vendido en casi todos los países europeos excepto Finlandia, y los Frogs* van a sacar inmediatamente una edición de bolsillo de treinta y tres mil ejemplares. Total, que hemos hecho una buena limpieza y, mientras me mantenga fuera de Inglaterra hasta abril del 66, tengo bastantes posibilidades de conservar dos tercios de la mercancía. No ha sido por lo listo que es D, sino por la suerte que tiene. A. T. V.28 quería hacer una serie de Smiley y que la escribiera J le C, pero eso era algo que desde luego no podría hacer. ¿Te imaginas?

Espero que la mudanza vaya bien o haya ido bien y que no te hayas agotado en exceso. ¿Quieres un puesto de trabajo, Jeannie? Creo que podría indicarte un par de ellos bastante interesantes, sin posibilidades de ganar mucho dinero pero divertidos. No te molestes en contestar si ya lo tienes resuelto.

Ann Ratón se ha vuelto muy austera desde que descubrió que se ha casado con un ricachón. No estoy seguro de que lo apruebe. No hay nada malo en ello, supongo, mientras no te dé por disfrutarlo. Como el sexo de los domingos.

Cariño, cariño para todos,

D

Posteriormente, en una carta a Jeannie desde Hamburgo y sin fechar, le Carré escribe: «He recibido una carta de To en la que me dice que Padre está totalmente arruinado y que mi madre también lo está, y me pide (To el Piadoso) que comparta el gasto de comprarle una casa. Como To no tiene dinero, creo que la vergüenza me empujará a ocuparme de todo…». Al

parecer, su madre llevaba un negocio de ortopedia y su casa era propiedad de una empresa cuyo director era uno de los antiguos socios de Ronnie. Le Carré quiso saber si Jeannie tenía la dirección, «para poder ir y averiguar lo que está pasando».



A VIVIAN GREEN

Consulado general británico · 2 Hamburgo 13 ·
Harvestehuderweg 8a
14 de noviembre de 1963

Mi querido Vivian:

Voy a estar una semana en Londres, llegaré el domingo con un grupo alemán y me alojaré en el hotel Hyde Park. ¿Hay alguna posibilidad de verte? Creo que yo podría acercarme a Oxford el viernes por la tarde, quizá pasar la noche y volver temprano el sábado, pero tendré que comprobarlo cuando llegue.

Estoy buscando, entre otras cosas, un trabajo, porque estoy cansado del Foreign Office y cansado del extranjero. En realidad no necesito ganar mucho, pero nos gustaría comprar una casa agradable casi en cualquier sitio rural y bonito, y hacer algo un poco útil. Ya sé que suena tremendamente fantasioso. Pienso en alguna de esas universidades nuevas y me pregunto si tú sabes algo de ellas. No creo que pueda optar a la docencia en Oxford, porque llevo mucho tiempo desconectado de mi especialidad y no he investigado ni nada parecido. En realidad, casi cualquier cosa, siempre que me permita dotar a Ann y a los niños de un hogar decente y estable, no demasiado lejos de donde trabajo, y desahogarme políticamente sin ofender a nadie, es decir, a cualquiera que me contrate. Ni que decir tiene que necesitaría tiempo libre para escribir.

¿Puedes enviarme una tarjeta al Hyde Park dándome tu número de teléfono?

Siempre con mis mejores deseos,

David

Errancias

Colegas, charlas, crisis, el calor del contacto humano, todo eso es molienda para tu molino, estoy seguro; sin ello podrías fácilmente quedarte paralizado y con miedo, como me pasó a mí.

—al escritor Yassin Musharbash, en 2017,
instándolo a
mantener su actividad periodística hasta
que sus novelas despegaran

El éxito de *El espía que surgió del frío* —y el cambio de circunstancias que supuso en la vida de le Carré— resulta casi inimaginable. De ser un espía de tapadillo y con sueldo de diplomático de segunda pasó a ser un escritor aclamado en el mundo entero, a almorzar en Nueva York con Richard Burton y Elizabeth Taylor.

«No pude controlarlo emocionalmente, o como quieras llamarlo», dijo. «Nunca había tenido dinero, y de repente me llovía a raudales. Había vivido en la sombra, rigurosamente en la sombra, y de repente estaba bajo los focos, y eso impuso tensiones en mi matrimonio de las que nunca se recuperaría... era algo tan extremo, comparado con la vida retraída y en la sombra que siempre había llevado, con la vida tácita que siempre había llevado.»[1]

La amistad de le Carré con el escritor James Kennaway y su esposa, Susan, marcó un punto de inflexión en su vida personal, mientras se esforzaba por encontrar una continuación digna para su histórica novela sobre la Guerra Fría.

La novela que siguió a *El espía que surgió del frío* fue *El espejo de los espías*, que «a mí me sigue pareciendo mucho más valiente y mucho mejor, y naturalmente fue vilipendiada». Tras el éxito de *El espía* —y el costoso éxito de la misión de espionaje que llevaba dentro—, le Carré incluyó deliberadamente el fracaso en la nueva novela, que gira en torno a una inútil operación de inteligencia lanzada por «el Departamento» en un intento de revivir las glorias de los tiempos de guerra.



Dick Franks era subjefe de la oficina de le Carré en el SIS de Bonn, donde trabajó de 1962 a 1966. Su esposa, Rachel, llevó a la familia Cornwell de Bonn a Hamburgo cuando le Carré fue

trasladado allí a raíz de la publicación de El espía que surgió del frío. *Cuando le Carré dejó Hamburgo y el Foreign Office, su contable le dijo que si regresaba a Gran Bretaña se arriesgaba a una enorme carga fiscal. La familia zarpó de Venecia rumbo a Creta el 23 de marzo de 1964; le Carré había oído hablar de Agios Nikolaos, en la costa oriental de la isla, a alguien a quien conoció en una piscina.*

A DICK Y RACHEL FRANKS

Hotel Lato · Agios Nikolaos · Creta · Grecia · En la playa
Jueves · [s. f., pero probablemente primavera de 1964]

Mis queridos Dickie y Rachel:

Alemania ya parece estar a varios años luz. El viaje hasta aquí fue una pesadilla controlada: lo habríais disfrutado. Llevábamos veintidós maletas. Las tres más importantes contenían nuestras necesidades inmediatas para las próximas semanas y se quedaron atascadas en Ancona porque un aduanero se declaró en huelga y se negó a trabajar el sábado por la tarde. Cuando todo lo demás falló, le sugerí que yo le pagaría las horas extras. Si alguna vez vais por allí, sabed que el precio de un aduanero (fuera de temporada) es de tres mil quinientas liras. También en Ancona nos denegaron el permiso para embarcar (habíamos llegado a la hora de comer) hasta las ocho de la tarde. Llovía a cántaros y no teníamos dónde dejar el equipaje. Surgió un interesante problema de gestión de personal, pero lo resolvimos alquilando (por algo más de tres mil quinientas liras) el transportador eléctrico que sube y baja el equipaje por las plataformas. Iba siguiendo a nuestros dos taxis con nuestro equipaje más pesado y un equipo de valiosos consejeros, una especie de *caddies* no porteadores que iban ahí en parte para darse un paseo y en parte, como supe después, para ver qué pasaba con el camión de los equipajes, que solo tiene licencia para circular por los andenes del ferrocarril. Llegamos a Heraklion a las 05.30 de ayer bajo un diluvio y nos dejaron, sin maleteros a la vista, en el extremo que daba al mar de un enorme rompeolas. La ciudad se vislumbraba al fondo,

medio oculta por la lluvia torrencial. Todo nuestro equipaje nos rodeaba. Quedaban 78 kilómetros hasta Agios Nikolaos y aún no teníamos confirmada la reserva del hotel. Al final encontramos dos enormes taxis americanos y llenamos el primero con Rhona y equipaje (maletero omnívoro) y el segundo con Kinder, Kirche und Küche,[2] la madre y yo, y partimos, sin desayunar, con los niños creando. Tras media hora de carreteras de montaña, Timothy estaba maravillosa, gloriosa y ruidosamente mareado.

Y llegamos. El hotel, destinatario de dos cartas y dos telegramas, estaba agazapado junto al puerto (rodeado de niebla) y allí nadie había oído hablar de nosotros. Ah, sí, nuestras cartas habían llegado (nos enseñaron la carpeta con orgullo), pero ¿de qué vale una carta? Sí, claro que tenían habitaciones, enseguida nos las prepararían. Pum, pum. Ahora los niños están en cuarentena por paperas.

Ahora ha salido el sol, tenemos una casa (seis habitaciones, en la orilla, todas las comodidades, dieciocho libras al mes y es un robo, una pequeña bahía preciosa), una asistenta, algunos muebles, los niños han remado e incluso hemos conocido a la comunidad británica, la mayoría de cuyos miembros se parecen a Fred Clark.[3] También recordamos lo amables que habéis sido y, con sincero agradecimiento, muchas otras cosas.

Gracias también por llamar el viernes; lamentamos no haber estado en casa.

Por cierto que desde Atenas llamé a Colchester[4] y le di mis saludos. Las *Schönheitsrep*[*] para la casa de Hamburgo no son un problema: no parece haber ninguna, y si hay algo será mío.

Estaré en Estados Unidos una semana o diez días, a partir del 16 de abril: apariciones en televisión, no sé qué premio, etcétera, he firmado ese contrato de televisión y también están haciendo una película de *Llamada para el muerto*, no sé con quién.

Una casa de cuatro o cinco habitaciones, aquí en la costa, con aire acondicionado, viene a costar unas mil quinientas libras en este momento. Pensamos invertir. ¿Por qué no lo hacéis vosotros? Venid a vernos, es divino.

Con el cariño de todos, y gracias,

David



Le Carré y Ann conocieron al escritor escocés James Kennaway y a su esposa, Susan, en Oxford, pero a principios de la década de 1960 le Carré, ya novelista de éxito, volvió a coincidir con la pareja en Londres. En 1964 le Carré invitó a Kennaway a París para trabajar en el guion cinematográfico de El espejo de los espías. *En su relación con los Kennaway, le Carré firmó varias veces como Corncrake, Cornflake y Cornguilt.*[5]

A JAMES KENNAWAY

Hotel Ambassador Viena
[s. f., pero probablemente 1964]

Jum:

Esta te llegará seguramente antes que la carta que envié desde Atenas. Ya he leído *Whisky*[6] y *The Bells*. Creo que la carta que te envié desde Atenas no era suficientemente entusiasta. La verdad es que no me acuerdo. Me tienen la cabeza ocupada, me cantan en la cabeza. La escena final entre Jock y su actriz me hizo llorar copiosamente. Ay, qué demonios. Jum boy, de veras que lo has conseguido, de veras. A lo grande. Mucho más grande que la mayoría de nosotros. Así que, por el amor de Dios, pon en acción tu dedo tonto y dale al teclado. Escribe libros más grandes con más mierda dentro: la mierda también es maravillosa (la última escena de *Whisky y gloria* —gloriosa, soberbia sentina—, la mejor primera novela de la historia), pero ay, Jim, si nos quieres un poco, escribe.

Tu viejo alero,

D



A JEAN CORNWELL

Kytroplatia · Agios Nikolaos · Creta, Grecia
15 de mayo de 1964

Queridísima Jeannie:

Rupert[7] me pidió muy especialmente que cuando volviese de Estados Unidos (donde mi libro sigue encabezando la lista de los más vendidos, jua, jua) le contase lo que supiera de Padre. Tony[8] y Anna lo han visto bastante: Tony le prestó mil dólares que todavía no le ha devuelto, solo un cheque sin fondos. También lo vi una vez en Nueva York y quedé a cenar con él, pero no se presentó; lo que hizo, en cambio, fue enviarme un mensaje diciendo que iba a salir de la ciudad, pero Tony me dijo que no era cierto. Culpa mía, seguramente. Nos encontramos (aunque parezca mentira) por pura casualidad. Él estaba cenando en el restaurante donde yo daba una fiesta para mi editorial y, después de la cena, los invité a él y a su pareja a nuestra mesa. Estaba bastante aburrido de tres cosas: de que le debiera dinero a To, de que firmara mis libros como «el padre del autor» y de que pidiera mis libros a crédito presentándose como mi padre y luego no pagara las facturas, algo de lo que en un par de ocasiones acabó enterándose mi editor. Así que estuve bastante seco con él (me daba un terror reverencial que se inmiscuyera en la reunión, que era de altos vuelos, con E. Taylor, Burton & cía.),[9] y también porque su amiga me resultaba muy desagradable. De modo que estuve bastante mojigato y él se comportó como siempre. Le rogué que le escribiera a Rupert y le hablé de ti y de la situación con mi madre. Se mostró evasivo en lo tocante a sus propios asuntos, pero deduzco por To que las ha pasado canutas más de una vez. Tiene muy mala pinta, me temo. Ninguno de nosotros pudo averiguar de qué vive o cómo espera salir adelante: tiene un piso pero no tiene muebles, a la hora de la verdad, allí no está nunca, hay una mujer que se limita a contestar los mensajes. Tony cree que está a punto de tener problemas de crédito, pero ¿cuándo no lo está? Parece ser que llegó a Nueva York pertrechado de grandes contactos y empezó por el Plaza; desde entonces, sus contactos y sus direcciones son cada vez más modestos. En concreto, no tiene permiso de trabajo, de modo que, según To, como se fijen en él va a tener problemas. Estaba muy deseoso de que nos viéramos a solas, y por eso le propuse una cena, pero como ya te he dicho no se presentó. Habría intentado hacer algo más si no hubiera sido por mis compromisos y las

complicaciones que surgieron con la venta de la película sobre *Llamada para el muerto*, mi estatus de inmigrante desde el punto de vista de las apariciones en televisión y, por último, el impuesto norteamericano sobre la renta.

¿Compraste el pastel en Fortnums? Muchas gracias por invitarme.

Por nuestra parte, Rupert puede venir tan pronto como quiera. Me encantaría que estuviera aquí el 1 de julio, porque yo tengo que ir a Londres y Dinamarca y A-Ratón agradecería su compañía. Te escribo todo esto porque creo que deberías tomar una decisión sobre cómo y qué decirle de Padre. Tony, que le tiene mucho más cariño que yo, ya está bastante harto de él, de su explotación del afecto y todo lo demás. Personalmente, aunque no soy imparcial, creo que Rupert debería seguir adelante con su propia vida y con sus estudios universitarios, que son de vital importancia para él, y ocuparse de Padre cuando esté un poco más asentado. Ahora mismo, no creo que ninguno de nosotros pueda hacer nada. Parece que tiene amigas; no sé quiénes son. No creo que el afecto de Rupert haga otra cosa que disgustar a Rupert.

Mi impresión de Padre fue que allí no existíamos para él. No preguntaba por nadie, yo le di todas las noticias que pude.

Le he pedido a To que escriba a Rupert. Parecen muy contentos.

Me resultó muy difícil comportarme de modo normal porque estaban idolatrándome y porque todo fue muy rápido.

Mi cariño para todos vosotros. Venid a vernos.

D



Ann estaba pasando a máquina El espejo de los espías*, una amarga novela de intentos fallidos de espionaje y matrimonios fracasados. Una agencia de inteligencia británica, el Departamento, aferrada a las viejas glorias de la última guerra, pone en marcha una misión inadecuada para enviar a un agente a Alemania Oriental, siguiendo informes poco fiables sobre una acumulación de cohetes soviéticos.*

A VICTOR GOLLANCZ

Kytroplatia · Agios Nikolaos · Creta, Grecia
30 de mayo de 1964

Querido V. G.:

Gracias por tu carta del 26 de mayo. Espero que podamos entregarte un manuscrito a mediados de julio. El libro está terminado, está sin ordenar, y a Ann le está costando mecanografiarlo según escribo.

Una vez aceptado el libro, tendré que hacer un corto viaje a Escandinavia y (si puedo entrar) a Alemania Oriental, pero eso no debería llevarme más de una semana. También tengo que investigar un poco más sobre cohetes y transmisión inalámbrica, pero ninguna de estas tareas afecta a más de treinta o cuarenta líneas impresas, y me parece correcto entregar el libro con la investigación adicional pendiente.

Cuando Ann lo haya mecanografiado, irá al Foreign Office para su aprobación formal —es una cortesía que creo que merece la pena— y luego haremos que lo mecanografíen en una agencia —esta vez quiero varios ejemplares—, y después lo enviaremos a Peter.[10] Entonces (Ann y yo) suspiraremos aliviados y emprenderemos nuestro largamente aplazado viaje por Grecia.

Si puedes indicarme vuestro itinerario, sería estupendo organizar un encuentro en algún lugar: nos encantaría ofreceros hospitalidad aquí a ambos, pero me temo que vamos a estar de vacaciones al mismo tiempo que vosotros.

Con mis mejores deseos.

Vuestro,

David



El 10 de junio de 1963, el editor de le Carré, Victor Gollancz, se puso en contacto con J. B. Priestley y Graham Greene con el fin de obtener frases de ambos para la promoción de El espía que surgió del frío. *«Creo que encontrará en esta novela una autenticidad inconfundible (y bastante terrible)», les dijo por*

escrito.

La respuesta de Priestley se incluyó en la portada: «Un relato magníficamente construido en una atmósfera de frío infierno». Pero Greene pronunció la frase que acompañaría al libro durante decenios: Josephine Reid, su secretaria, le transmitió a Gollancz el mensaje de que era «la mejor historia de espías que he leído nunca».

Cuando le Carré abandonó su editorial tras la publicación de El espía*, Gollancz reaccionó con furia: dijo que la frase que él le había sacado a Greene había dado al libro su «gran oportunidad». Greene, enterado de la marcha de le Carré, le escribió con intención de ficharlo para Bodley Head, donde era director.*

La relación literaria de le Carré con Greene salpica la correspondencia entre ambos, y oscila entre la veneración que se muestra aquí y posteriores comentarios mordaces en privado sobre la actitud política de Greene.

A GRAHAM GREENE

Kytroplatia · Agios Nikolaos · Creta · Grecia
4 de agosto de 1964

Estimado señor Greene,

Gracias por su carta del 17 de julio, que me ha llegado hoy, tras un largo recorrido.

Me habría gustado estar a la altura de su amable sugerencia —en mi ignorancia ni siquiera sabía que usted era director de Bodley Head—, pero me temo que ya es demasiado tarde. Solo puedo prometerle que me pondré en contacto con usted si las negociaciones actuales fracasan.

Me ha brindado usted la oportunidad de escribirle, cosa que deseaba hacer desde hace tiempo, para agradecerle sinceramente su apoyo. No hace falta que le diga lo que ha significado para mí, tanto desde el punto de vista práctico, ya que contribuyó enormemente al éxito de mi último libro, como desde el punto de vista moral, porque hay pocos escritores, vivos o muertos, cuyo

apoyo valoraría más que el suyo. Acabo de terminar otro libro que, me temo, no saldrá mucho antes del otoño del año que viene. Si me lo permite, le enviaré un ejemplar, no para pedirle otra frase, sino porque me gustaría mucho saber lo que piensa de él.

Lamento no poder ir a Bodley Head en este momento.

Le ruego que no se tome usted la molestia de contestar a esta carta.

Atentamente,

David Cornwell



A JAMES KENNAWAY

[s. f., pero probablemente 1964, desde Atenas]

Querido St. Jum:

Acabo de terminar *The Bells*; me pareció que lo correcto era empezar por tu último libro, y oye, qué grande eres. Estoy totalmente de acuerdo con la reseña de la *Hudson Review*.11 Eres Dios.

Pero: yo me hago una sola pregunta, si un gran escritor ha escrito un gran libro. ¿Me escuchas mientras me dejo llevar por mi fácil tendencia crítica? Digamos que en tu obra generas un cuchillo tan afilado que los demás pierden un poco su filo: el pato, Stella. Creo que sientes celos de tus personajes: «nadie conoce a Stella tan bien como Biig Jiim, nadie se acuesta con Stella tan bien como Biig Jiim». Si le otorgas tanta fuerza, no podemos creer (yo no puedo) que Stella se detenga al final. Cuando le atribuyes a A esa debilidad difícil de creer, etcétera, yo observo, con mi desagradable y corrosivo ojo de escritor, los ingredientes de Stella que me parecen innecesarios: está completa sin ellos. Uno de estos ingredientes es su socialismo, que para ti no es real porque no creo que ni a ella (ni a ti) os importe un carajo la política, sino solo la clase social y las actitudes, de modo que, a mi parecer, su resentimiento debería provenir de su origen

más que de su intelecto (seguramente es así). Lo interpretas mal, Cornwell. Hubo dos escenas que no me gustaron: el abogado (acapara la escena, hombre artificial; nervios de escritor. Escena soberbia sin necesidad de ningún Gran Hombre) y la parte de la lectura de Sarson. Como cabía esperar, ambas escenas están magníficamente escritas.

Summa summarum: poesía brillante, visiones brillantes, personas brillantes, Jum brillante. La superestructura (el armador de Edimburgo, los chanchullos monetarios, la política, la inteligente oficina del Trust) se hunde, cruje, pero ¿a quién diablos le importa? Me parece alentador y espléndido que, después de todo lo que has hecho, seas tan malo sobreactuando y tan bueno escribiendo. Las personas, la poesía y el drama son magníficos. Es tan bueno como esperaba. Más raro quizá. Es menos experto de lo que esperaba, asombroso. Creo que ya has demostrado lo que es inevitable aceptar: que eres sobradamente experto. Y estoy convencido de que (si saltas unas cuantas vallas) muy pronto escribirás algo que sobrevivirá a G. Green, C. Snow, Monica Dickens y a tu admirado compañero

John le Carré[12]



Sin fecha, pero se refiere a la huelga de veinticuatro horas del 13 de febrero de 1965 en Austria. Los Cornwell se alojaban en Viena; los Kennaway habían alquilado una casa en Zell-am-See, Austria. Le Carré dio instrucciones de que los telegramas se enviaran bajo cobertura, firmados «Atentamente Peter». A principios de 1965 le contaría a su esposa Ann que él y Susan tenían una relación, iniciada, según Susan, en noviembre de 1964.[13]

A SUSAN KENNAWAY

[s. f.]

Cariño:

Dios sabe cuándo te llegará esta carta: Austria está en manos de una huelga que afecta el correo, el telégrafo, el teléfono,
los trenes y los aviones, y cualquier otra cosa que se les ocurra. Por el momento es una huelga provisional de veinticuatro horas, pero tienen muchas esperanzas de que se prolongue.

Cada vez me desespero más contigo, ¿verdad? Corazón mío, trata de comprender a este topo demasiado acostumbrado a la oscuridad para creer en la luz; si vives, como yo, tanto tiempo en la oscuridad, no siempre puedes, siendo yo, tener fe en la luz. Cuando me hago pensar en lo que ahora hemos hecho juntos, en los embrollos, las risas y la compañía, en la total facilidad y calidez de estar en tu compañía, toda la futilidad de mi propia vida se me hace insoportable; entonces grito tu nombre en mi interior, y estrecho tu cuerpo contra mí, y río y me desahogo, y vivo, y ni siquiera mis hijos, a mi alrededor, fantasmas, con poco escrito en los rostros, son un reproche para esa felicidad. Sé la poca fe que tienes en mí —lo siento, pero me lo has dicho tantas veces— y sé la poca fe que merezco; pero si aún puedo existir para ti, quédate conmigo, quédate conmigo, porque te quiero.

David

P. D. Llamaré al número de Hillie el próximo DOMINGO a las 10.00 en punto, si puedo. (Estaremos en Bonn entonces.) Si no estás, deja un mensaje de cuándo puedo llamarte (haré una llamada personal). Para emergencias, me alojo en el hotel Cäcilienhöhe, Bad Godesberg, cerca de Bonn, Alemania Occidental; número de teléfono Bad Godesberg 62733. Un telegrama firmado «Atentamente Peter» puede llegar allí directamente. Estaré allí el viernes.



La única carta a Ronnie Cornwell de la que nos consta que ha sobrevivido está dirigida a Jeannie Cornwell con una nota de cobertura escrita a mano.

A JEAN CORNWELL

Jeannie:

Me llega una carta furiosa de mi padre; le envié esto. Creo que te gustará verlo.

con cariño D

Viena XIX · Hohe Warte 29 · Austria
20 de marzo de 1965

Querido Padre:

Gracias por tu carta y por la copia de la carta que enviaste a Pitman, el del *Express*. Siento mucho que el artículo te haya molestado. Has de comprender que me resulta muy difícil responder a las preguntas de los periodistas sobre mis antecedentes familiares y sobre ti. No hay periódico que no tenga en sus archivos suficientes recortes de prensa sobre ti como para dar una imagen mucho más embarazosa que la que yo he pintado. Lo que tú consideres inexacto no es culpa de Robert Pitman; su artículo traslada con bastante fidelidad lo que le dije. Por otra parte, hay que agradecerle encarecidamente que no utilizara un material más doloroso que ya tenía a su disposición.

En estos casos, la elección no es fácil. Si no dices nada, invitas a la especulación y a desagradables revelaciones; si tomas el otro camino, como hice yo, corres otros riesgos.

Cuando Pitman se hubo marchado de Viena, telefoneé a Jean y le pedí que avisara a quien pudiera, en particular a tus hermanas, a Rupert y a Charlotte, de que el artículo iba a aparecer y que representaba lo mejor que yo podía hacer en una situación tan precaria. No pude hacer más.

Si te has vuelto reacio a la publicidad, te sugiero que te abstengas de escribir cartas provocadoras a periódicos tan cualificados como el *Express*.

No me dices en quiénes he provocado desaprobación. Las únicas reacciones que me han llegado son las de Rupert y G. P. Ellard. El primero se sintió aliviado y el segundo se deshizo en elogios.

Espero lo mismo que tú esperas, que sigas durante muchos años

en este planeta. Sin duda que sería más pobre sin ti, y creo que esto es algo que el lector medio habrá deducido del artículo de Pitman.

Como siempre,

La entrevista de Robert Pitman en el Sunday Express *del 14 de febrero de 1965 no mencionaba el nombre de Ronald Cornwell, pero aportaba detalles que luego serían elementos básicos en los futuros escritos de le Carré sobre su padre.*

Enfrentado a un hábil entrevistador, le Carré ofreció una detallada cronología de su vida en Sherborne, Berna, Oxford e Eton. También habló de los intentos de Ronnie de convertirse en miembro del Parlamento, y contó que era propietario de caballos de carreras y anfitrión del equipo australiano de críquet, junto con el legendario jockey Gordon Richards.

Pitman, columnista del Express *y tertuliano habitual de los programas de debate en televisión, entrevistó a le Carré en Viena, donde se alojaba con su familia antes de su regreso al Reino Unido. Puede que el hecho de sentirse seguro en Austria, o la perspectiva de que el* Express *publicara en serie* El espejo de los espías*, animaran a le Carré a sincerarse.*

«Cuando miro hacia atrás en mi vida, es tal mi horror que opto por mantener la tapa cerrada», le dijo a Pitman. Habló de su severo abuelo cristiano, alcalde de Poole, y sugirió que su padre había reaccionado contra él; hizo un relato velado de los negocios de su padre, mencionando una serie de mansiones en Buckinghamshire; relató cómo «éramos ricos y pobres... cuanto menos teníamos, más parecíamos estar gastando». Al final dijo que llevaba años sin ver a su padre, pero sabía que firmaba los libros de le Carré «Del padre del autor».

Pitman decía de le Carré que era uno de los pocos escritores del mundo capaces de ganar quinientas mil libras con un libro. No es difícil imaginar lo que sentiría Ronnie al enterarse de que su hijo se estaba haciendo fabulosa y legítimamente rico.

Le Carré apuntó más adelante que el principal efecto que su éxito tuvo en su padre fue crearle «la sensación de tener derecho». En un encuentro en Viena, en el famoso hotel Sacher

—recordó—, Ronnie empezó pidiéndole a su hijo una importante suma de dinero, como compensación por sus gastos escolares, y luego que le comprara una granja de cerdos y ganado en Dorset. Le Carré se negó.



A SUSAN KENNAWAY

[s. f., pero probablemente mediados de 1965]

He esperado hasta hoy para escribirte. Pasé la noche despierto aguardando que llegara el día; cuando me acosté te di las buenas noches como en una plegaria, y cuando llegó la mañana volví a rezar la plegaria y me levanté y jugueteé en la cocina, todavía borracho de amor y todavía profundamente herido por el dolor. Quiero escribir esto, mi amor, no en las secuelas de verte, no en la noche o en la madrugada, sino contra un cielo real, y lo único que alcanzo a ver es tu rostro, y las líneas que creo haber impreso en él, y los ojos que he entristecido; todo lo que amo. Mira, esta es la verdad, lo que ahora voy a decir. Tu matrimonio es sensato y real; os quiero, a tu matrimonio y a James, casi tanto como a ti, porque me encanta tu forma de vivir y de entender las cosas, desprecio lo que tú desprecias, y si hubieras hecho un matrimonio tonto, como el mío, no serías Susie.[14] He fracasado donde tú has triunfado, quiero lo que tú tienes, pero no quiero arrebatártelo, nada. No es codicia, lo juro; lo habría hecho hace seis meses, pero ahora no: era el año de James. Nada de lo que has dicho o hecho, ni una sonrisa ni un momento de vacilación, me ha disgustado desde que me enamoré de ti. No puedo fingir que no he envidiado a James, pero no le tengo celos; me gustan los sitios donde vives, y tus hijos y tu valentía, y creo en tu matrimonio. Dado que yo mismo me he echado a perder las cosas, y estoy disponible, me da miedo contagiarte mis infecciones. No quiero desestabilizaros, romperos o heriros; no es culpabilidad, ni amor, sino observación: habéis creado algo real y bueno. No me dejes entrar. Quiero ser yo quien tome la decisión en tu lugar. Te lo advertí al principio: hay demasiado que liberar en mí. No lo hagas.

Pero por todos los motivos, no voy a darte elección. Te amo por encima de todo: eso pienso. Pero empezamos tan irremediablemente dispares en cuanto a las obligaciones y necesidades de cada uno que no veo cómo expresar mi amor de un modo que no destruya las cosas que componen tu vida. Sabes que te adoro; realmente creo que te quiero lo suficiente como para ser valeroso y dejarte. ¿Lo crees? Por favor, no dudes de mí ahora. Los pocos días contigo, todos juntos, te lo habrán dejado claro en secreto. Dijiste que te sentías menos culpable ahora que habías conocido a Ann. ¿Realmente crees que yo también? Susie, mi amor, no llores. Es tuyo mi corazón, todo mi amor; no creo que puedas dudar de eso. Busca otro amante, o no. No te pongas a filosofar sobre ello (eso ha sido por mi culpa, cariño), pero, por amor de Dios, sé consciente de lo que tienes en James. Me casaría contigo, te llevaría lejos, haría todo lo que quisieras; pero nunca lo haré, y has de saberlo ahora. Corazón mío, Susie querida, no sigas desafiándome. Escríbeme; te quiero por encima de todo; escríbeme. Mira, estoy escribiendo la carta que casi escribiste tú, o que escribiste y rompiste. No funciona a mi manera; tú nunca quisiste que esto pasara y yo sí. Esa es la verdad que siempre se nos dice. Nunca me he sentido más cerca de ti que ahora, nunca te he querido más, nunca te he amado más que ahora. Mira, te tengo abrazada, como en mi corazón siempre te tendré, cerca de mí. Estoy intentando amarte más que todo eso y apartarte. Quiero dar: eso es amor. No quiero tomar ni destruir. Quiero dar. Te quiero. Si ves otro camino, si honradamente puedes ver otra esperanza, dímelo. Pero no destruiré lo que tienes. Te quiero. No escribas una carta llena de espinas. Escribe. Volveré el día 9.



A JEAN CORNWELL

Consulado general británico · 200 S. Michigan Avenue · Chicago, Estados Unidos
[Matasellos] 29 de septiembre de 1965

Jeannie, querida:

Espero que te hayas enterado por Ann —y si no, te lo digo yo ahora— de que al menos por el momento no voy a volver a Inglaterra. No hay nadie más implicado —no tengo otra chica, ni nada parecido—, pero las tensiones entre nosotros se han hecho intolerables y me temo que me he escapado. No puedo esperar que tú —tú, que no tienes la menor idea de que las cosas no fueran perfectas entre nosotros— no te quedes atónita y te enfades. Pero llevo uno o dos años siendo muy infeliz, y de pronto resulta que no puedo soportarlo más. No creo que los hijos (los tuyos) tengan que saber nada, salvo que voy a estar en el extranjero escribiendo durante una larga temporada, a no ser que salga en la prensa, algo que puede ocurrir. Haz el favor de llamar a Ann, si te es posible (echo terriblemente de menos a los niños, y estoy bien y desolado). No me escribas diciéndome que soy un cerdo, sé que lo soy. Pero no puedo cambiarlo ahora.

Por si no te parece bastante, añadiré que el Foreign Office ha pillado a Padre, que se ha metido en los asuntos de la embajada acumulando una enorme factura en Yakarta; le han confiscado el pasaporte y le ha dicho al embajador que era un problema temporal de liquidez. Quieren «repatriarlo» a Bangkok porque los indonesios están muy enfadados con él. Estoy intentando averiguar lo que ocurre.

Pobre, pobre Jeannie, con lo que yo te quiero, siento causarte todo este dolor. Voy a quitarme de en medio por un tiempo. Realmente no soy una mala persona, aunque suene tonto. Y ahora he hecho algo espantoso.

D



A STEPHEN CORNWELL

12 de octubre de 1965

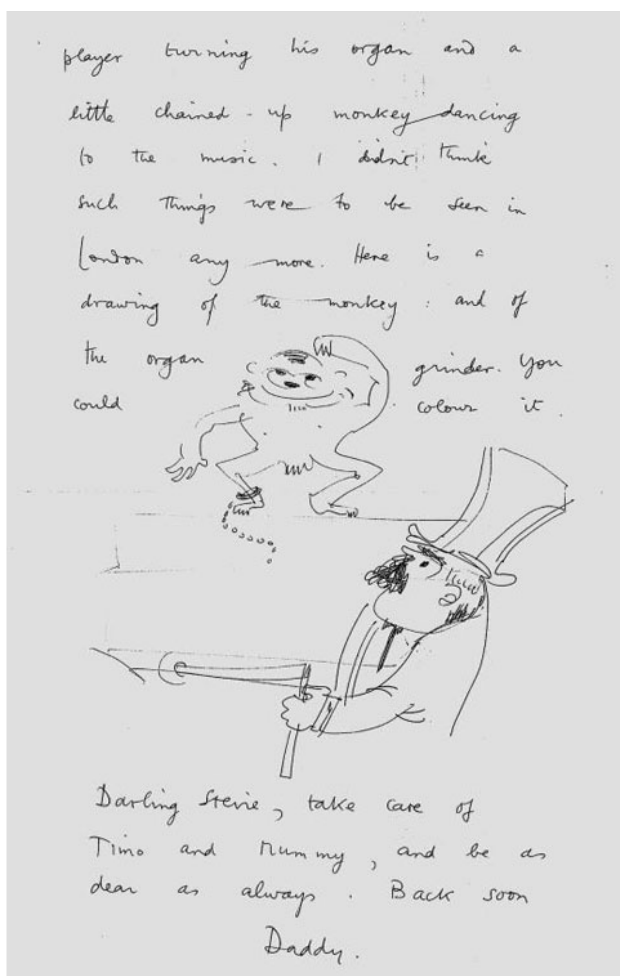
Mi querido Stevie:

Te tengo mucho cariño. ¿Cómo estás? Me dicen que tu nuevo colegio no es tan agradable como el de Chew Magna, pero no te preocupes, porque pronto estaremos todos juntos en la Casa de Siempre, como viejos topos en las profundidades, muy seguros en

nuestro agujero. Parece que lo único que hago es volar alrededor del mundo en aviones para escribir un nuevo libro. Pero pronto estará terminado y podré volver y celebrar con toda la familia la Navidad, y montar la juerga con todos los chicos. ¿Sabes lo que he visto esta tarde? Un organillero tocando su organillo y un monito bailando con la música. No creía yo que estas cosas pudieran seguir viéndose en Londres. Ahí tienes un dibujo del mono, y del organillero. Puedes colorearlo.

Stevie, cariño mío, cuida de Timo y de Mamá, y sé tan encantador como siempre.[15] Hasta pronto.

Papá



player turning his organ and a little chained-up monkey dancing to the music. I didn't think such things were to be seen in London any more. Here is a drawing of the monkey and of the organ grinder. You could colour it.

Darling Stevie, take care of Timo and Mummy, and be as dear as always. Back soon

Daddy.

Carta a Stephen Cornwell.



A JEAN CORNWELL

[Matasellos] 14 de octubre de 1965

Mi querida Jeannie:

Es la mejor carta que has escrito nunca y te quiero muchísimo. Por favor, ocúpate de ella, porque por supuesto que la quiero; aunque todo acabe liándose, de algún modo la quiero y sufro enormemente por los niños. Tengo que seguir apartado de ella, para escribir y para darle a todo un significado profundo y duradero. Creo que es ahora o nunca. No podíamos seguir así. Hay momentos en que podría coger un coche y correr hacia ella y los niños, pero tengo que resistir, y lo haré. No le digas todo esto, porque solo le haría daño y no es fácil que lo comprenda, de eso estoy seguro. Ella piensa que soy muy fuerte, que estoy muy seguro de mí mismo, pero tú sabes lo asustado e inseguro que estoy, y que escribir o pintar o tener hijos es poner orden en el caos; es lo que todos hacemos a diario.

Mi querida Jeannie, querida mía, cuida de tus nietos supercrecidos y cuida de Ann y los niños y cuánto te quiero.

D



A JEAN CORNWELL

Coxley House · Coxley · Cerca de Wells · Somerset
30 de abril de 1966

Queridísima Jeannie:

¿Cómo van las cosas? Me enteré por casualidad de que vas a divorciarte de Padre, lo cual me hace muy feliz. Espero que todo salga adelante sin líos.

Estoy bien e infeliz y me gustaría cenar contigo pronto. ¿Podrías organizarlo en Londres? ¿Podríamos adelantarlo un poco? ¿El lunes 16 de mayo, por ejemplo? Ven a mi piso después del trabajo, te tomas una copa y luego te llevo al Savoy.

Estoy seguro de que no quieres que se hable de tus asuntos y no les diré nada a los niños.

Con cariño,

David



Desde El espía que surgió del frío*, recuerda le Carré en* Volar en círculos*, venía siendo blanco de la invectiva literaria soviética, «ora [...] por elevar al espía a la categoría de héroe [...] ora por percibir correctamente la Guerra Fría pero sacar conclusiones erróneas [...]».*

«Desde las trincheras de la Gaceta Literaria Soviética*, controlada por el KGB, y de la revista* Encounter*, controlada por la CIA, intercambiábamos diligentemente nuestras bombas, conscientes de que en la estéril guerra ideológica de las palabras ninguno de los dos bandos iba a ganar.»*

«To Russia, with Greetings ("A Rusia, con mis mejores saludos")», carta abierta a la Gaceta Literaria de Moscú*, se publicó en el* Encounter *en mayo de 1966. La revista fue fundada por Stephen Spender e Irving Kristol; su financiación por la CIA salió a la luz en 1967.*

AL REDACTOR JEFE DE *LITERATURNAYA GAZETA*

Mayo de 1966

«A Rusia, con mis mejores saludos»

Muy señor mío:

Tras la publicación de *El espía que surgió del frío* en muchos idiomas y países, aguardé esperanzado la reacción del bloque comunista. Con mayor razón, quizá, por las muy dispares

reacciones de que ya había sido objeto por parte de los lectores de Estados Unidos, entre los cuales hubo quienes me acusaron de haber escrito un libro «procomunista». Mi agente literario tuvo que convencerme antes de ponerse en contacto con la Unión Soviética y otros países de Europa del Este. Que conste: Rumanía, Bulgaria, Checoslovaquia y Hungría rechazaron el libro sin hacer comentarios. Polonia tomó incluso la precaución de proteger a sus editores de las detestables cualidades de mi libro; una editorial polaca nos comunicó en dos ocasiones que no había recibido el ejemplar enviado por mi agente, añadiendo en su segunda carta la insinuación siguiente: «Suponemos que no debemos arriesgarnos a un nuevo envío». Un editor balcánico eliminó los pasajes que le parecieron más odiosos y devolvió los restos. Fue un poco como sacar una camisa de una lavadora estropeada.

He leído, pues, con profunda sorpresa el artículo de su número del 14 de octubre de 1965, en que un crítico ruso habla de mi obra. Hay muchas preguntas que le haría a su colaborador, el señor Voinov, del mismo modo que él —a juzgar por su desconcierto— habría agradecido mis aclaraciones. Me gustaría, supongo, que me explicase qué sentido tiene reseñar libros que sus lectores nunca podrán ver. ¿Cuál es su propósito al advertirles contra un mal que de otro modo ignorarían? Pero tal vez sea mejor que agradezca que se haya prestado atención a mi trabajo y me limite al contenido del artículo del señor Voinov.

El señor Voinov observa, creo que con razón, que tengo poco bueno que decir de la estructura británica del poder, o de la moral de la inteligencia británica, y observa con encomiable precisión que tampoco tengo mucho bueno que comentar del sistema comunista. Dice —¿podría decir algo más agradable?— que el realismo y la sensatez distinguen mis libros de los del difunto Ian Fleming, y da a entender (precisamente como ha dado a entender recientemente el *Daily Worker*) que así el veneno es más letal.

En el libro mío que ocupa la mayor parte de su reseña *(El espía que surgió del frío)* equiparo, en términos hipotéticos, la conducta de Oriente con la de Occidente en la guerra del espionaje. Sugiero que utilizan las mismas armas —el engaño— e incluso los mismos espías (observación que el señor Jrushchov hizo mucho antes que

yo). Para recalcar el mensaje, presento unas cuantas paradojas bastante obvias. Los funcionarios de los servicios de inteligencia enfrentados se sienten más cercanos entre sí que de sus propios controladores. Un personaje a sueldo de ambos servicios de inteligencia es un exnazi particularmente odioso. El protagonista del libro ama a dos personas y ambas son judías: al dar rienda suelta a sus instintos más dignos, las destruye a ambas. Utilicé judíos porque me parecía que, tras Stalin y Hitler, los judíos despertarían especialmente nuestros instintos protectores.

Por estos y otros medios he intentado sacar el espionaje de los estériles argumentos de la Guerra Fría y concentrar la mirada del lector en el coste que supone para Occidente, en términos morales, luchar contra las armas legitimadas del comunismo. Por esta razón, mi espía occidental no sabe cómo defenderse en una disputa ideológica con su interrogador comunista. El comunista *tendría* que ser capaz de conciliar la pérdida de vidas inocentes con el progreso de la revolución proletaria; el hombre occidental no puede. [...] He sugerido que, en este sentido, el argumento comunista es más claro que el occidental porque ve el progreso de la humanidad en términos colectivos. [...] Para un comunista no hay nada intrínsecamente malo en sacrificar a los que no están comprometidos con el curso de la historia. Si el señor Voinov no lo sabe, debería leer libros más sólidos que los míos. Para un occidental, sí que lo hay, pero no por ello deja de hacerlo. Las inhibiciones occidentales surgen de la noción ética cristiana y humanista de que el individuo vale más que el colectivo. En el espionaje, tal como lo he descrito, el hombre occidental sacrifica al individuo para defender el derecho del individuo frente al colectivo. Eso es hipocresía occidental, y yo la condené porque me parecía que nos acercaba demasiado a la valoración comunista del lugar del individuo en la sociedad. ¿Por qué le molesta eso al señor Voinov?

En *El espejo de los espías*, a la que también se refiere, intenté abordar un aspecto diferente del mismo dilema occidental. El estancamiento ideológico que sirve de telón de fondo a *El espía que surgió del frío* queda sustituido por el estancamiento psicológico de unos hombres cuyas experiencias emocionales proceden de una vieja guerra. Ya no suena la música, pero ellos

siguen bailando. [...] Intenté adentrarme en un nuevo territorio al hablar del fenómeno de los hombres comprometidos que solo están comprometidos los unos con los otros y con los sueños que evocan colectivamente. [...] Opté por un servicio de inteligencia occidental para vehicular estas ideas, pero no piensen ustedes, se lo ruego, que no las considere aplicables en otros lugares. Menciono esto porque me han llegado rumores de que, después de todo, *El espejo de los espías* podría publicarse en la Unión Soviética.

Me doy cuenta ahora de que ambos libros parten de un supuesto que es anatema para un comunista, y directamente contrario a la tendencia establecida ahora por el equipo de relaciones públicas de los servicios secretos soviéticos: que el enemigo no está fuera de nosotros sino dentro, que no luchamos mirando hacia delante sino hacia atrás, no por el futuro sino por el pasado. El problema de la Guerra Fría es que, como escribió una vez Auden, seguimos habitando un siglo en ruinas. Detrás de las banderitas que agitamos hay rostros de ancianos llorando y niños mutilados por los conflictos fatuos de los predicadores. El señor Voinov, sospecho, olfateó en mi texto la mayor de todas las herejías: que no hay victoria ni virtud en la Guerra Fría, solo un estado de enfermedad humana y una miseria política. Y por eso afirma que soy su apologeta (también podría haber llamado lujurioso a Freud).

James Bond, en cambio, no vulnera esos principios comunistas. Lo conoce usted bien. Es la hiena que merodea al acecho por los desiertos capitalistas, es un antagonista identificable, sostenido por el capital y mantenido de buen corazón por los encantos de una sociedad materialista; es un chovinista, un patriota imperturbable que hace emocionante el espionaje, el tipo de persona que, de hecho, surge de los diarios de Lonsdale. Bond, subido en su alfombra mágica, nos aleja de la duda moral, elimina la perplejidad mediante la acción, la moralidad mediante el cumplimiento del deber. Sobre todo, dispone de la única pieza sin la cual ni siquiera su fórmula funcionaría: un enemigo totalmente malvado. Bond está del lado de ustedes, no del mío. Ahora que han honrado ustedes las cualidades que lo crearon, es solo cuestión de tiempo que lo recluten. Créame, tienen ustedes

dispuesto el escenario: el Bond ruso está en camino.

Con mis mejores saludos,

John le Carré



Cuando supo que estaba encinta, con diecisiete años recién cumplidos, la primera persona a quien acudió Charlotte Cornwell fue a su hermanastro David, y él lo adivinó antes de que se lo dijera. Se dispuso a ayudar en todo lo que pudiera; Ann se ofreció a criar al niño. Al final, dieron al niño en adopción.

A JEAN CORNWELL

Coxley House · Coxley · Cerca de Wells · Somerset
3 de junio de 1966

Queridísima Jeannie:

Nadie ha hecho nunca más por granjearse mi admiración que tú en estos tres últimos días. Me encontré casi apoyándome en ti.

Mi querida Jeannie, por favor, no te culpes demasiado. Déjame que te cuente cómo se vio siempre desde fuera: es en gran parte lo mismo que le he escrito hoy a Rupert. Charlotte sufrió un tipo de cambio que Rupert evitó. Rupert conservó su estatus, a Winchester y Magdalen, y —porque su orgullo padeció los golpes internos y las privaciones causadas por Padre— se convirtió en un artista de la evasión. La salvación de sí mismo se trocó para Rupert en una forma de vida: impecable en la elección de un tema extraño, en el salto a Grecia, en situar el amor en su padre ausente, en una actitud fuertemente materialista.[16] A esto se añadía su amor por ti, y su necesidad de ti. A veces le resultaba odioso el hogar, quería «salir», pero hasta los escapistas tienen que regresar alguna vez. A Charlotte le ocurrió lo contrario. Asumió la responsabilidad por ti, hizo suyo tu amor, renunció a Padre, sufrió todos los cambios, tanto en lo superficial como en lo interno, y puso más interés que ninguno de vosotros en quedarse,

integrarse en la nueva situación, el nuevo estatus (inferior). (La señorita McKay decía que era maravillosa en la escuela: popular, buena preceptora, sin problemas, notablemente integrada.) No tuvo escapatoria, recibió el tratamiento completo y sufrió todo el trastorno literalmente, como es el caso, en su propio cuerpo. Creo que lo que ha hecho no tiene más relevancia moral que mojar la cama. Lo terrible es que nada que tú hagas podrá devolverles a un Padre, la confianza social, ni eliminar su sensación de estar incompletos, y nada de lo que puedas hacer evitará, o podrá evitar, que sea Charlotte la que sufra. Cuando afirmas que pensaste que podría ocurrir, que casi esperabas que ocurriera, creo que no haces más que reconocer que habían heredado (Charlotte en particular) cualidades y circunstancias que estaban destinadas a entrar en colisión, y sabías que el resultado sería trágico. En ese sentido, estoy de acuerdo. Creo que lo has dado todo, que has hecho todo lo humanamente posible por tus hijos, sin indulgencia. Nunca los encadenaste ni los apartaste; has hecho, sencillamente, todo lo que has podido, pero no pudiste superar las circunstancias. Para mí, Charlotte paga el precio de lo que nos ocurrió a todos los hijos de Padre.

También creo que ahora tienes la sensación de que puede ser para bien, de que el bebé es un catalizador, el desafío de la verdad, en cierto modo. Es un convencimiento que comparto. Te llamaré el lunes; tengo entendido que King ha estado contigo. Mi querida Jeannie.

Con cariño,

D

Charlotte se reunió con su hijo, Mark Baylis, en 2006.



Los comediantes *se publicó en 2006.*

A GRAHAM GREENE

Coxley House · Coxley · Wells · Somerset

[s. f., pero probablemente 1966]

Estimado señor Greene:

Acabo de terminar mi segunda lectura de *Los comediantes* y me parece excelente; para mi gusto, su mejor novela. Espero que sea usted consciente de que todo el mundo dice lo mismo. No lo habría molestado con esta carta si no me hubiera disgustado la crítica de Amis, que me parece lo más barato que he leído en mucho tiempo.[17] ¿Por qué no se detiene nadie en la construcción? Pocas tramas habrá en nuestro tiempo que muevan con tanta perfección la idea, y pocos personajes que muevan tan inocentemente la trama. Era, es un libro realmente maravilloso. Estoy demasiado apegado a las ideas alemanas, lo sé, pero no he tenido más remedio que equiparar la tesis de su libro con la de los relatos de Thomas Mann: la noción del artista y su relación con el ciudadano. Usted expresa con bastante despreocupación, en términos humanistas, lo que Mann concebía en términos mecánicos; lo que Mann nos comunica mediante el estruendo de toda una orquesta, usted lo toca suavemente en temas claros y solitarios, y una vez establecidas sus distinciones, las reorganiza una y otra vez. También hace cosas extrañas y maravillosas con las motivaciones: «Me comporto así porque me están mirando» no es una noción fácil de expresar.

Es un libro que proporcionará interminables explicaciones a los críticos (los alemanes se eternizarán), pero también es maravillosamente entretenido. Estoy convencido de que es una obra maestra, y eso es lo que intento decirle.

No hace falta que se moleste en contestar a esto y, por favor, crea que no estoy intentando corresponder a su generosidad conmigo, ni asegurármela para el futuro. Estoy bajo el hechizo de una gran novela de nuestro tiempo y quería decírselo.

Atentamente siempre,

David Cornwell



A C. P. SNOW[18]

Coxley House · Coxley · Wells · Somerset
21 de julio de 1968

PERSONAL

Estimado lord Snow:

Hoy me llamó Charles Pick[19] para leerme en voz alta lo que ha escrito usted sobre *Una pequeña ciudad en Alemania*. Esta noche he tenido ocasión de leérmelo yo. No sé qué decir; usted lo ha escrito con intención de publicarlo, pero es personal y cercano como una carta privada. Es decir, que si no me detengo en las ventajas más prácticas no es porque me hayan pasado inadvertidas: es que con esa combinación suya de percepción y generosidad y coincidencia me ha llegado usted muy profundamente.[20] El libro me llevó dos años y medio, y lo escribí tres veces, una con narrador, otra sin ninguna figura de Leo (Turner era un funcionario de la embajada) y finalmente en la forma en que usted lo ha leído. En una ocasión lo abandoné por completo, y las pasadas Navidades escribí a Pick y a mi editor americano para decirles que el libro me había derrotado, y que no esperaran nada de mí por algún tiempo. Todo esto me disgustó por partida doble, ya que me pasa lo mismo que a usted, no me gusta dedicar demasiado tiempo a un libro: la pintura se vuelve espesa y gris y el tema cambia con demasiada frecuencia. Un año antes me había planteado dejar de escribir. Además de todo esto, entré en una de esas fases de desgracias personales múltiples, dentro y fuera de mi familia, y a cada rato tenía que salir corriendo a apagar algún fuego. Y cuanto más se alargaba la espera, más se desanimaban mis editores y más acuciantes eran sus peticiones: «Por tu propio bien, ¿no crees que…?». (¡Excluyo a Pick de esa acusación!) Finalmente, el primero de enero, me di cuatro meses, cogí un trozo de papel en blanco y empecé a regañadientes por última vez. Fue, como acabo de decirle, una de esas típicas malas rachas; ahora está más o menos superada y la verdad es que no pertenezco por temperamento a la preciosa escuela de escritores que solo consiguen trabajar cuando están «de humor». Mientras tanto, había dejado atrás la mala acogida, al menos en Inglaterra, que tuvo mi último libro, y tenía ante mí la dudosa seguridad de que

un buen *thriller* recuperaría una reputación en declive. Supongo que ahora todo se reduce a lo que en el sector llamamos «un bloqueo», pero en aquel momento me lo tomé muy trágicamente, como hacemos todos.

Quizá pueda usted comprender, por tanto, lo que su artículo significa para mí. Ya su valoración, por sí sola, habría significado un gran consuelo, pero en la forma que adoptó fue mucho más. Turner, eliminar la duda mediante la acción, dar forma externa al viaje interno, la vista clara y el corazón dolorido, y la necesidad de salir luchando —todas las cosas interiores que usted entiende y expresa en su artículo— eran para mí la sustancia misma del libro, pero nunca esperé oírselo decir a nadie, y quería que supiera, quizá para su propia satisfacción, lo agudamente incisivas que me parecieron sus observaciones.

En cuanto a mi referencia, hace uno o dos años, a mi deuda con C. P. Snow. No fue mera cortesía. Con razón o sin ella, siempre he percibido una sensación de desesperanza en sus libros. No me refiero al pesimismo, ni mucho menos al nihilismo. Pero en su privada *échelle des êtres* me tropiezo constantemente con gente ambiciosa pero sin propósito; al final del paseo nocturno de todos sus héroes, tras el fantasmal cambio e intercambio de personas, siempre he imaginado un retiro perdido, sin concierto. ¿Cómo terminará Smiley sus días? ¿O Turner? Me temo que en los clubes y pasillos de usted, cumplido su tiempo, desconcertados y a veces profunda pero brevemente indignados.

Sí: es una parodia, lo sé, de gran parte de su obra, pero pensé que le gustaría saber que no estaba ofreciendo un mero *coup de chapeau* a un escritor de más edad, muy generoso; admiro la forma de Graham, pero jamás su metafísica; usted, en su obra, me hace reaccionar a una cualidad nada fácil de tratar, que para mí es real y triste al mismo tiempo.

Esta carta es un desastre; apenas me atrevo a releerla. Gracias, crea usted al menos en mi gratitud, ya que no en mi capacidad crítica. Y no es el sello Good Housekeeping lo que más agradezco —aunque ayudará enormemente al libro—, sino la comprensión oportuna y profundamente perspicaz que ha aportado a mi trabajo.

Con mis respetuosos saludos para lady Snow.

Atentamente,

David



A CHARLES PICK

Coxley House · Coxley · Cerca de Wells · Somerset
2 de noviembre de 1968

Mi querido Charles:

Muchas gracias por tu hospitalidad y por la fiesta; siento mucho lo del chico alemán, pero ahí está: puede que tenga un reflejo, ayudará sin duda a Hans Polak,[21] que sigue muy estimulado por las perspectivas del libro.

Sé que estás terriblemente decepcionado por la acogida que ha tenido el libro;[22] muy en el fondo, pareces más deprimido que yo. Sé que es mi mejor libro con diferencia, y sé lo que tengo que hacer en el futuro. Tampoco es un libro perfecto, y yo soy uno de esos escritores cuyas imperfecciones resultan mucho más interesantes que sus virtudes. Para ser sincero, incluso me alarma lo seriamente que te afectan las críticas, y a estas alturas el *Times* ya habrá añadido un clavo más; la acusación de que soy demasiado rico, demasiado pretencioso, demasiado todo lo demás, es incontestable y, por consiguiente, barata. Hay que comprender que para los críticos soy sencillamente demasiado: demasiado fluido, demasiado joven y demasiado capaz. De ahí que, tras *El espía*, yo reconociera, como creo que tú también debes hacer, que la publicidad sobre mi persona es muy poco aconsejable. No podemos tener ambas cosas: le daré a Grosvenor[23] su vulgar ejemplar, si te empeñas, pero no supongamos que ello pueda contribuir a la buena recepción crítica. Te ayudaré a hacer un buen papel en la fiesta de lanzamiento, pero todo gran nombre que se ve unido gratuitamente al mío provoca otra crítica igual que las más dañinas. Esto es algo que Jack[24] y yo hemos pagado muy caro en Estados Unidos: estoy en una posición extremadamente equívoca. ¿Un escritor de *thrillers* con pretensiones? ¿Un novelista que no

tiene agallas para abandonar el *thriller*? Un pelotillero del Foreign Office haciendo sus relaciones públicas de alto nivel y proponiéndose a una clase dirigente de la que se mofa… y así sucesivamente. De hecho, solo hay una identidad mía que pueda importarnos a alguno de nosotros en los próximos años: escribo a mi manera sobre mis cosas. Por el momento, estamos en tiempo anti; me gustaría mucho que me vieras bajo esta luz. Cada reseña que me da una propinilla es (para mí) un puñetero milagro, y esto es lo que tanto deseaba deciros aquella tarde de domingo. Dentro de tres libros, se habrán acostumbrado a mí: pero de momento, deben vivir incómodos con lo que han creado. Pero tú lo querías ahora (muy solidario por tu parte), mientras que yo espero de ti que tiendas un puente entre *El espía* y ese replanteamiento de la crítica que no creo que llegue antes de diez años.

¿Te importa que te diga todo esto? Ya me he despedido de *Una pequeña ciudad* —no me queda otra—, pero al hacerlo creo que debo intentar explicar la diferencia (tal como yo la veo) entre tu reacción y la mía. Personalmente, creo que las ventas acabarán sobreviviendo a la recepción crítica, porque el libro sigue «leyéndose bien». No tengo más que admiración por la forma en que lo habéis organizado todo: la edición de Roland, la producción de Nigel y las ventas de Tim.25 Pero me gustaría mucho poder mitigar tu decepción —a la vez que confieso la mía — y me gustaría poder explicarte mi ambivalencia ante el hecho de haberme convertido en un personaje público. A nada que me empujasen un poco, me encontraría metido en la Tele y demás formas baratas de aclamación pública. Pero mi camino más sensato, el camino en el que tienes que ayudarme, es el de ver mi propio futuro de escritor en su conjunto, y no esperar *El espía* cada vez, y quedarme callado.

No sé si he escrito esto para ti o para mí —por supuesto que estoy amargamente decepcionado—, pero me pareció un buen momento para escribirte porque yo me voy a Estados Unidos y tú te vas a Australia y hemos estado hablando de nuevos libros. Probablemente no te ofrezca nada de lo nuevo hasta que esté listo para el formato libro; creo que con todo lo que está ocurriendo preferiré mostrarte el próximo libro limpio y completo. Y creo que hasta que eso esté hecho voy a hibernar un poquito. Porque

al final solo importarán los libros, y *Una pequeña ciudad*, con todos sus defectos, es por ahora bastante admisible.

Como siempre,

David Así que buena suerte en Australia, que tengas unas supervacaciones, cariños a los niños y nos acordaremos de ti en Navidad.



A JOHN MARGETSON

Coxley House · Coxley · Cerca de Wells · Somerset
15 de junio de 1969

Mi querido John:

Es tontería que cuando alguien está muy lejos, y por tanto necesita una carta, sea diez veces más difícil escribirle que si viviera al lado. (¿Gramática?) Miranda le ha escrito dos veces a Ann, según tengo entendido, y Ann aún no ha contestado; yo empecé hace un tiempo una larga carta autocompasiva para ti y luego pensé que qué torpeza cargarte con mis quebraderos de cabeza cuando tienes tantos problemas ahí fuera. Así que: cero.

Vayan los hechos por delante. El otro día terminé una pieza teatral de hora y media para la televisión y ahora estoy inmerso en una nueva novela que avanza rápido y bastante bien. He escrito el guion cinematográfico de *Una pequeña ciudad* y van a rodarla este otoño, aunque todavía no saben quién va a dirigirla. Karel Reisz[26] me dijo que el guion degradaba el libro, otra persona dijo que era un suicidio profesional y todos, incluido el estudio, se pusieron histéricos menos yo. Como diría mi editor francés, yo abuso en gran medida de la industria del cine y he olvidado de qué iba *Una pequeña ciudad*, así que no es de extrañar que el guion no sea como el libro. Al fin y al cabo, las ventas parecen buenas: cien mil en América, setenta mil en Inglaterra y Frogs y Krauts bastante satisfactorios.[27] La última vez que estuve en Suiza decidí construirme un chalet en el Oberland bernés donde todos, o yo solo, podamos refugiarnos de un mundo cada vez más desquiciado. Viajaré el próximo domingo para ver cómo

va la obra: estará terminada en noviembre. [...]

No hace mucho, se presentó Padre con un numerito de «esto es lo que hay, siete mil libras o directo al asilo». Lo atendió Hale[28] (yo estaba en Suiza) y al final le dimos mil libras en billetes viejos y enseguida se marchó a Madrid y, por lo que he podido saber, se las ventiló en quince días.

Estamos soportando una feroz ola de calor en junio, muy poco inglesa. Ayer vinieron a jugar al tenis unos bravos lugareños que casi acaban conmigo. Un arquitecto local, que vino a animarnos a añadir un ala al *schloss*, nos miró un rato y dijo que nunca había visto a cuatro hombres tan guapos en un solo pedazo de césped. Díselo a Miranda.

Ann ha vendido uno de los caballos y los demás están agazapados bajo los tilos limpiándose la testuz y deseando que alguien les dé una galleta Pim's. Ayer recibí carta de una admiradora, una tal G. M. Pullen (Sra.), del Beacon, Willesborough, con la siguiente perla: «Una prolongada convalecencia me ha proporcionado tiempo para leer... He leído y vuelto a leer sus inquietantes y hermosas palabras (es decir, mi poema "Night of the March"), pero lamento decir que no las entiendo». He estado dando vueltas por la rosaleda con mi ropa de verano preguntándome qué inquietante y hermosa respuesta podría enviarle.

Los chicos están rebosantes. Simon escribió muy enfadado, quejándose de sádica brutalidad por parte de un joven profesor», de modo que me acerqué y le solté al director:

—Ted, ¿no te parece preocupante la situación?

—Sí, supongo que sí.

—Quiero decir que puede terminar ante los tribunales.

—Sí, supongo que sí.

—O dejar sordo a un chico.

—Sí. Supongo que un golpe así podría dañar gravemente el oído.

—Me da a mí que los padres actúan un poco. Vaisey sigue quejándose de dolores de cabeza.

—Sí. Sí, pero Vaisey es un chico enfermizo de todos modos.

—¿No te parece que deberías hablar con el señor Mullion?[29]

—Sí. Sí, supongo que sí. Dondequiera que esté.

Con eso se contentó. Luego, Stevie escribió desde el colegio diciendo que el conductor que lo llevaba a ballet todas las semanas paraba en los pubs del camino y se ponía muy contento, pero que eso lo hacía imprudente conduciendo. Llamamos a la escuela y nos dijeron que sí, que lo sabían, que ya habían recibido quejas.

Me he vuelto conservador. Dejar de lado las causas liberales más seguras ha sido uno de los grandes momentos catárticos de mi vida. Una vez adormecida la conciencia, ya puedo enfrentarme a lo que sea: Kingsley Amis, Francis Chichester y Harold Wilson. Se supone que voy a cenar con Papandreu[30] en el Hellenic Restaurant, Bayswater, el próximo miércoles, pero he renunciado. La política no es lo mío.

Cuando te apetezca, y no antes, escríbeme una carta y cuéntame cómo estás en ti mismo de salud, como dice May la asistenta, y quizá tengamos el placer de verte por aquí en otoño. Te echo mucho de menos; amigos de verdad hay muy pocos.

Con cariño,

David



A finales de la década de 1960, Vladímir Pucholt, joven estrella del cine checo, tomó la sorprendente decisión de desertar y quedarse en Gran Bretaña, con la esperanza de estudiar Medicina. Le Carré, inicialmente escéptico, escribió al ministro del Interior, Roy Jenkins, recomendándolo, y se ofreció a apoyar los estudios de Medicina de Pucholt si encontraba plaza.

A VLADÍMIR PUCHOLT

California
19 de noviembre de 1969

Estimado Vladímir:

Muchas gracias por tu carta del 12 de octubre. Soy muy malo contestando cartas, pero es que la tuya tardó mucho en llegarme. Me alegro de saber lo del barco: no creo que te hubiera gustado

nada California. De hecho, todo lo que he leído sobre capitalistas malvados y decadentes en gran medida parece haberse hecho realidad aquí.

Me gustaría mucho subir a navegar el próximo verano, aunque me hundas.

Me alegro de que no te arrepientas de tu decisión, y también me gustaría que supieras lo mucho que me alegra saber que he podido ayudarte.[31] Así que no te dejes abrumar por la gratitud: ¡ha sido uno de los momentos más útiles de una vida que (en las depresiones de la industria cinematográfica norteamericana) parece muy mal utilizada! Gracias por escribirme.

Como siempre,

David



Le Carré escribe XXXOOO en la parte superior y «lo mejor va marcado en rojo».

A CHARLOTTE CORNWELL

Sancreed House · Sancreed · Penzance · Cornualles
10 de enero de 1970

Queridísima Charlotte:

Me llenó de orgullo tu actuación de anoche: felicitaciones indiscutibles. Todos, Buzz y Janet[32] y Jane y yo, pensamos que estuviste estupenda.[33]

Tu tarjeta de la Asociación de Actores: te la dan si un director se empeña en contratarte. Pero no puede contratarte si no la tienes, etcétera. Lo que quiere decir que te tiene que reclamar concretamente a ti.

Cuando Karel y yo volvamos a vernos, el 15 de enero, para empezar el rodaje de la película, haré mis gestiones en tu favor. Buzz, que entre otras cosas es director de casting desde hace muchos años, opina que has elegido un medio muy difícil, porque es donde la competencia es más densa. Yo, por mi parte, opino

que posees un verdadero potencial para lo patético y para la comedia, y que si te esfuerzas de verdad puedes llegar a ser una gran clown femenina en la tradición italiana, y que ya estás preparada para empezar a trabajar en papeles de carácter. (Pero, por desgracia, estás condenada a interpretar papeles jóvenes durante mucho tiempo quizá. La chica de al lado que se queda embarazada en una serie de televisión, una delincuente, toda esa basura.) Esa es mi opinión franca y sin adornos, y la mantendré con fuerza en el nuevo año. Muchos idiotas te ofrecerán consejos pero no harán nada. Así que intentaré hacer algo yo y me abstendré de ofrecer mi opinión: PERO: el resto del reparto era, por supuesto, espantoso; la producción, de una banalidad que supera lo imaginable; sin embargo, todos estaban preparados y eran moderadamente capaces y de alguna manera se mantenían unidos, como un pelotón del ejército tras ocho semanas haciendo instrucción. Tu propia actuación, en contraste, fue especialmente eficaz: pero creo que lo habrías hecho incluso mejor en mejor compañía, y que tienes suficiente magia y hiel y enjundia todo mezclado para ser una gran actriz ligera.

Que lo consigas, sábelo Dios, es una lotería. Depende de ti, de la suerte y un poco de mí. Esto viene a ser la promesa de que aportaré mi granito de arena para que tú añadas el resto —considerable resto— y encuentres a Dios, o lo que sea, y por supuesto a *lerv*.*

Con cariñocariño,

David x x x x

Jane

…y Jane para apoyar, pasar a máquina, jamás ofrecer consejo editorial más allá de levantar una ceja o curvar ligeramente un labio.

—a Jean Cornwell, 7 de diciembre de 2009

Valerie Jane Eustace nació el 28 de abril de 1938 en un hogar confortable de South Park, Sevenoaks; no le gustaba el nombre de «Valerie». Fue evacuada a Devon durante la Segunda Guerra Mundial después de que una bomba volante V-1—*«doodlebug»* las llamaban los ingleses— cayera cerca de su casa.

A su padre, que era dentista, lo destinaron entonces a Irlanda del Norte con el ejército, y ella recordó durante mucho tiempo con nostalgia la visita a un acorazado estadounidense frente a la costa y la primera vez que probó un helado.

Jane asistió a la Sherborne School for Girls, donde fue primera bateadora de críquet; más tarde, le Carré y ella fueron asiduos espectadores de partidos de críquet. De Sherborne pasó a la escuela de secretariado y luego a trabajar en el mundo editorial; primero como secretaria del agente literario George Greenfield, y luego como publicista y gestora de derechos en el extranjero para Hodder & Stoughton.

Jane conoció a le Carré en un acto literario celebrado en Birmingham en 1968. Él empezó a llamarla «Oysters» («Ostras»), acortado a «Oy», cuando en la Feria del Libro de Frankfurt un editor alemán pronunció mal su apellido, «Oystace» en lugar de Eustace. Se llamaban entre ellos «Eejit», y otro apodo de Jane era «Cow» («Vaca»); en sus casas había varios cuadros de vacas.

Más tarde, le Carré se pasó a la agencia de Greenfield y a la editorial Hodder & Stoughton. Jane le presentó a Bob Gottlieb, que se convertiría en su editor estadounidense de Knopf.

El primer libro en el que Jane trabajó con le Carré fue *Una pequeña ciudad en Alemania*. «Cuando el libro estaba hecho trizas, fue ella quien me ayudó a recomponerlo y hacer algo con él», le escribió a su psiquiatra, el doctor

Bockner. «La encuentro solidaria, comprensiva y extraordinariamente inteligente.»

Jane no había trabajado como editora cuando conoció a le Carré, pero mecanografió sus manuscritos y se convirtió en la primera lectora de sus libros. El bibliotecario de la Bodleiana, Richard Ovenden, observó un «profundo proceso de colaboración» entre ambos, «un ritmo de trabajo conjunto increíblemente eficaz». Se convirtió en su «colaboradora esencial encubierta», en palabras de su hijo Nicholas.



A VIVIAN GREEN

Chalet Chamois · 3823 Wengen · Suiza
9 de agosto de 1970

Querido Vivian:

Del 6 al 13 de septiembre sería fantástico. Si te va bien, podrías hacer del chalet tu base durante ese tiempo (siempre hay una habitación libre). Estoy intentando terminar un libro, así que estaré bastante liado durante el día, pero no se me ocurre nada mejor que vengas, te quedes, andes por ahí y nos veamos por las tardes. Y de todos modos, habrá días en que pare antes del almuerzo, y otros en que haga novillos completos.

Puede que esté aquí una chica que antes trabajaba en una editorial, ahora es mi novia, mi ayudante y todo lo que te imagines. Estoy seguro de que te caerá bien, y cocina. Es muy posterior a mi separación de Ann, y muy tranquila. Solo menciono esto por si coincidís aquí, como más bien espero que ocurra.

Si quieres venir, pues, del 6 al 13 de septiembre y utilizar la casa para ir y venir a tu antojo, serás muy bienvenido, y lo espero con impaciencia.

Como siempre,

David



Le Carré preparaba la publicación de un tipo muy diferente de novela, El amante ingenuo y sentimental.

A CHARLES PICK

Sancreed House[1] *· Sancreed · Penzance · Cornualles*
7 de noviembre de 1970

PERSONAL Y CONFIDENCIAL

Querido Charles:

Esta es una carta muy triste y difícil de escribir para mí. Creo que me ha llegado el momento de cambiar de editor. He alcanzado un punto en mi carrera de escritor en el que, para bien o para mal, ya he dicho adiós al tipo de libro que ha hecho mi reputación, y necesito como nunca antes confiar absolutamente en cómo se gestiona la transición. Llevo meses, según el libro se acercaba a su conclusión, preguntándome cada vez más si yo soy realmente adecuado —en este nuevo papel— para la Heinemann. Me pareció que los dos últimos libros no han tenido verdadera aceptación fuera del marco de *El espía*; recuerdo incluso lo que me dijiste en París: que, de haberme conocido mejor, tal vez me habrías disuadido de publicar *El espejo de los espías*. No sé qué es lo que temo para el nuevo libro: tal vez la propia comercialización, el admirable punto fuerte de Heinemann; tal vez una errónea proyección del tema del libro; tal vez simplemente la prolongación de esta racha perdedora que, desde el punto de vista crítico, ha caracterizado a los dos últimos libros. Me parece que con el cambio gano una nueva imagen y que, por el contrario, no tengo imagen vieja que perder. Tú y yo siempre hemos compartido una relación personal estrecha y amistosa; pero debo confesarte que no tengo, en mis relaciones con la empresa en su conjunto, la confianza que se deriva de la comprensión y el estímulo de la editorial, y que con ellos crece.

No me engaño pensando que esta noticia no vaya a ser un duro

golpe para ti, y sé que contradice la consideración y la acogida que siempre me has dispensado, por no mencionar las muy justas y amplias condiciones contractuales en que hemos trabajado. Estoy seguro de que no soy ni mucho menos tu autor más rentable, pero soy consciente de cuánto significo para ti y lamento muchísimo causarte un disgusto personal. Tampoco es mi intención atacar a Roland,[2] que siempre ha sido amable y terriblemente minucioso en nuestro trabajo en común. Pero creo que, dada la mucha sabiduría profesional que siempre has aportado a la edición, estarás de acuerdo en que cuando un autor considera que necesita un cambio, debe cambiar.

Ahora, mientras te escribo, aún no sé adónde iré. No a Tom Rosenthal, a pesar de lo mucho que lo admiro. Tal vez a una editorial más pequeña. Pero adondequiera que vaya, espero que consigamos una separación decente y honorable, en consonancia con la forma en que hemos trabajado juntos, superando los rencores típicos de la industria editorial.

Conste, por último, que la decisión es mía y solo mía. Quizá llegue a arrepentirme de ella, pero siempre sabré que la tomé por mí mismo.

Atentamente,

David



A JOHN MARGETSON

11 de noviembre de 1970

Querido John:

Fue una grosería por mi parte no contestar a tu tarjeta, pero no sabía muy bien qué decir. He cambiado mucho en el último año y no soy muy sociable; el nuevo libro[3] me ha dejado sin mucha energía, y la que me queda se ha ido en hacer frente a los niños y al divorcio e intentar estabilizarme de nuevo. Espero que lo comprendas, pero no iré esta noche. No me siento a la altura de dar explicaciones, todavía no, no hasta que termine el nuevo libro. Parece que las cartas no se me dan muy bien.

Por favor, perdóname, y déjame salir a la superficie más tarde.

También con retraso: bienvenido de nuevo.

Como siempre,

David



A JEAN CORNWELL

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
22 de octubre de 1971

Queridísima Jeannie:

Muchas gracias por el jersey. Me hace parecer muy varonil y maduro, que es lo que debo ser a los cuarenta, supongo.

Voy a vender el ático y me quedaré a vivir aquí abajo permanentemente, que es lo que más me conviene. El libro se está vendiendo muy bien y estoy muy orgulloso de él, a pesar de algunas críticas negativas. Dentro de unos años, nadie sabrá cómo fue recibido. Pero tendré mi libro.

Gracias de nuevo. Ha sido un detalle por tu parte.

Con cariño,

David



Los Berger regalaron a le Carré y a Jane unas servilletas bordadas a mano por dos hermanas de Wengen. La respuesta de le Carré parece escrita bajo la influencia de los ritmos dickensianos de Historia de dos ciudades*, uno de sus libros favoritos.*[4]

A BUZZ Y JANET BERGER

Chalet Chamois · 3823 Wengen · Suiza
8 de enero de 1972

Queridos Buzz y Janet:

Fue demasiado, fue bajo, fue mezquino, estamos irremediablemente superados; fue encantador, oportuno y tierno. Las hicieron ellas, las hermanas infalibles, en el mismo rojo que el mantel, con trenza verde, roja y negra, los nombres en punto de cruz verde. Las enviaron en tisú, envueltas para regalo, por medio de un mensajero ruborizado y sin aliento; las abrimos en torno a la mesa y se hizo una especie de silencio terrible, muy inevitable, y los ojos se nos llenaron de lágrimas y nos entró un extraño sentimiento en la garganta. Seguro que lo percibisteis. Vivian se puso muy rosa, se ha llevado el suyo a su casa, aunque yo se lo prohibí, de modo que tendrá que traérselo puesto el año que viene.

Tenéis que oír el resto. Dos noches antes de Navidad, Jane se cayó por toda la escalera de piedra y aterrizó de cabeza. Quedó magullada y mareada, y después de un par de días aquí de arriba para abajo y de que el médico le recetara aspirinas, la llevamos en avión a Sevenoaks para que la viera su médico, que la examinó a fondo y la declaró milagrosamente sana. O sea que Vivian se comió el pavo solo y se bebió el burdeos de Navidad (B Br & R,[5] entrega especial) y nosotros pasamos unos días bastante movidos en Kent, persiguiendo a los médicos de guardia navideña, que respondieron con gallardía. No obstante, Jane ya estaba en condiciones de recibir a los niños cuando los traje, y todo fue muy bien. Pero, a fin de cuentas, ¡las Navidades aquí no fueron tan estupendas! Mi libro[6] salió en Estados Unidos, pero no he visto las críticas, que me han dicho que son mediocres. De todas formas estoy harto de leerlas, lo único que hacen es molestarme. El nuevo libro va bien, el ático vendido, la casa de Cornualles es de ensueño, el chalet más vacío que un tambor tras la marcha de los chicos ayer y Wengen lleno de gente de Gerrard Cross con deformación pélvica vestidos de linóleo del IRA. Vi *Conocimiento carnal* y la odié, vi *Mi vida es mi vida* y me gustó mucho, pero la que más me gustó fue *¡Que viene Valdez!* y ahora quiero una escopeta como la de Burt Lancaster.[7]

O sea que todo tranquilo por aquí, con solo el susurro ocasional que producimos Jane y yo de vez en cuando al limpiarnos los labios. Recibe nuestro cariño y, por favor, que nos veamos pronto. Puede que hagamos nosotros una escapada,

David



A JEAN CORNWELL

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
9 de mayo de 1972

Queridísima Jeannie:

Jane y yo nos casamos por lo furtivo el martes pasado y Jane va a tener un bebé. Ninguno de los dos acontecimientos fue imprevisto, pero me hacen muy feliz, y sobre mí se ha posado una calma misteriosa y bastante productiva. Sigo aquí abajo trabajando, ya que mi libro va como la seda.

He comprado un anillo precioso para el cumpleaños de Charlotte y se lo enviaré para este fin de semana (tarde). Tenemos muchas ganas de ver su función, y vaya si lo está haciendo bien.

El bebé nacerá en noviembre.[8] Lo hemos mantenido en la oscuridad porque en cierto sentido no parecía tan importante (me refiero a la boda y el alboroto y los telegramas, que en realidad me habrían reducido a polvo, y también a Jane).

Por favor, dile a Rupert que le he comprado un escritorio. Lo tiene Eddie,[9] y puede verlo cuando visite a Ann. Si no le gusta, que lo cambie y que le diga a Eddie lo que prefiere. Es de madera de frutal, del siglo XVIII.

Como siempre,

D



Dieciocho meses antes, le Carré le dijo a Jeannie que estaba trabajando siete u ocho horas diarias en un nuevo libro, «un mero thriller *para marcar la hora».*

A JEAN CORNWELL

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
26 de noviembre de 1973

Queridísima Jeannie:

Hace cien años que no nos comunicamos —creo que tu carta de París fue la última palabra entre tú y yo— y ahora te escribo para decirte que mi libro está por fin terminado y bien envuelto, y que saldrá en Inglaterra en septiembre y en Estados Unidos en junio, y que es un relato de espías titulado *El topo*. Los editores están muy contentos con la novela; yo estoy muy satisfecho con ella; es larga y muy profesional. Los anticipos, si acaso significan algo, son mayores que nunca, de modo que el libro sale, al menos, con lo que llaman la confianza del gremio. Para cuando salga, habré invertido la mía en algo nuevo. Cansado, así es como estoy: dos años muy duros.

Nicholas está estupendo, Jane también; estuvimos de vacaciones en las Bahamas, pero yo seguí trabajando, así que no fue la escapada completa que queríamos que fuera; así y todo, fue encantador.[10] El domingo nos vamos a Suiza (pasando por el sur de España para tirarnos seis días durmiendo) y los chicos vienen el 28 de diciembre. Haremos lo de siempre, perdernos en el chalet durante las Navidades. Simon vino a pasar con nosotros su vacación de mitad del trimestre y nos dejó ver algo de su talento como pintor: le preparé unas clases y su primer trabajo fue un éxito rotundo. Esta vez hizo un bodegón que también estaba bastante bien.

Por supuesto: hace un tiempo, Jane y yo fuimos al Savoy a celebrar la finalización del borrador de trabajo; Jane lo organizó todo, estuvimos bebiendo champú[11] antes de dedicarnos a lo nuestro, cuando quiénes iban a presentarse de pronto, sonriendo de oreja a oreja, sino tu ex, mi indivorciable Vater, con su encantadora esposa y una pareja de millonarios paralíticos de Bournemouth, a quienes estaban poniendo a punto para comérselos, dejarlos sin un penique o lo que fuera, al estilo del Savoy. Tenían* encima un problemita humano muy sencillo: cómo matar las tres horas entre el final del almuerzo en el Savoy y el comienzo de la cena en el Savoy, a la que, en otra compañía, estaban comprometidos a las siete. Jane sugirió un baño y se hizo

un gran silencio. Tomamos una copa con ellos y volvimos a nuestro rincón, que afortunadamente estaba en el otro comedor. Las Bahamas son algo extraordinario: nunca había estado. Color increíble, población de deliciosos charlatanes, hotel siniestro y propiedad de la mafia.

Jeannie, ya es Navidad otra vez; no haremos escala en Londres el próximo domingo; los dos estamos totalmente agotados. Creo que el libro es bastante bueno; esa era la intención, desde luego. El cheque adjunto es para hacer un poco más larga tu vela de Navidad, y llega a ti con, como siempre, mi más cálido cariño de hijastro.

Siempre,

David

David *[al margen]* * Padre y Joy

El sudeste asiático y *El honorable colegial*

El honorable colegial fue el primer libro que escribí sobre el terreno, y el primero, aunque no el último, para el que me puse el no uniforme de reportero de campo con el fin de obtener experiencia e información. Conmemora la primera vez que vi intercambiar disparos en el fragor de la batalla, o que socorrí a un soldado herido, o que percibí el hedor de la sangre vieja en los campos. Habla, por tanto, de una cierta maduración mía, pero también del proceso inverso, porque la guerra no es otra cosa que un retorno a la infancia.

—para la nueva edición de Hodder & Stoughton
de *El honorable colegial*, 1989

En su trabajo de investigación para una trama en que Smiley intenta devolver la jugada a Karla en el sudeste asiático, le Carré viajó por el nordeste de Tailandia, Laos y Camboya con H. D. S. (David) Greenway, del *Washington Post*, haciéndose pasar por su fotógrafo.

Peter Simms, periodista británico, espía y viejo conocedor de Asia, sirvió de modelo para el personaje de Jerry Westerby; lamentablemente, no se conserva ninguna correspondencia entre le Carré y Simms, fallecido en 2002.



A JOHN MARGETSON

[s. f.]

Querido John:

Rápidamente: mi nuevo libro está ambientado en Singapur, Hong Kong y alrededores, y allí estaré a partir del 17 de febrero durante al menos un mes. Estoy escribiendo una historia de espionaje, principalmente de acción, y estoy en busca de color y sitios, y de conocer de primera mano las tensiones locales, no es para un informe.

¿Conoces a alguien por ahí que pueda tocarme con su varita mágica?[1] Tengo un buen contacto en Hong Kong, ninguno aún en Singapur, y mi vergüenza es que mi padre tiene por allí unos antecedentes horribles, sobre todo por una piscina de bolas nada segura, etcétera, y que lo expulsaron.

Si tienes alguna idea brillante, házmelo saber. El domingo me voy a España y luego a Suiza.

Saludos a todos,

David



A GRAHAM GREENE

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
7 de noviembre de 1974

Estimado Graham Greene:

Después de nuestro paso de armas sobre Philby[2] de hace un tiempo, me resulta algo difícil escribirle. Pero no querría que pensara usted que la disputa ha agriado mi gratitud por su ayuda y aliento de hace diez años, ni —por si sirve de algo— mi admiración por su trabajo. Me animan a escribirle ahora mis visitas a Extremo Oriente de este año, y en particular a Indochina: *El americano impasible*, que volví a leer en Saigón, me sigue pareciendo un libro tan vigente como hace diecinueve años, y sin duda sigue siendo, incluso ahora, la única novela que hace justicia a su tema. Pero la precisión de su talante y de sus observaciones es asombrosa. El libro me pareció aún más auténtico en el lugar, incluso, más que fuera. Me impactó mucho y pensé que debía comentárselo. Ni que decir tiene que Saigón es ahora un horror. Phnom Penh sigue siendo hermosa, pero no por mucho tiempo, y el resto de Camboya es desgarrador.

Esto es todo lo que tengo que decirle. Su trabajo ha sido una inspiración constante para mí, y cualesquiera que hayan sido nuestras diferencias, querría darle las gracias por ello y por su ejemplo. Espero que sus biógrafos no olviden su generosidad con los nuevos escritores, entre los que tuve la suerte de encontrarme. Pero en caso de que lo hagan, permítame dejar constancia una vez más de mi agradecimiento.

Atentamente,

David Cornwell

Greene respondió que nunca había considerado serio ese «paso de armas» «y lamento que le haya dado usted importancia alguna vez».



A GRAHAM GREENE

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
12 de noviembre de 1974

Estimado Graham Greene:

Muchas gracias por su carta, que me ha proporcionado una gran alegría. Espero volver a Phnom Penh el año próximo, y para entonces, espero que el museo ya esté abierto. Lo cerraron porque cayó muy cerca un cohete de los Jemeres Rojos, lo que hizo que todo el mundo se pusiera *extrèmement sérieux*, y no me extraña. La nueva Saigón está absolutamente invisitable, el régimen actual es aún más espantoso de lo que cabe suponer, pero sobre todo es que todo el encanto ha desaparecido. Usted es un ausente extraordinariamente querido allí, un recuerdo de tiempos perdidos. «Aquí estuvo sentado, allí estuvo sentado», en el Continental. Richard West acaba de hacer un libro, extinguido por la legislación, sobre el Saigón de ahora.[3] No es muy bueno, pero no hay otro.

Atentamente,

David Cornwell

A pesar de todo este cordial intercambio de cartas, Greene —según escribe su biógrafo Richard Greene— calificó de demasiado largas las novelas de le Carré posteriores a 1968, y mostró poco interés en renovar el contacto personal.



A JOHN MARGETSON

Chalet Chamois · 3823 Wengen · Suiza
5 de enero de 1975

Mi querido John:

Muchas gracias por tu carta y tu tarjeta. Me alegro de tener noticias tuyas y de saber que, bueno, las cosas no van tan mal. Supongo que la vida en el Foreign Office será cada vez más dura, y cada vez más atractiva profesionalmente.[4] Cuánto tira y afloja. Uno se compra una casa preciosa o dos, se crea un esquema, echa

raíces, renueva amistades y, bingo, vuelve a la contratación del Min of Works [Ministerio de Obras Públicas] y a la tarea de Harrods. Pero para el trabajo esos cambios son lo que hay: nuevos retos, grandes buches de ignorancia que ocultar cuanto antes, gente nueva, aire fresco, el poder cada vez más cerca. Como dirían estos días los chicos del mundo del espectáculo, es cosa de sexismo y del Gran Sube y Baja, etcétera.

Me alegro de que te hayas dado cuenta del éxito de *El topo* —a pesar de unas cuantas encarnizadas críticas inglesas—, y te sorprenderá saber que London Weekend TV va a hacer una presentación de la novela de siete (o trece) capítulos de una hora y media en algún momento de este «otoño» (o lo que sea eso) y si no, la primavera próxima.[5] Siento que te lo pierdas, pero supongo que será patético. Tuve ofertas de películas, pero pésimas. Acabamos de pasar unas vacaciones muy buenas aquí con Timo, Stephen y [...] Chris, el amigo de Timo: buena nieve, sol perfecto, largos ratos de felicidad bien repartidos y yo menos neurótico que antes. Y ahora están tomando medidas para volver a Coxley[6] (a punto de plegar y echar el cierre) y al colegio. El 63 de Cloudesley Road es ahora una joyita de casa, gracias a Jane y N. MacFadyean, me gusta mucho.[7] El ala de Tregiffian está terminada —dos dormitorios, baño, cocina, estudio, trastero, etcétera— y así los *schloss* están completos y listos para que los atiborren. Stevie pasará con nosotros los fines de semana y los tendremos en Tregiffian por la pausa del medio semestre y parte de las vacaciones.

Wengen se ha animado esta vez gracias a nuestro encuentro con el embajador Paul Jolles,[8] que parece ser el plenipotenciario suizo en las negociaciones comerciales y, además, jefe efectivo de la Junta de Comercio. Muy zorro, pájaro interesante [...] y un chalet aquí que vale un par de cientos de miles. Listo, sin embargo, y muy admirador, afortunadamente. Así que hablamos, pero no lo suficiente como para que me cale a fondo, y también bebe vodka, que nunca me ha hecho ningún daño. Se supone que cenaremos esta noche. El libro del S. E. A. está cuajando bien y en abril volveré a Hong Kong para ver a la flota de Swatow rodear una pequeña isla aburrida en la que se desarrolla una gran secuencia,[9] para luego seguir camino a Cantón. Los tailandeses

me han comunicado que, si se me ocurre volver, me meterán en la cárcel por asociarme con encapuchados en el Triángulo de Oro y conspirar con los generales del estado de Shan. Y parece ser que los birmanos también están afilando sus cuchillos: qué raro resulta estar en busca y captura.

Me siento muy afortunado estos días, y terriblemente solo, lo que nadie puede remediar. Jane está en una forma maravillosa (pero tiene la espalda lastimada) y Stevie la cuida como un caballero. Acaban de volver de compras. Simon ha conseguido una beca para estudiar Física en Wadham —¿qué demonios será eso de la física?— y esta noche llega a Biggin Hill a que lo entrevisten en la RAF ¡para una misión de cuatro meses! No entiendo a ninguno de mis hijos, pero tengo la incómoda sensación de que ellos sí me entienden a mí. Nicholas mide cosa de un 1,80 m.

Te echo de menos.

Con mis mejores deseos,

David



A JANE CORNWELL Y «A»

Habitación 1714 · The Mandarin · Hong Kong
[s. f., pero probablemente abril de 1975]

Queridísimos O y A:[10]

El comienzo fue dificililllo. Lufthansa más bien de segunda categoría, no mejor que BOAC, no tan buena como Swissair o SAS; sin Lowenbräu ni *schnapps*, raciones cortas de bebida casi vacías, así que dormí. DC 10. Cuando no dormía, me puse a leer y terminé el libro sobre el motín indio *The Sound of Fury* [«El sonido de la furia»] de Collier. ¿Puedes pedirlo? ¿Y puedes preguntarle a Samurai Smith[11] si le ha enviado a Fowles *The Politics of Opium in SE Asia* [«Las políticas del opio en el Sudeste Asiático»]? El Collier es bueno —léelo—, un poco Macauley sacado de Morris West, pero bueno.[12]

Llegué aquí y Stafford[13] me acompañó a mi suite, querida, todo

tremendamente discreto. Dormí catorce horas y almorcé con Laurence, que me fue muy útil. Escribí algo, me entretuve, recogí cosas, telefoneé a Simms, que llega el lunes, negocié un barco para Po Toi (difícil y caro), compré un portafolios, escribí, cené con uno de los millonarios chinos que los Brown[14] me sugirieron, pero no resultó de mucha ayuda. Simms, muy frío por teléfono porque no le había acusado recibo de sus cosas. Que le den. Hoy me he levantado tarde otra vez y he ajustado el primer capítulo para meternos de lleno en la historia. Me siento un poco raro, inútil, escribiendo en el hotel, pero no puedo hacer mucho. Creo que está bastante bien. Mi plan es hacer tantas escenas como sea posible desde el principio, esbozando los lugares, el ambiente y los pequeños detalles, incluso si la tragedia no es la adecuada, no vaya a ser que me quede sencillamente sin municiones.

Mañana gracias a Stafford voy a las carreras con el organizador, un general, y el domingo cena con los Kinloch[15] que venían con otra hija (¿te acuerdas de ellos?). Anoche fui tarde a casa de Kadoori, es un playboy millonario y estaba viendo películas suyas esquiando en St. Moritz.[16] Tiempo muy despejado y caluroso. Saigón ya casi inaccesible, PP [Phnom Penh] acabado, aquí a nadie le importa un bledo, ni se acuerdan. Las notas van bien por su lado. Pasé una mala noche (la primera) antes de dormirme decidido a volver al día siguiente. Pero pasó y creo que estoy haciendo lo correcto.

Si te sientes con fuerzas, ¿intentarías ordenar las notas por temas/lugares, etcétera, para que estén más coordinadas e indexadas?

Mis nuevas notas las guardo por grupos separados según el tema.

Te echo de menos, sin embargo, y a menudo me vuelvo para decirte algo solo para descubrir, como tantas otras veces,
que te has largado sin el menor miramiento.

Te quiero,

D



Mi padre me escribió desde Phnom Penh una larga carta

manuscrita y la envió a mi colegio; en ella me contaba que sobre la ciudad caían setenta cohetes diarios, algo que recuerdo vivamente. Es de lamentar que esta carta se haya perdido, pero esta otra carta posterior, escrita a máquina, sí se conserva. Después de sus viajes de investigación al sudeste asiático, yo decidí basar en la guerra de Vietnam mi proyecto para el ingreso en la Westminster School. Me envió ejemplares de las revistas Newsweek *y* Time *de los momentos decisivos de la guerra, así como pegatinas de las guerreras de los soldados con lemas como «Mata a un comunista en nombre de Cristo».*

A TIMOTHY CORNWELL

63 Cloudesley Road · Londres, N1
26 de septiembre de 1975

Queridísimo Timo:

Ahí va, por una vez, una carta escrita a máquina, porque hay varias cuestiones administrativas que tratar.

En primer lugar, ahí tienes un reloj de repuesto hasta que devuelvan el tuyo de Harrods. Parece que están tardando todo el tiempo del mundo.

En segundo lugar, he hablado con mamá y me ha dicho que quiere que te pongas la inyección de la gripe, así que me temo que tendrás que aguantarlo con una sonrisa.

En tercer lugar, y ahora viene lo más importante, está el asunto de tu proyecto de Westminster. También lo he hablado con mamá y me ha dicho que tienes montones de apuntes de las últimas vacaciones y mucho material impreso que podrías utilizar. Puede que me equivoque, pero los dos pensamos que si te pones manos a la obra y utilizas el material de que dispones, te resultará mucho más fácil de lo que piensas. Lo importante es recordar que Vietnam ha sido colonizado por muchos pueblos en el pasado y que ahí empezaron los problemas: primero lo colonizaron los chinos, luego los franceses, más tarde los japoneses echaron a los franceses y, al terminar la guerra del 39-45, los británicos apoyaron el regreso de los franceses, en lugar de dar a los

vietnamitas la independencia que querían. Cuando las potencias coloniales tienen el control, siempre es el ala izquierda la que tiende a representar la oposición más fuerte. En el interior de Alemania, también fue el ala izquierda, en la Resistencia alemana, la que más luchó contra el nazismo. Así pues, en el crecimiento del comunismo en Indochina hay que ver una consecuencia natural del colonialismo. Con Dulles, el secretario de Estado estadounidense que determinó efectivamente la política de su país en la Guerra Fría, se desarrolló la teoría de la contención, según la cual había que contener a toda costa a los comunistas en todas las fronteras que amenazasen. Así fue como el telón de acero se hizo tan rígido en Europa: era la línea a lo largo de la cual los americanos contenían al comunismo. Pensaron que podían hacer lo mismo en el sudeste asiático y esa fue la doctrina que los llevó allí.

Ahora bien, con todo esto en tu mente, creo que la discusión con otros profesores y el material que ya tienes te ayudarán durante el resto del recorrido. Estoy intentando conseguirte material más sencillo y te lo enviaré por correo lo antes posible. También hablaré largo y tendido con el señor Heazell[17] antes de que nos veamos este fin de semana.

[En el archivo de mi padre, la copia de esta carta no está firmada.]



Horace Hale Crosse era el contable de le Carré, y fue quien le aconsejó que permaneciera en el extranjero tras los enormes ingresos de El espía que surgió del frío. *Tenía el cráneo en cúpula alta, y haches mayúsculas en su firma.*

A H. HALE CROSSE

63 Cloudesley Road · Londres, N1
2 de octubre de 1975

Mi querido Hale:

Le prometí hace algún tiempo que le explicaría a usted cómo había incurrido en unos gastos de alrededor de dos mil quinientas libras esterlinas, en buena parte sin justificantes, durante mis exploraciones por el norte de Indochina para los fines de mi nuevo libro, aún no publicado, cuyo título provisional es *The China Target* [«Objetivo China»].

En gran parte, estos gastos se refieren al periodo en que estuve instalado en Chiang Mai, para desde allí explorar el cultivo ilegal y la refinación de la adormidera en la zona del llamado Triángulo de Oro, que une Birmania, Tailandia y Laos. Por mediación de las oficinas del ejército ilegal del estado de Shan, en Chiang Mai, conseguí que me escoltaran a lo largo de su línea de suministro hasta el corazón de la zona de cultivo de opio. Para ello me vi obligado a hacer una contribución de mil dólares a su fondo de lucha. Como usted seguramente sabe, los tailandeses toleran a los *shan* porque ambos se oponen al gobierno de Rangún. Pero los *shan* están en guerra entre ellos, y el grupo con el que yo me relacionaba tenía establecida una tregua incómoda con los restos del ejército Kuomintang, que suministraba guardaespaldas para las caravanas de opio. Los mil dólares cubrieron varias entradas y salidas de los estados de Shan y, de paso, me proporcionaron una cantidad considerable de material, que espero poder incluir en la novela.

La otra etapa del mismo viaje me llevó a Vientiane, donde pude recoger a un expiloto mercenario de Air America (CIA), que había luchado en Laos durante toda la guerra secreta. En ese momento, traficaba con heroína (de los estados de Shan) y diamantes, llevándolos a Pailin, Camboya, para su posterior envío a Battambang y Phnom Penh. Por quinientos dólares me permitió volar con él hasta Pailin, y yo continué con la mercancía en otro avión hasta Battambang.

Ya tiene usted el recibo de una empresa llamada Swiss-Indo, correspondiente al pago de un chárter privado para operar por aquellos lares, pero Royal Air Lao, la compañía aérea que hacía el último tramo sobre territorio comunista hasta Phnom Penh, no emitía billetes ni facturas, y posteriormente —como ya habrá leído usted— ha perdido su único avión, un DC 8, en misteriosas

circunstancias. Como puede imaginar, en este viaje tan accidentado también me vi obligado a pagar por la información y el transporte, y la única prueba real de que lo hice se encuentra ¡en un manuscrito aún sin publicar!

De hecho, el *Washington Post* publicó un artículo sobre mis hazañas en el norte de Tailandia y, si los del fisco tuvieran la suficiente curiosidad, supongo que podría desenterrarlo y ofrecerlo como prueba. Su corresponsal siguió parte de mi recorrido.

Atentamente,

David

Ni que decir tiene que los viajes de le Carré a Battambang y a través del sudeste asiático durante el ocaso de la guerra de Vietnam tuvieron su eco en los viajes de Jerry Westerby, periodista y espía, protagonista de El honorable colegial.



A JEAN CORNWELL

1 Gayton Crescent · Londres, NW3 1TT
19 de octubre de 1976

Queridísima Jeannie:

Hoy he salido de mi túnel de tres años y hemos llevado el manuscrito de seiscientas cincuenta páginas a los artistas de la Xerox y esta noche se lo entregaré a mi agente y a mi editor, y de pronto será miércoles y todo habrá terminado. Dentro de un par de días partiré de nuevo rumbo a Extremo Oriente para comprobar por última vez las referencias y localizaciones, las que sobrevivan. Estoy muy contento del libro, pero ha sido una especie de maratón: nunca antes había intentado nada parecido. Lamento que nuestras mutuas buenas intenciones de vernos no se hayan cumplido, pero hagámoslo tan pronto como regrese de este viaje —a finales de noviembre— y antes de que vayamos a Suiza a por los niños y de allí a nuestras vacaciones al sol. El libro se titula *El honorable colegial* y es una especie de continuación del

anterior; saldrá a finales de agosto, principios de septiembre, supongo. Nos hemos mudado a un nuevo (viejo) *schloss* de por aquí, donde los niños pueden crecer sin darse con la cabeza en el techo, y para cuando vuelva estará listo para tu inspección. No he visto a nadie, ni a Charlotte, ni a Rupert, ni a ningún amigo, en realidad. Ha sido una larga época de soledad, y la muerte de mi padre —toda esa gente horrible— hizo que de algún modo me convirtiese en mí mismo, como creo que el libro te hará ver.[18]

Pues eso... Con mucho cariño, como siempre,

David



La señora Ståhl escribió a le Carré el 19 de agosto de 1977 diciéndole que estaba preparando una serie de artículos para la prensa sueca y finlandesa sobre el Premio Nobel de Literatura. Había preguntado a diversos poetas y escritores cómo debía estructurarse el premio, qué escritores del pasado lo merecían y los nombres de cinco o seis personas que deberían ser candidatas.

A LA SEÑORA PIRKKO-LIISA STÅHL

A la atención de John Farquharson Ltd
15 Red Lion Square · Londres, WC2A 2JR
[s. f., pero probablemente agosto de 1977]

Estimada señora Ståhl:

Es usted muy amable al pedirme mi opinión sobre el Premio Nobel de Literatura, pero debo decirle sinceramente que nunca he pensado en el tema ni por un momento, salvo quizá para reflexionar que, como ocurre con los Juegos Olímpicos, la ambición política ha echado a perder una gran idea.

Atentamente,

John le Carré



«No es que sepa mucho de libros preciosos», le dijo le Carré en 1997 al público en la biblioteca independiente Morrab de Penzance, de la que fue presidente y mecenas. «Tampoco los escribo, dirían mis críticos. Me crie en un hogar sin libros, y tengo una simpatía natural por la gente que crece sin el ejemplo de la lectura, o llega tarde a ella, o no llega nunca.»

A PETER RAINSFORD[19]

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
28 de agosto de 1977

Querido Peter:

Para empezar, ¿qué tal una respetable remesa de George Eliot y D. H. Lawrence, un buen volumen de *Los siete pilares de la sabiduría*, junto con la biografía del hermano de T. E., y un ejemplar de la versión no expurgada de *The Mint* [«La casa de la moneda»]? Luego un *Inferno*, un juego de ensayos y escritos críticos y principales obras de Aristóteles, un Dryden, un Swift, un Pope, un Adison, un Coleridge, algo de (Adison y) Steel;[20] Keats y Shelley; una buena colección de Scott; la historia de los judíos de Josefo; *Rise of the Dutch Republic* [«El surgimiento de la república holandesa»] de Motley; un Platón; mucho de Homero; *Las noches árabes* de Burton; *La rama dorada* de Frazer; Wilkie Collins; algunos de los primeros libros de Conan Doyle vendrían de maravilla, preferiblemente Sherlock Holmes y los relatos históricos; realmente, si fuéramos a juntar, a lo largo de un periodo, una biblioteca católica —básicamente inglesa, pero con amplia inversión en patrimonio europeo y americano—, esa es la idea, ¡y no cabe mucho error! Estoy dispuesto a gastarme unas mil libras esterlinas al año, y me gustaría comprar aquí y allá libros de arte realmente buenos, que me encanta hojear y que, según cualquier predicción realista, están destinados a seguir siendo valorados. (Los Maillol son ahora muy bellos, dicho sea de paso.)[21] Y siempre merece la pena hablar de cualquier pequeña

pepita de oro que se cruce en tu camino, como por ejemplo una primera edición inesperada. Cuanto más coherentes sean tus facturas con la compilación de una biblioteca de autor, mejor (lo cual, por cierto, es la verdad, pero los sabuesos no reconocen la verdad aunque se la restriegues en el hocico). Si me facturáis a mí (o más bien a Authors Workshop, a la atención de Black Geoghegan and Till, en Kingsbourne House, 229-231 High Holborn, Londres WC1V 7DA) en pequeños lotes en lugar de en grandes cantidades, probablemente sea lo mejor, ya que en tal caso el gasto parece un gasto corriente en lugar de una abrumadora compra de gran capital. Sugiero que nunca más de setenta y cinco libras cada vez. Para cualquier problema de comunicación, facturación, etcétera, por favor, ponte en contacto con el señor Crosse en esa dirección, él lo sabe todo. Ante cualquier urgencia, llámame a Londres después del 6 de septiembre porque no hará falta decir que apenas he arañado la superficie de lo que me gustaría reunir.

Espero que todo te vaya bien y que prosperes. Mi nuevo libro sale el 8 de septiembre.

Saludos,

David



El 7 de febrero de 1978, le Carré contestó por escrito a Gerald Isaaman —editor durante muchos años del Hampstead & Highgate Express*—, que le había preguntado si quería reseñar la nueva novela de Graham Greene,* El factor humano*, que salía a la venta el 16 de marzo. Añadió una posdata: «¿Sabes lo que significa* chutzpah*?».**

A GERALD ISAAMAN

1 Gayton Crescent · Londres, NW3 1TT
7 de febrero de 1978

Confidencial

Querido Gerald:

Muchas gracias por tu carta del 6 de febrero: No me pareció en absoluto una *chutzpah*, sino sencillamente muy buen periodismo. Ya he recibido un ejemplar en pruebas de la nueva novela de Greene y he declinado la oportunidad de entrevistarlo para el *New York Times*. O puede que él me rechazara a mí. Y tengo varias peticiones sin concretar para que reseñe el libro. Para empezar, me limitaré a leerlo antes de decidirme, ya que realmente no me atrevería a escribir una reseña negativa aunque, por ejemplo, el libro me pareciera tan flojo como *El cónsul honorario* o tan deshonesto como *Una especie de vida*. Es un gran escritor que se ve obligado, como él mismo dice, a sobrellevar la longevidad, y tengo la sospecha de que este es un libro sin brillo.

Pero es muy posible que si me identifico con la novela, sí que le haga una reseña para el *Hampstead and Highgate Express* y no para la competencia.

¿Podrías indicarme cuántas palabras y para cuándo? Gracias de nuevo por el encargo, y nos vemos el 26.[22]

Saludos,

David

Guinness y Smiley

Verlo adoptar una identidad es como ver a un hombre emprender una misión en territorio enemigo.

—refiriéndose a Alec Guinness, en un homenaje por su octogésimo cumpleaños escrito en 1993

Soy el peor de los jueces, gracias a Alec Guinness. Su voz era tan seductora, en escena, en la radio o al otro lado del fuego, que se me ha grabado en la cabeza como Única. Lo cual es una tontería por mi parte, porque secretamente pensaba que Gary Oldman era el mejor Smiley, y Simon RB la mejor voz, más natural y apasionada.

—por correo electrónico a Simon Prince, el 5 de abril de 2020, comparando el Smiley televisivo de Guinness con el de Gary Oldman en el cine y Simon Russell Beale en la radio

La relación de le Carré con el cine y la televisión comenzó en 1965 —cuando el actor Richard Burton exigió que se reescribieran sus diálogos en El espía que surgió del frío*— y se prolongó hasta la serie de televisión de la BBC de 2018* La chica del tambor. *En 1978, la BBC encargó una importante serie de siete capítulos de* El topo*, primera adaptación televisiva de una obra de le Carré.*

A SIR ALEC GUINNESS

1 Gayton Crescent · Londres, NW3 1TT
27 de febrero de 1978

Estimado sir Alec:

Le escribo como admirador incondicional de su obra desde hace muchos años. La BBC acaba de adquirir los derechos televisivos de *El topo*, una novela que escribí hace unos años, y cuya trama, narrativa y esencia se sostienen en un solo personaje: George Smiley. Arthur Hopcraft[1] va a escribir el guion, y parece dispuesto a dejarme echar un vistazo por encima de su hombro de vez en cuando. Jonathan Powell es el productor,[2] sabe que le estoy escribiendo esta carta y apoya su intención. Por lo demás, no tengo ninguna responsabilidad en el proyecto, lo cual se atiene a mis deseos. Pero ya estamos todos de acuerdo en algo: que si hay que pedir la luna, pediremos a Guinness en el papel de Smiley,[3] y adaptaremos todo lo demás para que encaje. Tienen planificado el rodaje para este próximo otoño del 78. ¿Querrá usted leer el libro y tenerlo en cuenta? ¿Permite que le envíen un primer guion en cuanto lo tengan listo? Creo que tienen en mente unas ocho o nueve horas, y en casi todas ellas Smiley es el «motor», como dicen los alemanes. Es la primera vez que un libro mío recibe este tipo de tratamiento, y sería la primera representación de Smiley en la pantalla, a excepción de un

tristemente inadecuado intento de Rupert Davies en *El espía que surgió del frío* en 1963, y una pequeña comedia reciente de Arthur Lowe.[4] La verdad es que, ya desde que empecé a escribir sobre Smiley, soñaba con que usted lo interpretase algún día. Esto no es hablar por hablar, sino la razón por la que le escribo ahora, de manera informal.

No hace falta que conteste a esta carta, pero si este «aviso temprano» le facilita echar un vistazo a su agenda, y si su agenda llega a incluir *El topo*, no necesitaré otra justificación para haber apelado a usted con tanto adelanto.

Y, en cualquier caso, mis mejores deseos y mi admiración permanente.

Atentamente,

John le Carré
(David Cornwell)



A SIR ALEC GUINNESS

3 de marzo de 1978

Estimado sir Alec:

Qué maravilla recibir su carta, cuyo contenido he transmitido esta mañana a Jonathan Powell de la BBC. Si ello fuera posible, digamos que se alegró aún más que yo al saber que, en principio, usted está entusiasmado con la idea de ocuparse de Smiley.

Permítame ir directamente a sus comentarios. Sesenta y cuatro es la edad ideal. Smiley no puede tener menos, aritméticamente, y me temo que puede tener más, ¡a pesar de que en los últimos libros he detenido intencionadamente el paso del tiempo! Es algo que no preocupa a nadie, y usted tampoco debe preocuparse. Enérgico, sin duda, y a veces en la flor de la vida; resistente cuando le hace falta; todo eso.

No, no es usted rellenito ni tiene papada, aunque creo haberlo visto en papeles en los que, casi como por propia voluntad, adquiere una especie de aspecto querúbico. Permítame responder a esta pregunta junto con su comentario sobre Arthur Lowe, porque, en lo que a mí respecta, ello me permite explicar por qué

lo veo a usted, al menos yo, como el Smiley ideal.

Aparte de lo relleno, posee usted todas las demás cualidades físicas: modales suaves, tensados, cuando usted lo desea, por una quietud sobrenatural y una atención electrizante. En el mejor sentido, usted es una compañía incómoda, como sospecho que lo es Smiley. El público desea —cuando usted lo desea— acogerlo bajo su protección. Se siente responsable de usted, se preocupa por usted. No sé cómo se llama esa modalidad de empatía, pero es muy rara, y Smiley y Guinness la poseen: cuando cualquiera de ustedes dos se moja los pies, no puedo evitar estremecerme. Es decir que este es el doble patrón —ser discreto, pero mandar— que su físico satisface a la perfección. No hay problema alguno. Y ¿por qué no Arthur Lowe? (Por cierto, fue una obrita de ocho minutos lo que hizo, en medio de un largo programa de *Arts*, así que no hay que temer que ya esté situado por delante de usted.) Yo preferiría seguir respondiendo a la pregunta «¿por qué Guinness?».

Para mí, tiene que ver con la profundidad. Smiley es una Abadía, compuesta de diferentes épocas, modas e incluso diferentes religiones, no todas ellas necesariamente armoniosas. Su autoridad procede de la experiencia, de la edad, de la solidaridad y, en el fondo, de un pesimismo inconsolable que confiere cierto fatalismo a muchas de sus obras. Pensándolo bien, Smiley casi inventa *El honorable colegial* partiendo de su propia mente y de su energía creativa; igual que casi inventa *El topo* partiendo de su propio pasado.

Si me permite decirlo, usted me comunica muchos de sus dolores, y la autoridad casi arqueológica de tantas vidas e identidades. También es un hombre culpable, como todos los hombres que hacen, que insisten en la acción. A esto se añade otro tipo de autoridad, más práctica, terriblemente importante en los diversos interrogatorios, en la investigación y en el desenlace de *El topo*: la autoridad del mero intelecto. Creeremos a Guinness cuando nos cuente cosas del pasado, cuando teorice, cuando actúe según predicciones no expresadas, sencillamente porque el intelecto es manifiesto y dominante, tanto el de usted como el de Smiley.

Algunos actores pueden interpretar la inteligencia. Otros son

inteligentes y resultan aburridos, por algún amaneramiento que les estorba. Y muy pocos son inteligentes y lo transmiten: en *El topo*, este talento será oro puro, porque proporciona la base para las demás cosas —la soledad, la preocupación moral, la humanidad de Smiley—, todo, por la inteligencia de sus percepciones, crece ante nuestros ojos, porque usted se ocupa de ello.

En cuanto a hablar de Smiley y sus antecedentes, sí, por supuesto, todo lo que quiera, siempre que no invadamos el territorio de Arthur Hopcraft o el de productor y director.

Y, por último, la memorización y el problema de disponer de los guiones con tiempo suficiente para usted. Le leí este pasaje a Jonathan Powell textualmente esta mañana y pensó que no tenía por qué haber ningún problema al respecto: seguro, sin embargo, que muy pronto podrá usted discutir todo esto en serio con ellos. Me parece que vamos a almorzar juntos el 10 de marzo.

Pero si desea usted que nos veamos antes de esa fecha, o después, antes de que me marche a Cornualles, haga el favor de decírmelo.

Perdone toda esta divagación, pero tiene sus cosas buenas, y cualquiera diría que no puedo pensar sin un bolígrafo en la mano. ¡Qué maravillosa perspectiva ofrece todo esto!

Atentamente,

David Cornwell

El humorista gráfico estadounidense Jeff Danziger (véase la carta del 4 de marzo de 1994) recuerda de otro modo la contratación de Guinness; lo contó le Carré en una visita a Nueva York a mediados de la década de 2010. Guinness rogaba que no le dieran el papel, alegando que era demasiado viejo, contó le Carré al público del centro cultural y comunitario 92nd Street Y. Los productores organizaron una cena en cuyo trascurso le Carré imploró al actor que aceptara el papel; Guinness dijo que se sentía halagado pero que estaba demasiado ocupado. Finalmente, le Carré, como último recurso, dijo que si Guinness no aceptaba el papel, se lo darían a Donald Sutherland. Guinness hizo una pausa y luego dijo: «Lo haré».



A ARTHUR HOPCRAFT

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
18 de agosto de 1978

Querido Arthur:

Creo que has hecho maravillas. Te felicito encarecidamente. Ahora, con buen viento —y tiene muy buena pinta—, creo que podremos ver algo verdaderamente extraordinario. Y si no es bueno, estoy seguro de que la culpa del fallo no será de los guiones. Sigo teniendo algunas reservas sobre el 1 y el 2, como Jonathan probablemente te haya dicho, sobre todo sobre el 1. Creo que podemos sacar mucha más electricidad de tu estructuración del 7 con muy poco esfuerzo. Creo que hay puntos extraños aquí y allá que han de retirarse. Supongo que siempre será así, y eso es secundario. Lo principal es que lo has hecho, y a paletadas, como decimos por aquí, guapo. Así que de nuevo, de todo corazón, mis más sinceras felicitaciones por este esfuerzo intelectual tan vigoroso, por un muy sensible arreglo artístico, y por una orquestación bellamente conseguida.

Saludos,

David



A VIVIAN GREEN

1 Gayton Crescent · Londres, NW3 1TT
17 de diciembre de 1978

Mi querido Vivian:

[...]

Acabo de terminar el borrador de un nuevo libro, y voy a pasarme el invierno revisándolo, para entregar el original a principios de abril. La redacción ha ido bien y, en consecuencia, el resultado ha sido más rápido. Da carpetazo a *Capitanes y reyes* y

me deja tiempo para emprender cosas nuevas, quizá sin el espionaje como tema central.[5] Quizá algo, por fin, sobre mi difunto padre.

[…]

Como siempre,

David



A SIR ALEC GUINNESS

1 Gayton Crescent · Londres, NW3 1TT
27 de junio de 1979

Mi querido Alec:

Smiley es una maravilla. Hemos visto los tres primeros episodios este lunes y mañana veremos los demás. Eres tú quien carga con todo. ¿Qué otra cosa puedo decir? Una tesitura inmensa, pero respetando en todo momento los difíciles límites del personaje: corazón; humor; sorprendente furia esporádica. Es asombroso, y estoy seguro de que Smiley quedará como una de tus grandes interpretaciones. El apoyo que recibes es excelente. Prideaux es la única decepción grave, en lo que a mí respecta, Guillam magistral, Control, Toby ambos bien. Bland demasiado, Haydon un pelo demasiado zorro demasiado pronto, sospecho, pero puedo estar equivocado. La dirección es de gran calidad, y no he visto nada en los tres primeros capítulos que me hiciera sonrojarme, y sí mucho que me encantó. Lisboa demasiado tiempo lejos de la habitación/ casa de Lacon, como tú sospechabas que ocurriría, pero ni la mitad de horrible de lo que yo me temía, como «interludio con valor de pantalla». Tarr está realmente muy bien, y creo que la chica también lo está. La secuencia de Czecho queda debilitada por un par de clichés de espionaje —y es una lástima, porque ocurre muy pronto— y por el hecho de que Prideaux no se mueve muy bien (sus esfuerzos por envejecer fallan, y el resultado es que parece un camello). Todo el material de la casa de Lacon es estupendo, Oxford es impresionante (Smiley-Connie hizo llorar a Jonathan y a Jane),

las secuencias de la gran conferencia con Control son realmente apasionantes, Mendel es encantador y la clausura de Islay es tan claustrofóbica como desconcertante. Lacon, excelente.[6] Este es el resumen de mis anotaciones y, de todos modos, me he quedado sin adjetivos, y anoche cené con el doctor Owen, el Doctor Muerte, así que no estoy nada boyante. ¿Piensa usted que su actuación como ministro de Asuntos Exteriores se vio afectada por el *jet lag*?

«No.»

¿Echa de menos el Foreign Office?

«Detesto a los burócratas», con crujir de dientes. Encantador en todo.

Hemos alquilado un cine privado en Piccadilly —doscientas butacas— y vamos a presentar toda la cosa a mis editores extranjeros en una sola sala, desde las 9.30 hasta la noche. Café, almuerzo, champán y vuelta a casa. Hodder y Stoughton y Pan hacen de copresentadores, la fecha es el 27 de julio. Si te sientes con fuerzas para acudir a la hora del champán y estrechar algunas manos, por supuesto que nos alegrarías el día a todos —se lo hemos pedido a todo el reparto, también a John,[7] Arthur y Jonathan—, ¡pero comprenderíamos perfectamente que prefirieras quedarte tranquilo! De todos modos, te enviaremos la invitación. ¿Quieres que invite a Denis[8] a la proyección? ¿Querrá venir Merula? Supongo que tú preferirás verla, si acaso quieres verla, lejos de cualquier sitio.

En realidad, las noticias de Estados Unidos son que no hay noticias, salvo que tenemos un par de ofertas por los derechos, pero habrá que posponerlas hasta que hayamos superado el obstáculo de la Paramount. Paramount también ha pedido material de archivo. No sé nada más, excepto que ambas ofertas dieron por hecho que tú interpretarías a Smiley, y que nosotros no pensaríamos en ningún otro Smiley. Lo que llega de NY sobre la serie *El topo* es al parecer muy positivo —George Greenfield volvió ayer diciendo que todo el mundo, pero que todo el mundo, etcétera—, pero yo personalmente dudo mucho, después de ver el material, que al gran público americano se le permita tanta calidad y contenido en una cadena importante. Mi apuesta es PBS,[*] que probablemente sea lo mejor de todos modos.

Por la extensión de esta carta, ya te darás cuenta de que el nuevo libro va despacio…

Mis mejores deseos para ambos,

David

P. D. Jonathan está misteriosamente inquieto por todo, más que nada porque han metido la pata con la duración de los episodios y tienen que recortarlos a seis para cumplir con los requisitos de Estados Unidos.



Tina Brown, George Will, Norman Rush y otros críticos fueron objeto del fulgurante desprecio de le Carré, pero quien ocupó el lugar de honor en la lista de enemigos de la familia Cornwell fue Clive James. «La nueva novela de le Carré es el doble de larga de lo que debería», escribe James al comenzar su reseña de El honorable colegial *en la* New York Review of Books *en 1977. Dos años más tarde, escribe en el* Observer *sobre la serie de televisión de* El topo*: «La primera entrega está a la altura de la novela original. No tan incomprensible, pero igual de túrgida».*

AL REDACTOR JEFE DEL *OBSERVER*

A la atención de John Farquharson Ltd
Bell House · Bell Yard · Londres, WC2A 2JR
6 de octubre de 1979

Estimado señor:

Es curioso que Clive James se angustie tanto en público sobre si está o no está llevando a cabo una venganza personal contra mí, y muy significativo que no resuelva la duda. Tal vez pueda yo utilizar las columnas de su periódico para echarle una mano y, de paso, ahorrarle más preguntas de los lectores. Hace más de un año advertí a sir Alec Guinness, a Arthur Hopcraft y a los productores de *El topo* que, independientemente de los méritos de su trabajo, no podíamos esperar más que insultos de la pluma de

James. Incluso llegué a poner por escrito algunos de los adjetivos más selectos que cabía esperar. Clive James no me decepcionó. Puede que quienes se dedican al descrédito ajeno verdaderamente no se acuerden de a quiénes han atacado ya y quiénes siguen esperando su atención, pero hace solo un par de años, cuando ejercía como crítico literario pluriempleado en Estados Unidos, Clive James ya nos condenó para siempre a mí y a mis obras en una larga y descuidada reseña. Ello, como es natural, me molestó, pero me consolé pensando que un crítico de televisión expatriado de Australia que intenta abrirse camino en un nuevo mercado probablemente tenga que hacer unas cuantas piruetas. Pasados unos meses, James volvió a arremeter contra mí en una publicación británica, la suya, señor jefe de redacción, si no recuerdo mal. El motivo fue la publicación de una novela de Graham Greene. No hacía falta ser un estudioso de la psicología jamesiana, por consiguiente, para saber que utilizaría el libro como una especie de garrote con que golpear la serie de televisión, y la serie como garrote para dar de golpes al libro. Para mayor divertimento, se le ofrecía la oportunidad de ofender duramente a nuestro mejor actor vivo, y James no sería quien es si la hubiera desaprovechado. Por tanto, los lectores del *Observer* deberían saber, cuando menos —aunque al señor James le haya resultado más cómodo olvidarlo— que su postura respecto a mi obra viene de mucho antes de que apareciera la serie. Lo que este domingo ha dado a sus lectores a modo de explicación no es, de hecho, más que un refrito recalentado de su crítica de *El honorable colegial* publicada en la *New York Review of Books*. Estoy deseando volver a leerla cuando se publique mi nueva novela el mes de febrero próximo.

Atentamente,

John le Carré



Cuando mantenía correspondencia con la encarnación física de su jefe de espías ficticio, le Carré estaba escribiéndole al «C» de la vida real. Dick Franks, antiguo jefe de le Carré en la oficina de Bonn, acababa de ser nombrado jefe del Servicio Secreto de

Inteligencia.

A SIR DICK Y RACHEL FRANKS

1 Gayton Crescent · Londres, NW3 1TT
[s. f., pero probablemente principios de octubre de 1979]

Queridos Dickie y Rachel:

Qué amabilidad la vuestra, y qué noche tan feliz. Por alguna razón, me emocionó de un modo especial: el tiempo, supongo, y los cambios en nuestras vidas y las cosas que vamos dejando atrás. Estaba terriblemente cansado y harto cuando nos conocimos; acababa de pasar un par de días atrapado en un mugriento fuego cruzado periodístico y eso siempre me hace sentir mancillado e invadido. Vuestra calma conjunta me restauró muy rápidamente, y os quedé muy agradecido por eso y por todo lo demás. Lo de Stoppard[9] se vino abajo en el segundo acto, pero siguió siendo maravillosamente entretenido y, como dijo Rachel, muy acertado a la hora de expresar lo que uno siempre ha sentido.

Al llegar a casa nos enteramos de que el *New York Times* publica mi artículo sobre el libro de Powers[10] en la primera página de su revista de libros el 14 de octubre, de lo cual me complazco, y creo que el artículo también os gustará a vosotros. Hoy os enviaré seguramente una copia, con una prueba de imprenta de la edición de Hodder de *La gente de Smiley*.

He llegado a la conclusión de que sobre mi padre solo puedo escribir en un estilo casi documental, visitando todos los lugares en que ocurrieron las cosas: sus cárceles (Exeter, los Scrubs, Zúrich Bezirksgefängnis, Yakarta, Hong Kong… no pocas, desde luego), las cuadras en que guardaba sus caballos, las circunscripciones donde se presentó al Parlamento y así sucesivamente. Creo que será un recorrido muy largo y bastante angustioso, ¡pero, oh, también divertido! Nos mudamos seguro el 17 de enero, después de nuestras vacaciones de esquí: la nueva casa de Londres es realmente muy bonita y tranquila, y ya estamos deseando instalarnos en ella.

A la larga, probablemente venderemos Tregiffian y nos iremos a un sitio más pequeño y cercano, o quizá a ninguna parte, contentándonos con Hampstead y Suiza. Pero a la larga —como le dijo Churchill a algún desventurado consejero, sin dejarlo terminar— todos estaremos muertos.

Hacédmelo saber, si puedo ayudar en algo. Gracias de nuevo, y mi cariño para ambos,

David



Wilmers cofundó ese año la London Review of Books*, publicación que dirigiría durante veintinueve años*.

A MARY-KAY WILMERS, *NEW YORK REVIEW OF BOOKS*[11]

1 Gayton Crescent · Londres, NW3 1TT
27 de noviembre de 1979

Querida Mary-Kay:

Eres muy amable pidiéndome que reseñe el Cheever,[12] y gracias por hacerme llegar el libro. Me resulta un poco difícil explicar por qué he decidido no reseñarlo, pero sin duda alguna te debo una explicación. No pienso muy rápido mientras hablo por teléfono, pero luego me di cuenta con toda claridad de que por error casi había aceptado apartarme de un firme principio que me impuse tras haberme convertido en un novelista a tiempo completo, a saber, no involucrarme nunca en el mundo de la crítica literaria londinense, no confundir nunca la industria de la producción con la industria del servicio. Hacer crítica para el *New York Times* es algo remoto. Pero reseñar para revistas literarias londinenses me implica inmediatamente en una especie de partidismo con el que me resulta muy difícil convivir mientras permanezca en Inglaterra. Creo que Cheever es un magnífico narrador, pero sé que si digo esto en el contexto de una revista literaria londinense parecerá que estoy defendiendo a narradores como yo en detrimento de tendencias más de moda. Creo que la

prosa inglesa de Cheever es mejor que la de cualquiera que la practique en este país, pero esta es una opinión que adquiere un significado bastante desproporcionado cuando la expreso aquí.

En resumidas cuentas, lo que quiero decir es que ya me resulta suficientemente difícil ser un novelista inglés de éxito que vive en Inglaterra —no hay nada como el fuego antiaéreo de las armas caseras— sin tener que adentrarme además en los campos de minas del mundo literario londinense. Lo lamento.

Saludos,

David



Un amigo de le Carré, Buzz Berger, con su compañía Titus Productions, le propuso llevar al cine La gente de Smiley. *Berger había producido en 1978 la serie* Holocausto*, galardonada con un Emmy*.

A BUZZ BERGER

1 Gayton Crescent · Londres, NW3 1TT
29 de noviembre de 1979

Mi querido Buzz:

¡Vaya lío!

Me temo que la explicación es desalentadoramente triste. Guinness, por la razón que fuera, estaba por una parte enormemente contento con la acogida de *El topo* aquí y con el trato de la BBC. Por otra parte, se sentía desconcertado y receloso ante el hecho de que no le ofreciéramos inmediatamente una película de *La gente de Smiley*. Le daba muchas vueltas al asunto, era muy consciente de que Hollywood no lo consideraba una estrella por sí mismo, y cada vez le disgustaba más la idea de que hubiera que traer a actores de renombre para apuntalarlo. Tiene un instinto extremadamente fino —demasiado fino, probablemente— para estas cosas y, además, temía que el asunto no terminara nunca. Así que, quizá comprensiblemente, optó por

la solución más segura y próxima, y anunció que prefería volver a la BBC con el antiguo equipo. En cualquier caso, ni Irvin ni Hopcraft estarán libres, por lo que el antiguo equipo ya empieza a parecerse bastante al nuevo. Le ofrecimos una alternativa con mucho más dinero y producción independiente, preferiblemente con Titus. Pero también en este caso temía que perdiéramos lo que él insistentemente llama la «distinción» de la primera producción.

Así está la cosa. Sé muy bien que entregamos el partido antes de que se ponga en movimiento la pelota, pero Guinness no se dejó convencer, y todavía ahora su agente está haciendo unas declaraciones bastante fuertes sobre lo de «tener que rodar» en noviembre de 1980. La verdad, creo, es que estamos ante un gran actor de sesenta y siete años que siente que no le quedan tantos papeles importantes que interpretar, ni tantos años para hacerlo. Quiere, dice, mantener a Smiley vivo en su interior, y cuanto antes pueda volver a Smiley —o, si no, deshacerse de él—, más contento estará.

Espero que tú y yo montemos algo algún día. Mientras tanto, por favor, acepta mis sinceras disculpas y transmíteselas a Herb.[13] Al menos, durante una breve temporada, fue agradable contemplar la posibilidad de colaborar con Titus.

Atentamente,

David



A ANTHONY SAMPSON[14]

1 Gayton Crescent · Londres, NW3 1TT
[s. f., pero La gente de Smiley *se publicó en noviembre de 1979]*

Querido Anthony:

Es muy amable por tu parte que me escribas, y me alegro de que te haya impresionado *La gente de Smiley*. En cierto modo, me entristeció mucho escribirlo: la muerte espiritual de un administrador británico a quien han dejado en la estacada, Smiley

como un anacronismo condenado, yo como otro,[15] todo parecía tan poco esperanzador. Luego, de algún modo, se trocó en algo divertido, y Toby[16] me ayudó de algún modo. Supongo que eso es lo que ocurre con todo: cuando llegas a la cima de la montaña, ¡solo ves pigmeos y kilómetros y kilómetros de insignificancia!

Salgo hacia parajes extranjeros a principios de diciembre, vuelvo a finales de enero. Veámonos entonces y charlemos por los codos.

Gracias de nuevo; con cariño para los dos,

David



A SIR DICK Y RACHEL FRANKS

Chalet Chamois · 3823 Wengen · Suiza
15 de diciembre de 1979

Queridos Dickie y Rachel:

Esta carta va en lugar de un dibujo de ardillas borrachas bailando en torno a un acebo, y es para desearos a ambos unas muy felices Navidades y Año Nuevo, y para enviar nuestro cariño a la familia.

[...]

Nos mudamos a nuestra nueva (vieja) casa de Hampstead el 17 de enero.[17] Jane insiste en ocuparse ella sola de la mudanza, porque alberga la extraordinaria idea de que yo no haría más que estorbar. Me temo que el año que viene tenemos previsto abandonar Tregiffian, porque creemos que debemos establecer nuestra base en Londres, viajar más y, en general, reducir nuestros gastos administrativos y financieros.[18] Uno de los motivos es mi propia idea de que ahora debo escribir esos libros más arriesgados que he venido posponiendo y de que no podemos contar con que los grandes derechos de autor sigan llegando para siempre. Así que queremos recortar un poco, para poder vivir más o menos de nuestras huchas si hace falta, y no gastar tanto en casas que no ocupamos a menudo. He estado dudando durante los últimos seis meses entre el libro sobre mi padre y un libro que me

gustaría hacer sobre terrorismo, pero finalmente me decidí por el libro sobre mi padre y por algunas obras de teatro, y dejé el terrorismo en segundo plano: entre otras cosas, porque cuando me puse a profundizar en él, en Ámsterdam, Hamburgo, etcétera, encontré todo el tema tan insoportablemente monótono que realmente no me sentí capaz de gastar dos años en ello, ¡no, al menos, hasta haber hecho antes algo un poco más divertido! Mi *Tiefpunkt*[19] era un abogadillo de Hamburgo algo mareado que es o era la perdición de la vida de Hans Horchem,[20] y que al parecer llevó la defensa de varios de los protagonistas principales de la Baader-Meinhof: un tal Groenewold,[21] un mal tipo. De alguna manera, él fue el punto de inflexión. El terrorismo para luego, me dije, y ahora mi papá.

Aquí tenemos bastante buen tiempo, es decir, que hay buena nieve y más en los pronósticos, y mientras escribo hay grandes copos cayendo sobre un pueblo encerrado en su calma de pretemporada. Me parece que vamos a utilizar el chalet más como sitio para escribir, y también como casa de vacaciones a tiempo parcial para los hijos adultos (¡!) cuando puedan tomárselas. Las primeras críticas de *La gente de Smiley* que me llegan de Estados Unidos, donde acaba de aparecer, son buenas: *Time* y *Newsweek* lo reseñan el lunes, en sus ediciones del 24 de diciembre; la sección en color del *Telegraph* publica fragmentos del libro por entregas, al igual que el *Evening Standard* (publicación prevista en el Reino Unido el 3 de febrero). La televisión de *El topo* se hizo casi demencial: la huelga de la ITV, el asunto Blunt como una especie de secuela pública de la serie, por no mencionar el envío a Irlanda de Smiley.[22] Guinness hace *La gente de Smiley* este invierno, todo va bien, pero la BBC quiere hacerla en marzo de 1981 por razones de presupuesto, de modo que el gran G dice «pues entonces hagamos una película». La idea de volver a Hollywood me da mucho miedo, pero de un modo u otro supongo que rodaremos en noviembre.

Un abrazo a todos y que el año 1980 sea todo un éxito. Muy pronto os enseñaremos nuestro nuevo *schloss*.

Saludos,

David

Al final, la novela de terror fue por delante; La chica del tambor *vino tras* La gente de Smiley *en 1983, y luego vino* Un espía perfecto *en 1986.*



La carta de Vivian Green a le Carré se ha perdido; pero la respuesta de le Carré sugiere que Green acababa de darse cuenta de que había servido de modelo para George Smiley.

A VIVIAN GREEN

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
12 de febrero de 1980

Mi querido Vivian:

Me alegró mucho que captaras las referencias. No me atrevía con ellas, y siempre me divirtió, en secreto, que no te dieras cuenta de dónde procedían tantas cosas de Smiley: su humanidad, al menos, su percepción de la fragilidad humana y su dificultad para comprarse ropa.[23]

Nunca ha habido nadie que me ayudara a levantarme tanto como tú, y probablemente nadie me dio la sensación de verme con tanta claridad. Sí, era la constructora Dudley & Skipton,[24] y la razón por la que Hatch Beauchamp te viene a la mente es que el vicario de Pilton es Hurst-Bannister[25] (o era: ¡ahora es capellán del gremio de actores de Londres, aunque no te lo creas!).

Ven pronto a vernos, por favor. El libro se vende prodigiosamente —93.000 por el momento, más 125.000 del club de libros—, nunca había visto semejantes cifras en Inglaterra.

Afectuosamente,

David

Tres años más tarde, la cara de Green salpicó los tabloides junto a la de Alec Guinness, cuando se hizo pública la relación. Entre los papeles de Green hay una tarjeta de le Carré, que al parecer venía con caviar y una botella de vodka, en la que se

leía: «De Karla, con amor». En Volar en círculos*, le Carré describe a Green como «mi sabio mentor de Oxford… que me proporcionó con su ejemplo la vida interior de George Smiley».*



A JEAN CORNWELL

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
[Matasellos] 18 de febrero de 1980

Queridísima Jeannie:

Qué amable de tu parte que me escribas. Me alegro mucho de que te haya gustado el libro y de que te emocionara; a mí me entristeció muchísimo cuando lo terminé. Teníamos intención de pedíroslo mucho antes, pero de pronto me sentí muy cansado y deprimido *—post publicatio tristis—* y no era capaz de ponerme delante de nadie, sobre todo de mí mismo. Espero bajar a Cornualles el martes, para estar durante una semana más o menos; el nuevo libro es un proyecto tan grande como horrible y tengo que encerrarme firmemente con él. Stanley Kubrick quiere filmar *La gente de Smiley*, pero lo he rechazado por la BBC.

Cariño

D



La señora Betty Quail le escribe desde Portsmouth sugiriéndole que Smiley se haga católico: «Sería la solución a muchos de sus problemas», incluido el matrimonio.

A BETTY QUAIL

A la atención de John Farquharson Ltd
Bell House · Bell Yard · Londres, WC2A 2JU
18 de marzo de 1980

Estimada señora Quail:

Muchas gracias por su amable e interesante carta. ¿Qué puedo decirle? Como mínimo, que me alegro de que Smiley y toda su gente le hayan proporcionado tanto entretenimiento, y aunque no lo veo yo abrazando a nadie, ni a Ann ni a la Iglesia católica en un futuro próximo, no le quepa a usted duda de que le comunicaré sus esperanzas la próxima vez que hablemos.

Atentamente,

John le Carré

La chica del tambor

No hay consuelo. Smiley no está ahí para animarnos y explicarnos las cosas y decirnos que ya seguiremos en otro momento. Cuando cae el telón, como le advierten a Charlie, en el Teatro de lo Real, nadie se levanta y se vuelve a casa. Los cuerpos se quedan donde están.

—a Melvyn Bragg, *The South Bank Show*, 1983

Le Carré viajó por primera vez a Oriente Medio en 1977, tras la publicación de *El honorable colegial*; estuvo en Israel, Líbano, Jordania y Siria. Su plan inicial era llevarse consigo a George Smiley, pero «no pude encontrar un argumento para él allí».[1] Tras escribir *La gente de Smiley*, regresó en 1980, con un arranque de novela inspirado en la actuación de su hermanastra Charlotte en una función teatral de provincias. Se reunió con mandos militares y de los servicios de inteligencia israelíes, así como con Yasser Arafat, y realizó varias visitas a Beirut. Más adelante declaró que el conflicto árabe-israelí «estaba en mi punto de mira desde hacía mucho tiempo, aunque siempre me había dado mucho miedo».[2]



Un primer esbozo de La chica del tambor *para su abogado norteamericano de toda la vida, Mort Leavy*.

A MORTON LEAVY

14 de julio de 1980

PRIVADO Y CONFIDENCIAL

Mi querido Mort:

THE CHARLIE JOSEPH SHOW

[«El show de Charlie Joseph»]

No se me ocurre mejor título de trabajo para mi nueva novela, pero a continuación va un resumen del proyecto que tengo en mente.

Mi tema es el terrorismo internacional y mi relato trata del reclutamiento, entrenamiento y desempeño de una agente

femenina —en este caso, una actriz inglesa en paro llamada Charlie— que, bajo la influencia de su «controlador», Joseph, se infiltra en células de guerrilla urbana vagamente vinculadas (alemanas, italianas, etcétera) hasta que, tras haber demostrado su valía en una serie de acciones violentas, alcanza la organización objetivo, un grupo extremista que recientemente ha estado perpetrando atentados con bomba contra misiones israelíes en el extranjero, sinagogas, escuelas, etcétera.[3]

A la cabeza de esta organización se encuentra su presa, un tipo a lo «Carlos» que se considera el Che Guevara de la guerrilla urbana y en cuya amante, siguiendo las instrucciones de Joseph, acaba convirtiéndose Charlie.

El clímax de la acción se acerca cuando, tras haber revelado los escondites y los posicionamientos del grupo, Charlie se da a la fuga con su líder.

Mis localizaciones serían Europa Occidental, Oriente Medio (incluido el sur del Líbano y probablemente Trípoli), para llegar al desenlace en Inglaterra, pero prefiero no ser demasiado concreto de antemano porque, como tú bien sabes, me gusta tener la libertad de cambiar hasta el último momento (y me temo que también después, a veces).[4] La historia comienza en Grecia, donde Charlie —inteligente, mordaz y en absoluto bella— está de vacaciones con su amante del momento y un grupo de actores y actrices ingleses en paro. En la playa de Mikonos conoce al distante y puritano Joseph, con quien entabla una amistad platónica por una serie de circunstancias «fortuitas». Cuando su pareja se vuelve a Londres, porque lo han convocado para el casting de una película —un acontecimiento de lo más inesperado —, ella acepta hacer con Joseph un viaje de una semana por las antigüedades griegas. Ha comenzado el cortejo del servicio de espionaje.

Joseph la encandila, la acosa con preguntas, le presenta a su amigo Shlomo en un agradable apartamento de Atenas, la lleva a Delfos, etcétera, y poco a poco le revela que sabe casi tanto de Charlie como ella misma: su aborto, su origen de clase media y su educación privada, y su coqueteo periódico con grupos radicales ingleses como el Partido Revolucionario de los Trabajadores, organismo muy favorecido por los actores y actrices de

izquierdas.[5] Cuando Charlie regresa a Inglaterra, Joseph ya le ha bailado su danza de los abanicos lo suficientemente bien como para llevarla a lo que los profesionales llaman la primera fase de conciencia: sabe que está en contacto con un servicio de inteligencia y que más tarde se le pedirá algo. Sabe —o cree saber — que el servicio es israelí. Por encima de todo, está hechizada por un hombre inteligente y encantador, diez años mayor que ella, que la trata con gran consideración sin ponerle jamás un dedo encima, algo totalmente nuevo y excitante para ella. Su relación es el eje de la historia, y su resolución proporciona el final. Joseph se convierte a su vez en su mentor, confesor, proxeneta, némesis y, en última instancia —cuando ha hecho de ella, entre otras cosas, una proscrita internacional—, en su único salvavidas.

Estoy seguro de que esto es suficiente a efectos de «identificación», y te lo ofrezco en el entendimiento vinculante de que sigue siendo confidencial para las partes implicadas; no solo por razones profesionales, sino porque mis investigaciones me llevarán a varios países árabes, así como a Israel.

Saludos,

David

En 1982, Mort Leavy le presentó a le Carré a otro de sus formidables clientes del mundo del espectáculo, el director George Roy Hill, galardonado por la Academia, que leyó el manuscrito de La chica del tambor *y estaba deseando dirigirla. En la película de Hill (1984) es Diane Keaton quien interpreta el papel de Charlie, reconvertida en actriz estadounidense que trabaja en Londres, en un casting inverosímil. Le Carré le dijo más tarde al director John Boorman que la película era «bochornosa».*



A SIR DICK FRANKS

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
4 de agosto de 1981

Mi querido Dickie:

Mis fuentes me comunicaron ayer que estás oficialmente retirado, lo cual, conociendo a mis fuentes, seguramente quiere decir que has firmado por otros diez años sin la opción. Pero, aceptándolo como cierto, te escribo para enviarte mis más sinceros deseos de una larga, muy feliz y merecida jubilación, y para agradecerte, como nunca pude hacerlo cuando aún estabas en la silla de montar, la amabilidad y el apoyo que lograste mostrarme desde que mi vida tomó su propio y extraño curso. Hubo momentos, creo, en los que me conocías mejor que nadie, incluso cuando llevé tu tolerancia al límite; al menos siempre lo percibí así, y siempre sentiré la más profunda gratitud por tu lealtad y generosidad de espíritu. Ya está. Está dicho. La ocasión brinda la oportunidad. Me habría gustado mucho que, en otras circunstancias, hubiéramos podido trabajar juntos, pero seguramente la verdad es que yo habría sido un desastre en la tarea —igual que Graham [Greene] según él mismo me dijo—, demasiado imaginativo, descuidado con los detalles, nada práctico.

La señora T. me ofreció una Medalla del Imperio Británico hace un tiempo, y no puedo creer que diera un paso así sin consultarte. No me sentí capaz de aceptar. No sé muy bien por qué: las culpas, una modestia peculiar, la sensación de querer quedarme fuera de la ciudadela. En lo que se me alcanza, no fue ni resentimiento ni falso orgullo. Quizá una secreta sensación de que no me lo había ganado. El lío de costumbre. De todos modos, mi almuerzo con la reina hizo de mí un monárquico tan abyecto que no creí necesitar una segunda dosis.

El libro (terrorismo israelí vs. terrorismo europeo) está casi hecho.

[…]

Nos hemos plantado aquí hasta septiembre (nuestro nuevo n.º es St. Buryan 612), tenemos un ala de invitados independiente y una bodega decente, y si alguna vez andas haciendo el vago por Cornualles —este año, el año que viene, cuando sea—, acércate, por favor, y ponnos a prueba. Todo mi cariño a Rachel también. Según todos los indicios —y en este punto mis fuentes son irreprochables—, vosotros dos nos habéis proporcionado el mejor

liderazgo y la mejor moral que se recuerdan en mucho tiempo.

Ah, y *La gente de Smiley* está rodándose en este momento. Guinness está con sus vahídos de siempre, esta vez contra el director: es demasiado algo y no lo suficiente otra cosa. Ahora no recuerdo qué.

Un abrazo para los dos, como siempre,

David



El historiador británico Hugh Thomas coincidió con le Carré en la Sherborne School; formó parte del comité del Monumento Conmemorativo de Yalta de South Kensington, en memoria de las personas desplazadas como consecuencia de la Conferencia de Yalta de 1945.

A HUGH THOMAS

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
25 de enero de 1982

Querido Hugh:

Gracias por la nota sobre el memorial de Yalta. Les he enviado dinero; sí, fue algo verdaderamente horrible. Acabo de volver de Beirut tras un largo encuentro con Arafat. Luego, al Sur Profundo; Tiro y Sidón y el paisaje destrozado. Dentro de unos años, levantaremos un monumento a los palestinos.

Un saludo, *du coeur*,

David (CORNWELL)



En el original, le Carré escribe dos veces «yogur» con «j», al modo alemán. Blessings in Disguise *(«Bendiciones disfrazadas»), el primer volumen de los tres que comprende la autobiografía de Alec Guinness, se publicó en 1985.*

A SIR ALEC GUINNESS

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
27 de enero de 1982

Mi querido Alec:

De veras creo que fue el mejor almuerzo de todos los tiempos, y muy divertido también. Muchas, muchas gracias por ello y otras tantas bendiciones. Puede que tú estés abandonando un poco la dieta, pero Jane y yo, en cambio, estamos empezando a imponérnosla: yogur y sopa y la carretilla parecen una combinación horrible. Esta mañana recibí una carta de Svetlana Stalin,[6] encantada de saber que íbamos a colaborar en un libro de «no ficción filosófica»; firmaba como señora Peters («pero para mis amigos nuevos y viejos sigo siendo Svetlana»). Al parecer, mi agente suizo[7] tergiversó astutamente nuestro interés mutuo, para así generar «una propiedad». Le dijo a S que yo me moría por conocerla, y a mí que S ídem por conocerme a mí, y luego le dijo al oído que yo podría coescribir con ella su nuevo proyecto. Ella entonces se quedó con la idea, y así sucesivamente. Ediciones Espectáculo...

En este sentido, creo que tu plan de no incluir la publicación de tu libro en el mundo del espectáculo, sino hacerlo a tu modo, es excelente. Pensándolo bien, estoy de acuerdo con Merula en que el título[8] no te hace justicia: recuerda demasiado a la penosa *Una especie de vida* de Graham [Greene], como si no le bastara con haber sido un novelista superventas durante cincuenta años, vivir en el sur de Francia, tener mucho dinero y muchas mujeres y descubrir a Dios en el negocio. En tanto que a ojos de casi todo el mundo, con sus penas y todo, la vida de Greene es lo más parecido a la perfección que un ser humano puede conseguir. Creo que hay que recordarlo de alguna manera. Me hizo pensar en ello mi primer editor norteamericano:[9] tras una entrevista mal encaminada que yo hice en la tele, hablando de cuánto me dolía ser yo, me llevó a rastras hasta la estación de Grand Central y me preguntó con mucho ingenio si preferiría ser ellos. Y puesto que tu tema es la gente que te ha hecho la vida interesante, la sensación de falta de completamiento que da el título

(inadvertida) se me antoja un poco demasiado gris. Perdona que te lo diga, pero se me ha ocurrido con el yogur.

Debemos encontrar ocasión sin mucho tardar —me encantaría proporcionarte a los luchadores si fuera posible, pero, en cualquier caso, ahora que has instituido que nos gusta, no podemos pasar mucho tiempo sin caviar...

Un abrazo para Merula y para ti, y de nuevo, gracias.

Como siempre,

David



El 27 de noviembre de 1979 le Carré había rechazado la petición de Mary-Kay Wilmers, de la London Review of Books*, de reseñar un libro del escritor norteamericano John Cheever. Tres años más tarde Bob Gottlieb, editor en Alfred A. Knopf tanto de le Carré como de Cheever, le comunica por escrito a le Carré que Cheever está enfermo.*

A JOHN CHEEVER

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
7 de abril de 1982

Mi querido Maître:

Bob Gottlieb nos escribe que está usted enfermo y nos envía su nuevo libro. El libro goza de tan perfecta y bella salud que sé que Gottlieb nos está mintiendo, como de costumbre; pero si de veras está enfermo, entonces el libro, qué duda cabe, es algo precioso para tener a su lado.

En cierto sentido, me alegro de que no nos conozcamos, porque al menos puedo decirle cosas que ningún inglés decente podría decirle a la cara y sobrevivir. Ha dado usted tanta luz a nuestra lengua común, tanta danza y melodía; escucha con tanta atención su propia habla y el habla de los demás. Y dramatiza esa percepción con tanta gracia. Así que, por favor, cuide bien de nuestra herencia y siga enriqueciéndola.

Le envío, como siempre, mi homenaje y mi gratitud, y mis mejores deseos urgentes de recuperación.

En el archivo de le Carré, el borrador de esta carta no lleva firma. Cheever murió de cáncer el 18 de junio de 1982.



El periodista, diplomático y escritor israelí Yuval Elizur fue corresponsal de Haaretz*, el* Washington Post *y el* Boston Globe. *David Greenway,*10 *que entonces trabajaba para el* Washington Post *en Israel, fue quien se lo presentó a le Carré.*

A YUVAL ELIZUR

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
3 de mayo de 1982

Querido Yuval:

Es una gran alegría saber que, si todo va bien, podrás leer mi libro y comentarlo conmigo. Como ya te dije, tengo previsto llegar el 14 de mayo, viernes, y estar allí unos cinco días. Por tanto, si los dioses lo permiten, tendremos unos tres días libres para hablar, ¡que serán suficientes!

Tregiffian
St Buryan
Cornwall
7 April 82

Dear Maître, ~~Dear John Cheever~~,

Bob Gottlieb
wrote to us that you were ill, and
sent us your new book. The
book is so ~~perfectly~~ and beautifully
healthy, ~~and moving~~ beyond
~~useful~~ praise; ~~and~~ if you are
ill, then ~~the book must be a~~ the book is ~~a~~ surely
a most lovely thing to have beside you.
~~In a way,~~ I am glad (in one sense that) we have
not met, because at least I can say
things to you that no decent
Englishman could say to ~~anyone's~~ anybody's
face + survive. You have given
so much light to our common language, so much
dance + melody; you listen so carefully to how you speak, ~~and they do~~ and to how they do.

[Margin note, marked for insertion after "beyond praise;": that I know Gottlieb is lying as usual; but]

Carta a John Cheever.

Lo normal sería que mi abogado te escribiera una solemne carta proponiéndote las condiciones, pero en realidad no hay tiempo. Lo que sugiero viene a continuación. Te enviaré la carta el viernes por la tarde y te dejaré en paz hasta que me digas que la has leído.

Entonces lo discutimos: y, como verás, la historia es muy sensible, en el sentido de que verdaderamente habla de la naturaleza irreconciliable del conflicto árabe-israelí. No cabe duda de que, en esta fase, habré escrito cosas inexactas, involuntariamente ofensivas, injustas, etcétera. Nuestro trabajo, juntos, es conseguir que la «condición» de ficción quede lo más clara posible. Tengo una lista de cosas que me gustaría discutir contigo, ¡y tú seguramente ya tendrás la tuya! El carácter y el origen de «Joseph», por ejemplo, el desencantado miembro de las

fuerzas especiales israelíes, la verosimilitud de Kurtz, Litvak y su equipo... Tenemos que hablar de todo ello, como escritores, y tú has de señalarme en qué puntos mis necesidades artísticas han ido por delante de los hechos y las realidades. Mi ignorancia en muchos campos es evidente, y de ti dependeré para remediar los fallos. En general, estoy contento con la forma y lo que transmite el relato: en su interior, hay toda clase de cosas que pueden modificarse.

Yo propondría, para la operación inmediata, una tarifa plana de mil libras (británicas) por cinco días de trabajo: dos para leer y tres para discutirlo. Si hay cosas que comprobar después de que me haya ido, preguntas de seguimiento, etcétera, y si sigues interesado en el proyecto, sugeriría que aplicáramos una tarifa *ad hoc* de cien libras por día, cincuenta por medio día, más por supuesto tus gastos: viajes, teléfono, comidas en el trayecto. De alguna manera creo que ese caso no se dará mucho, pero puede suceder. Si estos términos no te parecen bien, por favor, dímelo.

Queda acordado entre nosotros, sugiero, que nuestro trabajo es confidencial hasta que uno de los dos libere al otro de tal acuerdo, porque puede que tú decidas que no deseas que se te asocie con el libro, lo cual sería bastante razonable. Esta cuestión se plantea especialmente cuando hablamos de agradecimientos y reconocimientos al principio del libro, etcétera. En otras palabras, debemos respetar el derecho a la intimidad de cada uno, ahora o luego. Le he mencionado a Jane, por supuesto, y a David, la colaboración prevista, pero me preocupa que, si algunas personas odian el libro (y sin duda habrá quienes lo odien), no se vuelva el asunto contra ti de alguna manera desagradable.

Espero con impaciencia nuestra primera charla y, por supuesto, es posible que haya otras a lo largo del año. Ya veremos cómo va todo y cuánto queda por hacer. Si introduzco cambios de cierta envergadura, sería conveniente que los leyeras antes de mandarlos a imprenta.

Siento haberme extendido, ha sido un placer hablar contigo. Como siempre,

David

P. D. Y si hay algo que no te interese o que no quieras discutir,

¡házmelo saber a mi llegada!



A GRAHAM GREENE

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
6 de septiembre de 1982

Querido Graham Greene:

Le escribo a usted muy avergonzado tras leer la entrevista que me han hecho hoy en *The Times*, en la que parezco afirmar que tengo una relación personal con usted mucho mayor y más significativa de lo que nunca ha sido. Las palabras que el reportero ha puesto en mi boca son, en varios casos, puras sandeces, pero sobre todo cuando se lo nombra a usted. *The Times* parece ser consciente de ello, pues ya ha acordado suspender la sindicación del artículo; nos hemos puesto en contacto con sus editores, señor Greene, y hemos intentado, aunque sin éxito, localizar a su hermana para presentarle mis más sinceras disculpas. El reportero ha tenido la prudencia de irse de vacaciones y desaparecer, pero su jefe ya ha admitido en privado a mi agente que el artículo está lleno de inexactitudes. Lo siento muchísimo. Ambos sabemos, estoy seguro, que este tipo de «entrevistas» pueden ser un instrumento dificultoso, pero la verdad es que esta ha resultado de lo más infeliz. Si lo desea, estoy seguro de que puedo obligar al *Times* a publicar un descargo de responsabilidad o una disculpa o lo que sea, pero me temo que esto no contribuiría sino a agravar la aparente presunción de mis palabras, y atraer el interés sobre algo que probablemente no lo ha despertado mucho. O tal vez prefiera escribirles usted mismo. En cualquier caso, lamento mucho lo ocurrido. Y me aseguraré de que el pasaje sea eliminado si alguna vez este penoso artículo se publica en otro sitio.

Con mis mejores deseos,

David Cornwell



El editor Max Reinhardt mantuvo una larga relación con Graham Greene. Lo incorporó como director a la editorial Bodley Head.

A MAX REINHARDT

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
26 de septiembre de 1982

PERSONAL

Querido Max Reinhardt:

Gracias por ocuparte de todo, GG escribió una carta muy súper. Le debo tanto, en espíritu, en la mera escala literaria, y me pone enfermo la idea de que alguien pudiera pensar que estaba tirando su nombre por los suelos. También me pone enfermo que me comparen con él, porque me basta con saber que su talento es inconmensurablemente superior. Y punto.

Saludos,

David C



A SIR DICK FRANKS

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
24 de enero de 1983

Mi querido Dickie:

He pensado que será mejor que lo sepas: *Newsweek* está preparando un reportaje de portada sobre mí, y en el curso del mismo han desenterrado una buena cantidad de detalles sobre antiguas asociaciones. Parece que todo el mundo ha querido contarles los trapos sucios. Sus digresiones incluyen entrevistas con antiguos miembros de (ambas) oficinas, y *Seitensprünge*[11] tan extrañas como una entrevista con A. B.[12] También han ido a ver a John Bingham, según tengo entendido, y otros exmiembros (no

John) les han contado historias escabrosas sobre mi supuesto talento para idear operaciones de guerra fría (creo que también han estado con «Nigel West»,[13] pero no estoy seguro). Todo lo cual, probablemente, no sirva de mucho a la larga, pero están muy satisfechos de sí mismos. Lo he eludido siempre que pude, pero no tengo demasiadas esperanzas. Así que espero que el follón sea grande.

¿Estás bien? ¿Has vendido la casa, te has mudado a la nueva? Aquí tenemos un nuevo número de teléfono (01) 431 0362, cambiado antes de la publicación. Warners recorrió el Líbano conmigo, *Newsweek* me siguió, volví ayer. La película está en fase de producción, esperan rodarla en septiembre, y yo los estoy presionando para que cojan a Charlotte.[14] Aunque lo dudo. Los israelíes han dejado claro que detestan mi libro, ojalá hubiera sido más duro con ellos, la devastación en el Líbano es espantosa, pero nunca vi el país tan tranquilo: solo una explosión en mis ocho días de Beirut. Tiro y Sidón devastadas, Sabra y Chatila, visiones del Hades. Por favor, no nos neguéis la oportunidad de daros de comer aquí pronto. Cariños para Rachel.

Con mis mejores deseos, como siempre,

David

El reportaje de portada de Newsweek *se publicó el 7 de marzo de 1983. Realizado en Beirut por Alexis Gelber y Edward Behr, avezados corresponsales de guerra y de asuntos exteriores, incluía una cronología extraordinariamente minuciosa de la carrera de le Carré en el servicio de inteligencia en Berna, Austria, y en el MI5 y el MI6, incluidos sus informes sobre grupos de izquierda en Oxford. Tras la publicación de* El espía que surgió del frío*, le Carré fue identificado, por su nombre, como diplomático destinado en Alemania, pero hasta entonces siempre había negado que hubiera sido agente del servicio de inteligencia. Ahora el escándalo, como él mismo señaló, había estallado de verdad.*



A MARGARET THATCHER

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
2 de marzo de 1983

Estimada primera ministra:

No puedo regresar mañana a Oriente Medio sin expresarle antes mi gratitud por el almuerzo de hoy. Fue un gran honor que me invitara, y se lo agradezco sinceramente, y espero que sus conversaciones con el primer ministro holandés hayan sido tan cordiales y fructíferas como parecía. Quizá *La chica del tambor* la alivie a usted durante unas horas de las responsabilidades del cargo; pero, por otra parte, estoy convencido de que todos sus invitados estaban de acuerdo en que alivio era lo último que usted necesita. Gracias de nuevo, y qué discurso tan magistral.

Atentamente,

David Cornwell

Thatcher ofreció un almuerzo en el número 10 de Downing Street a Ruud Lubbers, primer ministro holandés; le Carré se apresuró a añadir a Lubbers a su lista de envío de ejemplares. Thatcher centró su discurso en George Downing, que da nombre a Downing Street; Downing fue jefe del personal de inteligencia de las fuerzas de Oliver Cromwell y luego embajador en La Haya.

Hugh Thomas, recientemente nombrado barón Thomas de Swynnerton, intentó por primera vez reclutar a le Carré para una cena literaria secreta con Thatcher en 1982. Lo intentó de nuevo seis meses después del almuerzo de le Carré en Downing Street. «Lamento no estar aquí en esas fechas. Es un mal momento para mí: timorato, asustado, en plena crisis de pospublicación y hasta las narices de mi propia compañía. Lo de siempre», escribe le Carré el 26 de septiembre de 1983. «Por favor, transmítale mis mejores deseos, si tiene oportunidad. Nunca pensé que pudiera encontrarla admirable, pero de alguna manera sí que la admiro. Aunque las consecuencias, al menos las inmediatas, sean tan desdichadas. Tal vez porque verdaderamente pienso que es una persona honesta y

extraordinaria.»



Janet Lee Stevens, que preparaba un doctorado en teatro egipcio, vivió en El Cairo y Túnez antes de trasladarse a Beirut como periodista independiente; allí cubrió las masacres de Sabra y Chatila. Conoció a le Carré a finales de 1982, mientras este investigaba para La chica del tambor. *Stevens murió en el atentado contra la embajada de Estados Unidos en Beirut el 18 de abril de 1983. Le Carré abrió las donaciones para crear un fondo conmemorativo en su nombre*.

AL SEÑOR [HAZEN] Y LA SEÑORA [JEAN] STEVENS Y JO ANNE STEVENS

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
29 de abril de 1983

Queridos señor y señora Stevens y Jo Anne:

Sabrán ustedes que Janet trabajó con nosotros como guía, intérprete y filósofa irreprimible, mientras George Roy Hill, Loring Mandel[15] y yo visitábamos el Líbano para efectuar un recorrido preliminar por las localizaciones de nuestra película. A petición de ellos, les adjunto sus cartas. Permítanme que añada yo mis propias palabras, en un intento de aliviar un poco su dolor. No es un ajuste cómodo y retrospectivo de la verdad afirmar que todos queríamos a Janet, y no tardamos en nombrarla nuestra instructora y —aún más— nuestro faro moral y compasivo en el dolor y la devastación de que fuimos testigos. Solo habían pasado unos días cuando ya su mirada y su corazón, y su tremendo coraje, se convirtieron de alguna manera en la ventana a través de la cual percibíamos el paisaje que ella conocía tan bien. Fue la sensibilidad de Janet la que nos guio por Sabra y Chatila, el hospital de Gaza y los campos del sur; la asombrosa capacidad de Janet para llegar a los pobres, los afligidos y los indigentes la que nos hizo sentir su difícil situación, y su propio compromiso

inquebrantable. Cuando nos fuimos, le dejé encargado, sin dudarlo, que investigara algunas historias para mí, e incluso la recomendé a un importante periódico estadounidense para que la reclutara. Una vez le dije a Janet que de mayor acabaría siendo tan venerable, si no tan piadosa, como la Madre Teresa, y ella se rio a carcajadas de mí. Pero no nos engañó a ninguno de nosotros: su dedicación a las personas que amaba era absoluta, y no me resisto a añadir que estaba dispuesta a morir por ellas. Y en cierto modo eso fue lo que hizo: permaneciendo, estando allí, negándose a tener en cuenta el riesgo o a abandonar mientras los demás sufrieran. Sencillamente dicho, su valor y su fuerza sirvieron de inspiración a muchas personas. A nosotros entre ellas.[16]

Atentamente,

John le Carré
(David Cornwell)

Un espía perfecto

Me llevó mucho tiempo hacerme a la idea de escribir sobre Ronnie, estafador, fantasioso, preso ocasional y padre mío.

—en *Volar en círculos*, capítulo 33,
«El hijo del padre del autor»

Los logros vitales de Ronnie, aunque poco ortodoxos, fueron deslumbrantes: una serie de quiebras distribuidas a lo largo de casi cincuenta años, por valor de varios millones de libras; literalmente, cientos de empresas con esplendorosos membretes en el papel de cartas y apenas una pizca de capital; una multitud de amigos fieles que sonreían ante sus aventuras empresariales incluso cuando ellos mismos eran sus víctimas; cuatro hijos sanos y exitosos; siete nietos; una fe inquebrantable en su creador; periodos de encarcelamiento en dos continentes que no le dejaron ninguna huella perceptible en nada; espectaculares actos de caridad individual que sus beneficiarios recordarían mientras viviesen, y una virilidad sexual que, según me aseguró solo unos meses antes, aún podía sorprender al más optimista.

—«Spying on My Father» («Espiando a mi padre»),
Sunday Times, 6 de marzo de 1986

Los hijos de padres sospechosos aparecen ya en novelas anteriores de le Carré: el personaje del padre de Cassidy en *El amante ingenuo y sentimental*; y en *El honorable colegial*, Jerry Westerby encuentra el armario vacío en el complejo testamento de su padre. Pero *Un espía perfecto*, texto semiautobiográfico, se centra en un retrato poco disimulado de Ronnie como Rick, el maestro de ceremonias ficticio de la que posiblemente sea la mejor obra de le Carré.



A JOHN Y MIRANDA MARGETSON

Chalet Chamois · 3823 Wengen · Suiza
19 de diciembre de 1985

Queridísimos Miranda y John:

[...]

Lamento haberte entregado una versión tan desaliñada del libro, impresa en papel secante barato y a la mitad de su tamaño. Aquí en el chalet me esperaban tres ejemplares del formato final y habría querido enviarte uno enseguida. Pero la versión final estará lista a finales de enero y en ese momento te enviaré un ejemplar.

Copenhague pasó entre brumas, Finlandia a oscuras, pero fue encantador, en ambos casos. Lo mejor de Helsinki fueron los trozos del viejo Berlín que aparecían de repente, y la espléndida estación de tren *art nouveau* por la noche, y ver partir el expreso Tolstói hacia Leningrado y Moscú (solo faltaba Anna Karénina). Me encantó. Las saunas, no sé. Estuve ahí de pie, en grupo, acurrucados al borde del mar helado. Habían hecho un agujero en el hielo y se disponían a saltar después de la sauna. ¿Haría yo igual que ellos? No, me dije, porque solo hay un agujero. Necesito

dos, pensé, uno para entrar y otro para salir. Silencio desconcertante mientras los finlandeses se deslizaban uno a uno en el sombrío abismo del mar glacial.

Con mucho cariño y gracias de nuevo,

David



Al Alvarez y le Carré fueron vecinos en Hampstead e íntimos amigos durante más de cuarenta años. Alvarez era poeta, crítico, jugador, escritor y escalador, además de jefe de sección de poesía del Observer *durante diez años. Su libro* Offshore *(«Aguas extraterritoriales»), en que habla de sus viajes a los yacimientos petrolíferos de Aberdeen y las Shetland, se publicó por primera vez en dos partes en la revista* New Yorker.

A AL ALVAREZ

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
3 de mayo de 1986

Mi querido Al:

Me quedé un poco desconcertado cuando me preguntaste si había leído el libro porque, de hecho, lo había leído primero en el *New Yorker* y, por alguna extraña razón coyuntural —el viaje, supongo—, no alcancé a expresarte mi entusiasmo, que era considerabilísimo. Entonces H&S me hizo llegar unas pruebas finales, que se me plantaron delante como acusándome, pero me pareció preferible esperar a que llegase el libro, y así sucesivamente. De modo que anoche me senté y lo leí de un tirón, en lugar de leer una mitad en Oshkosh y la otra en Toronto, y me lo pasé de maravilla. (Entre paréntesis, creo que H&S ha hecho un libro muy atractivo. No había visto unos márgenes así desde los tirantes de Marlene Dietrich: una página realmente buena, ilustraciones bien ajustadas, una sensación de sobria calidad corroborada por el texto.) Pero la razón por la que quería escribirte, movido por esta lectura, es que me pareció y me sigue

pareciendo que, como en el libro de póquer, has descubierto una facilidad de narración personal que es a la vez autoritaria y afectuosa y a veces conmovedora: eres verdaderamente tan lector como escritor, y tus ponderadas emociones (como tú dices, de un tipo que ha tenido que esperar cuarenta años para hacer algo que a cualquier colegial le gustaría hacer) son el tono perfecto para la lectura-comunicación y la identificación.

Como también he dicho, me encanta cuando bajas a tierra: el interludio en las Shetland, que nos haces amar, y todo ese tierno pasaje, que en realidad nos dice que se acabó para ellos pero que se van a hundir luchando, es realmente un reportaje clásico. Y, como tú, el lector está para entonces dando zarpazos en la tierra para llegar a tierra, ha tenido suficiente con las espeluznantes plataformas y anhela tierra firme. En cuanto a Aberdeen…

Pero es la humanidad y la voz que has encontrado (eliminando por completo el aditamento del artista) lo que creo que puede llevarte a donde quieras, con libros como este. Sé que te atraen los bordes peligrosos, pero creo que también te permites vehicular lo divertido de una forma que, en ocasiones, os coge a ti y al lector gratamente por sorpresa. Y nosotros nos divertimos contigo, con los hechos haciéndose perceptibles de un salto, de la más gozosa forma.

Lo cual me lleva a apuntar que tú serías el cronista más maravilloso de, digamos, la próxima ascensión al Everest (o quizá de una expedición más divertida) o del ferrocarril transiberiano, o de prácticamente cualquier experiencia de viaje que pueda ocurrírseme en que el cosquilleo del peligro se combine con el contacto humano. Sé que uno, cuando está bajo de moral, piensa «¿para qué molestarse en escribir esta mierda?». Pero sinceramente creo que estás desarrollando un estilo de reportaje personalizado que os brinda a ti y al lector la oportunidad de manteneros jóvenes y comprometidos durante mucho tiempo. En cualquier caso, gracias por esta lectura tan agradable, perdona mi tonta desconexión, y gracias también por el libro en sí y por su preciosa dedicatoria.

Abrazos para los dos,

David



A Ella y Ruby, hermanas de Ronnie Cornwell, les pareció mal el retrato que le Carré hace de su padre, Ronnie, en la realidad y en la ficción, un decenio después de su muerte. El artículo de le Carré «Spying on my father» («Espiando a mi padre») acababa de aparecer en el Sunday Times.

A ELLA HAYMES

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
3 de mayo de 1986

Mi querida tía Ella:

Gracias por tu amable y delicada carta. Lamento, por supuesto, que a la tía Ruby y a ti os hayan enfadado mis artículos y mi novela, aunque doy por supuesto que esta última no la habéis leído.

Permíteme decir en primer lugar que consulté a casi todo el mundo excepto a vosotras antes de publicar el artículo. A mi madre le pareció un cuento de hadas en comparación con la realidad. Jeannie lo encontró admirable, y Joy[1] se lo pensó mejor y renunció a su objeción inicial. Todos los hijos de Ronnie leyeron el artículo y la novela antes de su publicación y ambos textos les encantaron. Lo mismo puede decirse de mis hijos. Mi hermano Tony, que llevaba mucho tiempo queriendo escribir una novela sobre el mismo tema, ha escrito sus propias memorias de Ronnie y está intentando publicarlas, hasta ahora sin éxito.

Echando la vista atrás, lamento no haberos incluido a ti, a la tía Ruby y a la tía Doris entre las personas a quienes consulté de antemano, pero quizá sea porque sabía inconscientemente que no lo aprobaríais, a pesar de que, a mi entender, he escrito sobre Ronnie con tolerancia y cariño, tanto en el artículo como en el retrato ficcionalizado que he hecho de él. He sido un poco más duro conmigo mismo.

No creo que se haya escrito nunca una novela de alguna calidad que no haya ofendido a alguien. Si Dickens se hubiera reprimido

sobre los hechos de su infancia, no tendríamos a Dickens. Lo mismo ocurre con los escritores que tratan temas tan variados como el amor y la guerra. La justificación de lo que he hecho, si alguna es necesaria, está sin duda en el consuelo que he proporcionado a las personas que viven, o han vivido, a la sombra de su propio Ronnie, pues si algo me han enseñado las reacciones de mis lectores es que mi padre era mucho más representativo de lo que yo me di cuenta cuando estaba vivo.

Uno de los temas de la novela es que la hipocresía se nutre del silencio y de la buena voluntad de la gente respetable, y que el engaño, cuando pasa inadvertido, puede trasladarse de una generación a otra. Si leyeras la novela, estoy seguro de que reconocerías, en el rango moral más elemental, el valor que hace falta para decir estas cosas en lugar de esconderlas bajo la alfombra. Como todos los que nos vimos obligados a convivir con Ronnie, a que nos encantase y acabase engañándonos, seguro que has experimentado un gran dolor. Escribiendo como lo he hecho, creo que no solo he aliviado mi propio dolor, que fue prolongado e incapacitante, sino que también he aligerado la carga de otros que, en situaciones enclaustradas, soportan miserias similares sin poder contárselas a nadie.

Todos le disteis a Ronnie una cantidad casi infinita de cariño, como hicieron vuestros padres y los hijos de él, por no hablar de sus esposas y novias. Puede que todos sigamos queriéndole. Creí que eso era lo que sugería mi artículo. Lo cierto es que no hay nada en tu carta que diga que no estás de acuerdo con el contenido de lo que he escrito, sino con el hecho de que escribiera el libro. Pero si para algo sirve un escritor es para expresar en voz alta lo que otros quizá sienten y no pueden expresar, y contribuir así —esperemos— a la suma de la solidaridad y la comprensión humanas. Ahora que el libro está escrito y la historia se ha dado a conocer, mi trabajo ha concluido. Se está preparando una versión cinematográfica del libro para la BBC, de siete horas de duración, que se estrenará en septiembre de 1987, pero yo tendré poco que ver con ella y ya os habréis dado cuenta de que no concedo entrevistas a la prensa ni a la televisión británicas. De modo que el final que me reclamas, aunque tardará en llegar, ya está a la vista. Si realmente te he

causado dolor, lo siento mucho. Pero me pareció que sería una intención cristiana que viviéramos con mayor verdad y franqueza entre nosotros, y reconociéramos las ilimitadas formas en que el dolor y el amor pueden instruirnos.

Te adjunto una copia del artículo de Tony, que creo que deberías leer, aunque solo sea por su tono afectuoso.[2]

Como siempre,

David



A raíz de la novela de le Carré Un espía perfecto*, Vivian Green escribió un artículo titulado «A perfect Spy: A Personal Reminiscence» («Un espía perfecto: una evocación personal») sobre el libro y sus recuerdos de Ronnie y David Cornwell. Entrelazando las historias de Ronnie, sus argucias y su fanfarronería, con la del Rick de la ficción, como «personalidades intercambiables», repasaba la actitud ambivalente de le Carré con respecto a la Sherborne School y su llegada a Oxford. Green nos habla del viaje a pie de los dos hombres por los Alpes suizos tras la bancarrota de Ronnie, de George Smiley como figura paterna ficticia. El artículo se publicó en 1988 en* The Quest for le Carré *(«La búsqueda de le Carré»), una recopilación de nueve ensayos, editada por Alan Bold. Le Carré solía afirmar que él nunca leía los análisis críticos sobre su obra.*

A VIVIAN GREEN

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
5 de noviembre de 1986

Mi querido Vivian:

Acabo de leer tu artículo. Nada que haya leído sobre mí o mi obra me ha impresionado tan profundamente. Me hizo recordar buena parte de mi vida, y lo mucho que tú has contribuido a ella; me hizo recordar tu inteligencia y tu sagacidad, modelo Smiley, y

tus poderes intelectuales. Es un artículo espléndido. No me habría importado que fueses un poco más claro sobre la cuestión del comunismo en Oxford, pero quizá no habría sido prudente.[3] Mi nombre de pluma se escribe en realidad con «l» minúscula, pero lo escriben mal con mucha frecuencia. He introducido unos cuantos pequeñísimos cambios ortográficos en el texto. Lamento no ser más coherente; me ha emocionado mucho tu artículo.

Sí, sí, gracias por el cheque, creo que por fin lo he ingresado. ¿Hay alguna posibilidad de que pueda escaparme una noche a Oxford y cenar contigo? Llevo mucho tiempo queriendo hacerlo, pero me aterroriza [Burke] Trend y sigo pensando que igual me arresta.[4]

Gracias de nuevo por este brillante, provocativo y conmovedor artículo.

Afectuosamente,

David



Philip Roth acababa de afirmar que Un espía perfecto *era «la mejor novela inglesa de después de la guerra».*[5]

A PHILIP ROTH[6]

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
8 de diciembre de 1986

Querido Philip:

Tardé un buen rato en asimilar la magnitud de tu generosidad. Los «uf» reprimidos de mi editor inglés, los «uf» irreprimidos de Gottlieb, la asombrosa calma de la declaración..., demasiado, todo a la vez. Y, por supuesto, en cierto modo, el caso es que no se le puede agradecer a la gente su buena opinión, por mucho que uno se haya esforzado en obtenerla: no la tienen por amor a ti, a veces la tienen a pesar de que no les gustas, a veces les caes bien como persona y sin embargo piensan que escribes basura. Pero hay una dimensión entre escritores en la que podemos decir «gracias» de

verdad, y eso, como digo, es generosidad: al final eres tú quien ha de tener las agallas de decir lo que piensas, y defenderlo y vivir con ello. Porque las frases nunca se pierden. Y eres tú quien probablemente tendrá que luchar contra las burlas de tus amigos, lo de «francamente, Philip, viejo amigo, te has pasado un poco, ¿verdad?». Y con una reputación literaria que proteger tan augusta como la tuya, has tenido un gesto asombrosamente generoso, y te estoy profundamente agradecido, y no puedo dejar pasar más tiempo sin decirlo: gracias de corazón, para siempre, por la mejor frase en el mejor momento de la mejor fuente, siempre. Y eso es lo último que tengo que decir. En boca de cualquier otro, estas mismas palabras habrían sido un pico normal en el panorama valle-pico-valle que atravesamos según vamos leyendo cosas sobre nosotros mismos. En tu caso, querido Philip, como ya debes de saber desde hace mucho tiempo, el elogio tiene un origen único: no puedo ocultarte que para mí eres uno de los tres o cuatro mejores escritores en inglés de este mundo, por no decir el mejor: y sin duda el mejor humorista vivo, y sin duda el más elusivo y veraz... Oh, mierda, me estoy dejando llevar demasiado.

En cuanto a la cena del miércoles: mi problema es mi madre, sobre quien se cierne todo el tiempo el final de la vida, y está en cama y la van a operar de la cadera el miércoles, después de que la llevemos a dar un paseo en coche. J y yo pensamos que vamos a estar demasiado jodidos al volver, y nos parece bien tu sugerencia de que lo hagamos con más calma en Año Nuevo, en lugar de volver corriendo a la cocina. Tal vez para cuando recibas esto, ya hayamos concertado un día.

No suelo escribir cartas tan largas ni tan malas. Pero me habría resultado difícil en cualquier momento recurrir a una insípida expresión de afecto, después de tus doradas y valientes palabras.

Saludos,

David



A JANE CORNWELL

634 Charles River Street · Needham · Cerca de Boston
13 de marzo de 1987

Querida mía:

Debe de hacer cien años que no te escribo una carta de amor. Lo normal eran cartas deprimentes, evasivas, que aflojaban los votos al mismo tiempo que los renovaban, matizadas, atormentadas, lo contrario de tranquilizadoras. Pero en el último año, más o menos, he venido sintiendo por ti cosas que no creo haber sentido nunca antes: una confianza en tu amor y tu bondad y tu humilde falta de egoísmo, una inmensa gratitud por tu secreta comprensión de mi persona, y una inmensa gratitud por tu comprensión secreta de mí, y por tu perdón infinito de mis inconstancias mentales y de comportamiento, mientras intentaba llegar al centro de mí mismo, a menudo a costa de ambos, y a ti —como madre de Nicholas—, te he amado muy particularmente, porque, como sabes, a veces tu amor por ambos es como un solo amor, y abraza al niño que hay en mí igual que lo abraza a él, y es la fuente de nuestra fuerza colectiva. Y te quiero también porque has conseguido, sin incurrir en intromisión, convertirte en familia de mi yo escritor, provocadora y proveedora de cosas buenas, quien redondea y amplía las ideas, ora prácticas, ora abstractas, en resumen, mi indispensable colaboradora literaria y editora de primer nivel, algo totalmente desconocido para cualquiera que no pertenezca a nuestro círculo más íntimo, pero esencial para mí en esto como en tantas otras cosas. Fue así, amor mío, como conseguiste mi renacimiento, mi supervivencia y, finalmente, mi actual celebración como novelista, y sé que sin ti no habría sido posible.

Así que esta carta es para expresarte y agradecerte todo eso y mucho más, y para renovar mi compromiso contigo sin reservas, y para augurarte una mayor felicidad en el futuro, y un amor creciente, que llena y define el espíritu, también una espiritualidad creciente, y, creo, una armonía y un aprecio mutuos cada vez mayores.

¿Es esto una carta de amor? ¿Da suficientes gracias? ¿Dice suficientemente que siempre me siento solo sin ti, incluso cuando sé que debo marchar solo? ¿Que te deseo? ¿Y que también deseo

reavivar e intensificar nuestra vida amorosa, hacer más el amor y más viajes juntos? Espero que sí exprese todas esas cosas. Y que te quiero. Y que, contradiciendo muchas malas señales del pasado, me comprometo contigo en amor y constancia para siempre.

David

La casa Rusia

Cada novela que escribí fue una vida completa. Las novelas que escribí sobre Rusia fueron vidas que tú me permitiste llevar…

—a Vladímir Stabnikov, por email, 4 de marzo de 2016

La fascinación de John le Carré con Rusia era tal que, en los años setenta, volando hacia Extremo Oriente, hizo escala en Copenhague para aterrizar en Tashkent, donde pudo «oler los vapores de la gasolina rusa en el asfalto caliente» y ver los rostros iluminados por lámparas de los miembros de las tribus.[1] Al mismo tiempo, rechazó cualquier invitación oficial de la Unión de Escritores Soviéticos mientras esta aprobara públicamente el encarcelamiento de sus miembros. El jefe de espías del Centro de Moscú, Karla, fue el protagonista último de George Smiley, pero le Carré no llegó a visitarlo en su casa. Sin embargo, un año después de la publicación de *Un espía perfecto*, el foco de atención de le Carré pasó directamente de su padre a la Rusia de Mijaíl Gorbachov. Rusia, los rusos y la región rusa proporcionarían a le Carré material para varios libros importantes: *La casa Rusia*, que «introdujo la glasnost en el espionaje»,[2] *Nuestro juego*, *Single & Single*, *Un traidor como los nuestros* y *El hombre más buscado*.

Para cada uno de estos libros, le Carré encontró guías que le mostraran el camino hacia la vida de los demás. Vladímir Stabnikov fue su anfitrión oficial en la primera visita de le Carré a Moscú en 1987, mientras investigaba para *La casa Rusia*; Stabnikov tradujo *El espejo de los espías* al ruso, y en 1994, como director del PEN ruso, ayudó a le Carré con la investigación para *Nuestro juego*.

John Roberts —durante veinte años director de la Asociación Gran Bretaña-URSS— hizo de guía y traductor de le Carré en 1987; mientras que Federico Varese, especialista en la mafia rusa, lo asesoró tanto para *Nuestro juego* como para *Un traidor como los nuestros*.

En 1987 le Carré realizó dos visitas a Rusia de unas dos semanas cada una, en mayo y septiembre. En su visita al Centro de Moscú, el cuartel general del espionaje soviético, encontró estudiantes rusos que leían en máquinas de

tratamiento de textos sus novelas pirateadas.[3]

«Mi vida secreta y mi escritura constituyen una mezcla embriagadora e irresistible para la mentalidad rusa, tanto en la época soviética como ahora», le escribió le Carré, años más tarde, al biógrafo de Graham Greene, Richard Greene, por correo electrónico, el 28 de julio de 2019. «Es demasiado fácil para mí olvidar que en la tradición rusa los escritores gozan de una estima infinitamente mayor de la que podemos concebir en nuestras sociedades occidentales. Los escritores de la tradición rusa alientan revoluciones, las frustran, moldean las mentes de amigos y enemigos. Son elevados al cielo, vilipendiados, fusilados o exiliados, o las cuatro cosas. Ganarnos, ganarse nuestro favor occidental, es para un ruso casi un deber nacional. Y si a ello añadimos la mística del venerado y temido servicio secreto británico (a pesar de todas las cagadas del mundo), nuestro atractivo es absoluto.»



A JOHN ROBERTS

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
12 de mayo de 1987

Querido John:

[…]

No quiero verme con Philby en este viaje, y la respuesta a cualquier sugerencia en este sentido ha de ser un escueto «no, gracias». Estoy seguro de que hacer lo contrario sería avergonzarte a ti, a la Asociación, al embajador y, de hecho, a mí mismo. Como ya te he dicho, me gustaría conocerlo por razones zoológicas, pero no a costa de nadie. Y en este viaje, absolutamente no, bajo ningún pretexto, en ninguna circunstancia.[4]

Mi única otra preocupación es que [el embajador británico] Bryan Cartledge sabe con certeza que vamos a ir —estoy seguro de que se lo has dicho— y que hemos desechado la idea de la

conferencia de prensa, lo cual, dadas las circunstancias, estoy convencido de que era lo más sensato. Pero a él no le he dicho que la hayamos desechado. ¿Te pones tú en contacto con él, o prefieres que lo llame yo?

Y por fin hablamos de tus gastos por acudir tan amablemente —algo que te agradezco mucho— y me dijiste que en algún momento me darías la oportunidad de contribuir, cosa que haría con mucho gusto.

Saludos cordiales, David



Stabnikov, antiguo funcionario de la Unión de Escritores Soviéticos, accedió al cargo de primer director del PEN ruso en 1989. Acompañó a le Carré a Moscú y a Leningrado en 1987, en calidad de guía oficial, y más tarde a Kazajstán y Kirguistán. Colaboró en la traducción de El espejo de los espías *al ruso, y más adelante visitó Cornualles en dos ocasiones. Calificó a le Carré de «ornamento de la humanidad».*

A VLADÍMIR STABNIKOV

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
12 de junio de 1987

Querido Vladímir:

¿Qué más puedo decirte? Fue maravilloso, lleno de información, ilustración y corazón. El caviar me supo un poco a nostalgia en Suiza, no tuve sensación de alivio al partir y sí una extraña sensación de tristeza al aterrizar. Quizá habría sido diferente si hubiera volado directamente a casa.

Y lo hiciste todo tan bien, ¡incluido el fin de semana de traducción, cuando podrías haber estado cuidando de tu familia! Sentí tu apoyo y tu soberanía por igual, y me siento muy agradecido por ambos, y sigo estándolo. Por favor, haz todo lo posible por venir pronto. Hay muchas cosas que te harán reír, aunque no puedo garantizarte los taxistas monárquicos.

Gracias de nuevo. Te envío libros por mediación de la embajada.

Con mis mejores deseos,

David



John Margetson ocupaba entonces su último destino diplomático como embajador británico en los Países Bajos, donde su predecesor había sido asesinado por el IRA. Fue nombrado caballero en 1986.

A SIR JOHN MARGETSON

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
24 de septiembre de 1987

Mi querido John:

De vuelta por fin del Algarve (Gerrards-Cross-sur-mer), de Moscú (segundo viaje para completar el libro), de Leningrado (para ver a Sájarov y Bonner, que pasaban allí la semana),[5] de Capri (para recoger un premio italiano de literatura y charlar en medio de la niebla tóxica) y de Zúrich, por razones que apenas se me han quedado en la memoria, y ahora Jane me recuerda tu cariñosa y amable invitación a que te visitemos antes de que acabe tu gira y te consagres por fin a una profesión honesta. Y nos encantaría decir «sí» pero, sinceramente, John, no creo que podamos o debamos, porque es hora de que eche el cierre y escriba mi obra largamente retrasada, y lo hemos cancelado todo, incluso la Navidad en Wengen, hasta que tenga un primer borrador completo.

¿Sabrás perdonarnos? Resulta que las cosas rusas, sencillamente dicho, se me esfuman en cuanto me alejo del lugar, a menos que me esconda de veras a mirar paredes en blanco: en particular la extraordinaria y triste compasión que encuentro revoloteando en mi interior cuando miro a esa gente engañada, mal gobernada y alegre y sus enormes bosques de ladrillo. Mi mejor momento fue

cuando me ofrecieron la oportunidad de conocer a Philby,[6] que rechacé. Genrikh Borovik, un viejo matón que está escribiendo la «biografía» de P. y que tiene diecisiete horas de grabaciones con él, me dijo lo buen tipo que era Kim y lo gran patriota que era. Le contesté que estaba totalmente de acuerdo. Era igual que Penkovski, dije: divertido y más recto que una vara. Lástima que el pobre Oleg[7] no estuviera en Londres, le dije, para presentarle a Genrikh. A Genrikh casi se le sueltan los tirantes y dijo que los casos eran muy diferentes. Le dije que los dos querían joder a sus superiores y Genrikh me dijo que podíamos continuar la conversación mañana por la noche en la recepción del embajador británico. Estuve de acuerdo, pero le advertí de que tendríamos que tener mucho cuidado con los micrófonos. Por un momento, asintió con la cabeza y la complicidad fue absoluta. Luego soltó una carcajada, recordando demasiado tarde que los micrófonos los había puesto él...[8]

Un abrazo para los dos/para todos y perdónanos,

David



Le Carré recibía toda clase de cartas de personas fascinadas por el mundo del espionaje: desde antiguos espías hasta aspirantes a espías, pasando por quienes se sentían espiados y todos los tipos intermedios. Nicholas Greaves, un niño de diez años, le escribió preguntándole cómo ser espía.

A NICHOLAS GREAVES (DE DIEZ AÑOS)

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
31 de enero de 1988

Querido Nicholas:

Muchas gracias por tu carta. Para ser espía, primero tienes que saber lo que piensas del mundo, a quién te gustaría ayudar, a quién frustrar. Esto, me temo, lleva su tiempo. Además, tienes que

decidir cuánto estás dispuesto a hacer mediante métodos deshonestos. Eres muy joven para decidir ser deshonesto. Supongo que quieres emoción y una gran causa. Pero creo y espero que si alguna vez encuentras la gran causa, tu emoción se derive naturalmente del placer de servirla, y entonces no necesitarás engañar a nadie, habrás encontrado lo que buscas. Y serás más que un espía. Serás un hombre bueno y feliz.

Mis mejores deseos,

John le Carré



David Greenway le había servido de guía a le Carré por el sudeste asiático, donde pasó siete años escribiendo sobre la guerra de Vietnam para la revista Time *y el* Washington Post. *Le Carré recurre ahora a Greenway y a su esposa, J. B., para hacer averiguaciones sobre los personajes norteamericanos de* La casa Rusia.

A DAVID y J. B. GREENWAY

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
11 de agosto de 1988

Queridos David y JB:

Nico ha llamado esta mañana y su voz estaba embutida de placer. Es maravilloso que su primer vuelo en solitario haya sido, por elección propia, hacia vosotros, y estoy seguro de que habrá aprendido todo tipo de sabores y gustos maravillosos e inolvidables y recuerdos para toda la vida; sin duda que le habrá supuesto una enorme satisfacción veros en vuestros dos hábitats, Needham y Maine. Estamos impacientes por recogerlo mañana y conocer todas sus novedades, que probablemente surgirán de forma parcial e incidental a lo largo de varias semanas. Espero que haya sido un buen invitado; pretendía serlo, pero siempre puede uno meter la pata.

En cuanto a nosotros, a mí, el libro ha dado un salto repentino

y me encuentro con un manuscrito de 350 páginas con el final a la vista. North Haven tiene un papel clave, al igual que el obispo.[9] Mi dilema —o placentera elección— es ahora si completar todo el libro primero, de una u otra forma, y después hacer la investigación, o si hacer a continuación lo de Boston North Haven, y más adelante terminar el libro. Creo que, a fin de cuentas, porque/aunque [«porque» va añadido encima de «aunque» en el manuscrito] investigar siempre es mucho más divertido que escribir, debería terminar el manuscrito y luego llevármelo con todos sus defectos a Estados Unidos para la revisión definitiva. Ahora que necesito averiguar tantas cosas en Estados Unidos —desde cómo funcionan (o no) los detectores de mentiras hasta el verdadero sabor de los Primos—, creo que lo mejor será fijar de principio a fin todas mis escenas y personajes clave, y luego trabajar dentro de esa matriz. Como Truman Capote, he decidido que no soy escritor, sino reescritor. Pero la alternativa es caótica.

Lo que tengo pensado, pues, es resolver toda mi historia del mejor modo posible. Supongo que aún me quedan dos o tres meses más de escritura original —y luego ponerme contigo, si puedo, y ya me dirás tú si te viene bien o no. Incluso puede ser que te deje un manuscrito «terminado» en Wengen y me ponga contigo en Año Nuevo, si te parece bien. Me importa mucho que todo lo tocante a Estados Unidos me salga esta vez muy bien y muy entretenido. Incluso, Dios mediante, imparcial...

Inglaterra está extraordinaria en este momento. Te divertirá saber que Gottlieb (Alto Secreto, esto) me ha ofrecido la sucursal de Moscú del *New Yorker* y espera ansiosamente mi decisión.[10] Yo, por mi parte, estoy deseando no tener que escribir nunca más sobre los rusos. Es un poco como si me hubieran propuesto quedarme en Hong Kong tras escribir el *Colegial*.

Almorcé en casa del padre de Willie con Thatcher y Dennis, y los Powell (el exsecretario del Foreign Office y su silvestre esposa italiana)[11] y de súbito caí en la cuenta de que somos un estado de partido único y de que ella no tiene la culpa de que no haya nadie que le pueda hacer sombra en lo tocante a argumentos forenses o a la campaña electoral de Tamany (¿?) Hall. Sus puntos de vista también son bastante interesantes: hay tres hombres en el mundo

que se hallan en el punto de inflexión de sus destinos políticos y que están obligados a cumplir o quitarse de en medio: Peres, Gorbachov y (qué gozo) Bush, a quien envía frecuentes cartas recriminatorias. *La chica del tambor*, un BUEN libro (martillazos en todos los adjetivos), porque mostraba a los terroristas tal como eran y demostraba que el O. M. apenas tiene solución. Le interesó que hubiera conocido a Dukakis: «Me dicen que es muy sosaina». Comentó lo duro que era tener que ver a las familias de los rehenes cada seis meses, pero tanto ella como las familias sabían que había que hacerlo. «Y yo cada vez les digo: probablemente podríamos hacer suficientes concesiones para comprar su salida. Pero no debemos hacerlo, sencillamente porque afectaría a un nuevo montón de gente, y habría más secuestros. Reagan tuvo un momento de debilidad y miren adónde lo llevó la cosa.» Y sobre el propio Reagan: «La gente lo interpreta mal. Tiene unas tres grandes convicciones, cosas que lo afectan profundamente. Si lo relacionas todo con esas tres cosas, te hablará directamente, te entenderá y te apoyará. Es un hombre de mucha más talla de lo que generalmente se cree». Los demás habríamos querido preguntarle «ah, caramba, ¿qué tres cosas?, pero el padre de Willy se había olvidado de proporcionar un cuchillo para el salmón *en croûte*, así que la señora Thatcher decidió partirlo con dos tenedores. Por un momento, dio la impresión de que también le daba muerte.

Dennis es mucho más duro de lo que supones. Bebe más de lo que dicen los rumores, te rebuzna aforismos de club de golf, tiene una serie de valores que dejaría a todo el mundo asombrado en la cena anual de los Rotarios (¿Osos?), [...] y a sus setenta y dos años sigue refiriéndose a la señora T como la futura viuda Thatcher. Lee. Le gusta Archer, le gusto yo: «¿Por qué no recuperas a Smiley?». Dice que Archer y él se han hecho «grandes amigos de verdad». Realmente, entre ellos, lo que necesitan es un Kapuściński.[12]

Gracias de nuevo por haberle proporcionado a Nico una temporada estupenda. Escribo esto ahora porque sospecho que el correo portugués está en temporada alta y, de todas formas, es divertido esperar a que él vuelva. Este lunes, ¿puedes creerlo?, Hacienda retiró la gran mayoría de sus reclamaciones contra mí,

y en una carta extrañamente humana admite que su interpretación de mis asuntos había sido errónea. Eso no significa que el asunto esté resuelto, pero tal vez evolucione un poco a nuestro favor.[13]

Con afecto para todos,

David



En 1988, mientras le Carré se ocupaba del fantasma de su padre en *Un espía perfecto*, su madre, Olive, seguía viva, aunque enferma.

Olive Moore Cornwell, más tarde Olive Hill, abandonó a le Carré y a su hermano Tony cuando le Carré tenía cinco años, y este no volvió a verla hasta los veintiuno.[14] «Mi madre nos abandonó cuando mi padre concluyó su segunda estancia en prisión y acababa de atravesar por su segunda o tercera bancarrota»: así se lo describió le Carré a su psiquiatra, el doctor Bockner.[15]

En esos primeros encuentros, su madre le contó que Ronnie le había contagiado una enfermedad venérea y que le había dado una paliza, algo que no sorprendió a le Carré, que había visto ese mismo comportamiento con su madrastra. En 1968, cuando ya había estado con ella tres veces, le dijo a Bockner: «Me negué a volver a verla... No la he vuelto a ver desde aquellos espantosos encuentros, y la verdad es que me resulta tremendamente difícil aguantarla».

En *Volar en círculos*, de 2016, le Carré recordaba: «A los veintiún años acabé localizándola y, a partir de entonces, me ocupé de sus necesidades, no siempre de buen grado».

«En la residencia de ancianos donde vivió sus últimos años, pasábamos mucho tiempo deplorando las fechorías de mi padre, o riéndonos de ellas. Cuando continué visitándola, me di cuenta de que había creado para sí misma —y para mí— una idílica relación maternofilial que llevaba fluyendo ininterrumpidamente desde mi nacimiento hasta la actualidad.»

Parece que las únicas cartas de le Carré a su madre que se conservan fueron escritas en 1988 y 1989; se las envió por fax, a veces por mediación de Alex, hija de Olive y hermanastra de le Carré. Resultan anodinas desde el punto de vista emocional; le Carré se mantiene en terreno seguro, enviándole palabras de ánimo cuando Olive se somete a una operación de espalda y luego regresa a su residencia, con entusiastas noticias familiares y bucólicas descripciones de Cornualles y Suiza, mientras él se desplaza entre Londres y allí. No hay en esas cartas ninguna exploración de la relación entre ambos, ni de lo que podría haber sido. Parecen cartas de esas que se escriben a casa desde el colegio.



A OLIVE HILL

Por fax · Londres
11 de julio de 1988

Queridísima madre:

¡Buenas noches! Tuvimos un viaje de vuelta seguro, ligeramente *piano*, y nos olvidamos de encender el acondicionador de aire. Pero el teléfono del coche nos permitió asegurarnos de que el té estuviera esperándonos. Ahí tienes otro ejemplo de la era moderna.

Nunca habrá otra generación como la tuya. Cuando naciste, no había ni un avión en el cielo, y tanto mejor para el cielo. La radio era un milagro y no había anestésicos. Ahora tenemos el Servicio Nacional de Salud, la maldita tele, y tú regresas de la perrera con un agujero en la espalda. ¿Dónde está el progreso?, nos preguntamos. Como dicen en Rusia, «es todo un espejismo».

Me encantó verte hoy, estuviste maravillosa. Siempre que piense en ti te recordaré rechazando a los fumadores y observando a los vencejos. A veces el paraíso está muy cerca de casa. Y gracias a Dios que allí te quieren bien. De veras que sí.

Cuídate, y tengamos pronto otro encantador encuentro.

Con mucho cariño,

David



A OLIVE HILL

Fax a Alexandra Williams, por favor, pásaselo a mamá
Por fax · Cornualles
4 de agosto de 1988 · Una de la tarde

Queridísima Muvver:

Llevo garrapateando desde primera hora de la mañana y solo ahora levanto la cabeza del papel para desearte que lo pases mucho mejor que antes en chirona, que la espera para recibir el equipo que tanto necesitas sea muy breve y que tengas aguante y buen ánimo cuando el dolor no te deje dormir.

Mi libro va de maravilla ahora, el tiempo ha sido de ensueño, el aire del Atlántico hace que ambos nos sintamos diez años más jóvenes y los malditos albañiles están convirtiendo la sala de juegos en un par de dormitorios porque ahora hemos trasladado la sala de juegos al exterior. Los perros apestan, porque han comido demasiado conejo. Acabo de hablar con Nico, que está navegando en Maine y le encanta. Esto te llega por fax de nuestra parte con todo nuestro cariño y buenos deseos. Alex dice que las flores no servirían de mucho en este momento, ¡pero te las enviaremos por telepatía de todos modos!

XX

David



En agosto, le Carré escribe diciendo que está «en las últimas fases de la nueva novela, unas cien más». Se trata de La casa Rusia.

A OLIVE HILL

Por fax

Chalet Chamois · 3823 Wengen · Suiza
8 de septiembre de 1988

QUERIDOS TODOS:

LA PRIMERA DE LAS SEIS PÁGINAS PARA OLIVE HILL, POR FAVOR

Mejores deseos. David C

Mi queridísima madre:

Jane me acaba de decir por teléfono que Alex le ha dicho por fax que estás de vuelta en Howard House, para gran alivio nuestro, y que estás medio curada, por no decir del todo, y que si te mando un fax puedo ganarle al cartero en huelga, lo cual siempre es un placer. Ayer llegué aquí procedente de Portugal, donde Jane, Nico y yo pasamos unas vacaciones increíbles porque:

1) Hizo sol todo el tiempo, nadamos y jugueteamos y pasamos una temporada agradablemente vacía.

2) Para asombro de todos menos suyo, Nick sacó siete Aes y una C en sus exámenes de GCSE* y parece que sacará una octava A por su trabajo de diseño.

3) Terminé mi libro, puse el punto final. Y aunque me quedan muchas cosas por hacer, es un gran alivio para mí, para Jane y para todos los editores. También creo que es bastante bueno, o podría serlo. Que les den a todos, pues. El bebé tendrá qué comer.[16]

[...]

Han sido unas vacaciones verdaderamente felices. Muchos hombres tienen la fantasía de casarse con sus secretarias, y yo, en el mejor de los sentidos, lo he hecho, porque Jane es secretaria, editora y, sobre todo, amiga, y es muy divertido compartir el trabajo y que dé sus frutos. Y el plus, como se dice ahora, es el amor.

[...]

Otras noticias: imagíname. En los Alpes hace un verano indio precioso, sin gente, flores que dan ganas de comérselas y un sol bajo sobre los campos de heno que huele a campo de críquet en cuanto entras en la sombra. Ya hay noches húmedas y navideñas,

hace falta encender la chimenea cuando se pone el sol. Mi cuarto de trabajo tiene vistas a todo el pueblo y al valle de Lauterbrunnen, y esta es la extraña hora de la tarde en la que una niebla mugrienta se desprende de las montañas, convirtiendo los rayos de sol en humo de cañón. En una hora volverá a estar despejado y anochecerá. Enormes rayos de sol sobre los picos, disparados hacia el valle. Y los malditos pájaros parloteando como locos, sin respeto alguno. No puede uno fiarse de nadie, estos días.

Queridísima madre, espero que te sientas de maravilla por haber vuelto al trullo, donde te conocen y te quieren. Iremos a verte muy pronto, después de mi regreso.

Como siempre,

David



Bruce Hunter pasó a ser agente de le Carré en 1985 y trabajó con él durante más de veinte años.

A BRUCE HUNTER

Por fax
Londres
27 de enero de 1989

Querido Bruce:

Gracias por la propuesta de Oxford University Press para la «Biblioteca Oxford Bookworms».[17] Creo que deberíamos pedir a OUP que abandone su búsqueda. No me opongo tanto al truncamiento del libro como a la selección y la expresión de la información que el adaptador ha conservado. (A pesar de que es un antiguo alumno de Shirburn, colegio del que fui alumno y que detesto especialmente.)

Me parece que el relato se ha «infantilizado» de una forma que ni es necesaria ni resulta atractiva para los jóvenes. A estos les gusta que no les quiten la cabeza ni los dientes a las cosas. Él se los ha quitado, y también las pelotas.

Así que, si estás de acuerdo, digamos «no, gracias».

Saludos,

David



En diciembre, le Carré informa a Olive de «mucho entusiasmo por mi nuevo libro, La casa Rusia*», prometiendo enviarle unas pruebas a principios del año nuevo*.

A OLIVE HILL

Por fax

Cornualles

24 de marzo de 1989

Mi queridísima madre:

Llegué aquí hace dos días tras un interminable viaje con los galgos en el jeep Mercedes, desde las 4.15 de la mañana, y después desayuné con un amigo anticuario en Wells,[18] y luego seguí, y seguí, y seguí, con mucho viento, que el jeep, como es alto, se tomaba a la tremenda.

Luego, mientras llegaba Jane, pasé el tiempo terminando el guion de la película de Stephen,[19] lo que molestó enormemente a los perros, porque están en el convencimiento de que escribir interfiere en la cacería de conejos, que es para lo que todas las personas sensatas acuden a Cornualles. Y los conejos no se cazan quedándose uno ahí sentado, sin más.

Anoche cené con unos viejos y queridos amigos[20] y les hice un pollo con beicon y salchichas, y admiramos las nuevas jambas de la puerta, las que compré la última vez que estuve aquí, unas cosas enormes, de 3,35 metros, de granito, procedentes de una capilla de Hayle, y que ahora tienen un aspecto muy señorial, pero no demasiado, esperemos.

Y hoy han llegado Jane y Nico, que también salieron al amanecer y tuvieron que lidiar con el tráfico de día festivo, y Jane ha tenido la sensatez de irse a la cama, y Nico está instalando su ordenador, y los perros murmuran entre ellos sobre

la cena, que aún no ha llegado, y la sirena de niebla está sonando, lo que siempre es un fastidio, pero en los días de calma es peor que en los de tormenta, y este día empezó tormentoso y al final ha decidido quedarse tranquilo.

Jill me ha dicho que han llegado los narcisos, los normales y los que son blancos como el papel, así que espero que tu habitación huela como la salita de una furcia. Estaremos aquí tres semanas, luego volveremos a Londres, y entonces iremos a verte. Mientras tanto, me mantendré en contacto por fax.

Con mucho cariño,

David

Olive Hill murió el 17 de abril de 1989. Le Carré estuvo con ella en las horas previas, perdiéndose el momento de su muerte por unos minutos. Los faxes que le envió incluyen una última y larga carta de Tony, el hermano de le Carré, repleta de noticias familiares; en ella le habla del patriarca de una familia republicana estadounidense, de noventa y nueve años, que tenía una amante cuarenta años más joven. Este hombre «me hace pensar, quizá injustamente, en lo que podría haber sido Ronnie», escribe Tony.



A VLADÍMIR STABNIKOV

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
9 de marzo de 1989

Querido Volodia:

Ya sabes que no se me da bien escribir a máquina... He intentado llamarte un par de veces, y al final decidí que de todas formas era mejor escribirte, porque así puedes aclarar tus ideas antes de contestar.

Y puedes contestar exactamente como quieras, porque no me va a dar un ataque de rabia si te limitas a decirme que prefieres no aceptar mi petición.

Que es la siguiente. Mis editores, tanto aquí como en Estados

Unidos —y estoy seguro de que en otros lugares cuando los consulte—, están loablemente entusiasmados con *La casa Rusia* y les gustaría promocionarla como libro transfronterizo, el primero de este tipo que se publica en Occidente desde que comenzó la perestroika: un libro de un optimismo inusitado, una novela contra el espionaje y, sobre todo, una novela que podría ser —y esperamos que lo sea— tan útil en la Unión Soviética como en Occidente, para superar los prejuicios de los lectores y confundir los márgenes ideológicos tradicionales que han sido hasta ahora, por supuesto que en ambos lados, nuestra maldición. Lo que les gustaría, por consiguiente, lo que consideran ideal son frases y opiniones de personas de la Unión Soviética que pudieran servir para presentar el libro al público occidental. Por ejemplo, de un destacado redactor de una revista soviética (*¿Novy Mir?*). Por ejemplo, de un profesor de Literatura inglesa de una universidad soviética (¿Estatal de Moscú?). Por ejemplo, de un editor soviético, o incluso del escritorio del distinguido Volodia Stabnikov... Pero solo si esas personas están dispuestas a que sus frases se hagan públicas, evidentemente. De no ser así, nuestro propósito se vería frustrado, pero preferimos fracasar en nuestro propósito antes que poner en una situación embarazosa a nuestros amigos soviéticos.

Y una condición secundaria y obvia sería que el inglés del lector fuera lo suficientemente bueno como para leer las pruebas. (Tendremos pruebas de presentación dentro de tres semanas.) Si hubiera alguna esperanza de conseguir lo que pretendemos, podría enviarte diez o doce ejemplares de las pruebas por mediación de la mensajería Barry Martin alrededor del 5 de abril, quizá antes. Nos gustaría disponer de seis frases, pero con tres podría bastar.

¿Podrías pensarlo un poco y después te llamo? Digamos que dentro de una semana, cuando esté seguro de que has recibido esta carta. Y si la búsqueda es inútil, solo tienes que decírmelo. Si no lo es, tendríamos que disponer de las frases antes del 5 de mayo, para utilizarlas oportunamente.

Sospecho que a la prensa y la televisión de Estados Unidos y el Reino Unido también les gustaría cubrir la historia en el lado soviético, si les damos oportunidad. Pero antes quiero conocer tus

reacciones.

Cariños para todos,

como siempre,

David

P. D. Hemos invitado a comer a Misha Grebnev[21] y lo llevaremos al teatro. D

*Stabnikov recopiló unos cuantos comentarios soviéticos. «John le Carré —siempre sutil virtuoso de la ironía— está en su mejor momento», escribió el destacado poeta soviético Andréi Voznesenski. «*La casa Rusia *es la primera novela de espionaje del mundo cuya trama se desarrolla en Peredelkino [un pueblo de coloridas dachas], cerca de Moscú, con la casa de campo y la tumba de Boris Pasternak como telón de fondo. Yo vivo en Peredelkino, y ahora el sonido de las campanas de la iglesia local y el chirrido de los frenos de los coches me hacen mirar a mi alrededor con inquietud, no vaya a ser que se trate de alguien salido de* La casa Rusia. *Parece que al volante de cada camión* kamaz *[pesado] que pasa va una atractiva agente de la CIA.»*



La carta de le Carré a William J. Weatherby, columnista y articulista de The Guardian*, se publicó en ese diario en enero de 1990.*

En noviembre de 2012, The Times *informó de que, tras «una de las enemistades más públicas de la literatura moderna», le Carré y sir Salman Rushdie habían enterrado el hacha de guerra. Cuando Rushdie, en el Festival de Literatura de Cheltenham de* The Times*, comentó en público «ojalá no lo hubiéramos hecho», le Carré respondió «yo también lamento la disputa».*

El 14 de febrero de 1989, el ayatolá Jomeini de Irán publicó una fatua contra Rushdie en la que ordenaba a los musulmanes ejecutar al autor y a cualquier otra persona implicada en la publicación de su novela Los versos satánicos.

Con Rushdie escondido, en un motín de la India murieron doce personas, hubo bombas en librerías de Londres y el editor noruego del libro recibió tres tiros en la puerta de su casa. En 1991, el traductor japonés Hitoshi Igarashi murió apuñalado, y también el traductor italiano fue apuñalado.

Le Carré criticó públicamente que Rushdie no hubiera retirado Los versos satánicos. *Rushdie publicó una fulgurante crítica de* La casa Rusia*, y ello dio un cariz personal a la disputa, que estalló por segunda vez en 1997, en un mordaz intercambio de cartas.*

A W. J. WEATHERBY, *MANCHESTER GUARDIAN*

A la atención de David Higham Associates
5-8 Lower John Street · Golden Square · Londres, W1R 4HA
11 de octubre de 1989

Querido señor Weatherby:

Rushdie es una víctima, pero yo no lo considero un héroe. Lo lamento por él y respeto su valentía, pero no lo entiendo. En primer lugar, cualquiera que esté familiarizado con los musulmanes —aun sin la ventaja que suponen los antecedentes de Rushdie— sabe que, incluso entre los más moderados, tomarse el Libro a la ligera es incurrir en riesgo. No creo que haya nada que deplorar en el fervor religioso. Los presidentes norteamericanos lo profesan de modo casi ritual, lo respetamos en cristianos y judíos. De lo que hablamos en el caso de Rushdie es de conceptos incompatibles de libertad. Durante largos periodos de la historia cristiana, la libertad estuvo muy limitada en materia religiosa. Esto sigue siendo así en el islam actual. Por tanto, aunque desprecio las payasadas interesadas del ayatolá y sus mulás, no me sorprenden ni me escandalizan especialmente. Tampoco tengo claro hasta qué punto Rushdie, tal vez sin querer, provocó su propio infortunio. Su carta abierta al gobierno indio me pareció de una arrogancia casi colonialista.

La absoluta libertad de expresión no es un derecho divino en ningún país. Está restringida por los prejuicios, por las

concepciones de la moralidad y por las percepciones de la decencia. Nadie posee el derecho divino a que sus insultos a una gran religión se publiquen impunemente.

Pero todo esto es académico, quizá, comparado con el misterio humano que Rushdie sigue planteándome. ¿Cómo puede un hombre cuya novela, por retorcidas razones, ya ha causado tanto derramamiento de sangre empeñarse en arriesgar más? Cualquiera que quisiese leer este libro ha tenido amplia oportunidad de hacerlo en los países donde se ha publicado. Muchas más personas, que nunca llegarán a leerlo, ya lo han comprado en la idea de estar apoyando una gran causa. Sin embargo, se nos invita a creer que la publicación en bolsillo de *Versos satánicos* es de alguna manera más importante para nosotros que, por ejemplo, las vidas de esos hombres y mujeres jóvenes e inocentes que trabajan en la periferia de la industria editorial, en las oficinas de correos y en los almacenes de las editoriales de Rushdie, así como en las librerías y en los servicios postales públicos. En este punto, mi juicio se vuelve totalmente subjetivo. No podría vivir con la idea de que, al empeñarme en que mi libro siga publicándose, estaría invitando a un mayor derramamiento de sangre. Y ahí es donde Rushdie me rebasa por completo. Una y otra vez, ha estado en su mano salvar la cara de sus editores y, con dignidad, retirar su libro hasta que llegaran tiempos más tranquilos. Me parece que no tiene nada más que demostrar, salvo su propia insensibilidad.

Una peculiar justificación utilizada por los defensores más vociferantes de Rushdie es que la novela tiene un gran mérito literario; hay quienes insisten en que es una obra maestra. Me parece un argumento muy peligroso y contraproducente. ¿Habrían saltado las mismas personas en defensa de un Ludlum o un Archer? ¿O hemos de creer que quienes escriben literatura tienen más derecho a la libertad de expresión que quienes escriben libros baratos? Semejante elitismo no ayuda a la causa de Rushdie, que ya ni se sabe en qué se ha convertido.

Atentamente,

John le Carré



A SIR ALEC Y LADY GUINNESS

Chalet Chamois · 3823 Wengen · Suiza
7 de diciembre de 1989

Queridos Alec y Merula:

Dios sabe cuánto tardará el correo, pero ahí va a su debido tiempo, espero, mi cariño a los dos por Navidad y Año Nuevo. Jane y Nico vienen para Navidad, así como la habitual e indispensable multitud de celebrantes, y este año será tan diferente de los últimos Dios sabe cuántos que ha de ser muy muy extraordinario. Hay que estar en Europa ahora. Europa del Este, obviamente, pero también Europa Occidental más sutilmente, me refiero a la Europa continental. Los alemanes occidentales, que tanto tiempo llevaban mendigado la Gran Luz, ya están cegados por ella: «contaminarán nuestras carreteras, nuestro aire, nuestra prosperidad, no se han ganado su sitio, no tienen —esta la queja más ruidosa— no tienen absolutamente NINGUNA NOCIÓN DEL TRABAJO». En otras palabras, los buenos *exsozis*[22] llegan a Alemania Occidental, dan carpetazo a las cinco en punto, y a casa. Tienen muy poco respeto por el dinero y el orden, porque, por supuesto, los pobres desgraciados cumplían con su jornada laboral y luego se volvían corriendo a casa para ir de compras, trapichear, engatusar, destilar su aguardiente y apañarse la vida. Ahora, en Alemania Occidental, sus vidas están prefijadas, pero su trabajo es ROTUNDAMENTE ANDRAJOSO. Están aprendiendo otra modalidad de esclavitud.

Y ni que decir tiene que los franchutes están de los nervios. Y a lo largo de las viejas líneas de hostilidad, lo que retenía el Gran Hermano está surgiendo del hielo: los polacos diciendo que se jodan los alemanes, y los alemanes diciendo que de cualquier forma todos los polacos son alemanes, y los serbios buscando a los croatas y los eslovenos, y los checos queriendo mangonear a los magiares, y las viejas fisuras abriéndose, por todas partes.

En cuanto a mi nuevo libro, no sé dónde hincarle el diente, pero de lo que puedo estar seguro es de morder en hueso. Si es así

como se dice.*

Entretanto, si la vida y la política nos dieran alguna vez la oportunidad de celebrarlo, algo que no ocurre, deberíamos celebrarlo. Porque, a pesar de todos nuestros defectos, NOSOTROS teníamos razón, y a pesar de todos los ideales que proclamaban, ELLOS eran una panda de cerditos corruptos con unas ideas repugnantes. Con perdón de los cerditos. Así que, por favor, léase cerdos.

Feliz Navidad y Año Nuevo y mucho afecto para todos.

Como siempre,

David

[al margen] * Y los húngaros ofreciendo seriamente miles de dólares de adelanto por mis libros, y los checos diciendo, por favor, ¿podemos hacerlos por nada? Y los polacos diciendo, por favor, ¿nos pagaréis por publicarlos?



En junio de 1989, La casa Rusia *iba dedicada «A Bob Gottlieb, gran editor y sufrido amigo». Gottlieb, figura preeminente del mundo editorial norteamericano y editor de le Carré en Alfred A. Knopf, vio en ello «un gesto destinado a allanarle el camino para seguir adelante».23 Gottlieb editó primero* El amante ingenuo y sentimental, *y luego efectuó una tarea sustancial en* El topo, *proponiendo a le Carré que diera más importancia al personaje de Connie Sachs, y también sugirió el título de* Un espía perfecto. *En 1987 lo nombraron jefe de redacción del* New Yorker, *pero siguió trabajando en títulos de Knopf.*

A BOB GOTTLIEB

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
25 de septiembre de 1989

Querido Bob:

Una velada encantadora, ¡qué tiempos tan felices! Fue muy

conmovedor veros a todos tan radiantes, y Nicholas[24] me ha arrebatado el corazón, pero ¿a quién no? Muchas gracias a los dos por hacernos sentir como en casa.

Bob, creo que ha llegado el momento de que lo admitamos: las fuerzas de la vida nos han conducido al final de nuestra relación editorial, al menos formalmente. Querría haberlo hablado contigo, pero desde luego no era la noche. Pero me parece que hay algo antinatural y un poco tenso en ser editado fuera de la casa, incluso por ti, incluso después de todos estos estupendos años. En un punto intermedio entre Sonny [Mehta][25] y Bill Loverd,[26] necesito un alma gemela dentro de la casa que no esté siempre reunida, ni acosada, ni tratando de llevarme a la televisión, y estoy dispuesto a darle una oportunidad a Elizabeth Sifton,[27] porque la encuentro muy brillante.

Al principio pensé posponer la decisión hasta que tuviera una nueva novela, pero en cierto modo, con tu marcha, y la de Lynn,[28] la reconstrucción requiere esa medida ya. Y realmente no puedo dirigirme a ti para asuntos de la casa, y solo ocasionalmente a Sonny, y —fuera de las cuestiones promocionales— tampoco a Bill.

No podría haber tomado esta decisión, quizá, si nuestra colaboración no me hubiera proporcionado la confianza necesaria para tomarla (las clases magistrales nunca serán lo mismo, lo sé, y faltará la diversión, o será diferente). Pero para estar a gusto con mis editores, sé que ha llegado el momento de plantar mi tienda dentro de sus muros, para bien o para mal. Si es para peor, tendré que mudarme. Pero quiero intentarlo.

Escríbeme y dime que lo comprendes —o que no lo comprendes —, y gracias de nuevo, ojalá pudiera expresarlo mejor,
por toda la magia de los últimos quince años.

Como siempre,

David

Gottlieb escribió en sus memorias —Lector voraz— *que le Carré tenía razón, en esta «encantadora carta de remordimiento», al buscar una relación directa con el núcleo de su editorial americana.*



El peregrino secreto llevaba la dedicatoria «Para Alec Guinness, con afecto y agradecimiento». Gottlieb, que ya no la había editado, aseguró que era «la más floja de todas sus novelas y no se me ocurre nada que hubiera podido sugerirle para mejorarla».29

A SIR ALEC GUINNESS

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
7 de junio de 1990

Mi querido Alec:

Esta carta va con mucho retraso, pero mi tardanza tiene sus motivos. Me puse a trabajar en el discurso de Smiley a la clase de recién graduados en Sarratt, y se me fue de las manos y se convirtió en una novela. Smiley la preside, como verás, y hoy mismo te envío un ejemplar. La verdad es que estoy bastante contento con ella: tiene una forma extraña, suelta, y parece bastante relevante para lo que está ocurriendo ahora.

También me he tomado la libertad —en espera de tu aprobación, por supuesto— de dedicártelo a ti, por Smiley, por el talante que tiene, por lo que sea. Pero si por alguna razón te resulta incómodo, estoy seguro de que me conoces lo suficiente como para decírmelo, y tomaré las medidas oportunas inmediatamente.

El material ofrece evidentes posibilidades cinematográficas o televisivas: otra serie, una colección de películas de televisión, o incluso teatrales. Lo que pasa, sencillamente, es que aún no me he puesto a pensar en el asunto, y en gran medida todo dependerá de cómo lo veas tú. Tenemos tiempo de sobra. Personalmente, creo que lo mejor sería elegir un par de episodios y sobre ellos hacer adaptaciones bastante diferenciadas. Pero todo eso, si acaso, será para más adelante.

Nico está en el nivel A medio, la película de *La casa Rusia* es en general bastante buena, con las enloquecedoras idioteces de

costumbre, pero [Michelle] Pfeiffer está extraordinaria en su persona eslava, y Connery tiene una fuerza salvaje que resulta desconcertante y que por una vez queda bien aplicada. Puede que incluso sea muy buena, la película. Tengo los ojos demasiado pequeños y maliciosos.

Haz el favor de transmitirle nuestro cariño a Merula, y a ver si os ofrecemos pronto un almuerzo; nos encantaría veros.

Como siempre,

David



Nicholas Shakespeare fue jefe de redacción de la sección literaria del Telegraph *hasta 1991, cuando lo dejó para concentrarse en su segunda novela, animado por le Carré.*

A NICHOLAS SHAKESPEARE

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
19 de abril de 1991

Querido Nicholas:

Anoche volví de Cornualles y me encontré con tu carta, que te agradezco muy sinceramente. Primero Graham: sí, deja un gran vacío, el General ha muerto, y ganó.[30] Ganó su guerra, si no todas sus batallas; dejó una obra imperecedera y el recuerdo autoperpetuante de un hombre muy grande con todo tipo de pequeñeces fascinantes —surgidas, muchas de ellas, del aburrimiento, de su excesiva facilidad para utilizar su talento—, pero muchas de ellas se las atendió él mismo con gran diligencia, para mantener vivo al niño que llevaba dentro. Creo que por eso era un escritor de escritores: era todos nosotros, pero más. Escribirte así es ya rezarle: ¡él despertó al agnóstico que todos llevamos dentro!, y lo puso a trabajar.

Pero tú estás vivo, y por tanto eres más importante, y tú tienes su huella, y su talento, que ahora tendrá cabeza propia. Y ya era hora. Aunque fracases, que no lo harás, seguirá siendo cierto que

ya era hora. Y si dudas, y te entra el agobio, y te preguntas para qué demonios nos molestamos con la ficción, siendo tan monstruosos los hechos de nuestro tiempo, lo único que estarás haciendo es seguir el camino de Graham, y no dejará de haber sido el paso correcto en el momento adecuado. Así que, humildemente, me alegro de haberte dado un empujoncito, y te deseo de corazón que tu arte se desarrolle, y que el viaje sea mágico y placentero. Espero que no te dejes arrastrar con demasiada frecuencia por las soluciones rápidas del periodismo, que encuentres un equilibrio entre el sprint y el maratón. Espero que encuentres a la mujer adecuada con la que escribir y para la que escribir. Y espero que mantengas tu generosidad de espíritu cuando vayan a por ti (los piratas informáticos y, lo peor de todo, los colegas novelistas), porque tu escritura posee una gran humanidad, y tú también. El deber más arduo que me he impuesto es el de mantener a raya la amargura: si me desahogo, se supone que será una liberación, no una venganza. Lo quiero todo demasiado como para dejar que me lo jodan. No volveré a escribirte así, te lo prometo, pero tu aparición en mi vida me ha emocionado, y tu carta también.

Y ahí está Cornualles. Para tomarlo prestado cuando no estoy, y para compartir a veces cuando sí estoy, para que te presten un coche y vengas a verme por las tardes y para que escribas durante el día. Quiero establecerme allí para siempre, pronto, y antes añadir un trozo a la casa, para que sean dos casas, una para nosotros, otra para el invitado ocasional y su invitado, donde los invitados también puedan ser soberanos, y cocinar sus propias comidas cuando quieran, y reunirnos cuando nos venga bien a todos. Espero que la utilices como refugio cuando te apetezca, nosotros, por ahora, estamos muy poco allí. De todos modos, míratelo.

Nos vamos la semana que viene a Italia, luego a Estados Unidos y volvemos a principios de junio. Voy a casar a un hijo en Boston, luego haré investigaciones en Washington, el norte de Quebec y quizá el golfo de México.

Te propongo un trato: no volvamos a tener ninguna relación profesional. Nunca me entrevistarás ni escribirás sobre mí mientras yo viva; te guardaré una especie de piso franco por si

alguna vez lo necesitas, ¡aunque dudo que lo hagas! Así tendría yo la impresión de serte de alguna lejana utilidad, y tú no te sentirías en deuda. Me encontraría más cómodo así. Aún no he llamado a tus padres, pero lo haré cuando volvamos. Si hablas con ellos, ¿podrías decirles que me he zambullido como un pato en mi libro? ¿Y que tenemos muchas ganas de jugar juntos en verano? Perdóname tanto garabateo.

Saludos,

David

Ambos hombres entablaron una estrecha amistad. Le Carré conoció al padre de Shakespeare, John, lingüista moderno y diplomático, en Oxford; fue uno de los pocos amigos a quienes le Carré invitó a su primera boda, y más tarde fue él quien sugirió que le Carré ocupara su puesto de profesor en Eton. Nicholas Shakespeare visitó en repetidas ocasiones la casa de le Carré en Cornualles; más tarde escribió El bailarín del piso de arriba *(título sugerido por le Carré) y otras novelas, así como una biografía de Bruce Chatwin.*

«Como escritor joven, veía en Greene un modelo a seguir, y nada en mi vida de escritor me ha hecho más feliz que el apoyo sumamente generoso que él dio a mis primeros trabajos», escribió le Carré en un artículo el día de la muerte de Greene. «Como diplomático en Bonn, me dio vergüenza ajena cuando estuvo en el lado oriental del Muro de Berlín e hizo el desafortunado comentario de que prefería aquello. Me parecía excesivo su antiamericanismo. Me parecía un insensato cuando hablaba del posible matrimonio entre comunismo y cristianismo, y más insensato aún cuando defendía a Kim Philby.» Incluso cuando discutían sobre Philby en los periódicos, dijo le Carré, Greene solía «enviarme mensajes amables por intermediarios». Mientras la «burocracia literaria británica» intentaba derribarlo de su pedestal, Greene tenía «ingenio y gracia y carácter e historia, y una capacidad de comprensión trascendente y universal que lo sitúa para siempre en las filas de los rangos de la literatura mundial».

En entrevistas de prensa y radio, desde el New Yorker *a la BBC, le Carré citó más adelante el «dictum» de Greene de que*

la infancia es el saldo bancario del escritor. Como le dijo a Philippe Sands en el Hay Festival en 2013, «siempre cito a Graham Greene: el saldo acreedor del escritor es su infancia, y según ese cómputo yo soy millonario». Sin embargo, ni el biógrafo de Greene, Richard Greene, ni sus bibliógrafos han logrado identificar la fuente de la frase, ni rastrear su aparición en las entrevistas de Greene, fuera del propio uso que le Carré hace de ella. El aforismo aparece ahora normalmente en internet, atribuido a Greene.[31]

Un mes antes de su muerte en 2020, le Carré estaba leyendo la biografía de Richard Greene. «Lo conocí muy poco, pero todavía me espanta», le dijo al escritor Ben Macintyre.



Tras su sexagésimo cumpleaños, le Carré recordó sus días con John Margetson como compañero de prácticas en el MI6, con otros cuatro nuevos reclutados, treinta años antes.

A SIR JOHN Y LADY MARGETSON

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
24 de octubre de 1991

Mis muy queridos John y Miranda:

Qué hermosa pieza de plata de Jorge II, qué cosa más bonita, y qué generoso por vuestra parte. Un auténtico lujo. Y gracias también por venir al Savoy, y añadir vuestro brillo y amabilidad a la fiesta, y, John, gracias por el elegante y afectuoso discurso. El modo en que nos conocimos es demasiado valioso y demasiado divertido para hacerlo público (además de constituir una violación de la OSA [Ley de Secretos Oficiales], pero ¿quién lleva la cuenta hoy en día?), aunque estuve tentado, al ponerme en pie, de relatar la desesperación de Rod Wells al abrir la caja de piedras; o la rabia del personal de la sección de fotografía cuando estropeamos juntos el cóctel de revelado «todo en uno» por tu rápida respuesta negativa; o el día en que el llorica de [Robin]

Hooper nos confió que debíamos colocar las sillas encima de las mesas e irnos a casa hasta que se pudiera reanudar el servicio normal...32

Pero me abstuve, me abstuve. Pero me habría encantado contarles que John estaba a mi lado cuando por los cables eléctricos (vía habitación 9) llegó la noticia de que Gollancz aceptaba la publicación de *Llamada para el muerto*; si VG hubiera sabido dónde estábamos en ese momento, ¡qué notición! Y qué risa.

Así que, mientras extraigo de sus escondrijos mis tuétanos más reflexivos, tendré muchos recuerdos secretos que hagan sonreír a los viejos compinches —míos, no de los tuétanos— y mucha amistad que recordar, y una gran lealtad, tanto con mis hijos como conmigo.

Por favor, ven a pasar unos días en nuestra nueva cabaña de la otra punta del terreno (o en el ala oeste palaciega, con sus vistas sin obstáculos sobre el entorno tradicional de Cornualles y con cuarto de baño tradicional en suite) y, por favor, disfrutemos unos de otros en este tiempo fascinante. Me siento de maravilla; vosotros dos parecéis estar de maravilla. ¿A que tenemos suerte?

Jane os envía su cariño, lo mismo que yo.

Como siempre,

David

El infiltrado

Sé que este es mi mejor momento. Voy a cumplir sesenta y dos años. No queda mucho. Pero sé que ahora estoy en mi mejor momento. Sé que si quiero hacer algo puedo tocar todos los instrumentos de la orquesta. Que haga buena música es otra cuestión, pero me siento completamente dueño de mi oficio.

—al periodista televisivo norteamericano
Charlie Rose, PBS (televisión pública), 1983

La investigación de le Carré para la novela de 1993 terminaría en unos tortuosos esfuerzos fallidos por crear una película; ya mientras investigaba el libro, le Carré imaginaba a Daniel Day-Lewis y Julia Roberts en los papeles principales.[1] Más adelante, acogió la serie de televisión de 2015, producida por sus hijos Simon y Stephen, como la producción más exitosa de una obra suya desde que sir Alec Guinness interpretó a Smiley.



Cuando empezó a elaborar el personaje de Jonathan Pine de El infiltrado*, le Carré recurrió a su viejo amigo John Calley, el jefe de estudios de Hollywood. Calley se había abierto camino literalmente desde abajo, algo que le encantaba a le Carré. Empezó en la oficina de correos de la cadena NBC y fue ascendiendo hasta convertirse en jefe de producción de la Warner Bros en los años setenta; allí dio luz verde a películas como* La naranja mecánica, El coloso en llamas, El exorcista, Tarde de perros *y* Harry el Sucio. *Sus constantes cotilleos sobre la industria y su auténtico amor y comprensión del cine hacían de Calley una magnífica compañía. En 1993 fue nominado al Oscar por* Lo que queda del día.

A JOHN CALLEY

Por fax
Cornualles
[s. f.]

Querido John:

No voy a subir a Londres hasta mañana, pero de todos modos espero que hablemos hoy. No sé si pedirte ayuda en otra cosa. Mi personaje viaja ahora con pasaporte canadiense, tiene treinta y

ocho años y es un hotelero/chef/arreglalotodo simpático y elegante. Quiere entrar en el mundo de los yates y los resorts, ya sea como cocinero, jefe de camareros o subgerente. (Es blanco, debo añadir.) ¿Hay alguna agencia a la que pueda recurrir en Nueva York que busque personas de este tipo y se las suministre a yates y hoteles? Lo he expresado mal, pero el engaño consiste en que quiere acabar de *maître d'*, o factótum, en el gran yate de lujo de mi Mister Big, y está dispuesto a empezar haciendo méritos *in situ* para conseguirlo. Tengo en mente una sórdida oficina en la periferia de Manhattan dirigida por dos homosexuales de mandíbula rígida y cuello de botones que suministran personal subalterno con poca antelación al hotel Paradise Island, por ejemplo, o a Caneel Bay, o al yate de Ivana Trump si lo tiene, o envían a un *maître* a Granada..., o lo que sea. Si tu largo dedo me señala alguna pandilla de este tipo, yo podría acercarme a verlos a Nueva York o Miami o a donde sea que pasen su tiempo. Pero, si no, por favor, no te preocupes, porque puedo simplemente preguntar en Paradise Island y que me rompan la nariz.

De todas formas, por favor, piénsatelo y ya hablaremos. Cariños a Sandy. Tengo muchas ganas de verte.

David

En 1991, John Calley puso a le Carré en contacto con Jim Webster, un corredor de yates de Florida entre cuyos clientes se encontraba Tim Landon, que había participado con apoyo británico en un golpe de Estado en Omán. Webster, que todavía se dedica al alquiler de barcos en Florida, se encontró con le Carré en Miami y allí hablaron sobre las ideas que el autor tenía para El infiltrado*, así como de la relación con Landon. Ambos pasaron un día en un gran yate propiedad de una familia multimillonaria para ver las interacciones entre huéspedes y tripulación. «David siempre tenía el cuaderno de notas en marcha. Sus encantadores modales le permitían obtener mucha información», recuerda Webster. Cuando le Carré elaboró un plan de fuga para Stephen Fry (véase la carta del 4 de mayo de 1995), le dio el número de teléfono de Webster.*



Sydney Pollack, director de Danzad, danzad, malditos *y más tarde de* Memorias de África*, trabajó largo y tendido con le Carré en un guion basado en* Una pequeña ciudad en Alemania *en 1969 (distraído Pollack, según contaría le Carré, por su recién descubierta pasión por las pistas de esquí suizas que había en torno al chalet de le Carré en Wengen). El proyecto no llegó a ninguna parte. En 1991, Pollack volvió a actuar en la comedia dramática de parejas* Maridos y mujeres*, de Woody Allen, y como médico de urgencias en* La muerte os sienta tan bien.

A SYDNEY POLLACK

Por fax
Cornualles
16 de diciembre de 1991

Querido Sydney:

Gracias por tu carta. Debería haberte contestado antes, pero me ha atacado una gripe infernal y he estado sin ánimos durante unos días, y ¿cómo voy a escribirte a ti sin ánimos? Ahora he pasado a la fase de vodka y antibióticos, y estoy un poco mareado, y más bien deliciosamente borracho, y de hecho no puedo evitar preguntarme —ya que casi nunca he estado enfermo — si la enfermedad no será el único modo de que las personas como tú y yo podamos relajarnos. Hay una espesa niebla aquí, y la sirena de niebla no deja de sonar, y estamos intentando echar a los albañiles antes de Navidad, pero están tan contentos —de veras contentos, y hay tan poco trabajo— que es difícil convencerlos de que deberían volver al paro. Así que cavamos grandes trincheras y erigimos grandes fortificaciones de granito contra nuestros misteriosos enemigos comunes, y en este pobre lugar me considero el último de los grandes derrochadores enloquecidos.

Me entusiasma pensar que vuelves a la interpretación y, por supuesto, me da mucha envidia. También pienso que eres muy

sabio, *cher auteur*, para trabajar, y cumplir con los oficios, y ser impredecible en tus apegos; la verdad es que no hace falta que seas Zeus todo el tiempo (como me digo a mí mismo repetidamente). También puedes divertirte, explorar, participar en la cagada de otra persona, en lugar de estar siempre en la línea de fuego. Ojalá pudiera seguir tus pasos. Pero entonces veo actuar a Harold Pinter y pienso: nada puede ser tan doloroso, por favor, vuelve a la máquina de escribir. Hablando de lo cual: ¿vas a hacer *Lo que queda del día*? Estoy muy enamorado del libro (bastante americano) y no creo estar de acuerdo en eso de que nadie la vería. Pero creo que requiere la disciplina de un presupuesto pequeño, sin poner por delante el ansia de ganar dinero, un guion perfecto y una mirada de director amable y cariñosa. Lo que [el director Jack] Clayton hizo con el pobre Gatsby un director norteamericano irreflexivo podría hacelo con [Kazuo] Ishiguro, y no me refiero a ti en ningún sentido, muy al contrario: creo que te lo pasarías de maravilla, si pudieras tomarte el espacio y el tiempo necesarios, recurriendo a la cuadra de actores ingleses, y quizá hacerla entera aquí. El tema político es minúsculo (los fascistas aristocráticos, el movimiento Mosley, eso te lo quitas tú de encima en un momento). El resto es sobre la gran diosa perra de la no comunicación y el fracaso: ¿habrían sido verdaderamente felices si se hubieran juntado? Pregúntale a Ish.[2] La cuestión es: sabían que las clases servidoras no tienen derecho al amor. Ay, Sydney.

Encantado de saber de ti. Yo persevero. Algo, tal vez, para junio/julio. Es como estar un año de rodaje, y apenas recuerdo ya lo que hay en los primeros rollos, y la repetida pérdida de fe es impresionante.

Que bordes tu papel. Diviértete. Feliz Navidad.

Como siempre,

David



Michael Attenborough era bisnieto de Matthew Hodder, fundador de Hodder & Stoughton, y director editorial del grupo. La elección de un diseño o una ilustración para la cubierta del

libro que satisficiera a le Carré fue un reto especial para sus editores. Las muñecas rusas de la cubierta original inglesa de El topo *y el efecto rayado de* Un espía perfecto *hallaron rápido encaje, pero otras cosas no. «Una y otra vez nos animaron a encontrar la ilustración del hombre que lleva su caballo monte arriba —George Smiley contra el mundo entero, quizá—, pero fracasamos todos, nosotros y nuestros documentalistas», recuerda Attenborough. Para* El infiltrado*, Hodder & Stoughton envió una sinopsis del argumento a una escuela de diseño pidiendo ideas a sus alumnos*.

A MICHAEL ATTENBOROUGH

Por fax
Londres
24 de enero de 1992

Querido Michael:

Anoche me fui a la cama convencido de que íbamos por buen camino con la portada, y esta mañana me he levantado igualmente convencido de lo contrario. Creo que la única que estamos revisando del lote que trajiste es la portada totalmente negra con unos ojos de observador cercano. Mi primera sensación, que ya te expresé ayer, es que el negro me sugiere pesimismo al modo le Carré o, peor aún, terror al modo Stephen King. El par de ojos me parece étnicamente ambivalente, violento y espeluznante. Creo que es una portada fuerte, pero no para este libro.

Hemos hablado de optar por el azul noche y de hacer algo diferente con la cara. No tengo nada en contra de la tipografía.

Pero, volviendo al tablero de dibujo, permíteme explicar cuál es, en mi opinión, la diferencia entre el diseño que me mostraste y el libro que vas a publicar. El libro, me parece, está pintado de colores brillantes, con el oro de la luz del sol y la enorme cantidad de dinero, paisajes remotos y parajes caribeños. Tiene exotismo y mujeres hermosas, y una gran atmósfera de lujo. Los símbolos que me vienen a la mente cuando pienso en ello son Rolls-Royce, joyas, templos egipcios, paraísos tropicales, hoteles de lujo y yates, y a su lado, en violento contraste, armas,

asesinatos, tortura, corrupción y caos mundial perpetuo. No creo que sea difícil capturar algo de esta dicotomía en nuestro diseño. Pero si no podemos, y nos quedamos con algo muy sencillo, creo que el libro debería seguir teniendo una calidad suntuosa, no austera. El concepto que debatimos ayer se queda gravemente corto en cuanto a los placeres que proporciona el libro, y eso es algo que todos queremos evitar cuando intentamos atraernos a un público de vacaciones.

Sé que disponemos de poco tiempo, pero debo añadir también que ayer fue mi primera toma de contacto con tus ideas. Estoy bastante libre, a principios de esta semana, para pasarme por Bedford Square si ello puede servir de algo, pero creo que esta carta cubre más o menos lo que pienso.

Atentamente,

David

P. D. Hablamos anoche y nos dijimos todo esto, pero ahí va la carta de todos modos.

Al final, en la portada de la primera edición inglesa de El infiltrado *aparecía un caballero hincando su lanza hacia abajo, como san Jorge matando al dragón.*



En su columna «Between the Covers» («Entre cubierta y cubierta») del New York Post, *Matthew Flamm informaba de que Random House había llegado a un acuerdo con Markus Wolf, «antiguo jefe de espionaje de Alemania Oriental» y exjefe de la Stasi, para publicar un libro contándolo todo. Lo revisaría el editor asociado Peter Osnos. En la columna se afirmaba que John le Carré había utilizado a Wolf como modelo para Karla.*

A PETER OSNOS, RANDOM HOUSE, NUEVA YORK

Por fax

Londres

26 de enero de 1992

Querido Peter:

He leído por casualidad un artículo del *New York Post* del 20 de enero en el que anuncias tu proyecto de publicar un libro de Markus Wolf. El artículo afirma —y es de sospechar que Random House apoye la insinuación— que Markus Wolf sirvió de modelo para el personaje de Karla en los libros de Smiley/Karla. Dado que se trata de un disparate, me parece que será mejor que lo sepas, por si tú y tu red comercial lo consideráis un argumento de venta.

Desde que su suerte cambió para peor, Wolf viene intentando vincular su nombre con el mío. He recibido no una, sino cientos de peticiones para aparecer con él en público, por no hablar del torrente de recortes de prensa que llevo leídos y que reclaman mi paternidad literaria. Solo puedo imaginar que Wolf me ve como parte de su defensa general y que desea presentarse como un empedernido humanitario que cumplió con su deber, sí, pero jugando limpio al hacerlo. Nunca habría elegido a Wolf para modelo de Karla, como nunca habría elegido a Calígula para modelo de Smiley. Wolf hizo cosas repugnantes al servicio de un régimen repugnante, sabiendo exactamente lo que hacía. En mi opinión, se merece todo lo que la Fiscalía Federal de Karlsruhe está intentando echarle encima.

Quizá te preguntes por qué no he negado ya toda relación con Wolf. Pero es que la experiencia me enseña que, en los medios de comunicación, los desmentidos se ignoran si no vienen bien, cuando no se toman por confirmación.

No tengo la menor duda de que Wolf ya habrá propuesto que él y yo aparezcamos juntos en la televisión norteamericana. Si aún no lo ha hecho, muy pronto lo hará. La respuesta a todo ello es no. Perdona esta andanada, pero es que el tipo viene siendo un completo grano en el culo y he de decirte que ver este material publicado por el grupo al que pertenece Knopf sería más de lo que yo podría tolerar.

Atentamente,

David



Derek y Jeannie Tangye llevaban una sencilla existencia en los acantilados de Cornualles desde la década de 1950, y contaron el relato de sus vidas en una serie de libros titulados «The Minack Chronicles» («Crónicas de Minack»). Derek, que era el vecino más cercano de le Carré en el camino costero, trabajó para el MI5 durante la guerra. Su mujer, Jeannie, murió cuatro años antes de este fax, en Panamá.

A DEREK TANGYE

Por fax
Hotel Continental · Panamá
23 de febrero de 1992

Mi querido y viejo amigo:

Lamenté estar ausente cuando llegó el aniversario de Jeannie, pero es que cuando Jane me lo recordó se me hizo el mismo nudo en la garganta y experimenté la misma sensación de privación que si acabara de enterarme de la noticia por primera vez. Te envío todo mi cariño y conmiseración, y mi sentimiento de estar acompañándote incluso desde tan lejos. La posibilidad de una copita a mediados de marzo resulta especialmente atractiva.

Que Dios te bendiga, Derek.

David



Ronnie Cornwell había tomado la firme decisión de que su hijo mayor fuera abogado, pero Tony Cornwell siguió su propio método para escapar de su padre. Obtuvo una beca para estudiar en el Bowdoin College de Estados Unidos, y luego se instaló allí. De joven soñaba con ser novelista, y a los sesenta años largos seguía persiguiendo esa ambición. El 19 de abril de 1992, Tony escribió a le Carré «digamos que una especie de carta de amor» para comunicarle que se había comprometido irrevocablemente con «la identidad, la voluntad, el fracaso, la epifanía y la inevitabilidad de escribir».

A TONY CORNWELL

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
24 de abril de 1992

Queridísimo To:

Qué puedo decirte sino «gracias», y otra vez gracias, por descubrir el precio de vivir así. No es una forma de vida, es solamente vida. No es una actividad, ni una búsqueda, ni una diversión, es un vaivén enorme, que consume y asusta, que recorre todos los sentimientos, todo el tiempo, y también afecta a las reacciones ante los sentimientos: exultación, cuando de pronto te libera tu lucha y esa vida se te sienta delante y te habla; desconcierto total, resentimiento y desesperación cuando no te hace ni puñetero caso, no se preocupa por ti, no te respeta, preferiría que hablara por ella alguien con más talento... o simplemente con talento.

No creo que debas preocuparte por empezar tarde: el tiempo no existe. Y en muchísimos sentidos, organizarás tus pensamientos de forma más económica y llegarás antes. No es que hayas estado perdiendo el tiempo o no dedicándote a ELLO; probablemente has estado al acecho, rastreando y preparándote de todas las formas que ahora estás descubriendo. Y has visto mucha vida, pero sobre todo la has vivido, y tienes conocimiento de ti mismo. No me parece mal, ¡más bien envidio tu frescura!

Gracias por escribirme con tanta generosidad. Ha sido —de veras lo ha sido— terriblemente difícil ser esa persona en tu vida. Nunca quise ser la persona que hacía las cosas que a ti tanto te gustaban, ni el ejemplo de Éxito, ni el ejemplo de Literatura, ni mucho menos. Solo quería mejorar mi juego, y como no puedes renegar del éxito después de haber pisoteado cadáveres para alcanzarlo, ¡intenté disfrutarlo también! Pero nunca he disfrutado restregándotelo por los morros; espero que lo sepas, lo espero tremendamente, porque siempre te he querido. Y aunque muchas veces he ido a degüello en mi ascensión, también he sido un tipo blandengue e inseguro, y he recibido algunos golpes terribles, y he aprendido de la manera más dura que no existe lo que se llama un escritor «establecido». Ahora mismo, estoy lo más

desestablecido que se puede estar: 350 páginas escritas, la historia apenas contada, demasiados personajes, desenfoque, una catástrofe entera y verdadera, ¡y eso tras dos años dedicado al asunto! Pero nunca fue diferente. Lo que tienes que hacer es presentarte en el gimnasio a la mañana siguiente y comportarte como si nadie te hubiera noqueado el día anterior. Y no hay nadie mirando, ni escuchando, no en realidad. Hay algún oído comprensivo, ¡pero mi oído también es comprensivo! Ayer, a la desesperada, le compré a Jane un escritorio nuevo y un cuadro primitivo de una vaca. Pensé que podría funcionar, y esta noche tengo la corazonada de que sí lo hizo: las cosas se ven un poco más color de rosa. Eso es lo que pasa, querido mío. Estoy lleno de afecto por ti, y puedo imaginar, simplemente, por lo que estarás pasando hora tras hora.

Con cariño,

D

Dos años después de esta carta, le Carré presionó sin éxito a Sonny Mehta, director de Knopf, para que publicara el libro de Tony Born of the Sun *(«Nacido del sol»), también titulado* Too Close to the Sun *(«Demasiado cerca del sol»).*



Don Chapman, responsable de desarrollo cultural de la ciudad de Marion (Australia Meridional), escribió a le Carré para pedirle una corbata para una exposición y subasta comunitarias. «Concretamente, buscamos una corbata que nunca haya querido o que le haya dado vergüenza ponerse, o una corbata extravagante, ridícula, de fiesta, de negocios o incluso artística.»

A DON CHAPMAN

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
20 de agosto de 1992

Estimado Don Chapman:

Esta corbata me la regaló mi mujer cuando fui a comer con la señora Thatcher. Sus colores están elegidos con mucho acierto: el azul profundo de las convicciones de la señora Thatcher, mezclado con el rojo intermitente de mi frágil socialismo, y un insípido color amarillento que me temo que dice mucho de mi coraje moral. Al final, opté por una corbata muy diferente, una combinación igualmente horrible de azul sobre azul. La señora Thatcher es uno de esos políticos que resultan aún más irreales que sus figuras de cera. Sus globos oculares son más rectos, sus perfectas vocales están pregrabadas, cada frase contiene un énfasis mortal, y toda broma está fuera de lugar a menos que la haga ella. Nunca llevé esta corbata, pero me evoca un momento de la historia británica comparable al gran estancamiento de la Rusia soviética, cuando Brézhnev vendió la plata de su país, saqueó sus recursos y los chicos del Pigs in Clover se divirtieron de lo lindo. Que esta estúpida corbatita recuerde al afortunado comprador que hay cosas de la recesión que merece la pena conservar.

Atentamente,

John le Carré



A SIR JOHN MARGETSON

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
8 de octubre de 1992

Querido John:

Por fin he terminado el primer borrador de mi larga novela, provisionalmente titulada *The Night Manager*,* y la loca de mi secretaria te envía un ejemplar, que debería llegarte el miércoles o el jueves de la semana que viene. ¿Puedo contar con tu ayuda? El libro es ligeramente surrealista y contiene varios pasajes sobre Whitehall, Westminster y los espías. Y como tengo muy poco conocimiento de los comités reales y etcétera de Westminster, he intentado ser lo menos concreto posible. No obstante, hay

momentos en que me veo obligado a dar rodeos, y quiero estar seguro de que no hago el ridículo. ¿Podrías echarle un vistazo desde el punto de vista de la verosimilitud? (La autenticidad es una causa perdida; estamos en neociencia-ficción política.) Hay un montón de otros detalles que tengo que comprobar —los buques portacontenedores, cosas de los fletes, estructuras empresariales, etcétera—, pero la parte política del Reino Unido es la que me causa más problemas, ya que es la menos fácil de escribir. Por favor, comparte el libro con Miranda si quieres, creo que le gustará. Me temo que son 755 páginas de manuscrito...

Estamos muy bien, como espero que estéis vosotros, y a punto de salir hacia Zúrich y luego a Nueva York para supervisar las negociaciones del libro. Nadie lo ha leído aún, excepto Jane, lo cual lo hace más emocionante.

Hemos tenido un verano asqueroso y húmedo, de adicción al trabajo, y ahora contamos con un descanso de tres meses. Dónde, aún está por ver. Y los malditos perros son los que mandan, como siempre.

¿Cenamos todos juntos a principios de noviembre? Nos encantaría llevarte al Connaught, o puede que la concienciación social de Miranda le haga preferir el ambiente sencillo y hogareño de Nico at 90, que tampoco está nada mal. O, ya metidos en lo popular, si no os molesta la gente, podemos ir al Gavroche... Sea como sea, nos apetece veros, si estáis dispuestos.

Con afecto para los dos,

David P. D. ¿Han emitido ya el G. Greene? ¿Lo grabaste? De todas formas, nos lo perdimos con las prisas finales del libro, si es que llegó a aparecer. D.[3]



Operación Shylock*, de Philip Roth, se publicó en 1993. Su autor ganó el Premio Pulitzer en 1997.*

A PHILIP ROTH

Por fax

Londres

11 de octubre de 1992

Querido Philip:

¡Felicidades! ¿Qué más puedo decir? ¿Para qué otra cosa puedo yo servir, sino para decirte lo que ya sabes: que me has conmovido, avergonzado, entretenido y enloquecido, que me has hecho atravesar una ciudad de luces en plena noche a una velocidad de vértigo, que me has dejado perplejo, que has sacado mi yo antisemita de su feliz tumba y que me lo has hecho pasar en grande? ¡McSmilesburger te saluda![4] No sé de qué otro modo puedes querer que te ayude: no le serví de nada a Joyce con el *Ulises*, la cagué por completo cuando Kafka me necesitaba, lo único que se me ocurrió sugerirle a Nabokov fue «¿no podrías ponerle un par de años más?», pero no me escuchó. Te apartas tanto de la forma al final que este viejo formalista solo puede sacudir sus formales mechones blancos y decir: «bueno, si él puede hacerlo, y sí que puede, ¿por qué deshacerlo?».[5] Es brillante, desconcertante, suicida y genial. Una sugerencia formal, si acaso: cuando se encuentra con su otro yo, a mí me hacen falta mil violines y tú no los proporcionas hasta el capítulo siguiente. Funciona bien tal y como lo tienes, pero yo sería partidario de un examen prolongado (tú lo proporcionas después, pero yo te digo que lo proporciones antes) ANTES de darte cuenta, del «Cielos, soy yo». Yo verdaderamente quería comer, beber y follar en ese momento, antes de que me dieras la solución. La ruptura del capítulo en ese momento me priva de la satisfacción.

De todas formas, prometo tenerlo todo fresco en la cabeza hasta que nos veamos. Oh —una peguita—, ¿por qué no Brodsky entre los judíos ganadores del Premio Nobel?[6]

Y vamos a dejarnos de chinchorrerías. Una cosa enorme, grandiosa, trágica e insoluble. Gracias.

Cariños a los dos,

David



En 1986, el periodista y escritor William Shawcross, amigo de le Carré, escribió al Observer *afirmando que la reseña de*

Anthony Burgess de Un espía perfecto *era «una apoteosis del rencor y la incomprensión».*
En 1992, el periodista Francis Wheen —en su crítica de Murdoch*, biografía de Rupert Murdoch, obra de Shawcross— se preguntaba cómo este había podido escribir «un estudio tan extraordinariamente comprensivo del tan denostado barón de los medios de comunicación». Wheen ya había criticado el libro en la* Literary Review *de Londres*.

A TINA BROWN, EDITORA, *THE NEW YORKER*

Por fax
Londres
12 de octubre de 1992

Estimada señora:

El número de 12 de octubre del *New Yorker* contiene una de las más feas muestras de periodismo partidista que he presenciado en mi larga vida de escritor. Que el artículo sea inexacto carece de importancia comparado con lo principal: a saber, que, en uno de sus primeros intentos de estar a la altura de los nobles valores de su nueva revista, ha utilizado usted sus páginas para dar un golpe en defensa de su marido, sin revelar a sus lectores que el director literario de Random House, el señor Harold Evans, es su marido, que fue anteriormente redactor jefe del *Sunday Times* británico y cayó en desgracia de Rupert Murdoch en circunstancias que siguen sin aclarar, y que, aunque su nombre no se mencione en el artículo en cuestión (titulado «Seduction» [«Seducción»] y escrito por otro inglés llamado Francis Wheen), él es el tema principal, y ha mantenido recientemente una encarnizada correspondencia —de veintisiete páginas de fax— con el autor a quien el artículo denigra.

Permítame manifestar mi interés (algo que de alguna manera usted omitió hacer). Soy amigo de William Shawcross. Lo conozco desde hace muchos años, incluidos los cuatro en los que, con gran valentía, luchó por presentar un retrato objetivo de Rupert Murdoch que no estuviera contaminado por la fácil histeria anti

Murdoch que la terrible prensa británica pone en marcha cada vez que pretende demostrar que posee una conciencia ética. La insinuación de que Murdoch encontró en Shawcross a su Boswell, que Shawcross se convirtió en su hagiógrafo, que fue cautivado por él, que fue cortejado y halagado y que recibió todo tipo de ayudas, y de que a cambio *(sic)* Shawcross escribió un ensayo notablemente comprensivo sobre él, a quien Wheen llama el enemigo..., todo esto, para cualquiera que conozca el asunto tan bien como usted, tiene un único y mezquino propósito: desprestigiar al autor y sus juicios antes de la publicación del libro en Estados Unidos, y asegurar a sus lectores que el retrato poco halagador de Harold Evans que se ofrece en el libro es mera propaganda de Murdoch, introducida en el oído servil de Shawcross.

Para reforzar esta vergonzosa imagen de un brillante periodista vendido al diablo, su señor Wheen —que como usted debe de saber ya ha hecho desfilar las mismas opiniones distorsionadas en la prensa literaria londinense— tiene la vulgaridad de traer a colación tanto el linaje del señor Shawcross como su vida amorosa, sugiriendo que su cambio de opinión está genéticamente programado por los hechos de su padre en los años cincuenta, y por la influencia de una heredera que se sienta en el ayuntamiento de Westminster por el partido conservador y es amiga de la señora Thatcher, a saber, la señora Olga Polizzi.

Quizá, cuando escriba la disculpa que el señor Shawcross tanto se merece, nos haga usted saber si la influencia de su propio padre ha afectado recientemente a su juicio, o si —como sus lectores tienen ahora derecho a preguntar— es su vida amorosa la verdadera culpable.

Dios proteja al *New Yorker* de los ingleses. No son los barones de la prensa los responsables del declive de nuestros valores periodísticos, sino la propia prensa.

Atentamente,

John le Carré

P. D. Todos los pasajes subrayados son citas directas del artículo del señor Wheen tal y como aparecieron en el *New Yorker*.

Tina Brown calificó de «extraordinariamente sexista» la acusación de le Carré de que actuaba en nombre de su marido, y escribió que el New Yorker *solo publicaba cartas de un párrafo breve. Ello tendría más impacto, le sugirió, que sonar «como un coronel de Angmering-on-Sea muy enfadado». Le Carré envió la correspondencia por fax a Joe Lelyveld, que lo había entrevistado para el* New York Times*, firmando «Teniente coronel retirado», y a su amigo David Greenway del* Boston Globe. *Posteriormente, la prensa británica y la estadounidense se hicieron eco de la polémica.*



A MICHAEL ATTENBOROUGH

Por fax
Cornualles
3 de noviembre de 1992

Querido Michael:

Títulos. El favorito por el momento es *Una mujer de El Cairo*, que sugerí yo, y que se basa en mi intención de aumentar la importancia de Sophie en el libro mediante flashbacks, hasta el final. Ya me dirás qué te parece.

Saludos,

David



El artículo de Weiss en la revista Esquire *de enero de 1993 se titulaba «The Martyr» («El mártir»). «Salman Rushdie ha efectuado su mayor llamamiento público a la compasión», rezaba la entradilla. «¿Por qué no lo escucha nadie?»*

A PHILIP WEISS

Por fax
23 de enero de 1993

PRIVADO Y CONFIDENCIAL

Querido Philip:

No me parece apropiado, tras haberte concedido una larga entrevista y ser el tema principal de tu artículo, salir ahora en tu ayuda porque las cosas se han puesto feas. Creo que deberías tomar la iniciativa y dejar de ponerte nervioso o disculparte.

Cuando hablamos, ya sabías que te enfrentabas a la Policía del Pensamiento de Rushdie. De hecho, tu artículo me pareció extraordinariamente comedido. Si verdaderamente la causa de Salman Rushdie tiene que ver con la libertad de expresión, sus partidarios deberían sin duda permitirte la tuya. Me parece que lo que hace falta en este momento no es una carta mía, sino el coraje de tu director y el tuyo propio. Un editorial audaz y una postura valiente obrarían maravillas para tus lectores, tu revista y el Cuarto Poder.

Los periodistas siempre reaccionan de forma exagerada ante la prensa negativa. Quieren repartirla ellos, no recibirla. Escribiste un buen artículo para una buena revista. Querías agitar la cosa, y la has agitado. Mantente en tus trece.

Atentamente,

David



Eric Abraham es un productor de cine sudafricano-británico. En 1991 produjo Asesinato de calidad*, de le Carré, protagonizada por Denholm Elliott.*

A ERIC ABRAHAM

Por fax
Londres
3 de marzo de 1993

Querido Eric:

Gracias por tu fax del 20.2 desde Berlín. He puesto un poco de orden en mis asuntos —y he demandado con éxito a un supuesto

biógrafo y he salido bastante indemne—[7] y, por consiguiente, me hallo en mejores condiciones para decidir cómo responder a tu amable propuesta para *El cero y el infinito*. Ahí va. Estoy bastante convencido de que, de un modo u otro, tengo que guionizar *El infiltrado*. También tengo una nueva novela zumbándome cada vez más fuerte en el oído, cuyo trabajo de investigación previa emprenderé en mayo. Estoy haciendo todo lo que puedo por eludir las distracciones de la publicación en julio (como meterme bajo tierra en Reikiavik o en algún otro lugar igualmente llamativo). Creo que me volvería loco si tuviera que hacerme cargo con un segundo guion, y una adaptación de algo que no es mío, con las inevitables y totalmente justificadas reescrituras que siempre siguen al primer borrador. Me temo que son demasiadas cosas para un año en el que mi mayor deseo es liberarme y entrar en terreno nuevo. Me pareció que debía decirte esto enseguida, para no tenerte esperando.[8]

En cuanto a la posibilidad de que colaboremos juntos en una producción europea de *El infiltrado*, me gustaría pensar que, como tú mismo con tanta generosidad sugieres, podemos dejarla abierta. Siento —tras haber perorado con tanto entusiasmo sobre *El cero*, durante los días de tu espléndida hospitalidad en el Connaught— tener que fallarte con el guion, y me encantará, cuando te devuelva la galantería, compartir contigo mis ideas sin pulir, como me salgan, de cómo podría hacerse la película: pero creo que hay muchas escenas originales y recursos en los que habría que trabajar (sus mujeres, no solo su secretaria; su experiencia previa en prisión; sus raíces intelectuales, etcétera) y podría verme metido en seis meses de duro trabajo, fácilmente.

Te deseo, como siempre, mucho éxito y espero que hablemos pronto.

Saludos,

David



A SYDNEY POLLACK

Por fax

Cornualles
28 de julio de 1993

Querido Sydney:

Mientras la Paramount y yo nos acercamos poco a poco a un acuerdo, he estado pensando en el tipo de película que creo que podrías hacer. Y aunque resulte totalmente diferente de la película que hagas —como tiene que ser—, pensé que valdría la pena tratar de indicarte algunas de mis ocurrencias.

La primera es también la última. Me parece que es el único imperativo creativo del que no podemos escapar. Igual que en *El espía que surgió del frío*, en *El infiltrado* la historia no es nada si no lleva dentro una rabia moral. No debe expresarse en líneas nobles, sino en una especie de pulsación que esté latiendo desde el primero hasta el último fotograma. Lo tenías en *Danzad, danzad, malditos*, y sabías de dónde procedía. Era una ira que no intelectualizabas ni percibías, sino que lograbas sentir en tu propio cuerpo. Sea como sea, a pesar de todos los problemas estructurales a los que seguramente nos enfrentaremos, tienes que volver a sentirla en esta película.

¿De dónde procede? Hay una especie de terrible muro en torno a la vida de Jonathan, y él trata de escalarlo. Adopta las convenciones, se viste para ellas, se comporta según ellas. Nos encontramos con él cuando es un esclavo del lujo, aunque deteste el lujo como detesta el despilfarro y las vidas desperdiciadas. En el fondo, es un monje, un escalador, un soldado solitario, un vigilante y una persona decididamente solitaria y autosuficiente, aunque anhele relacionarse. Y antes de que empieces a elaborar otras cosas sobre Jonathan —ya estabas haciéndolo en Nueva York—, quizá fuera prudente que te detuvieras un rato para descubrir lo que hay, en vez de decidir que hay que darle más cuerpo.

Las demás fuentes de la ira son mucho más fáciles de discernir: la rabia de Burr contra un hombre como Roper, nacido con todos los privilegios, que se dedica a joder a la sociedad en lugar de protegerla. La rabia de Strelski, que deriva de saber casi desde el principio que el apaño entre los políticos y los ladrones es permanente e irrompible, y la ira de Goodhew cuando sus ansias

reformadoras chocan con las realidades del gobierno corrupto.

Y la rabia de Sophie porque los desdichados de la tierra se vean obligados una y otra vez a pagar por las fantasías de los ricos y por los juegos de guerra de tiranos y traficantes de armas.

Mi segundo punto expresa una preocupación muy real que me produce la película: que en nuestra prisa por dar universalidad a la historia, abandonemos su carácter inglés y, en consecuencia, el ambiente costumbrista, fundamental para retratar la ira de quienes buscan la verdad. No me aferro a lo inglés por sí mismo ni por un absurdo sentimiento de orgullo. Utilizo su mofa, sus prejuicios de clase y sus exasperantes suposiciones de superioridad para coreografiar la misma universalidad a la que aspiramos. Cuando despegó *Carros de fuego*, las posturas de los catedráticos ingleses y del *establishment* deportivo inglés adquirieron una universalidad que era tan respetada en Tailandia central como en Londres. Podemos generar ese mismo tipo de frustración en nuestra película. Así que vuelvo a sugerir que, en lugar de buscar formas distintas de abordar las gradaciones de la burocracia londinense, las abracemos con cariño, y que nuestros cañonazos sean certeros, además de letales.

Aún podría extenderme mucho, pero mi último punto me remite al primero. ¿Cómo debe salir el público de nuestra película? Me hice repetidas veces esa misma pregunta según me iba acercando a la conclusión de la novela. Y el final que acabé dándole al libro reflejaba exactamente —bien o mal— mis intenciones. Quería dar al lector la satisfacción de saber que, en algún nivel simple, el valor personal y la humanidad personal habían triunfado. También quería que sintiera indignación por la forma en que el mundo se está yendo al diablo, sin intervención aparente de las mismas fuerzas que deberían controlarlo. Creo que si conseguimos superar eso, haremos —es decir, por supuesto, tú harás— la película que viste cuando leíste el libro por primera vez.[9] Y esa, estoy convencido, es la película que deberíamos hacer.

Saludos,

David

Debería haber desconfiado de los «espectaculares pero efímeros

estallidos de entusiasmo» de Pollack, escribió le Carré en Volar en círculos*, tras su experiencia con* Una pequeña ciudad en Alemania*. En cambio, cuando Pollack anunció su plan de rodar* El infiltrado*, «lo dejé todo y cogí el primer vuelo a Nueva York para el que encontré billete». La Paramount aceptó comprar los derechos, y le Carré y Pollack efectuaron una primera sesión de lluvia de ideas en California.*



Stephen Fry le escribió por primera vez a le Carré en 1991, cuando acababa de terminar la lectura de El peregrino secreto*, a las tres de la madrugada. «El dique inglés ya no puede soportar el empuje de quince años de admiración y afecto», le decía, disculpándose por su «efusividad de colegial». «El único escritor a quien he escrito en mi vida, aparte de usted, es P. G. Wodehouse, a mis doce años.» En 1993, tras leer* El infiltrado*, escribió un extenso elogio por la «sensación de asombro» que le producían la narración, la escritura y «el entorno real, el mundo espantoso, el horrendo oficio».*

A STEPHEN FRY[10]

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
13 de septiembre de 1993

Querido Stephen:

Vuelvo de la puñetera Rusia y me encuentro con tu maravillosa carta, por la que te doy las gracias. Rusia es una especie de salvaje Oeste zarista, pero torturado por la culpa, la religión, la pereza y su propio e increíble desperdicio de talento. Nunca he estado en ningún sitio que me produjera una sensación tan espantosa de anarquía que se hace pasar por cambio. Si alguna vez dudáramos de que el mundo se ha modificado tras la Guerra Fría, un par de días en Moscú nos sacarían de dudas. Llevé conmigo a mi hijo de veinte años, y se ha quedado zombi. Crucé la plaza Roja y entré en el antiguo edificio Gumm [GUM]. Ahora

alberga a Estée Lauder, Galerie *[sic]* Lafayette y la mitad de las marcas de Bond Street. No dependen de los turistas occidentales, lo cual es comprensible, ya que todo es un cincuenta por ciento más caro que en Occidente. Sus clientes son los nuevos millonarios moscovitas, que son tantos que Rolls-Royce y Mercedes dicen vender más modelos en Rusia que en todo el resto de Europa junto.

No sé muy bien por qué, pero he tenido un año pésimo, y estoy encantado de que su fin esté a la vista. Publicar en Inglaterra se ha convertido en un acto de masoquismo gratuito, y como esa es mi única ventana a la industria británica, debo suponer que todo el país es igual de incompetente, mezquino y chiflado.

Se supone que Sydney Pollack va a dirigir la película de *El infiltrado* y me haría mucha ilusión que encontraras sitio en ella. Si de mí dependiera, ahora mismo te pediría que hicieses el papel de Corkoran, pero estamos tratando con mentes, si esa es la palabra, que funcionan en otros planos, así que probablemente se lo den a Dicky Attenborough.

Aquí todos te apoyamos y nos encanta tu trabajo. Gracias de nuevo por escribir.

Como siempre,

David



Al principio de El topo*, George Smiley regresa a su casa de Bywater Street. Antes de abrir la puerta, comprueba que los dos trocitos de madera que había colocado encima y debajo de la cerradura siguen en su sitio. Sin embargo, al entrar, encuentra un paraguas desconocido en el recibidor y se da cuenta de que «su dueño sabía lo de las cuñas y sabía cómo volver a ponerlas en su sitio desde el interior de la casa». Peter Guillam espera a Smiley en el salón. «Por favor, señor le Carré», pregunta J. E. C. Kuitenbrouwer, «¿cómo hizo Peter Guillam para volver a colocarlas?».*

A J. E. C. KUITENBROUWER, ADMIRADOR HOLANDÉS

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
21 de octubre de 1993

Estimado señor Kuitenbrouwer:

Muchas gracias por su divertida carta del 10 de septiembre. ¿Sabe que yo nunca conocí muy bien la respuesta? Me lo imagino tanteando las cuñas en la parte de arriba de la puerta, luego tirando de la puerta lentamente hacia él y dándole un último tirón fuerte mientras la cierra.

Pero en realidad no lo sé, y quizá sea imposible. Era solo uno de esos pequeños fragmentos de mística con los que pretendía adornar la historia. Pero me impactó mucho, y a mi mujer también, su terrible pregunta. Como me he dado cuenta de que tiene *El topo* en edición de bolsillo, espero que acepte el premio de la casa por una atenta lectura de pruebas, y se lo adjunto.

Atentamente,

John le Carré



Isaaman fue durante mucho tiempo editor del Hampstead & Highgate Express.

A GERALD ISAAMAN

Por fax
Londres
[s. f., pero probablemente mediados de los noventa]

Querido Gerald:

Era así:

Desconocido del asiento contiguo en un vuelo de Swissair a Zúrich: «¿Es lo nuevo de le Carré?».

Yo, sentado en el avión estacionado, revisando las pruebas encuadernadas de Hodder: «Sí».

Desconocido: «¿Es bueno?».

Yo, harto del retraso causado por la nieve en Zúrich, y temeroso de no llegar a tiempo a la cita con un magnate del cine:

«No sé. Lo he escrito yo».

Desconocido: «Eso pensé, sí».

Poco después, convencido ya de que la cita no iba a ser posible, abandoné el avión.

Saludos,

David

P. D. A Francia, sin dirección postal.



Nicholas Elliott era funcionario del MI6 y amigo desde hacía mucho tiempo de Kim Philby, cuya confesión parcial escuchó en Beirut antes de que Philby huyera a Moscú. Le Carré soñaba con convertir esa relación en una obra de teatro. [11]

A NICHOLAS ELLIOTT

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
9 de noviembre de 1993

Querido Nicholas:

Perdona que te escriba a máquina, pero estoy a medio camino entre una nueva novela y la película de la última, y los días pasan demasiado deprisa.

Por el momento no puedo decir cuándo volveremos a Londres, lo hacemos tan pocas veces... Pero nos vamos a las Antillas y a Estados Unidos a finales de noviembre, y es muy posible que nos quedemos en Londres a nuestro regreso, a principios de diciembre, en cuyo caso te avisaré.

Me alegra saber que vas a publicar un nuevo libro. Si me lo puedes adelantar, me encantaría echarle un vistazo.

Sigo dándole vueltas a nuestro plan de hacer una obra de teatro sobre Philby, y creo que está llegando el momento en que el proyecto podría resultar atractivo desde el punto de vista comercial. Mi problema es que las novelas, mientras me sigan atrayendo, me resultan totalmente satisfactorias y, por supuesto,

económicamente son mucho más gratificantes. Y de momento, la novela actual me tira muchísimo.

Me encanta la visión que tiene tu padre de los extranjeros. ¡Unos cuantos más como él y nunca nos habríamos metido en este lío con el Mercado Común![12]

Todo lo mejor para los dos de nuestra parte, e intentemos hacerlo pronto.

Ah, por cierto, como habréis leído, tuve un encuentro bastante odioso con el general Oleg Kalugin, últimamente del KGB, en Moscú. Se jactó de haber proporcionado el paraguas y el dardo envenenado para el asesinato de Georgi Markov.[13] Esto me irritó lo suficiente como para mencionárselo a sir Rodric Braithwaite,[14] y quizá mis protestas, junto con las de otras personas, contribuyeron a su detención en el aeropuerto de Londres la semana pasada. Desgraciadamente, el fiscal jefe determinó que no había pruebas suficientes de la complicidad de Kalugin en el asunto. En ese caso, la ley es, una vez más, muy burra, ya que tanto mi hijo Nicholas como yo habríamos subido con mucho gusto al estrado a repetir lo que Kalugin[15] nos contó en la comodidad de su apartamento de Moscú.

Atentamente,

David Cornwell

La fascinación de le Carré por la relación entre Philby y Elliott llevó a su amigo el escritor y periodista Ben Macintyre a escribir Un espía entre amigos: La gran traición de Kim Philby. *Le Carré escribió un epílogo para el libro. La obra de teatro de le Carré nunca salió adelante, pero el potencial dramático de esa amistad dio lugar a un documental de la BBC y, recientemente, a una miniserie basada en el libro de Macintyre, protagonizada por Guy Pearce en el papel de Philby y por Damian Lewis en el de Elliott.*



En 1989, Mijaíl Lyubimov escribió por primera vez a le Carré, adjuntando su obra, «una farsa sobre el espionaje». Se presentó como diplomado de la Escuela de Relaciones Internacionales de

Moscú que había trabajado en el servicio diplomático soviético en Londres de 1961 a 1965 y como consejero en la embajada de Dinamarca. Le propuso trabajar juntos en una «traducción literaria» de su guion, «tal vez un musical». Le Carré le respondió: «Seguramente debería usted probar con Alan Bennett o Michael Frayn».[16]

En 1992, Christopher Robbins, periodista y guionista, le escribió a le Carré adjuntando otra carta de Lyubimov. Robbins —que llegaría a ser amigo íntimo de le Carré— explicaba que Lyubimov era funcionario del KGB, anglófilo, y que había sido expulsado de Gran Bretaña en 1965 por intentar reclutar a un miembro del Departamento de Cifrado. Jefe de oficina en Londres y Copenhague, dirigió la oficina británica del KGB en Moscú hasta que lo despidieron en 1980. Robbins pretendía que se le levantara a Lyubimov la condición de «persona non grata», para poder traerlo al Reino Unido a rodar una película.

«Estas líneas son para recordarte a un coronel del KGB a quien ayudaste a encontrar esperanza para su obra de teatro», le escribió Lyubimov a le Carré. También le contaba que su novela, Жизнь и приключения Алекса Уилки, шпиона («Vida y aventuras de Alex Wilkie, espía»), sobre un ilegal del KGB residente en Hampstead e inspirada en Un espía perfecto, se había convertido desde entonces en un éxito en Rusia.

Le Carré prometió «hacer lo poco que puedo por ayudar a tu pronto regreso a Inglaterra en tu nuevo disfraz de novelista». Se encontró con Lyubimov en Moscú en 1993, y también con Oleg Kalugin, y en mayo de 1994 Lyubimov estuvo en casa de le Carré, en Cornualles, habiendo antes prometido «trabajar y no presentarme borracho y desnudo en uniforme de coronel».

La correspondencia entre ambos siguió siendo cordial y divertida. Le Carré escribió sobre Lyubimov en «Smiley Mike», un breve capítulo pensado para Volar en círculos, para el que invitó a Lyubimov a contribuir con algo suyo, que luego excluyó de la versión publicada.

Lyubimov escribió a le Carré diciéndole que había leído dos veces El infiltrado por su «feliz aroma», porque era un libro «muy candente para Rusia, donde los Roper están adquiriendo cada vez más poder».

A MIJAÍL LYUBIMOV

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
15 de noviembre de 1993

Querido Michael:

Ha sido una carta maravillosa. Acabo de leerle tu chiste a Jane por el intercomunicador entre mi despacho y el suyo, y se ha partido de risa.

Disfruté mucho de nuestro encuentro en Moscú, y me encantaría hablar más contigo sobre lo que está ocurriendo ahora en Rusia, y menos sobre espionaje, que, a decir verdad, es un tema que cada vez me aburre más. Pero me apresuro a decir que mi novela va bien...

Espero que te haya hecho tanta gracia como a mí que Oleg Kalugin fuera detenido en el aeropuerto de Londres a su llegada al Reino Unido e interrogado sobre su participación en el asesinato de Markov. De hecho, ahí sentado escuchándolo, tuve la sensación de que estaba tentando un poco a la suerte. Lord Bethel se ensañó con él en la Cámara de los Lores, y creo que las relaciones de Markov tampoco le quitan ojo, y no me parece imposible, en absoluto, que acabe entre rejas occidentales, sobre todo si sigue soltando sandeces. El asunto Markov sigue muy vivo en la memoria de la gente, y aquí no sentó nada bien.

Kalugin me llamó desde su habitación en el hotel Hilton de Londres, pero en su habitación solo pude hablar con un tal señor Reid, y el hotel no tenía a Kalugin en su registro. Es graciosísimo, porque parece que Kalugin sí que estaba en la habitación, pero oculto tras el nombre de Reid, que era su editor o agente, o no sé qué. En fin, un desencuentro. Tal vez en otra ocasión.

En cuanto a tu persona, espero que vengas en diciembre, pero yo lo voy a tener difícil, porque nos vamos a las Antillas y tal vez a Estados Unidos el 28 de noviembre, y aún no estoy seguro de cuándo volveremos. Puede que Jane vuelva antes que yo. O quizá no vayamos a Estados Unidos ninguno de los dos. Pero tengo la idea de que deberías venir alguna vez, y quedarte el tiempo suficiente para que merezca la pena. Tenemos una cabaña independiente para los huéspedes, y estos nos gustan más cuando

tienen cosas que hacer y son autosuficientes durante el día. Lo ideal sería que trajeras un manuscrito para revisar, o una novela para escribir, y pudiéramos jugar por las tardes. Y si deseas traer un Alma Gemela del sexo que sea, hay mucho espacio en la cabaña para alguien más.

Y agradezco que te haya gustado *El infiltrado*. Me encantó lo que me escribiste al respecto. Mencionas también que escribiste algo en la *Gaceta Literaria*. Hay algo raro. El periódico *The Independent* acaba de publicar algo bastante antipático sobre mí, basado en un artículo de alguien llamado Lvov, que se dice que apareció en la *Gaceta Literaria*, y en el que se me acusa de albergar ideas románticas sobre el KGB. *The Independent* procede a una especie de difamación macarthista retrospectiva, sugiriendo que mi verdadera filosofía era el «anticomunismo».

Estoy acostumbrado a las difamaciones, pero ¿has visto tú el artículo de Lvov? Y en caso afirmativo, ¿tendrías la amabilidad de decirme su contenido, o tal vez enviarme una copia para que me lo traduzcan? Casi nunca respondo a los ataques de la prensa, pero en este caso podría verme obligado a defenderme.

Envío esta carta urgente con la esperanza de que ello anime a algún cartero moscovita borracho a mover las piernas un poco más deprisa. ¿O será cosa de su colega borracho de Cornualles? Te mando mucho afecto y, si volvemos a no coincidir esta vez, todos mis mejores deseos para Navidad. Pero pongámonos al día pronto.

Como siempre,

David Cornwell

Lyubimov responde que sus indagaciones le han permitido detectar «un posible Lvov», un expatriado residente en América, que «escribe sobre todo mala prosa y a quien nadie conoce, aparte de los críticos».



Le Carré retomó el asunto Kalugin a principios de 1995 en un largo artículo, publicado primero en la sección de crítica literaria del New York Times *bajo el título* «My New Friends

in the New Russia: In Search of a Few Good Crooks, Cops and Former Agents» *(«Mis nuevos amigos en la nueva Rusia: en busca de unos cuantos buenos bandidos, policías y exagentes»), y más adelante en el* Observer *de Londres. En él, le Carré contaba con todo detalle la confesión de Kalugin sobre su papel en la organización del «repugnante y vengativo asesinato» de Markov, «un hombre valiente y muy querido».*

Annabel, la hija de Alice Mary Dilke, era la viuda de Georgi Markov. La señora Dilke escribió a le Carré para agradecerle sus palabras. Había habido «un intento orquestado de manchar el nombre de Georgi», decía en la carta, incluyendo además la afirmación de que era un agente doble del KGB. «Su retrato de Georgi me ha resultado muy alentador.»

A ALICE MARY DILKE

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
4 de marzo de 1995

Mi querida señora Dilke:

Muchas gracias por su carta del 26 de febrero, que leí nada más volver de unas vacaciones en las Bahamas. Me alegro de haber podido hacer algo por la reputación de Georgi. Desgraciadamente, nunca llegué a conocerlo, pero quienes sí lo hicieron hablan de él con mucha admiración.

Gracias por tomarse la molestia de escribir. No estoy seguro de cuán bienvenido seré en el futuro en casa de los Kalugin,
pero no creo que eso me vaya a molestar.

Con mis mejores deseos,

David Cornwell

La señora Dilke le pasó la carta de le Carré a su nieta, la hija de Markov, Sasha, para que la guardase ella. Aún la conserva.



En abril de 1995, el New York Times *publicó una larga réplica*

de Oleg Kalugin al artículo de le Carré, afirmando estar «disgustado y algo perplejo, sin dejar por ello de ser admirador suyo». Ponía en duda la descripción que le Carré hacía de su casa y lo que se decía de Markov. «Según sus palabras, parece como si yo hubiera aprobado el asesinato de este hombre y no tuviera remordimientos por lo ocurrido... No participé en la planificación, en la discusión previa ni en la ejecución del complot. No entrené ni a rusos ni a búlgaros, ni les entregué el arma letal.» Kalugin señala también que le Carré había escrito cariñosos comentarios en cinco o seis de los libros de su biblioteca, y añade que no tenía «ni una sola palabra amable» que decir sobre el pueblo ruso.

AL DIRECTOR DEL *NEW YORK TIMES*

[22 de marzo de 1995, para publicación el 2 de abril]

Señor mío:

Hubo otros dos testigos de mi encuentro con el general de división Kalugin, aparte de mi hijo: Mijaíl Lyubimov, escritor y antiguo coronel del KGB a cargo de la residencia de Londres, y Vladímir Stabnikov, en aquel momento director administrativo del PEN de Moscú. ¿Realmente niega el general haber dicho lo que yo he relatado? Le resultaría difícil hacerlo. No creo haberme equivocado en ningún aspecto material: ni en mi relato de lo que dijo sobre su participación en el asesinato de Markov, ni en cómo lo dijo. No recuerdo la amplia discusión filosófica a que él se refiere. Más bien recuerdo un monólogo, singularmente libre del remordimiento que ahora afirma tener.

Él se pregunta que dónde queda mi conmiseración por la difícil situación de la Rusia moderna. Está en todas partes. Creo que me angustia tanto como a él ver un país incapaz de afrontar su pasado, su presente o su futuro sin estremecerse. Y lo siento por los muchos rusos decentes que crecieron como comunistas de buena fe y ahora han de aceptar que su fe era errónea.

Y aún lo siento más, no por los ganadores del comunismo, entre los que cuento al general, sino por sus perdedores. Por esta razón, el general quizá me tolere un poco de conmiseración por la

familia superviviente de Georgi Markov, asesinado por su servicio, y que incluso muerto está siendo acosado por el régimen búlgaro, que ahora lo califica cínica y falsamente de antiguo agente doble del KGB. Y cuando el general habla de mi ponzoña, yo preferiría que lo llamara simple rabia ante la idea de que una antigua lumbrera del KGB haga de su participación en el asesinato de un valiente opositor a un régimen repugnante un asunto de partido, por mucho que ahora quiera justificarlo.

Y sí, por supuesto, escribí un fastuoso comentario en su libro. Para mi vergüenza, fue por pura cortesía, como mi artículo se esfuerza en señalar. Cuando el general se queja de que he abusado de su hospitalidad, me siento avergonzado. Le pido disculpas. Quizá algún día se disculpe él ante la señora Markov.

Atentamente, etcétera,

John le Carré



A JACK BURKHARDT

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
19 de noviembre de 1993

Estimado señor Burkhardt:

Gracias por su carta. Lamento que le haya decepcionado el final de *El infiltrado*. No puedo compartir su decepción, aunque confieso que el final pasó por muchas etapas. El truco consistía en hacer ganar a los malos, que en este caso sin duda ganan, y al mismo tiempo facilitar algún tipo de redención a Jonathan, porque notaba que le hacía falta. En otras palabras, quería que la humanidad prevaleciera sobre el mal, porque así debe ser en última instancia.

De modo que incurrí en la arrogancia de una comedia shakespeariana y, tras retratar la locura del mundo, a fin de cuentas junté a los amantes, les coloqué un dulce lazo alrededor y les otorgué una especie de vida después de la muerte. De modo que, por supuesto, había muchos cabos sueltos, y lamento que le hayan molestado a usted. Podría fácilmente haber terminado el

libro, como hice al principio, con Jed y Jonathan en la balsa, flotando en el agua, y dejar que el lector decidiese qué era de ellos. O podría haber hecho que Jonathan volara la barca y se suicidara con ella.

Pero al final hice lo que hice, y tengo que vivir con ello.

Le agradezco que me haya escrito. Atentamente,

John le Carré



Carta de le Carré a Nick Cornwell, su cuarto hijo, por su vigésimo primer cumpleaños. El chico está en su último curso de la Universidad de Cambridge.

A NICHOLAS CORNWELL

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
26 de noviembre de 1993

Mi queridísimo Nick:

Este pequeño candelabro lleva veinticinco años en mi cuarto de trabajo, desde los últimos años de mi primer matrimonio y durante todo el segundo hasta hoy. Ha adquirido un simbolismo cursi pero real para mí, y en los malos tiempos le ponía una vela y la prendía, como una especie de afirmación de la creencia en mí mismo, en mi talento, en mi supervivencia. Por eso, quiero que lo tengas tú ahora, con mi cariño, como antídoto contra las rachas de desesperación.

Espero que te recuerde que eres un buen hombre, cuando necesites que te lo recuerden, y tu propio ser humano y el de nadie más, y que solo tienes una vida, y que ninguna vela se hace más larga, y que posees un gran espíritu, y mucho que hacer.

Con todo mi cariño,

David

Nick Cornwell, que escribe con el nombre de pluma de Nick Harkaway, publicó su primera novela, El mundo que vimos

desaparecer*, en 2008. Revisó la novela de le Carré* Proyecto Silverview*, publicada tras la muerte de le Carré, en 2021.*



En 1994, una viñeta de Jeff Danziger en el Christian Science Monitor *mostraba a le Carré alzando los brazos al cielo en señal de agradecimiento cuando se descubrió que Aldrich Ames, agente de la CIA, era un espía ruso. Le Carré la tenía enmarcada en la pared.*

A JEFF DANZIGER

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
4 de marzo de 1994

Maestro:

No soy el único que lo considera a usted uno de los grandes dibujantes modernos, y admiro mucho la precisión de su trabajo, sobre todo cuando me retrata como una persona delgada, sensible, agobiada por el trabajo y temerosa de Dios.

Sin embargo, la genialidad tiene su precio, y por ello le impongo una de las cinco novelas que he escrito y que no tienen nada que ver con la Guerra Fría, y que no me han ido nada mal. Las otras son *Asesinato de calidad, El amante ingenuo y sentimental, Una pequeña ciudad en Alemania* y *La chica del tambor*.

No quiero decir que no haya disfrutado con su viñeta, ni que no aguante el golpe. Pero como artista comprenderá usted que resulta un poco raro, cuando está uno en el mejor momento de su vida, leer su propia necrológica creativa.

Muchas felicidades por su espléndido trabajo, gracias por incluirme en él, y le deseo todo lo mejor para una carrera ininterrumpida y triunfante.

Atentamente,

John le Carré



A ERIC ABRAHAM[17]

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
29 de marzo de 1994

Querido Eric:

[...]

Tengo muchas ganas de ver la película y, si puedo, asistiré al estreno, sea donde sea. Pienso mucho en ti mientras avanzan los preparativos de la versión de Sydney Pollack de *El infiltrado*. Bob Towne[18] es el guionista y, contra todo pronóstico, parece que trabaja con moderada rapidez sin desviarse hacia otros proyectos propios enloquecidos. Pollack parece incapaz de decidirse a hacer otra película antes que la nuestra, pero a medida que pasan las semanas sospecho que se reconciliará con la idea de dejar pasar el tiempo de escritura y dedicarse directamente a *El infiltrado*. Pero ya empiezo a sentir la terrible mano hollywoodiense metiéndose en el proyecto.



[Traducción de la viñeta: «El señor John le Carré rescatado del bloqueo de escritor». / Radio: «El señor Ames, agente del contraespionaje de la CIA, es acusado de espiar para los rusos incluso después del colapso de la Unión Soviética». / John le Carré: «Oh, gracias, gracias, gracias...». *(N. del t.)*]

Viñeta sobre le Carré, por Jeff Danziger, en el Christian Science Monitor, 1994.

Todo, a partir de las discusiones sobre el reparto, se está volviendo predecible y un poco deprimente. Pero puede que solo sea cosa mía. Lo que sí creo es que tú y yo podríamos tener una buena oportunidad de hacer una película no norteamericana con el próximo libro, que, por cierto, no tiene personajes norteamericanos, y sospecho que no atraería naturalmente a los hollywoodienses.

Todavía no he conseguido leer el artículo de *Ogonyok*[19] y el otro material que me has enviado, pero lo haré.

Jane y yo seguiremos aquí casi todo el año, excepto unas vacaciones en el norte de España en mayo y un viaje que tengo previsto hacer al Cáucaso antes de las nieves invernales.

Gracias de nuevo por pensar en nosotros.

Como siempre,

David



Le Carré ofrece un poco de entretenimiento a Margetson, que está hospitalizado por un hematoma subdural.

A SIR JOHN MARGETSON

Por fax
Cornualles
9 de abril de 1994

A LA OFICINA DE ADMINISTRACIÓN, ADDENBROOKE’S HOSPITAL, CAMBRIDGE

Estimado señor/señora:

Por favor, tenga la amabilidad de pasar el siguiente fax a mi amigo sir John Margetson, paciente internado en su hospital.

Muchas gracias, y que ganen ustedes en el Grand National,

Atentamente,
David Cornwell



A SIR JOHN MARGETSON (PACIENTE INTERNADO)

Mi querido John:

Nos quedamos muy tristes cuando nos enteramos de tu novedad, pero nos recuperamos enseguida al saber que te trató un cirujano tan espléndido y que, según todos los indicios, te estás recuperando estupendamente. Me encantaría ir a verte, ya sea a Cambridge o a Ipswich, y hablaré con Miranda, que llamó a Jane anoche, para elegir el mejor momento y lugar.

Llevamos todo el invierno atrapados aquí abajo, en casi todos los sentidos: enormes tormentas, una tras otra, lluvia, niebla por todas partes, y otra vez enormes tormentas. No creo que hayamos visto una racha decente de sol cálido desde junio. El resultado es que he escrito tres cuartas partes de un libro muy turbio, cargado de niebla, muy introvertido y extraño, pero que me tiene bastante satisfecho, al menos hasta ahora. Las últimas cien páginas transcurren en las montañas del Cáucaso Central, adonde espero ir este verano, bajo la égida de los ingusetios, que están en malos términos con los osetios, que están en malos términos con los chechenos, que odian a los georgianos, a los abjasios, a los azerbaiyanos y, cabe sospecharlo, también se odian a sí mismos. Por lo visto, el aeropuerto siempre está en manos de alguien, pero si vas en tren te arriesgas a que unos tíos barbudos con carabinas te arranquen los pendientes.

Moraleja: hay que llevar un mínimo de joyas.

[...]

El lunes nos vamos una semana a Londres, pero yo iría antes a visitarte a la trena: hablaré con Miranda y por seguridad le enviaré también esta carta, después de mandarla por fax.

Timo no consiguió entrar en plantilla en el *Observer*, solo un será la próxima vez, y sigue escribiendo para ellos con ahínco. Leí el artículo sobre Roma que publica Clare en el *Grauniad*, muy impresionante. Steve merodea por Hollywood intentando

organizar su película, y parece que progresa. Simon ha comprado una casa enorme en Primrose Hill, una semivictoriana con un jardín trasero de veinticinco metros, un jardín delantero de seis, y tanto espacio que tendrán que usar quads. Estoy encantado. Ahora están en el chalet, haciendo esquí primaveral.



Mi querido John, presta mucha atención a tu recuperación, vive para siempre, tus amigos insisten en ello, y veámonos pronto.

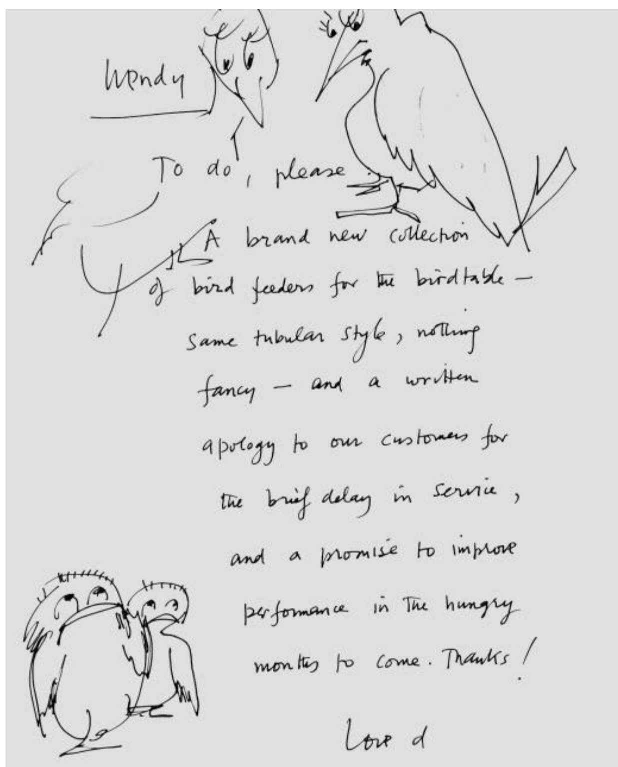
El viento aúlla de nuevo en las ventanas de mi cuarto de trabajo, nube negra, amenaza del norte, puñetero frío. La primavera ya está aquí.

Con cariño,

David



Martina Wiegandt, que entonces estudiaba en la Universidad Técnica de Berlín, escribió a le Carré señalándole algunas sorprendentes incoherencias de El espía que surgió del frío: *en las fechas de la trayectoria laboral de Leamas, en que Mundt «no parece envejecer», y en los rangos de Mundt y Fielder. Jane marcó la carta con una nota dirigida a su secretaria: «Por favor, ¡pásala cuando David se sienta con fuerzas».*



Wendy

To do, please

A brand new collection of bird feeders for the birdtable — same tubular style, nothing fancy — and a written apology to our customers for the brief delay in service, and a promise to improve performance in the hungry months to come. Thanks!

Love d

Una nota sin fecha con instrucciones para el cuidado de los pájaros, dirigida a Wendy Le Grice, ama de llaves y primera archivera de Tregiffian.*
Nota para Wendy Le Grice.

A MARTINA WIEGANDT

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
15 de abril de 1994

Estimada señorita Wiegandt:

Me ha encantado su carta del 9 de marzo, que me llegó esta semana, y en la que señala algunas incoherencias —aunque no todas— de *El espía que surgió del frío*. El libro, como usted bien percibe, está plagado de inexactitudes. Fue escrito en su mayor parte a altas horas de la madrugada, pocas semanas después de

mi primera experiencia con el Muro de Berlín. El libro fue siempre un instrumento en bruto y no pasó por ninguno de los finos ajustes editoriales a que se han visto sometidas mis obras más recientes.

Como tantos otros novelistas, me interesa mucho más la verosimilitud que la autenticidad, y en *El espía* tiene usted un buen ejemplo de mí en mi estado primitivo.

Siempre tuve la posibilidad de corregir las inexactitudes y ajustar el relato en ediciones posteriores. Pero llegué a la conclusión de que eso era injusto para el lector y, en cierto modo, también para mí. Y me divierte mucho que, de los varios millones de personas que han leído el libro, solo un distinguido grupo —en el que se encuentra usted— haya descubierto las bases movedizas sobre las que se edificó la novela.

No es por defenderme, no lo pretendo, pero le recuerdo que novelas mucho mejores que la mía no superan la prueba del análisis factual. Dickens, para mi deleite, se viene abajo al final de sus novelas en su esfuerzo por recoger los hilos que ha tejido en los primeros capítulos. Scott Fitzgerald se enreda en tramas que no puede solventar, y yo observo con solidaridad de colegial sus intentos de salir de ellas.

Y no olvide maravillarse, la próxima vez que vea esa gran epopeya de disfraces de Hollywood, cuando el jeep errante se desplaza lentamente por el fondo.

Le agradezco de nuevo que me haya escrito, pero, como dicen los alemanes, está usted cruzando puertas abiertas. Le deseo mucho éxito en sus estudios.

Atentamente,

John le Carré

En el «distinguido grupo» de quienes detectaron errores en la novela figuraba también un tal S. L. Hourmouzios, que escribió en enero de 1965 señalando dos «errores tontos»: que Alec Leamas volara a La Haya y tomara el metro en Ludgate Hill, cuando no existían ni el aeropuerto ni la estación.



John Keegan, historiador militar y periodista inglés, entrevistó a le Carré para un artículo de portada de la revista Telegraph*, en junio de 1993. «Tengo carnet de devoto de le Carré y me sé casi de memoria algunos de sus libros», le escribió a Jane. Le Carré le escribió más adelante proponiéndole —como había hecho con el antiguo jefe de redacción de literatura del* Telegraph*, Nicholas Shakespeare— «que a partir de ahora no escribamos el uno sobre el otro y nos limitemos a disfrutar de nuestra mutua compañía».*

A JOHN KEEGAN

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
28 de abril de 1994

Querido John:

Gracias por tus encantadoras tarjetas. Siempre he soñado con escribir una obra de teatro, titulada solamente *Elliott*, que documente las entrevistas que mantuvo con Philby hasta que este confesó. Elliot dice que abarcaron más de trece años, que a menudo terminaban con los dos hombres inertes por la bebida y con E teniendo que subir a P a un taxi y pagar por adelantado la carrera, ¡normalmente con cinco libras extra por si P incurría en incontinencia durante el trayecto! Pero ¿te imaginas a ese personaje de Wodehouse —hijo de Claud, preboste de Eton, pilar del *establishment* académico— enfrentado al terriblemente taimado hijo de san John Philby, uno de los mayores mierderos del siglo XX?[20]

Un día, dice seguramente una vieja canción, lo intentaré. Es bonito de seguir porque E estuvo convencido durante años de que P era inocente; en ese tiempo P le ocultó a E su comunismo, sus actividades de espionaje, su homosexualidad secreta y la profundidad de su trascendental relación con Litzi Friedmann. E pensó que había metido la pata en algo y que tenía que confesarlo.

Pero ahí va una bonita subtrama. E jugó conmigo durante años, diciéndome que yo era quien él quería que escribiera la historia,

etcétera, y estuve a punto de dejarlo todo y hacer un trato con él porque trato (y notoriedad) era lo que él quería. Ahora me doy cuenta de que la mitad de los novelistas y dramaturgos de Londres estaban sometidos a condiciones similares, cada uno independientemente del otro, cada uno creyendo que tenía acceso exclusivo al tipo ese. A su manera, era igual de farsante que Philby, ¡pero mucho más simpático!

Me alegro de tener noticias tuyas. Estoy enfrascado en lo que espero que sea una buena novela. Vamos a pasar dos semanas en España, a mi regreso la terminaré.

Saludos para los dos,

David



Horst Gerkens, nacido en Hamburgo y residente en Estados Unidos desde hacía mucho tiempo, refiriéndose a sus propios intentos de escribir ficción de espionaje, afirmó que «mi germanidad a veces dificulta gravemente mi escritura, incluso mi lectura».

A HORST GERKENS

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
29 de abril de 1994

Estimado señor Gerkens:

[...]

Me ha pedido usted un comentario, pero creo que lo que verdaderamente quiere es ánimo. Creo que una combinación de la mentalidad alemana y la inglesa —algo que compartimos, al parecer— puede ser algo maravilloso para alguien que escriba en cualquiera de los dos idiomas. Si no está seguro de cuál elegir, le sugiero que elija el inglés, ya que su variedad es considerablemente mayor que la del alemán y no padece el acoso de lo que Goethe denomina las colas de rata de las preposiciones y el orden de las palabras.

Si desea inspirarse, tal vez pueda recurrir a Joseph Conrad, que nunca habló inglés correctamente, cuyas lenguas maternas eran el polaco y el alemán, y que, sin embargo, dotó a la lengua inglesa escrita de una majestuosidad que antes no había alcanzado. Y, por último, recuerde lo que dijo Dickens sobre la narrativa: es hechos y más hechos. Hechos es todo lo que se requiere. Con ello no quería decir que todos deberíamos escribir como Clancy, sino que deberíamos ceñirnos a la *Sache*.[21]

Saludos cordiales,

Atentamente,

John le Carré



A Mark Wilcocks, de once años, le regalaron El topo *por Navidad. Y le escribió a le Carré: «Me gustaría preguntarle de dónde saca la inspiración, las ideas y la información para escribir sus libros; si le gusta leer y cuándo empezó a escribir libros». Y, en posdata: «Por favor, ¿podría responderme?».*

A MARK WILCOCKS

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
1 de julio de 1994

Querido Mark:

Gracias por tu carta.

[...]

Si tuviera que responder a todas tus preguntas, nunca podría ponerme a escribir más libros. No creo que nadie pueda decir de dónde saca la inspiración, igual que un músico no puede decir de dónde saca su oído musical, o un atleta sus habilidades físicas. Tenemos el don, y el truco está en trabajarlo, respetarlo, estirarlo y hacer que nos dé lo mejor de sí mismo. Empecé a escribir muy pronto y escribía poesía en el colegio, algo que ahora me da vergüenza, pero que en aquel momento me parecía la mejor poesía del mundo. No empecé a escribir libros hasta los

veintinueve años, después de haber hecho muchas otras cosas. El único consejo que doy a mis hijos cuando me dicen que quieren escribir es que lo dejen para lo más tarde que razonablemente puedan, para que tengan experiencia de otros trabajos y relaciones, buenas y malas, antes de emprender el intento de describir personajes y situaciones humanas. *El topo*, como habrás comprobado, es un artefacto enormemente complicado a cierto nivel, pero lo que hace que funcione, suponiendo que funcione, es su variedad humana y la amarga compasión de George Smiley. Al final, es el personaje quien impulsa la trama.

Has sido muy amable al escribirme. No te escribiré otra vez, pero te deseo suerte si alguna vez te dedicas a escribir.

Atentamente,

John le Carré

Nuestro juego:
Guerra en el Cáucaso y una cubierta de libro

A mí también me siguen llegando rumores de que hay una gran inquietud flotando en el aire en el norte del Cáucaso, y la perspectiva de cosas malas en el otoño.
Ya veremos.

—a Vladímir Stabnikov, que lo ayudó en sus investigaciones para *Nuestro juego*, el 3 de agosto de 1994

Le Carré realizó su primer viaje de investigación a Moscú para *Nuestro juego* en 1993. En 1994 canceló una visita prevista a Rusia y el Cáucaso para no interrumpir su trabajo en la novela; luego no consiguió llegar a la propia Ingusetia antes de que se publicara el libro. Más tarde, le Carré calificó *Nuestro juego* de «novela de vagabundos»,[1] pero el estallido de la guerra en Chechenia en diciembre de 1994 hizo que su publicación pareciera profética.



Pusya, o Ruslan, Jopua era un deportista y acaudalado hombre de negocios abjasio, un luchador con un físico parecido al de Dima en Un traidor como los nuestros.

A PUSYA JOPUA

Por fax
Cornualles
15 de noviembre de 1993

PRIVADO Y CONFIDENCIAL

Querido Pusya:

Me ha conmovido tu hermosa carta. Nick y yo disfrutamos mucho de tu compañía en nuestro viaje, y nos habría complacido tener el privilegio de conocerte un poco mejor. Si Nick se mostraba en ocasiones frívolo o distraído, creo que era porque a veces se le sobrecargaba la batería y necesitaba volver a comportarse como un niño. Los dos volvimos a Inglaterra tan llenos de recuerdos e impresiones que tardamos semanas en asimilarlos. Aprendimos tanto que fue como mirar por primera vez el mapa de la propia experiencia e identificar los parajes inexplorados.

Mucho de lo que tenías que contar, y mucho de lo que representas, en lo tocante a la lucha de Abjasia, era nuevo para mí, y por supuesto, leímos y seguimos las noticias con gran capacidad de absorción. He estado buscando, para mi novela actual, una lucha en el Cáucaso que apelara a la desesperación romántica de un británico a quien, en cierto sentido, las causas de Occidente lo tienen agotado. Quiero que el personaje haga un gesto quijotesco en nombre de un pueblo que apenas conoce, en aras de una noción absoluta de justicia. La causa abjasia me pareció adecuada, pero irónicamente es mucho menos adecuada ahora que está ganada, al menos en parte. Por tanto, ahora mi atención se dirige más bien a los ingusetios, cuya causa me parece justa e imposible de ganar. ¿O me equivoco en mi descripción?

En algún momento de la primavera quiero ir al Cáucaso, y si para entonces supiera cuál de las diversas minorías étnicas atraería más a mi personaje e impresionaría mejor a mi lector por la justicia de su causa y con las injusticias cometidas contra ella, sería una inmensa ventaja.

Me resulta muy difícil hablar de libros que aún no están escritos, pero si piensas en un inglés muy comprometido y disoluto que anda en busca de la virtud —digamos una figura como la de Barley en *La casa Rusia*— y lo imaginas decidiendo tirar su vida por la borda por una causa justa pero perdida, esa es la imagen.

Querido Pusya, te escribo esto con alguna confianza, porque confío absolutamente en tu discreción. A veces me siento un poco avergonzado cuando pongo en marcha una investigación de este tipo, ¡y luego mi obra en marcha sale en los periódicos! Estoy seguro de que Volodya [Stabnikov] te traduciría esto, y entonces no nos daría miedo el compromiso. Por eso le envío por fax esta carta en inglés y le pido que te la haga llegar en ruso.

¿Todavía te vale el abrigo? ¿Están desapareciendo las sombras de tu rostro ahora que tu causa ha sido reconocida? ¿Terminará pronto la lucha? Nick también se emocionó con tu carta, cuya copia le envié a Cambridge. Me pide que te envíe sus mejores saludos y su agradecimiento por tantos recuerdos felices.

Atentamente,

David Cornwell



AL PROFESOR GEORGE HEWITT

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
4 de mayo de 1994

Querido profesor:

Me ha dado su nombre nuestro amigo común Pusya Jopua, y me tomo la libertad de escribirle para preguntarle si podría dedicarme una hora de su tiempo, tal vez comiendo juntos, ya sea en Doncaster o en Londres. Soy novelista y escribo con el nombre de John le Carré. Actualmente estoy trabajando en una novela que aborda el conflicto entre Osetia e Ingusetia, y que especula sobre si podría desembocar en una guerra abierta. El libro termina en el Cáucaso, adonde todavía no he ido, como tampoco mi protagonista, por lo que ambos llegaremos sin saber nada de la zona. Cuando me sumerjo en estas cosas otorgo mucha importancia a dar con la nota adecuada, y le agradecería enormemente la oportunidad de sentarme a sus pies a escucharlo.

Envío esta carta a sus dos direcciones, y por fax a Doncaster.

Atentamente,

David Cornwell



Preludio al abandono de le Carré de su proyecto de ir al Cáucaso en un viaje de investigación para Nuestro juego.

A VLADÍMIR STABNIKOV

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
11 de julio de 1994

Querido Vladímir:

Decisiones, decisiones. He pasado el fin de semana revisando mis planes de escritura. He decidido que no puedo proseguir con

el libro durante un mes y luego interrumpir la marcha para encajar el viaje a Rusia. Y que lo mejor que puedo hacer es llegar hasta el final, aunque me falte material de investigación, y completar el libro resolviendo la trama y los personajes, aunque luego tenga que volver sobre las últimas cien páginas y modificarlas en función de la investigación posterior.

Lo que estoy diciendo, por tanto, es esto en realidad: no quiero fijar otra fecha hasta que haya terminado el primer borrador de la novela. Si tengo suerte y el libro sigue a buen ritmo hasta el final, no habría que modificar las fechas que hasta ahora hemos acordado. Pero también podría significar que no iría a Rusia hasta dentro de seis u ocho semanas, o incluso más. Sé que entonces podríamos tener dificultades con el clima en el Cáucaso Norte, ya que en octubre es probable que el tiempo sea malo, y más difíciles los viajes. Pero sigo pensando que la decisión que he tomado ha de ser la correcta, aunque acabe yendo al Cáucaso en primavera y reescribiendo las últimas cien páginas en pruebas.

De modo que sí, que me gustaría mantener el diálogo con Kostoev[2] y recopilar imágenes e información sobre Ingusetia, pero por el momento no quiero comprometerme a ninguna fecha concreta. Por supuesto que mientras tanto me mantendré en estrecho contacto contigo.

Mis mejores deseos y mi cariño para todos.

David



A MARIANNE SCHINDLER, SUIZA

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
11 de julio de 1994

Estimada señora Schindler:

Gracias por su carta del 28 de junio. Me ha emocionado su comentario, pero no veo el problema tan literalmente como usted. He escrito mucho sobre hombres incapaces de relacionarse con las mujeres, porque en el mundo orientado a lo masculino del que yo extraigo mi experiencia —y, de hecho, mi educación—, la brecha

que usted deplora es, por desgracia, demasiado común. Le ruego, pues, que me crea cuando le digo que comparto su respeto por las cualidades y los padecimientos de las mujeres, cuyo talento y cuya compañía prefiero con mucho a los de los hombres.

Atentamente,

John le Carré



El periodista Edward Behr escribe a le Carré refiriéndose a un enrevesado artículo de Ron Rosenbaum publicado en la revista del New York Times*, en el que sugería que Graham Greene seguía preguntándose, en su lecho de muerte, si Kim Philby había sido de veras un agente de Occidente.*

A EDWARD BEHR

Por fax
Cornualles
1 de agosto de 1994

Querido Ed:

Gracias por tu fax. Sería una locura que te dejara acercarte algo a mí en este momento. Estoy en los últimos estertores de una novela muy larga e intrincada. Tampoco tengo tiempo para hablar del absurdo artículo del *New York Times Magazine* sobre Philby, que me enviaron por fax desde otro sitio. No es posible que ningún servicio de inteligencia, y mucho menos el británico durante ese vergonzoso periodo de su existencia, pudiera soportar la persistente humillación pública de una operación de triple agente de alto nivel que, solo a nivel de relaciones públicas, prácticamente lo destruyó. Por lo demás, el artículo estaba tan plagado de inexactitudes (una de ellas relativa al origen de un personaje mío, y otra, si no me equivoco, la de afirmar que Dancy era jefe del SIS)[3] que yo, por mi parte, no sabría cómo abordarlo sin destrozarlo.

Tanto Philby como Blake paralizaron eficazmente las operaciones de enlace y de campo del SIS en los niveles

intermedios durante años y más años. Ningún servicio secreto es lo suficientemente fuerte como para romper de ese modo su propio cuenco de arroz y conservar su influencia en los pasillos del poder. Lo que vimos fue lo que era: un pequeño y desagradable traidor al *establishment* con un padre repugnante, con su tartamudeo fingido y una sexualidad angustiosa, que se pasó la vida vengándose de la Inglaterra que lo hizo.

Pero eso es todo, para su propio y profundo trasfondo, y tú lo sabes de todos modos. Mientras tanto, volveré a mis *mou-tons* y te deseo suerte. Nos encantaría verte por aquí, ¡pero no hasta que ganemos esta guerra!

Como siempre,

David

[añadido manuscrito a la carta mecanografiada] P. D. Y, por su madre, si era triple, ¿cuál era el dividendo?



Susan D. Anderson es curadora de historia y directora de Programación del Museo Afroamericano de California, sito en Los Ángeles, y miembro del consejo editorial de la revista California History. *La primera vez que escribió a John le Carré fue en septiembre de 1993, y él le envió una breve respuesta mecanografiada, pero el modo en que ella le respondía le hizo adoptar enseguida un tono menos formal. En medio de las tormentas de Cornualles, en diciembre de 1993, le escribe: «Todo el mundo se está muriendo... Si tienes sesenta y dos años, como yo, es algo que ocurre un poco más a menudo... No puedo ponerme macabro con nada hasta que empiezan los aullidos de las cuatro de la madrugada, y todos los tenemos a partir de los treinta... Y el truco de todo esto es seguir estando bien todo el tiempo que uno pueda». En febrero de 1994 cruzó el Rubicón. Había estado en Los Ángeles en una visita relámpago, pero no había hablado con ella: «Me preocupé, pensando que podía ponerte en un apuro..., quizá porque escribir es lo que más nos gusta, y por otras seis razones». Sin tener idea en ese momento de su aspecto físico —«si tienes sesenta o treinta años o eres*

alta o baja o blanca o negra»—, le propuso que le escribiera por mediación de John Miller y Michael Truscott, anotando en posdata: «Tu carta era muy sexy». Siguieron más intercambios: «Beso tus párpados y tu erudición, y te envío la avalancha de la tormenta atlántica contra las ventanas de mi despacho, y te saboreo como a la mujer más bella del mundo». La correspondencia se prolongó hasta principios de 1997.

A SUSAN D. ANDERSON

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
[Matasellos] 24 de agosto de 1994

Cariño:

Me ha llegado tu carta, maravillosa, larga, divertida, interesante, y me encanta que te quitaras el zapato mientras subías al restaurante, y si a tu alrededor hubiera habido alguien que diera la talla como hombre, te lo habría llenado de champán y... Lamento que este sea un momento duro y confuso para ti, pero ten por cierto que por aquí estamos en las mismas, aunque lo superaremos.

Te cuento cómo están las cosas por este lado. Cuando me prohibieron la entrada, me senté a trabajar con todo el material que pude reunir y con un joven checheno de St. Anthony, Oxford, que vino y se instaló aquí, y saqué todas mis notas sobre Kirguistán, donde estuve en el 87, y sobre Moscú, donde estuve el verano pasado, y sobre los palestinos, de cuando estuve en el sur del Líbano, y falsifiqué las cien últimas páginas del libro —es decir, que falsifiqué el papel de pared— y, para mi gran satisfacción, resolví muy bien la novela real, la interior. Fui a París, estuve con algunos ingusetios y vi un sinfín de vídeos de la región y, la verdad, no creo que pueda mejorar mucho lo que he hecho, pero es que no se trata de eso. Así que me estoy organizando para hacer, en efecto, una entrada no anunciada a través de Turquía y Grozni (que siendo Chechenia no depende de las restricciones rusas, en teoría sigue siendo un país distinto, mientras Yeltsin no se decida a perder los estribos y atacar), y

para ello llevaré un intérprete checheno-ingusetio y no uno ruso (llevar uno ruso es tan útil como llevar a un miembro de la Knesset a los territorios ocupados). No puedo organizarlo antes de octubre, lo que me hace estar doblemente agradecido por tu carta, por tu grandeza de espíritu y por la generosidad con la que escribes: lo que yo supongo es que este año lo lograremos, en algún momento, en algún sitio, pero yo te tengo a ti, y tú me tienes a mí, y lo maravilloso de ti es que primero me dejas respirar, escribir y volar, y luego sigues siendo tú, y gracias. Todo el mundo me envió el artículo del *NYT*, que es una tontería indescriptible: pura fantasía, como tú dices, vergonzosamente desinformado sobre los hechos y ridículo como especulación. No hay en el mundo un servicio de int. lo suficientemente poderoso y lo suficientemente frío como para parecer que está en el suelo hecho pedazos cuando no lo está. Los odiosos barones del negocio se arrojarían contra sus espadas antes que ser vistos como incompetentes. E incluso si se tomara una decisión tan sorprendente..., ¿cuál fue el dividendo, por favor? ¿Nombres y direcciones de sus niñeros de Moscú? Dame un respiro, como dice mi nieta norteamericana. [...] En cuanto a los juegos a que Graham Greene jugó, conociendo a Graham, eran tan perversos y flojos como sus horribles bromas, ejercicios de autodramatización más que de espionaje. La CIA, por cierto, se ha divertido últimamente atacándome de una manera completamente disparatada en su revista interna (de circulación «privada»). Hace un par de meses, una «valoración» bastante sosa de mi trabajo y ahora un ataque vitriólico a mi ignorancia (que, tienen razón, es total) sobre la interceptación de señales. ¿No es maravilloso? En realidad, son unos tipos que tratarían *El amante de lady Chatterley* como si fuera un manual para las relaciones entre empleador y empleado, o sobre cómo manejar a tu guardabosques...

Hablando de esto, oh, rosa abierta, espero que estés completa y eficazmente vestida cuando nos encontremos: joyas, tus uñas más largas y al menos un rubí en el ombligo, que te retiraré con los dientes.

Gracias, gracias, por la maravillosa carta de ida y vuelta; tampoco te he dado las gracias por haber sido mi acompañante secreta durante la última mitad del libro, que en todo menos en el

empujón final está terminado y, me atrevo a decirlo, es maravilloso. O eso parece aún, y hoy, ya hoy, lo enviaré a mis agentes de Estados Unidos, Reino Unido y Europa y, al cabo de diez días, más o menos, a los principales editores. Pero no te enviaré una copia demasiado pronto: solo quiero que veas una versión, así que la tendrás un poco más tarde.

Anoche por fin me tendí contigo en la oscuridad, y me sentí seguro, y hablamos hasta dormirnos. Si tu primer capítulo no queda bien, será porque lo has leído demasiado a menudo, o porque lo limita el hecho de que lo escribieras sin el apoyo de los restantes. Pero lo más probable es que sea lo primero, y si es lo segundo, probablemente tu agente o tu editor deberían decírtelo. ¿Podré leerlo alguna vez?

Esta es una carta matutina. En realidad no tengo nada más que escribir para la novela hasta que haya descifrado el código y haya entrado y salido del Cáucaso. Seguiré escribiéndote y te diré cuándo será, a no ser que ocurra con muy poca antelación. Perdona mi largo silencio, pero acabo de arrojarme muy enfadado contra el libro, y ahora tengo un tic en el párpado derecho, me siento gordo como un cachorro de tan poco caminar, estoy seguro de que soy impotente, pero sospecho que tú puedes repararlo, y me siento muy protector contigo en este momento, y lo único que quiero es darte un abrazo grande.

D.



Tras la compra de Nuestro juego *por Knopf, le Carré se puso a la tarea de reescribir el personaje central, Tim Cranmer.*

A SONNY MEHTA

Por fax
Cornualles
19 de septiembre de 1994

Querido Sonny:

Lynn me dice que seguramente estarás ocupado, pero de todos modos pasaré a verte, aunque solo sea para decir hola.

Estoy encantado con el acuerdo y espero que tú también. Parece sensato y justo. Así que hurra, y a disfrutarlo. Estoy a punto de lanzarme a una reescritura bastante extensa, cuyos objetivos son hasta ahora principalmente de mi propia elección, pero que sin duda alguna incluyen tu opinión de que —si te entiendo bien— necesitamos más corazón en Tim, más información sobre su vida personal y más cosas que nos gusten de él, ya en las primeras páginas, de lo que se ofrecen actualmente. No tengo ningún problema al respecto. Tengo, sobre la marcha, un montón de material propio que añadir a todo esto: a medida que Tim se «ablande» y vaya tomando forma, ello también aportará algo a Emma. Tengo un montón de cosas de mi experto en el Cáucaso, mi enólogo, etcétera. Estoy pensando en darle a Tim más contenido en Moscú.

Lo que te pido, pues —como también se lo pido a Hodders—, es que me hagas llegar tus ideas por fax del mejor modo que puedas, tan pronto como puedas, para que yo lo eche todo en la olla y me ponga manos a la obra. No te preocupes demasiado por sugerir soluciones en esta fase, aunque si se te ocurre alguna, bienvenida será; limítate a comunicarme los diagnósticos y deja que yo me angustie con ellos, porque entonces suele ser cuando rindo más.

No tiene sentido que te cuente qué más tengo intención de hacer; es mejor que lo veas cuando esté hecho y que valores cómo encaja. Te llamaré hoy sobre tus diez de la mañana.

Saludos,

David



En 1992, Gottlieb, ya sexagenario, regresó como editor a Knopf y «volvió a casarse» con le Carré para El infiltrado. *Según cuenta en sus memorias,* Lector voraz, *Gottlieb «echó una mano» en* Nuestro juego, *y también un vistazo de última hora a* El sastre de Panamá. *En esta carta, le Carré parece prescindir por segunda vez de los servicios de Gottlieb. Sin embargo, en 1999 le escribió lo siguiente a Frances Gertler, de*

The Good Book Guide*: «Es cierto que gran parte de mi trabajo de edición lo he realizado en Estados Unidos, donde durante más de veinte años gocé del privilegio de tener como editor al más grande de todos, Robert Gottlieb».*

A BOB GOTTLIEB

Por fax
Cornualles
22 de septiembre de 1994

Querido Bob:

No sé si te habrá llegado la noticia, pero he terminado la primera versión de una nueva novela, y a Sonny le gusta, y la ha comprado. No le gusta el título, que era *La pasión de su tiempo*. Por el momento, no tiene otro nombre.

Y, por supuesto, surgió de inmediato la cuestión de quién debía revisarla, y aunque intenté que la decisión fuera de Sonny, no mía, no te insultaré fingiendo que al final no fue mía: fue una decisión extremadamente dolorosa para mí, fui yo quien la tomó tras una larga reflexión y mucho pensar en voz alta con Jane.

En última instancia, fueron dos los factores que más pesaron. El primero fue sencillamente la familiaridad que existe entre nosotros, y cuyo efecto soporífero en mi comportamiento empecé a notar la última vez. Era como si ambos supiéramos que yo solo puedo saltar hasta cierta altura o correr a cierta velocidad. Empecé a querer algo un poco más rompedor y desafiante, aunque en principio no estuviera de acuerdo con ello. Y puesto que Sonny ya tenía una visión clara de lo que quería que se hiciese con el libro, me pareció un camino interesante que emprender.

El segundo factor es probablemente ineludible a partir del primero: me sentí en cierto modo fuera de mi propia editorial y aislado de su voz y su energía. Era como si me revisaran en secreto, en lugar de hacerlo abiertamente. Al fin y al cabo, llevo un par de años trabajando sin consultar a nadie más que a Jane, y al final lo que espero con impaciencia es una breve corrección institucional. Pero no la tenía, o no pensaba tenerla; me parecía

estar en una especie de tierra de nadie, y ni siquiera tenía la certeza de que lo que estaba haciendo tuviera el respaldo de quienes toman las decisiones editoriales.

Nada de esto es fácil de decir, y no más fácil de leer, estoy seguro, y no me cabe duda de que habrá momentos en que echaré enormemente en falta tu sabiduría y tu apoyo. Pero supongo que la verdad es que, a medida que nos hacemos mayores, la afirmación de la gente más joven se trueca en una especie de garantía de que no estamos bailando una música que nadie más puede oír, que es lo que más temo. Por lo demás…, el afecto que te tengo y lo profundamente que agradezco tu talento y tus aportaciones y tu apoyo… Ya lo sabes, pero de todos modos te lo diré de nuevo.

Como siempre,

David



A JOHN CALLEY

Por fax
Cornualles
30 de septiembre de 1994

Querido John:

Solo deciros que ya casi he terminado mi habitual reescritura elefantiásica. También tenemos un nuevo título, que les gusta mucho a todos los editores. Es *Nuestro juego*. Ahora hay también en el texto una referencia a la poco conocida modalidad de fútbol que juegan los colegiales de Winchester y que se conoce en la jerga por «nuestro juego».

Una semana más.

Con todo mi afecto,

David



Yvette Pierpaoli (1938-1999) era cooperante, activista en favor de los refugiados y amiga de la familia. La correspondencia

entre le Carré y Pierpaoli fue considerable, pero casi toda se ha perdido (véase la «Introducción». Le Carré apoyó y respetó profundamente su labor caritativa; si también fue, como parece bastante probable, una de sus amantes, se trató de una aventura de otra clase. Su fotografía aún cuelga de la pared en el estudio de Jane Cornwell.

A YVETTE PIERPAOLI

Por fax
Cornualles
19 de diciembre de 1994

Queridísima Yvette:

Desearos a todos una muy muy feliz Navidad y 1995. ¿Os juntaréis todos? Nosotros de momento somos dos. Después viene Nick, después Charlotte con su hija. Después la madre de Charlotte. Teníamos la esperanza de poder disponer ya de nuestra piscina cubierta, pero no tiene techo y está sin agua, y la grúa para levantar el techo y ponerlo en su sitio se ha quedado atascada en una zanja, bloqueando la entrada y salida de Tregiffian. O sea que no hay piscina.

Ayer recibí una invitación de Mort Abramovitz[4] pidiéndome que me uniera a un comité del Carnegie Trust que va a resolver los problemas del mundo. Me alegró mucho saber que por fin alguien se haya decidido a hacerlo, porque ya había observado yo que ciertas cosas no son como deberían ser. Pero creo que tú has hecho más por el mundo que todos los comités de sabios juntos.

Así que espero que el mundo se porte bien con vosotros en Navidad y os haga felices a todos, como os merecéis.

Con mucho cariño,

David



El diseño de la cubierta estadounidense de Nuestro juego *provocó una disputa entre el siempre vigilante le Carré y Sonny Mehta, director de la mayor editorial del país, a pesar de que la*

creciente tensión en Chechenia, que en diciembre desembocó en conflicto abierto, subrayaba tristemente la actualidad del libro. La propuesta de incluir en la portada una torre de vigilancia fue motivo de fricción. «Demasiado obelisco. Demasiado egipcio. ¿Ventanas?», garrapateó le Carré en una nota de Mehta, adjuntándole imágenes de torres de vigilancia que él había recopilado. Más tarde, al presidente y editor jefe de Alfred A. Knopf le llegaron dos faxes en el mismo día, uno escrito a mano y el otro mecanografiado.

A SONNY MEHTA

Por fax
21 de noviembre de 1994

Querido Sonny:

He colocado el diseño en la pared y he estado conviviendo con él estas últimas horas, y tengo que decir que la pistola, o lo que sea, realmente no me gusta nada. De lejos, es vagamente fálico y bastante sombrío. De cerca, es un misterio que no se despeja. ¿Qué opinas tú? Hablemos, por favor.

Saludos,

David



Por fax
21 de noviembre de 1994

Querido Sonny:

Me he quedado desconcertado al recibir las versiones retocadas del diseño de la cubierta, porque creía haberos dicho que, por ingenioso que sea el diseño, no me gustan nada las armas en la cubierta del libro.

Dicho esto, si el tiempo y la opinión de la casa están rotundamente en mi contra, tendré que vivir con ello.

Mi otro problema es el de siempre. Casi todas las cartas de admiradores que recibo de América se dirigen a mí como leCarré,

todo junto, incluso las de editoriales y periódicos. Sé que este le es una especie de cola de rata bestial para acomodarla en un diseño, pero me gustaría que de alguna manera se pudiera separar de Carré.

De las tres, estoy de acuerdo contigo: la del nombre completo es la mejor.

Lamento ser un pesado, pero estaba convencido de que a estas alturas estarías buscando un diseño distinto.

Atentamente,

David



En un artículo sobre la decisión del presidente Boris Yeltsin de enviar fuerzas armadas para restablecer la dominación rusa en Chechenia, el comentarista estadounidense William Safire afirmó que Estados Unidos comprendía la necesidad de que Moscú defendiera su soberanía, pero que debía apoyar «un acuerdo» entre el Kremlin y los «feroces y a menudo deshonestos separatistas chechenos». Un artículo de opinión de le Carré sobre la crisis, publicado en el New York Times *con el título «The Shame of the West» («La vergüenza de Occidente»), se difundió en el mundo entero*.

A SONNY MEHTA

Por fax

Cornualles

20 de diciembre de 1994

Querido Sonny:

Gracias por enviarme el artículo de Safire, que aparece en el *Guardian* de hoy. Creo que está bien como está, y no quiero meterme más en la política de la novela discrepando con él. Creo que lo mío es alejarme discretamente de la escena y esperar a que salga el libro.

Pero en mi opinión es importante que los representantes comprendan que el Cáucaso Norte va a ser casi con toda

seguridad la tumba de Boris Yeltsin. Y que es muy probable que asistamos a su caída mientras el libro está en su apogeo.

Si no volvemos a comunicarnos antes de las vacaciones, te deseamos todo lo mejor para 1995, y una gran celebración.

Un saludo,

David

Boris Yeltsin siguió siendo presidente hasta 1999, pero su reputación en Occidente sufrió un duro golpe con la invasión de Chechenia.

Rusia, Cornualles y un caballo de carreras

A veces, ser hijo de mi padre resultaba extraordinario. Tenía caballos de carreras. Pero como no había pagado a los corredores de apuestas, no se atrevía a ir al hipódromo. Así que me daba un montón de dinero y yo —¡un niño!— llegaba al hipódromo e iba de casa de apuestas en casa de apuestas apostando por su caballo.

—en una entrevista publicada por *News24*,
de Sudáfrica, el 24 de octubre de 2011

Cuando lo nombraron jefe del SIS en 1989, Colin McColl tuvo la impresión de que le Carré se había distanciado de su antiguo servicio, y pidió a Alan Judd, antiguo militar y diplomático reconvertido en novelista, que le escribiera. Le Carré respondió amigablemente a Judd, que había escrito sobre su propio contacto con Graham Greene; finalmente, le Carré fue a ver a los mandos del MI6 y pronunció un discurso ante las esposas del MI6.

En 2003, tras la invasión de Irak, su relación con el SIS se enfrió; le Carré sostenía que Richard Dearlove, jefe entre 1999 y 2004, había contribuido decisivamente a que se transmitiera a Tony Blair «inteligencia en bruto, de fuente única y sin controlar». Sin embargo, mantuvo sus contactos con el MI5, que visitó para almorzar con ellos y dar una charla.

A ALAN JUDD[1]

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
24 de junio de 1995

Querido Alan:

Muchas gracias por el libro y por tu carta. De tu distinción me enteré un poco más tarde, ¡el almuerzo fue tal acontecimiento para mí que no fui capaz de ponerlo todo en orden al mismo tiempo! Pero disfruté mucho contigo, y este fin de semana, en cuanto nuestros invitados se hayan ido, me sumergiré en la novela. Sabía de su existencia, desde luego, y conocía su reputación, pero para mi vergüenza no la he leído, y ahora voy a remediarlo. Ya he encargado el «tope para puertas»[2] en Blackwell's, y seguro que lo disfrutaré mucho (he leído una biografía del pobre Ford, pero no le saqué la sustancia que yo quería). Qué raro que visitaras a Graham [Greene] en Antibes. Yo nunca lo hice. Nos conocimos en París, Viena y, muy brevemente,

en Londres. Y, por supuesto, como la mayoría de la gente que lo conoció en circunstancias similares, hubo momentos en que me cayó muy bien y momentos en que me revolvió el estómago. Lo cual, supongo, a él le habría sentado bastante bien, aunque nunca conocí a nadie que cuidara su imagen con más esmero que Graham: cartas enfurecidas a los editores a las primeras de cambio, un enorme encanto para obsequiar a los gacetilleros inútiles, salir a la palestra a la menor oportunidad. Anthony Powell, que lo detestaba, me dijo que era el «novelista de carrera» más profesional que había conocido. Pero ¿y Anthony?, te preguntarás tú.

Yo también espero que nos volvamos a ver. Últimamente voy muy poco a Londres, pero un almuerzo en un restaurante de tres estrellas Michelin sí que valdría la pena. Es muy difícil explicar lo que significó para mí la invitación a la oficina. No me había dado cuenta, hasta que ocurrió, de lo mucho que podía significar. De todos modos, podemos hablar de eso, y de tu escritura, que tras una ojeada furtiva ya me fascina. ¿Vienes alguna vez por estos pagos? Es muy bonito, y tenemos una casa para invitados donde los amigos escritores se alojan y trabajan, ¡y una piscina cubierta climatizada para que hagan ejercicio!

Mis mejores deseos, y gracias de nuevo por el libro.

David



En 1996, los Cornwell se preparaban para la visita del embajador ruso. En Cornualles, uno de los entretenimientos consistió en llevarlo al hipódromo, cerca de Launceston, en que Tinstreamer Johnny corría por primera vez. Jane le había comprado a le Carré la mitad de las acciones de este caballo de cuatro años en 1995. Ser propietario de un caballo de carreras le traía resonancias irónicas de los días de Ronnie en el hipódromo, cuando bautizaba a sus caballos con los nombres de sus hijos: Dato, por David y Tony, Prince Rupert por Rupert, Rose Sang por el pelo rojo de Charlotte.

A ANATOLY ADAMISHIN, EMBAJADOR DE LA FEDERACIÓN RUSA

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
6 de febrero de 1996

Estimado Anatoly:

Es un placer confirmarle por escrito nuestra invitación a usted y a su esposa para que se alojen con nosotros el fin de semana del 24 y 25 de febrero. Como puede ver en el mapa adjunto, vivimos en el fin del mundo. En mi opinión, la forma más agradable de viajar hasta aquí es en tren, ya que basta con tomarlo en Paddington y llegar hasta el final de la línea, hasta Penzance. No sé si esto le parece bien ni cuándo podrá viajar, pero suponiendo que sus compromisos lo retengan en Londres hasta el viernes por la noche, podría recomendarle el tren nocturno a Penzance, que sale hacia medianoche y llega a Penzance a las ocho y media de la mañana más o menos. Iríamos a la estación a recogerlos. También hay un tren nocturno el domingo, pero quizá prefiera un tren diurno el lunes.

Si, por el contrario, viene en coche, tendrá que calcular unas siete horas de viaje desde Kensington.

Como ya le he comentado, aquí tenemos una casita de invitados, situada a unos trescientos metros de la casa principal, y totalmente equipada. Lo que solemos hacer es sugerir a nuestros huéspedes que se levanten cuando quieran y se preparen ellos mismos el desayuno. Si vienen en tren y desean utilizar un coche, disponemos de un coche pequeño de repuesto, que podemos aparcar en la casa de campo durante su estancia.

Ahora bien, en este momento, el 24 es un día muy importante en nuestras vidas, porque en mi último cumpleaños mi esposa, Jane, me regaló un joven caballo de carreras, que en ese día tomará parte en su primera carrera. Es un caballo para carreras de vallas, y las pruebas en esta etapa de su vida son todas de campo y muy típicas de la vida a la antigua que se lleva por estos pagos. La carrera del día 24 se celebra cerca de la ciudad de Bodmin, a una hora y media de aquí en coche. La carrera comienza a las 12.00 del mediodía, y aún no sabemos a qué hora

correrá nuestro caballo. Suele haber unas ocho carreras entre las doce y las cinco, y nuestro caballo competirá en una de ellas.

Así que existe otra posibilidad, que es la siguiente: que ustedes cojan el sábado por la mañana un tren que los lleve a Bodmin, que está en la ruta directa a Penzance, y nosotros nos reuniríamos con ustedes en Bodmin y los llevaríamos directamente a las carreras. Estaríamos allí el tiempo suficiente para ver correr a nuestro caballo, y volveríamos a la casa a primera hora de la tarde, a tiempo para que se den un baño y se cambien para la cena. Les proporcionaremos un pícnic para almorzar en las carreras, y aquí nadie lleva ropa formal en ningún momento, así que siéntanse totalmente cómodos. Si vamos a las carreras, puede hacer un frío terrible, pero eso no será novedad para ustedes. Gorro, abrigo y botas son imprescindibles. Yo probablemente llevaré mi gorro de piel...

También tenemos en mente llevarlos a St. Michael's Mount, un antiguo monasterio benedictino situado en una isla de la bahía de Penzance, y ahora ocupado como vivienda por lord y lady St. Levan. Creo que el mejor momento para hacerlo sería el domingo por la mañana, y voy a escribir a los St. Levan para preguntarles si nos invitan a una copa. No hay mejor vista de la zona, y la casa en sí es extraordinaria.

Les escribiré con otras sugerencias cuando se acerque la fecha y, si tienen algún deseo, hágannoslo saber. Por favor, comuníquennos también sus gustos o aversiones en lo tocante a la comida y la bebida. La langosta local, por ejemplo, es maravillosa si el mar está lo suficientemente tranquilo como para pescarla, y también lo es el pescado local, pero puede que a ustedes no les guste.

Esperamos con impaciencia su visita y que nos comuniquen cómo y cuándo llegarán y partirán, para poder hacer planes en consecuencia.

Con los mejores deseos de nuestra parte, para ambos.

Atentamente,

David Cornwell



En varias cartas a Judd, le Carré adopta el tono de quien redacta un informe para sus antiguos empleadores. Escribe a Judd en términos enigmáticos el mismo día que al embajador ruso.

A ALAN JUDD

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
6 de febrero de 1996

Querido Alan:

Supongo que no te sorprenderá saber que el caballero cuyo nombre figura en la carta adjunta se ha autoinvitado a venir aquí con su esposa los días 24 y 25 de febrero. Quiere que lo tutee, me habla ya como a un hermano de sangre (tenemos la misma edad, dice), pero el caso es que no lo conozco de nada. Su predecesor también me telefoneaba, y sospecho que la insistencia del actual es, por así llamarla, conferida. Por cierto, nunca conocí a su predecesor.

No sé si hay alguna otra vertiente en todo esto, o si surgirá alguna, o si solo quiere un agasajo, pero si puedo ser útil en algo, házmelo saber. Los alojaremos en el mismo sitio en que os alojamos a vosotros.

Saludos,

David

[en página enviada por separado a Alan Judd]

El embajador ruso ante la corte de St. James y su esposa.



Le Carré escribe a lord St. Levan en St. Michael's Mount, preguntando inicialmente si recibirían al embajador y a su esposa para tomar una copa. Cuando lord St. Levan respondió invitándolos a almorzar, le Carré le advirtió que «la experiencia pasada me enseña que los rusos son unos excelentes canceladores».

A ANATOLY ADAMISHIN, EMBAJADOR DE LA FEDERACIÓN RUSA

Por fax
Cornualles
21 de febrero de 1996

Estimado Anatoly:

Ahí va un programa provisional para que usted y Olga le echen un vistazo mientras vienen en el tren. Lo primero de todo es que Jane y yo estamos encantados de que vengan, y creemos que podemos ofrecerles mucho entretenimiento. La casa es completamente informal, y nadie se engalana para nada. Yo, sin embargo, seguramente me pondré traje para ir a St. Levans, o al menos una chaqueta deportiva y unos pantalones grises de franela. Ustedes dispondrán de una cabaña a trescientos metros de la casa, tierra adentro. La casa se alza al borde de un acantilado, cara al Atlántico. En las dos últimas semanas, el tiempo ha variado de vientos árticos y feroces tormentas marítimas a tranquilos días primaverales como el de hoy. El pronóstico para el fin de semana es igualmente impredecible.

Viernes, 23 de febrero 20.15 h. Llegan ustedes a la estación de Penzance y yo los recojo. Iré en un Mercedes gris, mido 1,80 m, tengo el pelo blanco y soy viejo. Los llevaré directamente a la casa principal, luego Jane los acompañará a la cabaña con el equipaje y se instalarán ustedes allí. Allí tendrán un pequeño Volvo aparcado a su disposición.

Cena ligera esa noche con otro invitado: Timothy Garton Ash, a quien su Departamento de Información ha de conocer porque es el observador más penetrante del panorama europeo posterior a la Guerra Fría.[3] Su libro más reciente trata del papel de Alemania a finales de este siglo, y puede que merezca la pena echarle un vistazo. Tim está aquí por otros asuntos, y queda entendido entre nosotros que todas las conversaciones son totalmente extraoficiales.

Después de la cena los llevaremos a ustedes a la cabaña.

Sábado, 24 de febrero Es práctica mía invariable escribir durante las primeras horas de cada día, de ahí que pidamos a nuestros huéspedes que desayunen en la cabaña, donde encontrarán todo lo que puedan necesitar. También encontrará periódicos delante de la puerta. Y por supuesto, si desean explorar la zona, el coche está a su disposición.

11.00 h. Nos acercaremos a la cabaña y, si les apetece dar un paseo antes de partir hacia las carreras, estaremos encantados de acompañarlos.

12.00 h. Partimos hacia Bodmin para asistir a las carreras. El secretario de los cazadores locales ha sido privadamente informado de su presencia y me ha invitado a llevarlos a ustedes a su carpa durante la reunión para que puedan estrecharle la mano y conocer al montero mayor de la cacería. Le he solicitado que la presencia de ustedes no se haga pública de ninguna otra manera, pero es posible que los lleven a algún sitio concreto desde el que se vea mejor el gran acontecimiento deportivo de este fin de semana, a saber, la participación de mi caballo en una carrera de debutantes.

Domingo, 25 de febrero Mañana libre.

12.00 h. Salimos hacia Marazion, en el embarcadero de cuya playa, frente al aparcamiento, nos aguardará a las 12.30 h la embarcación de lord St. Levan, para llevarnos al Mount a comer. También participarán en el almuerzo y estarán esperando en el embarcadero Piers St. Aubyn, hermano de lord St. Levan, y Stuart Money (que aprendió ruso en el ejército), junto con su esposa Kay.

Después de comer, los llevaremos de vuelta a la estación de Penzance a tiempo para que cojan el tren a las 15.45 h.

No he mencionado la piscina porque está siempre a su disposición, y nos encantará mostrarles cómo funciona todo y proporcionarles la llave. Jane y yo seguimos el ritual privado de nadar por la mañana temprano, dejando que nuestros huéspedes lo hagan en cualquier otro momento del día.

Con muchas ganas de verlos a ustedes el viernes.

Atentamente,

David



A ALAN JUDD

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
27 de febrero de 1996

Querido Alan:

Así que vinieron, el viernes por la noche, y se fueron el domingo por la tarde. Tim Garton Ash cenó con nosotros el viernes. El sábado los llevamos a una *point-to-point*,* cenamos con ellos *à quatre* en casa, y el domingo almorzamos con lord y lady St. Levan en St. Michael's Mount. Hablamos mucho, bebimos bastante, todo muy agradable, sin aspavientos, más divertido de lo que esperábamos, mejor de lo que esperábamos pero un poco raro. En concreto, el único momento serio fue cuando me llevó aparte y me preguntó si había pensado cómo solucionar el problema de Chechenia, y concretamente qué me parecía la idea de reunir una comisión de Estados musulmanes exteriores para abordar el problema de las reivindicaciones chechenas, como forma de ganar tiempo mientras se enfriaban los ánimos. Le respondí que había suficientes Estados musulmanes y de otro tipo dentro de Rusia como para no tener que salir del país, ya que suponía que cualquier propuesta que oliera a arbitraje extranjero sobre un problema «ruso» sería una causa perdida políticamente. Dijo que todo era terriblemente difícil. Nadie en Moscú hacía nada, ni sugería nada, era un asunto realmente espinoso y cada vez peor. Cualquier propuesta que él hiciera, dijo, tendría que presentarla con mucho tacto, probablemente por mediación de un tercero. Le dije que yo no, que no estaba cualificado, etcétera. Pero tuve la sensación de que tenía la intención de designarme su emisario informal; no lo sé.

El embajador escribe y quiere producir más libros. Al parecer, ya ha publicado un par de ellos, incluido uno de ficción, y le gustaría publicar más. Habló mucho de Gromiko,[4] con quien trabajó veinticinco años (¡!), según él. Su mujer, muy entusiasta,

es historiadora del arte. Nos trajeron un libro que habían «escrito» juntos —todo de fotografías— sobre la villa del embajador en Italia. En privado, ambos sienten una gran desesperación por Rusia; ella, en particular, lamenta la muerte de la vieja guardia, alegando que al menos en aquellos tiempos se sabía quiénes eran los sinvergüenzas. Por encima de todo, comparten una pérdida de orgullo nacional que resulta auténtica y conmovedora. En su discurso del almuerzo en St. Levan, nos instó a apoyar a Rusia como único contrapeso disponible a la hegemonía estadounidense. Como si Europa apenas contara. Todo muy pasado de moda. De vez en cuando, tuve la sensación de que quería plantearme algún otro asunto y no se atrevía o cambiaba de opinión. Nos han llovido invitaciones para visitar su dacha de Kent, etcétera, y quizá lo hagamos, por entretenernos un rato. Lo que sí percibo, inmodestamente, es que me tiene en gran estima, y que de algún modo satisfice sus expectativas —las cumplí— de una forma que le hizo sentirse muy satisfecho de sí mismo. Es muy juguetón, bastante ingenioso cuando ha bebido un par de tragos, y perfectamente agradable por el momento. También creo que es bastante inteligente. Más listo que yo, desde luego.

En fin, ¡eso es todo lo que se me ocurre!

Saludos,

David

P. D. La mujer dice que escribir la ayudaría a soportar el dolor de lo que está ocurriendo en Rusia.

Adamishin escribió el 25 de febrero de 1996, dando las gracias a los Cornwell por un fin de semana espléndido y la «auténtica hospitalidad penzanceniana». «Esperamos que su joven caballo tenga suerte y gane en próximas carreras.»



El artista Karl Weschke y su mujer, Petronilla, se incorporaron al grupo el día de la carrera. Mientras el embajador ruso se divertía con su Barbour y sus botas de agua, recuerda ella, el caballo «perdió la honra corriendo en dirección contraria y tuvo

que ser rescatado de la carretera». Tinstreamer Johnny tenía la costumbre de enganchar las patas en la primera valla, y desarrolló una infección bronquial; el Racing Post *registra que, de trece carreras, el caballo llegó una vez tercero. «No me atrevo a esperar nada de TJ», escribe Jane a las cuadras en 1997. Le Carré escribe a sus amigos israelíes Yuval y Judy Elizur, en 1998: «Tenemos un caballo de carreras de Cornualles que todavía no ha terminado una carrera, y mucho menos ganado. O sea que nunca ha visto siquiera la última recta». Tres años después, las facturas ascendían a unas quinientas libras al mes.*

A STEPHEN LONG[5]

14 de diciembre de 1999

Querido Steve:

Gracias por tu carta. Lo mismo que tú, nos hemos venido preguntando qué hacer con Tinstreamer Johnny, y hasta que recibimos tu carta teníamos decidido, creíamos que lo mismo que tú, que no estaba hecho para las carreras y que lo más importante era procurarle una buena vida. Creo que tú mencionaste la posibilidad de que fuera un buen caballo para carreras de obstáculos, pero sabemos que incluso eso supone un esfuerzo considerable para sus ligamentos y tendones.

El problema es que me parece que esa sigue siendo nuestra opinión. No nos gustaba tener la sensación de estar presionando a TJ para que compitiera, por mucha voluntad que pusiese, cuando su físico sencillamente no estaba a la altura. Me temo, por tanto, que hemos llegado a la conclusión de que no deberíamos financiar su entrenamiento para las carreras, ya que realmente preferiríamos encontrarle una ocupación menos peligrosa y menos competitiva.

Entendemos que esto plantea serios interrogantes sobre su futuro y sobre cómo resolver el aspecto financiero, y quizá lo mejor sería que te lo pensaras bien después de leer esta carta, y que nos sugirieras lo que consideres más apropiado.

Sencillamente dicho, no nos parece correcto cargar con el elevado coste de prepararlo para el hipódromo cuando, en el fondo, no creemos que deba estar ahí.

Como siempre, te enviamos a ti y a tu familia nuestro afecto junto con nuestros mejores deseos de que paséis una Navidad y un Año Nuevo estupendos.

Con afecto de ambos,

David y Jane

El sastre de Panamá

Fui a Panamá hace siete u ocho años solo para escribir un pasaje de *El infiltrado*. En ese libro había un traficante de drogas que compraba armas... Lo que vi fue una Casablanca sin héroes, y pensé que tenía que volver... Y toda la farsa de la entrega de la última colonia americana..., nosotros los británicos coloniales sabemos bien lo que eso significa.

—entrevistado por George Plimpton
para la *Paris Review*, 1996

Mientras trabajaba en la película de *El infiltrado*, le Carré puso en marcha sus investigaciones para *El sastre de Panamá*.



El novelista y periodista Richard Koster trabó amistad con le Carré en Panamá y le sirvió de arreglalotodo. Para el primer viaje le ofreció la ayuda de su sobrino bilingüe, Reyin Teijeira, quien acudió equipado de un jeep coreano con aire acondicionado y una novia que era miembro del colegio de abogados panameño. Koster afirmó haber puesto en marcha un «plan de movilización inexorable», similar al de Von Moltke en agosto de 1914, para tener segura la reserva de hotel de le Carré.

A DICK KOSTER

Por fax
3 de abril de 1995

Querido Dick:

¡Muchas gracias por el asalto a lo Von Moltke! Ayscough Travel me ha hecho una reserva en El Panamá del 8 al 21 de mayo, una suite «superior» a 165 dólares la noche. No sé si esto interfiere en algo que tú hayas tenido la amabilidad de hacer, pero intentaré que me lo confirmen por escrito, y me reconfirmaré apasionadamente a medida que se acerque el día, y prometo no volver a utilizarte como agente de viajes. Volaré de Boston a Panamá el día 8, y te comunicaré mi vuelo a su debido tiempo. Si le sirve de algo a tu sobrino, mis intereses son como siempre arcanos. Si un sastre inglés montara un negocio de sastrería a medida de alta calidad, para la élite de Panamá y países limítrofes, ¿dónde se ubicaría, cómo viviría, dónde —está casado

y con hijos—, qué vida social tendría (él aspira, y mucho más ella, a la «calidad» de Panamá) y bajo qué presiones competitivas viviría (también dinero para pagar protección, problemas de visados, permisos de trabajo, etcétera)?

Eso es solo el principio y, por supuesto, es alto secreto. Quiero situar toda su vida en Panamá. Ah, y es mitad católico, mitad judío, y tuvo problemas con la policía antes de trasladarse a Panamá (me refiero a la policía del Reino Unido) y es un *Pechvogel*, un desgraciado, un tipo con mala suerte, un tipo que siempre está recibiendo patadas. Y, ¿quién se las daría, esas patadas?

Hay mucho más, pero este es el tipo de cosas que exploraríamos juntos, tu sobrino y yo, tratando la fantasía como si no fuera ficción e investigando sobre el terreno, si eso le divierte.

Gracias de nuevo. Espero verte pronto.

Un saludo,

David



El Club del Libro Inglés de Novosibirsk estaba dirigido por Helen Goldfield, una norteamericana que había residido treinta años en Siberia y había sobrevivido al sitio de Leningrado. El club recibió en su momento a Graham Greene y dedicó varias sesiones a su obra; ahora estaban estudiando las novelas de John le Carré, y habían dramatizado para anglohablantes varias escenas de sus libros, en la biblioteca regional. En una carta anterior a Goldfield, de 1994, le Carré observaba: «Siempre me sorprende oír lo dispuesto que estaba Graham Greene a hacer apariciones ante el público».

A HELEN GOLDFIELD

10 de abril de 1995

Estimada Helen Goldfield:

Gracias por su carta sin fecha en que me habla de todas sus

actividades relacionadas con mi trabajo. Me siento muy halagado. Me ha pedido usted una carta, se la escribo corta.

Mi nueva novela, *Nuestro juego*, se publicó en Estados Unidos con una acogida desigual, pero en gran medida buena, aunque varios críticos la consideraron «políticamente incorrecta», lo cual tomo como un cumplido, e incluso anticristiana, y yo, en cambio, la considero sencillamente humanista. El caso es que suscitó muchas discusiones, en las que no participé, y vendió muchos ejemplares, ¡en los que sí participé! Además, tenía la peculiaridad de estar parcialmente ambientada en Ingusetia en el momento de un ataque de Moscú, por lo que se me otorgó la consideración de gran profeta, cosa que no soy; tuve suerte, sencillamente.

También escribí varios artículos atacando a Yeltsin por su invasión de Chechenia, y a Occidente por cruzarse de brazos y dejarlo hacer, y planteé la pregunta de por qué habíamos luchado en la Guerra Fría, si no era por la dignidad y la protección de las minorías y las naciones pequeñas frente a la acción totalitaria. Después de todo, señalé, el propio mapa es cuestionable. Si el comunismo hubiera terminado cuando aún vivía Stalin, ni Chechenia ni Ingusetia habrían existido: él las hizo eliminar del mapa. Entonces, ¿por qué aceptamos los mapas que nos legaron los cartógrafos comunistas? ¿Por qué negarnos a contemplar la soberanía de las pequeñas naciones simplemente porque los comunistas así lo hicieron? Estas ideas provocadoras no fueron nada bien recibidas por aquellos a quienes indirectamente criticaban, y el señor [Eduard] Shevardnadze,[1] durante una visita a Inglaterra, hizo referencia a las «engañosas opiniones» de «un escritor inglés de novelas de detectives», en su conferencia de la Chatham House. A mí todo esto me gustó mucho, ¡porque a veces es bueno descubrir que, a fin de cuentas, sí que lo escuchan a uno! También creo que es un debate muy útil. ¿Por qué tenemos tanto miedo a la diversidad? ¿Tanto nos asusta el caos? El caos de las grandes naciones me parece mucho mayor que el caos de las pequeñas. Y odio a los matones.

Mis mejores deseos para la Pascua.

Atentamente,

John le Carré



En la primavera de 1995, Fry volvió a escribir a le Carré con «un largo y espantoso relato de fuga» a Alemania. Había abandonado su papel en la obra Cell Mates *(«Compañeros de celda»), del West End, y se había recluido en Europa.*

A STEPHEN FRY

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
4 de mayo de 1995

Querido Stephen:

Volví ayer de las Bahamas. Ahora, si andas en el asunto de las fugas, lo que tienes que hacer es esto: llamas a Jim Webster, agente de navegación, sito en Fort Lauderdale, alquilas un pequeño yate a motor con tripulación en Nassau y te tiras dos semanas navegando por las remotas islas de las Exumas a un precio increíble, y te habrás fugado como nunca. Te llevas amigos si los necesitas, hablas o no hablas con la tripulación, echas el ancla en bahías vacías en lugar de en puertos deportivos, y escapas de toda la humanidad. (La mayoría de esas islas están vacías.) El no de Webster es [...] y él es la encarnación de lo discreto, sobre todo si le indicas que lo sea. Menciona mi nombre. Le encanta ser útil... Otra cosa sobre las fugas, porque tengo algo de artista en ese campo, aunque fracasado: Alemania no es, a la larga, lo bastante divertida. Puede que haya risas en Osnabrück, pero yo nunca las he oído. Husum, bajo también en risas; Oldenburg, puro hielo. Pero creo que puedes hacer algo de vida en Múnich (aunque allí serías demasiado visible) y Wolfenbüttel no sería lo peor que podrías hacer: allí, la Herzog Albrecht Bibliothek[2] seguramente te daría un ticket de lector o lo que sea, y la biblioteca es lo más cercano al cielo que vas a tener. De la gente, sin embargo, no estoy seguro. Pero parecían simpáticos y chiflados. O está Friburgo de Brisgovia, bonitas familias de majaretas escondidas por los montes.

Stephen, tengo delante una pila de cartas fatuas, pero todas son

basura comparadas con la tuya. Por una vez en mi vida siento que podría ser útil. Sé algo sobre obtener enormes públicos que no quiero, y sobre que te dirijan la palabra los gilipollas, y sobre ser bueno en todo, y nunca dar en el blanco. (Y detesto a esos viejos pedorros que me dicen que pasaron por todo ello en su día.) Creo que eres un polímata, *école* Coward, con la misma gravedad y los mismos ritmos de compromiso, desafío y fuga. (Véase Goethe.) Me identifico plenamente con tu zambullida de pato y me fascina que la musa alemana te cantara en ese momento, y de modo instintivo te tengo cariño y quiero protegerte y *neben mir ist das Grab a chatterbox*,[3] como solía decir mi antiguo agente judío en Zúrich. Escapé de Sherborne a Berna (a los dieciséis años), me metí en un monasterio en mi esfuerzo por huir del matrimonio, hui de los fantasmas, escapé de los fantasmas para escribir, a veces casi escapé de la escritura en una última y definitiva fuga, y ahora tengo sesenta y tres años, o sea que ¿a quién coño le importa? Hace cinco años obtuve la residencia en Suiza porque verdaderamente no me consideraba capaz de soportar seguir siendo inglés un día más, ni de estar en Inglaterra. Pero no puedo prescindir de ello: de las ironías, del idioma, de las risas. Una vez le pregunté a [Simon] Wiesenthal por qué vivía en la antisemita Viena. Respuesta: «Si estudias la enfermedad, tienes que vivir en la ciénaga». Así que nunca llegué a ensuizarme y los contables tuvieron que desmeter la metedura de pata. Cornualles es mi flojo sustituto del exilio. Por último, tengo la ventaja de saber muy poco de ti, y de no tener nada que demostrarme a mí mismo, salvo la oscura sospecha de que nunca escribiré mi *Ur-buch* (aunque en *Un espía perfecto* tuve mis momentos), y estaré en Zúrich, en el Dolder Grand, del 17 al 19 de marzo más o menos, y podríamos vernos en algún lugar de Europa si lo deseas: si no has almorzado nunca en el Kronenhalle de Zúrich, va siendo hora de que lo hagas. Voy a hacer copias de esta carta y enviarlas a lugares probables. Todo lo que en ella se dice en realidad es —con Fontane— *«alles in allen, es ist nicht viel»*,[4] pero veámonos en algún sitio y comamos juntos un par de veces si eso te divierte, y si mi sugerencia no es oportuna, entonces, por favor, acepta esta carta como muestra de mi preocupación por ti, de mi sensación de que nos parecemos y, por supuesto, de mi agradecimiento por

lo que dices sobre *Nuestro juego*. Pero veámonos si te viene bien. Tengo maleta, viajaré. Avísame aquí o a Zúrich.

Saludos,

David

P. D. Que les den a todos. D.

«Tu carta me hizo reír, me hizo dar botes y me alegró», respondió Fry. En Cell Mates, *Fry interpretaba el papel de un espía británico, George Blake, cuya traición tanto marcó el entrenamiento de le Carré en el MI6. Fry fue diagnosticado posteriormente de trastorno bipolar; en mitad de su sensacional desaparición, le Carré intentó ayudarlo a alojarse en el hotel Dolder con un nombre falso. Una caricatura de Fry, en el papel de Jeeves, obra de Michael Cummings, estaba en la pared de la biblioteca de le Carré a su muerte.*



A JANE CORNWELL

Por fax
Hotel Panamá
10 de mayo de 1995

Queridísima O.:

No te molestes en enviar el material; estoy hasta los topes. La investigación va frenéticamente bien, el bosque es visible a pesar de los árboles. [Dick] Koster, un príncipe. Muchas personas y lugares extraños, y una trama floreciente. No hay duda de que el bebé está concebido. Estoy muy contento de que el *Sunday Times* me saque en primera. ¿También me reseña con respeto? Supongo que no, o lo habrías dicho. Así que adelante. Que se vayan a la mierda. Llueve, luce el sol, llueve. El hotel muy suite, pero nadie me faxea salvo en frases concisas. Nada de Sieglafaxes, todo fax, nada de Stevienews,[5] ¿dónde está todo el mundo? Hoy fui al oeste a una finca arrocera en la que Pendel tiene interés y que está en problemas. Por favor, mándame más noticias. ¿Cómo esta Fox?[6] ¿Y tú? ¿Cómo está Grünwegstay?[7]

Con todo el cariño de tu desfaxado.



Al académico estadounidense Matthew J. Bruccoli lo llamaban en Estados Unidos «el decano de los estudios sobre Fitzgerald»; fueron muchos quienes consideraron definitiva su biografía de 1981, Some Sort of Epic Grandeur: The Life of F. Scott Fitzgerald *(«Una especie de grandeza épica: la vida de F. Scott Fitzgerald»), y escribió más de cincuenta publicaciones a lo largo de su vida.*[8] *En 2004 editó* Conversations with John le Carré *(«Conversaciones con John le Carré»), una reimpresión de antiguas entrevistas.*

A MATTHEW BRUCCOLI

Por fax
Cornualles
19 de octubre de 1995

Estimado señor Bruccoli:

Gracias por su carta del 9 de octubre. Fitzgerald es el escritor por excelencia. Percibes el truco, observas cómo lo ejecuta y, de repente, ya no sabes cómo lo hace. ¿Cómo llegó allí desde aquí? ¿Cómo mantiene la luz encendida en la oscuridad? ¿Por qué lo sé si él nunca me lo dijo? ¿Cómo hace un arcoíris en blanco y negro? Vuelvo a él cada vez que quiero revivir. O, mejor aún, reafirmarme en el convencimiento de que las palabras pueden hacer cualquier cosa en las manos adecuadas.

Con mis mejores deseos,

John le Carré

(enviado por fax; sigue en carta.)



A DOUGLAS HAYWARD, SASTRE

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles

2 de febrero de 1996

Querido Doug:

Acabo de regresar de California y estoy recluido en Cornualles. Me temo que los de pana tienen el mismo problema que los de franela: sencillamente dicho, no me dejan suficiente espacio para sentarme, y debo de haberme dilatado, porque me aprietan un poco en la cintura, sobre todo cuando me siento. ¿Sería usted tan amable de aflojarlos un poco por la cintura, la encajadura y los muslos? Le voy a pedir al cuidador de nuestra casa de Londres que se los lleve esta tarde o mañana.

Mi sastre prospera a las mil maravillas, y dentro de unos meses le echaré a usted encima un manuscrito entero. Esperamos seguir aquí hasta que esté terminado el primer borrador del libro.

Atentamente,

David Cornwell

En los agradecimientos de El sastre de Panamá*, le Carré da las gracias a «Doug Hayward, de Mount Street W, que hizo posible mi primera y confusa idea del sastre Harry Pendel». También da las gracias a «otro gran sastre», Dennis Wilkinson, de L. G. Wilkinson, St. George Street, que suministró a le Carré trajes, chaquetas de punto, chalecos y tirantes; Wilkinson inspiró a Pendel su amor por los coches clásicos y Mozart, y trabajó en contrainteligencia con las fuerzas de ocupación aliadas en Alemania. La descripción que le Carré hace de Harry Pendel —«un físico impecable… ancho y alto»— se leyó en el funeral de Doug Hayward en 2008. Entre los clientes célebres de Hayward figuraban Roger Moore y Michael Parkinson*.



Cuando le Carré le dirige esta carta de 1996, Pollack llevaba más de dos años con El infiltrado*; había recurrido al famoso guionista Robert Towne y luego al novelista y profesor de la Universidad de Tufts Jay Cantor para escribir el guion. Ese mismo día había enviado un fax a le Carré para decirle que quería contratar a otro guionista, pero también que quería que*

Anthony Minghella dirigiera la película.

A SYDNEY POLLACK

Por fax
Cornualles
13 de junio de 1996

Querido Sydney:

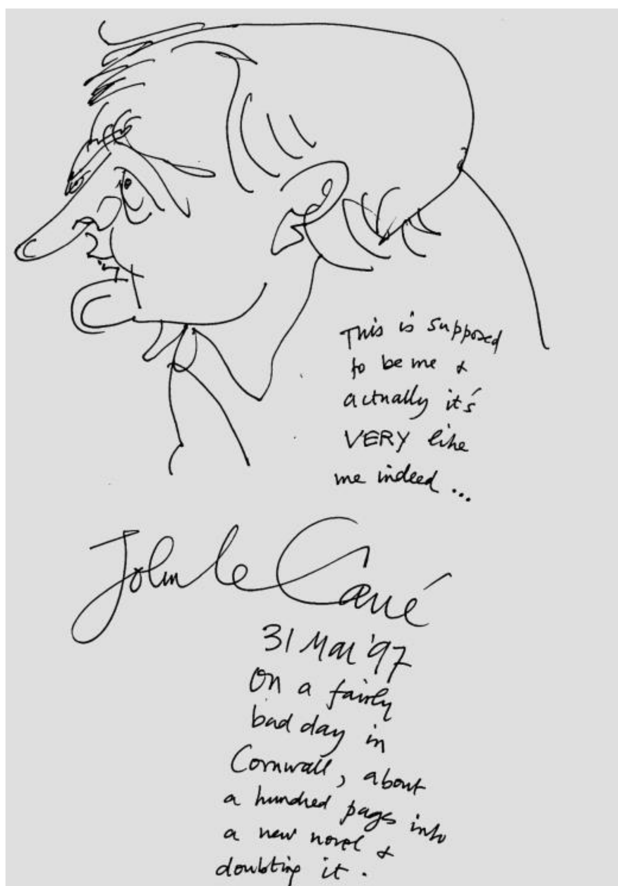
Estaba esperando tu fax y me llegó exactamente como lo esperaba, como llevaba casi dos años esperándolo. Tú no dirigirás nunca *El infiltrado*, algo que estaba claro desde hace tiempo. O sea que si puedo añadir algo, será esto: por el amor de Dios, deja el proyecto de una vez, y dilo, y deja que sea otro quien se ponga con ello. Párate, déjalo, que es en realidad lo que ya hiciste hace mucho tiempo. Y no volvamos a hablar del asunto.

Saludos,

David

La relación con Sydney Pollack fue una de las grandes colaboraciones cinematográficas incumplidas de la vida de le Carré. Siete años más tarde, el 2 de abril de 2003, Pollack le escribiría a le Carré: «Pienso en ti a menudo y siento haberte hecho enfadar por no haber resuelto El infiltrado*. Me habría gustado mucho, incluso ahora, saber cómo hacerlo». La carta solo lleva la indicación: «Archivo». Un mes más tarde, Pollack añadiría en una nota manuscrita: «Sigo pensando en* El infiltrado *todos los días, y hurgo en las cenizas buscando la manera de conducirlo hasta la meta».*





[«Se supone que soy yo, y la verdad es que se me parece MUCHO... / John le Carré, 31 de mayo de 1997, en un día bastante malo de Cornualles, con unas cien páginas escritas de una nueva novela y con dudas sobre ella.» *(N. del t.)*]
Autorretrato de le Carré cuando llevaba cien páginas de una nueva novela.

La correspondencia con Susan Anderson se hizo pública a finales de 1996. El hecho llevó a le Carré a preguntarse qué era lo que más valoraba. Esta carta no tiene fecha, y de hecho no está firmada, pero Anderson la recibió el 20 de diciembre de 1996.

A SUSAN D. ANDERSON

[Matasellos] Wengen
[s. f.]

Tu carta me llegó a Suiza y me causó una serie de problemas. La dejé reposar tres días antes de responder, mientras sus conflictivos mensajes me hacían estallar en diversas direcciones. Ahora es el cuarto día y no he cambiado, salvo que ahora me parece que mi confusión coincide con la tuya en ciertos aspectos. Tú estás enfadada, yo también. Tú eres valiente, yo soy cobarde, salvo que tú también, presumiblemente, vives una vida de concesiones, ya que aludes a nuestros «guardianes». Sin embargo, en quien prepondera el coraje es en ti; yo soy el débil, tú la mártir, salvo que ambos somos mártires de la vida: tenemos que conformarnos, aceptar segundas opciones o terceras o cuartas, cumplir con las obligaciones de la vida por tristes que sean. Por encima de todo, yo soy el traidor: lo teníamos hecho y abandoné. Normalmente soy capaz de percibir la fuerza de cualquier argumento dirigido contra mí, pero este retrato de nuestra relación me ha parecido injusto, y parcial, como mínimo, el de mi persona. Me has afectado mucho y de veras, y me sigues afectando. Teníamos mucho que compartir, mucho en común que era profundo, fascinante y emocionante. Nuestro encuentro me dejó, como a ti, fragmentado y asombrado: nuestro único encuentro. Todo era nuevo para mí, y también alarmante. Pero a medida que pasaban las semanas, cada vez me convencía más de que esa intensidad era insostenible para mí y que continuar era renunciar a más de lo que estaba dispuesto a renunciar: la tranquilidad para escribir, la intimidad de mi vida interior y el amor de los que me rodeaban. A los sesenta y cinco años, pensé, las concesiones son norma; todo el mundo las hace; las estructuras de supervivencia y las promesas que hay que cumplir son más importantes para mí que cualquier otra cosa, aunque esa otra cosa sea única. Me había dejado llevar por sentimientos que me sorprendían, pero también sabía que no podía sostenerlos ante la infelicidad que arriesgaba a mi alrededor. Puede que eso sea despreciable, pero también es el camino que creo correcto. Que tocamos algo muy raro está fuera de toda duda. Pero eso no es

motivo para imponer miseria y soledad a las personas que nos rodean. O no lo es para mí.

Lamento haber desaparecido, pero mis amigos de Sancreed vendieron su casa y dejaron la zona, y, lo creas o no, no hay nadie más que conozca o en quien confíe lo suficiente. Me importa mucho lo que escribes y tenía esperanzas puestas en la novela que me enviaste; sigo creyendo que debería publicarse y que revela un verdadero talento para la escritura. Creo en tu bondad y humanidad como lo hice desde el momento en que empezamos a escribirnos. Guardo un gran recuerdo de nuestro encuentro, que me acompañará siempre; me encantan todas las cosas locas y divertidas que te ocurren, y tu valentía y tu bondad, una vez más, y tu humor. Pero también me he prometido ciertas cosas: unas cuantas novelas más antes de acabar, la continuidad de la vida esforzadamente construida a mi alrededor, y la resolución, de alguna manera, de todos los giros equivocados que he tomado. Ahí va una dirección de Londres que funciona, debería funcionar, aunque no la visito regularmente: por favor, dirige el sobre exterior a:

[…]

y el interior a mí, marcado como personal.



«En mi condición de uno más de sus muchos admiradores», Jack Carley, vicepresidente ejecutivo de Avis Inc., le escribió a le Carré que le había encantado ver que el Andy Osnard de El sastre de Panamá *era cliente de Avis. «A este respecto, le escribo para asegurarle que en Avis estamos haciendo todo lo posible para garantizarnos la lealtad continuada de todos sus futuros personajes que necesiten alquilar un coche.»*

A JACK CARLEY

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
12 de marzo de 1997

Estimado señor Carley,

Gracias por su amable carta del 17 de enero, que me acaba de llegar de Nueva York. Me la tomo muy en serio y brindaré a mis personajes todas las oportunidades posibles de que alquilen coches Avis. Si son personajes particularmente desagradables, puede que los desvíe a Hertz, lo cual confieso que se me pasó por la cabeza en el caso de Osnard. Pero la naturaleza de Osnard era explotar a los confiados y virtuosos, así que le permití utilizar Avis en su lugar, sabiendo por supuesto que «se esfuerzan más».*

Gracias por alegrarme el día.

Atentamente,

En el archivo de le Carré la copia no está firmada.



A JANE CORNWELL

27 de abril de 1998 · por 28 de abril de 1998

Queridísima mía:

Estas absurdas tarjetas y estos regalos inadecuados no bastan para expresar una parte de mi gratitud por haberme regalado lo mejor de tu vida. Seremos muy felices el resto de ella, y hemos hecho cosas maravillosas juntos. Nadie sabrá nunca cuán profunda es mi gratitud ni cuán constante —incluso en los peores momentos— ha sido mi cariño, y cuán constante sigue siendo.

Esta no es mi prosa más elegante, pero está escrita de todo corazón.

David

Jane acababa de cumplir los sesenta.



En Single & Single*, de le Carré, el personaje Oliver Single delata a su propio padre, Tiger Single, una figura del estilo de Ronnie.*

A SIR JOHN MARGETSON

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
19 de agosto de 1998

Querido John:

Muchas gracias por tu carta. Sí, para mí también es un libro de acompañamiento a *Un espía perfecto*, pero, como tú sugieres, en eso no se va a fijar nadie más que el lector corriente. El *Times* se lo encargará a su especialista en *thrillers*, el *Observer* lo destrozará porque llevo demasiado tiempo siendo le Carré, y el *Guardian*, como de costumbre, se negará en redondo a tratarlo como novela, y —véase la última vez— se lo encargará a uno de sus reporteros de investigación política de esos que lo leen todo moviendo los labios, menos su propia prosa. Por otro lado, yo tendré mi libro y ellos tendrán sus amarillentas opiniones.

Y mira que fue divertido escribirlo. Volví a Georgia hace un mes solo para conocer sitios, lo mismo que hice en Turquía y Zúrich. Y disfruté mucho releyendo el libro sobre la marcha. Me alegro de que a ti también te haya gustado. Le he quitado unas quince páginas —pequeños recortes muy útiles— y he añadido unas cuantas escenas cortas nuevas; te enviaré la versión final.

Gracias por tu invitación a quedarnos. Vamos a estar un poco sobrecargados durante los próximos meses, porque estamos remodelando parte de la casa y añadiendo una biblioteca, y se supone que tengo que ir a Hollywood el 28 de septiembre, después de recibir aquí a mi nuevo editor estadounidense el 26 y 27 de septiembre. El viaje a Hollywood siempre depende del hatajo de idiotas que hacen las películas, pero os mantendré informados.

[...]

A mí me encanta el escándalo Clinton,[9] ¿a ti no? Nos recuerda, por si hiciera falta, que el mundo se gobierna desde Ruislip:[*] ¿lo contará todo la *au pair*? Y cuando lo cuente todo, ¿qué saldrá a la luz? Que el presidente ni siquiera folla.

En fin... Mucho cariño para los dos/todos, como siempre. Veámonos pronto, como sea, y muchas gracias por la preciosa carta.

Como siempre,

David



A JOHN CALLEY

Por fax
Cornualles
7 de septiembre de 1998

Querido John:

Unas líneas para ponerte al corriente de que nos mudamos a Londres, huyendo de los albañiles, y estaremos allí a partir del miércoles por la noche.

17 de agosto que su relación con la becaria Monica Lewinsky «no fue apropiada».

Si hay algún movimiento en *El sastre*, me encantaría saberlo cuando tengas un momento. Mientras tanto, he comprado un Mercedes SL, lo he tenido diez semanas y lo he devuelto al taller. Uno de los dos tenía la edad equivocada.

Con mi cariño para ambos,

David



A TONY CORNWELL

9 Gainsborough Gardens
Londres, NW3 1BJ
13 de diciembre de 1998

Queridísimo To:

Muchas gracias por tu carta, y por la increíble impresión de sobremesa que la encabeza: ¡mañana, el mundo! Gracias también por tu generosa reacción a *Single & S*; ante ella se me ocurrió preguntarme qué nos habría ocurrido a ti o a mí si Ronnie hubiera sido más fácil, más inteligente, incluso más bajo de lo que

era, y lo bastante honrado como para tener éxito, lo que sin duda nunca fue. Y a partir de ahí seguí dándole vueltas…

[…]

También está en fase de preproducción la película *El sastre de P*, así que me voy a Panamá a mediados de enero con el director Tony Scott. Además, *El infiltrado* se rodará en 1999 y quieren mi aportación cuanto antes, así que de todas formas no pasaré mucho tiempo en Cornualles. En cualquier caso, me cabrea: nunca fui un niño urbano, y ahora doy positivo en paletería. Por encima de cualquier otra cosa, lo que quiero es ponerme con un nuevo libro, pero el aparato de la moderna edición hace que no haya modo. Una novela —o un libro de no ficción— tiene tan poco tiempo de vida pública que la única forma de que se sepa lo bastante rápido (que existe) es poner al pobre escritor a participar en los programas más degradantes posibles, o eso dicen. Como me niego en gran medida a hacerlo (llevo diez años sin dar entrevistas en el Reino Unido), ahora me están apuntando a hacer lecturas públicas, porque mi peor pesadilla son las preguntas personales de periodistas descerebrados. Así que puede que vaya a Seattle en marzo, donde parece que hay un público intelectual al que debo engatusar para que compre algunos ejemplares. Y he aceptado. ¿Por qué? ¿Necesito esos bastones plegables para andar? No. ¿Creo que con ello voy a cambiar el destino final del libro más que dándoselo a besar a una puta? Por supuesto que no. ¿Me emociona imitar las lecturas públicas de C. Dickens? Un huevo. El otro se me hunde en el estómago. La mayor razón para hacerlo es la debilidad, seguida de cerca por el aburrimiento que me supone tener que estar esperando para ponerme a escribir de nuevo. Es como echarse a la calle y enfrentarse a la maquinaria publicitaria en su guarida. Creo que empezamos aquí, en el Festival Hall, continuamos en el Theatre Royal de Bath y así recorremos las clases parlanchinas del centro de Inglaterra, sin omitir de pasada a nuestros primos de Irlanda y Escocia… En abril, todo habrá terminado, la casa estará lista y tendré un perro llamado Poppy. Yo quiero un perro, Jane quiere una perra, así que Poppy puede ser un travesti y todos contentos.

El mejor comentario sobre Clinton lo hicieron los cuidadores de Warren Harding intentando burlarse de su libido: «No vamos a

correr este caballo castrado». Si McCurry hubiera tenido los cojones (con perdón) de decir esto hace diez años, si estaba por aquí, todos nos habríamos callado, o aún seguiríamos riéndonos.10

Muy feliz Navidad a los dos —a todos— y nuestro cariño para vosotros, y a ver si cae una jarra en marzo.

Con todo el cariño,

D



Le Carré conoció a Tom Stoppard en 1989, cuando lo contrataron como guionista para la versión cinematográfica de La casa Rusia. *«Stoppard me pareció encantador y extremadamente inteligente», le comentó a Alec Guinness. A partir de entonces se hicieron muy amigos*.

A SIR TOM STOPPARD

9 Gainsborough Gardens
Londres, NW3 1BJ
4 de febrero de 1999

Querido Tom:

Me encantó *Shakespeare enamorado* y me dejaste tú encantado por haberlo escrito. Durará muchos años, a mis hijos y mis nietos ya les encanta, es una de esas obras de arte perfectas, desenfadadas y profundas que, de hecho, incrementan el conocimiento que el público tiene de su propio patrimonio cultural. Me ha quedado muy grandilocuente, pero es verdad. Y a nivel personal, fue como un complaciente soliloquio de Stoppard en una cálida tarde de verano, todo ingenio, afecto y reflexión. Con quien me identifiqué del modo más natural fue con Webster, por supuesto, una de tus más deliciosas ocurrencias, sin duda alguna. Sencillamente maravilloso. Todo, todo maravilloso.

Como siempre,

David

En una escena de Shakespeare in Love (Shakespeare enamorado)*, un joven John Webster, futuro autor de* The Duchess of Malfi *(«La duquesa de Malfi»), declara su amor por el teatro cruento y luego da de comer un ratón vivo a un gato*.



La versión cinematográfica de El sastre de Panamá *prosiguió su muy asendereado viaje. Cuando el libro se publicó por primera vez, todo el mundo —desde los hermanos Coen a sir Ian McKellen— se mostró interesado. En 1998, le Carré le comentó a Alec Guinness que sir Anthony Hopkins había rechazado dos veces el papel del sastre Pendel; Dustin Hoffman y Robin Williams querían el papel, y Kevin Kline iba a protagonizarlo junto a Jamie Lee Curtis. Finalmente, el papel recayó en Geoffrey Rush. En Kenia, le Carré ponía en marcha sus investigaciones para* El jardinero fiel.

A TONY CORNWELL

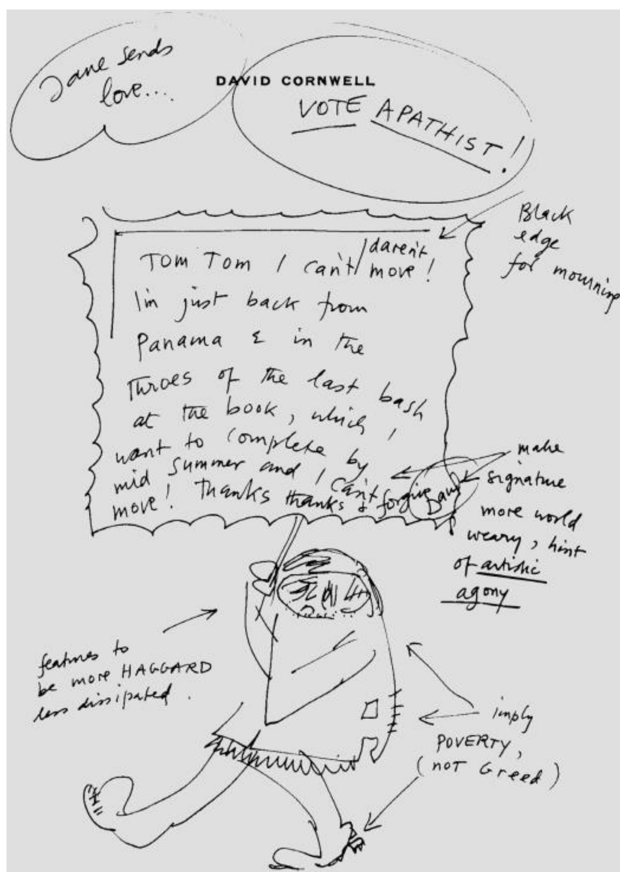
30 de mayo de 1999

Queridísimo To:

Me quedé consternado, hoy, a mi regreso del norte de África, al encontrarme con una segunda y espléndida carta tuya, tan poco tiempo después de la anterior, a la que, por la pura presión de los acontecimientos, no había respondido. A estas alturas, sigo sin saber todo lo que pasó ni en qué orden: apartaron a Tony Scott de la dirección de *El sastre de Panamá* y firmó John Boorman. (*Defensa*, *A quemarropa*, etcétera, etcétera.) Así que tuve que establecer relación con él. Hice unas cuantas lecturas más, luego me despedí en pleno éxito y me fui a África (Kenia) en busca de mi nueva novela, que ahora, gracias a Dios, ha empezado a decirme cosas, hasta el punto de que he podido dejar a un lado con toda confianza esa autobiografía que tanto temo que apuñale mi vida de escritor: «antes de ella, entonces, oh, cielos, lo poquito que queda después»... Pero algún día tendré que hacerlo, y

cuando lo haga, aceptaré tu generosa oferta de comparar recuerdos.

El carácter inglés y el encasillamiento; bueno, todos nacemos dentro de una casilla, pero los británicos quizá más que la mayoría, lo que los hace (para mí) tan interesantes —y tan pintorescamente universales— para escribir sobre ellos. Cuando le preguntaron a Wiesenthal por qué vivía en Viena, la más antisemita de las ciudades europeas, contestó que «si estudias la enfermedad, tienes que vivir en la ciénaga», lo que resume bien mi dependencia de la mera sangre de gran parte de Inglaterra, con sus demasiadas casillas, pero con una humanidad global, o eso es lo que me he obligado a pensar cuando escribo. Cada vez que salgo al extranjero (excepto a nuestras antiguas colonias, por regla general) siento el peso de los peñascos sobre mis hombros. Cada vez que regreso, me pongo el arnés. Pero ahora me conozco tan bien que puedo utilizar la carga como una fuerza constructiva, aunque solo sea en mi escritura.



[«Jane te manda cariños... / ¡VOTA APÁTICO! / Orla de luto. / Tom Tom ¡no puedo (no me atrevo a) moverme! Acabo de regresar de Panamá y estoy en medio del último festejo del libro, que quiero terminar para mediados de verano, ¡y no puedo moverme! Gracias, gracias y perdona, David. / Firma harta de todo, indicio de sufrimiento artístico. / Rasgos de estar más DEMACRADO, menos disoluto. / Implica POBREZA, (no codicia).» *(N. del t.)*]
Ilustraciones de una carta a Tom Stoppard.

Jane y yo pasamos diez estupendísimos días en Marruecos, en un hotel oasis regentado por un psicópata que afirma haber sido una especie de sicario o mandado de la Inglaterra Secreta. Pensé que era un fantasioso total, lo que explica las excelentes cualidades (escapistas) de su hotel. Fuimos más felices juntos de lo que quizá hayamos sido nunca, ¡una condición que espero que

continúe, a pesar de mis pequeños hábitos!

Me alegro de que hayas leído *Nuestro juego*, que es un libro extraño, no malo, pero demasiado influido por sus no reconocidos modelos alemanes de educación de los sentidos. Se le atribuye, al menos, la predicción del estallido de las hostilidades en Ingusetia y Chechenia, y se publicó casi el mismo día en que estalló la guerra.

Regreso a Kenia el 14 de junio y espero que a mediados de julio pueda empezar una ambiciosa novela que sin duda caerá en saco roto. Pensamos y hablamos mucho de vosotros, a menudo; da las gracias, por favor, a Nettie por la cinta, y me reitero en mis disculpas por mi grosero silencio, que fue imperdonable, aunque humano. Y gracias de nuevo por todos vuestros generosos pensamientos y palabras sobre mis escritos. Los franchutes están haciendo una película sobre mí para el milenio, lo que me convierte en un anciano de mil años, supongo, pero al menos no tengo que participar en ella.

Leí *Todo un hombre* de Tom Wolfe y me pareció sobreescrito y sin sentido. Muy lamentable. Leí *Amsterdam* de McEwan: horrible. Leí *Largo domingo de noviazgo* de Japrisot y te insto a que lo leas. Espléndido.

Jane se une a mis saludos.

Con cariño,

David

Incurriendo en cierta contradicción, el 27 de octubre de 1998 le Carré envió una airada carta al Observer *protestando de la temprana reseña de la novela de Tom Wolfe que firmaba Peter Conrad, calificándola de «brutal, ignorante e ignominiosa, y claramente prejuiciosa contra uno de los grandes novelistas y periodistas de nuestra época, uno de los que son dignos de acogerse bajo el manto de Balzac». Y añade: «Según me cuentan personas de mi respeto, esta novela de Wolfe es aún mejor que su antecesora».* Todo un hombre *fue la primera novela importante de Wolfe tras* La hoguera de las vanidades.



A JOHN CALLEY

Por fax
Londres
27 de septiembre de 1999

Querido John:

Unas líneas solo para que lo sepas; anoche vimos *Eyes Wide Shut* y nos pareció sencillamente espantosa: no por su mal gusto, ni porque los actores estén mal, ni porque el guion sea malo, sino sencillamente porque es un pésimo aburrimiento, profundamente decepcionante para quienes le tenemos afecto a él y amamos su obra. De modo que, solo en este sentido, me alegro de que no sobreviviera a esta película. Así, al menos, podemos ignorarla, como obra equivocada de un gran director al final de su vida, y dejarlo así.

Con cariño para ambos de ambos.

D

Este drama erótico de Stanley Kubrick, protagonizado por Tom Cruise y Nicole Kidman y con la participación de Sydney Pollack, estaba basado en el Relato soñado *de Arthur Schnitzler; al principio, Kubrick le había pedido a le Carré que lo adaptara. Tenía una primera opción para la versión cinematográfica de* El infiltrado*; «estaba Kubrick; luego estaban los demás», le escribió le Carré cuando el acuerdo fracasó.*



Las cartas de le Carré a John Calley sobre El sastre de Panamá *reflejan la tensión existente en torno al planteamiento de la película por parte de Sony-Columbia.*

A JOHN CALLEY

Por fax
17 de febrero de 2000

Querido John:

Muchas gracias por enviarme los borradores de los comunicados de prensa. Lo primero que tengo que señalar, por favor, es que mi seudónimo se escribe con «l» minúscula.

La insistencia de calificar la película de «*thriller* de espionaje contemporáneo» resulta confusa, ya que, tal y como la tenemos ahora, está ambientada en un futuro próximo.

A nivel de ego, me da angustia verme calificado de «el mayor novelista de espionaje de la época de la Guerra Fría». Algo que no contribuye en nada, porque nuestro relato no tiene nada que ver con la Guerra Fría. Más concretamente, me sitúa en el pasado, y yo sugeriría, sin modestia, una frase tipo «el reconocido maestro de la novela de espías» o alguna chorrada por el estilo. O podríamos utilizar una frase, por ejemplo, de la revista *Time*, que a su untuosa manera dijo de mí que soy «el mejor escritor de espionaje de su tiempo, quizá de todos los tiempos».

Es de suponer que has tomado algún tipo de decisión política sobre cómo presentar la película. Yo habría pensado que una comedia de suspense sería una descripción menos arriesgada que un mero *thriller*. Comedia de espías también cabría.

No creo que quieras florituras en estos folletos, pero si es así, házmelo saber.

Como siempre,

David



En Single & Single, *Oliver y Tiger tienen una cena paternofilial de «ternera picada y Rösti y tinto de la casa» en el Kronenhalle de Zúrich. Esto llevó a Stephen James Joyce, nieto de Joyce, a escribir una protesta desde Francia. «Su prosa se caracteriza generalmente por la exactitud de los hechos, en la medida de lo posible», le escribió a le Carré. «Estoy muy decepcionado e incluso furioso por el primer párrafo del capítulo catorce... Aunque reconozco sin que nadie me fuerce que hablar de gastronomía suiza, salvo raras excepciones, es patinar sobre hielo muy fino, su “ternera picada”, sencillamente dicho, se me atasca.»*

El plato, Geschnetzeltes Kalbfleisch Zürcher Art*, o* émincé de veau à la zurichoise*, no era una «banal hamburguesa de McDonald's», sino un auténtico manjar, prosigue. «¿Llamaría usted* "boeuf Stroganoff" *a la carne picada?»*

Joyce era cliente del Kronenhalle, famoso por su colección de cuadros del siglo XX*, sus escudos de armas y sus paneles de madera oscura, desde hacía casi sesenta años. Su abuelo era uno de los artistas y escritores que se reunieron en el local.*

A STEPHEN JAMES JOYCE

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
3 de marzo de 2000

Estimado Stephen James Joyce:

Gracias por su espléndida carta del 17 de febrero. Me encanta contar con usted entre mis lectores. Permítame exponerle mis credenciales sobre la cuestión de *G'schnetzeltes*. Me eduqué en parte en Suiza, estudié en la Universidad de Berna y considero que tengo un poco de alma suiza. Decididamente, no me considero inferior a nadie en mi admiración por el *G'schnetzeltes mit Rösti*, que he comido incluso más veces que años llevo cumplidos. Y con frecuencia en el Kronenhalle, donde tengo el placer de conseguir una mesa en la zona del gran Santo y de admirar tanto el Wappen como los cuadros, incluido el retrato de la mismísima Frau Zumsteg.[11]

Así que no puedo alegar ignorancia en mi tema, sino todo lo contrario. Lo que entra en juego aquí es la traducción y el estilo. No me interesa forzar la vista del lector medio con un trozo de suizo ininteligible. Me enfurece cuando me lo infligen a mí en los libros. Hace poco leí una novela que incluía largos pasajes en griego demótico y español, y me puso furioso. Me niego a lanzar al lector palabras que ni siquiera puede encontrar en el diccionario. Así que tuve que buscar una traducción. Mi mujer me dice ahora —demasiado tarde, pero así son las mujeres— que debería haber escrito «rebanada» en lugar de «troceada». Por ello

le pido disculpas a usted, a la Kronenhalle y a todos los suizos.

Pero estoy encantado de que se preocupe tanto por asuntos tan importantes, y de que compartamos el gusto por uno de los mejores platos de la naturaleza, y de contar con su augusto nombre entre mis lectores. Gracias de nuevo por escribirme y, por favor, no vuelva a enfadarse conmigo. Tal vez, quién sabe, algún día coincidamos en el Kronenhalle. Me encontrará en la zona de Santo, comiendo *G'schnetzeltes*.

Con mis mejores deseos,

David



Pierce Brosnan, que fue James Bond durante cuatro películas de la franquicia, asumió su papel contrario en El sastre de Panamá*, interpretando a Andy Osnard, agente del MI6 y sórdido oportunista, entre* El mundo nunca es suficiente *y* Muere otro día.

A PIERCE BROSNAN

Por fax

Cornualles

5 de marzo de 2000

Querido Pierce:

Solo unas líneas para enviarte mis sinceros buenos augurios para tu *odysee* de Osnard,* y para agradecerte sinceramente que lo hayas interpretado. Tras nuestro día en Ojai tuve la certeza de que el casting era un acierto, ¡y creo que el mundo verá un PB con el que nadie había soñado!

Te deseo todo lo mejor, pásatelo bomba, y todo mi cariño para ti y los tuyos,

David

[en el margen izquierdo] * Mi ascendencia alemana ha interferido en la ortografía.

En septiembre, tras ver los primeros montajes de la película, le Carré le dijo al director John Boorman que «la excelente interpretación y la tesitura de Pierce hacen que se apodere del filme. Es la liebre de Pierce frente a la tortuga de Geoffrey, y ambos están maravillosos», pero se sintió más identificado con el papel de Osnard.



La primera vez que Sue Lawley le propuso a le Carré aparecer en Desert Island Discs *fue en 1997. Al cabo de tres años, finalmente, aceptó, pero al final se retiró del programa. «Aunque me pese admitirlo y me decepcione aceptarlo, me temo que tiene usted razón —le dijo ella—; de hecho, sé que la tiene.»*

A SUE LAWLEY

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
9 de julio de 2000

Estimada Sue Lawley:

Me están surgiendo serias dudas con respecto a la proyectada entrevista para *Desert Island Discs* y me pregunto si no sería mejor que me retirara ahora, cuando aún está usted a tiempo de reparar el desfase. La razón es muy sencilla. Visto desde mi lado de la mesa, no tendrá usted más remedio que preguntarme sobre una serie de temas que no quiero tratar. Me refiero a la infancia, los padres, el espionaje, Salman Rushdie, el libro de Stella Rimington,12 y —seguramente— que por qué no concedo entrevistas, cuya respuesta figura por cierto en esta carta: ya estoy harto de todas las preguntas habituales. Ah, y la otra es: «¿Sobre qué puede usted escribir ahora que ha terminado la Guerra Fría?», que me conduce casi a la demencia. Así que no creo que yo sea su hombre. ¿Lo cree usted? Admiro mucho su programa y parece que se las arregla bien sin mí. Pero he llegado a una edad en la que pagaría un buen dinero por no tener que

abrirme paso con las palabras por una versión aséptica de mi vida, así que no creo que haya la menor posibilidad de que ninguno de los dos lo pase bien. Lo que significa que los oyentes también lo pasarían mal.

Atentamente,

David Cornwell *[esta carta está archivada junto a una nota escrita a máquina,*
con añadidos de puño y letra de Jane]

Las elecciones provisionales de David son:

Crazy Gang, *Underneath the Arches* (Ronnie y todo eso)

Noël Coward, Mrs. Wentworth-Brewster *(A Bar on the Piccola Marina)*

Alec Guinness leyendo *Cuatro cuartetos* —periodo estudioso de Fischer-Dieskau— ¿canciones de Schubert?, ¿la *Trucha*? (Alfred Deller, canciones folk) [entre corchetes y sustituido de puño y letra de Jane por] *Suena la trompeta* de Purcell

Sibelius, BOSQUE DE PINOS

Alfie Brendel sobre la joanna. Lo oigo como diálogo… conversación… Beethoven

Nunc dimittis de Geoffrey Burgon de *El topo*

Otro: una ráfaga de música de cítara de *El tercer hombre*, aun a riesgo de incurrir en banalidad

«Über allen Gipfeln ist Ruh», etcétera, Goethe

Underneath the Arches*, interpretada por Bud Flanagan y Chesney Allen, miembros de la Crazy Gang, se utilizó en la serie de televisión de* Un espía perfecto *para la escena en la que Magnus Pym y su padre, Rick, van corriendo bajo unos arcos. Alec Guinness grabó* Cuatro cuartetos *de T. S. Eliot en 1971. Dietrich Fischer-Dieskau, barítono alemán, cantó el* Quinteto de la trucha *de Franz Schubert. El «bosque de pinos» podría referirse al popular ciclo de* Los Árboles *de Sibelius, que incluye* El abeto solitario *(a veces traducido como* El pino solitario*). El pianista Alfred Brendel fue amigo de le Carré y Jane en Hampstead.* «Über allen Gipfeln ist Ruh» *es uno de*

los dos poemas de la Canción nocturna del caminante *de Goethe, también cantada por Fischer-Dieskau en versiones de Schubert y Lizst.*

El jardinero fiel

Parece ser que he escrito lo que los alemanes llaman una *Bildungsroman,* una novela de aprendizaje. Y el destinatario de ese aprendizaje, y su víctima, en última instancia, es Justin Quayle, mientras que en algunos libros anteriores podría haber sido George Smiley.

—escribiendo sobre *El jardinero fiel,*
en noviembre de 2000

Le Carré se buscó un nuevo adversario, la industria farmacéutica, y un nuevo público con la aparición de *El jardinero fiel* y la posterior película de Fernando Meirelles. «El mundo farmacéutico, una vez que entré en él, me agarró por el cuello y no me soltó», escribió.

Dedicó el libro a la cooperante internacional Yvette Pierpaoli, «que vivió y murió dándolo todo». Pierpaoli murió el 18 de abril de 1999, cuando su coche se salió de una carretera de montaña en Albania, durante un viaje de visita a refugiados recién llegados de Kosovo; le Carré estaba en Kenia, investigando para la novela. Cuatro días antes de su muerte, Yvette le había enviado un fax cancelando una reunión prevista para principios de mayo.

En un artículo publicado en *The Guardian* en febrero de 2001, le Carré recordaba cómo había conocido a Pierpaoli en la ciudad sitiada de Phnom Penh hacia 1974. «Se conocía todos los trucos. Podía separar los codos del cuerpo y echarte una bronca de gabarrero. Podía darte una sonrisa de propina y derretirte el corazón, engatusarte, halagarte y ganarte de cualquier manera que necesitaras ser ganado», escribió. Ya antes de morir, su carácter daba carácter al personaje de Tessa, la esposa asesinada de Justin.

«Y aunque por edad, ocupación, nacionalidad y cuna mi Tessa estaba muy lejos de Yvette, el compromiso de Tessa con los pobres de África, en particular con sus mujeres, su desprecio del protocolo y su determinación inquebrantable, a menudo enloquecedora, de salirse con la suya, procedían conscientemente, por lo que a mí respecta, del ejemplo de Yvette.»

En una de las tres cartas a Pierpaoli que se conservan en su archivo, le Carré le contaba a Yvette el 19 de diciembre de 1994 (véase la carta del 19 de diciembre de 1994) que le habían pedido que se uniera a un comité del Carnegie Trust «que va a resolver los problemas del mundo.

Me alegró mucho saber que por fin alguien se haya decidido a hacerlo, porque ya había observado yo que ciertas cosas no son como deberían ser. Pero creo que tú has hecho más por el mundo que todos los comités de sabios juntos».

El personaje de Lara Emrich está inspirado en parte en la doctora Nancy Olivieri, investigadora médica y activista canadiense a quien le Carré recurrió como fuente para su investigación. Una frase que Gloria, la esposa diplomática, utiliza en la novela —«bueno, ya estamos todos»— en la vida real la dijo Rachel, la esposa de Dick Franks.



Le Carré conoció a Olivieri en el verano de 2000 en Canadá. A mediados de la década de 1990, Olivieri expresó su preocupación por los ensayos clínicos del fármaco deferiprona, financiados por el gigante farmacéutico canadiense Apotex, que le advirtió de que estaba infringiendo acuerdos de confidencialidad. Siguieron años de controversia en torno al «caso Olivieri»; fue un fértil territorio ficticio, con un científico denunciado por escribir cartas con «bolígrafo envenenado» por la saliva de los sellos. Actualmente, el uso de la deferiprona está autorizado en el Reino Unido y en más de cincuenta países, pero no en Canadá. Olivieri escribió sobre le Carré: «El relato que él ha creado ha contribuido brillantemente a que el público comprenda el turbio asunto de la investigación sobre medicamentos de venta con receta».[1]

A la DOCTORA NANCY OLIVIERI,
TORONTO, CANADÁ

Por email
22 de mayo de 2000

Querida Nancy:

No seguiré babeando sobre nuestras conversaciones. Fueron extremadamente fructíferas e informativas para mí, y espero

incluso que tú no tengas la sensación de haber perdido el tiempo, o de que he traducido demasiado tu historia.

Hace poco me llamaron la atención sobre un artículo del *Sunday Times* de Londres del 14 de mayo en el que se evidencia que la empresa alemana Bayer suprimió información negativa de ensayos clínicos y, en consecuencia, causó la muerte de al menos un paciente. Le he pedido a Julia que te proporcione la dirección del sitio web del artículo. Si tienes algún problema para localizarlo, háznoslo saber y te lo enviaremos por fax.

Dime también si hay alguna manera en que pueda ayudarte. De momento no quiero dedicarme al periodismo, no quiero hacer nada que me aleje de la novela, cuyo borrador espero tener a finales de verano. Sigo creyendo que tiene que haber instituciones que podrían animarte y proporcionarte apoyo económico, y me gustaría saber cuáles son. A este respecto, tal vez BUKO[2] tenga alguna idea; sin duda merece la pena intentarlo. Y si estás creando un fondo de lucha para tus propias acciones legales, espero que me envíes la documentación y me des la oportunidad de contribuir.

Lo que tengo grabado en la mente por encima de cualquier otra cosa —lo que me parece vergonzoso y totalmente imperdonable— es hasta qué punto tus propios colegas académicos y profesionales han sido cómplices en la supresión de todo debate. No puedo creer que se permita que el asunto quede como está. Espero poder hacer justicia a ese elemento de tu historia cuando llegue el momento de ponerla por escrito.

Gracias de nuevo por acceder a verme y por ser tan franca y paciente conmigo. Nos encantaría verte en Londres o en Cornualles la próxima vez que vengas por aquí, pero estoy en *purdah*[*] hasta septiembre.

Te deseo lo mejor.

Como siempre,

David Cornwell



A la DOCTORA NANCY OLIVIERI

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
18 de julio de 2000

Personal y confidencial

Querida Nancy:

Esto es en gran medida un primer borrador. Aún no está enviado a las editoriales y queda todo tipo de investigaciones por completar. No obstante, he pensado que te divertiría verlo en esta fase, y en particular los dos capítulos 18 y 19, que intentan captar las ironías de tu situación tal como me la contaste, aunque yo la he puesto en un personaje totalmente distinto, al que he llamado Lara. El texto está abierto por completo y puedo añadir y quitar lo que quiera. ¿He captado lo sustancial del asunto? ¿Qué te parece? Si no tienes tiempo de leer todo el libro, quizá puedas leer solamente esos dos capítulos (18 y 19).

No hay mucha prisa.

Espero noticias tuyas y te deseo lo mejor. Como siempre,

David

P. D. Este es un documento muy confidencial: Penguin Canada no lo verá hasta dentro de unas semanas, y no desde luego en este formato, así que te ruego que lo mantengas escondido debajo del sombrero...

David

El personaje de Lara aparecía en el guion de la película de 2005 basada en El jardinero fiel*, pero quedó eliminado en el montaje.*



A JANET BERGER

Por fax
8 de agosto de 2000

Mi muy querida Janet:

A pesar de mi total entrega a los ordenadores, como queda

patente en el libro, he decidido dar un descanso a la vieja máquina y utilizar mi desatendida pluma. Muchas gracias por tus generosas palabras sobre el pobre Justin. Me alegro mucho de que te haya gustado el libro, su fauna y sus temas. Me encantó escribirlo, y ahora todo lo que puedo hacer es reescribirlo, lo cual está volviendo locos a mis editores, pero nunca es malo. Quiero reescribir a Lorbeer[3] y sacarlo de la lengua vernácula; su cambio es mejor *au clair* (fr.) y puedo añadir dramatismo a esas escenas.

Alec murió en un hospital mientras Merula estaba en otro (su mujer). Qué tristeza.

Cariños a los dos, y gracias renovadas,

David

Alec y Merula: sir Alec y lady Guinness. En 1994, le Carré colaboró en un libro recopilado en secreto para el octogésimo cumpleaños de Guinness, quien le escribió para decirle que solo había un artículo «penetrante, nuevo e interesante, y era el tuyo». Guinness eligió este artículo como prefacio de sus últimas memorias, My Name Escapes Me: The Diary of a Retiring Actor *(«No logro recordar mi nombre: Diario de un actor que se retira»).*



A J. R. JAMES ESQ., CMG [LUEGO SIR JEFFREY JAMES], ALTO COMISARIO BRITÁNICO, NAIROBI

Por fax
Londres
11 de septiembre de 2000

Estimado alto comisario:

Una vez nos tomamos juntos una cerveza de jengibre en la veranda del hotel Norfolk, y le mencioné que estaba ambientando una novela en Kenia. Hasta cierto punto, ya lo he hecho: el título es *El jardinero fiel*, y aparecerá simultáneamente en Estados Unidos y el Reino Unido justo a tiempo para Navidad. Parte del relato transcurre en el interior del Alto Comisariado —edificio en

el que nunca he puesto los pies— y hay varios personajes que son miembros del personal del AC, pero solo en la ficción, ya que, de nuevo, apenas he conocido a ninguno, aparte de usted.

[…]

La mayoría de los personajes ficticios —incluido el alto comisario— son bastante amigables, pero uno de ellos es absolutamente horrible —el jefe de cancillería—, al que he dado el nombre de Sandy Woodrow. Así que le escribo para asegurarme de que no he elegido por casualidad nombres que puedan avergonzar u ofender a algún miembro de su personal, y por supuesto, si he pecado inadvertidamente, aún puedo cambiarlos... De todos modos, adjunto la lista completa del reparto. Hasta un leve parecido puede molestar a la gente, de modo que no dude en protestar.

En cuanto tenga un ejemplar de prueba del libro, se lo enviaré.

Con mis mejores deseos,

David C



John Boorman, director de El sastre de Panamá*, le había enviado un fax preguntando cómo debía ser el despacho de Luxmore, el jefe del MI6 londinense de Osnard. Esta descripción de su despacho seguía los compromisos verbales de le Carré con el MI6 en los años noventa.*

A JOHN BOORMAN

Por fax
Cornualles
22 de septiembre de 2000

Querido John:

El despacho de Luxmore sería bastante grande y escaso. Los espías tienen la exasperante costumbre de esconder en los cajones los papeles que tienen encima de la mesa en cuanto entras. Sin duda podría tener un mapa de su región en la pared, pero cualquier señal que haya en él tendría que estar codificada y ser

removible, para que no puedan interpretarla los empleados de la limpieza que pasan por la noche. Tendría grandes ventanales con vistas al otro lado del río, hacia Millbank y el palacio de Westminster. Desde fuera, las ventanas parecerían de cobre mate, y desde dentro tendrían un aspecto ahumado. El cristal sería blindado. Todo ello para impedir las fotografías de largo alcance y las balas de francotirador, cortesía del IRA. Tendría tres teléfonos: uno solamente para uso interno, que no estaría conectado a ninguna central externa, un teléfono ordinario para recibir llamadas directas por líneas abiertas, por ejemplo, de su aterradora esposa. El tercer teléfono sería un teléfono codificado. La última vez que lo vi, era un engorroso aparato situado sobre una caja de magia de color verde con puntitos. Obviamente, sería útil hacerlo gemelo del sistema de cifrado del despacho de Osnard en la embajada de Panamá.

Las paredes serían blancas «rotas con el color de su elección». Podría tener fotografías familiares en su escritorio o en la pared, y fotografías suyas de prestigio, dándole la mano, por ejemplo, al presidente del gobierno español, al presidente de Argentina o a algún general ilustre del Pentágono. En las estanterías, muy poco, quizá algunos manuales sobre países, guías de América Central y del Sur y guías telefónicas extranjeras.

En términos de rango, Luxmore es uno de los seis o siete directores regionales, aunque su región sea relativamente humilde. Dispondría de un ayudante y de una antesala si te parece, pero no es necesario. Tendría al menos un ordenador encima de la mesa. Puede que las secretarias lleven vaqueros hoy en día, pero Luxmore usaría traje cinco días a la semana. En la estancia podría haber otros recuerdos, como un título de graduación de, por ejemplo, el Departamento Especial de Guerra de la Universidad Estatal de Washington y otro que lo acreditara como miembro honorario de la Sociedad de Descifradores de Códigos.

Apresuradamente.

Saludos,

David



Le Carré espió a su amigo de izquierdas Stanley Mitchell en Oxford, en cuyo Lincoln College estudiaban ambos. Decenios más tarde mantuvieron correspondencia y luego quedaron a comer. Destacan dos cartas a Stanley Mitchell; esta es la primera, muy diferente en tono de la carta posterior de 2006 (véase la carta del 19 de abril de 2006)..

A STANLEY MITCHELL

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
6 de enero de 2001

Querido Stanley:

Me emocionó nuestro encuentro, y supongo que salí de él exactamente con el mismo sentimiento: «sí, traicioné nuestra amistad». Pero tengo varias excusas que me pongo a mí mismo, aunque —como sabrías solo con que fueses un espía— cualquiera que alegue más de una excusa es casi con toda seguridad un mentiroso. La primera es que se pusieron en contacto conmigo cuando nuestra amistad ya había comenzado. La segunda es que yo era un huerfanito desagradable y vengativo con un psicópata mentiroso por padre y una imagen de *boy scout* como antídoto, y la tercera es esa horrible realidad que más tarde pude confirmar objetivamente: los verdaderos «compañeros de viaje» fueron reclutados por los servicios de inteligencia soviéticos; los engañaron, los utilizaron mal, muchas veces les destrozaron la vida, por no hablar de lo que se suponía que habían hecho o dejado de hacer en forma de «daño a la seguridad nacional», una vaca sagrada que hace tiempo que he aprendido a tratar con la más profunda sospecha. Pero *quand-même*. La cuestión es, en retrospectiva, sencillamente dicho, que el socialismo radical cayó en las manos equivocadas, como le pasó a Dios, y tal y como le está pasando ahora al Dios Beneficio, para desesperación de todas las personas decentes.

En fin, atengámonos al ahora, no al entonces. Ahí te va otra

especiosidad. Si no hubiera valorado mucho nuestra amistad, no habría tenido nada que traicionar. Si lees *Un espía perfecto* encontrarás este sentimiento —y tal vez un tufillo de nuestra relación— reflejado en la relación entre Axel y Magnus. (Basándonos en el principio de que Judas era un mierda no tanto porque traicionara a Cristo, sino porque lo amaba.)

Disfruté mucho con nuestra amistad y aprendí de ella y, en mi cabeza, nunca pude darla por terminada, en parte por vergüenza, en parte por admiración y honrado cariño. No creo que esa paradoja se te escape. Y cuando volvimos a vernos, me encantó descubrir que seguías tan estimulante y honorable como yo te recordaba, y me alegré muchísimo de que Jane también se encariñara contigo. Y creo sinceramente que, siguiendo el más extraño de los trayectos distintos, hemos desembocado en la misma visión ampliada de la humanidad y sus fracasos. La mía, al menos, va del negro al negro oscuro. También soy lo suficientemente impertinente como para creer que una renovación de nuestra amistad solo podría hacernos bien a ambos, sobre todo porque ninguno de los dos da señales de ceder a la edad. Quizá a la desesperación, a la ira y a la frustración. Pero las ansias y el amor por la vida aún laten en nosotros, en alguna parte, y creo que aún podríamos compartir buenos momentos. Este lugar, si te sigue gustando el campo, es un sueño, y hay una cómoda casa de invitados y una piscina cubierta y todos los juguetes. Lo mejor es que hay acantilados por donde caminar. Y si puedes traer pareja, un amigo o un pariente, o más de uno, tanto mejor (la cabaña puede acoger con comodidad a seis personas, o más exactamente tres parejas). Y estamos en Londres para vernos cuando te apetezca (y, quizá más importante, cuando no). Escríbeme sobre todo esto, cuando te apetezca. Y esperemos vernos el 15, siguen los detalles.

Como siempre,

David



A JOHN CALLEY

Por fax
Cornualles
6 de enero de 2001

Querido John:

Aquí abajo, en Tregiffian, aguantando el habitual *purdah* editorial, esperando a que todo se calme, intentando averiguar, como tú, qué hacer después. Te enviamos unas trufas de Wengen (a Canadá) y me temo que, suponiendo que llegaran, fuesen una mousse blanducha. Así ocurrió con las de John Miller, pero Mike y él se las comieron a cucharadas. [...]

Otras cosas. *El jardinero fiel* tuvo una enorme recepción aquí, vendió 104.000 ejemplares nada más publicarse y ahora está agotado. Nadie se lo esperaba. En Estados Unidos la acogida ha sido rara: *Time* y *Newsweek* dicen que no publicarán sus reseñas porque Bush acaparó todo el espacio. Y es una pena, porque parece ser que la de *Time*, de Paul Gray, es un aria. En el *NYT*, diario y dominical, al parecer fueron críticos, pero no los he visto; elogios en Boston, San Francisco, etcétera. Pero publicar justo antes de Navidad tiene su precio. De todos modos, Scribners dice que es una locura lo que se está vendiendo, y acaban de reimprimirlo. Ya veremos. En el frente cinematográfico, el arranque de un gran acuerdo, eurofinanciado, me complace. Las perspectivas editoriales europeas son extraordinarias. Las críticas a las farmacéuticas parecen ser el nuevo deporte; ¿has visto el artículo del *Washington Post* sobre la industria farmacéutica en el Tercer Mundo? Deja chiquito al mío. Mucho cariño para todos vosotros, y otra vez gracias por el ofrecimiento.

Como siempre,

David



Como editor y encargado de publicación, Roland Philipps trabajó en siete de los libros de le Carré, entre ellos El jardinero fiel *y* El hombre más buscado*; siguieron siendo amigos después de que le Carré dejara Hodder & Stoughton por Viking Penguin en 2009.*

El productor de cine Simon Channing Williams —robusto, enérgico y discretamente brillante— se acercó profesionalmente a le Carré en Cornualles y no tardó nada en hacerse habitual. Era experto en manejar las ocasionales reacciones tormentosas del escritor ante el proceso de rodaje y sensible a los imperativos creativos de la obra de le Carré; la relación profesional evolucionó hasta convertirse en una profunda amistad. Produjo El jardinero fiel *(2005)*.

A ROLAND PHILIPPS

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
19 de enero de 2001

Querido Roland:

Gracias. Me alivia y me emociona disponer de la película para jugar. Le conté mi plan a Simon Channing Williams (Channers en esta casa) y se mostró muy entusiasmado. Me he comprometido a hacer un borrador y una serie de revisiones, y a tanta o tan poca coproducción como yo quiera. Tengo controles impresionantes que nunca ejerceré. Él, de momento, quiere a Daniel Day L. en el papel de Justin. Pero todo cambiará cuando tengamos director. Me convenció de que aún no lo necesitábamos y ahora estoy de acuerdo con él; cargarse tan pronto con un director no es bueno. Lo he hecho antes (Pollack dos veces, Jack Clayton, Karel Reisz) y nunca ha funcionado. Tengo una nueva novela, pero todavía no, ya me entiendes, y ya no puedo escribir pequeñeces. *Single & Single* nunca podría haber venido tras *El jardinero fiel*; tenía que ser de ese modo.

Hablas amablemente de la rapidez con que llegué a *El jardinero fiel*. No sé (pero es que nunca lo sé en retrospectiva) cómo sucedió: la muerte de Yvette, un poco de rabia y la fluidez a la hora de escribir, todo al mismo tiempo. Pero te olvidas de tu apoyo incondicional y de los toques de tranquilidad y los discretos consejos que me diste por el camino. Por lo que estoy, y seguiré estando, profundamente agradecido.

La película me proporcionará algo a que aferrarme en

Australia, y me impedirá, espero, tratar cada encuentro como material potencial para una novela que nunca escribiré. Se me pasará rápido cuando vuelva, y creo que proporcionará —como decimos los norteamericanos— un necesario cierre al libro.

[...]

El tiempo se me hace muy largo cuando no estoy trabajando. El plato fuerte del día es una entrevista telefónica a las 14.30 con una sudafricana a quien le gusta que su programa de radio sea desenfadado. Si viviera en Sudáfrica, también yo lo preferiría. Boorman mantiene una disputa con Sony Columbia sobre el cartel de la película. Su último correo electrónico decía (dirigido a algún subordinado sin suerte) «Tengo derecho de consulta. Que te presenten un hecho consumado no es consulta». Así están las cosas.

Como siempre,

David



Green escribió a le Carré con pasajes de la carta de referencia que R. S. Thompson envió al Lincoln College de Oxford en 1952. En ella, el antiguo profesor de le Carré en Sherborne recomendaba al colegio que le dieran una plaza, pero que lo hicieran esperar hasta 1953, porque «los Cornwell tienden a suponer que consiguen todo lo que quieren». Cincuenta años más tarde, aún le escocía.

A VIVIAN GREEN

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
25 de enero de 2001

Mi querido Vivian:

Gracias por tu maravillosa carta y por tomarte la molestia de copiar la de Thomper a Keith-Murray. Su carta me pareció muy triste: una sensación de fracaso personal que de repente se convierte en la recomendación, bastante lamentable y mezquina[4]

de que se me enfríe durante un año para enseñarnos a los Cornwell que no siempre podemos salirnos con la nuestra. Sí, ambos debemos seguir escribiendo, seguir creando, es la única arma contra la muerte. Cuando escribo bien, sigo sintiéndome como si tuviera veintitrés años. Cuando no, apenas puedo dormir de desesperación: una vida tan horrible en tantos sentidos, y que parece tan tremendamente impresionante vista desde fuera. Pero lo de dentro ha sido desde la infancia tal fermento de ira y desamor enterrados que a veces resultaba casi incontenible.

Y sí, recuerdo nuestras aventuras suizas con el mismo placer y la misma gratitud, y el mismo embeleso por el paisaje, como tú lo describes. Una vez me dijiste que el paisaje era tu camino hacia Dios y yo pienso exactamente lo mismo.

Cuestiones prácticas. Julio me parece mucho mejor mes que marzo para que nos hagas una visita, porque no estamos seguros de cuánto tiempo permaneceremos en Australia. (Daría cualquier cosa por no ir, pero es demasiado tarde para echarse atrás. La gente está empeñada en hacer de mí un experto instantáneo en la industria farmacéutica, y eso es algo que me asusta.) ¿Podríamos apuntar ya algunas fechas para reservaros la cabaña? Lo disfrutaríamos enormemente, y si os reservamos pronto, podemos hacer coincidir las fechas con los niños para que no haya desajustes. Yo tengo que hacer el guion de *El jardinero fiel*, pero solo por las mañanas, y Jane se ha convertido en una cocinera maravillosa. También queremos llevarte al Seafood Restaurant de Padstow y al Tresanton Hotel de St. Mawes.

Jane lleva veinte años siendo mi apoyo extraordinariamente leal y siempre amable. A veces pienso que debería subirme a una tribuna y proclamar mi gratitud hacia ella, pero suena tan hueco. Estoy seguro, sin embargo, de que ella lo sabe. Y tú, querido Vivian, incluso en los tiempos en que apenas nos comunicábamos, has sido uno de esos compañeros secretos de toda la vida con quienes también tengo una deuda que nunca podré pagar.

Te ruego que vengas en julio, y quizá podamos organizar otra comida antes, por ejemplo, cuando se estrene en Londres *El sastre de Panamá*.

Como siempre, mi cariño y el de Jane,

David



El 10 de abril de 2001, Andreas Seiter, director del gigante farmacéutico Novartis para las relaciones con los accionistas, y Katharina Amacker, presidenta de su Consejo de Representación de Empleados, le escribieron a le Carré a raíz de la publicación de El jardinero fiel*, invitándolo a Basilea para un debate cara a cara con empleados y/o directivos de Novartis.*

«No es el libro lo que suscita esta petición: los lectores lo encuentran bien escrito, emocionante y entretenido», le dijeron. «Lo que en realidad está creando un creciente malestar, cuando no indignación, es la serie de entrevistas que el señor Cornwell está concediendo actualmente a medios de comunicación de Estados Unidos y Europa... Según las citas, en ellas describe nuestra industria como un grupo de criminales codiciosos que ignoran los derechos humanos básicos para maximizar sus beneficios.

»Sabemos que hay problemas que nuestra industria ha tardado en abordar», prosiguieron. «Sin embargo, nos preguntamos si el señor Cornwell está en una posición moral tan fuerte como para atacarnos en público, cuando al mismo tiempo tiene un claro interés comercial en incrementar las ventas de su libro. También nos gustaría saber si tiene el valor de repetir su desafío delante de nuestros empleados o directivos.»

A ANDREAS SEITER Y KATHARINA AMACKER, NOVARTIS PHARMA AG

A la atención de David Higham Associates
5/8 Lower John Street · Golden Square · Londres, W1F 9HA
11 de abril de 2001

Estimados señor Seiter y señora Amacker:

Gracias por su correo electrónico del 10 de abril a Bruce Hunter, mi agente. Sus ingredientes bastarían para confundir al

más avezado de los analistas. Me hacen una invitación y, al mismo tiempo, cuestionan mi postura moral porque tengo «un claro interés comercial en incrementar las ventas de mi libro». Viniendo de escritores a sueldo de una empresa cuyos beneficios anuales declarados ascienden a no sé cuántos miles de millones de dólares estadounidenses, no parece apropiado que se angustien ustedes tanto. Me hacen una invitación, pero al mismo tiempo me preguntan si tengo el valor de aceptarla. Es cierto que no tengo el valor que otorga el hecho de pertenecer a una industria demasiado poderosa, con poder de vida o muerte sobre una gran parte del mundo. Pero, por Dios, ¿qué pretenden hacer conmigo? Prefiero preguntarme si sus empleados y directivos tienen el valor de poner en duda las panaceas que en primer lugar los incitan a invitarme.

No soy yo quien debe tener miedo. Mi negocio no son los hechos, las cifras y las fórmulas. No es, a pesar de su desagradable insinuación, el dios beneficio, a quien llevo muchos años sin venerar. No soy empleado de una industria acusada, por los críticos más templados, de amasar una riqueza excesiva a expensas de los desdichados de la tierra. Soy lo que en alemán se llamaba un escritor libre. Nadie compra mis opiniones. En su mundo, eso es insólito y quizá inquietante.

Cuando me pregunto qué esperan ustedes conseguir con su invitación, hay una respuesta que se me presenta antes que las demás. Me temo que quieren pintarme como un ignorante romántico, un ejemplo destacado de la cultura pseudoliberal y anticientífica que se atreve a hablar mal de una industria sagrada. Y tal vez imaginen que mi biodegradación pública demostrará a sus empleados y directivos la supremacía de su cultura corporativa, y me dejará dando boqueadas en el suelo.

Y tal vez tengan ustedes razón en eso. Quizá sí. No sé nada de su negocio, salvo lo que he visto y oído sobre su efecto en personas de zonas del mundo menos afortunadas que Basilea. Mi tarea como novelista es acercarme a la esencia de la cuestión, no a las estadísticas: no puedo hablar con la autoridad de, por ejemplo, el *Washington Post*, que dedicó diez meses del año pasado a investigar las actividades de su industria en el Tercer Mundo, y las encontró bochornosas, una conclusión a la que yo ya

había llegado por mi propia cuenta. Quizá se perdieran ustedes esos artículos. Eran mucho más destructivos que mis entrevistas, y estaban mucho mejor informados. Puede que tampoco vieran los artículos publicados hace dos meses en el periódico londinense *The Guardian*, que en algunos aspectos eran incluso más devastadores que los del *Washington Post*. Supongo que se los habrán perdido ustedes, porque de lo contrario estarían al tanto de la creciente e informada protesta pública contra las prácticas de una industria que persiste en considerarse a sí misma como un regalo para la humanidad.

Tengo una sugerencia para ustedes que procede de su propio mundo. Yo solo soy un síntoma. No soy la enfermedad. Tratándome como a ustedes les gustaría, no eliminarán las causas profundas de su ira, que sospecho son la inseguridad y la vergüenza ajena.

Si me hubiera enviado una invitación civilizada en lugar de una invitación agresiva; si hubieran propuesto un foro que incluyera a críticos informados de su industria procedentes de la prensa responsable; trabajadores humanitarios preocupados; médicos, académicos, investigadores y directores de revistas médicas, que han sufrido el largo alcance del terrible poder de su industria; si hubiera incluido a representantes elocuentes de los treinta y cinco millones de enfermos de sida del mundo y del ochenta por ciento de la población mundial que no tiene acceso a los productos de su industria, en tal caso, yo habría aceptado formar parte de ese foro.

Pero no lo han hecho. Lo que proponen es llevarme a juicio. Así que no. Si realmente hubieran querido que acudiera, difícilmente podrían haber escrito una carta más tonta. Pero dudo que quisieran que acudiera. Creo que he tocado un nervio, y he hecho que se enfaden. Lo cual, créanlo o no, es una de las funciones más útiles que un escritor libre puede desempeñar en esta era de insufrible arrogancia corporativa.

Atentamente,

David Cornwell



A JOHN CALLEY

Por fax
Londres
11 de junio de 2001

Querido John:

Gracias por toda la información sobre el lanzamiento del *Sastre* en el Reino Unido. Mis propias averiguaciones pintan un panorama bastante diferente. Tu informador habla de críticas «medianas», pero el *Observer* y *Time Out*, por sí solos, habrían proporcionado magníficas frases publicitarias, al igual que muchos otros de los periódicos más populares. Tuvimos unos cuantos estropicios, algunos quizá, pero críticas excelentes en los sitios que cuentan, tanto de alto como de bajo nivel.

Al final, no hubo ni una sola frase publicitaria, o eso me han dicho. El estreno de la película fue espléndidamente durante la primera semana y podría haber seguido así si hubiera contado con la ayuda necesaria. No sé quién decretó que era una película para «mayores de treinta y cinco años», pero a Nick y sus amigos (de veinticinco) les encantó, y se ha convertido en una especie de culto entre todo tipo de personas, siempre que hayan tenido la oportunidad de verla o se hayan enterado de que existe.

Lo siento, pero no creo que SC5 tenga nada de que felicitarse por lo que ha hecho en el Reino Unido con esta película.
Creo que han desperdiciado una gran oportunidad.

Como siempre,

David



A LOS HIJOS DE DAVID Y A JANE

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
11 de junio de 2001

(A mis hijos y a Jane, que recibe también una carta aparte.)

Esto es lo que hay que hacer a mi muerte. Si muero en el

extranjero y es más práctico incinerarme en el extranjero, hacedlo. Traed mis cenizas a Tregiffian y enterradlas en la puerta de capricho, junto al poste de la puerta orientada al mar.*

Jane, cuando le toque, se queda con el otro poste de la puerta.

En la ceremonia, que cada uno de mis hijos diga algo bueno sobre mí, y luego celebraremos una buena fiesta con todos los nietos que puedan venir. Jane no debe hablar en ningún momento, a menos que ella quiera. Que todos sigáis siendo tan buenos y considerados con ella como lo habéis sido en el pasado, porque creo que ella os quiere casi tanto como yo.

Por favor, consolaos con esto: he tenido una vida increíble, contra todo pronóstico. Pasé de ser un hombre malo a un hombre mucho mejor. Detesto las tonterías de la religión organizada, amo el esplendor de la creación y creo en algún modo de triunfo de ese esplendor. Mis hijos y sus hijos me enseñaron a amar. La lealtad y el amor de Jane, y su amor por todos vosotros, han sido mi columna. El hecho de que se haya impuesto a mis infidelidades y mi mal humor, de que haya preservado su propia integridad, de que haya hecho que nuestro matrimonio funcionara en la dicha y en la adversidad, ha sido el origen de nuestra felicidad. Nadie podría haber sido mejor compañera y amiga que Jane, nadie podría haberme ayudado mejor a aplicar el talento que yo pudiera poseer. Por tanto, en testimonio de todo esto, me gustaría que fuese ella quien eligiera la música que más la reconforte en mi cremación, y en mi funeral, si decide hacerlo, consultándolo con vosotros. También debería quedar a su agrado decidir qué lecturas, discursos, etcétera, si los hubiera, se hagan. Y si no quiere nada de lo anterior, tampoco pasa nada. Quiero que ese día sea suyo, tanto como vuestro, porque su dolor y su soledad serán mayores. Todos vosotros sois mis hijos favoritos. No tengo palabras para expresar cuánto lamento el fracaso de mi primer matrimonio y el dolor que os infligió a todos. Pero yo no sabía nada de la vida en aquellos días, no había aprendido nada del amor personal, no confiaba en las mujeres, no tenía otra identidad que la terrible necesidad de escapar de mi vil infancia y que de algún modo se me reconociera. A veces logro perdonarme, a menudo no. Puede que ahora vosotros sí podáis. Por favor, intentadlo, porque contribuirá a vuestra felicidad.

David

[en el margen izquierdo] * Esta carta fue sustituida por otra posterior, fechada el 13 de febrero de 2002.

Londres
13 de febrero de 2002

En cuanto a mis restos. Las alternativas son: el cementerio de Church Row en Hampstead, que siempre me pareció bonito, pero con un mínimo de aportación religiosa, o esparcirlos en el mar frente a la costa de Cornualles, pero que Jane os guíe en esto como en todas las cosas, porque de alguna manera hemos de reunirnos simbólicamente cuando ella también muera.

Mi cariño para todos, una y otra vez,

D



A AL Y ANNE ALVAREZ

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
4 de agosto de 2001

Mis queridos y encantadores Al y Anne:

Como quizá recordéis, la fiesta de Hodder [& Stoughton] es el 15 de octubre en el Ivy, unas cincuenta personas, veinticinco mías. Los Hoddisti son bastante amables, pero ya sabéis lo que va a pasar en cuanto lleguéis a la puerta. Así es como tienen que ser estas fiestas, que es por lo que muy sensatamente tú no la montaste.

Por otro lado, está lo siguiente. Mis hijos están organizando una especie de *Familien-und-Freundefest* en Siena, con apartamentos en un castillo reconvertido, y otras habitaciones y apartamentos en pueblos vecinos, todo a pocos kilómetros de Siena. Algunos invitados se quedan una semana, otros solo la noche del 19 de octubre, cuando hay una fiesta *kinderfreundlich* con música, magia, baile* (* sin espectáculos de sexo en vivo. Son órdenes

mías) (si los chicos consiguen organizarlo); después de la fiesta, mi edad deja de ser el tema y organizan excursiones a los alrededores: Pisa, Florencia, etcétera, que vosotros ya tenéis más que vistos, pero para los chicos es cultura, actividad y diversión, y para mí les da algo que hacer aparte de cuchichear en pequeños grupos sobre quién se va a llevar la jarra de leche de plata.[6] Estáis invitados en firme a la Ivy. Pero ¿preferiríais optar por la opción de Siena, si encajara con vuestros otros planes?

Mi intención es hacerme con una mesa en una esquina y con el mejor vino tinto, comer pasta y codearme con amigos y familiares, o no. No tengo ni idea de quién, si es que hay alguien que nos caiga bien, morderá el anzuelo. Se lo he propuesto a unos cuantos, se lo propondré a otros, pero puede que acabe sentándome solo a mi mesa, lo que tampoco tiene por qué ser muy malo.

Por favor, no vayáis a pensar que esta carta no es más que un intento de tentaros con una invitación, hasta cierto punto declinable. ¿Habéis asistido a algún buen funeral últimamente? Compuse mi oración por Dave y adquirió proporciones de pesadilla a medida que sus llorosos hijos me reclamaban más y más poemas para que los leyera en voz alta delante de su ataúd. En cierto momento (con gran facilidad, en mi caso) cae el telón de la compasión y entra en acción el odio, en este caso a Gerard Manley Hopkins por la porquería (inadvertida) peor puntuada a que he tenido que enfrentarme en esta vida, seguida inmediatamente de *«Assurances»* de Walt Whitman, que era más fácil de leer pero con la que aún resultaba más difícil estar de acuerdo.[7] Espera, Al. Quiero lo peor de Ezra Pound y algo de lo más tierno de Christopher Robin, sin las risas. Házmelo saber, *en principe*.

Con mi afecto para ambos,

David



Le Carré hace constar aquí la muerte del hombre a quien consideraba su mejor amigo, el artista John Miller.

A JOHN BOORMAN

Por fax
Londres
2 de octubre de 2002

Querido John:

Me alegro especialmente de tener noticias tuyas. Estamos en Londres en este momento, en Cornualles a partir del próximo martes hasta el 25 de octubre, holgazaneando de nuevo en Londres durante noviembre y probablemente diciembre.

Marchamos por la paz el sábado pasado, y nos encontramos rodeados por el Ossie Bin Laden Supporters' Club (club de partidarios de Ossie Bin Laden), los trotskistas de ayer y unos seis ancianos maestros de escuela preparatoria entre las doscientas cincuenta mil minorías restantes. Pero fue divertido cuando nos detuvimos frente al número 10 y sonó un enorme abucheo. Como volver al colegio.

No he visto la nueva opus de Stoppsie, me da miedo. Cada vez que me pongo en camino me entran escalofríos.[8]

Vi *Lantana* y me encantó, *Hable con ella* y casi me encantó, *Camino a la perdición* y no me encantó en absoluto, solo la admiré, lo cual no es suficiente. Más que ninguna otra cosa he estado debatiéndome con una novela que no deja de provocarme tropiezos, y la regla es que hay que volver a empezar desde el principio. Pero estoy llegando, adondequiera que sea.

Sí, vi lo de Bushbaby y su padre, y me encantó la extensión de la cita, en el sentido de que esta guerra es «cuestión personal para Estados Unidos». Si alguien hubiera matado a mi padre, o lo hubiera intentado, le habría regalado mi *conker* favorito.[*]

Me alegro de que hayas releído *La chica del tambor*. Calley y Mike Nichols iban a hacer un *remake* hace un par de años, pero —sorpresa, sorpresa— se olvidaron. La versión de George Hill es bochornosa.

Quedemos si podemos, sería una gozada. Decidnos vuestras fechas cuando las sepáis. De momento no podemos invitaros a Cornualles, porque tenemos mucha familia merodeando por aquí, pero sí el año que viene, si os apetece.

Nuestro afecto para los dos. Se supone que Mike Newell dirigirá

El jardinero fiel a partir de marzo, pero está terriblemente evasivo. Tenemos un guion excelente y financiación, así que supongo que no se hará nunca.

Sí, voy a hacer un aria para Alec.[9] Mi mejor amigo murió hace unos meses, le leí mi discurso de despedida y le afinamos la gramática, limpiamos los chistes y eliminamos los infinitivos partidos.[**] Me preguntó cómo demonios creía que iba a hacerlo sin llorar, y le dije que no era asunto suyo. Nunca pensé que podría echar tanto de menos a un amigo.

Más cariño para ambos, grüß[*] a Isabella también, y los críos,

David

Amigos absolutos

Tengo una nueva novela que sale en Navidad. Se llama *Amigos absolutos* y va a volver loca a la gente… La semana que viene vamos a Londres a leer el libro para *Book at Bedtime* [«Un libro a la hora de acostarse»], aunque si fuera a irme a dormir, sería lo último que me gustaría oír…

—a su tía Ruby Hayman, hermana de Ronnie,
8 de noviembre de 2003

Creo que ambos nos hemos cansado un poco del clamor por el libro, tanto de los ramos de flores como de los cantazos. (Así que, por supuesto, lo único que podemos hacer es empezar con otro…)

—a Vivian Green, 16 de febrero de 2004

En enero de 2003, le Carré publicó su muy leído ensayo contra la marcha hacia la guerra de Irak, titulado *The United States of America Has Gone Mad* («Los Estados Unidos de América se han vuelto locos»). En marzo se unió a la marcha contra la guerra de Irak. *Amigos absolutos*, publicado en diciembre de ese mismo año, fue recibido como «una obra de puño en algo, de indignación orwelliana» por la revista *Time*, y como «una airada disquisición sobre la geopolítica contemporánea» por *The Guardian*. Tras haber pedido la dimisión de Tony Blair en el programa *Today*, le Carré le dijo a su hermano Tony que «a la prensa de derechas se le han soltado las ligas».

Le Carré regresó a la ambientación alemana con *Amigos absolutos*, y de nuevo con *El hombre más buscado*, publicado en 2008 y localizado en Hamburgo, en cuyo consulado británico había trabajado. Ambos libros postulaban la intervención estadounidense en Alemania en medio de la guerra contra el terrorismo. Entre uno y otro apareció *La canción de los misioneros*, centrado en el intérprete congoleño Salvo. Le Carré lo tenía en borrador antes de viajar al Congo. «Fue el viaje más raro de mi vida y siempre lo será», escribió. «La realidad del lugar es tan abrumadora que los relatos sobre él parecen casi irrelevantes.»[1] Tras su viaje al Congo, le Carré mantuvo la localización de sus relatos en Gran Bretaña y Europa Occidental. Notando que le pesaban los años en el contexto de un territorio difícil —tanto geográfico como humano—, puso límite a los dificultosos viajes de investigación que venían siendo una característica de su escritura desde *El honorable colegial*.



A raíz de El jardinero fiel*, a le Carré le costó trabajo escribir* Amigos absolutos.

A SIR JOHN Y LADY MARGETSON

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
17 de noviembre de 2002

Queridos Miranda y John:

Siento que seamos tan evasivos a la hora de aceptar vuestra hospitalidad: perdonadnos. La nueva novela se me ha puesto muy cuesta arriba, y muchas frustraciones, y por fin las cosas se presentan mejor. No paro de pintar por debajo, de raspar y volver a empezar en otro lugar del lienzo, los niveles de exigencia son cada vez más altos, el tiempo y la energía disminuyen en proporción inversa, pero la voluntad, gracias a Dios, no se ha doblegado hasta ahora. El problema siempre es la continuidad: no robar «unas horas», sino conseguir una racha sostenida de semanas y meses en el mismo sitio sin las deliciosas distracciones —personas de Porlock—[2] que lo fuerzan a uno a volver corriendo al principio para encerrarse de nuevo en la jaula.

[...]

Me alegró ver que hace poco Freud no asistió a la inauguración de su exposición en París porque estaba demasiado ocupado pintando: esa es realmente la lógica de un obsesivo, así que no soy el único loco de este mundo después de todo.

[...]

Jane y yo participamos en la marcha contra la guerra el mes pasado y esperamos tener la oportunidad de hacerlo de nuevo antes de que se acabe el mundo. Cómo llegamos de Osama a Saddam es un misterio que ni siquiera un archisofista como Blair sabrá explicar. O puede explicar. Espero que alguien decida inspeccionar pronto nuestras armas de destrucción masiva. A continuación Israel y Estados Unidos, quizá. Pero, claro, no está bien pensar esas cosas, ¿verdad? Ahora me doy cuenta de que la Guerra Fría fue una guerra cristiana: la cristiandad occidental contra la ortodoxia oriental. Pero lo que tenemos ahora es mucho mejor: por fin podemos aniquilar de veras a los paganos. El cristianismo de derechas y el sionismo de derechas son una combinación que se sube fácilmente a la cabeza, pero ya nos ocuparemos de eso la próxima vez. En fin.

Con afecto para ambos, y gracias de nuevo,

David



A JANE CORNWELL

21 de febrero de 2003

Cariño mío, mi amor:

Me diste la vida. Me enseñaste la única clase de amor que importa. En estos últimos años me he sentido tan unido a ti en mi corazón que no puedo creer que alguna vez lleguemos a estar separados. Por muchas veces que diga «lo siento» no quedarán borradas mis deslealtades; por muchas veces que te diga «gracias» no lograré expresar mi agradecimiento. Pero el amor que me has enseñado es indestructible y, frente a él, todo lo demás disminuye. Al final hemos hecho un buen trabajo con nuestras vidas. Hemos sido personas decentes. Cariño, te quiero y siempre, siempre te querré.

Tuyo, David



El escritor y activista Anthony Barnett es el redactor jefe y fundador de la plataforma mediática openDemocracy. Le Carré y Jane apoyaron esta organización por medio de su fundación benéfica.

A ANTHONY BARNETT

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
1 de enero de 2004

Querido Anthony:

De nuevo, siento lo de la cena y feliz Año Nuevo a los dos.

Me parece muy bien tu sugerencia de que hagamos algo con

Amigos absolutos y las «atormentadas» críticas inglesas, pero yo no puedo intervenir en el debate. No hay nadie más tonto que un escritor quejándose de sus críticos, y yo no puedo incurrir en eso. Si hay que debatir, será sin mí. No he dicho nada más radical que, por ejemplo, el difunto Hugo Young: que era incorrecto, inmoral y una gran locura política comprometer sin reservas a Gran Bretaña con la maquinaria bélica estadounidense, y que Blair, al ocultar la verdad de que ya nos había comprometido de antemano, estaba mintiendo a la opinión pública británica. Si hubiera escrito una obra de teatro sobre ello, habría sido aceptable. Unas semanas en el Royal Court y buenas noches. Mi pecado fue/ es haber actuado en pleno corazón del país: en el *Times*, en el *Today Programme* y en calidad de novelista popular de clase media. La reacción demuestra que he logrado despertar mentes que habrían preferido permanecer tranquilamente dormidas. Estoy contento con ello, y más o menos me lo esperaba. Escrito está lo que escribí y no me retracto de nada. *Merde*.

Pero no puedo escribirte lo que me pides. Tal vez alguien pueda. Y tal vez no. En cualquier caso, el libro seguirá viviendo su propia vida durante un tiempo, espero, cuando el clamor se haya calmado.

Con afecto para ambos, y renovados deseos de Año Nuevo.

Siempre,

David



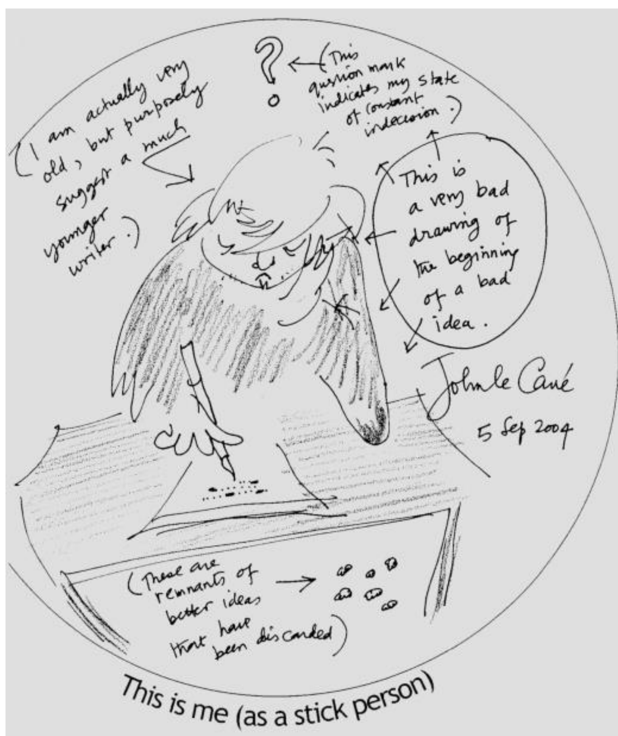
El doctor August Hanning, presidente del Bundesnachrichtendienst, o BND —el servicio de inteligencia exterior de la República Federal de Alemania—, coincidió por primera vez con le Carré en una fiesta organizada con motivo del cierre de la embajada británica en Bonn. Le Carré visitó la sede del BND y Hanning pasó unos días en Cornualles.

El doctor Hanning escribió a David y Jane el 21 de diciembre de 2005 para comunicarles que, tras un resultado electoral en Alemania que «ha dejado a toda la clase política un tanto descolocada», el nuevo ministro del Interior le acababa de solicitar que aceptara el cargo de secretario de Estado de

«seguridad interior», es decir, de jefe de seguridad nacional de Alemania, con amplia responsabilidad sobre la policía, los servicios de inteligencia y las amenazas terroristas.

«Esto plantea problemas, ya que Alemania no está realmente preparada para amenazas terroristas graves o de otro tipo», escribía. «A esto se añade la desconfianza generalizada ante las operaciones de inteligencia, alimentada por las informaciones sobre actividades de la CIA verdaderas o presuntas.» Los alemanes, en su mayoría, rechazaban el planteamiento norteamericano de la «guerra contra el terrorismo», de ahí que estuvieran perdiendo de vista la amenaza original de Al Qaeda.

Las cartas de le Carré a Hanning son señaladamente sobrias y ponderadas; las copias de las cartas de Hanning, en alemán, y de le Carré, en inglés, entre 2004 y 2016, quedaron cuidadosamente archivadas. Ambos intentaron organizar una exposición póstuma de Karl Weschke, un artista alemán que se había instalado en Cornualles en la década de 1950 y que era amigo de le Carré.



Un proyecto norteamericano destinado a recaudar fondos para beneficencia, el 21st. Century Leaders, les pidió a le Carré y otras celebridades que enviaran una *stick person,* un monigote que los representara. Le Carré optó por algo más ambicioso.*
Autorretrato de le Carré para un proyecto benéfico.

AL DOCTOR Y LA SEÑORA AUGUST HANNING

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
28 de diciembre de 2005

Personal

Queridos Ruth y August:

Vayan por delante nuestros mejores deseos de Año Nuevo para vosotros y toda la familia. Nuestro hijo Nicholas y su prometida estuvieron con nosotros por Navidad y ahora están explorando las iglesias de los alrededores, ¡intentando decidir en cuál casarse!

Así que hemos pasado unas Navidades estupendas, como espero que vosotros también, y, muy en secreto, es para nosotros un alivio que se vayan a Londres para Año Nuevo, ¡dejándonos libres de celebrar el momento según la hora de Delhi y no en la del Reino Unido!

Vuestra noticia es, desde luego, trascendental. Para empezar, es muy doloroso dejar un servicio que has construido tú, dejar a los colegas con los que has trabajado, las esposas y familias y —a ratos sueltos, estoy seguro— los momentos demenciales y críticos que habéis compartido. Por otra parte, si considero mi propia experiencia, tamaño pigmeo, de los dos servicios que me emplearon, en realidad fue el nacional el que me pareció en última instancia más gratificante, más obviamente necesario, más vocacional. Pero por todo lo que leo y oigo, hoy en día es prácticamente imposible distinguir entre las funciones de ambos servicios, sobre todo en el ámbito del terrorismo. Los aspectos éticos y reales de la actual situación de seguridad me parecen muy extraordinarios, y eso, estoy seguro, será un desafío fascinante. La Guerra contra el Terror era/es en muchos sentidos un concepto retórico, una *Scheinkrieg*[3] exactamente igual que lo era la Guerra Fría cuando yo me salí. El bien y el mal estaban en un sitio, los frentes de batalla en otro.

Pero la verdad objetiva no es el problema. La cuestión es cómo percibe el público la verdad corrupta y manipulada por nuestros amos, ya sea aquí o en Estados Unidos. Existe el extraordinario efecto espejo. Un político le cuenta una mentira a un periodista, que la publica. El político la lee y se la cree. La mentira se convierte en la «realidad», y los servicios, si no son tremendamente cuidadosos, acaban haciéndola suya. Y es curioso, porque ello seguramente contribuirá a que tu nuevo puesto merezca aún más la pena que el anterior: existe para que tú le digas la verdad al poder.

Y lo que, para mí, sería mágico es el papel de Alemania en este momento en la definición de la respuesta de Europa ante la cruzada norteamericana. Alemania debe estar sin duda en el tope de la preponderancia en Europa. El gráfico está girando bruscamente hacia arriba. En materia de derechos civiles, derechos humanos y corrección constitucional, su postura ha sido,

al menos públicamente, la más honorable de todas las grandes naciones europeas. ¡Os necesitamos de verdad!

Que tengáis, de nuevo, un gran Año Nuevo, y duro con ello.

Jane se une a mí...

Como siempre,

David



A la DOCTORA NANCY OLIVIERI

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
17 de febrero de 2006

Querida Nancy:

Me alegro mucho de que hayas disfrutado de la película tanto como yo.4 La próxima vez que estés en Londres, por favor, danos aviso [...] y permítenos que te demos de comer y de beber y que te atendamos. Y si Ralph Fiennes está por aquí y quiere participar en el juego, lo llevaremos. Nada en mi vida ha sido comparable con la película y su repercusión. La figura de Lara, como te dije, creo, en mi última carta, quedó muy pronto eliminada en la sala de montaje, pero menos mal, porque sus secuencias eran pobres, era la primera parte del rodaje que se hizo, y de repente resultó muy prescindible: lo único que tuvimos que hacer fue reforzar a Birgit5 en Alemania, y estaba hecho. La película tenía sus puntos débiles, ¿qué película no los tiene? Lorbeer nunca llega a cuajar, al menos para mí, me sentí incómodo desde el principio con la ceremonia conmemorativa,6 pero nada de eso afecta el fondo, la pasión que Fernando M pone en el tema, África, el Big Pharma, y en la entrega de Rachel W y Ralph F, que están espléndidos y conmovedores.7 La organización benéfica Constant Gardener Charity, lo creas o no, cuenta ahora con una financiación decente, está registrada en Kenia y en el Reino Unido, tiene como fideicomisarios al grande y estupendo Gethongo,8 exministro keniata de Anticorrupción (despedido por exceso de celo, pero que luego se recuperó como denunciante con gran resultado), al ex alto comisario del Reino Unido en Nairobi (ni siquiera me

dejaron entrar cuando estaba escribiendo el libro) y a Ralph, Rachel y yo como mecenas. Mientras la unidad estaba *in situ*, los chicos decidieron que al barrio de chabolas de Kibera[9] le vendría bien una ayudita y construyeron un puente, un sistema de drenaje y otras facilidades. En Loiyangalani, en el lago Turkana, hemos construido una escuela y aseos (contratando además a alguien que enseñe a los niños a usarlos) y, lejos de ser un espectáculo de una sola noche, los proyectos están prosperando. El 12 de marzo daremos otra función benéfica y celebraremos una subasta después. Hace poco, un feo grupo de industriales premió a Rachel con un diamante de treinta mil libras como «Mujer del Año» y ella nos lo pasó enseguida para que lo vendiéramos. La productora se ha convertido en nuestro cuartel general y envía a su personal a Nairobi y Loyola para que se ocupen de detalles de los que ninguna gran agencia de ayuda parece preocuparse. He hecho una edición especial del libro de bolsillo cuyos beneficios van íntegramente al fondo, y nuestro extraordinario productor, Simon Channing-Williams, aparece en escena siempre que puede y sencillamente dice: «Cuando vimos lo que vimos, decidimos que no podíamos dejarlo así, y nunca lo dejaremos». Cuando la película se estrene en Nairobi, ya en cualquier momento, el Alto Comisariado patrocinará la fiesta, cobrará cien dólares por cubierto y entregará todos los beneficios a la organización benéfica. (Kenia prohibió el libro bajo el régimen de Moi, y como el gobierno actual es igual de corrupto, la película sigue teniendo mucho éxito también a ese respecto.)

Tu historia no tiene fin. Siempre fue extraordinario que provocaras tantos comportamientos despreciables, y nunca logré entender por qué: demasiado brillante, demasiado acertada y demasiado guapa, y encima mujer, no puedes ganar.

[...]

Nos encantaría hacer algo contigo la próxima vez que aparezcas por aquí. Avísanos si puedes. Tengo una nueva novela que saldrá en septiembre, titulada *La canción de los misioneros*, me gusta bastante, pero me siento aplanado e inútil ahora que está terminada.

[...]

Mi querida Nancy, te envío, como siempre, mi admiración y

colaboración y afecto. Gracias por escribir.

Afectuosamente,

David



En marzo de 2006 Stanley Mitchell, a quien le Carré había espiado en Oxford, le hizo por escrito una vehemente defensa de su papel en el Partido Comunista Británico. Se sentía «asqueado y furioso» por el comportamiento de le Carré, decía, porque «me hice amigo tuyo con toda inocencia solo para ser traicionado, para que mi partido fuera traicionado, por ti». Sin haber recibido respuesta, siguió con una nota lacónica en abril: «Probablemente esta sea la última carta que te escriba... Solo quiero decirte que te vendría muy bien, a las puertas del cielo, pedir disculpas, no a mí, sino a tu mejor yo, por una de las peores cosas que puede hacer un ser humano: traicionar a un amigo».

Antes y después de esta carta, le Carré y Mitchell buscaron una reconciliación. En su funeral se dio lectura a una carta de le Carré a la familia de Mitchell.

A STANLEY MITCHELL

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
19 de abril de 2006

Querido Stanley:

Es difícil contestar al correo de odio, y no espero que escuches gran cosa de lo que voy a decirte. Cuando renovamos nuestro contacto de hará cosa de cincuenta años, tuve yo la esperanza de que seríamos capaces de mirar atrás con cierto despego y compasión y ver quiénes éramos, de dónde veníamos y por qué hicimos —quizá equivocadamente— las cosas que hicimos, y por qué creíamos en nuestros respectivos dioses falsos. He escrito sobre los míos, y creí que quizá fueras capaz de comprender la distancia que he recorrido y de qué modos he cambiado. Me

desconcertó, lo admito, que parecieras mostrar menos preocupación de la que yo habría esperado por el hecho de que hubieras entregado tu vida y tu destacado intelecto a la causa del comunismo mundial, que incluso en aquellos días, para quienes no estaban del todo ciegos, era responsable de algunos de los regímenes más brutales, conspirativos, asesinos y sin principios que el mundo ha visto. Pero tú estabas en el núcleo suave y amable de todo aquello, y cualquier defecto que detectaras carecía de importancia comparado con la embriagadora camaradería, los buenos ideales y la superioridad intelectual de tu grupo de élite. El mundo quizá estuviera equivocado, pero tú tenías razón.

Para mi trayectoria personal, para el mundo del que yo nací, y el mundo que adopté como mi familia, como tú adoptaste a tus camaradas como tuyos, no pareces tener ninguna comprensión, ni compasión, ni ningún sentimiento moderado, a pesar de haberme yo pasado gran parte de mi vida de escritor describiendo, ridiculizando y, en ocasiones, condenando su naturaleza huidiza. Por el contrario, poco a poco me fui dando cuenta de que en nuestra renovada relación tú te otorgabas la condición de víctima inocente y moralizante que espera encontrar en sí misma la forma de perdonar mis ofensas. Y la verdad —ahora lo recuerdo— es que no he conocido a ningún viejo comunista, ni en Gran Bretaña ni en Rusia, que no se considerara un mártir.

Me has llamado muchas cosas que soy, pero otras que no soy. No has dado ni medio paso hacia el punto intermedio de nuestra reconciliación. Tus últimas cartas han sido viles y, por supuesto, no las he contestado, y esta es sin duda lo último que oirás de mí, porque buscar la reconciliación contigo es una causa perdida. Dices que te he traicionado. ¿Qué sabía yo para traicionar? ¿Qué sabías o hacías tú que era traicionable? Buscábamos comunistas secretos y traidores potenciales. Creíamos que no debían tener acceso a secretos que pudieran traicionar. Secretos que, en caso de guerra, ayudarían a destruir a nuestra propia gente. Estábamos en combate contra personas despiadadas e insidiosas cuyo coto de caza eran los comunistas y simpatizantes británicos. Así que hicimos lo que hace cualquier país sensato: vigilamos, tendimos una red e intentamos protegernos. Mirando hacia atrás, no veo

nada malo en ello, y estaré encantado de discutirlo en el Día del Juicio Final, al que tanto aludís Tony Blair y tú. ¿Qué les dije a mis «amos»? Que eras una buena persona, supongo. Lo he olvidado, y estoy seguro de que ellos también.

Saludos,

David



Hugh Thomas acababa de releer El espía que surgió del frío. *«Conocí a Brian Montgomery, que creo que fue jefe de seguridad del MI6 durante cierto tiempo», le escribió a le Carré el primero de mayo de 2006. «Me dijo que había recomendado que te acusaran de haber infringido la Ley de Secretos Oficiales.»*

A HUGH THOMAS

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
10 de mayo de 2006

Querido Hugh:

Gracias por tu amable carta. Sí, sería divertido vernos. Espero por todos los cielos que tuviera una hermosa chica del brazo cuando me viste en la rue Jacob. Pero quizá fueras tú quien la tenía, y yo no. Tiene que haber algún motivo para que no gritaras «Hey».10

Acabo de volver del Congo. No recomendable, la comida es horrible. Estaremos en Londres a finales de mayo durante un par de semanas. Me encantaría comer contigo. [...] El pobre Monty —porque así se le conocía— estaba convencido de que yo había sacado el argumento de *El espía*... de un arcano caso de traición del que yo nunca había oído hablar, y al que nunca podría haber tenido acceso. Lo disuadieron sus ilustres colegas, uno de los cuales me dijo más tarde que *El espía que*... era «la única puñetera operación de agente doble que había funcionado alguna vez».11

Gracias de nuevo por escribir.

Saludos,

David



A CHARLOTTE CORNWELL

Por email
17 de mayo de 2006

Asunto: notición de tu hermano David

Queridísima hermanita: me ha llegado el día de convertirme en emaileador. Acabo de terminar una nueva novela... No es genial, pero tampoco abominable.12 Te enviaré la prueba dentro de un mes más o menos. ¿Vendrás a la boda? Todo el mundo espera que sí.13 [...]

Hace unas semanas estuve en la Provincia Oriental del Congo para llevar a cabo una última investigación para mi novela y me resultó fascinante y desgarrador. Fui en coche hasta la frontera desde Kigali, Ruanda, e hice alto en un par de sitios del genocidio. Han conservado los cuerpos en vinagre, no sé cómo, y los han dejado a la vista, para que a nadie se le pase por la cabeza decir que nunca ocurrió. Miles de cuerpos, la mayoría niños, muchos de ellos despedazados. Si puedes, ve a ver *Disparando a perros*. Mejor que *Hotel Rwanda*. Dos revueltas en cinco noches, y un coronel de la MaiMai me dijo que sus mejores guerreros tenían once o doce años. También que él y sus muchachos podían convertir las balas en agua, lo que les daba ventaja en un tiroteo. Cuando le pedí la fórmula, me dijo que conmigo no funcionaría.

Está todo el mundo enfermo, y voy a ver al Contralmirante14 la semana que viene. [...]

¿Recibiste mi carta de respuesta a la tuya? Me conmovió a fondo...

Con mucho cariño,

David



A RALPH DE BUTLER

Chalet Chamois · 3823 Wengen · Suiza
14 de septiembre de 2006

Estimado señor De Butler:

Gracias por su carta y por sus amables palabras. No, me temo que hace tiempo que vengo rechazando la novela histórica como vehículo para mis escritos, aunque las guerras de la Nuez Moscada15 siempre me hayan divertido, y los primeros tiempos de la esclavitud portuguesa siempre me hayan horrorizado.

Saludos cordiales,

John le Carré



Le Carré conoció a Murat Kurnaz, que inspiró el personaje de Isa en El hombre más buscado.

A NICHOLAS SHAKESPEARE

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
14 de noviembre de 2006

Querido Nicholas:

Vaya, qué maravilloso saber de ti: pensaba que seguías en Tasmania y aquí estás con dos hijos —*zütt!*, o como se escriba— y viviendo en Wiltshire. El caso es que los ingleses vuelven a casa, como los rusos, gritando y pataleando, pero es que no hay ningún otro sitio que te joda tanto como el país de toda la vida. ¡Mira a Blair! ¿Cómo hemos podido engendrar a este mendaz fanfarrón? Este niño, jugando a juegos de adultos, y jodiendo al mundo en su cochecito Noddy.* ¡Y hoy, este mismo día, sale con «un nuevo planteamiento para Oriente Medio»! ¿Como qué? ¿Como drenar el mar Rojo? ¿Bloquear el Canal? [Tom] Bower… es un caso. Cada vez que me veo obligado a conocer a alguien realmente malo, él lo conoce íntimamente. Me ha ayudado con gente de la City, de

África y de la prensa. Y a ratos sueltos yo lo he ayudado a él. […]

Acabo de llegar de Hamburgo. En Bremen he pasado dos días entrevistando a un antiguo preso de Guantánamo. Al pobre desgraciado lo cazaron en Pakistán, lo compró la CIA por tres mil dólares, lo torturaron en Kandahar (electrochoque y *waterboarding*), lo trasladaron a Guantánamo y lo tuvieron allí cuatro años y medio. Ahora está presentando demandas inútiles contra los alemanes, Estados Unidos y los turcos. Nadie sugiere que fuera culpable de nada remotamente parecido al terrorismo. Pero, sombrerazo, ¡qué tipo! Huelga de hambre durante veinte días, alimentado por la nariz, golpeado repetidamente, aislado durante cinco semanas como castigo, lo despertaban cada dos horas y lo trasladaban a otra jaula para impedirle dormir nunca. No podía mover los pies más allá de la separación que permitían los grilletes cuando lo devolvieron a los alemanes que lo habían atrapado.

Me encantaría veros a todos. Vamos a apañar algo. Voy por una nueva novela, pero es una trabajera. Nada de autobiografía, por favor, y aún no estoy listo para echarme a los perros. Cariños a Gillian,[16] cuyos preciosos dibujitos adornan el despacho, cariños a toda tu familia, y a ti también, querido mío.

Saludos,

David



A BERNHARD DOCKE[17]

Por email
9 de febrero de 2007

Estimado doctor Docke:

Le traigo saludos de Clive Stafford Smith,[18] que es amigo mío. De hecho, mi nuera trabajó con él en Nueva Orleans, en casos de derechos civiles.

Escribo bajo el nombre de John le Carré y tengo en mente ambientar una novela en torno a la suerte de un joven musulmán checheno que se encuentra en Hamburgo, sufriendo. Me

encantaría que me informara sobre los antecedentes de la comunidad musulmana de Bremen y Hamburgo, y sobre la aplicación de la legislación alemana en materia de asilo a los extranjeros residentes en Alemania. Por cierto, he tenido dos reuniones prolongadas con Murat Kurnaz en Bremen y he seguido el caso de Murat con gran interés. Sé, por supuesto, que tiene una gran deuda con usted.

Me preguntaba, por tanto, si podría persuadirlo a usted para que almorzara conmigo, ya sea en Bremen o en Hamburgo o, de no ser posible, si podría ir a verlo yo a su despacho. Me alojaré en el hotel Atlantic Kempinski de Hamburgo a partir del 23 de febrero durante al menos una semana y, por supuesto, con mucho gusto me desplazaría a Bremen. Por otra parte, si sus viajes lo llevan a Berlín, con mucho gusto lo veré allí.

Con mis mejores deseos.

Atentamente,

David Cornwell



Las últimas cartas de le Carré a su hermano Tony son de una intimidad sorprendente.

A TONY CORNWELL

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
15 de mayo de 2007

Queridísimo To:

Bueno, un millón de gracias por tu preciosa y larga carta y por todas las cosas amables y sabias que dices sobre nosotros, el universo y toda esa catástrofe, como diría Zorba. Sí, hay entre nosotros lazos indisolubles e incomparables. A veces, con la edad, la infancia es el único trozo que uno imagina ver con claridad. Pero probablemente lo que en realidad ocurre es que salpicamos en su espalda todo lo que sabemos, convirtiéndola en portadora de todo ese filón. Fuimos niños congelados, y siempre lo seremos.

El trozo de hielo que, según G. Greene, todo escritor debe tener en su corazón se nos ha extendido por todo el cuerpo desde una edad temprana.19 Los niños que se crían sin la experiencia del amor heterosexual están jodidos en lo esencial: olvida toda la palabrería de los listillos, la «tolerancia» de otras orientaciones que no es tolerancia en absoluto. Cuando llegas al fondo de la cuestión, la cosa es «¿qué tenías a tu alrededor cuando contaba?». La única poesía que recordamos es la que aprendimos de niños, y no se distingue mucho del amor. La persigues, la pones en práctica, la imitas, y al final, si eres mayor y tienes suerte, crees en ella, pero resulta difícil, tiene defectos, y la simulamos mucho, como la religión, en la esperanza de que un día la tengamos de veras. Así que nos queríamos porque en realidad era todo lo que teníamos, y reaccionábamos el uno contra el otro, y vivíamos el uno en la piel del otro, y nos rebelábamos contra el cautiverio y el vacío del resto de nuestras vidas, y aprendimos el sexo demasiado tarde, como todo lo demás, y tomamos caminos diferentes, pero seguramente al final nuestros caminos se han parecido mucho, lo cual es otro serio incordio. Nuestro padre era un demencial banco de genes, un verdadero comodín, y, en mi memoria, repugnante, todavía. Nunca lo lloré, nunca lo eché de menos, me alegré de su muerte. ¿Es eso tan horrible? Creo que no. Al escribir sobre él, intenté suavizarlo, pero no funcionó. Cuando fui infiel, le eché la culpa a él, cuando fui prometiendo amor por toda la ciudad, fue culpa suya, cuando conocí a nuestra madre me pareció espeluznante e irreal, y nunca fui capaz de entender —aún no puedo ni empezar a hacerlo— cómo se puede abandonar a dos hijos en plena noche y luego presumir de alta moralidad. Pero supongo que era una pobre mujer que no podía más. Nunca lo sabremos. Puede que ambos fueran mucho más corrientes de lo que creemos, pero no para nosotros. De cualquier manera, nos jodieron. Si hubiéramos sido niños de la calle, habríamos estado mucho mejor. Pero estábamos encerrados en el espantoso aire medio del esterilizado *Bürgertum* inglés, donde ni siquiera aprendes a usar un destornillador, no eres capaz de hacer una tarea manual de las cotidianas, arreglar una tubería o cambiar una rueda. No estábamos en ninguna parte, y nos vimos obligados a permanecer allí hasta que alguien nos recondujera. Es una

fantasía muy equivocada la tuya, eso de que yo «me conformé», como si tú no lo hubieras hecho de algún modo al cruzar el Atlántico. Los organismos para los que trabajé estaban tan fuera en tantos aspectos que eran una especie de nirvana de antiortodoxia puesta al servicio de fines ortodoxos. Éramos rebeldes con traje, y gran parte de ello —aunque seguramente inútil— era positivamente anárquico en cuanto pensamiento creativo. Hoy diríamos: «Supongamos que creamos nuestra propia rama de Al Qaeda»... Así que sí, al final, los objetivos eran sociales. Pero los medios eran de Ronnie.

¿Mis noticias? Bueno, son abundantes. Tres películas en preparación —*El topo*, que Peter Morgan adaptará al cine, *Nuestro juego*, una novela de vagabundos que adaptará un ruso-estadounidense, y *La canción de los misioneros*, cuyo guion está previsto para julio. Estoy inmerso en una novela que me encanta, escribiendo bien, y la Biblioteca Bodleiana se está haciendo cargo de todos mis papeles, correspondencia, manuscritos, toda esa basura, lo cual resuelve muchos problemas, sobre todo para mis hijos. Mañana me voy a Berlín a seguir investigando. Mis fuentes son chechenos, antiguos presos de Guantánamo, sus abogados, etcétera. Un mundo realmente absorbente, horrible, con una especie de normalidad de Pabellón Oncológico que resulta contagiosa.

Mi hijo Nick, de pronto, ha escrito una magnífica novela de seiscientas páginas, no sé si puedes creerlo, y la gente dice que es un genio, y eso mismo sospecho yo que es, el muy cabrón. Sus escenas bélicas son magníficas y nunca ha olido a metralla, y tiene un estilo encantador y discretamente ingenioso que creo que encantará a la gente. Un cuadro enorme, y nunca supe que lo llevara dentro. Cosas de padres. Su libro va a presentarlo el mejor agente literario de Londres la semana que viene. «¿Esto es algo de familia?», le preguntó ansiosamente a Nick. Nick: «Bueno, en realidad mi padre es J le C». Agente: «Ah. Bueno, creo que vamos a mantenerlo en secreto por el momento». No está mal.

Querido To, yo también te quiero mucho. La vida nos unió por la cadera, así que la separación era inevitable. Mis amigos caen como moscas, pero somos inmortales, así que no pasa nada. Me alegro de que hayas encontrado la felicidad en Nettie y la alegría

en su familia. Los holandeses son un grupo muy especial a juzgar por mi experiencia. Como los ingleses. ¿Alexander? Solo a los buenos les preocupa la posibilidad de haberse equivocado. No es bueno ser un flagelante. Estamos en la cima de la vida, no al pie de la colina, y tenemos mucha suerte de estar ahí.

Cuídate,

David



El veterano periodista Douglas Jackson, editor adjunto del Scotsman*, le envió a le Carré su primer libro,* Calígula*, que trata de un joven esclavo convertido en cuidador de elefantes del famoso emperador demente.*

A DOUGLAS JACKSON

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
23 de abril de 2008

Estimado Doug Jackson:

Gracias por su carta del 16 y por enviarme su libro *Calígula*, por el que lo felicito sinceramente. Tim me ha dicho que es su primera novela, y no hará falta que le diga que haberla terminado y verla publicada en una editorial de renombre es, en estos tiempos de perros, un milagro en sí mismo. Pero tiene usted más que eso para felicitarse, y es lo que me facilita responderle: sabe escribir. Sabe acomodar un párrafo, tiene oído para el ritmo de lo que dice, y el lector (o desde luego este lector) lo agradece, y valora la capacidad, y sigue leyendo. Y puedo decirle —tendría usted que ver algunas de las cosas que me envían— que eso ya lo distingue de los demás.

Dicho esto, me temo que no me siento capaz de proveer de una frase a sus editores. Doy frases con mucha moderación, normalmente para obras de no ficción, y su obra está muy fuera de mi ámbito. Se me ocurre —como sin duda se les ha ocurrido a usted y a sus editores— que Robert Harris sería la voz ideal.

Espero que esto no lo desanime, ya que el propósito de lo que le escribo es el contrario. Creo que tiene la capacidad y la comprensión que han de conducirlo a un éxito justificado. Así que ¡buena suerte!

Atentamente,

David Cornwell
(John le Carré)

Calígula *fue publicado por Bantam Press. Siguieron quince novelas, la mayoría ambientadas en la Antigua Roma, que se tradujeron a doce idiomas y vendieron medio millón de ejemplares en todo el mundo.*



El dramaturgo Robert Forrest adaptó cinco libros de le Carré para la BBC Radio, protagonizados por Simon Russell Beale en el papel de Smiley. El primero fue Llamada para el muerto. *Forrest acababa de adaptar* El Weir de Hermiston*, de Robert Louis Stevenson.*

A ROBERT FORREST

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
16 de junio de 2008

Querido Robert:

Muchas gracias por la tuya. Al igual que a ti, me entusiasma el proyecto y me encanta la radio. Para ser sincero, en secreto siempre he creído que mi obra se presta mejor a la adaptación radiofónica, y creo que podemos proporcionar mucho placer y motivos de reflexión a mucha gente. Y sí, por favor, divertíos mucho, lo cual también constituye una medida de compromiso. Cuando escribo algo que da miedo, yo mismo me asusto, y cuando escribo algo cómico, me parto de risa. Siempre me ha parecido raro que al mismísimo Maestro, PG (maestro de la trama y maestro del humor) nunca se le considerase divertido como

compañía. Sí, Stevenson es verdaderamente grande, pero nunca fue aceptado por la burocracia literaria por lo convincente que es como narrador. Eso es lo que pasa. Muchas gracias por escribir. No te desanimes, dile a Shaun[20] que tampoco se desanime él, simplemente —una vez más— ¡disfrútalo!

Mis mejores deseos,

David



El doctor Hanning, jefe de la seguridad nacional alemana, escribió a le Carré agradeciéndole el envío de un ejemplar de El hombre más buscado. *La novela evocaba un conflicto de poder entre las agencias de inteligencia alemana y norteamericana en torno a una operación antiterrorista; se centraba en el destino de Issa Karpov, un refugiado musulmán de Chechenia que residía ilegalmente en Hamburgo, donde le Carré desempeñó su último cargo en el Foreign Office.*

El doctor Hanning dijo que le Carré había creado un «monumento literario» para Hamburgo, como antes lo había hecho para Bonn con Una pequeña ciudad en Alemania. *Escribió sobre el conflicto ruso-checheno y recordó haber visitado Beslán, escenario de una toma de rehenes en una escuela por parte de combatientes chechenos en la que murieron más de trescientas personas, entre ellas muchos niños.*

AL DOCTOR AUGUST HANNING

Por fax

Cornualles

24 de diciembre de 2008

Querido August:

Vaya por delante mi deseo de una feliz y pacífica Navidad para ti y para toda tu familia.

En segundo lugar, te agradezco sinceramente tu carta, que he recibido con gran alivio y que he leído con gran interés y comprensión. Tengo la fortuna y el infortunio de vivir en un universo imaginario paralelo a las realidades de tu profesión:

retorcerla y darle forma hasta que funcione como un mundo más amplio en que el lector pueda encontrarse a sí mismo. En consecuencia, recibo críticas y alabanzas de dos frentes: los que conocen el mundo real y se indignan porque lo he tergiversado, y los que se toman mi universo paralelo al pie de la letra. No obstante, en las conversaciones y debates públicos en los que he participado, tengo la sensación de haber planteado, aunque con crudeza, algunas cuestiones útiles: la relación entre Estados Unidos y Alemania definida por la llamada guerra contra el terrorismo; el peligro de que, en los niveles inferiores, los servicios de seguridad de tu país, como del mío, contribuyan, cada vez más aunque sea inconscientemente, a la demonización del islam en general y no del islamismo en particular, y que el crecimiento como hongos de los servicios de inteligencia a partir del 11-S no se ha producido sin una pérdida de calidad o un incremento de los márgenes de error. En muchas de estas cuestiones, la Alemania de mi novela sirvió inevitablemente de chivo expiatorio para lo que ya ha ocurrido en mi propio país, donde leyes draconianas y excesos de poder, junto a una sumisión casi servil a las exigencias estadounidenses, nos han llevado al borde del abismo. En Alemania, por lo que puedo leer de la situación, su constitución, mucho más sólida, y una mayor conciencia de las alternativas negativas a la democracia, han impuesto restricciones mucho mayores (y admirables) al despliegue y al poder de las autoridades de seguridad. En mi opinión, no es despectivo, sino todo lo contrario, que el *Neue Züricher Zeitung* describa la estructura de inteligencia alemana (y la estructura de seguridad en particular) como *eine ewige Baustelle*.21 En mi opinión, liberal en exceso, en el mundo de la seguridad más vale el caos que la perfección.

De Chechenia tenemos experiencias diferentes, pero muy comparables. Gracias a los buenos oficios de Issa Kostoyev, diputado ingusetio de la Duma y célebre oficial de policía, ya fallecido, pasé bastante tiempo en Moscú con grupos chechenos e ingusetios, y aprendí lo que se siente siendo un *Untermensch** a ojos rusos. Sus relatos de persecución, duelo y tortura masiva a manos de los rusos que ocupaban su patria permanecen igual de imborrables en mi memoria que los de las viudas y madres

horrorizadas de Beslán. También estuve en los campos de refugiados palestinos del sur del Líbano durante los bombardeos israelíes, y en Chatila poco después de la masacre de palestinos a manos de cristianos libaneses bajo control israelí. Hay un poema de WH Auden que refleja nuestra dual experiencia:

El público y yo sabemos
lo que todo colegial aprende.
Quienes sufren daño
hacen daño a cambio.

Pero creo que estamos de acuerdo en más cosas de las que pensamos, en lo que respecta al mundo real y, sobre todo, en que no hay solución a largo plazo para el terrorismo en ninguno de los bandos (sean cuales sean los «bandos») sin un replanteamiento y una negociación política y cultural radicales. Si eso es lo que Obama pone sobre la mesa, puede que los próximos cuatro años no sean tan malos como predicen los economistas.

Querido August, de nuevo mis más sinceros saludos a todos, también de parte de Jane. Fue un gran cumplido que te las apañaras para dedicar tiempo a mi novela. Solo puedo imaginar las tensiones de tu vida y admirar la fuerza y dedicación con que las soportas.

Como siempre,

David

P. D. Al final, la película sobre Baader-Meinhof me decepcionó, creo que por los motivos y el ambiente político de la época.[22]



En una carta a le Carré del 11 de enero de 2009, el doctor Hanning reflexionaba sobre la inmigración europea y la integración de los musulmanos a lo largo de los últimos treinta años, y hablaba sobre los sentimientos encontrados hacia los emigrantes musulmanes en Alemania: «Desde los tiempos de las Cruzadas [ha tenido lugar] un sentimiento sordo de amenaza de los musulmanes al “mundo cristiano”». Escribió también: «La mayor parte de la sociedad alemana está registrando la

presencia de un número cada vez mayor de comunidades musulmanas que, progresivamente, ganan cada vez más seguridad en sí mismas. Esto provoca miedo».

El doctor Hanning reconoció que, dado que los servicios de inteligencia alemanes operan en dieciséis estados federados, «nuestro sistema no es fácilmente comprensible desde el exterior y presenta deficiencias». Pero añadió que en la práctica funcionaba bien.

AL DOCTOR AUGUST HANNING

Por fax
Londres
18 de enero de 2009

Querido August:

Muchas gracias por tu larga e interesantísima carta del 11 de enero, y permíteme empezar ofreciéndote una palabra de consuelo humorístico que no encontró ningún favor cuando se la ofrecí a un amigo de mi antiguo servicio: en una democracia sana seguramente no es deseable que los servicios de inteligencia sean totalmente eficaces, ni totalmente admirados. El *«ewige Baustelle»* tiene muchos arquitectos, y los clientes cambian sus requerimientos de un día para otro. Y el eterno conflicto entre lo conveniente y lo éticamente tolerable nunca cesa, ni debe hacerlo: estos son los principios sobre los que se establecen nuestras democracias, y hasta ahora —como creo haber dicho antes— Alemania se ha aferrado a ellos mucho más lealmente que Gran Bretaña.

Sigo y respeto totalmente tu descripción de la posición de los musulmanes en la Alemania actual, y las actitudes históricas y culturales que la acompañan. A este respecto, las diferencias entre nuestros dos países quizá sean dobles:

1. El cristianismo tal como se practica en Alemania ya no se concibe en Gran Bretaña. La ayuda pública a la Iglesia es mínima, tenemos una Iglesia anglicana enormemente jerarquizada (más obispos que comulgantes, y es la reina la figura que la preside personalmente) y una Iglesia católica que atiende mayoritariamente a inmigrantes de Irlanda (y a una minoría de

supervivientes de Enrique VIII, sobre todo de clase alta…). Como fuerza sociopolítica, por tanto, el cristianismo es aquí mucho menos eficaz que en Alemania.

2. Nuestro pasado colonial (vergonzoso en gran parte) nos ha proporcionado un conocimiento tradicional, aunque distorsionado, de la «gente de color» de nuestras antiguas posesiones, y la inmigración también tiene una historia más larga y un motivo más claro. En la actualidad, uno de cada diez británicos es mestizo y las fronteras culturales se van diluyendo poco a poco. Así que la deseada asimilación de la que tú hablabas en Oettingen parece que se está produciendo, aunque a paso de tortuga, aquí. En este sentido, la elección de Obama tendrá, está teniendo, un efecto enormemente beneficioso en los prejuicios sociales tradicionales.

Pero las causas de la militancia y la ira islamistas, en el caso de Gran Bretaña, se remontan mucho más atrás que en el caso de Alemania, sin duda. Somos los causantes de gran parte de la discordia actual: prometimos Palestina en ambas direcciones, acordamos y contribuimos a la partición de la India y a la creación de Pakistán y Bangladesh, conspiramos en el derrocamiento de Mossadeq y la instalación del sha, hicimos el ridículo en Suez y de nuevo en Irak, y con la propia creación de Irak, en connivencia con los franceses, fabricamos una bomba de relojería. Los vencedores olvidan, pero las víctimas tienen una memoria terriblemente larga, y hemos pagado por ello, y pagaremos por ello, igual que en Irlanda. […]

Hay, pues, desde el punto de vista británico, motivos muy fuertes, históricamente, por los que se nos debería odiar. Motivos, pero no excusas, para las cosas que todos con razón tememos. En lo que creo que ambos estamos absolutamente de acuerdo —y no creo que en realidad discrepemos en absoluto— es en que no podemos tratar los síntomas sin atacar la enfermedad en sí; no diezmando a los gazatíes, sino mediante una negociación creativa y decidida.

Muchas gracias por escribir tan reflexivamente, y, por favor, perdona también esta carta tan larga. Por cierto, conocí a Peer Steinbrück[23] en Hamburgo y estuve escuchándolo hasta altas horas de la madrugada. ¡No salí muy aliviado con respecto a la

coyuntura económica!

Querido August, te envío como siempre mis más sinceros buenos deseos.

Atentamente,

David

Un traidor como los nuestros

Lo último que supe de Dima en la vida real fue que estaba tratando de explicar a la policía de Moscú por qué tenía a un par de hombres de negocios encadenados en su sótano. Desapareció de mi vida. Pero permaneció como personaje sobre el que escribir y que desarrollar algún día.

—en una entrevista de 2010 con Robert Siegel,
de la NPR

Un traidor como los nuestros se publicó en septiembre de 2010; fue la primera novela de le Carré con su nueva editorial, Viking Penguin. A lo largo de los ocho años siguientes se reeditaría todo el fondo editorial de le Carré en la serie Penguin Modern Classics. Más que nunca, en la vida de le Carré se produjo un aluvión de novelas y proyectos cinematográficos que se entrecruzaban, galvanizados por la productora creada por sus hijos Simon y Stephen, The Ink Factory. Cuando le Carré entró en sus ochenta años el ritmo de trabajo era fenomenal.



En 1993, durante su investigación para Nuestro juego*, le Carré conoció en su propio club nocturno de Moscú a un capo de la delincuencia rusa, un tal Dima, que le había pegado un tiro al amante de su madre a los catorce años y «que tenía un ridículo parecido con Kojak». Dieciséis años más tarde, Dima se metió a la fuerza en* Un traidor como los nuestros*: un blanqueador de dinero para la mafia rusa que busca desertar. Le Carré enviaba borradores de la novela a Federico Varese, criminólogo de Oxford y autor de* The Russian Mafia *(«La mafia rusa»), para afinar la caracterización.*

A FEDERICO VARESE

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
21 de abril de 2009

Querido Federico:

Ahí van las cien primeras páginas, más o menos. Enseguida verás los aspectos en que necesito tu consejo: biografías concretas y orígenes de Anna y Dima, precisión sobre la infancia de Dima:

¿le habría sido posible optar por quedarse en el gulag al lado de su madre? Lo dudo, así que necesitamos una elaboración diferente, igual que para su ingreso en una hermandad (decidamos qué hermandad, hagámoslo verosímil). Luego el primer hermano de Dima: lo veo como el *vor*[1] ruso en Roma que tú me describiste, e imagino que Dima y su primer hermano (frase mía, ¿es correcta?) han estado malversando recibos y han caído en manos de los de arriba; o bien que son los de arriba quienes han estado malversando y Dima y su primer hermano lo han descubierto.

Veamos ahora el panorama general: el mapa es un mapa de blanqueo de dinero y operaciones mafiosas que muestra el modo en que los fondos de todos los negocios ilícitos (armas/ nucleares/ drogas/tráfico de personas/extorsión/blanqueo, etcétera) se canalizan hacia un banco central, y este banco (aunque todavía no se lo diremos a Perry) está en Londres (o lo estará cuando se le conceda la licencia), donde cuenta con el apoyo de «respetables» figuras del *establishment*, miembros del consejo de administración o asalariados. La licencia que yo me estoy tomando —y de nuevo necesitaré tu consejo, o el de Lander— es la de atribuir prácticas criminales a los oligarcas (por ejemplo, ¿hay un oligarca ficticio en Gran Bretaña que está contribuyendo a que se conceda la licencia al banco?). Suficiente materia de reflexión por el momento. Verás lo mucho que me he inspirado en tu información, y espero con impaciencia que nos reunamos tan pronto como hayas conseguido leer el material. Todo es modificable, nada está grabado en mármol.

Espero que Bruselas haya resultado gratificante. ¿Has estado en el malvado museo africano del rey Leopoldo? Una historia de terror disfrazada.

Con mis mejores deseos para todos,

David

P. D. ¡Conservo copias de estas cartas, por supuesto!

Le Carré y Varese se reunieron para discutir en persona los borradores, pero en un correo electrónico del 28 de abril de 2009 Varese observa: «El tema general de la mafia rusa

fusionándose lentamente con el Estado es correcto desde el punto de vista fáctico y fiel a la novela (y refleja lo que David dirá sobre ese país). Los antiguos mafiosos aceptan convertirse en subordinados de los intereses del Estado ruso o son expulsados». Sugiere que Dima podría haberse encaprichado de Anna después de que ella entrara a trabajar en una clínica privada que él poseía.



Ann, primera esposa de le Carré, casada luego con Roger Martin, falleció el 2 de junio, a la edad de setenta y seis años. Roger y ella visitaron Cornualles con ocasión del eclipse solar de agosto de 1999 y de la boda de Nicholas Cornwell, entre otros acontecimientos en los que participó la familia extendida.

A ROGER MARTIN

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
3 de junio de 2009

Querido Roger:

Nadie podría haber sido un marido más leal, honorable y cariñoso con Ann, en la salud y en la enfermedad, ni un amigo y apoyo más firme para ella y nuestros hijos, tus hijastros. Todos sabemos con qué paciencia y qué fortaleza de soldado la atendiste en estos últimos años difíciles y dolorosos, y creo que todos nosotros querríamos agradecértelo de todo corazón; Jane y yo para empezar. Así que te envío mi más particular, y me atrevería a decir fraternal, pésame, junto con mi agradecimiento y aprecio.

No estoy seguro de que en cierto modo no fuera lo mejor. Ann había dado muestra de un valor más allá del valor, exactamente como esperábamos de ella, pero nos pareció que el dolor de las repetidas operaciones y la acumulación de tantos medicamentos, y el puro coste espiritual de triunfar sobre tanta desgracia le estaban pasando factura sobre todo en estos últimos meses. Y, en todo ello, eras tú quien estaba a su lado, ahuyentando las sombras

que se le acercaban, su hombre más leal. Que se reconciliara con todos nosotros, y que se enorgulleciera de ello; que encontrara en su corazón —cerca, creo— la forma de perdonar mi deserción y de disfrutar de la amistad que los cuatro mantuvimos y edificamos con tanto éxito fue una satisfacción para ella, como lo seguirá siendo para todos nosotros. Nos convertimos en lo que ella más deseaba: una auténtica familia extendida, casi modélica, unida por el buen corazón y las necesidades prácticas. En realidad, todo ello se convirtió en algo mágico para ella, y sorprendente: la presencia del amor en nuevas formas, expresándose a lo largo del tiempo, y haciéndose más profundo en lugar de debilitarse. En ello, tu contribución sigue siendo inestimable. Y en ese espíritu, recibe mi gratitud y afecto incondicionales, y mi dolor compartido.

Como siempre,

David



A JEAN CORNWELL

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
4 de junio de 2009

Querida Jeannie:

Te habrá llegado la triste noticia de Ann, y puedes sin duda imaginar la confusión que ha seguido: cuatro hijos casados, catorce nietos [...].

Es algo muy extraño esto de ser un exmarido de luto, y no es un papel fácil de interpretar, y supongo que es igualmente extraño ser la segunda esposa del primer marido, o incluso el segundo marido de la esposa fallecida que recibe a un grupo tan variopinto de condolidos, pero qué remedio. A mí lo que me pasa es que parece que lloro y que me río al mismo tiempo. ¿Conoces esa sensación? Nuestras emociones auténticas están tan lejos de su expresión ceremonial que siempre hay una especie de zanja humorística en la que caen los débilmente anclados...

El misterio está en quién era uno entonces, no quién es ahora.

Lo indiscutible, sin embargo, es que los chicos están muy afectados por el dolor, y decididos a llevarlo con dignidad, y que yo, como papá suyo que soy, deseo que lo consigan. Y, en cierto modo, yo también estoy muy afectado por el dolor, a pesar de haber desertado de la relación hace unos doscientos años y de haberla mantenido unida por el bien de la familia, el sentido común y el antiguo afecto.

Nuestras noticias son, por el contrario, bochornosamente buenas: tengo una nueva novela que va bien, no tenemos señales detectables de mala salud, Brad Pitt acaba de comprar *El infiltrado*, una de mis primeras novelas, para producirla y protagonizarla, lo que, por supuesto, es una gran cosa; está prevista la adaptación al cine de otros tres libros, una de las cuales se pondrá en marcha muy pronto, y el material de la BBC 4 (radio) parece que va bien, y se estará emitiendo —¿te lo puedes creer?— hasta mayo del año que viene.

Mañana nos vamos a Berna, en cuya catedral tengo que pronunciar un discurso en alemán dentro de un acto conmemorativo de la fundación de la universidad. Hace poco me concedieron el doctorado por haber sido durante diez meses el alumno más inútil que han tenido nunca... Luego iremos a París a la final masculina del Abierto de Tenis de Francia, porque en mi nueva novela tengo una escena ambientada allí. Luego (el próximo jueves) volveremos, e iremos a visitarte poco después. Siento no haberte atendido bien, pero estábamos enterrados en Cornualles mientras yo garrapateaba.

Tony hizo aparición para dar el pésame. Cumple ochenta en agosto.

Caray.

Perdona este largo escrito, pero es que a veces las cartas son más divertidas. Pensamos a menudo en ti y te mandamos nuestro cariño.

David



A FEDERICO VARESE

Por email
3 de julio de 2009

Asunto: Manuscrito

Querido Federico:

El lunes te enviaremos las ciento setenta primeras páginas de mi novela, muy revisadas y reestructuradas. Te agradecería mucho si pudieras sumergirte en ella de nuevo. Verás que he comprimido y reordenado la historia para obtener una mayor fuerza narrativa, y espero que esto no haya ocurrido a expensas de la credibilidad en áreas en que tú eres experto. Si ese fuera el caso, solo tienes que decírmelo.

Toda novela tiene su capítulo decisivo. En esta novela, el momento decisivo es el capítulo 6.[2] En términos creativos, a partir de ahí todo va cuesta abajo: París, Berna, intrigas burocráticas en Londres, lúgubre resolución.

Los próximos capítulos incluirán también las negociaciones con Dima a su regreso de Moscú, y volveré a ponerme en contacto contigo. Mientras tanto, espero con gran interés tu respuesta.

[…]

Afectuosamente, para ti y tu familia.

Con mis mejores deseos,

David



Ralph Fiennes protagonizó El jardinero fiel, *estrenada en 2005, una de las adaptaciones cinematográficas de mayor éxito crítico y comercial de la obra de le Carré. Tras finalizar el rodaje, le Carré le regaló a Fiennes un mapa de África Oriental comprado en Bryars & Bryars, de Cecil Court, de donde era asiduo. Acababa de entregar* Un traidor como los nuestros.

A RALPH FIENNES

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles

7 de octubre de 2009

Querido Ralph:

Hace tiempo que debería haberte dado las gracias por tu divertidísima carta desde Suiza: qué raritos son los suizos. Nunca conocí un país en el que tantos de sus ciudadanos se ajustaran a sus estereotipos nacionales. Gottfried Keller los describió maravillosamente en una serie de novelas satíricas del siglo XIX: *La gente de Seldwyla*, creo que se llaman, y merece la pena echarles un vistazo, porque ninguno de sus chistes ha pasado de moda.

Nuestras noticias son buenas, y explican mi silencio. Acabo de entregar una novela que me ha gustado bastante; por una vez, la he hecho entera aquí, sin vida social y acostándome a las nueve y media, lo cual no es una receta natural para la inspiración, pero algo se desarrolló sobre la marcha. El último libro que escribí sin investigar, viajar o enredarme emocionalmente, sin guion, fue *El topo* y, en mi frustración, me llevé las primeras trescientas páginas a lo alto del acantilado y las quemé: un truco típico de escritor para dar pena a los demás, porque Jane tenía copia. De todos modos, una vez que esté en pruebas te enviaré una copia, por gusto, y me temo que hasta ahí llega la cosa, porque por una vez no creo que haya ningún papel del libro que te atraiga, ¡mientras en la mayoría de las demás novelas hay más o menos tres papeles en los que podría imaginarte!

El siguiente epígrafe de esta carta es «Mis proyectos cinematográficos», y, como siempre, roza lo rocambolesco. Peter Morgan preparó un guion para la adaptación cinematográfica de *El topo* que no gustó a nadie, y menos a mí. La reacción general de los directores parece haber sido «¿por qué meterse en el material de Alec y cómo podemos hacerlo mejor?». Ahora Morgan parece haber abandonado el escenario y han contratado a un director sueco de vampiros (¿?) llamado Alfredson *(Déjame entrar)* para trabajar con nuevos guionistas. (Esto es todo Working Title - Universal.) He visto su película y será muy interesante ver cómo se desempeña con personas mayores de catorce años.

La canción de los misioneros está en oferta —¿Curtis & Wade?[3]— y no sé seguro si ha picado alguien. *El hombre más buscado*, que me interesa de verdad, tiene guion de Ronan Bennett, pero por el

momento no hay nada concreto. Y Brad Pitt ha exhumado *El infiltrado* —que habría sido perfecta para ti y aún lo sería— del marasmo contractual en el que se hallaba, y lo último que he sabido es que estaría prevista para el Día del Trabajo, pero todavía no sé cuándo es el Día del Trabajo: quizá si supiéramos cuándo se concibió tendríamos una idea más clara.

Fuimos a Londres para un fin de semana de inmersión total en agentes, editores, Tim Bevan, vampiros suecos, natalicios familiares y —por fin— un par de restaurantes decentes. Vemos a Annie CW[4] cuando podemos; sigue luchando, por cierto, contra una pena y una soledad horribles. Señor, cómo lo echo de menos también yo, lo mismo que tú, estoy seguro.

Si estás cerca y de humor, ¿qué tal una comida? Cocinaríamos para ti muy a gusto o vamos a algún sitio. No tengo ni idea de en qué andas profesionalmente, así que si estás en sitios remotos y no puedes recibir esto, ¡no me preocuparé!

Te deseo lo mejor, como siempre, con afecto de los dos,

David



a AL ALVAREZ
Por email
26 de octubre de 2009

Al: puede que esto te divierta. Mis papeles de alistamiento en Penguin internacional.

MANUAL DE USUARIO
(Guía útil para el cuidado y mantenimiento de esta vieja herramienta de escritura.)

Por favor, no me ofrezcan:

—actos de presentación de mis libros ni de los libros de cualquier otra persona

—regalos de cumpleaños y Navidad

—ediciones conmemorativas para darme una sorpresa en mi

ochenta cumpleaños dentro de dos años

—celebraciones, grandes cenas, etcétera

—almuerzos con editores influyentes o periodistas literarios

—propuestas telefónicas a las que siempre digo «sí», para luego dejarle a Jane la poco envidiable tarea de decir «no»

Escritura, lectura, publicidad y comunicación en general:

—Escribo todos mis libros a mano. Apenas escribo a máquina, pero puedo enviar correos electrónicos con un dedo. Jane, y nadie más, reescribe sin cesar todo lo que escribo y es mi compañera en todos los asuntos literarios y profesionales. Sus palabras son mis palabras, y normalmente lo hace mejor que yo. Así que cuando contacten con Jane, no están ustedes contactando con la segunda de a bordo, sino con la Única.

—Leo muy despacio y seguramente padezco dislexia tardía. Leo muy pocos libros al año, en su mayoría clásicos o de no ficción. Hace decenios que no leo novelas de suspense y no sé casi nada de los escritores contemporáneos ni de su obra. Me disgusta el «ambiente literario».

—Nunca presento mis libros a ningún premio (p. e. el Booker), y no pienso empezar ahora a hacerlo.

—En cuestiones de revisión de texto, me encontrarán excesivamente sensible y hemos de hallar el modo de controlarlo. Sugiero que todas las cuestiones de revisión de texto —procedan de donde procedan, de la propia Casa o de cualquier parte del mundo— se canalicen a través de un único editor en Londres. Habrá diferencias de comprensión y de lenguaje entre Estados Unidos y el Reino Unido y, mientras las diferencias sean de ese tipo, puedo llevar una correspondencia editorial distinta con Nueva York. Pero nada relacionado con los valores narrativos, la estética, el carácter, la construcción, etcétera —por ejemplo, «me he perdido entre las páginas 83 y 208»—, debería llegarme por medio del editor de Londres y no directamente desde Estados Unidos. Para mí, el mejor editor es el que diagnostica libremente pero nunca sugiere soluciones ni propone escrituras alternativas.

—La multiplicidad de contactos dentro de una editorial me resulta confusa. Si una persona me envía un borrador de la solapa, otra un borrador del diseño de la sobrecubierta y una

tercera una solicitud de entrevista, empezaré a preguntarme quién sabe qué y quién está a cargo del proyecto.

—Soy un reescritor compulsivo. Así es como se desarrollan mis libros, y es un proceso que no cesa hasta que la novela ha pasado por muchos borradores, seguidos de al menos dos fases de pruebas.

—La relación editorial ideal fue la que mantuve durante veinticinco años con Bob Gottlieb, de Knopf, por mediación de quien, a petición suya, se canalizaba todo. Me preocupo mucho por el diseño de las sobrecubiertas, la maquetación, la opacidad y durabilidad del papel y la forma en que se habla del libro. Bob también, así que no tuvimos ningún problema.

—De manera que, si se me brinda ocasión, me pondré pesado con estas cosas, pero mi agente está ahí para mediar.

Promoción en cualquier parte del mundo:

—En esto sugiero que funcionemos exclusivamente a través de mi agente. No temo la publicidad, sencillamente me tiene exhausto. Si pudiera vivir en un mundo sin entrevistas, sería más feliz como escritor. Detesto aparecer en televisión, no tengo nada que decir que no haya dicho —y probablemente contradicho— cientos de veces. No comparto la opinión de que la exposición pública es sinónimo de ventas, y estoy tan deprimido por el estado del mundo que, en cuanto me dan oportunidad, escribo textos deprimentes.

—La situación más difícil para mí en estos días es la de Estados Unidos, donde me tachan de antiamericano, antisemita, antiDiós y anti casi todo. Combatir esta imagen es casi tan productivo como decir «No, no soy pedófilo».

—Más vale dejar que los libros hablen por sí mismos.

—A mis setenta y ocho años parece que he entrado en una buena racha de escritura. No puede durar para siempre. Si los doce próximos meses tengo que dedicarlos a un libro que ya he escrito en lugar de dedicarlos al que debería estar escribiendo sería una pena para todo el mundo.

Reseñas:

—Medio siglo de recibir críticas me ha enseñado que no hay

nada nuevo bajo el sol de la crítica. En mi nueva novela, los que llevan sombrero blanco encontrarán todo lo que necesitan para amar, y los del sombrero negro todo lo que necesitan para denostar. Según pasa el tiempo, hay más desertores que conversos.

—Jane lee las críticas principales y me cuenta lo esencial. Cuando llega el momento de recopilar frases para la edición de bolsillo, las leo.

El futuro:

—Por favor, no me pregunten de qué tratará el próximo libro. Mi respuesta es siempre GOLF, un juego al que no juego ni aspiro a jugar.

Y lo más importante de todo:

—Mi seudónimo, escrito correctamente, desafía las convenciones gramaticales francesas al llevar una «l» minúscula. Con la edad, esta «l» minúscula se ha convertido, por razones freudianas, en una obsesión para mí. Por favor, consiéntanla, y, por favor, pidan a sus corresponsales que hagan lo mismo.

Muy contento de estar con Penguin.



Le Carré, con casi ochenta años, apreciaba su papel de paterfamilias.

A JEAN CORNWELL

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
13 de enero de 2010

Queridísima Jeannie:

Fuimos a Camboya, nos alojamos en un gran hotel de Siem Reap, cerca de Angkor Wat, donde están esos espléndidos templos, llevamos a Nick y a Clare con nosotros y, tras cinco días

allí, volamos de vuelta a Bangkok, y luego a Chiang Mai, donde Simon y Mimi han construido una hermosa (y muy grande) casa tradicional tailandesa de madera roja, con un anexo muy occidental, afortunadamente con aire acondicionado. Nick y Clare se alojaron en la habitación de invitados —una especie de casita independiente en el patio— y Jane y yo nos instalamos unos kilómetros más arriba, en otra casita muy cómoda situada en los terrenos de un hotel grande, vacío y muy feo dedicado a la contemplación budista, aunque en ningún momento viéramos a nadie contemplando nada excepto el desayuno. Montamos en elefante, recorrimos templos remotos, visitamos una cueva repleta de santuarios budistas y comimos hasta hartarnos a base de magnífica comida tailandesa. Pero lo mejor de todo fue el encanto de un banquete familiar de Navidad completamente feliz, celebrado al aire libre a la luz de las velas y de la luna, con Simon cocinando un pavo de Nueva Zelanda y sirviendo su propio pudin de Navidad casero traído de Londres, con la ayuda de unos criados dulces y tímidos, y Mimi en su papel de tailandesa, presidiéndolo todo maravillosamente, y sus dos hijos estrechando lazos con Nick y Clare, y Jane y yo mudos de asombro ante la magia de todo aquello.

Ahora están ocurriéndole cosas increíbles a toda la familia. El próximo domingo celebraremos el dieciocho cumpleaños de Danny, el hijo pequeño de Simon y Mimi. Tim y Alice volarán desde Edimburgo, Stephen está aquí procedente de California por razones que se explicarán en breve, y Nick y Clare también asistirán, lo que significa que mis cuatro hijos estarán presentes por primera vez desde el funeral de Ann. Hemos reservado dos grandes mesas redondas en una *brasserie* de Camden, pero no habrá tarta para Danny porque su verdadero cumpleaños es un par de días después, y Mimi quiere preparársela ella.

Y Stephen está aquí para coproducir, con Simon, la película de mi nueva novela, que no saldrá hasta octubre, con el título de *Un traidor como los nuestros*, y la película de mi última novela, además de varios proyectos propios que creen que pueden sacar adelante. Su empresa va a llamarse «White Hare»,[5] porque así se llama la pista de esquí de Wengen donde tomaron la decisión de colaborar como productores. Simon seguirá vinculado a su

empresa de capital riesgo, pero irá reduciendo su trabajo allí a medida que tomen vuelo las producciones. Ni que decir tiene que posee experiencia en la obtención de financiación y en todos los aspectos comerciales de las empresas, pero ha mantenido viva su creatividad; la escritura de guiones de Stephen también ha empezado a dar sus frutos y a proporcionarle un medio de vida: está rodando una película en Berlín con Liam Neeson como protagonista y un reparto estelar. Juntos, los dos se irán poco a poco haciéndose cargo de todos mis títulos no rodados —e incluso de algunos que ya se han rodado pero que son susceptibles de *remake*—, y espero que Tim, a su debido tiempo, aporte su propio talento a los esfuerzos de ambos. Todos los augurios son buenos, ¡y todos ellos están muy satisfechos de sí mismos!

Nick, por su parte, ha terminado su nueva novela y está revisándola antes de que la ofrezca su agente. Su agente tiene muy buena opinión de ella. Clare, la mujer de Nick, es una muy visible defensora de los derechos civiles y dirige Reprieve con notable talento.

O sea que, en resumen, estamos en buena forma, con líneas muy fuertes de comunicación positiva entre todos los chicos, lo cual me complace mucho.

Fue un encanto ver a Charlotte, justo antes de que se fuera. Parece que tiene su vida planificada, pero creo que le costará dejar la universidad, donde ya es un activo de alto perfil en el Departamento de Arte y donde cada vez es más importante en el tema de las relaciones públicas. Mi idea es que cuando enseñe sus cartas le harán una oferta que no podrá rechazar (puede que le suban el estatus y le den más tiempo para actuar y visitar el Reino Unido). Es solo una corazonada, pero ya veremos. En cualquier caso, ha tenido un gran éxito con su trabajo ahí, y debes de estar muy orgullosa de ella, como todos lo estamos.[6]

Y por último —aquí, entre nosotros—, a finales de marzo el *Sunday Times* me va a otorgar un premio a la «excelencia literaria». Es importante, y lo recogeré en el Sheldonian Theatre de Oxford, para pasar luego a una cena copatrocinada por la Biblioteca Bodleiana, que se lleva todos mis papeles y manuscritos. La lista de ganadores anteriores me resultó irresistible. Pero no lo anunciarán hasta mediados de marzo. Así

que en esas estamos todos.

Jane y yo iremos a visitarte cuando Stephen regrese a California a finales de este mes. Mientras tanto, como sé que te gustan las cartas, ahí te va esta, con mucho cariño.

Jane se une a mí, ¡y feliz Año Nuevo también! Y para todos nosotros.

Con cariño,

David

Jean Cornwell murió en 2013, a los noventa y seis años. David, Charlotte y Rupert Cornwell tomaron la palabra en su funeral. «A menudo pensé que mi madre venía a ser un resumen vivo de la historia del siglo XX*», dijo Rupert. Nacida justo antes de que terminara la batalla del Somme y habiendo vivido la Gran Depresión, Jean lo visitó en la Unión Soviética durante los últimos días de la Guerra Fría. Rupert dijo de ella que era «una inconfundible dama inglesa, llena de vida, cariñosa, ferozmente leal, protectora y algunas veces un poco cascarrabias».*



Johnny Geller fue el agente de le Carré desde 2008, y también director general del Curtis Brown Group. Penguin iba a publicar una edición conmemorativa por el cincuenta aniversario de El espía que surgió del frío *en 2013.*

A JONNY GELLER

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
31 de marzo de 2010

Querido Jonny:

Introducción a *El espía que surgió...*

He pensado mucho en esto, y ya sabes que no soy nada remiso a la hora de trabajar. Pero cada vez llego más a la conclusión de que aumentar el número de mis presentaciones no es la forma de hacer más interesante, o incluso más comercial, la publicación de

Penguin. Trato de imaginarme escogiendo un libro hoy, siendo más joven, o más mayor incluso. ¿Qué querría leer? No las agonías del autor, ni su relato de cómo llegó a escribir el libro —especioso, sin duda—, sino algo sobre el contexto histórico, sobre la subversión comunista y la contrasubversión occidental, de hace cincuenta años: sobre la humillación de Kennedy en Viena en el periodo previo al Muro; sobre las tensiones durante las horas de confrontación crítica en Berlín que sirvieron de base al libro. Esto lo haría mucho mejor que yo un buen historiador contemporáneo: un Roberts, un Garton Ash, o cualquiera que Adam[7] elija como escritor del «Tercer Partido». En resumen, creo que la publicación necesita más reflexión y debate del que me está llegando: incluso la cuestión de si algo debe publicarse como epílogo en lugar de prólogo merece alguna reflexión. Pero mi instinto me dice que hay que retirar al autor y dar paso a una buena voz con cierta autoridad histórica que sitúe el libro en su época para una nueva generación de lectores.

Has oído mi discurso de Oxford: de eso, claro, podría utilizar algún pasaje —estar en Bonn, ir a Núremberg, todo eso, incluso las cosas de Roger Hollis—,[8] pero cada vez estoy más convencido de que es hora de que alguien interesante hable por mí. ¿De veras escogemos un Graham Greene porque tiene un «nuevo prólogo del autor»? Yo no, de eso estoy seguro. Pero una valoración crítica de V S Pritchett… puede que sí me motivara.

Soy consciente de que Adam cree que debería recibir más por su dinero, pero no estoy seguro de que sea a mí a quien necesita. Pero te lo paso a ti y te escucharé atentamente.

Con mi amistad de siempre,

David

El epílogo de le Carré a la edición de aniversario, «Fifty Years Later» («Cincuenta años después»), se reflejaba en la contracubierta del libro. «Escribí El espía que surgió del frío *a la edad de treinta años, en situación de intenso estrés personal no compartido y en la más absoluta intimidad», decía. «Como oficial de inteligencia disfrazado de diplomático subalterno en la embajada británica de Bonn, era un secreto para mis colegas,*

y la mayor parte del tiempo para mí mismo.» El libro, dijo, «fue obra de una imaginación caprichosa llevada al límite de sus fuerzas por la indignación política y la confusión personal».



A TONY CORNWELL

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
18 de mayo de 2010

Queridísimo To:

Recordarás sin duda la vieja historia del director de un colegio público que les envía una circular a los padres, lamentando que las tasas tuvieran que subir quinientas libras al ano. Un padre contestó diciendo que prefería pagar por la nariz, como de costumbre. No estoy sugiriendo que ello tenga algo que ver con la forma en que te alimentan, pero me pregunto un poco, a mi manera no médica, cómo demonios te hacen llegar una comida decente por el estómago. Veo toda una industria en funcionamiento: los trinchadores de rosbif, los proveedores de verduras de primavera, los fabricantes de pudin de Yorkshire, los especialistas en pudin de ciruelas, todos haciendo cola delante de la Moulinex con el fin de hacer sentir su presencia; a continuación, el largo y lento proceso del goteo —«ay, mierda, ¿nos hemos olvidado del rábano picante?», «no, aquí está, y ya de paso vamos a añadir un poco de mostaza de Coleman»—, y poquito a poco nuestro Tony consigue su alimentación.

Volvimos de Escocia en el coche cama al rayar el alba y ahora estamos esperando el asalto de todos los Alien: cineastas, editores, publicistas y todo el ejército mercenario de distractores, que lo que quieren es asegurarse de que yo no haga nada fructífero hasta mediados de septiembre, cuando aparezca aquí el nuevo libro. Creo, la verdad, que se quedarían muy contentos si les prometiera dedicar el resto de mi vida a promocionar este libro y que no escribiría nada más. Los editores —toda la industria, de hecho— solo piensan en cómo pagar la cena de esta noche Lo que me reconduce al propósito de esta carta, que es desearte valor para ir

a la guerra, y enviaros mi cariño a ambos, e instarte a que armes la de Dios si el rosbif está demasiado hecho.

Con todo cariño,

D



En 2010, Al Alvarez fue galardonado con la medalla Benson por la Royal Society of Literature.

A AL ALVAREZ

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
Sonntag, finales de mayo de 2010

Querido Al:

Me cuentan mis espías que el RLS ha decidido concederte un codiciadísimo honor, de ahí que me apresure a escribirte para compadecerte. Los honores son un asco. Los halagos son un asco. El reconocimiento es para los pájaros. Por otra parte, es agradable ser admirado, y aún más agradable ser admirado por personas que, en general, no confunden sus traseros poéticos con sus codos literarios. Y es agradable para los amigos —que están hartos de decir cosas buenas de uno en vano— dejar que otros las digan por ellos.

Con afecto,

David



Adam Sisman, escritor y biógrafo, ganó el National Book Critics Circle Award de Biografía en 2001 por Presuntuoso afán. Así escribió James Boswell. Vida de Samuel Johnson. *Su biografía del historiador Hugh Trevor-Roper se publicó en 2010.*

A ADAM SISMAN

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
15 de julio de 2010

Estimado señor Sisman:

Permítame comentarle en primer lugar que estaba a punto de ir a Waterstone's, en Hampstead, a comprar su libro sobre H T-R cuando llegó su carta: gracias por ella y por lo que amablemente dice sobre mi trabajo. Como quizá suponga, no sé muy bien cómo contestarle —halagado por su interés y consolado por él, ya que he recibido cartas similares de biógrafos a los que no tengo en alta estima—, y creo que, como usted dice, lo mejor sería que nos viéramos y explorásemos las posibilidades. Hay grandes obstáculos: mi desordenada vida privada, el fallecimiento de tantas personas con las que he trabajado o que he conocido y mi habitual renuencia a hablar de mi muy limitada y poco espectacular carrera en los servicios de inteligencia. Veo que usted encuentra desencantos por todas partes, y que sus lectores hacen lo mismo, y yo, por supuesto, me preocupo por mis hijos y por mis nietos, probablemente de forma bastante innecesaria. De todos modos, veámonos y hablemos, aunque solo sea para que pueda proporcionarle la versión más larga de mi relación con H T-R, de la que se desprende que soy aún más tonto de lo que él dice.[9]

No he leído su «Hugh» de principio a fin, solo le he hecho unas cuantas calas, pero permítame felicitarlo de paso por su espléndida acogida y darle las gracias de nuevo por escribirme. Al igual que H T-R, me gustaría que escribiera sin restricciones, ¡puede que ese sea el problema!

Con mis mejores deseos,

David Cornwell

P. D. [...] Esperamos estar en Londres casi todo el verano —aquí estamos en este momento—, pero tengo una nueva novela que sale en septiembre, y cinco de mis libros están supuestamente en preparación para el cine, uno de ellos empieza a rodarse ya en octubre, así que andamos de un lado para otro. Me encantaría

invitarlo a usted a comer si viene por aquí. Saludos, D.



A SIR JOHN MARGETSON

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
3 de agosto de 2010

Querido John:

[...]

Noticias. Un tal Adam Sisman, que acaba de escribir una excelente y muy elogiada biografía de Hugh Trevor Roper, va a escribir la mía, y calcula que le llevará cuatro años. Me mantengo lo más alejado que puedo [...] e invito a mis conejos, a mis amigos y a mis parientes a que decidan ellos mismos si hablar con él y en qué términos. Pero el hombre me cae bien y aplaudo su esfuerzo, por doloroso y embarazoso que resulte a corto plazo. Ya ha pasado diez horas con Charlotte, ha visitado a Jeannie, la madre de Charlotte, en su residencia, y se ha puesto en contacto en Seattle con Tony, mi hermano mayor, para ir a verlo en octubre si Tony sobrevive a su actual tratamiento contra el cáncer. Si a Miranda y a ti os parece bien hablar con él, sería positivo, ya que tengo pocos amigos, ¡y menos aún que hayan sobrevivido tanto como tú!

Tenemos a Nick y a Clare con nosotros ahora; Tim regresó de Estados Unidos ayer; Simon regresará de Tailandia la semana próxima; Steve quizá venga en septiembre para las películas que están produciendo. Eso espero.

Me alegro de que conocieras a Jessie.[10] Es toda una estrella. Trabajar en el teatro catalán no es mi idea de una vida artística sencilla, pero está a punto de convertirse en «corredora» en la adaptación de *El topo* que empieza a rodarse a finales de septiembre: Dios sabe cómo llevará eso de que le griten los jefes de unidad y lo de trabajar dieciséis horas seguidas...

Mucho cariño para los dos, como siempre,

David

P. D. ¿Te dije que renuncié a una K? Está bien para funcionarios, pero no para artistas, escritores y similares.



Owen Dudley Edwards, polímata e historiador irlandés, editó The Oxford Sherlock Holmes.*

AL PROFESOR OWEN DUDLEY EDWARDS

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
20 de noviembre de 2010

Querido Owen:

Muchas gracias por tu generosa y fascinante carta. El *Traidor* va estupendamente en Estados Unidos y se está vendiendo muy bien, aún mejor en Europa, sobre todo en Alemania, y aquí, razonablemente, y la Navidad ayudará: si es que algo de eso importa. Pero en realidad sí importa, porque las novelas con algún tipo de pretensión de contenido serio lo están pasando realmente mal estos días, y los editores están nerviosos. Mi hijo, que escribe bajo el nombre de Nick Harkaway, recibió muy buenas críticas por su primera novela y vendió una miseria, tanto aquí como en Estados Unidos. Los llamados «grandes» autores, es decir, los megavendedores como Grisham y compañía, afrontan a una reducción de ventas del 30-40 %. El mundo del libro electrónico se está abriendo paso rápidamente, pero muchos editores —incluido el mío, Penguin— están exigiendo una porción tan grande del pastel que los agentes literarios (incluido el mío) no quieren entrar en el juego, con el resultado de que las ventas fallan. No es una queja —la escritura sigue siendo extremadamente amable conmigo—, sino simplemente un informe desde un frente de batalla del que apenas se habla en voz alta y que merece la pena conocer.

Me ha hecho sonreír tu referencia a Graham G., y no: el trabajo es muy tentador, pero no voy a meterme a obispo anglicano, a pesar de la perspectiva que ofrece de un alojamiento excelente y una pensión razonable. (Y, dado que no creo mucho en nada,

estoy excelentemente cualificado para el puesto.) Conocí un poco a Greene y lo admiraba, pero nunca acabé de creerme su catolicismo. Como herramienta literaria, funciona hasta cierto punto, pero realmente en la ficción es mejor negar a Dios —Camus y compañía— y dejar que la moral pelee sin él. ¿Alguien recuerda que Greene estuvo en el lado malo del Muro de Berlín y dijo que prefería estar allí que aquí? ¿El mismo que vivió en Antibes y se enamoró de los dictadores centroamericanos? En general, los novelistas son bastante tontos como políticos, pero Greene destacaba en ese aspecto... Guardaré tu carta como un tesoro, y te la agradezco de nuevo. ¿Qué hay al lado de mi cama en este momento? *Historia de dos ciudades* y los relatos cortos de Sherlock Holmes. Lo cual demuestra lo al día que estoy. Y que no falte R. L. Stevenson.[11]

Con mis mejores deseos,

David



El director sueco se puso en contacto con el productor Tim Bevan al enterarse de que su empresa Working Title iba a realizar El topo. *Su película, ganadora de un BAFTA, era totalmente distinta de la serie de televisión, una «maravillosa compresión» de la novela, una obra de época sobre la asfixiante traición masculina, con Gary Oldman en el papel de un Smiley melancólico.*

A TOMAS ALFREDSON

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
12 de julio de 2011

Querido Tomas:

Iba a esperar hasta haber visto el último montaje de *El topo* en todo su esplendor, pero no estoy seguro de que vayamos a estar en Londres mucho antes del estreno, y de todos modos, he visto lo suficiente para saber que has producido una maravillosa obra de

arte, una verdadera obra maestra fílmica: la película de la película, lo mejor que se ha hecho de mi obra desde su hermano mayor televisivo, y perfecta por derecho propio. No me ha hecho falta el entusiasmo de todos los que la han visto, ni de los actores que han actuado en ella, para decirme lo buena que es, ni para decirte a ti lo intensamente que he disfrutado de sus sutilezas y matices. (¡Pero es emocionante recibirlos de todos modos! La carta de Colin Firth, la de Jonny Geller y los gritos de admiración de mis hijos no me deprimen.)

Creo que lo que más me gusta es el arco narrativo que sostiene la historia: las pasiones y desenmascaramientos de los últimos minutos, y la unión de todos los hilos. (Solo a ti podía ocurrírsete poner una abeja en el coche de Mendel.) Por supuesto, hay extraordinarios pasajes de virtuosismo interpretativo y de dirección: la conversación de Gary con la silla vacía, el monólogo a lo Brando de Tom Hardy desde su propio asiento; el desgarrador momento del contacto visual entre Prideaux y Haydon, seguido rápidamente por la venganza del amante; estoy seguro de que los cinéfilos se pasarán años revisándolos. Pero lo que a todos nos da calor no es el individuo, sino el conjunto, y eso es en última instancia lo que hace tan potente la película. No se trata de un manojo de desempeños, sino de un gran logro, y estoy muy orgulloso de ser yo quien te ha proporcionado el material con el que has hecho la magia. Mi gratitud, obviamente. Mi alegría, también obviamente. Pero con ellas, mi más sincera admiración y mi enhorabuena.

Como siempre,

David



Gary Oldman le envió un correo electrónico a le Carré para agradecerle sus «extraordinariamente generosas y halagadoras palabras» sobre la película.

A GARY OLDMAN

Por email

31 de agosto de 2011

Querido Gary:

Me salió del corazón. En el texto original había puesto que aunque no le hubiera gustado a nadie más en el cine, yo habría aplaudido. El muy memo de mi agente me hizo quitarlo, alegando que fomentaba la catástrofe. Me encanta la película, me encanta tu Smiley, y eso es una constante. Volví de Alemania anoche, tras haber recogido un gong.[12] [...] Allí estaba todo el mundo dando brincos de emoción por la película. Habíamos organizado que los gacetilleros que me entrevistaran la viesen por adelantado, y a todos los había cautivado. He apostado cien libras a diez contra uno a que gano en Venecia. Si gano, te invito a comer. Es una hermosa, hermosa interpretación.

Un saludo para ti y los tuyos,

David

[Al mes siguiente, Oldman le escribió «¿Qué me dices de esas cifras de taquilla, eh?». Le Carré le respondió el 22 de septiembre de 2011.]

Muy buenas cifras, sí. Uno se siente un poquitín expuesto. Todo el mundo se hace lenguas de *La gente de Smiley*. Mis fuentes me dicen que Robyn, Tomas, Peter y Tim[13] lo están leyendo bajo las sábanas. Le propuse a Tim una forma mejor de entrar en el relato —basada en la sensación de «Atrapar a Karla» que nos queda al final de *El topo*— y se quedó a todas luces con la boca abierta. Mi opinión, y sospecho que también la tuya, es que cualquier secuela de *El topo* ha de ser igual de espléndida, absorbente y original que su predecesora, y tan puñeteramente difícil, no un mero *El topo 2*.

Me presionan mucho para que predique la película en Estados Unidos, pero tengo que resistirme. He vuelto a la mesa de dibujo para trabajar en una novela muy desatendida que tenía la intención de haber terminado ya, y si la dejo más tiempo desaparecerá en las rendijas del entarimado, sencillamente.

Cornualles soleado y sereno. Buenas moras.

Cariños para ti y para los tuyos, y espero que te estén cubriendo de alabanzas.

Saludos,

David



Burroughs, californiano afincado en Francia, era admirador de le Carré y estuvo escribiéndole durante quince años, adjuntándole reseñas, bocetos y, en alguna ocasión, una botella de vino de su localidad. En 2011 le envió En el corazón del mar*, de Nathaniel Philbrick, relato sobre un cachalote que embiste al ballenero Essex, que se cree sirvió de inspiración a Melville para* Moby Dick*. Burroughs le daba vueltas a su búsqueda de identidad en Francia.*

A WILLIAM BURROUGHS

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
13 de octubre de 2011

Querido Bill:

Muchas gracias por el Philbrick, que no he leído, y gracias también por la emotiva carta, una más de las muchas que me escribes.

Aquí estoy preguntándome si mi propia búsqueda de identidad (que nunca cesa) no habrá estado mal situada durante todo el tiempo. No puede ser bueno que no haya conocido a mi madre, que me abandonara cuando yo tenía cinco años sin dejarme una dirección, y estoy empezando a resentirlo profundamente. También es raro enterarse, por mediación de mi autoproclamado biógrafo, un tal Adam Sisman, que no se queda corto, de otros asuntos relacionados con mi padre: el más notable es que mientras cumplía una condena, a la edad de veintisiete años, fue juzgado por otro delito y le impusieron otros ocho meses de trabajos forzados, una especie de encarcelamiento «acentuado» —por qué, sépalo Dios—, pero de alguna manera me duele terriblemente que la gente se empeñara en hacerle la vida imposible. Hablando de mundos dentro de mundos.

Mis mejores deseos para ti, Bill, tu familia y los tuyos. Tienes mucha razón al avergonzarte cuando la gente te monta un escándalo. Piensa en qué serías si no te avergonzaras.

Como siempre,

David



El hermano de le Carré, Tony, seguía persiguiendo su sueño de publicar una novela.

A TONY CORNWELL

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
4 de febrero de 2012

Queridísimo To:

Curiosamente, estaba a punto de coger la pluma para escribirte, incluso este fin de semana, cuando llegó tu carta, que te agradezco mucho. Y ni que decir tiene que, en su momento, nosotros —mejor Jane, me parece, pero ambos— estaremos ahí para la revisión. Sugiero que lo hagamos en tus términos, pero también en los nuestros: en otras palabras, no creo que debamos ocuparnos del contenido o el estilo, sino solo de la presentación física: puntuación, párrafos, capítulos, y la simple cuestión de la comprensibilidad, que a veces se convierte en un punto ciego para el autor. Más allá de eso, no creo que debamos cuestionar el uso que hace V. Wolfe de los adverbios, ¡ni el tuyo!, y menos aún la visión poética o la interacción. Esas cosas son solo tuyas, y no te hace ninguna falta que te echemos el aliento en la nuca.

Por aquí va todo casi demasiado bien, a veces da vértigo, más de lo que resulta fácil controlar en una existencia de escritura permanente. Está en marcha la secuela de la película *El topo* con el mismo director, guionista y reparto, y otros dos libros, *El hombre más buscado* y *Un traidor como los nuestros*, también se están preparando para el cine. *EHMB* se rodará en septiembre en Hamburgo, con Philip Seymour Hoffman como protagonista;

UTCLN irá a continuación, si todo marcha como es debido. Pero lo mejor de todo es que mis dos hijos mayores, Simon y Stephen, han creado su propia productora y lo están haciendo muy bien. Mientras tanto, tengo una novela que ya ha superado la mitad de la fase crítica y cuya publicación está prevista para principios del año que viene, y que me gusta mucho. Creo que será mi último libro largo.

Otras noticias: nuestro hijo Nick (Harkaway) parece haber dado otra vez en la diana de la crítica con su nueva novela *Angelmaker* [«El hacedor de ángeles»] (Knopf en Estados Unidos) y en mayo publicará un libro de no ficción sobre internet. Estamos muy orgullosos de él, y ha manejado lo de Padre con gran elegancia.

Mientras escribo esto, la película *El topo* tiene tres nominaciones a los Oscar y once nominaciones a los BAFTA, el equivalente británico, y por supuesto todo el sistema está plagado de prejuicios y cosas peores. Pero ¿quiero ganar una carrera amañada? Pregúntale a Ronnie, pero no hay nada que ganar en lo que respecta a los Oscar (excepto, quizá, a la mejor adaptación de una novela), y en el frente de los BAFTA no hay nada claro debido a *The Artist*, que me encantó. En cualquier caso, es una buena diversión, algo turbia.

Si vives lo suficiente en este país, y no eres grosero con la reina, puedes llegar a ser galardonado, pero yo he rechazado los honores nacionales, gracias a Dios, nunca seré sir D, lord D o el rey D, y me conformo con un doctorado en Literatura de Oxford, este verano, que implica vestirse como un salmón viejo con sombrero.

Ha sido muy extraño que me exhumaran un libro[14] de hace casi cuarenta años, y bastante desestabilizante: «Oiga, espere un momento, ¡he hecho unas cuantas cosas desde entonces!». Y también es extraño tener a un «Ha llegado un inspector» en la propia vida, en la persona del simpático Adam Sisman, que anda por ahí pulsando timbres del pasado, y no siempre con resultados muy edificantes: mi vida amorosa siempre ha sido una zona de desastre, y sin Jane hace tiempo que me habría hundido con el barco. Pero, de algún modo, es una especie de regalo de la verdad para mis hijos, un regalo que de ninguna manera podría haberles hecho yo. Con suerte, la parca se me llevará antes que de que

Adam lo publique.

¿Cómo va, en resumidas cuentas, esta vida de ochenta años? Un revoltijo total, con el amor a la familia como único descubrimiento triunfante. Soy padre y abuelo tardío, y tengo la suerte de haber dispuesto de tiempo y de una mujer que me mostraran la luz. Dios sabe lo que nuestros padres hicieron de sus vidas cuando llegaron a su final: puede que la mistificación fuera lo único que tuvieran en común.

Me alegro mucho —nos alegramos mucho— de que tu valentía haya merecido la pena y de que estés sano, aunque no a nivel olímpico. Yo también, por el momento, bastante animado, pero con alguna que otra alarma reciente: nada dramático. Te envío mi cariño, querido To, y todos mis deseos de una vida larga, creativa y feliz.

Como siempre,

David

P. D. Aunque sea lo último que leas, no te pierdas *La liebre con ojos de ámbar* de Edmund de Waal, un exquisito viaje sin ficción a su trágico pasado familiar.



El libro de Roger Hermiston The Greatest Traitor: The Secret Lives of Agent George Blake *(«El traidor más grande: Las vidas secretas del agente George Blake») se publicó un año después de esta carta.*

A ROGER HERMISTON

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
12 de abril de 2012

Estimado señor Hermiston:

Gracias por su carta del 10 de abril. No estoy seguro de tener mucho que contarle sobre Blake. Yo acababa de terminar un largo curso de formación. Nos convocó Hooper,[15] director de

formación, para comunicarnos que nuestro futuro era incierto, y que tenía que decirnos algo que nunca en su vida había pensado que tendría que decir: había un traidor en nuestras filas que acababa de ser desenmascarado, y su nombre era George Blake. Luego lloró y todos nos fuimos a casa mientras se evaluaba nuestra seguridad personal: ¿habíamos quedado al descubierto o aún se nos podía emplear encubiertos?

Unos meses más tarde Philby quedó desenmascarado y hubo más lágrimas. Peter Lunn era entonces jefe de oficina en Bonn y yo era subordinado suyo. Sí, Blake sacudió los cimientos del servicio, y en muchos aspectos era un agente doble mucho más capaz y controlado que Philby, con mucho menos cosas en su pasado para desbancarlo, y una mayor claridad en sus intenciones. Pero nunca lo conocí, y las únicas pruebas anecdóticas que sobre él tenía no eran mejores que las de usted, sospecho. No tengo claro si su «debate» sería en antena o para algo que está escribiendo, pero no quiero decir más de lo que sé, o más de lo que debería, para consumo público. El libro de Blake, que usted con toda seguridad habrá leído, es lúcido y está bien escrito, a diferencia de la chapuza de Philby. No sé por qué, pero Blake siempre me ha caído mucho mejor que Philby.

Haga el favor de comunicármelo si necesita usted algo más, pero dudo que tenga nada que añadir, excepto, ¿a qué idiota puede habérsele ocurrido volver a reclutar a Blake con toda la fanfarria, después de tanto tiempo en manos enemigas, y atribuirle el túnel de Berlín y un montón de redes que traicionar? Respuesta: al enormemente sobrevalorado White.[16]

Saludos cordiales,

David Cornwell

Una verdad delicada

En lo tocante al poder corporativo y su complicidad: creo que fue Mussolini quien dijo que sería más apropiado llamar corporativismo al fascismo, porque este es una fusión de poder estatal y corporativo... La delegación de la responsabilidad gubernamental en identidades corporativas que actúan en interés propio ha alcanzado niveles demenciales tanto en mi país como en Estados Unidos.

—por correo electrónico a la periodista cultural italiana
Irene Bignardi, para un artículo en *La Repubblica*,
5 de julio de 2013

Pero básicamente, por el amor de Dios, es un libro, es un relato, y el poder de los relatos es, por supuesto, mucho mayor que el poder de los hechos, por desgracia..., si no fuera entretenido no estaríamos aquí ahora.

—a Philippe Sands en el Hay Festival,
31 de mayo de 2013

Animado por el éxito de crítica de *El topo*, de Alfredson, y con las películas sobre *El hombre más buscado* y *Un traidor como los nuestros* en fase de producción, le Carré, a sus ochenta y un años, escribía «en la cima de su carrera», según el *New York Times*, caminando aún por los campos de Cornualles, cuando no por los senderos de los acantilados. Su muy británica historia estaba ambientada en Gibraltar, Londres y el Cornualles rural. *Una verdad delicada* partía de la premisa de que dos delatores británicos —uno joven, otro de más edad— sacaban a la luz una operación militar encubierta encargada a un contratista de seguridad privada con sede en Estados Unidos, en la cual las víctimas eran una madre y un hijo musulmanes. Un *thriller* tenso con un agudo toque político —el Nuevo Laborismo en la guerra contra el terrorismo— que fue recibido como el mejor le Carré en años.



A TONY CORNWELL

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
18 de junio de 2012

Querido To:

Y de repente estalla la paz: acabo de entregar una nueva novela, y no tengo nada que hacer salvo esperar, y nada que perder salvo mis cadenas, que poco a poco se van suavizando, pero eso, como yo, debe esperar.

[...]

La novela que acabo de entregar se titula ahora *Una verdad delicada* y me ha llevado dos años y medio y muchas vueltas en falso y mucha angustia; nada tan puñeteramente difícil desde *El topo*..., ¿o será la edad? Seguro que te haces preguntas parecidas

mientras trabajas en tu propia obra: ¿estoy atascado o es que se me está acabando la gasolina? En cualquier caso, he pasado por varios periodos malos de ese tipo, a los que no ayudó que me «descubrieran» como euroestrella y que me llevaran a dar grandes discursos sobre la puta mierda; pero al final, estoy orgulloso de lo que escribí, y confío en que cabreará lo suficiente a nuestra clase política como para tenerme sonriendo un par de días. A mi edad, la clase dirigente literaria está tan afincada en sus costumbres como yo: los que pensaban que nunca fui bueno ahora piensan que soy aún peor, y los que pensaban que mi culo lanzaba rayos de sol ahora lucen un bronceado hawaiano totalmente convincente. Pero no sé si volveré a escribir una novela larga: tal vez algo de teatro, o sencillamente hacer el tonto a base de obras cortas y proporcionarle a Jane unos cuantos años buenos mientras ambos estemos intactos. Nos vamos a Suiza tres semanas de vacaciones y volveremos en domingo, tan pronto como haya recogido mi doctorado en Literatura por la Universidad de Oxford, en compañía de la Dama de Burma,[1] que viene a cosechar el suyo, tras haber recogido su Nobel en Estocolmo el viernes pasado. Es muy emotivo, porque en una entrevista que concedió hace unos años, cuando aún la tenían en arresto domiciliario, dijo que pasaba parte de su tiempo leyéndome.

[...]

Pienso ti con mucha frecuencia, y también en nuestras extraordinarias vidas separadas, siempre con mucho cariño y pena. De vez en cuando vamos a ver a Jean, y somos testigos de algún que otro destello de veneno que recordamos (o yo recuerdo) muy vívidamente. Tiene noventa y cuatro años, creo, y conserva toda su cabeza y su fuerza humana. Lo que pasa es que cada vez que la visito me gusta menos: ¿a qué otro puedo decirle esto? No es así como se supone que debe circular la caridad... Charlotte ha completado su etapa de catedrática de Arte Dramático en la USC y está de vuelta en Londres, preparándose para abrir su propia escuela de arte dramático. (El teatro es una de las pocas industrias florecientes de nuestra Gran Bretaña.) Los ricos son obscenamente ricos e intocables, sin cultura y sin conciencia social. Por desgracia, también son la fuerza predominante en el gobierno. (¿Te suena?) Creo —incluso rezo

por ello, aunque no sé a quién— que estamos cerca de un saludable retorno a un socialismo tipo pre Blair, despojado del poder sindical porque no lo tienen, y porque la clase obrera está disminuyendo frente a la mano de obra inmigrante (barata) de Europa y las antiguas colonias. Las infraestructuras, los servicios sociales y los tribunales sociales se ven gravemente afectados por la disparidad entre ricos y pobres, y el abismo no para de ahondarse.

Así están las cosas, querido To, y os enviamos a los dos nuestro cariño y toda nuestra energía para tu mano de escribir.

Con mucho afecto,

David



A JONNY GELLER

Por fax
Londres
8 de septiembre de 2012

Querido Jonny:

[…]

Papel

Te he hecho una observación importante, que creo que debería aplicarse universalmente a los libros serios de ficción y de no ficción que se publican en tapa dura. Tengo una buena cantidad de libros de tapa dura para enviárselos firmados a organizaciones benéficas. Los de hace cuatro o cinco años ya se están poniendo marrones. Algo que no les ocurre a los libros norteamericanos. ¿Por qué sí a los nuestros? Si le planteo esta cuestión a Weldon,[2] necesito saber que contaré con tu apoyo, o estaré perdiendo nuestro tiempo. Creo que es igual de importante para todos los escritores respetables, y para el comercio en general, que se garantice la durabilidad de los libros de tapa dura; de lo contrario, no son más que libros de bolsillo disfrazados. Si por este motivo hay que alterar el precio de los libros, mal vamos. Mi sospecha es que los compradores de libros de tapa dura estarían

encantados de pagar una libra más por saber que sus hijos podrán leer el mismo libro, y si el editor hiciera de esta garantía una virtud, contaría con el apoyo del (muy reducido) público comprador de libros de tapa dura.

[…]

Como siempre, con *amitiés*,

David



A ANTHONY BARNETT

Por email
22 de septiembre de 2012

Asunto: Un triunfo, tus comentarios

Querido Anthony:

Muchas gracias. Tus comentarios son oro puro, y exactamente lo que esperaba que aportases. Me pondré con ellos dentro de nada. John Reid o alguien parecido es una metáfora perfecta de [Fergus] Quinn.[3] Curiosamente, creo que los dos personajes más débiles del relato son, cosa rara en mí, los dos malos: en el caso de [Jay] Crispin, tomé la decisión de no meter un hombre tan monstruoso que desequilibrara el relato. A fin de cuentas, el villano debe ser la institución que hemos creado y no sus creadores.

Así que, de nuevo, muchísimas gracias. A su debido tiempo te enviaré una versión revisada que refleje, quizá no totalmente, tus sugerencias y comentarios, y con ella, un borrador de los agradecimientos que me gustaría poner al final del libro. Si Judith ya ha empezado a leer el libro,[4] normalmente debería decirle que esperase al próximo borrador, pero quizá sea mejor que siga con el actual y disfrute más tarde del efecto de tus consejos.

Estamos en un periodo bastante caótico, porque el lunes comienza el rodaje de *El hombre más buscado* y durante las próximas semanas estaremos saltando de Londres a Hamburgo, mientras yo sigo trabajando en el libro al mismo tiempo. Pero cuando salgamos del embrollo, estaremos encantados de ponernos

al día contigo y con Judith en un almuerzo.

Con el afecto de ambos para ambos,

David

En los agradecimientos del libro, le Carré escribió: «Al escritor, activista y fundador de openDemocracy, Anthony Barnett, por ilustrarme en los modos del Nuevo Laborismo en sus últimos días».



Mary Mount fue la editora de le Carré en Viking Penguin desde 2009 hasta la muerte del autor. A raíz de que le Carré expresara su preocupación por el rápido envejecimiento de las páginas de sus libros de Viking en tapa dura, Mount le comunicó por escrito que en el futuro se utilizaría un papel diferente, sin pulpa de madera, y se ofreció a enviarle una muestra. Viking publicó la biografía de Dickens de Claire Tomalin utilizando el papel que tenía previsto para Una verdad delicada.

A MARY MOUNT

Por email
10 de octubre de 2012

Asunto: Re: Papel

Querida Mary:

Fascinante, y gracias. No hace falta que me envíes un ejemplar del Dickens de Claire T, ya que tengo uno y procederé inmediatamente a examinarlo bajo una nueva luz. Gracias de nuevo por tomarte la molestia.

El borrador «final» ya debería haberte llegado. Un nuevo ministro, un Crispin mejor definido, un desastre más explícito (la especulación de Jeb sobre por qué dispararon los mercenarios) y las dos escenas de Crispin reforzadas, así como la escena Toby-Oakley en Canary Wharf. También se han eliminado muchos

adverbios enemigos y se ha procedido a una limpieza general.

Saludos,

David



QUERIDOS TODOS

Por email
16 de octubre de 2012

Asunto: Aviso de barba

Queridos todos:

El director de la versión cinematográfica de *El hombre más buscado* me pide que me deje crecer la barba para hacer de anciano alcohólico y libertino instalado en un bar de mala reputación. Las almas menos bondadosas se preguntarán por qué tengo que recurrir a la barba para hacer un papel que llevo muchos años interpretando sin ella y con éxito, pero así es el arte. Las predicciones varían. Será blanca, será roja. Será espesa, sedosa, belicosa, o nada más que pelusa pubescente. En cualquier caso, os pido que no lo comentéis, y que os quedéis tranquilos porque quedará eliminada el 15 de noviembre.

afectuosamente, d

Este correo electrónico, titulado «Aviso de barba», se envió a familiares y amigos. Tom Bower respondió: «¡Me muero de ganas de ver al auténtico alter ego*!». Le Carré le pidió a su secretaria, Vicki Phillips, que le buscara un barbero en Hamburgo nada más terminar el rodaje, y así lo hizo ella.*



A IAN McEWAN

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
6 de mayo de 2013

Querido Ian:

Digámoslo como es debido: gracias, de todo corazón, por tus palabras tan generosas y —para mí— tan oportunas, de una voz que respeto mucho.

Ser un escritor británico de éxito es una cosa rara, tú lo sabes tan bien como yo. Unas veces se necesita gallardía frente al enemigo, otras te preguntas si el enemigo no serás tú, otras veces tienes la sensación de vivir encubierto en territorio enemigo. Y los aliados, cuando los necesitas, siempre parecen estar ocupándose de algo en algún otro sitio. Pero cuando leí tus palabras, se me hizo un nudo en la garganta, ¡algo muy poco británico por cierto! No tanto por los años como por una especie de hartura de que lleven cincuenta años preguntándome si el Mossad es mejor que la CIA, y qué tal es —¡cielos!— ser espía.

Gracias de nuevo.

Como siempre,

David

Ian McEwan almorzó con le Carré cuando trabajaba en su nueva novela, Operación Dulce*, cuyo personaje principal es una agente del MI5. En un artículo publicado el 3 de mayo de 2013, McEwan declaró a un entrevistador del* Daily Telegraph*: «Creo que [le Carré] ha superado con facilidad lo de ser un escritor de género y que será recordado como quizá el novelista más significativo de la segunda mitad del siglo* XX *en Gran Bretaña... Casi todos los escritores que yo conozco consideran que le Carré ya no es un escritor de novelas de espías. Debería haber ganado el Booker Prize hace mucho tiempo. Es hora de que lo gane y es hora de que lo acepte. Está en primera fila».*



A GEORG y CHRISTIANE BOOMGAARDEN[5]

22 de octubre de 2013

Querido Georg, querida Christiane:

Muchas gracias por tu larga carta y por tus noticias,* que suenan muy bien. Y me alegro de que hayas echado un vistazo a *Una verdad delicada*, que a la luz de las revelaciones actuales ha adquirido cierta actualidad, sobre todo en Europa. Su recepción me importa, no solo por motivos de vanidad, sino porque sé que en mi país disponemos de todos los resortes de un Estado secreto sin que sus dueños sepan siquiera lo que gestionan. Los espías se creen el ombligo del mundo, nunca tienen suficiente, no los supervisa ningún órgano electo, y nuestros débiles o indiferentes políticos son arcilla moldeable en sus manos. Soy un excelente embajador de mi país. Sin embargo, el historial de los espías es espantoso, y su cobarde actuación cuando la guerra de Irak nunca les será perdonada, no al menos por mí. En mis tiempos, nos decían que éramos pequeños apóstoles de la verdad, con el compromiso de hablarle sin miedo al poder. Guau. Se acabó la bronca. Pero, por supuesto, es casi gracioso, si no fuera tan escandaloso, que la CIA interviniera el teléfono móvil de la cancillera alemana (¡y no se imaginen que si lo hicieron ellos, no lo hicimos nosotros!), pero de nuevo tenemos que preguntarnos quién más estaba haciendo qué a quién y —en última instancia— ¿con qué fin?[6]

[...]

Espero que la «jubilación» —que, de todas formas, para la gente de verdad es una fantasía— os siente bien a los dos y que no experimentéis ninguno de los síntomas de abstinencia supuestamente asociados con ella. Yo, por mi lado, espero con impaciencia saber cómo nos visteis durante vuestra muy distinguida estancia, y quizá me cuentes algo alguna vez.

Amo profundamente a mi país, pero también temo por él, y a veces de verdad que me desespero. Pero no por mucho tiempo.

Con afecto para ti y los tuyos, como siempre,

David *[en el margen izquierdo]* * que llegaron, bendito sea Dios, el día de mi ochenta y dos cumpleaños.



Le Carré y Ben Macintyre se conocieron en Ascot, donde le Carré estaba recordando los días de su juventud en que les

llevaba el dinero para las apuestas a los corredores de Ronnie. En 2007, le Carré calificó El agente Zigzag*, el primer libro de Macintyre sobre espionaje, de «soberbio. Minuciosamente documentado, espléndidamente narrado, inmensamente entretenido y a menudo muy emotivo». El joven escritor se mostró «totalmente emocionado», y su amistad se prolongó en paseos por Hampstead Heath y almuerzos en Sheekey's*.

A BEN MACINTYRE

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
11 de noviembre de 2013

Querido Ben:

En principio, como diría el Foreign Office, estoy dispuesto a considerar la entrevista con la BBC, pero el problema va a ser el calendario. Ahora tengo un libro de memorias —incluido, obviamente, el artículo sobre Philby y Elliott— y estamos haciendo malabarismos con Sisman para decidir si su biografía (ay, Dios) va primero o si la hago yo. Yo me he puesto por objetivo la primavera (yo) y él piensa en el otoño, pero todo es un poco delicado y no quiero eclipsarlo por error, de modo que quizá lo posponga todo hasta la primavera del año que viene. Las dos semanas próximas aportarán claridad.

Si la opción es la entrevista, tendremos que acordar los términos del acuerdo, porque estoy absolutamente harto de la televisión y, en particular, de las mujeres que juntan las puntas de los dedos, se reclinan hacia atrás y dicen, ladeando astutamente la cabeza: «¿Y qué puede decirles a quienes afirman que solo habla usted con el culo?». La última que me tocó (de la BBC) hacía más o menos eso, y espero que se la hayan comido los osos. Necesito actuar, no que me amedrenten.[7]

Pásame el libro en cuanto puedas —es divertido— y con él, si es posible, las fechas de publicación que tienes previstas; también las de mis entrevistas y la de emisión del artículo. Mientras tanto, intentaré solucionar mi propio follón.

Saludos cordiales,

David



En Suffolk, le Carré empieza a trabajar en lo que luego sería Proyecto Silverview.

A JOHN Y MARY JAMES, LIBRERÍA ALDEBURGH

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
11 de diciembre de 2013

Queridos John y Mary:

Unas letras rápidas para deciros que tenemos reserva del 14 al 27 de febrero en el hotel Brudenell, donde estaré escribiendo. Como ya os comenté, estoy situando la novela en Aldeburgh y sus alrededores, y sería maravilloso que pudiéramos pasar un rato con vosotros y empaparnos del ambiente. En el centro de mi novela hay una librería, y me encantaría contactar con vuestra mente colectiva para hablar sobre lo bueno y lo malo de llevar una librería. Una vez que haya escrito el libro, será para mí un placer ofreceros una primera lectura con la esperanza de que corrijáis mis errores y afinéis mi puntería.

Como ya os dije, prefiero funcionar de incógnito siempre que puedo, y agradeceríamos vuestra protección en este sentido. Y tendré las botas a mano por si a John le apetece algún que otro paseo.

Os deseamos unas felices y fructíferas Navidades, y ardemos en deseos de renovar nuestra amistad.

Con mis mejores deseos para vosotros y los vuestros. Atentamente,

David



A WOLFGANG CZAIA[8]

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
12 de diciembre de 2013

Querido Wolfgang:

Perdona que te escriba a máquina, pero es que estoy sitiado.

Muchas gracias por mi trozo del Muro de Berlín. Vi como lo levantaban y creo que ello justifica mi interés personal. Me encontraba en las lejanas Bahamas cuando cayó el Muro, y no pude aceptar la invitación de Willy Brandt para asistir a su jarana de Berlín. Estuve ahí sentado, solo y perplejo en una isla millonaria, sin nadie más que el personal del hotel para compartir mi incredulidad.

Gracias de nuevo, que tengas un gran año, y que se acaben todos los muros, con o sin mayúscula.

Atentamente,

David Cornwell •

AL PROFESOR ROGER WILLIAMS, COMENDADOR DEL IMPERIO BRITÁNICO[9]

A la atención del Curtis Brown Group Ltd.
Haymarket House · 28/29 Haymarket · Londres, SW1Y 4SP
22 de julio de 2014

Estimado profesor Williams:

Gracias por su carta del 8 de febrero. Perdone que le conteste por dictado, pero es que estoy con las tareas de documentación para una novela.

Me temo que el uso que hago de las campanas de alarmas al final de *Una verdad delicada* es deliberadamente enigmático. Quise que significara todo lo que atraemos contra nuestras cabezas cuando las sacamos demasiado por encima del parapeto. Por el mero hecho de enviar sus transmisiones, Toby Bell provoca la furia de la clase dirigente, y la velocidad de interceptación es tal que van por él ese mismo día. Afortunadamente, cabe esperar que su mensaje llegara al mundo a su debido tiempo.

Espero que esto aclare —¡u oscurezca aún más!— su interpretación de las páginas finales de la novela.

[...]

Con mis mejores deseos. Atentamente,
David Cornwell



A U. P. KARLSSON, ADMIRADOR SUECO

A la atención del Curtis Brown Group Ltd.
Haymarket House · 28/29 Haymarket ·
Londres, SW1Y 4SP
5 de agosto de 2014

Estimado señor Karlson:

Gracias por su carta del 19 de julio.

No sé muy bien por qué aparecen tantos personajes suecos en mis novelas. Quizá sea porque a menudo, en los sitios más raros, se me ha aparecido algún sueco, casi siempre colaborador de una agencia de ayuda, a menudo borracho y a menudo muy divertido. Tengo que confesar que he estado muy poco en Suecia, pero los suecos que he conocido siempre me han causado una grata impresión.

Muchas gracias por sus amables palabras y por leerme con tanta fidelidad. Espero que le guste la nueva novela que estoy terminando.

Atentamente,

John le Carré



A SIR TOM STOPPARD

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
27 de octubre de 2014

Querido Tom:

Terminé la novela, la leí, no me convenció, no me emocionó, retomo demasiados temas antiguos y he decidido dejarla.

Ahora me siento mucho mejor, un poco sorprendido. Mi agente,

que no la ha leído —nadie más que mis hijos la ha leído—, también está sorprendido. ¿Son los años? ¿La libertad? ¿Meramente la mala aplicación de energía y dos años? En realidad, creo que esto último, ya que estoy tan contento escribiendo otra cosa.

Os quiero a los dos y espero que Nueva York haya sido un éxito. Como siempre,

d

P. D. Jane, tan incondicional y comprensiva como siempre.

«Lo siento por ti», respondió Stoppard, «sin saber qué sentir, pero en última instancia, admiración por tu fortaleza de ánimo, creo, matizada por el pesar de que, sin duda, tantos preciosos tesoros hayan sido arrojados con el agua de la bañera temática».

Las razones de le Carré para retirar Proyecto Silverview *cambiaban de hora en hora, como tampoco estaba claro si lo había «tirado» o simplemente «archivado». El libro se guardó en su despacho de casa y la decisión de publicarlo o no quedó en manos de sus herederos.*



A MIJAÍL LYUBIMOV

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
27 de abril de 2015

Querido Mijaíl:

Muchas gracias por tu carta, y por tus interesantes noticias. Qué notable, y qué emoción, que tu película esté rodándose.[10] ¿Es tu primera noche en Moscú? ¿Y dónde más aparte de Moscú? Por favor, envíame el disco cuando se estrene.

Mientras tanto yo también vivo en el mundo fantástico del cine. Estamos en pleno rodaje de una adaptación televisiva de seis horas de *El infiltrado* para la BBC y una cadena oligarca norteamericana. Estamos hasta los topes de estrellas de las que

nunca ha oído uno hablar, pero todo el mundo está muy impresionado y el proyecto es enormemente caro. *Un traidor como los nuestros* está rodada y, por lo que he visto, gravemente herida, pero quizá mejore con todos esos artificios técnicos habituales. Aún no hay fecha de estreno, pero no falta mucho. *Una verdad delicada* ya tiene guion, que se revisará muchas veces. Y, por supuesto, está *La gente de Smiley*, que los del cine han comprado, pero sobre la que guardan un misterioso silencio.

Qué extraño que los viejos espías acabemos escribiendo libros y haciendo películas. Supongo que así no tenemos que echarnos a la calle. Igual que tú, yo tampoco entiendo la situación de Ucrania. Jrushchov la regaló hasta cierto punto, y la cosa parece que está en el aire desde entonces. El pueblo tiene una pinta feísima y los oligarcas están en Londres. Si eres capaz de explicármelo, hazlo.

Todos estamos bien. Proliferan los nietos. Votaremos laborista el 7 de mayo y pagaremos el precio en impuestos punitivos. Nuestras elecciones son una comedia de irrelevancia. La prensa y el público discuten los grandes temas, pero los partidos políticos no. Si nos quedamos o nos salimos de Europa es menos importante que si el señor Miliband tiene una o dos cocinas en su casa de Londres. Así está la cosa.

Mis mejores deseos para ti y para todos tus seres queridos.

David

En «Smiley Mike» («Mike el sonrisas»), un capítulo inédito de Volar en círculos *en que se relatan las aventuras de Mijaíl Lyubimov, jefe de la oficina del KGB en Londres, le Carré escribe que Lyubimov «sigue siendo un aristócrata del viejo sistema de inteligencia ruso, nacido checoslovaco, hijo y nieto de checoslovacos. Los checos no cambian de piel tan fácilmente. Mijaíl también es ucraniano, y para los ucranianos de su índole, nos guste o no, Rusia es Ucrania y Ucrania es Rusia».*



Tras dejar de lado Proyecto Silverview*, le Carré se puso con una obra de teatro,* Ronnie Boy*, que pasó por varios*

borradores. La obra se basa en episodios oscuros y divertidos de los primeros años de la vida de le Carré; comienza con un escritor, David, que entrevista a su madre, Olive, preguntándole sobre su padre. Se la envió a Stoppard, que en febrero de 2015 le dijo a le Carré por correo electrónico: «La obra es una maravilla y fácil de leer, rápida y divertida, un verdadero placer». Y añadió que le Carré se había liberado «de las supuestas limitaciones del teatro y de la narrativa teatral».

Le Carré había perdido interés en la biografía de Adam Sisman; aun alabando la calidad de la documentación de la primera parte del libro, sobre todo de las primeras desventuras de Ronnie y su encarcelamiento, la reconstrucción de su propia vida le parecía invasiva.

A SIR TOM STOPPARD

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
1 de junio de 2015

Querido Tom:

Acabo de regresar de tres semanas de escritura no muy fructíferas en el chalet del Oberland bernés, indeciso entre la obra de teatro, de la que hablaré más adelante, y una especie de autobiografía fragmentaria que emprendí hace un par de años y que ahora tengo abandonada, ante la publicación en octubre próximo de la obra de Sisman [...]. Mi consejo en este asunto, tardío en exceso quizá y sin duda impertinente: si estás vivo, no vayas allí, son más felices en el reino de los muertos.

En cuanto a la función teatral: tras una sesión de media hora con Goold,[11] reajusté considerablemente el primer acto y me pareció que quedaba bastante bien, sin duda más organizado, más introspectivo y, a mi entender, más divertido. La propuesta, como quizá recuerdes, era el Premio Olivier el otoño próximo (2016). No veo ningún problema ni en el segundo acto ni en el último, pero pensé que sería útil, incluso necesario, saber qué opinas tú del primer acto, sobre todo de los recursos escénicos que empleo, entre otros, el hecho de que nuestro narrador sea también un

actor en escena. Le sugerí a Goold que podía enviárselo como base para discutirlo y me contestó que lo estaba deseando, de modo que se lo envié. Pasan tres semanas y le pido una respuesta o una fecha para reunirnos. Me contesta que está ocupado con un «programa griego» (¿?) y, tras un nuevo retraso, me dice que el National está completo para 2016 y que tendríamos que ir a otro local. Su único comentario sobre el texto fue que lo había leído con detenimiento y que «parecía estar en la línea correcta». Resultado: no hemos vuelto a hablar, ni por teléfono ni directamente, ni hemos mantenido correspondencia, salvo, por mi parte, la sugerencia poco sincera de que, cuando haya terminado el acto II a su debido tiempo, le dejaré ver la obra entera; pero a estas alturas ya estoy pensando que las cosas no deberían ir así. El rechazo, la decepción, etcétera, forman parte de nuestro trabajo, pero el silencio opaco no es una forma de comunicarse y me cabreó como me cabrean los malos modales.

Mientras tanto, y no por culpa de Goold, lo que me preocupa es la naturaleza tan personal del material, y si realmente quiero lidiar durante mi vida con la publicidad y el alboroto, especialmente después de la obra de Sisman, que causará algún tipo de jaleo por sí misma: una detrás de la otra parece un poco excesivo. Así que mi plan actual podría ser: terminar la obra a mi satisfacción y dejarla en mi patrimonio para que alguien se haga cargo de ella si le apetece, en concreto, mis hijos, herederos, cesionarios, etcétera, y su floreciente productora, si es que sigue floreciendo.

En cualquier caso, terminaré las piezas autobiográficas, aunque solo sea como una especie de antídoto contra Sisman,
y eso será lo primero, para publicación el año que viene [...].

Entretanto, ¿puedo enviarte el acto I para que lo estudies con calma? Podemos enviártelo en formato electrónico o en papel, como prefieras, y no hay ninguna prisa. Jane me ha dicho que estás trabajando en una adaptación cinematográfica de *Arcadia*, lo cual se me antoja una idea encantadora. En cualquier caso, no te enviaré nada hasta que tenga noticias tuyas.

Mañana me voy a Mallorca a hacer un cameo en *El infiltrado*, y el domingo a Cornualles a trabajar duro en el libro, pero siempre estaré encantado de que me interrumpas si decides venir a

Cornualles. Jane y yo pasamos unos días muy felices en el chalet, que construí hace cuarenta y cinco años en el Oberland bernés y que desde entonces he cedido a los chicos, por lo que solo vamos fuera de temporada, cuando el pueblo está vacío. Vivimos sencillamente, hacemos fuego, leemos y estamos contentos.

Volví a leer *Scoop* y pensé que para un autor debe de resultar una verdadera bendición ser un esnob impenitente e irredimible. Oh, ¡qué convencimientos tan firmes!

Nuestro afecto para los dos, como siempre,

David

P. D. Esta carta va en lugar de la llamada telefónica que debería haberte hecho pero que fui posponiendo, supongo que por el asunto de la obra. d.

Le Carré esperaba que la Ink Factory produjera Ronnie Boy. *Stoppard anticipó que Goold estaría encantado con la obra; parece que Goold la vio más como película que como obra de teatro. El 20 de junio de 2015 le Carré envió a Charlotte un correo electrónico en que le decía: «He dejado de lado la obra de teatro mosqueado por razones que relataré en otro lugar, y estoy preparando frenéticamente un libro autobiográfico de escritos nuevos y antiguos».*

El infiltrado: «Los vapores de la fama»

Supongo que en cierto modo me sorprendió, entre otras cosas porque veinte años atrás había dado por muertos los derechos cinematográficos.

—del nuevo epílogo de le Carré para
El infiltrado en 2016

La segunda mitad de la novela… no funciona en la novela.

—le Carré, cuando el guionista David Farr
sugirió,
muy nervioso, que la segunda mitad de la novela
podría no funcionar en la versión televisiva

Tras años de esfuerzos frustrados por rodarla, *El infiltrado*, la serie de televisión de seis capítulos dirigida por Susanne Bier y producida por los hijos de le Carré, Simon y Stephen, ganó tres Globos de Oro y dos Emmy. Con un presupuesto de treinta millones de dólares, trasladaba el escenario de la novela de 1993, de seiscientas páginas, de América Latina al Oriente Medio contemporáneo. La «historia de amor principal» de la novela, dijo Bier, ocurría entre los personajes del traficante de armas Richard Onslow Roper, interpretado por Hugh Laurie, y su némesis Jonathan Pine, interpretado por Tom Hiddleston. «Aunque reconstruye mi novela y la sitúa en el mundo contemporáneo, mi nombre está ostensiblemente vinculado a ella, lo cual ha contribuido a incrementar los vapores de la fama», le escribió le Carré a su amigo Vladímir Stabnikov.



A SUSANNE BIER

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ ·
31 de agosto de 2015

Querida Susanne:

He escrito profusamente, y con toda sinceridad, tanto a Tom como a Hugh, para expresarles mi profundo agradecimiento por sus soberbias interpretaciones. En los próximos días, tendré que decir lo mismo a la inigualable Elizabeth, al otro Tom, a Alastair..., y así sucesivamente, porque no hay ni un solo intérprete que esté flojo en esta maravillosa película.[1] Pero todos ellos son creación tuya, como toda la película, y no sabes cuánto lo admiro. La ambigüedad central de las relaciones entre Pine y Roper está magníficamente recogida: ora sospecha mutua, ora narcisismo mutuo, y a veces es como si Roper estuviera casi

conscientemente enamorado de su propio verdugo. ¿Equivalen los pecados de Pine, acumulados, a los de Roper? A veces se diría que sí. Y entre ellos, el extraordinario equilibrio de Jed: su premio, su víctima, su campo de batalla, y el Bosola que es Corkoran, el Diablo con todas las mejores réplicas, y la mayor perspicacia, y la mente más aterradora.

Quería llegar cargado de regalos esta noche, pero hasta ahora la imaginación me ha fallado, por el aturdimiento de admiración que me invadió con la película. Durante la cena, espero que todos aireemos nuestras pequeñas quejas, nuestras imperfecciones preferidas. Pero antes de esa ceremonia obligatoria debo decirte que has hecho una película realmente maravillosa, con un ritmo exquisito, que ofrece todas las satisfacciones necesarias en su consumación; que has conferido a cada uno de los tres personajes principales de la novela una profundidad y un significado más allá de lo que yo podría haber esperado. ¿Cuántas veces he tenido ocasión de decir esto? Muy pocas veces, quizá solo un par de veces en toda mi carrera de escritor. Pero ¿referido a la totalidad? En tal caso tendríamos que remontarnos a los años setenta, y Alec Guinness y el reparto que lo rodeaba, y el ambiente de la época. Muchas gracias, y, una vez más, mi admiración.

Como siempre,

David



A HUGH LAURIE

Por email
29 de agosto de 2015

Asunto: *El infiltrado*

Querido Hugh:

Terminé de verla hace un par de horas en casa de Simon, en un televisor grande pero no demasiado grande. Lo primero que hay que decir es que es una gran película: magníficamente interpretada y dirigida, de escala épica, a kilómetros luz (¿años?)

de cualquier cosa que haya visto en la televisión en la última década, por no hablar de la televisión británica. Una película única en su género, lúcida, capítulo a capítulo, tensa por dentro y por fuera, con un buen ritmo de acción, y todo ello en ascenso hasta llegar a un crescendo hábilmente concebido que anuda todos los cabos sueltos, excepto quizá la cuestión de cómo va a explicar Pine a Hacienda ese pequeño asunto de los trescientos millones de dólares en su cuenta corriente.

Y no hay ni una sola actuación floja en ninguna parte, solo interpretaciones asombrosamente buenas.

Y, misteriosamente, Roper gana. Incluso tirado en la trasera del furgón policial camino del patíbulo, lo que parece de alguna manera es un tipo a quien le han hecho mucho daño. En parte porque su audacia, su urbanidad y su ingenio nos han hecho cogerle cariño, y en parte porque es el capitán del barco en el que ha navegado con tanto placer durante tanto tiempo. Pero en parte también porque al acercarnos al final, a lo largo del viaje, nos hemos preguntado demasiadas veces si Pine no se estaría divirtiendo demasiado, y si sus pecados, en conjunto, no serían, a su modo, iguales que los de Roper.

En cuanto a lo artístico: Dios, Laurie, puñeteramente impresionante. La interacción entre Pine y Roper es infinitamente sutil, ambigua, cómplice y, en ocasiones, homoerótica. A veces es como si Roper disfrutara siendo cómplice de su propia destrucción, solo por el placer de tratar con alguien tan mierdoso y tan inteligente como él. Y entre uno y otro, ella, Jed, que es pura delicia: no emite una nota falsa en ningún momento, y el triángulo queda exquisitamente cuadrado con Corky, el diablo que tiene las mejores réplicas y que sospecha de Pine desde el primer día.

En cuanto al diálogo, sea lo que sea lo que hayáis hecho con el guion, canta como un jilguero, sobre todo en los tres últimos episodios.

¿Desagrados? Unos pocos, que le he comentado a Simon,[2] pero no quiero ponerte sobre aviso antes de que la veas y te formes tus propias quejas.

¿Tu actuación? Desde mi punto de vista (que es una posición bastante aislada, lo reconozco, no muy informada), tiene que ser

el papel de tu vida. A ver qué te parece. ¿Secuela? En línea con lo que hablamos, si todavía te apetece, a mí sí, porque Roper en ese contexto me parece una mina de oro dramática, y Laurie y Roper, tal como han quedado, son una pareja perfecta. Pero no tengo la equipación necesaria para escribirla. Como les dijo Dan Moynihan a mis editores norteamericanos cuando le ofrecieron la oportunidad de distribuir sus ingresos literarios a lo largo de varios años, soy demasiado viejo para comprar plátanos verdes.

Por si no lo he dicho lo suficientemente alto: estoy emocionado con tu incomparable Roper, impresionado más allá de lo que me toca como autor, y muy agradecido. Me encantó tu visita, me encantó conocer a Jo, lamento que fuera un asunto tan incompleto, pero ganamos. ¿He dicho ya que estoy muy emocionado? Bueno, pues lo estoy.

Mis mejores deseos para los dos,

David.



Ba MIJAÍL LYUBIMOV

Por email
11 de septiembre de 2015

Berlín es una ciudad y una tumba bélica. Nunca lo había percibido tan profundamente como durante esta última visita de cuarenta y ocho horas para investigar un posible *remake* de *El espía que*... Diría incluso que, de alguna horrible manera, es un lugar que trata la guerra como una especie de adicción permanente, y que parece estar tomándose un breve respiro mientras llega la siguiente. Me alegra conocer tus altibajos en el mundo del cine, pero sobre todo que tus libros hayan cobrado una vida extra. La semana que viene me voy a Los Ángeles a una boda familiar y a hablar con los magnates. Te mantendré al tanto de las memorias. Jane en marea baja con problemas de salud, pero nadando con mucho coraje. Se suponía que la vejez les ocurriría a las personas mayores, no a nosotros.

Como siempre,

David



A BERNHARD DOCKE

Por email

1 de diciembre de 2015

Asunto: El mundo y todo eso

Querido Bernhard:

Me alegro mucho de saber de ti. Guau, qué tiempos. Por una parte, Alemania, ejemplo para el mundo por su corazón abierto y por la grandeza de su gesto,3 Suecia en un honroso segundo puesto, y mi gobierno, pequeño y triste, manipulando y de hecho envenenando a la opinión pública, que como de costumbre está en una postura mejor que la suya. Y por otro lado, vuestros avestruces trumpistas y nacionalistas ensañándose contra estos inalemanes tan sucios. Pero lo que más horrible me parece es lo de los húngaros, que en 1956 huyeron a miles del Oso, y ahora cierran de golpe sus fronteras a los compañeros refugiados.

Y ahora bombardeamos Siria para vengar el derramamiento de sangre europea tras haber dado sistemáticamente la espalda [a] las consecuencias de nuestra desastrosa intromisión.

Estamos en bastante buena forma, salvo las previsibles indignidades de la edad. El trabajo y la escritura nadan a buen ritmo. Te enviaré un resumen en breve. Te escribo esto desde el hospital donde Jane se recupera bien de una operación que esperamos la libere de la gran plaga.

Nuestro más sincero afecto para todos vosotros. Pronto más.

Como siempre,

David



A VLADÍMIR STABNIKOV

Por email

4 de marzo de 2016

Asunto: Re: Privado

Querido Vladímir:

Bueno, pues aquí me tienes, escribiendo. Y lo que tendría que escribirte a ti es una respuesta a tus generosas palabras en los dos emails que me has enviado, vehemente el primero, algo triste el segundo. Lo que tendría que escribirte es que mientras tú te beneficiabas de la experiencia de pasearme como un oso por Rusia yo me beneficiaba enormemente de tu energía, tu generosidad y tu entusiasmo.

Cada novela que he escrito fue una vida completa. Las novelas que escribí sobre Rusia fueron vidas que vosotros me permitisteis llevar. Y cuando me pasé a otras vidas: a Oriente Medio, a África y a América Latina, otras personas me abrieron las puertas y volví a ser beneficiario de amables desconocidos que luego se trocaron en amables amigos. Siempre recordaré tu fundamental postura, que me proporcionó ideas, experiencias y contactos que no habría tenido sin ti, y las he señalado aquí y allá en las memorias que publicaré este otoño.

En conjunto, mi vida me parece un mero mosaico de la enorme variedad de compromisos inacabados, como una especie de viaje espiritual en el expreso Transiberiano. Soy muy consciente de no haberme detenido lo suficiente en ningún sitio, en mi afán por seguir avanzando, y Rusia, sin duda, es donde habría preferido quedarme más tiempo. Espero que en mi nuevo libro se refleje ese sentimiento.

Lo que me lleva a expresarte una vez más mi agradecimiento por la gran deuda que siempre tendré contigo por abrirme los ojos a tantas cosas. Y si, como tú dices, yo hice lo mismo por ti, deberíamos estar muy satisfechos el uno del otro.

Como he seguido escribiendo, he alcanzado una edad avanzada y soy británico, ahora disfruto de una especie de inmortalidad prematura que probablemente no sobrevivirá a mi muerte. La versión televisiva de *El infiltrado* está causando sensación en Gran Bretaña y pronto se emitirá en Estados Unidos; también se ha vendido a otros ciento treinta países. Aunque reconstruye mi novela y la sitúa en el mundo contemporáneo, mi nombre está ostensiblemente vinculado a ella, lo cual ha contribuido a

incrementar los vapores de la fama. El resultado es una enorme cantidad de correo con el que no puedo lidiar y ridículas propuestas para aparecer en todo tipo de plataformas. Cuanto más crece mi reputación, más me encojo yo.

Nada de ello debería impedir que nos veamos cuando vengas a la Feria del Libro de Londres, lo cual espero sinceramente que sea posible. Dinos tus fechas y las ocasiones en que estés libre, y haremos todo lo posible.

Como siempre,

David



La obra Broken Vows: Tony Blair, the Tragedy of Power *(«Votos rotos: Tony Blair, la tragedia del poder») se publicó en enero de 2016.*

A TOM BOWER

Por email
21 de marzo de 2016

Asunto: Enhorabuena

Querido Tom:

Pues enhorabuena. Un trabajo enorme, revelador y acumulativamente impactante. Creo que has conseguido transmitir de un modo espléndido la extraordinaria convergencia de decisiones que se imponen a cualquier primer ministro en cualquier momento, la mezcla aleatoria de lo trivial y lo monumental, y la aterradora incapacidad de Blair para distinguir una cosa de la otra. Algunos pasajes me han recordado los Papeles de Nixon, cuando su gabinete de sofá se afana en sus conspiraciones por encontrar tapaderas y llega un mensajero shakespeariano para informar al presidente de que la lira italiana se ha hundido. Nixon responde: «Que le den por saco a la lira», y reanuda la charla conspirativa con sus acólitos.

Ni que decir tiene que es un documento partidista y

desvergonzado. Algo que no me molesta en absoluto. De hecho, refleja una honestidad que escasea entre los historiadores. Acabo de terminar *Napoleón*, de Andrew Roberts, y su autor se empeña en buscar excusas para su héroe a cada paso. Tú, en cambio, haces lo contrario, lo cual me resulta consolador, porque tengo la sensación de que en tu libro he encontrado exactamente al Tony Blair que quería encontrar: un orador extraordinariamente hábil, un mentiroso creíble e intuitivo, autoengañado, que se ama a sí mismo, que se sirve y se perdona a sí mismo.

Quería saber más de su infancia, más de su paternidad, pero ahora sé mucho de su Rosebud. Ha sido un viaje extraordinario el que has hecho, y me alegro de haberlo compartido.

Como siempre,

David



Robert McCrum, escritor, editor y biógrafo de Wodehouse, envió a le Carré una copia de «Woodehouse in Wonderland» («Wodehouse en el país de las maravillas»), la conferencia que pronunció en una convención sobre Wodehouse. En ella hacía la observación de que Wodehouse se desvinculaba del inquietante mundo exterior —ya fuera la Segunda Guerra Mundial o incluso posiblemente sus propios impulsos sexuales— en «una especie de confinamiento artístico solitario... mediante una compulsión única por apaciguar el dolor de la vida cotidiana viviendo en el Elíseo de su imaginación». En el paraíso de Wodehouse «no había sexo, ni muertes, ni sufrimiento», escribe McCrum.

A ROBERT McCRUM

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
30 de julio de 2016

Privado, personal y todo lo demás

Querido Robert:

Muchas gracias por enviarme tu texto sobre Wodehouse, que he encontrado emocionante y auténtico, y en cierto modo muy personal y relevante para mis propios sistemas de defensa. Lo mismo que tú, espero, sigo confiando en Wodehouse de modos mucho más profundos de lo que el Maestro habría admitido. Él descubrió su propio mecanismo de fuga, pero también nos lo proporciona a nosotros: ¡al menos a mí! No recuerdo si, en tu excelente biografía, te acordaste de Kenneth Grahame[4] como posible influencia añadida en Wodehouse: el paraíso, y buenos compañeros y más allá el Bosque Salvaje. Trato de imaginarme cómo habría desconcertado él a cualquier biógrafo, cómo lo habría confundido y cómo lo habría devuelto con las manos vacías para no volver jamás.

[…]

Y lo mismo ocurre con mi obra, o con lo que estoy escribiendo en este momento. El material del Espía que me inventé también era un paraíso, aunque negro como el carbón, y resulta que con el tiempo me descubro volviendo a él, o permaneciendo en él, con una alegre desesperación, mientras todo ello vuelve a mí.

De nuevo, mi agradecimiento, y mis felicitaciones por haber capturado a la vieja anguila antes de que desaparezca en el fango.

En realidad no nos conocemos, excepto por nuestros respectivos escritos, pero en ese sentido creo que te conozco mejor gracias a este artículo.

Saludos cordiales,

David



A AL Y ANNE ALVAREZ

16 de septiembre de 2016

Mis queridos Al y Anne:

Ya va siendo hora de que os dé las gracias por vuestros amables mensajes —algunos de ellos en el contestador de Londres, nos enteramos demasiado tarde— y por todo el apoyo que siempre habéis dado a mi trabajo, así como por la tolerancia y el afecto

que lo acompañan. TPT está haciendo buen negocio. [...] Esta vez hemos caído con el lado de la mantequilla hacia arriba, lo cual resulta estupendo para los editores extranjeros en particular, y para todos esos críticos norteamericanos esperando que les digan lo que tienen que pensar. Os debo mucho desde hace años: a Anne, por su simpatía inquebrantable, y a Al, por su severo y hermoso rigor intelectual y su correspondiente escritura impecable.

Estoy peleando con mi Ur-novela, una especie de versión Rosenkranz & Guildenstein de *El espía que*[5] donde se imagina cómo se habría comportado todo el mundo en la «vida real» si no se tratara de una novela negra, sino una novela cargada de humanitarismo y falibilidad. Es un *thriller* dado la vuelta, por tanto, donde el interior es la misericordia, las deficiencias y las cagadas que todos experimentamos y reprimimos. Y los falsos dioses que nosotros mismos nombramos, como, optando por un nombre al azar, George Smiley... Es una pasada escribirlo, y me he prometido tenerlo terminado para Navidad, y parece que lo conseguiré. Por aquí estamos muy contentos, juntos, y el verano ha sido largo y hermoso. Cuando la novela me hizo titubear, Jane me ayudó. Y cuando le dije: «A la mierda, vamos a aburrirnos a Londres», me dijo: «Sigue con tu trabajo y no digas groserías».

Lo cierto es que en estos tiempos todos escribimos muy pocas cartas. Y esta es en realidad para deciros gracias, y os queremos, y estaremos por ahí arriba a finales de octubre. Y otra vez os queremos.

David



A MARY MOUNT

Por email
8 de noviembre de 2016

Asunto: *El legado de los espías*

Querida Mary:

Gracias por tu maravillosa carta. Escribir el libro[6] fue un peñazo al principio, y solo Dios sabe cuánto material escribí y tiré a la basura. Pero luego se animó la cosa, cuando se convirtió en la historia de Guillam, y el placer de despertar a esos personajes dormidos lo compensó todo. No me atreví a releer los libros anteriores, me conformé con recordarlos, así que hay discrepancias evidentes y bastante divertidas que en general no puedo remediar. Así que tendré que escribir un epílogo ingenioso, o encontrar alguna otra manera de taponarles los cañones a los pedantes de Tunbridge Wells.

Gracias de nuevo por tu amable y perspicaz carta. Como podrás imaginar, el libro, a mi avanzada edad, me costó bastante trabajo, pero se diría que mereció la pena la decisión de esconderme cuando la publicación de *Volar en círculos*.

Como siempre,

David



En 2016 Macintyre publicó Los hombres del SAS: héroes y canallas en el cuerpo de operaciones especiales británico.

A BEN MACINTYRE

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
15 de noviembre de 2016

Querido Ben:

Muchas gracias por el libro, la amable dedicatoria y tu carta. Voy por la mitad y me tiene completamente cautivado. La escritura es cada vez mejor, el trazado de los personajes es soberbio. Qué planeta este… Por supuesto que supimos de tu divorcio y lo sentimos mucho. El mío fue desgarrador, aunque se llevó a cabo con mucha decencia por ambas partes, y ambos nos volvimos a casar poco después. Pero las heridas no cicatrizan, o no lo hacen en mi caso; es decir, que estoy constantemente

reprochándomelo, al tiempo que celebro mi liberación. (Ann, mi primera esposa, murió hace tiempo tras un prolongado segundo matrimonio.)

Me alegro de que te haya gustado *Volar en círculos*; ha tenido su buen momento, pero, al modo en que los libros desaparecen de nuestra memoria, también lo hizo *VEC* mientras terminaba una nueva novela, que sale el próximo mes de septiembre, lo cual me complace, algo que no siempre ocurre. Ahora nos vamos a Cornualles, estaremos de vuelta en Londres para pasar la Navidad con los hijos y nietos, luego Alemania probablemente. Pero me encantaría que nos viéramos y algo te propondré cuando volvamos.

Permíteme expresar de nuevo lo mucho que admiro tus escritos, lo bien que la historia emerge de la investigación, lo lúcidos y bien resueltos que son tus retratos humanos. Nuestro médico de cabecera de Cornualles de vez en cuando se escabulle a Hereford para enseñar a los chicos (y a las chicas) del Servicio Aéreo Especial cómo tratar la mala salud y las heridas del campo: «Tengo tres semanas para convertirlos en médicos». Le regalaré tu libro por Navidad. Nuestros mejores deseos para ti y los tuyos.

Como siempre,

David

Trump y el Brexit

Mi reacción ante el panorama político es vehemente: odio el Brexit, odio a Trump, temo que se produzca en todas partes un auge del fascismo blanco y me tomo la amenaza verdaderamente muy en serio; el ansia de conflicto es omnipresente entre nuestros pseudodictadores.

—a Yassin Musharbash, periodista y novelista alemán,
4 de abril de 2018

Coincidiendo con el resultado del referéndum sobre el Brexit de 23 de junio de 2016, y la elección de Donald Trump el 9 de noviembre de 2016, le Carré terminó de trabajar en *El legado de los espías*. La novela que vino a continuación, *Un hombre decente* —la última que escribió—, se interpretó como una denuncia del Brexit británico.

«Estamos hechos pedazos y profundamente avergonzados por el Brexit, y aún no podemos creer que no haya vuelta atrás», le escribe le Carré a Bernhard Docke el 5 de julio de 2016. «Qué patético cóctel de ilusiones perdidas y esperanzas falsas.»



A NICHOLAS SHAKESPEARE

16 de diciembre de 2016

Querido Nicholas:

Me alegro de que el Brouilly haya dado en el clavo. Y me interesa mucho tu repentina aversión a la novela contemporánea, que me entró a mí, sin la ayuda de la gripe de Bombay, hace unos veinte años. Leo viejos maestros, unos pocos, y una buena cantidad de libros de no ficción. Pero mi secreto más oscuro siempre ha sido la dislexia: leo a paso de caracol, casi como si leyera en voz alta, y ello tiene el efecto de que la impaciencia y lo que Hemingway llamaba «detector automático de mierda» se activen casi al instante. Si hay algo que explique el éxito literario instantáneo, debe de ser el acceso y el reconocimiento, dos factores que suelen negárseme cuando trato de leer.

La novela nueva que entregué hace unas semanas ha encontrado el favor de los editores —no nos detengamos a averiguar qué significa eso—, y ahora estoy embarcándome en mi habitual viaje de investigación y reescritura *post facto*: Bretaña,

Alemania, Polonia, Checoslovaquia, en rápido orden, para terminarla a finales de febrero, teóricamente, y que se publique en septiembre. Pero ya me he aburrido y estoy impaciente por volver a Londres (el lunes) y aburrirme allí, antes de partir hacia Berlín a mediados de enero. Entretanto, apenas puedo creer que Estados Unidos se esté hundiendo, o se haya hundido ya, a tanta profundidad. Nuestro supuesto gran aliado es un Estado canallesco dirigido por un egocéntrico de piel muy fina, falsario, vengativo y despiadado —y narcisista, casi se me olvida—, y nunca debemos suponer que tenga una naturaleza racional y templada debajo de la piel, y nunca debemos olvidar el modo en que llegó al poder, tan reminiscente del de Nuestro Querido Führer en tantos aspectos que se le seca a uno la boca.

¿El Brexit? Un acto de suicidio económico montado por charlatanes, pero en última instancia inoperable y recuperable de hecho si no de nombre. O eso espero. Mientras tanto, penuria planificada para la enorme clase baja...

Os deseo a todos, y también a vuestros padres, una estupenda Navidad y un Dios sabe qué Año Nuevo.

David



A ROLAND PHILIPPS

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
16 de febrero de 2017

Querido Roland:

Gracias por tu maravillosa carta, tan generosa. Me alegro mucho de que el libro te haya funcionado —a ti, en especial— y de que lo hayas comprendido tan bien. Tus observaciones editoriales son muy acertadas, y las abordaré junto con las demás cosas que vayan llegando [...].

Y, por supuesto, como ya supondrás, este libro significa mucho para mí, y sigue vivo, y seguirá siendo una diana en movimiento hasta el último minuto, como de costumbre. Tengo especial

interés en proporcionar a Millie McCraig[1] un gato y un comedero para pájaros. Mendel y Guillam le suministraron esto último como regalo de cumpleaños, con el pirograbado de Mendel: «No se rechaza a ningún pájaro». Es uno de los sitios donde va almacenando en casetes los microfilmes.*

Pero, por lo demás, ni que decir tiene que estoy en el limbo, intentando como siempre llegar a un acuerdo con el paquete publicitario que me preparan, con un pie en la adaptación televisiva y el otro no tanto, y dándole vueltas a qué escribir ahora. Anoche escribí la retrospectiva de los psiquiatras de El Circo sobre Bill Haydon, y me desperté con la sensación de que estaba quedando un poco rara... Luego pienso en «relatos cortos» como si fueran una especie de salida fácil, pero la realidad es que cada relato corto que me atrapa resulta ser la semilla de una novela. Y muchos temas y esquemas que parecen buenos al final son repeticiones de cosas que ya he hecho con más o menos éxito.

Esta mañana he dado un largo paseo por el Páramo y se me pegaron tres suecos que no encontraban Kenwood House.* La mujer del grupo resultó ser hermana de Lena Wickman, y pude contarle la vergüenza que me daba haber rechazado una invitación a cenar con Arthur Koestler, con quien ella vivía entonces.[2] Pero eso es solo el principio: Tampoco conocí a Noel Coward, ni a PG Wodehouse, ni a Kapuściński, cuando tuve oportunidad, y ni siquiera recuerdo por qué; salvo, posiblemente, por la mucha desconfianza que me provoca la fama y que quizá aplique a otras personas.

Fue una velada maravillosa la de Wiltons, tan alegre y burbujeante. Y la historia de Donald McL es un tema maravilloso.[3] Acabo de leer una relación sorprendentemente bien escrita del asunto de Noel Field,[4] obra de Kati Marton, titulada *True Believer* [«Verdadero creyente»], que va en paralelo con la experiencia de Donald y se refiere a intenciones igualmente nobles y totalmente equivocadas. El gran cambio (véase Koestler) se produjo cuando la gente se dio cuenta de que la Comintern había sido sustituida por el nacionalismo ruso y la limpieza étnica estalinista de la clase media...

Un abrazo a los dos y gracias de nuevo,

David

[en el margen izquierdo] * Y he trabajado un poco más la escena Smiley-Guillam del final.
[en el margen izquierdo] * mi papel habitual en el Páramo.



A MARY MOUNT

Por email
20 de febrero de 2017

Querida Mary:

Gracias por tu carta. Me alegro de que te haya gustado el texto revisado. Nos nevó mucho durante el viaje a Praga,[5] muy fantasmagórico, muchísimo frío, y lo más inquietante era que nada parecía haber cambiado desde hace cincuenta y cinco años: espeluznantes villas vacías, castillos abandonados, una sensación de tierras ensangrentadas de Europa del Este.

No dejo de hacer pequeños cambios, y sigo esperando la reacción de mis anfitriones de Bretaña. Y, por supuesto, de Ullstein sobre el nuevo material. Y de Seuil.[6] Pero vamos bien de tiempo, y me gustaría que el texto quedara cuadrado a satisfacción de todos para ponerme a pensar en algo nuevo. Lo más difícil en este momento —y fue también en gran medida lo que ocurrió durante las revisiones— es pensar en algo que no sea Trump. Maureen Dowd hoy en el *NY Times* es puro bálsamo, pero solo mientras dura…, y May, sencillamente horrible todo el tiempo.

Saludos,

David



Le Carré conoció a Yassin Musharbash —periodista especializado en islamismo y yihadismo que acababa de publicar un libro sobre Al Qaeda— en 2007, en Berlín, tomando una copa de champán en el Café Einstein Unter den Linden. «Buscaba a un investigador que contribuyera a afinar la forma de pensar, hablar y conspirar de los islamistas, así

como la forma de actuar de las agencias de inteligencia alemanas», recordó Musharbash en el funeral de le Carré. Le Carré le pidió que dotara de historias de vida y diálogos verosímiles a los personajes islamistas de El hombre más buscado*, e incluso que ideara un plan ficticio de financiación del terrorismo. Más adelante, Musharbash efectuó comprobaciones e investigaciones para* Volar en círculos *y* El legado de los espías.

En 2017, Musharbash, hijo de padre jordano y madre alemana, escribió a le Carré esbozando sus planes para un nuevo libro, antes de volver a Berlín desde Ammán (Jordania). La última correspondencia de le Carré con Musharbash destaca por su franqueza e intensidad. «David y yo tenemos en marcha dos hilos distintos de correspondencia: correos electrónicos para todo lo práctico y cartas para lo más personal.»

A YASSIN MUSHARBASH

2 de mayo de 2017

Querido Yassin:

Tengo que presentarte a mi hijo Nick, y luego os vais cada uno a vuestro pub, café, bar clandestino o al sitio en que mejor se os dé escribir ese día, porque él dice exactamente lo mismo: le gusta que la gente charle a su alrededor, le gusta refugiarse en los sitios donde lo conocen y lo toleran: en resumen, todo muy parisino, muy de entreguerras. Yo, en cambio, lo que hago es moverme: saco el concepto a pasear, garabateo intermitentemente en un cuaderno, reanudo el paseo, regreso a mi mesa y escribo. Pero tengo que tener la mesa a la vista todo el tiempo.

Me alegra saber que regresarás a la patria en julio. En mi opinión, no deberías abandonar el periodismo, al menos hasta que tus novelas hayan levantado el vuelo, y probablemente ni siquiera entonces. Los colegas, las charlas, las crisis, el calor del contacto humano, todo ello es molienda para tu molino, estoy seguro, y es fácil que te quedes inmóvil y atemorizado sin ellos, como me pasó a mí. La autocuración lleva mucho tiempo y es dolorosa para la

familia.

Te enviaré una prueba: la novela ha cambiado mucho, como siempre, y es —¿oso decirlo?— mucho mejor. No hay nadie más revisándola, solo el tiempo, y una oportuna charla con mi amigo Tom Stoppard hace ya un buen rato.

Y esta vez, haciendo una excepción, he decidido zambullirme de lleno en la publicidad: serie y entrevista en el *NYT*, *60 Minutes*, Annie Leibovitz para *Vanity Fair*, presentación del libro en el Royal Festival Hall de Londres el 7 de septiembre y un mes después en la Elbphilharmonie de HH.[7] Y un perfil de la BBC para TV. Así que, en resumen, lo que me dijo Joseph Brodsky al enterarse de que había ganado el Nobel: «Ahora, todo un año haciendo el frívolo». Supongo que es más o menos mi canto del cisne, aunque el cisne crea que aún puede volar. En cualquier caso, así es como lo ven los medios de comunicación, de modo que lo aceptaré. Mientras tanto, estoy dándole vueltas a una novela, por supuesto.

Estoy seguro de que nos encontraremos antes de fin de año: *El espía que...* sigue en marcha, según tengo entendido, y el Señor está en su cielo, aunque últimamente no mucho en Estados Unidos. ¿Cómo puede un país vivir sin conciencia? Lo más adorable de Alemania es que es consciente de su pasado y tiene muchas ganas de enmendarlo. ¿Gran Bretaña? Olvídate. ¿Estados Unidos? ¿Rusia? Lo mismo.

Cariños a todos. Tal vez nos veamos en otoño. Ven a verme a mí a HH, si puedes, para la parranda del puerto. [...]

Como siempre,

David



Stoppard y le Carré intercambiaron una afectuosa correspondencia en la década de 1990, a raíz de La casa Rusia*, pero el vínculo se hizo más fuerte en los últimos años de le Carré. En la década de 2010, se pasaron borradores de novelas y obras de teatro. Stoppard rechazó a regañadientes una dramatización de* Amigos absolutos *para la BBC, pero le dijo a le Carré que* Una verdad delicada *era «uno de los*

mejores le C, de tapa a tapa». Sobre su amistad con otros escritores, la biógrafa de Stoppard, Hermione Lee, escribe que «su vínculo de afecto con David Cornwell era de suma importancia». La detallada crítica que hizo Stoppard de Un hombre decente *se encuentra en los archivos de le Carré; no así su análisis de* El legado de los espías*, que presumiblemente precedió a esta carta.*

A SIR TOM STOPPARD

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
25 de junio de 2017

Querido Tom:

Bueno, pues ¡gracias otra vez! He cumplido con tus indicaciones siempre que he podido. Al final, pensé que Millie debía guardar sus secretos hasta el final, y yo no debía señalarlos. De todas formas, creo que la casa está llena de secretos y ya hay suficientes en el aire, y en la cabeza de Guillam, para que aceptemos el paquete sorpresa del final sin demasiada sorpresa. Lo sabíamos desde el principio, aunque no supiéramos que lo sabíamos. Le he dado toda su entidad a Lotte; tenías mucha razón sobre su importancia. Ahora posee sus blasones más positivos. He hecho más elástica la edad de Christoph, el perpetuo adolescente de padres alemanes autoritarios, en especial el padre (padrastro). He suprimido la reflexión de Guillam de que el cura podría estar casando a Tulipán con Guillam, en lugar de enterrarla. Y he tomado —gracias de nuevo— la nota a pie de página sobre el «teatro». También he jugueteado un poco con Smiley al final para que su plan de acción suene más enérgico y más arriesgado para él; testificará y le dirá al tribunal, si lo hay, exactamente lo que pasó. Ha sido una maravilla contar con tu ayuda y siempre te lo agradeceré. Muchas gracias de nuevo. Mucho cariño para ambos, y que nos veamos pronto.

Como siempre,

David



FitzPatrick, admirador de le Carré desde hacía cuarenta años y residente en los Países Bajos desde hacía treinta, le comenta por carta lo traicionados que se sienten los migrantes británicos a la UE, «por los mezquinos nacionalistas y la prensa mentirosa».

A KEITH FITZPATRICK

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
29 de julio de 2017

Estimado Keith FitzPatrick:

Muchas gracias por su conmovedora carta. Sus impresiones sobre el Brexit me han llegado al corazón. Ahora mismo preferiría ser holandés, alemán, francés, o incluso polaco, que británico sometido a este proceso verdaderamente bochornoso en que estamos inmersos. Si no es demasiado tarde, hágase con un ejemplar del *New York Times* de hoy y lea en primera plana el artículo de opinión de una corresponsal del *Times* en Londres.[8] Lo expresa todo a la perfección.

Me alegro mucho de que mis libros lo hayan complacido. Confío en que el nuevo, que sale en septiembre, no lo decepcione. No me esperaba que Smiley reapareciese pero, cuando lo hizo, fue irresistible.

Sí, hemos sido traicionados. No por nuestro país, que votó a favor de muchas cosas que no quería ni entendía, sino por un puñado de aventureros patrioteros y de imperialistas fantasiosos, respaldados por mucho dinero negro y mucha manipulación: populismo dirigido desde arriba, nunca fue de otro modo.

Mis mejores deseos, y gracias de nuevo por escribir.

David Cornwell
(John le Carré)



Michael Jayston interpetó a Peter Guillam, la mano derecha de Smiley, de forma lacónica y afilada en la serie de televisión de El topo. *Se convirtió luego en el narrador de los audiolibros de veintiuno de los libros de le Carré. El 17 de septiembre de 2017 Jayston le dijo por carta a le Carré que leer* El legado de los espías *le trajo «incontables recuerdos… Ha sido como reencontrarse con un viejo amigo al que no ves desde hace siglos». En dicha novela, el narrador es un ya jubilado Peter Guillam, y Jayston la calificó de «una obra maestra escrita por un maestro de las obras maestras».*

A MICHAEL JAYSTON

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
4 de octubre de 2017

Querido Michael:

Encantadora, tu carta. Muchas gracias. Sí, quedemos un día y maldigamos el mundo juntos. Pero todavía no, porque me voy a Alemania a exhibir mis cosas en el nuevo palacio de conciertos de Hamburgo, que es enorme —una especie de réplica del Royal Festival Hall, pero en alemán—, luego ante la prensa alemana, y luego un despiporre en Cornualles. O sea que, ¿qué tal a finales de noviembre? Ha sido estupendo saber que te ha gustado el libro, y los recuerdos que suscita. Dicho sea con franqueza, eso mismo me pasó a mí mientras lo escribía, y derramé una lágrima cuando lo terminé.

Tus lecturas han penetrado el alma de mis admiradores y los tuyos. Solo con eso ya basta para que hagamos un estupendo almuerzo juntos.

Abrazos para ti y los tuyos.

Como siempre,

David

Jayston leyó primero una versión abreviada de El topo *para un audiolibro, después de la serie de televisión, y en ese momento le preguntaron a le Carré si Jayston podría hacer* Llamada

para el muerto. *«Puede hacer todos mis libros», respondió le Carré. Jayston solía leer la versión íntegra de las novelas, y le Carré leía la abreviada, y «se pasaba de la raya con las voces pijas, porque las odiaba», observó Jayston en su momento. En años posteriores, le Carré leyó las versiones completas de* Una verdad delicada*,* Volar en círculos *y* Un hombre decente. *El actor Paterson Joseph leyó la versión abreviada de* La canción de los misioneros. *Parece ser que le Carré nunca autorizó una versión sonora de* El amante ingenuo y sentimental*, habiéndola descartado expresamente en 2011 y 2017.*



A SIR TOM STOPPARD

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
21 de diciembre de 2017

Querido Tom:

Me sentí bastante inútil cuando me llamaste el lunes por la noche: nada que dar, nada navideño, asfixiándome con la calamidad californiana9 y todos los niños pasando por mi lado, y Geller esperando a ser oído. O sea que lo sé, que hemos defraudado vuestras expectativas, que eran desearnos una feliz Navidad y —por supuesto— recibir a cambio nuestros más sinceros deseos, que van incluidos en todo su alcance con esta carta, aunque tardía, para vosotros dos, con nuestro afecto y admiración incondicionales.

Y por supuesto, percibí con mucha fuerza —desde que me lo contaste— que estás en busca de una nueva obra, y que probablemente, si te pareces algo a mí en este sentido, estás bastante harto de tanto esperar y tan poco encontrar. Y mientras tanto —¿y qué podría ser más grande?— tus logros pasados regresan para acusarte, sencillamente porque no se pueden dejar de lado, y nunca se dejarán. O eso me ocurre a mí, con bastante menos razón en mi caso. Si me hubiera limitado a seguir escribiendo mi primera novela durante el resto de mi vida, mis lectores se habrían dado por satisfechos. Pero nada de lo que he

escrito resiste mi propio escrutinio, lo cual, supongo, es lo que hace que Sammy siga en marcha, en este caso hasta Cornualles el 28 de diciembre, para agazaparse allí hasta que, espero, esté más o menos terminada.

Pero me quedó la sensación, cuando te fuiste, de que te había fallado de alguna manera, y de que me había fallado a mí mismo. Lo que probablemente no sea más que una convergencia de demasiadas cosas en la peor época del año para los dramas familiares.

Que tengáis unas Navidades maravillosas, nuestro afecto para los dos, que tengáis un viaje increíble al Maharajá y más allá. Se me escapó una sonrisa irónica, porque mi padre trabajó con varios maharajás en sus tiempos y engatusó a un maharajá de Drangadra,[10] que le proporcionó un palacete en su estado, desde la cual gestionó su ambición de crear un sistema de apuestas futbolísticas en el subcontinente... con total falta de éxito, eso sí que me consta.

No hace falta que te molestes en contestar a esto, no le des importancia, es solo que me pareció que tenía que escribirte para transmitiros nuestro cariño y buenos deseos.

Como siempre,

David



Philippe Sands preguntaba «¿Qué debo pensar sobre el asunto de Salisbury?» y mencionaba una inexplicable visita a Moscú de Boris Johnson en diciembre de 2017. Serguéi Skripal, antiguo oficial del GRU, la agencia de inteligencia militar rusa, y su hija, Yulia, resultaron gravemente enfermos a causa de los envenenamientos con Novichok en Salisbury; Dawn Sturgess murió más tarde como consecuencia de la agresión.

A PHILIPPE SANDS

Por email

22 de marzo de 2018

Asunto: cosas

Querido Philippe:

No me cabe la menor duda de que fue un asesinato ruso. Creo que lo hizo el GRU, probablemente con el consentimiento de Putin, pero no necesariamente. El GRU, como organización militar, no está tan estrechamente controlado por el Kremlin como el Servicio Federal de Seguridad. Las pruebas son en gran medida empíricas, pero lo han hecho muchas veces, y muchas veces se ha ignorado o no se ha reconocido porque no convenía. Pero dentro de la comunidad de los servicios secretos, la magnitud de la matanza es bien conocida.

Los rusos están orgullosos de ello, y las clases parlanchinas británicas malinterpretaron por completo el valor que tenía para Putin de cara a las elecciones.

Creo que May ha protestado demasiado, por dos razones. Ha visto una oportunidad de oro para marginar a Corbyn, parecer dura, subir el listón del chovinismo y distraernos de las enormes concesiones que está haciendo a Europa sobre el Brexit. Pero en lo que respecta a nuestros aliados, en la medida en que alguno nos quede, May se ha atrincherado demasiado y sigue atrincherándose.

Ni que decir tiene que el subtexto lo constituyen las temerarias operaciones de blanqueo de dinero que la City ha efectuado en nombre de los oligarcas, y la muchísima vista gorda que hemos hecho ante la cleptocracia rusa. Dios sabe lo que Johnson cree estar haciendo en Moscú, pero piensa que algo puede sacar en alguna parte, y sospecho que ese algo, sea lo que sea, está relacionado con Trump.

Saludos,

David



A JOHN Y MARY JAMES, LIBRERÍA ALDEBURGH

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
25 de mayo de 2018

Queridos John y Mary:

Muchas gracias por vuestra encantadora carta y la invitación al festival.

Sí, por extraño que parezca, vimos el reportaje de M. Portillo sobre Orford Ness y nos encantaría acompañaros durante una visita.[11] Estoy enfrascado en una novela que espero terminar a finales de otoño. El martes viajo a Praga para hacer un cameo en la versión televisiva de *La chica del tambor*, reunirme con los actores y el equipo para la clausura y, ya de paso, discutir seriamente la adaptación de *El espía que…* y *El legado de los espías* en una serie de televisión conjunta para la BBC. Se supone que *El espía que…* se rodará este invierno.

En cuanto a marzo, en principio nos encantaría ir, y solo tengo una condición: ¿habré terminado la novela, o seguiré empeñado con ella? Así que una pregunta: suponiendo que queráis añadir mi nombre a la lista de autores asistentes, ¿cuál es la fecha límite para responder? Nos alojaríamos en el Brudenell, pero pagaríamos nuestros gastos en lugar de cargároslos a vosotros, y sí, por favor, haced una enorme contribución a obras benéficas, y mi favorita es Médicos Sin Fronteras, sencillamente porque he visto cómo lo hacen.

Lo que siempre me preocupa de las tertulias literarias es que no leo nada de ficción moderna y tampoco leo las publicaciones literarias, así que no tengo ni idea de quiénes son los grandes personajes de la literatura ni de lo que han escrito. No ficción y ficción antigua, hasta cierto punto. Pero en debates elevados sobre Literatura Moderna con mayúsculas, soy un desastre. Los únicos festivales a que he asistido con confianza son los de leer la conferencia, excepto Hay, donde Philippe Sands hizo de maestro de ceremonias.

Preferiría no llevar la conferencia preparada, pero ya me diréis cuál es el formato. Yo solo recuerdo Hay y Lancaster, de entre todos los sitios posibles. En Lancaster, cuando entré en el auditorio había un extraño silencio. Unas cuantas sonrisas, ningún aplauso. Resultó que una hora antes, en el mismo auditorio, ante la misma multitud, Anthony Burgess había declarado que cualquier sociedad que me aceptara como novelista serio estaba en la última etapa de la decadencia literaria. Él esperaba que nos

viéramos luego en el bar, a charlar alegremente, pero yo tenía un compromiso después.12

Espero que hayas seguido la historia de Thorpe en televisión. Yo no había leído el libro hasta hace poco. La adaptación es una delicia. Hasta ahora, mi personaje favorito es la madre de Jeremy. Si Craig tuviera un momento, esa es la biografía que todos querríamos.13

Nuestro cariño para los dos. Disfrutamos mucho de vuestra compañía. Nos rodean los dolores de cabeza familiares, tal como van las cosas. Uno de mis bisnietos gemelos tiene problemas de sangre, como los Romanov. Nueras embarazadas por todas partes. Un hijo y dos nietos encantadores actualmente *in situ* aquí. Tengo mi propia casita de escribir, que es donde estoy ahora mismo. Swingball con Tom.14 Más tarde iré a nadar con ellos. Y mucho sol.

Hacednos saber acerca de la fecha límite para vuestro anuncio de la lista.

Abrazos de parte de ambos,

David



A WILLIAM BURROUGHS

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
23 de julio de 2018

Querido Bill:

Gracias por la tuya, y, por favor, perdona que te escriba a máquina: estoy en los últimos estertores de una novela. Las malas noticias familiares han mejorado. Ahora soy bisabuelo de dos gemelos muy agradables de ver, y el proyectado viaje de mi hijo al quirófano parece que se resolverá, de un modo u otro, en agosto próximo.

Si estuviera en el lugar de Putin, no habría sabido muy bien cómo manejar a Trump para tenerlo de mi parte. No me cabe duda de que lo han conseguido, y probablemente podrían hacerlo saltar por los aires cuando les diera la gana, pero creo que se

divierten mucho más alimentando sus contradicciones y contribuyendo al caos. Lo aterrador es que cuanto más se acerca a Putin, cuanto más miente y más niega, con más fuerza lo apoyan sus fieles. No hace falta tener a Trump a tu servicio como agente. Basta con dejarlo hacer de las suyas.

Nos trasladamos a Londres por un periodo de tiempo desconocido mientras modifico el ambiente que rodea al libro. Espero haber terminado algún tipo de primer borrador para el otoño.

Te deseo lo mejor, y mantengamos el contacto.

David



Rex Cowan, el cazador de pecios de Hampstead, amigo de le Carré desde hacía casi cincuenta años, le enviaba de vez en cuando unos estrafalarios panfletos izquierdistas que recogía de segunda mano. Más recientemente, Cowan adquirió unas cartas potencialmente embarazosas que le Carré había dirigido a Willard Morse, tocólogo de Maine, y que habían aparecido a la venta en internet. Cowan le devolvió las cartas a le Carré, y parece ser que fueron destruidas.

A REX COWAN

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
26 de octubre de 2018

Querido Rex:

Estoy en cama por un bicho y otras molestias, con la esperanza de estar en Cornualles la semana que viene. Tengo *The Burning Question of Trades Unionism* [«La pregunta candente del sindicalismo»] a mi lado mientras escribo, y el precioso otoño de Hampstead en la ventana de mi habitación. Tengo la sospecha de que Daniel de Leon* no es su nombre y de que el inglés no es su lengua materna. Lo buscaré en internet. Olfateo el alemán en la

composición.

Me encontraba mal y me fui yo solo al hospital Wellington por la noche, donde te hacen un diagnóstico rápido por cien libras. El médico me dijo que lo sentía mucho y que me estaba muriendo, demasiado tarde para el quirófano. Le di las gracias por ese dato tan útil; mi hijo Simon se puso en contacto con mi médico de cabecera, que en teoría estaba jubilado; el médico de cabecera dijo que el otro médico estaba exagerando y me sugirió que pensara en algo nuevo que escribir. Le dije que era mucho pedir, ya que hacía dos semanas que había entregado mi nueva novela. Me dijo que la leería. Y así sucesivamente. En resumen, si voy a morirme, este es un momento excelente para hacerlo. Todos mis hijos son felices, tengo tres bisnietos. Luego leo a ese archicabrón de Martin Amis sobre los padecimientos de llegar a los setenta, y pienso: que se joda, llegaré a los cien.

Un abrazo, y gracias por tu leal amistad.

Como siempre,

David P. D. Rex, por favor, no lo menees. Me niego a morir en público: demasiado vulgar.

[en el margen izquierdo] * ¿Podría ser nuestro querido L Trotski?

Le Carré se equivocó en sus conjeturas sobre Henry Higgins, pero no del todo. Daniel de Leon, el teórico marxista estadounidense, nació en Curaçao, en el Caribe holandés, el 14 de diciembre de 1852. Al parecer, su lengua materna era el español, aunque su padre era cirujano del Ejército Real de los Países Bajos.



El violonchelista Steven Isserlis se presentó a le Carré en un tren; todas las primaveras imparte clases magistrales en el Seminario Internacional de Músicos de Prussia Cove, no lejos de la casa de le Carré en Cornualles.

A STEVEN ISSERLIS[15]

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
26 de noviembre de 2018

Querido Steven:

Mis espías me cuentan que vas a cumplir sesenta años. Hay mucha noticia falsa por ahí. Fue ayer cuando entraste a lo grande en nuestras vidas, dando lugar a que yo me enterase de que carezco de oído musical (algo que ningún músico aceptará jamás). Pero a Jane y a mí nos encanta tu música, y lo soportamos todos. Asistí a un par de recitales tuyos y no me puse en ridículo. A veces, cuando escuchaba con suficiente atención, descifraba conversaciones en tu interpretación: preguntas, respuestas, ligeros rechazos y periodos de meditación ociosa. En esos momentos tan pequeños, tus actividades adquirieron sentido para mí. Y con esos pequeños momentos de identificación vino una amistad mayor, que atesoramos y que celebraremos con la gente preparada, con gratitud y con GUSTO.

Como siempre, con afecto,

David



A SIR TOM STOPPARD

19 de diciembre de 2018

Querido Tom:

Primero y principal: nuestro cariño y nuestros mejores deseos para los dos, y para todos los que queréis y vais a tener a vuestro alrededor durante estas fiestas. Hemos sido más diligentes de lo habitual con las postales navideñas y los adornos: la secuela de *El infiltrado* está de repente sucediendo, o empezando a suceder, con la antigua pandilla menos Tom Hollander, cuyo papel despaché tan negligentemente. Y por fin he terminado las tan necesarias revisiones de *Un hombre decente*, impulsadas, debo decir, casi exclusivamente por tus geniales y valiosísimas sugerencias de corrección. Creo que he abordado todos los aspectos que me planteaste, con la salvedad de que algunos (muy pocos) me han parecido demasiado elusivos o perturbadores y, en unos pocos

casos, no he podido estar totalmente de acuerdo o compartir tus preocupaciones. Pero tu contribución ha sido inestimable, y de nuevo te lo agradezco. El cambio más radical está en la «inclinación» del motivo de Ed hacia el trumpismo más que hacia el Brexit, aunque el Brexit sigue asomando por necesidad. Pero Trump se lleva la parte más grande, y el Brexit queda relativamente pequeño. En lugar de agobiarte durante las Navidades, te enviaré el texto revisado a principios del nuevo año, para que lo leas y quizá disfrutes percibiendo la influencia que has tenido en el conjunto. Mi último «asesor» es Philippe Sands, que todavía no me ha mencionado la posibilidad de que Ed sea procesado por lo que ha hecho, pero de todos modos he subido la apuesta proporcionándole a Ed más cosas que traicionar.

Al final, he de confesar que la versión televisiva de *La chica del tambor* me dejó profundamente insatisfecho; algún día hablaremos más de ello. Nos quedamos en Londres durante las Navidades porque tenemos a los Nick de invitados y porque tengo problemas médicos que me obligan a estar por aquí hasta el 4 de enero, y entonces nos trasladaremos a Cornualles (en tren) para estar un par de semanas, y luego volveremos a Londres para más de lo mismo: no es una gran tragedia, pero sí supone un confinamiento en este momento.

Pensamos en vosotros constantemente, y en todos los casos con gran cariño. Y yo estaré para siempre en deuda contigo por la atención afectuosa —también rigurosa, gracias a Dios— que has dedicado a mi novela: no por primera vez.

Como siempre,

David

Sir Tom Stoppard envió seis páginas mecanografiadas de notas a le Carré sobre Un hombre decente*, tras haberla leído tres veces. «Escondes tus cartas y las repartes en orden inverso, pero ahí están los placeres (como en* La chica del tambor *también)», le escribe. Sus comentarios iban desde preguntarse qué secretos del Brexit quedaban por traicionar hasta «¿por qué tiene que ser jerez todas las veces?».*



A SIR TOM STOPPARD

3 de enero de 2019

Querido Tom, queridos ambos:

Bueno, pues la cosa está así: mi oncólogo (porque es él...) me preguntó «¿cuánto quiere usted saber?», y si hubiera tenido tu presencia de ánimo le habría respondido, contigo, «nada que pueda estropearme la semana». Ahora estoy sometido a inyecciones mensuales de novichok o algo parecido, y a alegres intimidades agotadoras con el oncólogo, mientras mi dignísimo médico de cabecera de Cornualles intenta mantenerse al día. En busca de tiempo libre, ponemos rumbo a Cornualles mañana por la mañana, pero el médico de cabecera está esperando. La única esperanza es una tercera casa. Jane está perfecta en su papel de Sabrina,16 pero gracias al novichok me contoneo como una anguila. Depositamos nuestras esperanzas en el aire de Cornualles, que según las predicciones actuales llegará a unos tres grados centígrados bajo cero. El nuevo borrador de *Un hombre decente* está en camino, pero SIN PRISA.

Con nuestro afecto de siempre,

David



John Westerby, cronista deportivo cuya familia procedía de West Yorkshire, le escribe preguntándole: «¿Ha conocido usted a algún Westerby en la vida real?».

A JOHN WESTERBY

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
4 de abril de 2019

Estimado John Westerby:

Gracias por su carta. Ojalá pudiera darle una respuesta más

sustanciosa. Los nombres, a veces, se nos presentan como caídos del cielo, igual que los apellidos. Solo de vez en cuando, cuando la referencia me viene bien, tomo un nombre real y lo «expurgo» un poco (por ejemplo, Toby Esterhase,17 un farsante que se hace pasar por aristócrata húngaro). En el caso de Jerry, mirando hacia atrás, no conozco ninguna referencia, salvo que ese era el nombre de mi entrenador de críquet de la escuela preparatoria: un hombre grandón, que tropezaba con todo y que era un falso genio: había hecho «de todo un poco» —¡probablemente en la cárcel!— antes de que lo eximieran misteriosamente del servicio militar. Sí, le otorgué un poco de sangre azul, y un gran acopio de lealtad a Smiley, al Servicio, y al país. ¡En estos días ya no es tan sencillo!

Si está usted cerca de nosotros, en Cornualles, envíenos una tarjeta y véngase a tomar el té —pero la tarjeta primero,
no sea que no estemos, o yo esté ocupado escribiendo.

La nueva novela saldrá en octubre.

Saludos cordiales,

David Cornwell



En esta carta ya tardía al exmilitar, diplomático y novelista Alan Judd, veinticinco años después de que se conocieran, le Carré le cuenta cómo echaba de menos la «Oficina, ambas Oficinas, cada una a su manera».

A ALAN JUDD

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
18 de mayo de 2019

Querido Alan:

Muchas gracias por tu carta. Es todo un poco lioso. Primero me dijeron que el cáncer se había extendido en gran medida al hueso y que mi esperanza de vida era muy corta. También tuve neumonía, lo que no fue de mucha ayuda. Entonces me encontré

ante una especie de oncólogo primigenio que gobierna todo un reino en Harley Street, y me sometió a inyecciones y pastillas, nada disponible para el público en general. En tres meses mi PSA,* que no sé muy bien qué es, bajó de 110 a 15,6, y el oncólogo me insta a escribir otro libro, pero creo que es una bravata. En realidad, no cura nada, como él es el primero en admitir, solo lo mantiene a raya, y los síntomas, sobre todo la respiración, no desaparecen del todo. Pero la vida vuelve a ser bella, y realmente completa en todos sus componentes: nueva novela, que espero ver publicada en octubre, hijos sanos con buenos matrimonios, montones de nietos, catorce normales y tres bisnietos, y esos libros —que, como bien sugieres, ninguno es ni la mitad de bueno de lo que me habría gustado—, pero ahí estamos.

Me conmovió mucho la generosidad de tu carta y te la agradezco sinceramente. Ha sido un viaje tan extraño. Hace un par de años me hice con mi expediente de la Stasi y no contenía más que cuatro recortes de periódicos alemanes. Supuse que lo habrían desbrozado, la Stasi, la comisión Gauk18 o los británicos, todos ellos con capacidad para revisarlo. O vaya usted a saber, quizá fuera todo lo que tenían. El expediente de mi padre en la Stasi era, en cambio, majestuoso: estafador de profesión, pero también traficante de armas (por eso lo metieron en la cárcel en Indonesia), se puso en contacto con los alemanes del Este y se ofreció como intermediario y facilitador para, se supone, la venta de armas a terceros países.* Los dejó impresionados, de modo que enviaron a un agente de Viena, cuyo nombre no figura, pero que era un Herr Doktor, a que visitara a mi padre en sus oficinas de Jermyn Street y los informara de todo lo que viera, incluyendo (mediante un diagrama) la ubicación del télex y la caja fuerte. Irritantemente, el expediente se detiene ahí. Y siguen llegando cosas sobre él: gente a la que estafó en lugares remotos, cartas de su antiguo carcelero en Hong Kong, etcétera. Y ahora Errol Morris, el documentalista norteamericano (*The Fog of War* [«Niebla de guerra»], etcétera), quiere hacer un documental sobre nosotros dos, nuestras vidas paralelas, etcétera. Así que esta mañana, para verlo en acción, Jane y yo entramos en Netflix y vimos *Wormwood*, un documental de cuatro horas que Morris hizo

sobre el asesinato del científico Frank Olson a manos de su propia gente, la CIA. Merece la pena dedicarle una tarde. Y la figura central es el hijo de Olson, Eric, que ha hecho del asesinato de su padre una obsesión de por vida, igual que yo he convertido en secreto la incurable criminalidad de mi padre en una obsesión de por vida. Busca Ronnie Cornwell en Google y obtendrás, bajo profesión, «socio de los hermanos Kray». También era socio de Rachmann y otras lindezas. ¿Qué se puede hacer teniendo un solo progenitor, un padre además, y cómo equilibrar el cariño y el mal, la lealtad y la traición, o una postura recta que en realidad es venganza disfrazada?

Morris, por razones obvias, quiere ir despacio, y comprar los derechos cinematográficos de *Volar en círculos*, lo cual es irrelevante, y él me parece muy convincente y simpático como interrogador, muy inteligente y de setenta y tres años, así que supongo que caeré en la trampa y me arrepentiré. Pero lo lamentaría más si el proyecto fracasara, como la mayoría de los proyectos cinematográficos.

Echo de menos la Oficina, siempre lo he hecho, ambas Oficinas, cada cual a su manera. En cierto sentido son mis únicos lugares, aparte de escribir. Seguro que tú sientes lo mismo, y con mucha más razón. Es una tarde soleada, sin viento por una vez, y estoy tan intensamente agradecido por mi vida que no puedo evitar una sonrisa. Siempre guardaré tu carta como un tesoro, y nuestros momentos juntos, y te doy las gracias de nuevo, y os envío a ambos mi afecto. Si todo va bien, celebraremos una gran fiesta en octubre, y espero que tú y Judy vengáis. Anthony (Rowell) y Carrie ya han confirmado su asistencia.

Como siempre,

David

[en el margen izquierdo] * ¡Mientras servía en Bonn!



Tom Bower acababa de releer El topo *y dijo que era «soberbio».*

A TOM BOWER

Por email
29 de junio de 2019

Querido Tom:

Me emociona que hayas vuelto a echar un vistazo a *El topo*. Para bien o para mal, ahora parece historia, y un poco mi historia también, ya que viví las grandes traiciones cuando aún estaba debajo de la carpa, y la propia carpa estaba en situación de decadencia. Cuando recibí tu correo electrónico acababa de terminar la biografía de Holbrooke escrita por George Packer,[19] que me pareció impresionante, y estaba reflexionando sobre las razones por las que personas realmente brillantes suelen fracasar en política. Pero lo de Holbrooke no fue exactamente un fracaso: detuvo una guerra y preservó su humanidad hasta el final. Aunque para entonces se hubiera granjeado tantos enemigos que nadie quería tenerlo cerca.

Gracias, estamos bien los dos. Me esfuerzo demasiado en mejorar la autonomía de mis pasos, pero aquí el terreno es algo peligroso, y tengo órdenes draconianas de no caerme bajo ningún concepto. Así que, por extraño que parezca, el Páramo es mejor opción. Por fin hace un día espléndido. El jueves Errol Morris y su equipo vienen a reconocer el terreno antes de empezar a rodar en septiembre. Todo un poco raro.

Me gustaría enviarte, bajo el habitual secreto, la prueba sin corregir de mi nueva novela. ¿Es seguro enviártela por correo a Hampstead, digamos el martes? En la actualidad, Penguin hace que los correctores firmen un compromiso de confidencialidad antes de pasarles el texto.

Sigo pensando en el pobre Jim Prideaux. Cuántos de ellos habrá que nunca lograron regresar.

Con mucho afecto,

David



John Banville, novelista y crítico irlandés, entrevistó a le Carré en la primavera de 2019 para un artículo de The Guardian

relacionado con la publicación de Un hombre decente. *Su encuentro coincidió con la decisión de le Carré, tras el Brexit, de solicitar la ciudadanía irlandesa, alegando que su abuela era irlandesa. Ese verano Jane y él se tomaron unas vacaciones para explorar esas raíces irlandesas. Le Carré le escribió a John Banville desde Ballymaloe House, al este de Cork, una casa de campo con hotel y restaurante rodeada de trescientas hectáreas de tierras de cultivo.*

A JOHN BANVILLE

Por email
16 de julio de 2019

Asunto: almuerzo, etcétera

Querido John:

Nada más que un mensaje provisional. Estamos teniendo un tiempo maravilloso y este es sin duda el mejor hotel en que nos hemos alojado nunca: seguro en su estilo, sencillo, muy eficiente dentro de su tranquilidad y una cocina como para morir por ella.

El domingo por la mañana, en el aeropuerto de Dublín, se produjo una escena divertidísima. Jane y yo nos presentamos en el mostrador de Avis para recoger nuestro coche de alquiler. Un empleado, con mucho apuro, nos dijo que éramos muy mayores y que necesitaba cartas de garantía de nuestro médico y de nuestra compañía de seguros. No teníamos ninguna carta a mano. A continuación, una secuencia encantadora: fue como si todo el mundo en el aeropuerto se hubiera tomado muy en serio nuestro problema. Hubo personas que se acercaron a todo correr, uno de ellos llamó por teléfono a su hermano, taxista a tiempo parcial, otro le contó el problema a un grupo de taxistas y buscó la mejor oferta para llevarnos a Ballymaloe. Habríamos cogido el tren, pero nos habríamos perdido la retransmisión por la tele de un partido muy importante de críquet, que es nuestra debilidad. Apareció un conductor, cerramos el trato y durante unas tres horas y media nos deleitó con una historia extraordinariamente erudita e informativa de las fechorías británicas en Irlanda. Y aquí

estamos ahora, finalmente provistos de un coche de una compañía de alquiler menos quisquillosa, y disfrutando de cada hora.

Fue un almuerzo maravilloso. Para recordar. Disfrutamos enormemente de vuestra compañía y nos encantó la pasión y el dominio del tema con que Patricia[20] habló de su tierra natal. Nuestra visita aquí ha dado un giro extraño para mí: percibo Irlanda como verdadero hogar de mis antepasados, y eso, en un momento como este, resulta muy atractivo.

Con mis mejores deseos para los dos,

David

En un correo electrónico enviado a su nieta Jessie desde el hotel, le Carré califica la experiencia irlandesa de «extraordinaria. Caminas por las calles peatonales de Dublín, un sábado por la noche, percibes un olor que no te es familiar: el de la esperanza». Le Carré declaró al respecto que Irlanda era un país muy joven recién liberado de sus luchas perpetuas, de la bancarrota, de la explotación católica y del imperialismo británico, donde el Norte se veía como una especie de primo pobre y enfermo, que vivía de sueños caducos. «¿Qué piensan de nosotros? No se les puede culpar que se sofoquen de risa, con regocijo y perplejidad.» A los ochenta y siete años, se deleitaba en sus raíces irlandesas.



A SIMON, STEPHEN, TIMOTHY Y NICHOLAS CORNWELL

Por email

21 de julio de 2019

Asunto: Mi abuelita[21]

Ayer fui a su lugar de nacimiento, un pequeño cruce de caminos en una colina desde la que se divisa un hermoso paisaje virgen. El pueblo de Ichinillin[22] se compone hoy de dos casas, ambas nuevas: una de ellas es una tienda en el lugar que ocupaba la antigua tienda, y lo que queda de una diminuta casa de campo

que podría haber sido la suya. Fui a ver a la archivera local y me dijo que la casa de la familia Wolfe —mi abuela, su hermana gemela, dos hermanos y los progenitores— tenía siete metros y medio de largo y —esperad un poco— uno ochenta de alto. Estaba catalogada como vivienda superior, cabe suponer que era de piedra tosca y techo de junco. Eran granjeros y miembros de la Iglesia de Irlanda, que era una versión de la Iglesia de Inglaterra ampliada para incluir a los metodistas. Sus miembros vivían agrupados por comodidad y seguridad. Mi abuela y su hermana gemela emigraron a Inglaterra dos años antes del estallido del conflicto religioso. La archivera me sugirió que el padre quizá se oliera los problemas que se les venían encima. Murió antes que su esposa y los hermanos se hicieron cargo de la granja. El apellido de soltera de mi bisabuela también era Wolfe, así que es de suponer que mis bisabuelos eran primos, o incluso parientes más cercanos, ya que era obligatorio casarse dentro del grupo. La campiña de los alrededores es una de las más bellas que he visto en Europa: deshabitada, con grandes y suaves colinas y valles que descienden hasta el mar. Me resultaba fácil imaginar a las hermanas gemelas creciendo en ese entorno idílico. La iglesia a que acudía la familia estaba a medio día de camino. La región fue testigo de lo peor de la hambruna de la patata y de la violencia religiosa, y hay lápidas que recuerdan a los numerosos mártires de la opresión inglesa. Tras pasar unos minutos en silencio frente al ordenador, la archivera levantó la vista con una sonrisa encantadora y me dijo: «Bienvenido a casa».

Mañana a Zúrich y de allí a Mallorca.

Con cariño,

Pa



A DAVID GREENWAY

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
2 de octubre de 2019

Querido David:

Bueno, pues ambos estábamos equivocados. Siete jueces del Tribunal Supremo han llegado por unanimidad a la conclusión de que Johnson está equivocado y le mintió a la reina. Y, muy sorprendentemente, la madre del Parlamento, tras una cabezadita de después de comer, se espabiló y se puso a hacer su trabajo.

Muchas gracias por lo de Gopnik.[23] Hay una nueva y estupenda biografía de Sorge, con el título más bien tonto de *Un espía impecable*. Te la recomiendo encarecidamente.

Estoy en medio de una divertida disputa con Dearlove,[24] un antiguo jefe del SIS, muy deficiente, a quien se le metió en la cabeza destrozar mi obra en un festival literario. He respondido en el *Times* de hoy y espero que haya más de lo mismo.

Disfruta de tu viaje a Praga. Puede que me pase por allí más adelante este mismo año para presentar mi nuevo libro.

Me temo que tu Príncipe nunca recuperará sus tierras.[25] Mi difunto agente suizo poseía toda una zona de los Sudetes, incluidos un par de palacios. Los visitó tras la caída del Muro. Ninguno de los palacios estaba ocupado y las tierras estaban cubiertas de maleza. Nadie se había atrevido a instalarse allí.

Espero veros el día 18.

Con cariño para los dos,

David



En enero de 2020, en Estocolmo, le Carré aceptó el Premio Olof Palme, que lleva el nombre del primer ministro de Suecia asesinado en 1986. En su discurso de aceptación dijo: «Leer a Palme y pensar en él hace que te preguntes quién eres y quién podrías haber sido y no fuiste, y adónde fue a parar tu coraje moral cuando se necesitaba». Le Carré entregó el premio de cien mil dólares a Médicos Sin Fronteras.

A PIERRE SCHORI, PRESIDENTE DEL FONDO CONMEMORATIVO DE OLOF PALME

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ

8 de febrero de 2020

Querido Pierre:

Creo que fue tu majestuosa pasión la que me predispuso a la tarea: algo que nuestros hijos enseguida notaron y admiraron en ti. Luego vino Palme, y la autenticidad de tu devoción por sus principios y su memoria. Así que, por favor, acepta el mérito de tu liderazgo e inspiración mientras yo me afanaba con los borradores del discurso, uno tras otro, y soportaba todas las frustraciones que debería haber invertido en una novela. Pero lo conseguimos —lo conseguimos de veras— y tú quedaste satisfecho con los resultados, y yo quedé satisfecho de que tú quedaras satisfecho, y lo demás llegó después.

Por todo ello, os doy las gracias de todo corazón, a ti y a Maud, que tan claramente comparte tu energía y tus convicciones. Los niños (como aún nos atrevemos a llamarlos, aunque en muchos aspectos son mayores que nosotros) se emocionaron en todos los buenos sentidos, llenos de respeto por la causa, identificándose unas veces con Palme, otras con Bonnier,[26] por no mencionar a los distinguidos políticos y escritores que componían la asamblea.

El martes fuimos a la embajada británica a comer y a dar una charla al personal reunido (cinco ojos, así que también Australia y Nueva Zelanda) y todo resultó ser una especie de maratón, y mejor que lo fuera.

Y, de algún modo, todo salió bien: en Londres, teníamos cita con mi oncólogo, quien dictaminó que la medicación que venía tomando había seguido su curso natural, lo cual tuvo como resultado que pasáramos los dos días siguientes en el hospital preparándonos para algo más fuerte (los nombres son impronunciables, pero Jane se los queda todos), con el subtexto de que debo permanecer en Londres, sin viajar, hasta que me den el alta. Es una lástima que todo ocurra después y no antes. Además, los efectos secundarios son aún más impredecibles y entre ellos —Dios nos ayude— está la pérdida de memoria, o sea, la chochez. C. P. Snow me dijo una vez que la inteligencia humana era una simple cuestión de memoria, como si la imaginación no tuviera nada que ver. (Parece ser que también pasó mucho tiempo en Estocolmo haciendo presión para que le

dieran el Nobel, sin ningún resultado.)

Gran Bretaña está en manos de trumpistas de extrema derecha, como indica cada pequeña novedad que se produce. Los periodistas sospechosos de simpatías poco recomendables se ven excluidos de las ruedas de prensa oficiales, que ahora tienen lugar, no en el parlamento del pueblo, sino en el número 10, en terreno de Johnson. La cobardía y la intimidación van de la mano, y a Johnson se le dan muy bien ambas. Los demócratas en Estados Unidos están haciendo el ridículo, Putin se está autodesignando gobernante vitalicio, así que parece que vamos a tener una década espantosa. Lo que significa que hemos vuelto al punto de partida, y a plantearnos la pregunta que sé que os ronda por la cabeza en Suecia: ¿dónde están los hombres y mujeres que dan la cara, dónde está su voz y dónde está el apoyo a la Resistencia? No lo hay en Estados Unidos, no lo hay aquí, no lo hay en Suecia. ¿Dónde está el campo de batalla? ¿Dónde nos enrolamos?

Ha sido un viaje maravilloso, Pierre, y tú lo has conducido. Os enviamos nuestro cariño y agradecimiento, a ti y a Maud, y al equipo, y a tus colegas de judicatura, más agradecimiento. Ha sido el viaje de nuestra vida, una verdadera novela formativa, y esperamos haber hecho llegar el nombre y el significado de Palme más lejos, mucho más lejos que antes.

Como siempre,

David



Daniel Ellsberg, que filtró los Papeles del Pentágono *al* New York Times *y al* Washington Post*, era el ganador anterior del Premio Olof Palme.*

A DANIEL ELLSBERG

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
11 de febrero de 2020

Querido Dan:

Por fin hemos vuelto de Estocolmo, donde hacía un frío helador, pero reinaba la cordialidad, y me he encontrado con tus tres libros, que te agradezco cordialmente, también por sus dedicatorias, que se pasan de generosas. Tu presencia en mi vida viene siendo extraordinaria desde que Pierre me informó de que me habían concedido el premio. No es que fuera difícil seguir tus pasos: era imposible, como dejé claro ya en los primeros minutos de mi discurso. Y qué sitio para hablar, y qué público. Yo, igual que tú, nunca me he considerado socialdemócrata, ni sé muy bien qué significa eso, y tampoco me gusta la palabra *liberal*, tan nebulosa que cambia de pelaje según cambia de país. Me gusta *humanista*, pero parece mucho decir, suena a *hacer humanos*. Lo que sí me consta es que lo que hiciste era rotundamente correcto, y me gustó que procediera de un leal norteamericano, igual de leal que Snowden, salvo que Estados Unidos no le permite serlo. A ti tampoco quieren permitírtelo.

¿Cuándo leeré sus libros? Lenta y cuidadosamente a lo largo del tiempo. Leo a paso de tortuga, soy absurdamente disléxico; puede que lea a la misma velocidad que hablo, que es como intento escribir. Y de forma intermitente, porque por fin estoy metido en otra novela, cuyo tema aún no he descubierto, pero que trata del ser humano. Empiezo en un mínimum: un par o tres de personajes pendientes de desarrollo, colisión en el aire y un contexto vagamente político. Después de eso, digamos, con Capote, que ya no soy un escritor, soy un reescritor.

Tu «caso», como dirían los espías, me fascina, sobre todo porque no dejo de compararlo con lo que sucedería aquí, o más exactamente, con lo que no ha sucedido aquí, salvo quizá en el caso de la joven del GCHQ,* cuyo nombre no logro recordar, que tuvo las agallas de denunciar un sórdido intento del Departamento de Estado norteamericano —¿o era la CIA?— de persuadirnos, sobornarnos o intimidar a los representantes del Tercer Mundo en la ONU para que votaran a favor de la guerra de Irak.

El asunto de «hacerse público» aquí es, como poco, precario. La mayoría de los propietarios de periódicos no están dispuestos ni a cruzar la calle a menos que esté cerrada al tráfico, y la

notificación D** y las amenazas que trae consigo resultan inquietantemente eficaces. Tengo escrita una novela *(La canción de los misioneros)* en que los denunciantes llegan a un cibercafé en el momento preciso, pero ¿se arriesgó el afortunado periódico (pensaba incluso en *The Guardian*) a meter tanto la cabeza en la boca del lobo? Perdona la discordancia.

Dan, el propósito de esta carta es decirte que no soy un digno sucesor tuyo; que tu contribución al mundo es diamantina, y la mía meramente imaginativa, y que fue una alegría seguir los pasos de Palme (¡tú lo conociste de veras!), con tu sombra a mi lado.

Saludos fraternales,

David

El confinamiento

Aquí estamos totalmente aislados, pero cabría decir que llevamos cincuenta años estándolo, de modo que, ¿qué más da?

—a Philippe Sands, por email, 3 de junio de 2020

Estamos felices y, siempre que podemos, decididos a vivir cada día como vivíamos antes de que el cáncer y la peste nos golpearan.

—a Tom Bower, por email, 24 de septiembre de 2020

La última aparición pública de le Carré fue en la residencia del embajador alemán, Belgrave Square, Londres, el 3 de marzo de 2020. El «Berliner Salon» fue una sesión de preguntas y respuestas con Nicholas Shakespeare, antiguo editor literario, biógrafo y novelista del *Telegraph*, a quien le Carré había ofrecido un espacio en su casa de Cornualles para que allí escribiera y llevara adelante su obra, con la condición de que nunca escribiera nada sobre él.

Le Carré se ganó el aplauso continuado de un público en el que había diplomáticos, periodistas, editores y amigos, como el exsecretario del gabinete lord Robin Butler y el diputado Tom Tugendhat y el periodista de televisión británico-alemán Matt Frei.

Al llegar a la residencia, los asistentes debían lavarse las manos, cumpliendo con la norma de los veinte segundos. Había casi trescientas personas apiñadas en estrechas filas de asientos repartidas en tres estancias, y nadie llevaba mascarilla. El confinamiento se produjo una semana después.

«La vida carece de resolución para la mayoría de los artistas», dijo le Carré. «Lo grande, creo, es que vas hasta los límites de tu talento, todas las veces, y ves lo que no está más allá, intentas avanzar un poco más. Suena sensiblero, pero me gustaría morir con una pluma en la mano.»

En septiembre de 2020, David, Jane y su hermanastra Charlotte compartieron una llamada de Zoom en la que hicieron chistes sobre sus diagnósticos de cáncer, pero había tensión en las bromas; Charlotte se encontraba mal, y Jane estaba agravándose. El tratamiento del propio le Carré ya no surtía mucho efecto, pero semanas después le aplicaron una terapia experimental a base de lutecio que pareció funcionar heroicamente bien. Algo que a él se le antojó muy injusto, mientras la gravedad de Jane

aumentaba, y hubo de preguntarse si ocurriría lo inesperado, si sobreviviría a su esposa.

Sir John Margetson, viejo amigo de le Carré, murió el 17 de octubre de 2020. El panegírico que le dedicó le Carré, grabado en Cornualles y reproducido en Woodbridge, Suffolk, en el funeral de Margetson, fue su último discurso público.

Los hilos de muchas de sus correspondencias más importantes se entretejieron en esos días.



A NICHOLAS SHAKESPEARE

Por email
26 de abril de 2020

Asunto: Una estupenda velada

Querido Nicholas:

Sí, todo parece estar ocurriendo por una última vez. Me maravillo de las manos que estrechamos, de las gotículas que inhalamos y del abandono con el que no nos distanciamos socialmente. De hecho, me maravilla que, con lo adelantados que llevan los alemanes sus preparativos y restricciones, la embajada celebrara el acto. Pero fue el último de la serie. El embajador y su Frau[1] se jubilaban y Johnson asistía a partidos internacionales de rugby y Cheltenham celebraba sus carreras de caballos, así que ¿quién va a fijarse? Y ahora el pasado reciente es ya tierra extranjera y el futuro no ha nacido, y nosotros flotamos entre uno y otro.

Estamos bien, verdaderamente bien. Ancianos pasando una luna de miel al borde de un acantilado. Parece ser que sí escribo y Jane me hace eco en la máquina, el ama de llaves está de baja, el jardín se desmadra lentamente salvo las verduras, que nuestro santo jardinero sigue cuidando, la comida llega a la puerta traída por manos amigas y Jane le lava religiosamente cada superficie lavable. Nuestros hijos y nietos son inevitablemente nuestra obsesión y frustración, pero a todos se nos da bien la

comunicación. Tiempo excepcional, ni una huella de pisadas en el camino costero, apenas un pescador de bajura, pájaros muy descarados, mucho acoplamiento y muchos bebés conejo.

Dios, qué follón tan nefasto. De esto podríamos salir con una sociedad decente e igualitaria, o con un Brexit de locos y una gigantesca cagada de los *tories* fanáticos.

Mis mejores deseos para ambos. Una velada para el recuerdo. Mis abrazos también para tu padre. Debía de estar muy orgulloso de la habilidad con que os manejáis.

Como siempre,

David



A CHARLOTTE CORNWELL

Por email
26 de abril de 2020, 23.55.33

Asunto: ¡TU CUMPLEAÑOS!

Queridísima hermanita:

Acabo de caer en la cuenta, tras un día caótico: ¡feliz, feliz cumpleaños! Mañana, cuando hablemos, nos daremos un abrazo virtual.

Buenas noches, abuelita, y mucho cariño, tu hermano que te quiere,

David

El primer nieto de Charlotte, Frank, tenía dieciocho meses.



Sam Joiner, que trabaja para el British Antarctic Survey, le escribe a le Carré que «en estos tiempos tan extraños y tan oscuros» sus libros «me han transportado a otro lugar, a un mundo de intriga y hondura..., así que gracias».

A SAM JOINER

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
27 de abril de 2020

Estimado Sam Joiner:

Muchas gracias por su conmovedora carta del 20 de abril. Las raras, como la suya, son una verdadera inyección de ánimo para un escritor de ochenta y ocho años que intenta dotar de algún sentido al mundo que se fue y al que está por nacer. Estamos en una época emocionante, aterradora y que le quita a uno las ganas de estar vivo, pero si la consecuencia fuera que aprendiésemos a construir un mundo mejor, quizá merezca la pena todo el trauma. Me debato entre intentar escribir sobre el presente inmediato —pero cómo, si ni siquiera puedo caminar por las calles— o sobre el futuro inmediato, que no es lo mío en absoluto. Así que me digo a mí mismo que escriba buenas historias sobre el mundo que conocí, y que no sea tan lumbrera. Si no lo ha leído usted, pruebe con *Un espía perfecto* y siga con *Volar en círculos*, que incluye un ensayo sobre mi padre, un estafador llamado Ronnie.

Gracias de nuevo por la inyección de ánimo. Estoy leyendo *Guerra y paz* por primera vez. Qué vergüenza...

Saludos cordiales,

David Cornwell



A ALAN JUDD

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
19 de mayo de 2020

Querido Alan:

Gracias por la tuya. Me alegra saber que estás escribiendo, que conoces tu tema y que la vida te va bien. Los escribidores tenemos suerte, al menos en teoría. Llevo cincuenta años aislándome aquí, de modo que los únicos cambios son mínimos y positivos: la asistenta desterrada a su casa, el ama de llaves

despedida, el jardinero yendo a buscar comida a Penzance (los suministros son irritantemente escasos y su calidad notablemente inferior, ¿por qué?) y un enorme silencio en el acantilado: nadie en el sendero costero, ningún pescador de bajura en el mar. Pero las noticias, ya sean de aquí o de Estados Unidos, me resultan cegadoras, me abruman, y si no ando con cuidado me producen una seria depresión. Pero estoy escribiendo, empecé con buen pie y luego me topé con la nieve profunda, lo cual es bastante normal. Así que a estas alturas estoy aprendiendo todas las formas erróneas de contar una historia, y avanzando, espero, finalmente en la dirección correcta, la única. La salud, rara. Después de que el médico del hospital Wellington me sentenciara a muerte inminente las pasadas Navidades —no, antes,* me confundo con los tiempos—, estoy en las rigurosas manos de un oncólogo de fama, al que ahora, gracias a Dios, solo puedo consultar por teléfono. En fin, un amontonamiento de pastillas, una inyección de vez en cuando con una aguja tamaño caballo, y aparte de ataques de vértigo y de que el perro negro se me aparece de vez en cuando, estoy bien. Echamos mucho de menos a la familia, pero no hay remedio. Esta primavera está haciendo un tiempo memorable por lo benigno, lo cual es estupendo para nosotros y un tormento para los pobres que viven hacinados en espacios reducidos. Mis hijos, y sus hijos, en Londres apenas salen a la calle, con el argumento de que hay demasiada gente que no se distancia socialmente. Pero tienen jardín...

¿Hubo alguna vez un gobierno tan malo y tan superficial? Lo dudo. ¿Hubo alguna vez un presidente norteamericano tan consistente en su maldad? Lo dudo. Es fascinante comprobar, en todas y cada una de sus desastrosas apariciones en público, que Boris Johnson no es capaz de sentir empatía. Será su perdición. Pero ¿quién viene luego?

Os deseamos lo mejor a los dos, es estupendo tener noticias vuestras.

David

[al margen] * el invierno anterior



Vecinos de Hampstead, le Carré y Philippe Sands estrecharon lazos por su oposición a la guerra de Irak. En 2013, Sands fue el presentador de la primera y única aparición de le Carré en el Hay Festival.

A PHILIPPE SANDS

Por email
3 de junio de 2020

Querido Philippe:

[...] Estamos totalmente aislados aquí, pero cabría afirmar que así llevamos cincuenta años, así que, ¿dónde está la diferencia? Creo que está en la sensación de que el lugar ha quedado vacío de su pasado reciente por causa de alguna catástrofe natural, que es en cierto modo lo que ha ocurrido. Hasta hace una semana, no había ni un alma en el sendero costero que discurre al pie de nuestro terreno, ni barcos pequeños en el mar. Y la vida silvestre alborotada por el sol y el aire puro, cuervos, halcones, conejos, gaviotas, todos en bulliciosa agitación. Un solitario helicóptero de la policía patrulla las playas. Gente amable nos trae la comida, Vicki, nuestra asistenta, trabaja desde su casa, el ama de llaves está de permiso, yo voy dominando los misterios de una aspiradora Dyson. Sir Keir está haciendo un gran trabajo demoliendo a Johnson, que parece una versión débil y sin espíritu de su antiguo y desagradable yo. De empatía, ni rastro. Tan extraño y tan griego que él y el innombrable Trump están perdiendo a dúo su encanto populista, y ambos andan en una peligrosa búsqueda de métodos de distracción. ¿Está permitido odiar? Ojalá. Con el paso de las semanas me voy pareciendo cada vez más a ese personaje de Michael Frayn que ha escrito la primera página de cincuenta novelas. ¿Puede alguien escribir en esta situación?

Os mandamos nuestro cariño a todos. Sois los mejores y, vistos desde aquí, la única razón válida para volver a Hampstead.

Como siempre,

David



A JONNY GELLER

Por email
8 de junio de 2020

Asunto: Una pregunta

Querido Jonny:

Sospecho que esto les puede estar pasando a muchos de tus autores, pero a mí desde luego sí que me está pasando: no es tanto un bloqueo como una especie de desconcierto estéril.

Tras lanzarme con las reminiscencias de Smiley con un bonito capítulo inicial, ya lo viste, he pasado por media docena de versiones del relato principal, he escrito un montón de páginas en el proceso, y nada se ha movido. No se me pasa por la cabeza enviarte muestras: mejor ponerlas a buen recaudo con indicación de «descartes» para la Biblioteca Bodleiana. La primera versión estaba ambientada en Trieste, la segunda en Viena, ambas en 1961. El cambio no sirvió de nada, la trama se enmarañó por completo y los personajes nacían muertos. He probado con otras historias de Smiley —toda una lista—, pero nada resuena mejor. Estaba todo el tiempo acordándome de que Smiley había quedado bien despachado en *El legado*, así que descanse en paz. Y descubrí que las seis horas del guion de *LEGADO/ESPÍAS*, por imperfectas que resultaran, pasaron su factura. ¿Y qué demonios voy a hacer yo en 1961, lo mires como lo mires?

Eché un vistazo a otras posibilidades. ¿Por qué no algo polémico sobre la muerte de la democracia occidental? Pero eso no es más que repetir como un loro lo que se dice todos los días en todo el mundo por comentaristas mejor cualificados que yo para decirlo. ¿Autobiografía? Dios me libre. Primero vino *UEP*,[2] luego *VEC*,[3] ahora Errol. Con eso tengo suficiente para varias vidas. He pensado mucho y he tomado notas sobre escenarios para novelas, pero en cuanto les echo el segundo vistazo los temas me resultan inquietantemente familiares. Hace dieciocho

meses, tenía todo preparado para viajar a las tierras ensangrentadas de Europa del Este y escribir un relato sobre cómo surgen las nuevas dictaduras de las cenizas de las antiguas. Pero ha pasado el tiempo, se me han cruzado cosas en el camino y ahora, aunque pudiera ir, no creo que tuviera fuerzas para echar a correr largas distancias desde parada.

Pero la edad no es excusa. El espíritu y la ambición están intactos. Es la imaginación la que se ha puesto en huelga, quizá porque lo inimaginable está sucediendo a nuestro alrededor todos los días. Antes me enorgullecía de escribir contra la adversidad, o a costa de ella. [...] Estaba previsto que me muriera, pero no fue así. Razón de más para seguir adelante. Pero ahora estoy atascado.

Es un buen momento para dejarlo, si eso es lo que estoy haciendo. *UHD*4 está bien como última novela, *VEC* es aceptable como libro de memorias, Estocolmo es un maravilloso canto del cisne. Es un buen corpus de trabajo para recordarlo, y lo último que quiero es emular a Greene y despedirme con algo de segunda categoría. A mis ochenta y ocho años no me siento abatido, ni Jane tampoco. Mi carrera ha sido increíble y haremos un buen uso de los años que nos queden, sin arrepentimientos.

¿O hay algún camino que a mí no se me ocurra y a ti sí? A estas alturas ya nos conocemos bastante bien y confío en tu consejo.

Saludos,

David



A SIR TOM STOPPARD

9 Gainsborough Gardens · Londres, NW3 1BJ
1 de julio de 2020

Querido Tom:

Me ha encantado recibir la tuya. Tras el estreno de *Leopoldstadt* he pasado demasiado tiempo dándole vueltas a lo injusto de su breve paso por la escena, y ¿volveremos alguna vez a ver una función tan buena? Respuesta, admitida gradualmente: sí, la

veremos, en todo tipo de formas diferentes, durante las próximas décadas y más allá. Pero no deja de ser un duro golpe.[5]

Tras muchos intentos equivocados —ahora es el momento para la gran novela política, etcétera—, al final opté por un formato que me gustó: enlazar unos cuantos relatos cortos de los años de Smiley, contados por su Watson, P. Guillam. Y la escena que actualmente me tiene absorbido —y que tú escribirías mejor que yo— se sitúa en 1989, con el Muro recién derribado, cuando Smiley decide por fin que ya está preparado para encontrarse con su némesis de siempre, Karla, instalado bajo otro nombre con su hija, enferma mental, en un pueblo no muy distante del suyo. ¿Qué visión comparten ahora, si tienen alguna? ¿Quién llevará la voz cantante en un mundo (teóricamente) posideológico, qué es factible, qué es quimérico? Me parece que a lo largo de nuestras vidas hemos vivido tres momentos en los que el mundo podría haberse reordenado de un modo válido: 1945 (y el Plan Marshall, etcétera, que no fue tan mala idea), 1989 (cuando no hubo ninguna voz, ni dijo nada ningún líder, ni se observó ninguna auténtica disposición hacia un mundo unido) y ahora. De todos modos, eso es lo que estuve rumiando hasta que Jane cayó enferma, y luego se vino abajo la semana pasada. Nuestro médico de cabecera de Cornualles (aquí no hay medicina privada) es un auténtico príncipe, e hizo lo que pudo; el 111 lo hizo también excelentemente: se presentaron con luces intermitentes a la una de la noche con un conductor y un médico plenamente equipados, pero la perspectiva de tener al alcance especialistas y protocolos en menos de un par de meses en general no era nada atractiva, sobre todo porque había que trasladar a Jane de un hospital a otro en tres ciudades distintas y en pleno tráfico navideño. Mi hijo Simon se puso en marcha, bajó desde Londres y al otro día, domingo, logramos meter a Jane en el asiento trasero de su coche y a la mañana siguiente ya estaba en la clínica de Londres, atendida por el mismo cirujano que la operó del cáncer de mama. Mañana la recogeré, pasaremos el fin de semana en casa e iremos juntos a ver al cirujano para que nos comunique el resultado de sus pruebas y sus recomendaciones. Para entonces ya habrá contactado vía Zoom con sus colegas oncólogos. No te permiten visitar a tu cónyuge en el hospital, pero ayer el especialista se las

apañó y, poco a poco, el pánico dio paso al alivio de que la estuvieran cuidando tan bien —el alivio de ella, sobre todo—, y no hará falta que lo diga: dio pruebas de todo el coraje y el buen talante que a mí me abandonan en situaciones similares. Así que, de momento, estamos tremendamente agradecidos por haber salido de la zona de pánico, sostenemos conversaciones sensatas y tomamos decisiones sensatas, y vamos tranquilizándonos para el lunes. Y yo, por supuesto, estoy en Londres, recibiendo todos los cuidados de mis hijos enmascarados y de sus igualmente maravillosas esposas, también enmascaradas. De ahí esta carta que no tiene perdón por lo larga.

Quizá debería empezar el relato de Trinity incluso antes —solo por capricho—, cuando Einstein se da cuenta de la magnitud del antisemitismo que hay en Berlín y abandona el barco para no volver jamás. Me encanta la idea de que los alemanes entregaran las mejores cabezas del mundo a las potencias [aliadas], Einstein entre ellos.

Mi afecto para ambos: obviamente, nuestros planes, por ahora, son inciertos.

David

Stoppard estaba escribiendo el guion cinematográfico de Shockwave*, para el director Cary Joji Fukunaga, sobre la bomba atómica de Hiroshima, basándose en un libro de no ficción de Stephen Walker*, Shockwave: Countdown to Hiroshima *(«Onda de choque: la cuenta atrás de Hiroshima»), de 2005. Según le dijo a le Carré, pensaba situar la acción entre 1938 y 1939. Albert Einstein, que ya era blanco del antisemitismo nazi, renunció a su pasaporte alemán a principios de 1933, justo cuando Adolf Hitler accedió a la cancillería*.



Macintyre había publicado Agente Sonya*, historia de la extraordinaria espía soviética Ursula Kuczynski, que pasó los secretos atómicos de Karl Fuchs a los rusos mientras fingía ser una simple ama de casa de Oxfordshire*.

A BEN MACINTYRE

Por email
31 de agosto de 2020

Asunto: *SONYA*

Querido Ben:

Acabo de terminarlo, y déjame decírtelo: es absolutamente genial; un texto que se lee compulsivamente, de elegante estructura, documentado con todo rigor y bellamente contado, y un extraordinario trozo de historia. Ni que decir tiene que conocí a algunos de sus protagonistas y que había leído el reciente trabajo sobre Fuchs de un físico de Oxford, cuyo nombre ahora se me escapa, y la biografía, bastante más razonable, de Sorge. Has entendido perfectamente a Skardon, y también a Hollis: aburrido, mediocre y tan retorcidamente malo en su trabajo que todavía produce asombro.[6] Y viviendo su pequeña vida secreta con su asistente personal, Val Hammond, un prototipo de personaje defectuoso, por su parte.

Pero lo mejor de todo es que con el tiempo has hecho que nos caiga bien y que admiremos a la propia Sonya, hasta compadecernos de su desilusión final, que en cierto modo refleja la nuestra. Qué agallas y qué valor. Y los hombres débiles o inadaptados que tiene a su lado, excepto su gran amor, Sorge, un genio maniaco y, en última instancia, como ella misma, entregado al teatro viviente tanto como a la ideología.

A regañadientes, acabo de pasarle el libro a Jane, aquejada de un cáncer inoperable, que está recibiendo quimioterapia con gran entereza. Sufrió un colapso repentino en Cornualles, donde hacía poco habíamos tomado la decisión de establecernos permanentemente, pero logramos trasladarla a Londres para que recibiera tratamiento. Estamos impacientes por regresar a casa, pero de momento estamos perdidos en un laberinto de médicos. De pronto, la vida se detiene.

Jonny me cuenta que últimamente eres un hombre feliz, y eso es algo que el libro de algún modo transmite: una voz realmente buena, positiva, que te atrae y que comparte contigo alguna que otra carcajada sin llegar a ponerte de los nervios. Creo que se

llama estilo.

Bravo de nuevo, sin duda lo mejor tuyo hasta la fecha, y eso es poner muy alto el listón.

Mis mejores deseos para ti y los tuyos,

David



A NICHOLAS SHAKESPEARE

Por email
Cornualles
1 de octubre de 2020

Querido Nicholas:

Bueno, pues bastante bien todo, teniendo en cuenta [...], para empezar, que estamos en Cornualles, que Jane está recibiendo en casa sus sesiones de quimioterapia, que son mucho más llevaderas que la variedad de Londres, y, dicho sea de paso y aunque parezca increíble, con el equipo moderno de que el hospital de Londres carecía. Puedo sentarme a su lado, puedo llevarle sus tazas de té, y la enfermera de la quimio es eficaz y atenta. Así que el esquema de la semana es menos agotador para los dos. También consigo escribir algo entre horas. Mi cáncer ha entrado en una fase diferente y empiezo una nueva terapia dentro de un mes, en Londres, pero volviendo inmediatamente a Cornualles.

Pero déjame decírtelo: es un momento muy raro para pensar en morirse. Tiene uno la sensación de estar hundiéndose con un barco que se hunde, pilotado por lunáticos y adictos al desastre. ¿Cómo hemos llegado hasta este punto en tan poco tiempo? Sería estupendo poder hablar. No estamos pesimistas. Nos consideramos enormemente afortunados y somos muy felices juntos, incluso en los días de bajón de Jane, que aparecen como un mecanismo de relojería cuarenta y ocho horas después de cada infusión. Coméntame cómo se está vendiendo tu novela. El mercado está tan saturado que los libros parecen ir y venir como moscas efímeras.

Mucho cariño para los dos y gracias por acordaros de nosotros.

David



Lyubimov acababa de enviar un correo electrónico para desearle a le Carré «muy felices días sin coronavirus» y para ver qué le parecía la idea de un libro «especialmente para lectores ingleses: mi trabajo en la GB y contra ella». Debían de haberle afectado las noticias sobre le Carré.

A MIJAÍL LYUBIMOV

Por email
Cornualles
18 de octubre de 2020

Asunto: La vida y otros temas

Querido Michael:

Qué bueno saber de ti. La respuesta breve a tu pregunta es que sí, creo que tu libro, tal como lo describes, podría funcionar en la bendita Britania. Hace tiempo que se echa en falta cierta irreverencia saludable sobre la Guerra Fría. Si puedes preparar un primer capítulo, bien traducido por un anglohablante nativo, y una sinopsis, yo me ocuparé de que un agente literario de primera fila (el mío) le dé un buen vistazo. El mercado está difícil y tenemos que ser profesionales.

Nuestras noticias no son demasiado brillantes. Jane ha desarrollado un cáncer inoperable y está sometida a un duro tratamiento por quimioterapia. Las píldoras milagrosas que yo he estado tomando para la misma dolencia han seguido su curso, y la siguiente etapa es bombardearme con una infusión radiactiva experimental cada seis semanas. Pero seguimos adelante, los niños se portan de maravilla, yo voy a cumplir noventa años, le saco ocho a Jane, llevamos medio siglo casados y nunca hemos estado tan unidos. Y sigo escribiendo casi todos los días.

Nuestro cariño para ti y los tuyos.

Como siempre,

David



El 19 de octubre, día de su cumpleaños, le Carré celebró su recién confirmada ciudadanía irlandesa envolviéndose en la bandera tricolor de Irlanda.

A ALISON GERAGHTY, JEFA DEL REGISTRO DE NACIMIENTOS EN EL EXTRANJERO, IRLANDA

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
26 de octubre de 2020

Estimada Alison Geraghty:

Muchas gracias por su carta y por mi certificado de ciudadanía. Quiero agradecerles a usted y a su equipo este gran honor. Me ha devuelto usted mi larga amistad con Europa, convirtiéndome en un hijo tardío de Irlanda. En gran medida, mi educación corrió a cargo de mi abuela, que nació en Irlanda y llegó a Londres como doncella de servicio a principios del siglo XX. Mientras esperaba a que se tramitase mi solicitud, visité la casita donde nació y la iglesia que frecuentaba. Sentí una gran conexión emocional.

Muchas gracias a todos ustedes. Ahora estoy a la espera de mi pasaporte irlandés. Cuando llegue, pienso volar de Newquay a Cork y ponerme a buscar a mis antepasados.

Muchas gracias de nuevo.

Atentamente,

David Cornwell (alias John le Carré)



A YASSIN MUSHARBASH

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
23 de noviembre de 2020

Querido Yassin:

Te debo una carta mejor; voy a intentarlo. Respondiendo a tu

pregunta, hasta ahora nunca me he cansado de escribir. Estoy haciendo puñeterísimos esfuerzos por oír cómo roe la rata, pero de ningún modo puedo apartar mi mente de Jane, cuyo estado cambia (¿empeora?) de hora en hora. Con el cáncer, uno va aprendiendo poco a poco que no hay hechos, ni predicciones, ni diagnósticos, ni curas, que resistan el escrutinio. Eso es lo que acaban diciéndote los oncólogos. El de Jane, tan bueno como cualquier otro, se lo dijo en la primera consulta.

[…]

Todo se halla en espera. Nunca hemos estado tan cerca, ni tan lejos, porque la muerte, inminente o sencillamente a la vista, es un asunto muy privado, y cada uno lo hace a su manera.

En cuanto a la alegría de escribir, sí, tienes toda la razón en lo que se refiere a terminar. Lo es todo. Si no puedes ver el marco final de tu novela cuando entras en ella, no vayas en esa dirección, es mi experiencia. ¿Cuántos primeros capítulos no me habrán enviado, con la pregunta, «¿soy capaz de escribir?»? Respuesta, muéstrame tu último capítulo, y veremos. Por favor, da las gracias a la familia por mis chocolates, galletas y golosinas, por favor, da las gracias a todos por sus amables deseos, y las bonitas estrellas de papel. Seré más feliz la próxima vez.

Como siempre,

David



A DAVID GREENWAY

Tregiffian · St. Buryan · Penzance · Cornualles
25 de noviembre de 2020

Querido David:

No sé por qué me habré vuelto optimista en la vejez, pero mi opinión personal es que Trump se envenenará con su propia doctrina enfermiza, y quedará en evidencia por las demandas judiciales que lo aguardan. Hemos seguido vuestras elecciones como si fueran nuestras, y desde luego los paralelismos son hipnóticos. Nosotros también tenemos un líder ridículo sin ningún

respeto por la ley, sus consecuencias o el Parlamento.

El hecho de que haya estudiado Clásicas en Eton es extraordinariamente irrelevante. Es un *oik* de Eton,[7] parte del movimiento destructor, trumpista hasta la médula. El Brexit nos arruinará, pero es su niño mimado, así que al diablo con la cordura.

Aquí estamos de celebración permanente. Trump nos ha insultado y nos tiene aterrorizados con su populismo. Fue él quien dispuso el escenario para las peores cosas que suceden en el mundo ahora mismo, desde Europa del Este a Oriente Medio.

Nuestras noticias no son buenas. Jane ha estado muy enferma. La quimioterapia parece estar funcionando, pero le están cambiando el cóctel y los efectos secundarios son desalentadores. Padece unos dolores constantes, pero los soporta con nobleza. Los cuatro Nicks pasarán la Navidad con nosotros, si Covid quiere. Mi pobre hermana Charlotte se está muriendo (también de cáncer). Mountain Face y su familia están recuperando poco a poco la normalidad: casa reconstruida, hijo muy enfermo restablecido, gran reunión de Acción de Gracias de la amplia familia, perro nuevo.[8] Ahora vivimos todo el tiempo en Cornualles. La escena médica no es elegante, pero por ahora parece bastante correcta, y es lo que Jane quiere. Hoy hace un día perfecto: sol frío de invierno, mar azul profundo. Los ponis salvajes se han instalado ahora en el acantilado, pero no les resulta fácil.

Nuestro cariño para ti y los tuyos —en especial para JB—, y vamos a brindar el 20 de enero. Dios, qué evasión…

David

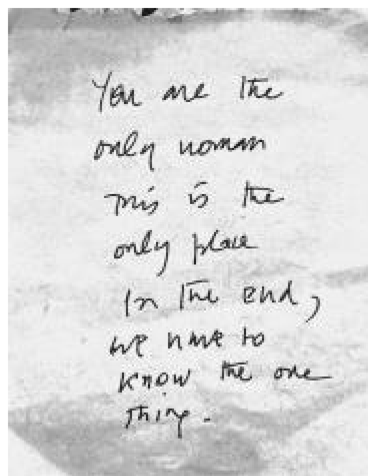


En diciembre de 2020, le Carré trabajaba en un libro cuyo título provisional era *The George Smiley Years* («Los años de George Smiley»), en el que se producía un último encuentro entre Smiley y Karla. Una noche sufrió una caída y una semana después empezó con fiebre. El 8 de diciembre, protestando porque tenía otras cosas que hacer, aceptó a regañadientes ir al hospital.

El último correo electrónico del iPad de le Carré, enviado desde el hospital, iba dirigido a su agente, Jonny Geller. «Simon te contará las circunstancias. En caso de que no lleguemos a hablar, gracias por todo», decía. «Has hecho un gran trabajo, y he aprendido a apreciar a tu familia y a admirarte mucho como amigo y como agente literario.»

CODA

John le Carré, David Cornwell, murió el 12 de diciembre de 2020 en el Royal Cornwall Hospital a causa de una neumonía. Junto a su cama solo había un libro, empaquetado apresuradamente para su visita al hospital: *The World of Jeeves*, («El mundo de Jeeves») de P. G. Wodehouse. Su mujer, Jane, estaba en otra planta del Royal Cornwall, pero, en aplicación de la normativa de la Covid, la pareja no tenía permitido verse. Jane llevaba en su bolsa del hospital una manta, algunos objetos personales y un sobre marrón tamaño A4 que contenía correspondencia, cuadernos de taquigrafía y bolígrafos, y un mensaje sin fecha de David arrancado de un librillo telefónico. Ella murió en su casa, de cáncer, el 27 de febrero de 2021.


You are the
only woman
This is the
only place
In the end,
we have to
know the one
thing.

Our year was
extraordinary, but
we didn't say
goodbye to it
properly: so
much effort,
at such cost,
such reward.

[Traducción de la nota: «Tú eres la única mujer / Este es el único lugar / Al final, tenemos que saber la única cosa. / Nuestro año fue extraordinario, pero no lo despedimos adecuadamente: tanto esfuerzo, a tan alto coste, tanta recompensa». *(N. del t.)*]

Nota para Jane Cornwell.

CRONOLOGÍA

1931 19 de octubre; nacimiento de David John Moore Cornwell en Poole, Dorset. Sus padres son Ronald Thomas Archibald Cornwell y Olive Moore Cornwell, nacida Glassey. Su hermano, Anthony, tiene dos años.

1934 Ronnie Cornwell es encarcelado por fraude y por obtención fraudulenta de bienes y dinero.[1] Le Carré tiene un recuerdo de su infancia en que lo visita en la cárcel de Exeter, pero admite que puede ser producto de su imaginación.

1936 Su madre, Olive Cornwell, desaparece de su vida cuando le Carré tiene cuatro o cinco años;[2] lo meten interno en la St. Martin's Preparatory School, Northwood, Middlesex, a los cinco años.

1936 Ronnie Cornwell incurre en bancarrota con una deuda de 20.000 libras.

1938 A los siete años, tras una operación de estómago, «una señora que más tarde se casó con mi padre» le lee *El viento en los sauces* dos o tres veces, y a partir de ahí todo parece «desencadenarse». La señora, recién casada, es Jean (Jeannie) Gronow, nacida Neal. Ronnie Cornwell eludía todo contacto con los libros, excepto los de grandes abogados.

1939 Pasa al internado St. Andrew's School en Pangbourne, Berkshire.

1944 Diciembre; boda de Ronnie y Jeannie Cornwell.

1945 Septiembre; pasa a la Sherborne School de Dorset; Jeannie lo acompaña el primer día.

1948 En Sherborne gana el English Verse Prize con su poema «The Dream of the Deserted Island» («El sueño de la isla desierta»), juega al críquet en el segundo equipo del colegio e interpreta al «Adivino» en una representación del *Julio César* de Shakespeare. A los dieciséis años, a pesar de las objeciones de su jefe de estudios, abandona Sherborne para estudiar alemán en la Universidad de Berna. Allí lo reclutan por primera vez los servicios de inteligencia británicos, para informar sobre grupos de estudiantes de izquierdas y hacer pequeños encargos en calidad de «mula».

1949 Sale de Berna para visitar la Alemania de posguerra, incluido el campo de concentración de Bergen-Belsen.

1950 Enero; conoce a Alison Ann Sharp, su futura esposa, en Saint Moritz.

Tras completar un periodo de formación básico para el servicio militar, se incorpora al Cuerpo de Inteligencia en el campamento de Maresfield, Uckfield, Sussex.

Diciembre; competiciones de esquí con el Club Downhill Only de Wengen, Suiza.

1951 Lo destinan a Austria como oficial de la inteligencia militar. Pasa un fin de semana de permiso con Ann.

1952 Competiciones de esquí en Saint Moritz y Klosters.

Con Robin Cooke, amigo de Sherborne y futuro padrino, se dedica a vender por todo el Reino Unido la revista *Cricketer*, para echarle una mano a Ronnie. Este se presenta a las elecciones en Yarmouth por los liberales; le Carré colabora en la campaña.

Octubre; asiste al Lincoln College de Oxford, donde ahora es tutor y capellán un antiguo maestro y capellán de Sherborne, el reverendo Vivian Green.

1953 Enero; Ann pasa varios meses en Estados Unidos. El MI5 recluta a le Carré para que espíe a los grupos de izquierda de Oxford. Agosto; en el campamento de Maresfield prevé reunirse con Ann cuando ella regrese. Navidades con Ann en Tunmers,

la casa de Ronnie Cornwell.

1954 Febrero; encuentro con Olive, su madre, en Suffolk, por primera vez en su vida adulta.[3]

Mayo o junio; compromiso formal con Ann. Ella firma la Ley de Secretos Oficiales tras haber sido adoctrinada por Dick Thistlewaite, controlador de le Carré en el MI5 de Oxford. David tiene previsto incorporarse al MI5 cuando termine en Oxford, en 1955; más adelante afirma que estaba empezando a trabajar en su primera novela.

Julio; nueva bancarrota de Ronnie con deudas de 1.359.000 libras. Cierre de la cuenta de le Carré en el Westminster Bank de Oxford.

Septiembre; ahora da clase en el campamento de Maresfield.

Octubre; Ronnie no paga los gastos de su hijo y este abandona Oxford para dar clase de alemán, latín y, según Ann, boxeo, en la escuela preparatoria Millfield (Edgarley Hall).

El 27 de noviembre Vivian Green casa a David y Ann. Pasan la noche en un hotel de Clifton. Ann deja su trabajo en una revista religiosa de Londres. Tras la boda se mudan a Cumhill Farm, Pilton. Luego, a principios de 1955, a una casita cercana, con retrete en el jardín. Le Carré produce una obra de teatro y pinta. Su perro, Bobby, aprende a andar con dos patas tras haber sido atropellado por un coche.

1955 Abril; tras una tardía luna de miel en París, decide volver a Oxford. Conoce a James y Susie Kennaway. Sigue dibujando y pintando, y decora un salón para un baile de Oxford.

1956 Tras graduarse con todos los honores, se traslada a Eton en septiembre para enseñar francés y alemán.

1958 Tras cinco cursos en Eton se despide voluntariamente y se incorpora al MI5. Encuentra una casa en Great Missenden. Todos los días sale hacia Londres a las 7.30 y regresa a las 20.00. Ann deja su puesto de subeditora en la revista *Home* para ocuparse de Simon, su primer hijo. Los Cornwell beben jerez de Chipre y café Lyons Continental.

Empieza a escribir durante las dos horas de sus desplazamientos en tren. Más adelante afirmará que George Smiley y John le Carré nacen en la primera página de *Llamada para el muerto*, en una pequeña habitación trasera del tercer piso de Leconfield House, en Curzon Street, donde él y sus colegas reclutaban agentes —hombres y mujeres— para operar contra la subversión comunista.[4]

1959 Septiembre; la familia se muda a Prince of Wales Drive, Battersea, un primer piso de cuatro dormitorios. En el MI5 le Carré ha conocido a John Bingham, en quien está inspirado Smiley; también lo está en Vivian Green.

Le Carré y Ann pasan un fin de semana en Nottingham porque él quiere verse con uno de sus agentes sindicales.

1960 Tras el nacimiento de su segundo hijo, Stephen, le Carré vuelve a casa después de su jornada laboral y le comunica a Ann que va a cambiar de trabajo, por el MI6. Decora el cuarto de los niños con escenas de cuentos de hadas. La familia contrata a un inquilino nigeriano.

Victor Gollancz decide publicar *Llamada para el muerto*, con un adelanto de 100 libras; le Carré recibe la noticia cuando ya es un nuevo miembro del MI6, junto a su amigo y compañero de prácticas John Margetson. En junio es nombrado oficialmente miembro del Foreign Office: una tapadera diplomática para su actividad de inteligencia.

1961 Junio; publicación de *Llamada para el muerto*. Julio; le Carré y su familia se instalan en Bonn, donde ocupa oficialmente el cargo de segundo secretario; su primer domicilio está en el barrio de Bad Godesberg, en el que más tarde localizó un ataque con bomba que ocurre en *La chica del tambor*.

1961/2 Visita el muro de Berlín y luego va a Dachau con Ann. El coche familiar es un Hillman Husky. Llega a su casa una pareja de alemanes orientales que Ann toma por espías; le Carré detesta la actitud de ciertos diplomáticos ante los «amigos» o espías. Ann asiste al primer concierto que da Yehudi Menuhin en Bonn después de la guerra. Le Carré trabaja en *El espía que surgió del frío*, en el dormitorio. Su padre, Ronnie, les hace una memorable visita presentándose en su casa de la orilla del Rin en un automóvil anfibio.

1962 Dick Franks, futuro director del Servicio Secreto de Inteligencia, es nombrado jefe de delegación de le Carré. Alfred Hitchcock se interesa en una posible versión televisiva de *Llamada para el muerto*.[5]

Mayo; da en la Oberhausen una conferencia sobre política exterior británica a la que asisten setecientas personas.

Julio; se publica *Asesinato de calidad*, en el que Smiley investiga un asesinato en un colegio público inglés con problemas de clase, escrita en un estilo cercano a la novela policiaca convencional. (Al año siguiente, un lector cinematográfico de Hollywood que está evaluando los libros de le Carré se pregunta si la novela se escribió verdaderamente antes de *Llamada para el muerto*.)

Octubre; durante la crisis de los misiles de Cuba los Cornwell son conscientes de que Bonn está en primera línea de un posible ataque ruso. Timothy, su tercer hijo, nace una semana después de que se haya aliviado la tensión.

El Rin se hiela en invierno. Le Carré asiste a la conferencia de Königswinter que se celebra todos los años entre funcionarios alemanes e ingleses.

1963 Febrero; viaja a Londres acompañando a Fritz Erler, representante del Partido Socialdemócrata Alemán; sigue adelante con su trabajo en el Foreign Office a lo largo de un año en que su vida cambia.

Marzo; Victor Gollancz se niega por escrito a incrementar los derechos de autor de le Carré sobre *El espía que surgió del frío*, pero le ofrece 175 libras en lugar de 150 en el momento de la publicación; más adelante el *Express* comunica que sus ingresos finales por el libro ascienden a unas 500.000 libras. Le Carré abandona a Gollancz para su novela siguiente, enmarca la carta y la cuelga en una pared de su despacho.

El espía obtiene buenas críticas y buenas ventas en Inglaterra y es aclamada por el sabor auténtico de su compleja operación dirigida contra el odiado jefe de los servicios de inteligencia de Alemania Oriental, Mundt. Le Carré insiste en que no participó en ninguna operación encubierta en el Este, sino que extrajo el relato exclusivamente a partir de su imaginación, y de

veteranos «que sí que habían participado en pequeñas partes». Paramount Pictures compra los derechos cinematográficos. El Foreign Office destina a le Carré a Hamburgo durante seis meses.

1964 El *Sunday Times* menciona que John le Carré es David Cornwell. La publicación de la novela en Estados Unidos, por Coward McCann Inc., la sitúa en el número uno de ventas en el mundo entero. Las revistas *Time* y *Life* envían fotógrafos a Hamburgo. Le Carré presenta su dimisión en el Foreign Office.

Le Carré y su familia alquilan la planta alta de una casa de piedra en Agios Nikolaos, Creta. Viajes a Londres, Nueva York y París.

Septiembre; la familia parte hacia la isla griega de Spetses.

David Bailey y Polly Devlin entrevistan a Ann para un reportaje sobre las esposas de escritores de novelas de espionaje. Trabaja en *El espejo de los espías*.

Noviembre; los Cornwell se mudan a Viena.

1965 Enero; conoce a Richard Burton y Elizabeth Taylor durante el rodaje en Dublín de *El espía que surgió del frío*; le cuenta a Ann que ha tenido una aventura con Susie Kennaway, casada con James Kennaway, novelista escocés.

Marzo; la familia regresa a Inglaterra y termina instalándose en Somerset, en una nueva casa.

Junio; se publica *El espejo de los espías*, el tétrico relato de una fútil misión de espionaje en Alemania del Este y de fracasos matrimoniales; le Carré la llama «una novela que escribí con dolor en la isla de Creta».[6]

Septiembre; en Chicago se entera de que Ronnie está en una cárcel de Yakarta.

Diciembre; se estrena la película *El espía que surgió del frío*.

1967 Se estrena *Llamada para un muerto*, versión cinematográfica de *Llamada para el muerto*, protagonizada por James Mason y

Simone Signoret. Obtiene cinco nominaciones para los premios BAFTA, pero no gana ninguno.

1968 Octubre; se publica *Una pequeña ciudad en Alemania*, en la que el personal de la embajada británica en Bonn es testigo del regreso de la derecha nacionalista alemana. La venta de sus derechos cinematográficos incluye que sea el propio le Carré quien se ocupe del guion; en febrero de 1969 la novela se sitúa en el número 1 de la lista de libros más vendidos en Estados Unidos; el *New York Times* la califica de «novela apasionante, de lectura compulsiva y con una trama brillante».

1969 Marzo; la London Weekend Television emite su documental biográfico *The Spymaker Comes in from the Cold: An Interview with John le Carré* («El hacedor de espías surge del frío: entrevista con John le Carré»).

Junio; ha terminado una obra de teatro para televisión y está trabajando intensamente en *El amante ingenuo y sentimental*, inspirada en su relación con los Kennaway, única novela suya en que abandona por completo el marco del género *thriller*. La muy tensa relación entre el Aldo Cassidy de la novela y su esposa, Sandra, sugiere paralelismos con el matrimonio del propio le Carré.

Más o menos en esa época su padre, Ronnie, amenaza con demandarlo —contará le Carré—, por el papel de padre malo que hace Aldo Cassidy, y por no haber recibido suficiente crédito en la entrevista de la London Weekend Television. Le Carré ha comenzado a construir un chalet en Wengen, donde compitió en carreras de esquí cuando era joven.

El 13 de octubre compra los Tregiffian Cottages en West Penwith, el extremo más occidental de Inglaterra. A lo largo de los veinticinco años siguientes irá convirtiendo en su retiro de Cornualles las tres casas situadas en lo alto de un acantilado, añadiéndoles un cuarto de trabajo y una biblioteca, y un jardín artístico de céspedes cercados y trazado formal, utilizando más de 160 toneladas de granito en unas paredes de piedra hechas con cantos rodados. En 2000, tras una disputa de planificación para evitar una construcción cercana, con el granjero a quien le había comprado el terreno, donó la media milla de tierra del acantilado de debajo de la casa al National Trust para salvarla de los «depredadores humanos».

1971 Le Carré y Ann se divorcian. Publicación de *El amante ingenuo y sentimental*; se lleva «un mal rato por las críticas», según el propio le Carré.[7]

Es el primer libro de le Carré que publica Alfred Knopf en Estados Unidos. La entonces novia de le Carré, Valerie Jane Eustace (Jane), le ha presentado a Bob Gottlieb, que será su editor en Knopf y publicará novelas fundamentales, entre ellas *El topo* y *Un espía perfecto*.

1972 Febrero y marzo; viajes a Kenia, Singapur y Hong Kong; regresa a África ese mismo año con sus hijos y participan todos en un safari. El 2 de mayo se casan le Carré y Jane, y su hijo Nicholas nace ese mismo año. Ann, por su parte, se casa con el diplomático Roger Martin el 24 de agosto, su cuadragésimo cumpleaños.

1974 Publicación de *El topo*. Relata los esfuerzos de Smiley por localizar a un topo soviético infiltrado en el Circo. Marca la recuperación de le Carré después de tres libros vacilantes, con malas críticas sobre todo para *El amante ingenuo y sentimental*. Se considera una de sus obras maestras, un punto de inflexión en la vida y la obra de le Carré, junto con *El espía que surgió del frío* y, más tarde, *Un espía perfecto*.

En preparación de *El honorable colegial*, recorre Asia durante seis semanas. Viaja a Berlín con sus hijos Simon y Stephen para ver el Muro.

1975 El 29 de junio muere Ronnie Cornwell, el padre de le Carré, a los sesenta y nueve años. Le Carré regresa al sudeste asiático, y en Hong Kong establece contacto con uno de los carceleros de su padre. En Tailandia, Laos y Camboya su guía principal es el periodista David Greenway. El mentiroso, un juego de dados que se practicaba en el Club de Corresponsales Extranjeros de Hong Kong, pasa a formar parte de las costumbres familiares en el chalet suizo de le Carré.

1977 Publicación de *El honorable colegial*, con el personaje de Jerry Westerby como punta de lanza del intento de George Smiley de trastornar las operaciones de Karla en Extremo Oriente. La novela aparece en la portada de *Time*. «La nueva novela de le Carré es dos veces más larga de lo que debería», declara Clive James en la *New York Review of Books*. *El honorable colegial*,

junto con *El amante ingenuo y sentimental*, a veces dan la impresión de no encajar en el canon de le Carré; pero el caso es que en los viajes de Westerby por el interior metropolitano de Hong Kong y la selva tórrida del Triángulo de Oro, el segundo libro de la Trilogía de Karla nos muestra a le Carré en la cumbre de sus facultades.

Visita Jerusalén y «da unas cuantas vueltas por Oriente Medio», pero deja para más tarde la novela sobre Oriente Medio que tenía prevista.

Abril; Francis Ford Coppola sugiere llevar al cine *El amante ingenuo y sentimental*, pero el proyecto queda en nada.

1979 Se estrena la serie de televisión de la BBC *El topo*, protagonizada por Alec Guinness. Publicación de *La gente de Smiley*, el último libro de la trilogía Karla. «Para el hombre de la calle, Smiley será durante mucho tiempo el Sherlock Holmes del espionaje», le comenta le Carré a su agente, George Greenfield.[8]

1981 Comunica a sus amigos que ha rechazado el nombramiento de comendador del Imperio británico.[9] Ha estado dudando entre escribir su «libro de papá», basado en la relación con su padre, o poner en marcha una novela sobre el terror en Oriente Medio.

1983 Se publica antes *La chica del tambor*, en la que un equipo antiterrorista israelí recluta a una actriz inglesa para capturar a un fabricante de bombas palestino. La investigación previa de le Carré incluye una reunión con el líder de la Organización para la Liberación de Palestina, Yasser Arafat, y también con figuras militares israelíes como el general Shlomo Gazit, antiguo jefe de la Dirección de Inteligencia Militar. En 1984 se rueda una película protagonizada por Diane Keaton, a quien no le iba el papel.

1986 Publicación de *Un espía perfecto*, novela autobiográfica que analiza una relación paternofilial y cuyo personaje principal está inspirado, no sin empatía, en el padre de le Carré; el hijo, Magnos, trabaja para el MI6. El *New York Times* dice de ella que es «una novela de espionaje de primera clase, quizá la mejor de su ya impresionante obra». Philip Roth afirma que es la mejor novela inglesa de después de la guerra. Stephen Schiff, más adelante, en *Vanity Fair*, la considera «una de las más

penetrantes descripciones, en todo el ámbito de la literatura, de los vínculos entre el amor y la traición».

1987 Empieza a documentarse para *La casa Rusia*, ambientada en la Rusia posterior a la Guerra Fría, y visita Rusia por primera vez, pero declina la oportunidad de conocer a Kim Philby. Pasará un tiempo en la costa Este de Estados Unidos, prestando atención a los personajes estadounidenses del libro.

1988 Acepta el Premio Malaparte, galardón literario italiano. Graham Greene lo había rechazado.[10]

1989 Muere Olive Hill, la madre de le Carré, a los ochenta y tres años. Él está con ella la noche de su muerte. Publicación de *La casa Rusia*; en octubre se pone en marcha la adaptación cinematográfica, con Sean Connery y Michelle Pfeiffer en los papeles principales. Se rueda en Leningrado. El nombre del científico ruso que quiere publicar secretos del arsenal soviético cambia de Goethe en el original a Dante en la película.

1990 Vuelve George Smiley en *El peregrino secreto*, una serie de relatos vinculados a una conferencia que da Smiley a una promoción de funcionarios de inteligencia en prácticas.

Diciembre; estreno de la película *La casa Rusia*.

1991 Marzo; visita Egipto, documentándose para *El infiltrado*. «Un Luxor vacío, un Asuán vacío, museos vacíos en El Cairo, un viaje mágico, un tanto perturbado por el miedo generalizado a volar, coches vacíos o desocupados, etcétera. Pero maravilloso», le cuenta a Viviane Green. En el transcurso de su investigación sobre el negocio del armamento, visita al carismático traficante de armas y coleccionista holandés Henk Visser, condenado a muerte por su papel en la Resistencia holandesa durante la Segunda Guerra Mundial.

La película *Asesinato de calidad*, protagonizada por Denholm Elliott en el papel de Smiley y un Christian Bale adolescente, se emite por televisión en el Reino Unido y Estados Unidos. El papel de Smiley lo iba a hacer Anthony Hopkins, que se retiró en el último momento; le Carré visita el colegio de Sherborne por primera vez en veinte años, dado que es allí donde se rueda la película.

1992 Octubre; termina el primer borrador de *El infiltrado*. La novela, en la que un antiguo portero de noche de un hotel es reclutado para acabar con un traficante de armas, se publica en 1993.

1993 Septiembre; visita de nuevo Rusia, con su hijo Nick, el futuro novelista Nick Harkaway, en busca de documentación para *Nuestro juego*; preparativos para una película sobre *El infiltrado* que no conducen a nada concreto.

Cancela un viaje por las montañas del Cáucaso central que tenía previsto para 1994. Allí se localizan los capítulos finales de *Nuestro juego*.

1995 *Nuestro juego* se publica dieciocho meses después de haber iniciado sus tareas de documentación en el Cáucaso Norte como escenario de su novela. Ya ha estallado la guerra en Chechenia. «Una vez más, le Carré predijo la noticia», comenta a los libreros Sonny Mehta, jefe de Knopf. «Nos recuerdo a unos cuantos sentados en torno a un atlas mientras le Carré nos mostraba dónde estaban Chechenia, Ingusetia y Osetia. Ahora, por desgracia, esos nombres ocupan nuestros titulares.» Comienza sus investigaciones en Panamá para su próxima novela.

1996 Septiembre; John Calley, jefe de estudio en Hollywood, buen amigo de le Carré, empieza a explorar la posibilidad de llevar al cine *El sastre de Panamá*; el libro, en el que un sastre inglés medio judío se ve envuelto en una trama conspirativa por un agente secreto inglés descarriado, antes de la entrega del Canal a Panamá, aparece al año siguiente.

Noviembre; va a las islas Sorlingas, cerca de la costa de Cornualles, con Frank Gibson, para escribir sobre el archivo familiar multigeneracional de fotografías de naufragios.

1997 Viaja dos veces a Turquía, documentándose para las escenas clave de su novela *Single & Single*, y dos veces a Georgia al año siguiente.

1998 Tras veintisiete años con él, deja a su editor norteamericano, Alfred A. Knopf, y se pasa a Scribner’s.

1999 Enero; va a Panamá en busca de localizaciones para *El sastre*

de Panamá, con el director Tony Scott. A este lo sustituirá más adelante el director John Boorman.

Abril; mientras le Carré se documenta para su nueva novela en Kenia, su amiga, la trabajadora humanitaria Yvette Pierpaoli, fallece en un accidente de automóvil en Albania. La había conocido en 1974, documentándose para *El honorable colegial* en Asia.

Publicación de *Single & Single*, nueva exploración del enfrentamiento de un hijo con un padre profundamente corrupto.

Noviembre; emprende una gira por teatros del Reino Unido para promocionar el libro.

2000 Mayo; va a Canadá a documentarse sobre las grandes farmacéuticas para *El jardinero fiel*; conoce a Nancy Olivieri, investigadora y activista canadiense. El libro se publica por entregas en *The Times* y vende más de cien mil ejemplares en el Reino Unido tras su publicación el 11 de diciembre.[11] Hugo Young, periodista del *Guardian*, le escribe diciéndole que es «uno de sus mejores libros recientes».[12] Michiko Kakutani critica «esta decepcionante novela» con su «víctima de papel» en el *New York Times*.

2001 Febrero; la película de *El sastre de Panamá* se estrena en el Festival Cinematográfico de Berlín, en presencia de le Carré y Jane. Se distribuye ampliamente en primavera.

Mayo; le Carré y Jane se van de vacaciones tempranas a Baviera, en busca de los altares de Tilman Riemenschneider, escultor alemán del siglo XVI.

Octubre; celebra su septuagésimo cumpleaños en Siena.

2003 Enero; el ensayo de le Carré «The United States of America has Gone Mad» («Los Estados Unidos de América se han vuelto locos»), en el que critica duramente la preparación de la invasión de Irak, se publica en *The Times* y se difunde por el mundo entero. Mientras tanto se esfuerza denodadamente en terminar su nueva novela.

Diciembre; publicación de *Amigos absolutos*, de la que se dice en una reseña que es «una enojada disquisición sobre geopolítica contemporánea,[13] en la que el protagonista de le Carré aborrece a Tony Blair por haber metido a Gran Bretaña en la guerra contra Irak». Le Carré lee el libro en el programa de la BBC *Book at Bedtime* («Un libro a la hora de acostarse»).

2005 Mayo; estreno en Leicester Square de la película basada en *El jardinero fiel*, con Ralph Fiennes y Rachel Weisz en los papeles principales.

Noviembre; le Carré acepta el título de Commandeur de l'Ordre des Arts et des Lettres en la residencia del embajador de Francia en Londres.

2006 Hace un viaje de última hora al Congo para documentarse sobre el terreno, previo a la publicación de *La canción de los misioneros* en Septiembre.

2008 Septiembre; publicación de *El hombre más buscado*, ambientado en la comunidad musulmana de Hamburgo en que le Carré estuvo destinado.

2009 Publica su primera novela —*El mundo que vimos desaparecer*— uno de los hijos de le Carré, Nicholas, bajo el nombre de Nick Harkaway.

Tras treinta y ocho años y dieciséis novelas con Hodder & Stoughton, su editor del Reino Unido, le Carré se pasa a Penguin, afirmando que la oportunidad de trabajar en «la editorial clásica del libro de bolsillo» era «imposible de desaprovechar».[14]

2010 Dos hijos de le Carré, Simon y Stephen, fundan una compañía cinematográfica, The Ink Factory.

Su amigo John Margetson escribe lamentando que le Carré haya rechazado el título de caballero.[15] Adam Sisman emprende sus primeras entrevistas para la biografía de le Carré. Poco después de la publicación de *Un traidor como los nuestros* comienza el rodaje de *El topo*, dirigida por Tomas Alfredson. Jon Snow de Channel 4 acude a Cornualles para una «última entrevista» con le Carré.

2011 Agosto; acepta la medalla Goethe de Alemania por su contribución al «desarrollo de la coalescencia, la paz y la creatividad en Europa».16 «Las medallas me traen sin cuidado, pero esta hace juego con la Légion d'Honneur, y es lo que me toca.»17

Septiembre; estreno de la película basada en *El topo*, con Gary Oldman en el papel de Smiley. Obtiene el Alexander Korda Award a la mejor película británica en los premios BAFTA.

Celebra su octogésimo cumpleaños en Cornualles.

2012 Junio; la Universidad de Oxford lo nombra doctor honorario en Letras junto a Aung San Suu Kyi. Esta dice, durante su discurso, mirando a le Carré: «Mientras estuve bajo arresto domiciliario también me servían de ayuda los libros de John le Carré: eran un viaje a un mundo más amplio».18 Le Carré, que ha rechazado premios nacionales una y otra vez, le dice en un email a Tom Bower: «Oxford ha sido una gran alegría para mí; es seguramente el único galardón que deseaba, aunque no lo supe hasta que me lo ofrecieron».

2013 Abril; publicación de *Una verdad delicada*. Los críticos saludan la novela como un «notable regreso a su mejor forma»19 por parte de le Carré, de ochenta y un años. Explora la subcontratación de operaciones de defensa e inteligencia a proveedores privados.

2014 Estreno de la película basada en *El hombre más buscado*, protagonizada por Philip Seymour Hoffman y coproducida por Simon y Stephen Cornwell.

2016 Febrero; empieza a emitirse la serie de televisión basada en *El infiltrado*, protagonizada por Hugh Laurie, Tom Hiddleston y Olivia Colman, también producida por los hijos de le Carré, Simon y Stephen, a través de la Ink Factory. Obtiene tres globos de oro.

Mayo; estreno de la película basada en *Un traidor como los nuestros*, producida también por la Ink Factory y protagonizada por Ewan McGregor y Stellan Skarsgård; con división de opiniones por parte de los críticos.

Septiembre; se publica *Volar en círculos*, las memorias de le Carré, una combinación de escritos antiguos y nuevos, en parte como respuesta a la biografía de Adam Sisman, publicada el año anterior. *Volar en círculos* ocupa el primer puesto en la lista de más vendidos en el Reino Unido, según el *Sunday Times*.

2017 Septiembre; publicación de *El legado de los espías*, en que le Carré recupera a Smiley, Guillam y el relato de fondo de *El espía que surgió del frío*. Le Carré, que ya tiene casi ochenta y seis años, organiza un acto de presentación de casi dos horas de duración en el Southbank Centre, «An Evening with George Smiley» («Una velada con George Smiley»), con lleno total. El libro alcanza el primer puesto en la lista de más vendidos del *New York Times*, medio siglo después de que *El espía que surgió del frío* fuese el primero en encabezar esa lista.

2019 Octubre; publicación de *Un hombre decente*, considerada la novela de le Carré sobre el Brexit.

2020 Enero; recibe en Estocolmo el Premio Olof Palme, dotado con 100.000 dólares, por su «comprometida y humanista creación de opinión en forma literaria». Lo dona a Médicos sin Fronteras.

Octubre; se le concede la nacionalidad irlandesa porque su abuela —Bessie, la madre de Ronnie Cornwell— era «irlandesa pura».

12 de diciembre; tras una caída, fallece de neumonía en el Royal Cornwall Hospital.

2021 27 de febrero; fallece Jane Cornwell en su casa de Cornualles.

Octubre; publicación de *Proyecto Silverview*.

LISTADO DE ILUSTRACIONES Y CRÉDITOS DE LAS FOTOGRAFÍAS

Láminas

33. Le Carré y Vladímir Stabnikov.
34. Le Carré y Jane en las carreras.
35. Sonny Mehta.
36. Le Carré y Anthony Barnett en una marcha contra la guerra.
37. Le Carré y Ralph Fiennes.
38. Le Carré y Philip Seymour Hoffman.
39. Le Carré y los intérpretes de *El topo*.
40. Le Carré y Ben Macintyre.
41. Le Carré, August Hanning, Tim Garton-Ash el príncipe Albrecht Ernst de Oettingen-Spielberg.
42. Le Carré y los intérpretes de *El infiltrado*.
43. Le Carré con sus hijos.
44. Le Carré y Yassin Musharbash.
45. Le Carré y Jonny Geller.
46. Le Carré en una marcha anti Brexit.
47. Le Carré en su octogésimo noveno cumpleaños, envuelto en la bandera irlandesa.

Créditos de las fotografías

La mayor parte de las imágenes se reproducen con la amable autorización de la familia Cornwell.

Dentro de lo razonable, se han hecho todos los esfuerzos para localizar a los titulares de los derechos de autor, pero el editor agradece cualquier información que aclare la propiedad de cualquier material no atribuido que se muestre aquí y hará lo posible por corregir la omisión en las reimpresiones.

AGRADECIMIENTOS

Si hay una persona que tiene todo el derecho del mundo a considerarse coeditora de este libro, esta es Vicki Phillips, quien durante diecisiete años fue secretaria de David y Jane Cornwell. Ella contribuyó a organizar el archivo de Tregiffian y supo indicarnos todos los caminos que a él conducían. Fue la Connie Sachs de esta operación, aunque manteniendo, a diferencia de Connie, una magnífica calma y un minucioso orden en el sistema de archivo. Su labor resultó inestimable.

Mi hermanastro, Nick Cornwell —el escritor Nick Harkaway— siempre ha aportado al complicado tema de mis padres una dosis de lúcida brillantez aderezada con sentido común y amor. Fue generoso con su aportación en todas las fases de este libro, especialmente en la introducción. Mi hermano Simon Cornwell, en su calidad de albacea literario de mi padre, nos sirvió de guía en todas las etapas.

Roland Philipps, amigo de mi padre y antiguo editor en Hodder & Stoughton, amplió esa amistad hasta el punto de compartir sus propias cartas, buscar otras en los archivos de Hodder y ofrecer rápidas y diestras primeras lecturas de la selección.

Ciertas colecciones particulares de cartas impulsaron el relato de la vida de mi padre. Nancy Cranham nos ofreció la esclarecedora correspondencia con su madre, Charlotte Cornwell, y con su abuela, Jean Cornwell. Lady Miranda Margetson fue la paciencia hecha carne al permitirme acceder a las cartas dirigidas a mi padrino, sir John Margetson. Nettie y Trevor Cornwell me enviaron copias de las cartas al hermano de mi padre, Tony, y completaron su contexto.

Sir Tom Stoppard tuvo la amabilidad de facilitarnos varias cartas de una notable y afectuosa correspondencia. William Shawcross, por su parte, puso todo su empeño, sin demasiado éxito, en un almacén inundado. Nicholas Shakespeare y Gillian Johnson nos acogieron en Wiltshire y nos proporcionaron una sincera orientación sobre las cartas que mi padre les escribió.

Merece todo mi respeto la extraordinaria Susan D. Anderson, que tomó la decisión de que las fascinantes cartas a ella dirigidas se publicaran con su nombre. Susan: gracias.

El periodista alemán Yassin Musharbash nos ofreció, además de su propia correspondencia con mi padre, sus talentos como traductor, y tuvo la amabilidad de asesorarnos sobre el contexto alemán y el uso de este idioma en sus textos. Alex Williams compartió los faxes de mi padre a su madre, Olive, con ayuda de su nieto, Max Perrin. Anne Alvarez nos dio acceso a la correspondencia de mi padre con ella y su marido, Al Alvarez. Richard Greene, biógrafo de Graham Greene y editor de sus cartas, me ayudó a localizar la correspondencia de Greene conservada en la biblioteca Burns del Boston College.

La pandemia del coronavirus y sus restricciones a los viajes y al uso de los espacios públicos hicieron que la mayor parte de la búsqueda inicial de cartas, además de las archivadas en Tregiffian, se realizara a distancia, desde mi escritorio. Tuve que recurrir a la generosidad de bibliotecarios y archiveros para que me proporcionaran copias en un momento en que sus instituciones en especial se hallaban bajo mucha presión.

Me refiero sobre todo a Elizabeth L. Garver, investigadora asociada de Colecciones Francesas e Italianas del Centro Harry Ransom de la Universidad de Texas, en Austin, quien me facilitó el acceso a las cartas, incluida la correspondencia con Victor Gollancz; también Rachel Hassall, archivera de la Sherborne School, arrojó una luz extraordinariamente bien informada sobre el periodo escolar de mi padre y las complejas actitudes al respecto

que lo acompañaron durante décadas; y Lindsay McCormack, archivera del Lincoln College, nos permitió echar un vistazo a su carrera en Oxford.

El doctor Colin McIlroy, conservador de la Biblioteca Nacional de Escocia (Manuscritos Literarios Modernos), tuvo la amabilidad de colaborar en la investigación sobre el material de Kennaway. Gracias también a Andrew Riley, archivero jefe del Churchill Archives Centre del Churchill College de Cambridge; Catherine Flynn, archivera jefa del Penguin Random House Archive and Library; Annie Price, archivera de colecciones especiales de la Universidad de Exeter, y Rachel Foss, conservadora de manuscritos literarios modernos de la Biblioteca Británica. El bibliotecario de Bodley, Richard Ovenden, nos facilitó por escrito su conmovedora información sobre la asociación de mi padre y Jane tras su muerte; mi agradecimiento a él, así como a Oliver House y Rachael Marsay, de las Bibliotecas Bodleianas; Hannah Smith, bibliotecaria adjunta de la Biblioteca del Eton College; Alexandra Mitchell, archivera de la Biblioteca de la Universidad de Salford, Mánchester, y a Genevieve Maxwell, bibliotecaria principal de referencia de la Academia de las Artes y las Ciencias Cinematográficas. John Wells, archivero jefe del Departamento de Archivos y Manuscritos Modernos de la Biblioteca de la Universidad de Cambridge, me ayudó a acceder al material de Hugh Thomas; agradezco a los Síndicos de la Biblioteca de la Universidad de Cambridge que me permitieran utilizarlo. Emma Davidson, bibliotecaria de la Henry W. and Albert A. Berg Collection of English and American Literature, de la Biblioteca Pública de Nueva York, me localizó la correspondencia con Herbert Mitgang.

Por haberme ayudado, proporcionándome cartas o autorizando su uso —incluidas las que por desgracia no entraron en la selección final—, doy las gracias: a Eric Abraham; a Anthony Barnett y Judith Herrin; a Buzz y Janet Berger; a Susanne Bier; a Kai Bird; a Tom Bower; a Caroline Brown; a Margaret Bullard; a William Burroughs; a

sir Bryan Cartledge; a Adrian Churchward; a Sherman Gilbert Cochran; a Robin Cooke; a John y Margaret Cooper; a Nettie Cornwell; a Susan Cornwell; a Trevor Cornwell; a Rex Cowan; a Steve Crawshaw; a Justin Dell; a Jeremy Deller; a Charlotte Dennett; a Bernhard Docke; a Owen Dudley Edwards; a Ehud Elizur; a Ralph Fiennes; a Robert Forrest; a Stephen Fry; a Jonny Geller; a John Goldsmith; a Robert Gottlieb; a Richard Greene; a Michael Hall; al doctor August Hanning; a Luke Harding; a Graham Hayman; a Henry Hemming; al professor George Hewitt; a Bruce Hunter; a John y Mary James; a Michael Jayston; a Sam Joiner; a Lieve Joris; a Alan Judd; a Matthew Keegan; a Julie Kentish-Barnes; a Jane S. Kerr; a Mayuree Laolugsanalerd, directora de Relaciones con los Huéspedes del hotel Mandarin Oriental de Bangkok; a Hugh Laurie; a Michael Lyubimov; a Ian McEwan; a Annabel Markova; a Glenda Moakes; a Nancy Olivieri; a Tony Palmer; a Neil Pepper MBE; a Emmanuele Phuon; a Martin Pick; a Vladímir Pucholt; a Anna Rankin; a John Roberts; a Barbara Rosenbaum; a Julian Ryder-Richardson; a Stefan Schaller; a Andreas Seiter; a Petronilla Silver; a Robyn Slovo; a Andrew Stilwell; a Harry Tangye; a Inigo Thomas; a James Van Sant; a Federico Varese; a lord William Waldegrave; a Emma Warren; a John Westerby; a Rob y James Whyte; a David Wilkinson; a Michela Wrong; a Anita Osnat Yoshpe.

Pam Wells y el autor de *Sandakan*, Paul Ham, completaron lo que yo sabía de Rod Wells, compañero de mi padre durante su periodo de formación en el MI6, una figura legendaria. Simon Bingham proporcionó el retrato de su padre, John Bingham, hecho por el mío, aunque lamentablemente no han aparecido cartas. Otros que contribuyeron a mis consultas fueron Len Deighton, John J. Geoghegan, Michael Attenborough, Tim Bryars, William Scoular, Sebastian Ritscher de Mohrbooks, Philippa Heumann y Heather J. Sharkey de la Universidad de Pensilvania. Agradezco a Alice Pitman que me proporcionara el artículo sobre mi padre que escribió el suyo, el periodista Robert Pitman.

En la casa de mi padre en Tregiffian, Cornualles, Wendy Le Grice comenzó a trabajar en su archivo. Brenda Bolitho, Gordon Ewing y Carl Swadling fueron fundamentales en el cuidado de mis padres y de su casa.

Este libro está dedicado al bisnieto de mi padre, Noah David Cornwell Hughes. David y J. B. Greenway, amigos íntimos de mi padre, son sus otros bisabuelos y fueron muy generosos con sus cartas y su tiempo. Noah ha tenido un comienzo tumultuoso en la vida, una tragedia compartida con sus extraordinarios padres, Annie y Paul, su tía Eliza y su abuela, la escritora Alice Greenway.

Ha sido un privilegio trabajar con la editora de Viking, Mary Mount, así como con Jonny Geller, agente y amigo de mi padre. La corrección de estilo efectuada por Donna Poppy descubrió o aclaró varios errores críticos; cualquier otro error que persista debe atribuírseme.

Este libro ha sido un viaje con una pierna escayolada. No podría haberlo emprendido, ni mucho menos haber llegado a la línea de meta, sin el aliento infinitamente paciente de mi pareja, Anna Arthur. A ella le debo mi amor, mi agradecimiento y mi precaria cordura.



1. *(De pie)* Olive y Ronnie Cornwell, con los padres de Ronnie, Elizabeth (Bessie) y Frank. *(Sentados)* David y su hermano mayor, Tony, con los padres de Frank. Ochenta años después, le Carré reclamó la ciudadanía irlandesa por medio de Bessie. *Circa* 1935-1936.



2. Ronnie, Olive, David y Tony Cornwell. Una visión efímera de una familia feliz: Olive abandonó la familia cuando David tenía cinco años, y no volvieron a verse hasta que él tuvo veintiuno. *Circa* 1935.



3. Ronnie disfruta de la proximidad del marido de la princesa Isabel, mientras el Comité de la Sociedad Deportiva de Albany entrega un cheque de diez mil libras al duque de Edimburgo para la Asociación Nacional de Campos de Juego. 1950.



4. David y Tony Cornwell.



5. Jeannie Cornwell. Jeannie, que entonces tenía veintisiete años, se casó con Ronnie en 1944; leyó mensajes codificados para la Resistencia como locutora de guerra de la BBC, y *El viento en los sauces* a David.



6. David en el equipo de hockey de la Sherborne School, 1947. David está en la fila de atrás, el segundo por la derecha. También fue capitán del equipo juvenil de críquet de Westcott House y ganó el premio de poesía del colegio, pero salió huyendo de allí a los dieciséis años.
Cortesía de la Sherborne School



7. Reginald Stanley Thompson por Elliott & Fry. «Thomper» —así lo llamaban— fue durante dieciséis años director de la Westcott House de Sherborne; era hombre de fuertes convicciones y profunda fe

cristiana. 1952.



8. Sombrero de copa y abrigo de pieles: Ronnie, Jeannie, David y Tony Cornwell.



9. David practicando esquí alpino: «Participé en la carrera de Lauberhorn cuando era un inglés de los más tontos, y casi me mato».



10. David —en uniforme de gala— con Ann en un baile. Se conocieron cuando él tenía dieciocho años y ella diecisiete.



11. David y su hermanastra Charlotte, hija de Jeannie Cornwell, diecisiete años más joven que él.



12. Vivian Green, capellán y tutor de la Sherborne School y del Lincoln College de Oxford, es el modelo de la humanidad de Smiley, de su percepción de la fragilidad humana y de su dificultad para comprar ropa.
© Deborah Elliott



13. Retrato de Ann por David. A ella le encantaba su idea de ser pintor y dibujante.



14. John y Miranda Margetson en su boda del 11 de mayo de 1963. Detrás vemos a Juliet, la hermana de Miranda, y a le Carré, que fue testigo.
Reproducido con la amable autorización de la familia Margetson



15. Sir Victor Gollancz. En 1960 pagó un anticipo de cien libras por *Llamada para el muerto*, de «un nuevo y talentoso escritor de novela negra», John le Carré. Más tarde aceptó «estirarse un poco» y pagar ciento setenta y cinco libras por *El espía que surgió del frío*.
© National Portrait Gallery, Londres

Best Seller List

An analysis, based on reports from more than 125 bookstores in 64 communities throughout the United States, showing the sales rating of the leading fiction and general titles. Sales through outlets other than bookstores are not included, and figures which are shown in the right-hand column do not necessarily represent consecutive weeks appearance on the list.

August 2	August 9	August 16	This Week	Fiction	Weeks on List
1	1	1	1	The Spy Who Came in From the Cold. *Le Carré*	32
2	2	2	2	Armageddon. *Uris*	10
6	5	5	3	The Rector of Justin. *Auchincloss*	4
5	3	3	4	Julian. *Vidal*	10
3	4	4	5	Candy. *Southern and Hoffenberg*	13
4	6	6	6	Convention. *Knebel and Bailey*	22
9	7	7	7	The 480. *Burdick*	7
10	9	10	8	The Group. *McCarthy*	51
			9	This Rough Magic. *Stewart*	1

16. *El espía que surgió del frío* encabezando la lista de bestsellers del *New York Times* por trigésima segunda semana consecutiva.



17. Graham Greene. Apoyó *El espía que surgió del frío* afirmando que era «la mejor novela de espías que he leído nunca».
Pictorial Press Ltd./Alamy Stock Photo



18. La familia Cornwell se trasladó de Alemania a Grecia en 1964, cuando le Carré dimitió del Foreign Office; estuvieron en Creta y Spetses.
Jean-Claude Sauer/Paris Match via Getty Images



19. Pluma y pipa en mano, le Carré dibuja con los jóvenes Simon and Stephen.



20. Richard Burton y le Carré en 1965, durante el rodaje de la película *El espía que surgió del frío*.
Daily Mail/Shutterstock



21. Susan Kennaway, luego Susan Vereker. Estuvo casada con el escritor James Kennaway hasta la muerte temprana de este en un accidente de automóvil. Le Carré admitió su relación a Ann en 1965.
Susan Vereker



22. El director Sydney Pollack, en la época de *Danzad, danzad, malditos*, estrenada en 1969. Sus proyectos cinematográficos sobre obras de le Carré fueron de *Una pequeña ciudad en Alemania* hasta *El infiltrado*.
Steve Schapiro/Corbis via Getty Images



23. Valerie Jane Eustace se convirtió en Jane Cornwell tras su matrimonio con le Carré en 1972. «La encuentro empática, comprensiva y extraordinariamente inteligente», escribió después de que se conocieran en un evento literario en Birmingham.



24. Figura legendaria de la edición norteamericana, Robert Gottlieb fue el editor principal de Simon & Schuster y Alfred A. Knopf, y redactor jefe del *New Yorker*. Para le Carré, «el más grande de todos».
George Etheredge



25. Le Carré y Jane trabajando en El topo en su despacho de Tregiffian, en 1974.



26. Le Carré con Nicholas, Jane y Stephen Cornwell en la cocina de su casa de Cornualles. 1974.
Ben Martin/Getty Images



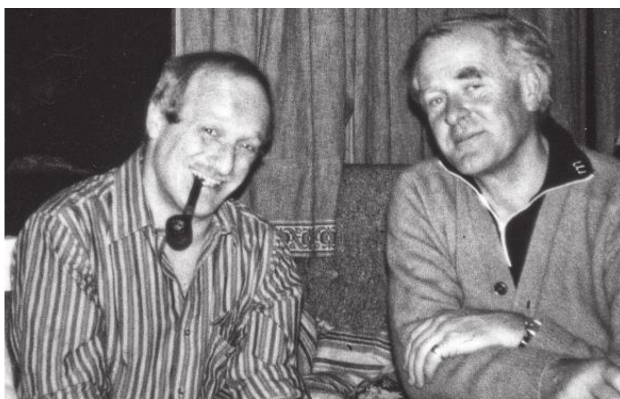
27. Le Carré y Alec Guinness, seguramente en Hampstead Heath, donde ocurrían secuencias muy importantes de *La gente de Smiley*. «Si hay que pedir la luna, pediremos a Guinness en el papel de Smiley.»



28. Yvette Pierpaoli, «que vivió y murió importándole todo un bledo», según su dedicatoria en *El jardinero fiel*.
Pascal Parrot/Sygma/Sygma via Getty Images



29. Le Carré con David Greenway en Corfú, donde sus dos familias veraneaban juntas en la década de 1970. Greenway cubrió la guerra de Vietnam para la revista *Time* y el *Washington Post* entre 1967 y 1975. Ayudó a le Carré a navegar por el sudeste asiático para *El honorable colegial* y por Oriente Medio para *La chica del tambor*. Reproducido con la amable autorización de la familia Greenway



30. Le Carré y Al Alvarez. «Al y yo nos echábamos a reír en cuanto

estábamos a menos de dos metros de distancia.»



31. Le Carré con Mach, su galgo inglés, en Hampstead Heath, donde Smiley recupera una pista fundamental para el homicidio de Vladímir en una avenida bordeada de árboles.
© Stuart Franklin/Magnum Photos



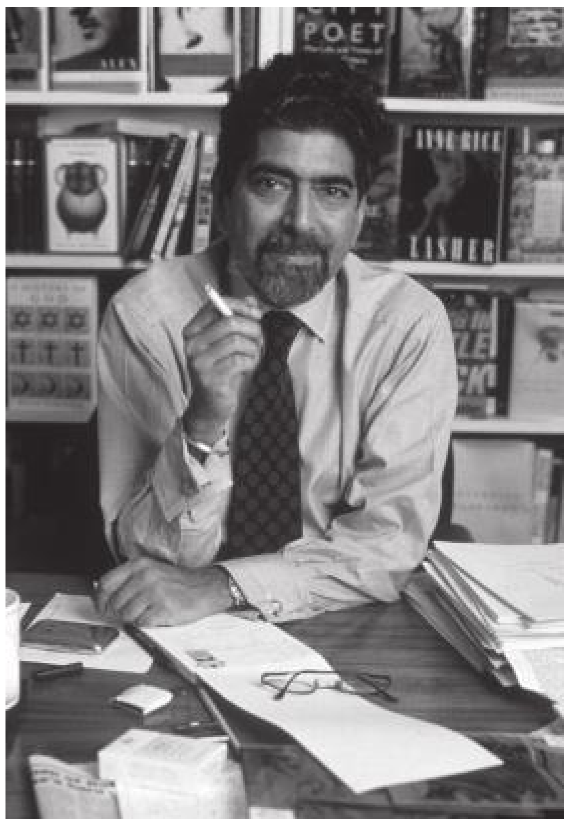
32. Charlotte Cornwell cuando trabajaba en la Royal Shakespeare Company, poco después de la segunda serie de *Rock Follies* en 1977; interpretó, entre otros, el papel de Juana la Doncella en *Enrique VI* y Rosalinda en *Como gustéis*.



33. Le Carré y Vladímir Stabnikov, traductor y anfitrión oficial de le Carré en representación de la Asociación de Escritores, durante su primera visita a la Unión Soviética, en 1987. «Entablamos una verdadera amistad», escribió le Carré.



34. Le Carré y Jane con Anatoly Adamishin y su mujer, cuando estos visitaron Tregiffian y los llevaron a pasar el día en el hipódromo.

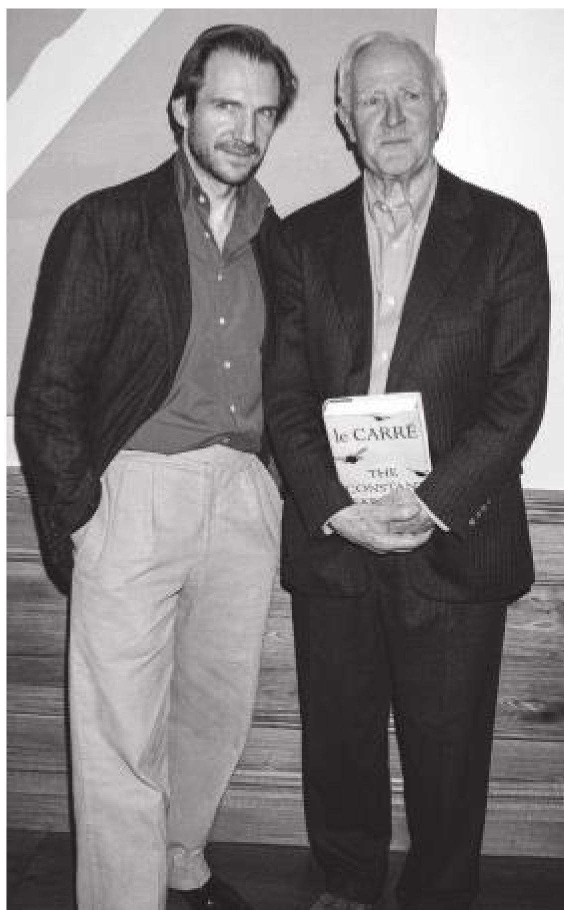


35. Sonny Mehta, editor principal de A. Knopf, que fue la editorial norteamericana de le Carré durante treinta años.
Getty Images



36. Le Carré en una marcha contra la guerra con el escritor y activista Anthony Barnett en 2003. En varias entrevistas para la promoción de *Nuestro juego*, le Carré pidió la dimisión de Tony Blair y el reconocimiento oficial de que el Reino Unido había entrado en la guerra sobre la base de información engañosa confeccionada en Downing Street.

Judith Herrin



37. Le Carré con Ralph Fiennes, que interpretó el papel de Justin en la película de Fernando Meirelles *El jardinero fiel*. «Nada en mi vida ha sido comparable con esta película, y su repercusión», escribió le Carré en 2006.
Dave M. Benett/Getty Images



38. Le Carré en el set de la película de 2014 basada en *El hombre más buscado*, con Philip Seymour Hoffman; le Carré se dejó barba para su cameo en un bar de mala nota.
Anton Corbijn/Contour by Getty Images



39. Le Carré con los intérpretes de la película de 2011 El topo: Roger LloydPack, John Hurt, Benedict Cumberbatch, Colin Firth, Gary Oldman y el director Tomas Alfredson.
Dave M. Benett/Getty Images



40. Le Carré con el periodista y escritor Ben Macintyre. Le Carré prestó un apoyo sin reservas a la primera novela de espías de Macintyre, *El agente Zigzag*, y fue inspiración directa de la escritura de *Un espía entre amigos*, tres libros más adelante.
© Tom Jamieson



41. August Hanning, antiguo jefe de la inteligencia alemana, tanto exterior como interior, con Tim Garton-Ash, le Carré y el príncipe Albrecht Ernst de Oettingen-Spielberg.



42. Simon Cornwell, a la izquierda, cofundador de la productora Ink Factory, con le Carré y el reparto de *El infiltrado*, que incluye a Hugh Laurie, Tom Hollander, la directora Susanne Bier, Tom Hiddleston y Elizabeth Debicki.
Reproducido con la amable autorización de la Ink Factory



43. Le Carré y sus hijos Simon y Stephen Cornwell, productores cinematográficos; Nicholas Cornwell, novelista, y Tim Cornwell, periodista especializado en arte.



44. Le Carré con el periodista Yassin Musharbash, del semanario *Die Zeit* y experto en ideología yihadista y terrorismo, quien ayudó a le Carré a afinar los personajes de *El hombre más buscado*. Reproducido con la amable autorización de la familia Musharbash



45. Le Carré y su agente Jonny Geller, director general de Curtis Brown, en la fiesta de cumpleaños y presentación de le Carré en Londres, en 2019. «Ya nos conocemos bastante bien y confío en sus consejos», escribió.
Reproducido con la amable autorización de la familia Geller



46. En una marcha anti Brexit de 2019, contra «un acto de suicidio económico montado por charlatanes».
© Sean Smith



47. Envuelto en la bandera irlandesa el día de su cumpleaños, el 19 de octubre de 2020, con Jane, celebrando su ciudadanía irlandesa.

Notas

1. El hermano de le Carré, Tony, estaba convencido de que uno tenía seis años y el otro cuatro cuando su madre los abandonó.

2. La carta de le Carré da por supuesto que «fueron quemadas».

* El término *oik* se utilizaba en Eton, despreciativamente, para referirse a personas sin clase. Aquí podría traducirse por «un patán de Eton». *(N. del t.)*

* Esta peculiaridad de le Carré no se refleja en la traducción española. *(N. del t.)*

1. Philip era alumno del Pangbourne de St. Andrew, pero su verdadero apellido era Simms. Era ocho meses mayor que le Carré, por lo que fue a Sherborne un año antes que él. Estaba en la School House de Sherborne, de ahí el comentario de le Carré de que Thompson no debía de verlo mucho. Más adelante trabajó en la industria del té de Calcuta.

2. Observaciones de Rupert Cornwell en el funeral de Jeannie.

3. BBC Two, 26 de diciembre de 2000.

* Defensa en críquet. *(N. del t.)*

1. «Berliner Salon», residencia del embajador alemán, Londres, 3 de marzo de 2020.

2. Ibid.

3. El comodoro del aire A. C. H. *Bobby* Sharp se retiró de la RAF como consecuencia de una relación con su secretaria y encontró trabajo en Washington como contratista de defensa. Posteriormente se divorció de la madre de Ann y murió, a los cincuenta y un años, en 1956.

4. Entrevista con Tim Cornwell.

5. A Julie Kentish-Barnes, 14 de marzo de 2016.

6. Anthony *Tony* Cornwell, hermano de le Carré, dos años mayor.

7. Le Carré le escribió a Ann desde Maresfield Camp en 1950, fecha probable de esta carta, pero también en agosto de 1953 y en septiembre de 1954.

8. Edward Phillips Oppenheim (1866-1946), popular novelista inglés cuyos relatos «estaban poblados de héroes sofisticados, espías aventureros y gallardos miembros de la nobleza» (britannica.com). Graham Greene compararía irónicamente la escritura de le Carré con la de Oppenheim en su *«pas d'armes»* con Kim Philby.

9. «En Graz (Austria), como oficial del Servicio Nacional de seguridad sobre el terreno, durante la ocupación cuatripartita del país, tuve a mis órdenes a mi primer ordenanza: un canallita austriaco de ojos azules llamado Freddy, que tenía una moto y una lengua muy suelta», explicó le Carré al público en 2017, en el Southbank Centre. «Freddy canjeaba fotografías pornográficas por cotilleos militares con los centinelas rusos que custodiaban la base aérea soviética de Wiener Neustadt. No lo sabe mucha gente, pero Freddy y yo, nosotros solos, evitamos una tercera guerra mundial.»

10. Presumiblemente Carinthia, estado federal del sur de Austria.

11. La pareja volvió a verse en el verano de 1951, cuando le Carré se alojó en casa de la familia de Ann durante un permiso de fin de semana.

* Con faltas infantiles de ortografía, el texto dice: «Querido señor editor: Le adjunto el primer capítulo de una novela para el *Downhill Only*. Haga el favor de darme un adelanto de cien libras para mis vacaciones en Wengen de este año». *(N. del t.)*

1. Reginald Bosanquet, en el New College de Oxford, futuro periodista y presentador de *News at Ten*, de Independent Television News.

2. *«A Perfect Spy: A Personal Reminiscence»* («Un espía perfecto: reminiscencia personal»), de Vivian Green, en *The Quest for le Carré* («La búsqueda de le Carré») (1988), de Alan Bold.

3. Le Carré fue a Suiza en compañía de una supuesta baronesa a reclamar un cofre de tesoros, en una de las disparatadas maquinaciones de Ronnie.

4. Una antigua práctica.

5. A Tony Cornwell, su hermano mayor, le habían ofrecido una beca en el Bowdoin College de Maine, y él la aceptó, en vez de pasar su último año en la Universidad de Cambridge. El cheque con el que Ronnie pagó la matrícula de Tony en Cambridge también fue devuelto.

6. Le Carré, alentado por Ann, aspiraba a dedicarse comercialmente al arte, pero acabó centrándose exclusivamente en la escritura. Siguió dibujando para sus hijos y nietos, incluyendo murales y caricaturas para las habitaciones de sus hijos.

7. Robin Cooke era amigo de le Carré desde la Sherborne School y compañero de Oxford. En el verano de 1952, hicieron juntos una gira vendiendo ejemplares de la revista *Cricketer*, entonces propiedad de Ronnie.

8. Al servicio del MI5, le Carré se hacía pasar por simpatizante de la izquierda, en parte para convencer a los servicios de inteligencia soviéticos de que lo reclutaran. El esfuerzo fracasó, pero le Carré hizo bromas, más adelante, sobre la cantidad de veces que había tenido que verse *El acorazado Potemkin* con funcionarios de la embajada soviética. Ann no fue puesta al corriente de las actividades para el MI5 de le Carré hasta 1954.

9. El Oxford Canning Club se fundó en 1861 para promover y discutir los principios de los *tories*. Le Carré también fue miembro del Partido Comunista y del Gridiron Club. «En aquellos días estaba tolerado ser raro», dijo en el «Berliner Salon», en marzo de 2020.

10. Le Carré afirma en *Volar en círculos* y en otros momentos que conoció a su madre a la crucial edad de veintiún años, tras «dieciséis años sin un abrazo». Las memorias de Ann sitúan la fecha en febrero de 1954, es decir, a los veintidós.

11. Nigel Althaus obtuvo becas para Eton y para el Magdalen College de Oxford, antes de unirse a su padre y su abuelo en la City de Londres.

12. Kemsley Press, grupo periodístico que incluía el *Sunday Times*. El MI5 le había facilitado el contacto a le Carré.

13. Sir James Barnes, que compartía intereses con Ronnie en el Arsenal Football Club, había echado una mano para que le Carré consiguiera plaza en el Lincoln College.

14. En octubre de 1954, le Carré dio una conferencia en el Intelligence Corps Centre de Maresfield Camp sobre los servicios de inteligencia alemanes entre 1939 y 1945, y sobre Alemania y los alemanes en general.

15. Indian Colonial Service (Servicio Colonial de la India).

16. Kaspar von Almen, su amigo de Berna.

17. Lothar Schreuers vivía en el piso de arriba de le Carré en Berna.

18. Le Carré trabajaba en las ilustraciones para un libro inédito de Green titulado *The Bears* («Los osos»), en el que los osos alpinos frustran el plan de un capitalista explotador de represar un hermoso valle.

19. La maharaní de Baroda, Sita Devi, se hizo famosa por su lujoso estilo de vida y sus fabulosas joyas; la llamaban la «Wallis Simpson india». Sus extravagantes viajes con el maharajá, depuesto en 1951 por el gobierno de la India, fueron objeto de gran difusión; se alojaban en el Waldorf Astoria de Nueva York o en el Dorchester de Londres. El tesoro de Baroda, del que la pareja tomó muchos objetos, incluía la alfombra de perlas del siglo XIX, confeccionada con 2,2 millones de perlas, y el collar de diamantes rosa de la Estrella del Sur de Brasil; la colección personal de la maharaní iba de tobilleras enjoyadas a una pitillera de oro amarillo de 1948, además de rubíes, zafiros, esmeraldas y diamantes.

20. Cooke tenía un sentido del humor bastante retorcido. Le Carré lo compara aquí con Clovis Sangrail, un joven inglés lánguido, ácido y calculador que aparece en los cuentos pesimistamente satíricos de Saki, H. H. Munro.

21. El dramaturgo austriaco Franz Grillparzer.

22. Le Carré conoció a Roland Reinäcker, cuyos padres vivían en Essen, en sus tiempos de estudiante en Berna.

23. Una carta posterior a Von Almen desde Oxford está plagada de referencias a los escritores que le Carré estudió en sus cuatro años de Literatura alemana, entre los que destaca Goethe. En 2020 designó la «mejor película de mi vida»: el drama fáustico *Mefisto*, dirigido por István Szabó y protagonizado por Klaus Maria Brandauer, en el papel de un actor alemán que renuncia a la integridad por la fama, bajo los nazis.
Sus seguidores aficionados han especulado sobre el origen del seudónimo de le Carré, con poco resultado, ya que él solía afirmar que lo había olvidado. Michel Carré, autor francés del siglo XIX, escribió el libreto de la ópera *Fausto* de Gounod, basada en la obra de Carré *Fausto y Margarita*, lo que hace pensar en una conexión con Goethe.

24. Puede que sea un chiste de le Carré. El título original de *Los años de peregrinaje de Wilhelm Meister* de Goethe es *Wilhelm Meisters Wanderjahre* (literalmente, sus «años de errancia»). Le Carré parece haberlo escrito mal intencionadamente, como *Wandeljahre*, subrayando la *l* y modificando así el significado a «años de cambio».

25. Dicho con afecto.

26. En alemán, el texto dice *«spitznasigen, kinnlosen, stachelbeeräugigen britischen Lords»*.

27. Alude a *Torquato Tasso* e *Ifigenia en Táuride*, ambas de Goethe.

1. *«A Perfect Spy: A Personal Reminiscence»* («Un espía perfecto: reminiscencia personal»), de Vivian Green, en *The Quest for le Carré* («La búsqueda de le Carré») (1988), de Alan Bold.

2. Ann Cornwell a Lynn Sharp, 2 de mayo de 1956, archivo personal de Tim Cornwell.

3. William Waldegrave, barón Waldegrave de North Hill, preboste del Eton College, a le Carré, 18 de septiembre de 2017.

4. Geoffrey y Fiona Marsland. Él era muy bueno jugando al críquet en la Universidad de Oxford.

5. Robin Cooke.

6. Sir Robert Birley, nombrado director de Eton en 1949, apasionado opositor del *apartheid*, a quien llamaban «Red Robert» (Robert *el Rojo*).

7. En la última carta de esta recopilación, le Carré llama «*oik* de Eton» («paleto de Eton») a Boris Johnson.

8. Tras estos desfavorables comienzos, Charles *Nutty* («Majareta») Spencer-Churchill, el más joven de los cinco hijos del duque de Marlborough, tuvo caballos de carreras, dio su nombre a una línea de trajes para hombre y gestionó publicidad para Blenheim. Murió en 2016.

9. Le Carré recordaba a Julie Kentish-Barnes en 2016 que un compañero de clase «raro» le advirtió «que los chicos coquetearían conmigo y que yo no debería corresponderles, estando recién casado».

10. «Profesor», en jerga de Eton.

11. Sin fecha, pero estando en Eton, tras el nacimiento de Simon, el 7 de marzo de 1957, le Carré siempre se refiere a «los dos» o «ambos».

12. Le Carré llamaba Flea («Pulga») a Simon.

13. Senior Common Room (Sala Común de Profesores Titulares), en el Lincoln College de Oxford.

14. Acababa de morir Bessie, la madre de Ronnie, abuela de le Carré. «Irlandesa pura», según nos recuerda Tony Cornwell. «Es incurrir un poco en el tópico, aunque quizá sea un tópico correcto, conjeturar que de ahí vienen los Blarney.» Los orígenes de Bessie hicieron posible que le Carré adquiriera la nacionalidad irlandesa al final de sus días.

15. Jim Dixon, personaje que da título a *La suerte de Jim* de Kingsley Amis.

* El Foreign Office es el Ministerio de Asuntos Exteriores británico. *(N. del t.)*

* La ilustración dice: «El Padre de Fisher consiguió [el ministerio de] Agricultura y Pesca». *(N. del t.)*

* San Marcos, 9, 24. *(N. del t.)*

1. La actitud de le Carré con respecto a Blake y Philby se muestra en su carta del 12 de abril de 2012 a Roger Hermiston.

2. Email a Tom Bower, 29 de junio de 2019.

3. El descubrimiento de los Cinco de Cambridge hizo temer a mediados de los años sesenta que hubiera más agentes de penetración soviética tanto en el MI5 como en el MI6. Peter Wright presidió el Grupo de Trabajo FLUENCY, cuyo objetivo era localizarlos. Describió su investigación de Hollis y otros agentes de nivel medio en su libro de 1987 *Cazador de espías*, que el gobierno británico luchó por suprimir.

4. *An Evening with George Smiley* («Una noche con George Smiley»), Southbank Centre, 7 de septiembre de 2017.

5. A Alan Judd, 18 de mayo de 2019.

6. En el «Berliner Salon», residencia del embajador alemán, Londres, 3 de marzo de 2020.

7. El exjefe de escuadrón Peter de Wesselow, colega del MI5 con una distinguida carrera como piloto del Bomber Command.

8. Ann siempre quiso escribir relatos y poesía; aquí, presumiblemente, se trata de una obra de teatro; le Carré le revisaba a veces los textos. La pareja actuó en obras de teatro de aficionados en Somerset.

9. La rama F del MI5 tenía a su cargo la contrasubversión interior. Este Philip está sin identificar por el momento.

10. Nombre censurado.

11. Su amigo de Eton Oliver Thomas, pintor de paisajes y retratos impresionistas, llegó a ser director de Arte en Eton en 1959.

12. Le Carré le pasó a Ann una novela de Tony, *The Tree Farm* («La granja del árbol») —muy de flujo de consciencia—, para que la leyese en Eton. No les gustó a ninguno de los dos.

13. En su vida posterior, le Carré manifestó cierta fascinación por Napoleón. Compró libros sobre su exilio en Santa Elena y la retirada de Moscú, y al menos un busto. En dos ocasiones le firmó «Napoleón D» a Jeannie.

14. Le Carré era el oficial de guardia cuando un líder de la Commonwealth se hizo público por un burdo planteamiento de un oficial del MI6.

15. Representante de la Oficina Colonial.

16. No identificado por el momento.

17. No identificado por el momento.

18. Stephen Cornwell nació el 29 de marzo de 1960. Simon tenía tres años.

19. «Escuela de encanto» puede referirse al entrenamiento del SIS de le Carré en Fort Monkton. «Un curso de nueve meses sobre las artes negras, en un remoto castillo del sur de Inglaterra», es como lo describe le Carré en material inédito de *Volar en círculos*. «Jugamos con radios, códigos, tintas secretas, cuchillos y pistolas. Exploramos hasta la saciedad las mentes de los traidores, nos enfrentamos en combates sin armas y emprendimos operaciones simuladas en ciudades extrañas.»

20. Guthrie Michael Scott era un sacerdote anglicano, simpatizante del Partido Comunista antes de la guerra, y también destacó por su activismo contra el *apartheid* de Sudáfrica y fue uno de los primeros defensores del desarme nuclear en Gran Bretaña. En 1960 creó, junto con Bertrand Russell y otros, el grupo antibélico británico Comité de los 100.

21. Ann se unió a la Campaña por el Desarme Nuclear después de ver *La hora final*, una impresionante película posapocalíptica de 1959.

22. *Talking Birds* («Pájaros habladores») es un libro de Maxwell Knight, famoso agente del MI5, que emprendió una segunda y exitosa carrera de naturalista en la BBC. Le Carré aportó doce ilustraciones por las que le pagaron cuarenta guineas. «Este pequeño libro pretende contribuir a que los amantes de los pájaros habladores se informen sobre ellos y sus diferentes capacidades», escribe Knight en la introducción. Tiene capítulos titulados «¿Por qué y cómo imitan las aves?» y «Los loros y la ley».

23. Markus Wolf tituló su autobiografía *El hombre sin rostro*, por su supuesta habilidad para evitar que lo fotografiasen.

24. El pub Battersea de *Llamada para el muerto* se convirtió en The Prodigal’s Calf.

* Casa de campo del primer ministro británico. *(N. del t.)*

* El título del dibujo reza «Soporte para guacamayo». *(N. del t.)*

1. *Genoveva* es una comedia británica de 1953 ambientada en una carrera de coches de época. Un joven matrimonio, interpretado por John Gregson y Dinah Sheridan, comparte una decrépita habitación de hotel frente a un reloj gigante con engranajes que rechinan y una campana que hace temblar el suelo.

2. Napoleón D., por David.

3. Miranda Margetson, hermana pequeña de los pintores sir William Coldstream y Nancy Sharp (luego Spender), se casó con John Margetson, uno de los seis participantes en el cursillo de entrenamiento que hizo le Carré para el MI6 en 1963.

4. El libro de Ludovic Kennedy *Ten Rillington Place* investiga el caso de Timothy Evans, ahorcado por el asesinato de su hija pequeña el 9 de marzo de 1950, y también acusado del asesinato de su esposa. El asesino en serie John Christie, que residía en la misma casa, fue detenido el 31 de marzo de 1953, a raíz de que se encontraran allí ocultos los cadáveres de otras seis mujeres.

5. Roland Reinäcker, cuyos padres vivían en Essen.

6. NAAFI: Navy, Army, and Air Force Institutes (Institutos de la Marina, el Ejército y la Fuerza Aérea), que gestionan tiendas y otras facilidades para las Fuerzas Armadas británicas.

7. Fabricante bávaro de porcelana. En los años cincuenta, Rosenthal encargó diseños a Henry Moore y a la ceramista alemana Beate Kuhn.

8. Abreviatura de *«His Excellency»* («Su Excelencia»), referida al embajador británico, sir Christopher Steel.

9. No identificado. Un amigo diplomático de los Cornwell sugiere que puede tratarse de unos agentes inmobiliarios de Londres que se anunciaban en la *Pall Mall Gazette*.

10. El juicio de Adolf Eichmann —que supervisó la deportación de judíos europeos a guetos y lugares de exterminio— comenzó ante un tribunal especial del Tribunal de Distrito de Jerusalén el 11 de abril de 1961. Fue uno de los primeros juicios ampliamente televisados y dio a conocer los detalles del Holocausto, incluidos los testimonios de los supervivientes, al público del mundo entero.

11. Unos cuatro días después de escribir esta carta, le Carré asistió en Núremberg a un mitin en que el alcalde de Berlín Occidental, Willy Brandt, advertía de una «sensación en la punta de los dedos», un *Fingerspitzengefühl*, con respecto a lo que estaba ocurriendo en su ciudad. Al regresar a la embajada británica, ya tarde, para presentar su informe, le Carré se encontró con las luces encendidas. La mañana del 13 de agosto quedó cerrada la frontera con Berlín Occidental y los soldados de Alemania Oriental empezaron a instalar alambradas de espino a lo largo de la frontera entre Berlín Occidental y Oriental. Pronto aparecieron los primeros bloques de hormigón del Muro de Berlín.

12. Anna Christake Cornwell, esposa de Tony Cornwell, vivió de joven la invasión alemana de Grecia. Tras el bombardeo de su casa, su familia huyó a las montañas y ella se unió a la Resistencia antinazi.

13. Las palabras *«Vivat Rex Eduardus Sextus»* («Vida al rey Eduardo Sexto»), utilizadas en un vehemente estribillo de la canción de la Sherborne School, aluden a su fundación por el rey Eduardo en 1550. Al final fue *«Regem defendere diem videre»* («Defender al rey es ver el día») lo que se utilizó en el libro.

14. La madre de Ann, Alison Shacklock.

15. *El espía que surgió del frío*.

16. El tercer hijo de le Carré, Timothy, nació el 6 de noviembre de 1962.

17. No identificada.

18. Los hijos de Jeannie y los hermanastros de le Carré, Rupert Cornwell, que entonces tenía unos diecisiete años, y Charlotte Cornwell, de casi catorce.

19. Si le Carré escribió la novela sobre Oxford que menciona en estas dos cartas a Jeannie, no ha sido localizada. En una carta de 1963 a la madre de Ann también habla de estar empezando un «no *thriller*» sobre Oxford y un estudiante («el noble D [David] disfrazado») llamado Ogilvie. Ogilvie no aparece como personaje en ningún libro de le Carré hasta el Ogilvy de *El infiltrado*. En *El topo*, Bill Haydon recomienda a su amigo Jim Prideaux para que lo fiche El Circo, cuando ambos están en Oxford.

20. *El espía que surgió del frío*, su tercera novela.

21. La Book Society, Sociedad del Libro, se fundó en 1921 siguiendo el modelo del Club del Libro del Mes estadounidense. Un jurado seleccionaba los libros de cada mes y ello generaba ventas masivas.

22. Coward, McCann & Geoghegan, sello de G. P. Putnam’s Sons. Jack Geoghegan fue el primer editor estadounidense de le Carré.

23. Un estudio cinematográfico satírico y ficticio que aparece en las historias de Hollywood de P. G. Wodehouse, narradas por el señor Mulliner.

24. Central Office of Information, la agencia de información y marketing del gobierno británico.

25. Apelativo que utiliza Wodehouse por medio de su personaje llamado Ukridge.

26. El tono que utiliza aquí le Carré para describir a su hermano Tony recuerda lo que le refirió en 1968 al doctor Bockner, psiquiatra: que fue al darse cuenta de la maligna influencia de Ronnie Cornwell sobre su hermano mayor cuando tomó la decisión de romper con su padre.

27. Maurice Richardson reseñó *El espía que surgió del frío* en el *Observer* del 15 de septiembre de 1963.

28. Associated Television.

* En francés, «avería». *(N. del t.)*

* Exalumno del Winchester College. *(N. del t.)*

* En alemán, «castillo» o «palacio». *(N. del t.)*

* Romanos, 12, 19-20. *(N. del t.)*

* «Franchutes.» *(N. del t.)*

1. En el «Berliner Salon», residencia del embajador alemán, Londres, 3 de marzo de 2020.

2. El lema tradicional alemán de «niños, iglesia, cocina». Le Carré solía colocar frases en alemán en sus cartas a los Frank.

3. Fred Clark era un actor de carácter estadounidense con una calva en cúpula elevada, bigote trazado a lápiz y un talento natural para interpretar a villanos de agria comicidad.

4. Halsey Colchester: diplomático, funcionario de inteligencia y sacerdote, dirigió el Departamento de Personal del MI6 y fue vicario de Bollington, en Cheshire, tras su jubilación.

5. En una carta posterior a Buzz y Janet Berger, le Carré se refiere a su mujer y a él como los Corncrow.

6. *Whisky y gloria*, la primera y más famosa novela de Kennaway. Este fue nominado al Oscar por el guion de la película de 1960, protagonizada por Alec Guinness en el papel del mayor escocés Jock Sinclair.

7. Rupert Cornwell, hermanastro de le Carré, hijo de Jeannie, que entonces tenía dieciocho años.

8. Tony Cornwell trabajó en Nueva York para varias agencias de publicidad, y más tarde entró como director creativo en Needham & Grohmann, agencia especializada en publicidad de hoteles, complejos turísticos y viajes.

9. Elizabeth Taylor y Richard Burton, quien más adelante protagonizaría *El espía que surgió del frío*.

10. Peter Watt, agente de le Carré.

11. *The Bells of Shoreditch* («Las campanas de Shoreditch»), de Kennaway, apareció en el verano de 1964 en una «Crónica de ficción» de Patrick Cruttwell en la *Hudson Review*. Según Cruttwell, Kennaway era el novelista «más intrigante» surgido en Gran Bretaña en los últimos diez años. *The Bells* era «una auténtica novela», con las mismas cualidades de Jane Austen. En la novela, Stella Vas, socialista de Glasgow, vive un romance con J. T. Sarson, un financiero carente de escrúpulos morales, jefe de su marido, Andrew.

12. En el momento de escribir estas líneas, los únicos ejemplares de *The Bells of Shoreditch* disponibles en Amazon eran de segunda mano, incluidas varias primeras ediciones de 1963, a precios discretos.

13. La relación entre le Carré y James y Susan Kennaway inspiraría dos novelas: *Some Gorgeous Accident* («Un precioso accidente»), de Kennaway, en 1967, y *El amante ingenuo y sentimental*, de le Carré, publicada en 1971. En 2013, en el Fringe de Edimburgo se estrenó sin éxito una versión teatral de *Some Gorgeous Accident*. Le Carré, en una carta a los productores, se negó a colaborar en la publicidad, pero añadiendo: «Hace tiempo que dejé clara mi admiración por la obra de Kennaway y, si tengo algo más que decir, lo haré a mi tiempo y a mi modo».

14. En 1981 Susan Kennaway, luego Vereker, publicó *The Kennaway Papers* («Los papeles de Kennaway») con cuadernos de notas, cartas y diarios relacionados con la amistad de James Kennaway y le Carré, y la relación amorosa con ella que la siguió. En él escribe que le Carré y ella se pusieron de acuerdo en que no podían irse a vivir juntos y romper dos familias, pero hubo escenas dramáticas cuando James descubrió la relación. James Kennaway sufrió un ataque al corazón y murió en un accidente de coche en diciembre de 1968, a los cuarenta años.

15. Stephen tenía entonces cinco años, y Timothy casi tres.

16. Rupert Cornwell estudió Griego moderno en Oxford. Galardonado corresponsal extranjero, trabajó para *Reuters*, el *Financial Times* y el *Independent* desde París, Bruselas, Roma, Bonn, Moscú y, por último, Washington. Era conocido por su agudeza informativa y su impecable estilo, con un buen ojo para diferenciar entre los hechos y el fraude que no tenía su padre, Ronnie.

17. En *«Slow Boat to Haiti»* («Barco lento a Haití»), publicado en el *Observer* de 30 de enero de 1966, Kingsley Amis comienza así: «Tras unas cien páginas de la nueva novela de Graham Greene, empieza uno a percibir el estilo de forma bastante irritante». Critica el torpe orden de las palabras y el uso de los guiones, pero admite que la información viva y airada sobre Haití y los haitianos hace del libro una «lectura obligatoria».

18. C. P. Snow, científico y novelista, fue nombrado miembro vitalicio de la Cámara de los Lores en 1964.

19. El editor de le Carré en Heinemann.

20. C. P. Snow había introducido a le Carré en un artículo para el Club del Libro del Mes como «uno de los escritores vivos más interesantes».

21. Hans W. Polak tradujo en colaboración dos libros de Graham Greene.

22. *Una pequeña ciudad en Alemania*.

23. Peter Grosvenor, periodista del *Daily Express*, se ocupaba de la columna de novedades literarias.

24. Jack Geoghegan, editor norteamericano de le Carré.

25. Roland Gant era el director editorial de Heinemann, Nigel Hollis se encargaba de la producción, y Tim Manderson era el director de ventas.

26. El director Karel Reisz había mostrado interés tanto por *El espejo de los espías* como por *Una pequeña ciudad en Alemania*. A finales de 1970, le Carré trabajaba en un guion de *El amante ingenuo y sentimental* para Reisz.

27. Expresiones como *Frogs* («ranas») y *Krauts* («chucrut») eran muy comunes en Gran Bretaña en los años sesenta. Le Carré utilizaba a menudo términos del argot para referirse a varias nacionalidades, pero sobre todo a los franceses y a los alemanes, no por casualidad las dos lenguas extranjeras que hablaba con fluidez y que más admiraba.

28. H. Hale Crosse, el contable de le Carré.

29. El director de Simon era Ted Vidal. Mullion no era el verdadero nombre del profesor.

30. Una oportunidad perdida, quién sabe. Andreas Papandreu, suponiendo que fuera él, estaba entonces organizando la oposición a los coroneles griegos que habían tomado el poder en 1967, lo metieron en la cárcel y luego lo enviaron al exilio. En 1981 fue el primer primer ministro socialista de Grecia y figura destacada de la historia del siglo XX.

31. Le Carré describe en *Volar en círculos* cómo recurrió a su recuerdo de Pucholt para dar forma al personaje de Issa, otro joven en busca de refugio, en *El hombre más buscado*. Gracias a la ayuda económica de le Carré, Pucholt se licenció en Medicina por la Universidad de Sheffield en 1969, y en 1974 obtuvo el título de doctor en Medicina. Le concedieron la Medalla de Oro de Medicina Clínica y Cirugía, y la Medalla de los Exámenes Finales. Siguió con éxito su carrera de medicina en Inglaterra y, más tarde, en Canadá.

32. El productor Robert *Buzz* Berger y su esposa, Janet, conocieron a le Carré en 1969. El productor Herb Brodkin, uno de los nombres más importantes de la televisión norteamericana de los años sesenta, involucró a Buzz en un contrato para tres películas que incluía *Una pequeña ciudad en Alemania*, y le propuso presentarle a le Carré. Janet había sido secretaria de Brodkin. Almorzaron juntos en abril de 1969, y a partir de entonces se inició una amistad entre ellos que duró cincuenta años.

33. Charlotte Cornwell, media hermana de David, acababa de iniciar una carrera teatral que la llevaría a la Royal Shakespeare Company, al Royal National Theatre y al drama musical de televisión *Rock Follies*, con Rula Lenska y Julie Covington. En ella está inspirada Charlie, el personaje central de *La chica del tambor*, una actriz de izquierdas de una compañía inglesa de provincias reclutada por la inteligencia israelí para una fatídica operación encubierta. Los Berger no recuerdan la función de aquella noche.

* Abreviatura de *Schönheitsreparaturen*, «reparaciones». *(N. del t.)*

* Es una forma pintoresca de escribir *love,* «amor». *(N. del t.)*

1. Le Carré se alojó en Sancreed House, en West Penwith, Cornualles, con John Miller, su antiguo agente del MI5 convertido entonces en artista y padrino de Stephen, y con un alfarero llamado Michael Truscott. Allí escribió parte de *El amante ingenuo y sentimental*. En octubre de 1969 le había comprado a un granjero local tres casas de campo abandonadas de Tregiffian, su futuro hogar. Cuando el matrimonio de le Carré llegó a su fin, Truscott se ocupaba de trasladar en coche a sus hijos entre Cornualles y Coxley House, la nueva residencia de Ann.

2. Roland Grant, director editorial de Heinemann.

3. *El amante ingenuo y sentimental.*

4. El 20 de noviembre de 2010, en una carta, le dice al profesor Owen Dudley Edwards que siempre tiene *Historia de dos ciudades* cerca de su cama.

5. Berry Bros & Rudd, comerciantes de vinos y licores.

6. *El amante ingenuo y sentimental* está inspirado en el asunto Kennaway. «Fue un intento de burlarme de mí mismo: mi vida era un completo desbarajuste, salía de una aventura tortuosa sobre la que se había escrito mucho y traté de retratarla de una manera que me lavase el alma», dijo le Carré en el «Berliner Salon» en marzo de 2020. «Dijeron que no funcionaba y estoy de acuerdo, pero lo intenté.»

7. Burt Lancaster interpreta a un sheriff mexicano-estadounidense en el western *¡Que viene Valdez!*

8. Nicholas Robert Cornwell nació el 26 de noviembre de 1972.

9. Eddie Nowell, anticuario y amigo íntimo.

10. Le Carré y Jane se pasaron la vida prometiéndose vacaciones que nunca fraguaron.

11. *Shampoo* («champú»): le Carré estuvo utilizando este término de jerga inglesa para el champán hasta que pasó de moda.

1. John Margetson no tardó en cambiarse del SIS al servicio diplomático. Estuvo destinado en Saigón de 1968 a 1970.

2. Le Carré había escrito el prólogo de un libro del equipo interno del *Sunday Times*: *Philby: The Spy Who Betrayed a Generation* («Philby: el espía que traicionó a una generación»). En él presentaba a Philby como «vanidoso, lleno de rencor y homicida», más como reacción contra su autoritario padre que por ideología. Greene, en el *Observer*, tildó esta descripción de «vulgar y falsa» y comparó a le Carré con E. Phillips Oppenheim, autor de novelas populares de espionaje.

3. El veterano corresponsal en el extranjero Richard West. Su libro *Victory in Vietnam* («Victoria en Vietnam»), publicado en 1974, era un relato personal sobre la vida y la cultura del país, pero su lanzamiento se vio amenazado por una demanda por difamación (que finalmente no prosperó).

4. Margetson estuvo destinado en Saigón de 1968 a 1970, durante la guerra de Vietnam; ahora estaba en Bruselas, como jefe de cancillería de la delegación del Reino Unido ante la OTAN. En 1978, tres años después de la reunificación de Vietnam, fue destinado de nuevo allí en su primer empleo como embajador. Más tarde fue embajador ante las Naciones Unidas y los Países Bajos.

5. Al final, la BBC hizo una serie de siete episodios.

6. Ann, la primera mujer de le Carré, se había vuelto a casar: Roger Martin era diplomático y vivía en Coxley House.

7. Probablemente el arquitecto londinense Neil Macfadyen, fallecido en 2017. Cloudesley Road fue la primera casa londinense que le Carré y Jane compraron juntos.

8. Imperturbable diplomático suizo, coleccionista de arte y futuro presidente del Grupo Nestlé. Paul Jolles fue secretario de la delegación suiza que negoció la entrega del oro nazi y los activos alemanes tras la Segunda Guerra Mundial. La familia Jolles se hizo amiga de invierno de los Cornwell y también de la familia de David Greenway, amigo de le Carré, otros asiduos visitantes de Wengen.

9. El final de *El honorable colegial*.

10. «O» es por «Oysters», el apodo de Jane. Por el momento no se sabe quién es «A».

11. John Saumarez Smith, gerente de la librería Heywood Hill de Mayfair.

12. No se lee bien; Fowles o Joules. *The Sound of Fury: An Account of the Indian Mutiny*, de Richard Collier, se publicó en 1963. Cabe suponer que este Morris West sea el autor australiano.

13. El australiano Peter Stafford era director general del Mandarin: figura legendaria de un hotel legendario.

14. Charles Brown, arquitecto, y su esposa Rosamund Brown, artista, muy conocidos en Hong Kong. Le Carré utilizó su casa, la Pink House, para una escena de *El honorable colegial*.

15. No identificado por el momento.

16. Michael Kadoori, que ahora es un hombre de negocios de Hong Kong, multimillonario.

17. Paddy Heazell, director de la Hazlegrove House; el camino ondulado que llevaba a mi escuela primaria hace pensar en el colegio Thursgood de *El topo*.

18. Ronnie Cornwell había fallecido el año anterior, el 29 de junio de 1975.

19. Peter Rainsford es artista y librero de libros antiguos en St. Ives.

20. Joseph Addison y Richard Steele.

21. Cabe suponer que se refiera a Aristide Maillol, escultor y grabador francés.

22. En el *Ham & High* no apareció ninguna reseña de *El factor humano* firmada por le Carré.

* Término tomado del yidis: «desfachatez», «descaro». *(N. del t.)*

1. Periodista, redactor de deportes, autor y uno de los grandes guionistas de su época. La adaptación de *El topo* fue el punto culminante de su carrera, pero rechazó la secuela, *La gente de Smiley*. En 1987 escribió el guion de *Un espía perfecto*.

2. Productor de *El topo* y de su secuela, *La gente de Smiley*; más tarde, director de series dramáticas de la BBC y controlador de BBC1.

3. Entre los muchos papeles protagonistas de Guinness figura James Wormold, vendedor de aspiradoras convertido en espía, en *Nuestro hombre en La Habana*, de Graham Greene, reconocida fuente de inspiración de *El sastre de Panamá*, de le Carré.

4. En la breve pero memorable dramatización de la escena de *Llamada para el muerto* en que George Smiley regresa a casa y recibe visitas indeseadas (programa *Lively Arts* de la BBC, 1977).

5. *La gente de Smiley* se publicó a finales de 1979.

6. El «magistral» Peter Guillam de Michael Jayston allanó el camino para que él fuera el narrador de veintiún audiolibros de le Carré. El actor escocés Ian Bannen no encontró el favor de le Carré en su papel de Prideaux. Control fue interpretado por Alexander Knox, Toby Esterhase por Bernard Hepton, Roy Bland por Terence Rigby, Bill Haydon por Ian Richardson, Ricki Tarr por Hywel Bennett, Oliver Lacon por Anthony Bate y Mendel por George Sewell.

7. El director de *El topo*, John Irvin.

8. No identificado.

9. La obra de Tom Stoppard *Undiscovered Country* («País sin descubrir»), adaptación de *Das weite Land* («El país ancho»), del dramaturgo austriaco Arthur Schnitzler, se estrenó en el National en 1979.

10. Thomas Powers: *The Man Who Kept the Secrets: Richard Helms and the CIA* («El hombre que guardaba los secretos: Richard Helms y la CIA»). Le Carré lo calificó de «espléndido relato de espías... Nos habla tanto de la presidencia como de la CIA y me deja muerto de miedo con ambas».

11. La *LRB* tomó su título de la *New York Review of Books*, que la financiaba, y que la incluyó en cuadernillo durante los seis primeros meses de publicación. La carta de le Carré iba dirigida a la *NYRB*.

12. Jonathan Cape publicó *The Stories of John Cheever* («Los relatos de John Cheever») en 1979. El libro ganó ese mismo año el Premio Pulitzer de narrativa en Estados Unidos.

13. Herbert Brodkin, socio de Buzz Berger en Titus Productions.

14. Periodista y autor de *Anatomía de la Gran Bretaña*; compartió con le Carré al editor Robin Denniston; colaboró en la investigación sobre el tráfico de armas para *El infiltrado*.

15. En la escena final de *La gente de Smiley*, Karla cruza el puente «sabiendo que ha renunciado a lo absoluto de su credo», dijo le Carré en el «Berliner Salon» el 3 de marzo de 2020. «Smiley sabe que ha renunciado al humanismo y ha chantajeado a Karla en lo relativo al amor por su hija, y ello le resulta muy vergonzoso.» La novela inacabada de le Carré sobre su muerte incluía un postrer encuentro entre ambos.

16. Toby Esterhase, a quien le Carré consideraba un fraude teatral, con los modales de un camarero de Europa central capaz de vender a su propia madre; sospechoso de Smiley en *El topo* y compinche en *La gente de Smiley*; personaje con el que le Carré disfrutaba. «Toby era el típico embaucador, un hombre de Europa central que adopta un elegante nombre húngaro y lo escribe mal.» («Berliner Salon», 3 de marzo de 2020).

17. En Gainsborough Gardens, Hampstead.

18. Le Carré anunciaba periódicamente que iba a instalarse en Hampstead o en Cornualles; tuvo casa en ambos sitios hasta su muerte.

19. Punto más bajo.

20. Hans Josef Horchem fue responsable de la lucha contra el terrorismo como presidente de la Oficina para la Protección de la Constitución, en Hamburgo. Se especializó en terrorismo y en la Fracción del Ejército Rojo.

21. Kurt Groenewold, abogado de Hamburgo, fue inhabilitado judicialmente en la década de 1970, por representar a miembros de la banda de Baader-Meinhof.

22. En noviembre de 1979, la primera ministra Margaret Thatcher anunció que el profesor sir Anthony Blunt era un espía soviético y dio a conocer los detalles de su caso. El «envío a Irlanda» de Smiley es un misterio.

23. Los estudiantes del Lincoln College observaban con ironía las chillonas chaquetas de tweed y los pantalones de cuero de Green; su obituario del *Times* destacaba su «gusto atrevido, incluso discordante, en corbatas y camisas».

24. En realidad, las sociedades de crédito hipotecario de Skipton y Dudley, los dos principales prestamistas de la red de empresas inmobiliarias de Ronnie Cornwell antes de su quiebra en 1954.

25. El reverendo M. Hurst-Bannister.

* Public Broadcasting Service, cadena pública norteamericana. *(N. del t.)*

1. *Newsweek*, 7 de marzo de 1983.

2. Entrevista con Douglas Davis, 1 de enero de 1998, *Jewish World Review*.

3. Joseph recluta a Charlie para interpretar el papel de terrorista en lo que él llama «Teatro de lo Real», frase que se repite en *La chica del tambor*.

4. En esta carta, el desenlace de la novela es en Inglaterra; al final, le Carré lo sitúa en Alemania, con el intento de asesinato de una universitaria liberal israelí, la profesora Hansi Minkel, en la Universidad de Friburgo. En la serie televisiva de 2018 basada en *La chica del tambor*, la acción se resitúa en Londres, donde el objetivo es Irene Minkel, de la London Polytechnic.

5. Charlotte Cornwell, modelo de Charlie para le Carré, era una apasionada activista política, comprometida con Artistas contra el Apartheid y la Campaña de Solidaridad con Nicaragua. Vicepresidenta del sindicato de actores Equity, más tarde intentó crear un plan de formación gratuita para actores jóvenes.

6. Svetlana Stalin, nacida en 1926, era la hija menor de Iósif Stalin. La «princesita del Kremlin» desertó a Estados Unidos en 1967. Tras publicar unas memorias sobre su vida en la Unión Soviética y su decisión de huir, desapareció de la vista del público.

7. Rainer Heumann.

8. Guinness propuso titular sus memorias *A Halfway Man* («Un hombre a medio camino»).

9. Jack Geoghegan.

10. En la época de esta carta, Greenway había pasado a trabajar para el *Boston Globe*. Tras haber viajado con le Carré por el sudeste asiático, volvió a coincidir con él en Oriente Medio. «Mi deuda con David Greenway es enorme», declaró le Carré a su biógrafo, Adam Sisman, en 2015. «Nunca habría tenido el valor de ir a los sitios en que estuvimos ni de hacer las cosas que hicimos, si él no hubiera estado allí para guiarme e incluso protegerme.»

11. Deslices extramaritales.

12. Nombre ocultado.

13. Nigel West, nombre de pluma de Rupert Allason, estaba forjando su carrera de prolífico autor de novelas de espías.

14. En carta de 1978 a Franks, le Carré le había descrito la actuación de Charlotte en una producción londinense de *Como gustéis* como «desconcertantemente buena».

15. Director y guionista de la versión cinematográfica de *La chica del tambor*.

16. En *The Good Spy* («El buen espía»), libro del periodista Kai Bird, ganador del Premio Pulitzer, sobre el agente de la CIA Robert Ames, se afirma que Stevens tenía previsto reunirse con le Carré en Chipre al día siguiente de cuando murió. Dos días después de la explosión, dice el libro, le Carré voló de regreso a Beirut, se registró en el hotel Commodore y fue a ver las ruinas. El libro afirma además que los palestinos de los campos de refugiados apodaron a Janet Lee Stevens «la chica del tambor» por su incesante defensa de su causa, y que de ese nombre tomó le Carré el título de su novela. La sobrina de Stevens ha puesto en duda las fuentes de Bird para este dato, y tampoco está convencida de que a Stevens la llamaran «la chica del tambor», antes o después de la novela, y, sin embargo, la afirmación ha acabado por trasladarse a la Wikipedia. David Greenway, amigo de le Carré, afirma que *La chica del tambor* era un título que le Carré venía barajando desde finales de los años setenta, antes de que terminara de investigar el libro y antes de conocer a Janet Stevens. Según el propio le Carré le confirmó a Greenway, a quien tenía en mente como modelo era a su hermanastra Charlotte.

1. La tercera mujer de Ronnie.

2. Después de que le Carré escribiera *Un espía perfecto*, Tony Cornwell escribió un relato inédito basado en Ronnie, «My Brother's Father and Mine» («El padre de mi hermano y mío»), en el que hablaba de «un pícaro, encantador y exasperante» que «copulaba por Inglaterra».

3. El artículo aludía a las tareas que realizó le Carré en Oxford para los servicios de inteligencia; señalaba «considerables dificultades» con Ronnie cuando se enteró de que su hijo se relacionaba con estudiantes universitarios con opiniones políticas de izquierdas.

4. Secretario del gabinete de 1963 a 1973, fue rector del Lincoln College de 1973 a 1983, un formidable servidor público «de semblante a veces austero», en palabras de Vivian Green. Dirigió una revisión de las acusaciones relativas al aumento de la penetración soviética en los servicios secretos británicos.

5. Esta frase de Roth apareció en el «Books of the Year» del *Observer* el 30 de noviembre de 1986. Le Carré acierta al decir que la frase nunca se perdería; aparece de forma reiterada en cualquier búsqueda en Google de *Un espía perfecto*.

6. Novelista y cuentista norteamericano, autor de *El mal de Portnoy*, que, según el *New York Times*, «indagó en el deseo sexual, la vida judía y Estados Unidos». A finales de los años setenta, Roth residió temporalmente en Londres con la actriz Claire Bloom, coprotagonista de *El espía que surgió del frío*.

1. «Le Carré and the Cheque that Came in from the Cold» («Le Carré y el cheque que llegó del frío»), *Sunday Times*, 10 de noviembre de 1985.

2. «Why I Came in from the Cold» («Por qué surgí del frío»), *New York Times*, 29 de septiembre de 1989.

3. «Russians Warm to le Carré» («Los rusos se encariñan de le Carré»), Craig R. Whitney, *New York Times*, 22 de mayo de 1989.

4. Treinta años más adelante, en el Festival de Hay, le Carré le dijo a Philippe Sands que llevaba mucho tiempo arrepentido. «Fue una tontería mía. Creo que habría sido algo extraordinario pasar unos días con Philby, pero era más de lo que podía tragar en aquel momento y me negué.»

5. En el momento de su muerte en 2020, la fotografía de le Carré con los disidentes soviéticos Yelena Bonner y Andréi Sájarov, tomada en 1987, permanecía en la pared de su estudio de Cornualles. En una carta del 4 de octubre de 2017 a William Waldegrave, preboste del Eton College, le Carré le cuenta algo que le había contado Bonner: cuando la pareja salió de sus seis años de exilio interno, Sájarov había memorizado todas las obras de Shakespeare, «pero no tenía modo de saber cómo se pronunciaban». En una entrevista con Philippe Sands, en el Festival de Hay de 2013, le Carré afirma que Sájarov era su mayor héroe: el padre de la bomba de hidrógeno soviética, que «se dio cuenta de que había puesto la bomba en manos de una pandilla de gánsteres».

6. En 2012, veinticuatro años después de la muerte de Kim Philby, un equipo de televisión de Russia Today visitó a su viuda, Rufina, en el apartamento de los Philby. Según le contaron a su agente, Curtis Brown, en la biblioteca de Philby estaban todas las novelas de le Carré, y Rufina dijo: «Leía todas estas novelas antes de dormir».

7. Oleg Penkovski, coronel de la inteligencia militar soviética que espiaba para Occidente, fue ejecutado en 1963.

8. Según le recordó le Carré en 2019 a Richard Greene, biógrafo de Graham Greene, cuando Borovik le ofreció la oportunidad de verse con Philby, «Respondí muy solemnemente que estaba a punto de cenar con el embajador de la reina y no me sentía capaz de conciliar eso con cenar con el traidor de la reina. Borovik se enfadó, y eso fue todo, salvo que a mi salida por el aeropuerto de Leningrado me sometieron a un registro corporal completo».

9. Davis Pike, un amigo «enérgico y alegre» de los Greenway. La isla de North Haven, donde los Greenway tenían una casa de verano, se encuentra frente a la costa de Maine. En *La casa Rusia*, el interrogatorio ficticio de Barley Blair por los «primos» de la CIA tiene lugar en una isla de Maine. Le Carré quería utilizar North Haven como localización para la película posterior, pero la sustituyeron por Canadá, ya que Sean Connery no podía rodar en Estados Unidos por motivos fiscales. Se dice que si los decepcionados habitantes de North Haven perdonaron a Connery fue porque en las escenas finales de *La caza del Octubre Rojo* navega con su submarino por el río Penobscot, que está en Maine.

10. Bob Gottlieb, el editor de le Carré en Alfred A. Knopf, acababa de ser nombrado redactor jefe del *New Yorker*.

11. Con el padre de William Shawcross, Hartley Shawcross, que fue el principal fiscal británico en los juicios de Núremberg del Tribunal Militar Internacional. El secretario privado de Margaret Thatcher, Charles Powell, estaba casado con una italiana de la alta sociedad, Carla Bonardi.

12. El periodista polaco Ryszard Kapuściński escribió *El emperador*, sobre la caída de Haile Selassie, y *El sha*, sobre los últimos años del último sha de Irán.

13. La Agencia Tributaria inició una investigación sobre los asuntos fiscales de le Carré en 1987, en particular sobre Authors Workshop, la empresa con sede en Suiza que poseía sus derechos de autor y le pagaba un salario. Las autoridades suizas le ofrecieron la nacionalidad suiza —una baza en las negociaciones—, pero habría tenido que permanecer fuera del Reino Unido durante cinco años. Authors Workshop se disolvió, y él se hizo contribuyente autónomo en el Reino Unido. El caso se resolvió en 1989.

14. La memoria de Ann sugiere que fue a los veintidós. Véase nota 10 p. 78.

15. El 24 de junio de 1968 una huelga ferroviaria impidió que le Carré se desplazara para entrevistarse con el doctor Bockner, psiquiatra londinense. Escribió luego un relato de setenta páginas sobre «algunas de las cosas que le habría contado a usted», que abarcaban su matrimonio, su padre, sus escritos y su relación con los Kennaway.

16. *«Baby will eat tonight»* («El bebé comerá esta noche») era una frase que solía decir le Carré tras firmar un acuerdo editorial lucrativo.

17. Tres meses antes, le Carré le había dicho a Hunter que la «espantosa» versión simplificada de la OUP de *El espía que surgió del frío* hacía que pareciera obra de Enid Blyton.

18. Eddie Nowell.

19. *Schüss*, un guion cinematográfico sobre el esquí durante la posguerra, que le Carré escribió para Stephen Cornwell.

20. Casi con toda seguridad, John Miller y Michael Truscott.

21. Mijaíl (Misha) Grebnev, compañero de universidad de Vladímir Stabnikov y cotraductor de *El espejo de los espías*.

22. *«Sozi»* se aplica en general a los miembros del Partido Socialdemócrata Alemán, o SPD. Sin embargo, dado el año y el contexto, le Carré parece referirse a exsocialistas, o antiguos ciudadanos de la República Democrática Alemana.

23. Gottlieb, *Lector voraz* (2016), «Working: Knopf Redux», p. 238.

24. El hijo de Gottlieb.

25. Presidente y director editorial de Knopf; elegido personalmente por Robert Gottlieb para sucederlo.

26. Director de promoción de Knopf durante cerca de cuarenta años.

27. Directora literaria y luego vicepresidenta ejecutiva de Knopf.

28. En 1989 Lynn Nesbitt, agente de le Carré, dejó International Creative Management para fundar su propia agencia, Janklow & Nesbitt Associates, con Morton Janklow.

29. Gottlieb, *Lector voraz*.

30. Graham Greene murió el 3 de abril de 1991. Kingsley Amis, cuya reseña de *Los comediantes* hizo que le Carré se compadeciera de Greene en 1966, dijo: «Lo echaremos de menos en el mundo entero. Era nuestro mejor novelista vivo».

31. En 2009, Joseph Finder escribió a le Carré diciéndole que le encantaría localizar esta cita, para un amigo que preparaba el *Libro de citas de Yale*. «Siento mucho decirle que no soy capaz de situar la cita en el canon de Greene, y no tengo forma de localizarla», le respondió le Carré. «Seguramente la he leído en alguna parte como procedente de Greene, y ciertamente concuerda con el extraño comentario que dejó caer en una conversación sobre sus primeros años de vida. Pero me temo que no puedo localizarla.»

32. Aventuras de espías en prácticas. Rod Wells, otro aprendiz del MI6, que había sido brutalmente torturado en un campo japonés por fabricarse una radio secreta, descubrió que una entrega por avión del equipo prometido no contenía más que piedras. En un apuro por revelar fotografías antes de irse de fin de semana, Margetson ignoró las cuidadosas instrucciones y vertió todos los productos químicos en la mezcla. Robin Hooper, jefe de instrucción, comunicó entre lágrimas a los nuevos reclutas que George Blake era un espía soviético.

* Certificado General de Educación Secundaria. *(N. del t.)*

1. Jeff Leen, «My Dinners with le Carré» («Mis cenas con le Carré»), *Washington Post*, 30 de diciembre de 2020.

2. Le Carré y Kazuo Ishiguro se conocieron en Hampstead y una vez desayunaron juntos en un hotel de Boston cuando coincidieron sus respectivas giras de promoción por Estados Unidos, pero nunca mantuvieron correspondencia.

3. El programa de la BBC *The Graham Greene Trilogy* se emitió en enero de 1993, dos años después de la muerte de Greene. Incluía entrevistas con le Carré, en las que reflexionaba comprensivamente sobre la carrera de Greene, sus diferencias con respecto a Philby y sobre su «chifladura con las posibilidades de conciliar el catolicismo con el comunismo, especialmente en el sur de América».

4. D. M. Thomas, crítico del *New York Times*, dijo de *Shylock*: «A lo largo del libro hay pasajes contundentes y autovituperantes sobre el antisemitismo en la historia y en la literatura». Smilesburger es un agente del Mossad que recluta a Roth para que se infiltre en un grupo de judíos vinculados a la Organización para la Liberación de Palestina.

5. La desconcertante complejidad de la trama de *Shylock* hace que Philip Roth, el narrador de su propia novela, se entere de que un hombre que se hace pasar por Philip Roth en Jerusalén predica el «diasporismo», la idea de que los judíos deben abandonar Israel y volver a asentarse en Europa, una especie de sionismo a la inversa.

6. En un pasaje del libro se enumeran los ganadores judíos del Premio Nobel, entre ellos Elie Wiesel, Isaac Bashevis Singer y Saul Bellow. No se menciona a Joseph Brodsky, que estaba con le Carré cuando se enteró de que había ganado el Premio Nobel de Literatura de 1987.

7. Graham Lord, editor literario, novelista y biógrafo del *Sunday Express*, prometía en su descripción exponer la «extraña» relación de le Carré con los Kennaway, entre otras cosas. Le Carré interpuso una demanda por difamación y el libro se vio atajado.

8. Abraham había encargado un guion de *El cero y el infinito*, de Arthur Koestler, pero consideró que el escritor se había dejado encorsetar por la novela. «Si sigues pensando seriamente en escribir un guion, me gustaría tomarte la palabra», le propuso por escrito a le Carré, que le pidió un mes para tomar una decisión.

9. En 1993, Pollack le dijo a un amigo de le Carré, el productor cinematográfico John Calley, que *El infiltrado* era «la mejor y más cinematográfica obra» de le Carré.

10. De 1991 a 1993, el talentoso actor, escritor y comediante británico Stephen Fry interpretó a Jeeves junto a Hugh Laurie, futuro protagonista de *El infiltrado* (2016), en la serie *Jeeves and Wooster* de la ITV.

11. Véase la carta a John Keegan de 28 de abril de 1994, p. 399.

12. Sir Claude Aurelius Elliott, director del Eton College de 1933 a 1949, donde era conocido como «el Emperador». Todavía era preboste de Eton cuando le Carré daba clases allí.

13. El disidente búlgaro Georgi Markov fue asesinado en 1978; le inyectaron un perdigón envenenado en una calle de Londres.

14. Sir Rodric Braithwaite fue embajador del Reino Unido en Moscú durante los críticos años de la perestroika, de 1988 a 1992. Posteriormente fue asesor de política exterior de John Major y presidente del Comité Conjunto de Inteligencia.

15. Oleg Kalugin dirigió las operaciones de contrainteligencia de la Unión Soviética entre 1973 y 1980. En la actualidad es ciudadano estadounidense. En 2002 un tribunal ruso lo condenó en rebeldía por traición, en relación con las revelaciones contenidas en su autobiografía de 1994, *The First Chief Directorate: My Thirty-two Years in Intelligence and Espionage against the West* («La primera dirección general: mis treinta y dos años en los servicios de inteligencia y espionaje contra Occidente»). En el libro, el autor resta importancia a su papel en el asesinato de Markov.

16. Según Lyubimov, le Carré le pasó su obra a Frayn, quien respondió con mucho tacto, rechazándola.

17. *Vida e insólitas aventuras del soldado Iván Chonkin*, producida por Eric Abraham, se estrenó en Londres en octubre de 1994.

18. Guionista de *Chinatown* y leyenda de Hollywood.

19. Hasta hace poco, una popular revista semanal rusa. Publicó por entregas *La casa Rusia*.

20. Le Carré quedó fascinado cuando Nicholas Elliott, veterano del MI6 y «el amigo más leal, el más confiado y devoto hermano de armas de Philby», le contó la historia de la traición y fuga de Philby durante varias veladas en su casa de Hampstead. Lo incluyó en un capítulo de *Volar en círculos*.

21. La cosa, el asunto, el objeto.

* La novela se publicó en inglés con el título que en esta carta se considera provisional aún. En español se titula *El infiltrado. (N. del t.)*

* Traducción de la nota: «Wendy. Tarea, por favor: comederos nuevecitos para la mesa pajarera —mismo estilo tubular, nada lujoso— y una disculpa por escrito a nuestros clientes por el breve retraso en el servicio, con la promesa de mejorar el rendimiento en los famélicos meses por venir. ¡Gracias! Afectuosamente, D». *(N. del t.)*

1. En carta a Tony Cornwell, 15 de mayo de 2007.

2. Issa Kostoev, el policía ingusetio que, como jefe del Departamento de Crímenes de Especial Importancia de Rusia, resolvió el caso del asesino en serie Andréi Chikatilo, condenado por la mutilación y el asesinato de cincuenta y seis mujeres y niños. Se había ofrecido a acompañar a le Carré a Ingusetia, como se relata en *Volar en círculos*.

3. Claude Dansey, el atildado «Coronel Z», jefe adjunto del SIS en la Segunda Guerra Mundial, creó la Organización Z para desarrollar fuentes de inteligencia en Italia y Alemania.

4. Morton Abramowitz (nacido en 1933) fue director de la agencia de inteligencia civil más antigua de Estados Unidos —la pequeña pero formidable Oficina de Inteligencia e Investigación— entre 1985 y 1989, luego embajador de Estados Unidos en Turquía hasta 1991, año en que se jubiló y pasó a ser presidente de la Fundación Carnegie para la Paz Internacional hasta 1997.

1. Entre las novelas de Alan Judd, escritor galardonado, destaca su serie sobre el agente de inteligencia Charles Thoroughgood, que asciende de suboficial del ejército en Irlanda del Norte (en *A breed of Heroes* [«Una raza de héroes»], publicada en 1981) a jefe del MI6 (en *Accidental Agent* [«Agente accidental»], de 2019).

2. La biografía de Ford Madox Ford, obra de Judd.

3. El historiador y periodista Timothy Garton Ash visitó varias veces Cornualles —«Versailles-sur-mer», lo llamaba él, en broma— en la década de 1990. Es autor de un revelador retrato de le Carré, de Ronnie Cornwell y el espionaje que publicó en el *New Yorker* en 1999. En él se mencionaba una «atormentada» carta de dieciséis páginas que le escribió le Carré, con reflexiones sobre la moralidad del espionaje, por ahora ilocalizable.

4. Andréi Gromiko, ministro soviético de Asuntos Exteriores entre 1957 y 1985.

5. Stephen Long, entrenador de caballos de carreras, propietario de la otra mitad de Tinstreamer Johnny.

* Modalidad de carrera de caballos. *(N. del t.)*

1. Líder georgiano y último ministro de Asuntos Exteriores de la Unión Soviética bajo Mijaíl Gorbachov. Dio una charla en Chatham House, el Real Instituto de Asuntos Internacionales, el 16 de febrero de 1995.

2. El verdadero nombre es Herzog August Bibliothek. Esta biblioteca para investigadores, fundada en 1572, es un tesoro de la historia cultural europea en un edificio que sigue el modelo de un *palazzo* italiano.

3. «Comparada conmigo, la tumba es una cotorra», lo decía, al parecer, un amigo de le Carré, su agente Rainer Heumann, queriendo decir «soy callado como una tumba».

4. «En resumidas cuentas, no fue para tanto.» Ligera variación del aforismo del último verso de un poema de Theodor Fontane, *«Summa Summarum»*: *«Alles in allem, es war nicht viel»* (no *alles in allen*).

5. Es decir, de Michael Siegel, representante de le Carré en la Creative Artists Agency, y también del hijo de le Carré, Stephen.

6. Así llamaba le Carré a su hijo Nicholas.

7. A David Greenway lo llamaban «Grünweg», pero no consta que estuviera en Londres aquella primavera.

8. William Grimes, *The New York Times*, 6 de junio de 2008.

9. Tras siete meses negándolo, Bill Clinton admitió en un discurso televisado el

10. El secretario de prensa del presidente Bill Clinton, Mike McCurry, dejó el cargo en octubre de 1998, tras meses de estar recibiendo constantes preguntas, muchas veces muy gráficas, sobre el escándalo de Monica Lewinsky.

11. Hulda Zumsteg dio forma a la historia del Kronenhalle durante sesenta años, a partir de 1921. Santo Maraia empezó como joven camarero en 1974 y se jubiló en 2015.

12. Stella Rimington, antigua directora general del MI5.

* El lema de Avis era *«We Try Harder»*, «Nos esforzamos más». *(N. del t.)*

* Ruislip es parte del distrito londinense de Hillingdon, al oeste de Londres. *(N. del t.)*

1. Nancy Olivieri a Tim Cornwell, 29 de enero de 2022.

2. La organización BUKO, con sede en Alemania, hace campaña contra las «grandes farmacéuticas».

3. Markus Lorbeer, fundamental en la comercialización de Dypraxa en *El jardinero fiel*.

4. Los hijos de R. S. Thompson, que amablemente autorizaron el uso de fragmentos de su carta, solicitaron que se subrayara que Thompson «hizo todo lo que pudo por cada uno de los chicos de su casa de Sherborne»; que se tomó en serio la vocación de su vida, la vocación de profesor, y que nunca habría hecho una recomendación por un mezquino despecho.

5. Sony-Columbia.

6. Los tejemanejes en torno a una pequeña vaca de plata que sirve de jarra de leche mueven la trama de la obra de P. G. Wodehouse *El código de los Wooster*.

7. *«I need no assurances, I am a man who is pre-occupied of his own soul»* («No necesito garantías, soy un hombre pre-ocupado por su propia alma» (de *Hojas de hierba*). Dave Humphries, amigo de le Carré, escribió los guiones de *London's Burning* y *Dempsey and Makepeace*.

8. *La costa de Utopía*, la trilogía de obras de teatro de Stoppard que dura nueve horas y que trata de seis escritores y activistas rusos del siglo XIX.

9. Alec Guinness murió en 2000. El National Film Theatre organizó una retrospectiva de su obra en octubre y noviembre de 2002.

* En Gran Bretaña se utilizaba el término hindú *purdah* para designar el periodo comprendido entre la publicación de los resultados electorales y la creación de un nuevo gobierno. *(N. del t.)*

* «My Favourite Conker» es un juego infantil. *(N. del t.)*

** Según algunos gramáticos de la lengua inglesa, es un error separar la partícula *to* del infinitivo de un verbo, colocando una palabra o frase en el medio. *(N. del t.)*

* «Saluda a», en alemán. El término viene escrito a la inglesa en el original. *(N. del t.)*

1. *Nation,* 2 de octubre de 2006.

2. Samuel Taylor Coleridge se vio interrumpido mientras escribía *«Kubla Khan»* por una «persona en viaje de negocios desde Porlock».

3. Simulacro de guerra.

4. *El jardinero fiel.*

5. El papel de Birgit lo interpretaba Anneke Kim Sarnau. El personaje de Lara estaba inspirado en la experiencia de Olivieri.

6. El desenlace de la película, en el que sir Bernard Pellegrin, interpretado por Bill Nighy, es desenmascarado durante el funeral de Justin.

7. El director es Fernando Meirelles, cuya anterior película fue *Ciudad de Dios*. Los protagonistas son Rachel Weisz y Ralph Fiennes.

8. John Githongo, antiguo secretario permanente de Gobernanza y Ética de Kenia.

9. *El jardinero fiel* se rodó en escenarios naturales, en Kibera y Loiyangalani.

10. Una forma de dirigirse a alguien típica de Wodehouse.

11. En algún otro sitio, le Carré atribuye este comentario al jefe del Servicio Secreto de Inteligencia. Sir Dick White era el «C» en aquel momento; se había reído de los intentos de procesar a Graham Greene por *Nuestro hombre en La Habana*. Le Carré recordó más tarde que esperó unas cuatro semanas después de presentar *El espía que surgió del frío* al MI6 para su aprobación. «Aún no sé qué habría hecho si me hubieran dicho que no podía publicarlo.»

12. *La canción de los misioneros*.

13. Nicholas Cornwell se casó con la abogada Clare Algar el 15 de julio de 2006.

14. Le Carré llamaba así a su urólogo.

15. Los holandeses y los británicos entraron en guerra en el siglo XVII por el comercio de nuez moscada de las islas de las Especias, en Indonesia.

16. La esposa de Shakespeare, Gillian Johnson, escritora e ilustradora.

17. El galardonado abogado alemán de derechos humanos que representó a Murat Kurnaz.

18. Abogado que representa a condenados a muerte en Estados Unidos y a presos de Guantánamo, fundador de la ONG Reprieve.

19. «Hay una astilla de hielo en el corazón del escritor», escribe Greene en su autobiografía *Una especie de vida*. Le Carré también citó la «astilla de hielo» de Greene en su discurso de aceptación del Premio Olof Palme de 31 de enero de 2020.

20. El escritor Shaun McKenna adaptó cuatro novelas de Smiley en la serie radiofónica *The Complete Smiley* («Todo Smiley»).

21. «Una obra en permanente construcción.»

22. *R. A. F. Facción del Ejército Rojo*, estrenada en 2008, nominada a la mejor película de habla no inglesa para los premios de la Academia.

23. Peer Steinbrück fue ministro federal de Finanzas de Alemania entre 2005 y 2009.

* Traducción de los textos de la ilustración: «En realidad soy muy viejo, pero sugiero a propósito un escritor más joven». / «Este signo de interrogación indica mi estado de constante indecisión.» / «Esto es un dibujo muy malo del principio de una mala idea.» / «Estos son los restos de mejores ideas que han quedado descartadas.» / «Este soy yo (versión dibujo de palotes).» *(N. del t.)*

* Es un cochecito de juguete. *(N. del t.)*

* «Subhumano.» *(N. del t.)*

1. *Vory*, la hermandad de los bajos fondos criminales rusos, de *vory v zakone*, «ladrones de ley»; *vor*, «ladrón».

2. En el capítulo 6 de *Un traidor como los nuestros*, Perry Makepiece le refiere al oficial de inteligencia británico Hector Meredith su encuentro con el ruso Dima.

3. Neal Purvis y Robert Wade, coguionistas de siete películas de Bond, produjeron una adaptación de *La canción de los misioneros*, aún no realizada. Le Carré era propenso a recordar mal los nombres; es notorio que lo dejó perplejo una conversación telefónica con Working Title, porque no comprendía que todo el mundo estuviera tan entusiasmado con haber conseguido a Barry Goldman —un actor del que nunca había oído hablar— para hacer de George Smiley en *El topo*.

4. El productor de *El jardinero fiel*, Simon Channing Williams, había fallecido en abril. Channing Williams, que vivía en Cornualles, entró en la vida de le Carré poco antes de la muerte de su íntimo amigo John Miller.

5. White Hare («Liebre Blanca») se convirtió en The Ink Factory («La Fábrica de Tinta»).

6. Charlotte formó parte del personal docente de la Escuela de Arte Dramático de la Universidad del Sur de California, donde desempeñó un papel decisivo en la creación del Máster de Interpretación.

7. Adam Freudenheim, editor de Penguin Classics, Modern Classics y Reference.

8. Le Carré contó dos historias familiares en el Sheldonian de Oxford. La primera fue que en sus tiempos de joven diplomático, en un mitin del Partido Socialista Alemán celebrado en Núremberg, en 1961, le llegaron avisos sobre los acontecimientos que se desarrollaban en Berlín (véase nota «Unos cuantos días después de escribir...»). En segundo lugar, que a mediados de la década de 1960 sir Roger Hollis, antiguo director general del MI5, se refugió en la casa de le Carré en Somerset, y ahí estuvo, sentado, sin más, leyendo el periódico, entre interrogatorios hostiles como sospechoso de ser un espía soviético.

9. Hugh Trevor-Roper había afirmado que el prefacio de le Carré a un libro sobre Kim Philby del equipo interno del *Sunday Times* era «insípido y vulgar… un ejercicio de pretencioso y retórico odio de clase que en ningún momento toca ningún punto de la realidad».

10. Jessica Cornwell, nieta mayor de le Carré. Su libro de no ficción *Birth Notes: Fragments of Motherhood* («Notas de nacimiento: Fragmentos de maternidad») se publicó en mayo de 2022.

11. Entre los libros favoritos de le Carré para leer a sus hijos figuraba el relato de Stevenson *El diablo de la botella*. La primera novela policiaca que leyó fue *La banda de lunares,* de sir Arthur Conan Doyle.

12. Le Carré viajó a Weimar a recoger la Medalla Goethe alemana, que se concede a personas que han «prestado un servicio excepcional a la lengua alemana y al diálogo cultural internacional». La ciudad es cuna de Goethe y Schiller y de otros autores del Clasicismo de Weimar. Tras la publicación de *Amigos absolutos* en 2004, el doctor Christoph Werner, de Weimar, que había leído la novela, le escribió preguntando hasta qué punto conocía él la ciudad. Le Carré le contestó: «Weimar fue mi Roma».

13. Los productores de *El topo*, Robyn Slovo, Peter Straughan, Tim Bevan y el director Tomas Alfredson. Una secuela cinematográfica de *La gente de Smiley* se retrasó primero por proyectos incompatibles y luego por problemas de copyright.

14. La primera edición inglesa de *El topo* se publicó en junio de 1974.

15. Robin Hooper. Véase la nota a la carta a John y Miranda Margetson, 24 de octubre de 1991, p. 348.

16. Sir Dick White fue director general del MI5 a partir de 1953, cuando le Carré estaba en Oxford, y jefe del MI6 entre 1956 y 1968. De hecho, fue el predecesor de White en el MI6, el general de división John Alexander Sinclair, quien recibió a Blake de regreso a sus filas como una especie de héroe conquistador, tras su cautiverio en Corea, donde lo reclutó el KGB. El biógrafo de White, Tom Bower, dice que su gestión del interrogatorio de Blake fue «magistral». El comentario que hace aquí le Carré podría ser reflejo de la hostilidad inicial de los oficiales del MI6 en activo al nombramiento de White.

* «Todo Sherlock Homes», las obras completas de Conan Doyle, publicado por la Oxford University Press en nueve volúmenes. *(N. del t.)*

1. La política birmana Aung San Suu Kyi.

2. Tom Weldon, director general de Penguin Random House UK.

3. Barnett había asesorado sobre el personaje del «belicoso ministro del Nuevo Laborismo» de le Carré, llamado Fergus Quinn y natural de Glasgow, que pone en marcha la operación encubierta Wildlife en Gibraltar. La carrera ministerial de John Reid en sucesivos gobiernos laboristas incluyó cargos como ministro de las Fuerzas Armadas y ministro de Defensa.

4. Profesora Judith Herrin, una galardonada historiadora de Bizancio.

5. Georg Boomgaarden fue embajador de Alemania en el Reino Unido entre 2008 y 2014.

6. La revista *Der Spiegel* acababa de informar de que las agencias de espionaje estadounidenses llevaban vigilando el teléfono móvil de la cancillera Angela Merkel desde 2002.

7. Anne McElvoy había entrevistado a le Carré en directo y con público para el programa *Night Waves* de BBC Radio 3, con motivo del quincuagésimo aniversario de *El espía que surgió del frío*. La incomodidad de le Carré durante la emisión fue palpable.

8. Wolfgang Czaia, *Wolf* («el Lobo»), era un piloto de pruebas y escritor alemán que volaba en planeadores desde los catorce años. Se escribió con le Carré durante un decenio.

9. Se trata, presumiblemente, del destacado hepatólogo Roger Stanley Williams, comendador del Imperio británico.

10. La novela de Lyubimov *The Life and Adventures of Alex Wilkie, Spy* («Vida y aventuras de Alex Wilkie, espía») se llevó al cine con el título de *Dusha Shpiona* en 2015.

11. Rupert Goold, director artístico del teatro Almeida. Le Carré quedó enormemente impresionado por el modo en que Goold dirigió a Patrick Stewart en *Macbeth*.

1. El reparto de *El infiltrado* incluía a Tom Hiddleston, Hugh Laurie, Elizabeth Debicki, Tom Hollander y Alistair Petrie.

2. Simon Cornwell, productor ejecutivo de *El infiltrado*.

3. «¡Podemos hacerlo!», declaró Angela Merkel en agosto de 2015, el año en que Alemania acogió a cerca de un millón de refugiados.

4. Fueron las repetidas lecturas de Jeannie Cornwell de *El viento en los sauces* de Grahame las que introdujeron a le Carré, a los siete años, en el mundo de los libros.

5. *El legado de los espías*.

6. En *El legado de los espías*, le Carré recupera los personajes de la trilogía de Smiley por primera vez en veinticinco años.

1. En *El topo*, Millie McCraig se encarga de la limpieza y de los micrófonos de la casa donde el topo de El Circo se cita con su contacto ruso. «Era una viuda escocesa enjuta, con medias marrones, pelo rizado y la piel pulida y arrugada de los ancianos.» Una espía profesional, «inclinada a tratar a todos los hombres como si fueran transgresores», con una «profunda y solitaria quietud». Reaparece en *El legado de los espías*.

2. Lena Wickman era una *scout* literaria sueca, colaboradora del editor Jack Geoghegan, a quien le envió *El espía que surgió del frío*.

3. *A Spy Named Orphan*, de Roland Phillips, cuenta la historia del espía soviético Donald Maclean y fue publicado en 2018.

4. Field era un cuáquero de Boston que se incorporó al Departamento de Estado y espió para la Unión Soviética en tiempos de Stalin.

5. Le Carré traza la ruta que sigue su personaje, Tulip, de Berlín Oriental a Praga en *El legado de los espías*, y visitó localidades de Checoslovaquia para la novela. Su narrador, Guillam, vivía en una granja de Bretaña. El mencionado viaje a Praga, realizado cincuenta y cinco años antes, cuando aún era funcionario del MI6, no está documentado en el archivo de le Carré.

6. Sus editoriales francesa y alemana, Ullstein Verlag y Éditions du Seuil.

7. Hansestadt Hamburg, la Ciudad Hanseática de Hamburgo.

8. «Ningún espíritu de Dunquerque salvará a Gran Bretaña de la derrota del Brexit», de Jenni Russell.

9. La casa familiar de Stephen Cornwell en el sur de California quedó reducida a cenizas poco después de que se declarara el incendio forestal Thomas.

10. Meghrajji III, último maharajá con gobierno en la pequeña DhrangadhraHalvad, en la India Occidental. Vivía en el palacio de Ajit Niwas, en Gujarat, y tenía guardado un jaguar azul celeste en Oxford.

11. Michael Portillo indagó en la historia de Orford Ness en *Portillo's Hidden History of Britain* («La historia oculta de Gran Bretaña de Portillo») en el Channel 5.

12. Bill Swainson, cuyo amigo Michael Reynolds fue el organizador de Writing ’78, el primer Festival de Literatura de Lancaster, recuerda claramente a le Carré leyendo *El topo* ante una sala abarrotada, en una antigua fábrica. «Fue una lectura tremenda, pero también muy tranquila, se habría oído caer el consabido alfiler, y luego mi padre, a quien le encantaban las novelas de Smiley, y más tarde la serie de televisión con Alec Guinness, le preguntó durante la firma de autógrafos que cuál de sus otros libros recomendaría. Papá volvió a casa con un ejemplar en rústica de *El amante ingenuo y sentimental*.» Cuarenta años más tarde, el recuerdo de aquel acontecimiento seguía grabado en la memoria de le Carré.

13. *Un escándalo muy inglés*, adaptación del libro homónimo de John Preston, fue protagonizada por Hugh Grant en el papel de Jeremy Thorpe y Patricia Hodge en el papel de su madre, Ursula. El libro de Craig Brown *Ma'am Darling: Ninety nine Glimpses of Princess Margaret* («El ojito derecho de mamá: noventa y nueve vistazos a la princesa Margarita») le encantó a le Carré.

14. Nieto de le Carré.

15. Le Carré y Jane asistieron al recital de Isserlis en vísperas de su cuadragésimo cumpleaños, en 1998. Era Jane quien se ocupaba en su mayor parte de la correspondencia con Isserlis, que enviaba regularmente a le Carré copias de sus CD y también al menos un libro. Esta carta fue una excepción: la contribución de le Carré a un libro de recuerdos y anécdotas de su sexagésimo cumpleaños. Isserlis tocó la Sarabande de la Suite para violonchelo n.º 5 en do menor de Bach en una grabación de vídeo para su conmemoración.

16. Tom Stoppard y Sabrina Guinness se casaron en 2014. Él contó en una entrevista que Sabrina imprimía sus correos electrónicos para que él escribiera las respuestas, y mecanografiaba una y otra vez sus obras.

17. Le Carré sugirió que el nombre de Esterhase contenía un error ortográfico deliberado, en vez de «Esterhazy», porque Toby tenía unas pretensiones que era incapaz de cumplir.

18. Tras la reunificación de Alemania, Joachim Gauck, antiguo pastor luterano y activista de los derechos civiles, fue nombrado director de la agencia que permitió a particulares y grupos acceder a los archivos de la Stasi.

19. *Nuestro hombre: Richard Holbrooke y el fin del siglo americano*, de George Packer (2019). Holbrooke y su diplomacia itinerante contribuyeron a poner fin a la guerra en Bosnia mediante los Acuerdos de Dayton de 1995. Holbrooke fue representante especial del presidente Barack Obama en Afganistán y Pakistán.

20. Patricia Quinn, compañera de Banville durante muchos años y antigua directora del Consejo de las Artes de Irlanda.

21. Se refiere a Bessie, la madre de Ronnie, la abuela «irlandesa pura» de le Carré. De ella, según apuntó su hermano Tony, procedía el toque de facundia.

22. Inchinattin.

23. El artículo de Adam Gopnik *«Are Spies More Trouble than They're Worth?»* («¿Son los espías más problemáticos de lo que valen?») (en la edición impresa el título era *«Spy vs. Spy vs. Spy»* —«Espía contra espía contra espía»—) apareció en el *New Yorker* en 2019 y utilizaba la obra *The Secret World: A History of Intelligence* («El mundo secreto: Historia de la inteligencia»), de Christopher Andrew, como punto de partida para preguntarse: «¿Hasta qué punto es inteligente la inteligencia nacional?». El legendario espía soviético Richard Sorge transmitió detalles de la invasión de Rusia planeada por Alemania en 1941, pero Stalin puso bajo amenaza a cualquiera que se atreviese a tomar en serio esa información.

24. Richard Dearlove, antiguo jefe del MI6, afirmó que los escritos de le Carré eran «tan corrosivos... que la mayoría de los funcionarios profesionales del Servicio Secreto de Inteligencia están bastante indignados con él». Le Carré lo refutó en el *Times*, prometiendo que «el mes que viene, cuando salga mi nueva novela, Dearlove y sus teóricos colegas van a volverse más locos que las chinches en una cama».

25. El príncipe William Lobkowicz sí recuperó sus tierras, y varios castillos, junto con una fabulosa colección de arte y partituras originales de Beethoven, a quien la familia sostuvo económicamente. Tuvo más suerte que el agente de le Carré, Rainer Heumann.

26. Albert Bonniers Förlag publica a le Carré en Suecia, y las familias Palme y Bonnier organizan actos para le Carré y sus hijos y nietos.

* Antígeno prostático específico. *(N. del t.)*

* El Government Communications Headquarters (Cuartel General de Comunicaciones Gubernamentales) es una institución de inteligencia y seguridad encargada de gestionarlas para las Fuerzas Armadas del Reino Unido. *(N. del t.)*

** *D-Notice*, por la que el gobierno británico comunica que una noticia no puede darse a conocer, por motivos de seguridad nacional. *(N. del t.)*

1. El doctor Peter Wittig y su mujer, la periodista y escritora Huberta von Voss-Wittig, fueron los organizadores del «Berliner Salon».

2. *Un espía perfecto*.

3. *Volar en círculos*.

4. *Un hombre decente.*

5. Tras ocho semanas de llenos, el estreno de *Leopoldstadt* en el teatro Wyndham concluyó en un cierre por coronavirus.

6. Richard Sorge, amante y reclutador de la agente Sonya en Shanghái; Jim Skardon, del MI5, que no consiguió desenmascararla, y Roger Hollis, director general del MI5, sometido a interrogatorio ante la acusación no demostrada de ser un agente soviético.

7. En 1957 le Carré observó que la palabra *«oik»* se utilizaba en Eton para referirse a personas de otras clases.

8. Le Carré y Greenway llamaban Mountain Face («Ladera de Montaña») a su hijo Stephen Cornwell por su costumbre de predecir el tiempo de la montaña. La casa familiar de Stephen en Ojai, California, tuvo que ser reconstruida tras haber ardido hasta los cimientos en un incendio forestal de California.

1. Adam Sisman, 2015: *Le Carré: The Biography*. A le Carré le impresionó la diligencia que puso Sisman en desenterrar detalles de la ajetreada carrera de Ronnie.

2. Le Carré casi siempre afirmó que su madre había desaparecido cuando él tenía cinco años; su hermano Tony dice que él tenía seis años y David cuatro.

3. Recuerdos personales de Ann Martin.

4. «An Evening with George Smiley» («Una velada con George Smiley»), Royal Festival Hall, 7 de septiembre de 2017.

5. Carta a Jeannie Cornwell, 16 de mayo de 1962.

6. «Book into film into what» («Del libro al cine, del cine a qué»), textos inéditos adicionales para *Volar en círculos*.

7. Carta a L. Welch, 20 de noviembre de 1979.

8. Carta a George Greenfield, 29 de octubre 1979.

9. Carta a sir Dick Franks, 4 de agosto de 1981.

10. Año 2000, *Greene on Capri* («Greene sobre Capri») de Shirley Hazzard.

11. Le Carré a John Calley, 6 de enero de 2001.

12. Hugo Young a le Carré, 29 de diciembre de 2000.

13. Steven Poole en su reseña para *The Guardian* titulada «Spies and Lies» («Espías y mentiras»), 20 de diciembre de 2003.

14. Información del *Evening Standard*.

15. Correspondencia con John Margetson (véase la carta del 10 de agosto de 2010).

16. *The Guardian*, 21 de junio de 2011.

17. Email a Bernhard Docke, 6 de septiembre de 2011.

18. *Oxford Mail*, 21 de junio de 2012.

19. Robert McCrum, *The Observer*, 20 de abril de 2013.

Un espía privado John le Carré

Título original: *A Private Spy*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño, basado en un diseño original de Paul Buckley
Fotografía de la portada, John le Carré (David Cornwell), Hamburgo, 2012. © Anton Corbijn

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2023

ISBN: 978-84-08-27982-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es